HISTORIA
DE LA CONQUISTA,
Y POBLACION
DE LA PROVINCIA
DE VENEZUELA.
ESCRITA
POR D. JOSEPH
DE OVIEDO Y BAÑOS,
VECINO DE LA CIUDAD
DE SANTIAGO DE LEON DE CARACAS.

QUIEN LA CONSAGRA,
Y DEDICA A SU HERMANO
EL SEÑOR
D. DIEGO ANTONIO
DE OVIEDO Y BAÑOS,
OYDOR DE LAS REALES AUDIENCIAS
de Santo Domingo, Guatemala, y México, del Consejo
de su Mageſtad en el Real, y Supremo
de las Indias.

PRIMERA PARTE.

CON PRIVILEGIO: En Madrid, en la Imprenta de D. Gregorio Hermoſilla,
en la calle de los Jardines. Año M. DCC. XXIII.

*** *** *Hallarâſe eſte Libro en dicha Imprenta.* *** ***

AL SEÑOR

DON DIEGO ANTONIO DE OVIEDO Y BAÑOS,

OYDOR DE LAS REALES AUDIENCIAS de la Eſpañola, Gautemala, y Mexico, del Conſejo de ſu Mageſtad en el Real, y Supremo de las Indias.

BIBLIOTECA NACIONAL

EN la proteccion de V. S. buſca la ſeguridad, para correr ſin recelo, la Hiſtoria de Venezuela: A quien ſi no à V. S. pudiera yo conſagrar eſta obra, para dexar en ſu ſombra afiançados los aciertos? *Si tibi deeſt meritum* (decia Ciceron) *magnum cura ſubrogare Patronum*: Y ſiendo las prendas que adornan à V. S. de aquella eſfera tan ſuperior, que ſin que las exagere la liſonja, ni las pueda diſminuir la emulacion, lo acreditan à todas luzes por grande; para que los demeritos de mi pluma puedan paſſar diſsimulados, ſin dar de ojos en los tropiezos de ſu ignorancia: *Magnum cura ſubrogare Patronum*; eſte es el motivo porque à V. S. ſe la dedico; y eſta es la razon porque ſe la conſagro: omitiendo la mas individual expreſsion en ſus elogios, por eſcuſar la nota que ſe me puede imputar de intereſſado, pues aunque ſobre los iluſtres blaſones heredados reſplandecen en V. S. la gran literatura, conſumada prudencia, ſingular talento, y conocido valor con que ayudado de ſus muchas experiencias, y general comprehenſion ha ſabido V. S. dar glorioſo expediente à los negocios mas graves, que la Real confiança ha cometido à ſu zelo, vſando de la pluma de Minerva con la miſma deſtreza que ha ſabido aprovecharſe en ocaſiones de los aceros de Palas, para dexar verificado en

ſus acciones, que *Palladis effigies vna eſt, eademque Minervæ*, aviendo debido à la naturaleza la dicha de hacerme tan inmediato à V. S. en la ſangre, pudiera la critica cenſura atribuir à elacion de propria vanagloria todo lo que corriera la pluma en ſu alabança; y aſsi *laudet te alienus.*

Un vaſo de agua (ſegun conſta del Capitulo veinte y tres de el Libro Segundo de los Reyes) ofrecieron à David tres invencibles Soldados; y quando en toda razon politica parece ſe debia reputar tan corta ofrenda por materia deſpreciable para los ojos de vn Rey, la eſtimò tanto aquel diſcreto Monarcha, que juzgandola digna victima de mas ſoberanas Aras, ſe la ofreciò à Dios: *Libavit eam Domino*; ſin que dè otra razon el Sagrado Texto para eſta demoſtracion, que aver ſido ſacada aquella agua de la Ciſterna de Bethlen, à coſta de la fatiga, y trabajo de aquellos tres Capitanes. Admita V. S. la corta victima de mi rendido obſequio, haciendola digna ofrenda de ſus Aras, no por lo que contiene, ſino por el imponderable trabajo, y continuadas tarèas que me ha coſtado ſacar de la ciſterna del olvido en que eſtaban ſepultados, por violencia de la omiſsion, y rigores del deſcuido, los memorables hechos de aquellos Valeroſos Eſpañoles, que dan materia para texer la narracion de eſta Hiſtoria, para que ſaliendo à luz à la ſombra de V. S. deban à ſu patrocinio los aplauſos que merecieron ſus obras. Guarde Dios à V. S. los años que deſeo en el mayor aſcenſo, que correſponde à ſus meritos.

B. L. M. de V. S. ſu hermano, y afecto ſervidor

Don Joſeph de Oviedo y Baños.

CEN-

CENSURA DE DON ANTONIO DONGO, Bibliothecario de la Real Bibliotheca de ſu Mageſtad, y Oficial de la Secretarìa de Eſtado.

M. P. S.

DE orden de V. A. he reconocido el Primer Tomo de vn Libro intitulado, *Conquiſta de la Provincia de Venezuela*, ſu Autor Don Joſeph de Oviedo y Baños, y en èl no he hallado coſa en que ſe deſvie de lo que enſeña la Santa Igleſia Romana, ni coſa opueſta à las Regalìas, y buenas leyes de eſtos Reynos, por lo qual ſe le debe dar la licencia que pide. Aſsi lo juzgo: *Salvo, &c.* Madrid, y Agoſto 26. de 1722.

Don Antonio Dongo.

APROBACION DEL LICENCIADO DON Manuel Iſidoro de Mirones y Benavente, del Conſejo de ſu Mageſtad, y Oidor de la Real Audiencia de Panamà.

EN obedecimiento al orden del ſeñor Don Chriſtobal Damaſio, Canonigo de la inſigne Colegiata del Sacromonte Ilipulitano Valparaiſo, Inquiſidor Ordinario, y Vicario de eſta Villa, y ſu Partido, he leìdo el Libro intitulado, *Hiſtoria de la Provincia de Venezuela*, que intenta dar à la Eſtampa Don Joſeph de Oviedo y Baños, veçino de Caracas: Y embargada la atencion deſde el principio, por la curioſidad de venir en conocimiento de lo que ſe avia ocultado al publico con eſpecificacion por tantos años, pues ſolo ſe refiere en general por Antonio de Herrera en ſus Decadas, (1) y demàs Choroniſtas de la America, el arribo de los Eſpañoles à la dilatada Coſta de Barlovento, Poblacion de Coro, y reduccion de aquella parte del nuevo Mundo al Gremio de la Igleſia, y dominio de nueſtros Catholicos Monarcas; quedè ſuſpenſo, admirando por el contexto, el inimitable deſvelo del Autor en ſolicitar materiales que perfeccionaſſen la obra; pues no miniſtrandoſelos Eſcritor alguno en particular, debiò à ſu aplicacion el hallarlos, regiſtrando los Archivos de la Ciudad de Caracas, y otras de aquel territorio, cuya duplicacion de trabajo, por tener el temperamento de aquel clima reducidos los papeles, aſsi por la humedad, que conſume lo eſcrito, como por la polilla, que taladra los proceſſos, à vn caos, que pone en confuſion lo paſſado, no es juſto ſe quede en el ſilencio. Y ſi à los primeros inventores de las coſas, ſegun refiere Polidoro Virgilio en ſu Epiſtola Dedicatoria à Ludovico Odacio, (2) no ſe les debe defraudar del aplauſo de que la infatigable inveſtigacion de ſu diſcurſo les hizo acreedores, dando à luz la verdad de lo que eſtaba negado haſta entonces à la noticia de los hombres; careciendo la Hiſtoria de lo que al preſente deſea el Autor ſe imprima, es digno de que ſe le otorgue la licencia, para que en la memoria de los ſiglos, desfrute en alabanças lo que ſus tarèas eſtudioſas le han grangeado de merecimiento.

(1) Herrera Decada 4. lib. 4. cap. 7. y lib. 6. cap. 1.

(2) Polidoro Virgilio de gli inventori delle coſe.

Materia-

Materiales tuvieron Triboniano, Theophilo, y Doroteo en las innumerables reſpueſtas de los Juriſconſultos para deſempeñar lo que el zelo de el Emperador Juſtiniano les avia encomendado à ſu experiencia conſumada; (3) pero el aver de reducir la confuſion de tantas deciſiones al orden de cinquenta libros de que ſe componen los Digeſtos, y à la ſerie de titulos para la mayor claridad de los tratados, motivò, à que como no eſperada, ſe atribuyeſſe à ſus Autores, entre los elogios que merecia ſu aplicacion, deberſe à influxo mas que humano el acierto de la obra: *Opus deſperatum, quaſi per medium profundum euntes, cæleſti favore adimplevimus.* (4) Permitaſe la aplicacion à quien ſin mas que los limitados apices de noticias de los principios de la Conquiſta, engolfado en la confuſion de los Archivos, en las circunſtancias referidas ha procurado dar à luz con tan buen methodo, en la diviſion de Libros, y Capitulos, como en deleytoſo, y culto eſtilo, la Hiſtoria de Venezuela, que echaba menos la curioſidad, para adorno de las Bibliothecas, y conocimiento individual de aquel Païs.

(3) Lex 2. §. Omnia; Cod. de veteri Iure enucleando.

(4) In procemio inſtitutionum Imperialium Iuſtiniani, §. Quorũ vtramque viam.

Si el argumento de la obra hace digno de recomendacion al Autor, no es menos entre lo igual, y cadente de la narrativa (ſin las afectaciones, fraſſes, periodos, y terminos, que la novedad ha introducido) la conformidad con las reglas de conſumado Hiſtoriador. Preſcrivelas Cicero en las palabras ſiguientes: *Prima hiſtoriæ lex, nequid falſi dicere audeat, ſecunda, nequid veri non audeat, neque ſuſpicio gratiæ ſit in ſcribendis.* (5) Para cenſurar ſi ha declinado de los originales que ofrecieron aſſumpto à tan importante idèa, no es preciſo recurrir al cotejo, pues ſobra la juſticia en los aplauſos, que conſagra à la memoria de los Heroes, que ſin reparar en montes de dificultades expuſieron ſus vidas à que el tropèl de Barbaros los ſepultaſſe, ſi mano Soberana no los dirigieſſe para el fin que tenia deſtinado la Sabia Providencia; y en el vituperio de los que deſpreciando la razon, y la clemencia executaron en aquellos miſerables, ò porque ſe reſiſtian al verſe deſpojar de ſus haciendas, ò cautivar ſu libertad, lo que ſu degeneracion de lo humano les dictaba:

(5) Ciceron lib. 2. Orator.

pun-

punto, que han omitido algunos eſcrupuloſos, ſaliendo de los limites de ſu inſtituto, por no coadyuvar la mordàz objecion Eſtrangera al zelo que moviò à los Eſpañoles à la Conquiſta, y de que haciendoſe cargo el ſeñor Solorçano en ſu Politica Indiana, (6) lo ſatisface como acoſtumbra; pues anivelarſe las humanas acciones por las reglas de la prudencia, no ſe huviera dado lugar à que antes que el Derecho de las Gentes dividieſſe los dominios de las coſas, promulgaſſe leyes, que imponiendo penas à los delinquentes, ſirvieſſen de exemplar al eſcarmiento. (7)

(6) Libro 1. cap. 12.

(7) Minſingero ſuper inſtit. exponiendo el §. Ius autèm gentium, lib. 1. tit. 2.

En el cuerpo de la Hiſtoria ſe han ofrecido ocaſiones, en que las hazañas de los antepaſſados de la nobiliſſima familia con quien ſe halla aliado, ò las piadoſas memorias que fundò el Iluſtriſsimo ſeñor Don Diego de Baños, digniſsimo Obiſpo de Caracas, Tio del Autor, dexaſſen correr la pluma à los elogios; pero arreglandoſe à la ley *Neque ſuſpicio gratiæ ſit in ſcribendis*, (8) en igual fiel, ſin que à ſu animo lo alteraſſen los vinculos del parenteſco, ha ſabido (9) publicar ſin diſtincion, ſegun el merito de cada qual, lo que la fama en el templo del honor debe manifeſtar para ſu gloria.

(8) Cicero vbi ſup.

(9) Cap. Cum æterni Iudicis Tribunal in ſexto de ſententia, & re iudicata.

El impulſo que moviò al Autor es ſingular, pues fue el de que reviviеſſe la memoria ſepultada en los eſpacios del olvido de los Conquiſtadores, que aviendo vertido ſu ſangre, y ſuperado impoſsibles, quando ſus hechos debian ſervir de pauta para eſtimulo de ſu poſteridad, de quienes ſe halla habitada aquella fertiliſsima Provincia, apenas ſe conſervaba aun en los mas intereſſados alguna tradicion. Aſſumpto fue del Poeta: (10)

Fortia facta patrum, ſeries longiſsima rerum,
Per tot ducta viros, antiquæ ab origine gentis.

(10) Virgilio lib. 1. Æneidos.

Digno de aprecio juzgò Plinio el Junior (11) era el recuerdo de las acciones de los que por ſus virtudes no debian morir para los hombres: *Quia mihi pulcrum videtur, non pati occidere, quibus æternitas debetur.* Y ſiendo la Hiſtoria medio que ha diſcurrido la piedad, para que ateſtigue lo paſſado de los tiempos, aclare la verdad de los hechos, y trayendolos à la memoria ſea Maeſtra de la vida para arreglar nueſtras operacio-

(11) Lib. 5. Epiſtola 8.

ciones, como lo notò Ciceron, (12) *eſt enim Hiſtoria teſtis temporum, lux veritatis, vita memoriæ, & magiſtra vitæ;* no ſolo con el merecido aplauſo ſe debe dar à la Eſtampa, ſino inſtarle à que quanto antes conceda al publico la Segunda Parte, que en eſta obra tiene prometida: esforçandole con las palabras de Hugo Cardenal, (13) como eſcritas al intento: *Miniſterium tuum imple, vel in libris ſcribendis, quod eſt opus pietatis, vt in illis doceantur poſteri, ſicut Auguſtinus fecit, Hieronymus, & cæteri.* Y no conteniendo punto contra nueſtra Sagrada Religion, y buenas coſtumbres; antes sì muchos documentos para el exemplo, ſoy de ſentir ſe le debe conceder la licencia que pide: *Salvo meliori, &c.* De eſte Eſtudio, Madrid, y Enero 27. de 1723. años.

(12) Vbi ſupra.

(13) In Apocalipſi cap. 2. ℣. 19.

Lic. D. Manuel Iſidoro de Mirones y Benavente.

LICENCIA DEL ORDINARIO.

NOs el Doct. Don Chriſtobal Damaſio, Canonigo de la Inſigne Igleſia Colegial del Sacromonte Ilipulitano Valparaiſo, extra muros de la Ciudad de Granada, Inquiſidor Ordinario de Corte, y Vicario de eſta Villa de Madrid, y ſu Partido, &c. Por la preſente, y por lo que à Nos toca damos licencia, para que ſe pueda imprimir, è imprima el Libro intitulado, *Hiſtoria de la Conquiſta, y Poblacion de la Provincia de Venezuela,* Primera Parte, compueſta por Don Joſeph de Oviedo y Baños. Atento que de nueſtra orden ha ſido viſto, y reconocido, y conſtar no aver en èl coſa opueſta à nueſtra Santa Fè Catholica, y buenas coſtumbres. Fecha en Madrid à primero de Febrero del año de 1723.

Doct. Damaſio.

Por ſu mandado
Lorenço de San Miguel.

SUMA DEL PRIVILEGIO.

TIene Privilegio del Rey nueſtro ſeñor, por tiempo de diez años, Don Gregorio Hermoſilla, para poder imprimir el Libro intitulado, *Hiſtoria de la Conquiſta, y Poblacion de la Provincia de Venezuela*, Primera Parte, ſu Autor Don Joſeph de Oviedo y Baños, ſin que otra perſona alguna pueda paſſar à imprimirlo ſin ſu permiſſo, ſo las penas contenidas en dicho Privilegio, como mas largamente conſta de ſu original, refrendado de Don Balthaſar de San Pedro, Eſcrivano de Camara. Fecho en Balſain à 24. de Septiembre de 1722. años.

FEE DE ERRATAS.

PAg. 2. col. 1. ſepulſan, lee *ſepultan*; y en la linea ſiguiente, tus, lee *ſus*; y en la vltima, Ozinoco, lee *Orinoco*. Pap. 6. col. 2. Pavia, lee *Paria*. Pag. 47. col. 2. vateges, lee *vateles*. Pag. 51. col. 2. occidental, lee *accidental*. Pag. 54. col. 2. provihon, lee *proviſion*. Pag. 55. col. 1. Pavia, lee *Paria*, y lo miſmo en la ſiguiente columna, y demàs partes donde huviere ſemejante errata. Pag. 77. col. 2. Suecia, lee *Suavia*. Pag. 85. col. 1. Vtre, lee *Utre*, y lo miſmo en las demàs partes donde ſe encontrare otra tal. Pag. 86. col. 1. de ſuerde, lee *de ſuerte*. Pag. 114. col. 2. Caravjal, lee *Carvajal*. Pag. 128. col. 2. rogeando, lee *vogeando*. Pag. 149. col. 1. Cuayqueries, lee *Guayqueries*. Pag. 172. col. 1. puſto, lee *diſtrito*. Pag. 193. col. 2. para paſſar del Perù à Panamà, lee *para paſſar de Panamà al Perù*. Pag. 229. col. 1. perlamentada, lee *parlamentada*. Pag. 252. col. 2. an, lee *tan*. Pag. 254. col. 1. primeros, lee *primores*. Pag. 264. col. 1. ſetecientos, lee *ſeiſcientos*. Pag. 267. col. 2. ſupueſtos, lee *ſujetos*. Pag. 295. col. 2. para eſtas canas, lee *por eſtas canas*. Pag. 328. col. 2. ſetecienos, lee *ſeiſcientos*. Pag. 334. col. 1. pareciò, lee *pareciò*. Pag. 358. col. 2. aſſaltar ſus ſementeras, lee *aſſolar ſus ſementeras*. Pag. 365. col. 1. quintales, lee *quitates*. Pag. 366. col. 2. fianças, lee *fincas*.

Eſte Libro intitulado *Hiſtoria de la Conquiſta, y Poblacion de la Provincia de Venezuela*, ſu Autor Don Joſeph de Oviedo y Baños, y con eſtas erratas correſponde à ſu original. Madrid, y Febrero à tres de 1723.

Lic. D. Benito de Rio Cao de Cordido,
Corrector General por ſu Mageſtad.

SUMA DE LA TASSA.

TAſſaron los ſeñores de el Conſejo Real eſte Libro intitulado, *Hiſtoria de la Conquiſta, y Poblacion de la Provincia de Venezuela*, à ocho maravedis cada pliego, el qual parece tiene noventa y ſeis, ſin principios, ni tablas, como mas largamente conſta de ſu original, deſpachado en el Oficio de Don Balthaſar de San Pedro, Eſcrivano de Camara, y de Govierno. Madrid, y Febrero 4. de 1723.

Don Balthaſar de San Pedro.

CON

CON LA OCASION DE PUBLICARSE esta Hiſtoria congratùla à la Ciudad de Caracas el Licenciado Don Alonſo de Eſcobar, Presbytero, Canonigo de la Santa IgleſiaCathedral de dichaCiudad, Comiſſario de el Santo Oficio, Examinador Synodal de el Obiſpado de Venezuela, y Secretario de Camara, que fue de el Iluſtriſsimo ſeñor Obiſpo Don Diego de Baños y Sotomayor.

COronado Leon, de cuyos rizos
altivas Crenchas viſten el copete,
gallarda novedad, que tu nobleza
generoſa guardò para tus ſienes.
Iluſtre Concha, que en purpureas lineas
de el Murice dibuxas los relieves
en cruzados diſeños, que te exaltan,
quando en fuertes eſcudos te ennoblecen.
Fertil Rivera, que en plateadas hondas
el elemento liquido guarnece,
y en vejetables minas ſus teſoros
à purpura reducen lo virente.
Floreſta Americana, de quien Flora
tiernos pimpollos libra en candidezes
de flores, que perdiendo la hermoſura,
ſon frutos ſuaves, que Pomona ofrece.
Y en abundantes fertiles coſſechas
rubicundas macollas te previene,
que à el azerado golpe divididas,
en rozagantes granos ſe reſuelven.
Apreciados Cambiantes para el guſto,
apetecidos de vno, y otro Oriente,
permitiendo Neptuno en ſus criſtales
feriar ſu peſo por dorados trueques.
O tu Caracas! objeto generoſo
de aquel Imperio, cuya ſacra frente
venèran mas eſferas que el Sol gira,
ni el criſtalino Pielago entiquece.
Ya llegò el tiempo que tu heroyca Hiſtoria
à campear ſalga de ſus lobreguezes,

y dibuxada en apacibles vozes,
ſe retrate con mudos caractères.
Solo heroyca pluma llegar pudo
à ſer pincèl plauſible de tus Heroes,
porque efectos glorioſos no producen
pequeñas cauſas, ſi las eminentes.
Aun mas allà del Sol ſus giros llegan
de ſu blaſon, privandole de ſuerte,
que los rayos de aquel jamàs pudieron,
lo que ocultaba el tiempo, hazer preſente.
Emulo ſe acredita de ſus luzes,
Iluſtre Oviedo, quando ſabio advierte,
à fuer de ſus tarèas, lo que aclara
la dieſtra pluma de ſu rayo ardiente.
Para ſacar à luz tales memorias
de remota region el vuelo prende,
de la auripara tierra producido,
el aureo grano à iluminar tu temple.
Ya en la fatiga de ſu docta pluma
entre tus Heroes numerarſe puede,
que ſi aquellos ſe iluſtran por hallarte,
eſte por deſcubrirte lo merece.
A tal felicidad ſiempre obligada
tu gratitud en ſu loor no ceſſe,
que repetir encomios à ſus vuelos,
no es ſuficiente paga à lo que debes
Eterna tu memoria al tiempo dexa,
dandole nueva vida ſus pincèles
en la Eſtampa, que logran tus cenizas
revivir, renacer, volar qual Phenix.

DE EL MISMO AL AUTOR

SONETO.

Pincèl, tu pluma..... Generosa, y diestra
Ostenta su primor en.... Varias flores,
Registrando..... Sutil tantos primores;
De este emisferio dando.. Tanta muestra,
Origen le declara,..... I sin siniestra
Narracion le dà..... Nuevos resplandores,
Justamente le..... Deben los honores,
Obteniendo glorioso.... El de Maestra;
Si de las sombras en que. Obscurecida
Estaba esta region,..... Vnico Apeles,
Para que logre luz..... La nueva vida
Historico la das..... En tus pinceles:
A ti te debe el sèr,..... De ti aplaudida,
Victorioso te..... Ofrece mil laureles.

DE DON RUI FERNANDEZ DE FUEN-MAYOR.

SAntiago, mas que à Losada
à Oviedo debes dichosa,
pues por este eres famosa,
si por aquel conquistada;
q̃ vna piedra, aun no labrada,
no debe tanto al Cantero,
quanto al Artifice infiero,
que la pule, y no la parte,
porque aqui se exerce el Arte,
y allà trabajò el Azero.

Que si en Julio Emperador,
à quien diò con gallardia,
si lo doctò facundia
cinco triunfos el valor,
de Roma el grande Orador
mas la eloquencia acredita;
en lo que Oviedo exercita
merece aplauso mayor
que todo Conquistador,
dando la Conquista escrita.

Ellos pusieron leales
en el riesgo el corazon,
y Oviedo en su narracion
les dà espiritus vitales;
aun oy viven inmortales,
q̃ de Mirtho, Encina, y Grama
pudieran ceñir la rama
por Diadema, no el triunfal,
que este es para el q̃ inmortal
les dà la vida en la fama.

Viva el que haze al escrivir
Phenix à otros renacer,
y mejor supiera hazer
lo que sabe referir;
porque se pueden vnir
fortuna, y merecimiento,
y à pesar del movimiento
del tiempo, que presto vuela,
la descripta Venezuela
goze su alto entendimiento.

DEL M. R. P. PREDICADOR Fr. JOSEPH de Fuentes, Diſinidor actual de la Provincia de Santa Cruz, del Orden de San Franciſco.

Iudic. c. 14. ENigmatico Leon, quien pretendia
deshacer tu problema con denuedo?
ſi no fueſſe por Lima, Iluſtre Oviedo,
Ezech. c. 3. ofreciendo vn volumen de Ambrosìa.
Lo dulce del contexto es vna guia,
que denota tus paſſos con el dedo,
tan ſeguro en decir, que es vn remedo
Apoc. c. 5. del que en Patmos refiere alegorìa.
S. Bern. En ſu nombre Joſeph aumentos pone
de letras à ſu frente levantada,
en los Baños deſprendes la melena.
En vn Sotomayor, que te corone,
hallas ſabiduria tan realçada,
Sap. c. 6. que en ſu comparacion el oro es pura arena.

DEL MISMO AUTOR DE LAS DECIMAS antecedentes.

CEntellas de Mavorte belicoſas,
armas regidas de Eſpañol aliento,
en nuevos climas el deſcubrimiento
de Venezuela hicieron valeroſas.
Mas entre las cortinas tenebroſas
del olvido eclipſado el lucimiento,
cenizas eran ya de ſu ardimiento.
Y aunque nobles hazañas, no famoſas,
quando Oviedo con pluma eſclarecida,
y erudicion de aplauſos meritoria
iluminando aun lo que el tiempo olvida.
Oy exiſtir los haze en la memoria,
dando el valor eſta exiſtencia, y vida,
materia, que ſe informe con ſu Hiſtoria.

GRATULACION DE CLIO, QUE CON EL MOTIVO DE aver eſcrito la Hiſtoria de Venezuela Don Joſeph de Oviedo y Baños, le dirige el Licenciado Don Franciſco de Hozes, Abogado de la Real Audiencia de Santa Fè.

ROMANCE HENDECASILABO.

HEroes Conquiſtadores de Caracas,
dexad, dexad el ſueño tenebroſo,
que infunde à vueſtras inclitas cenizas
el veleño fatal del Mauſeolo.
Deſpertad del letargo de la muerte:
mas por què como muertos os invoco,
ſi en el campo eloquente de la Hiſtoria
triunfar os veo, y combatir os oygo?
De los Guerreros Brutos inflamados,
bufando incendio, y reſpirando polvo,
truncando miembros, y piſando vidas,
eſcucho los tropeles victorioſos.
Hazaña literaria de la pluma,
que ha conſeguido con eſfuerço docto,
que los que al mundo faltan, con los golpes
de ſus raſgos, no falten à los ojos.
Pues juzgo que à la vista ha ſuſpendido
(porque penetre ſiglos tan remotos)
la rapidèz del tiempo, ò que à la idèa
del tiempo le ha veſtido los periodos.
O clariſsimo Oviedo, à quien la ſuerte,
para premiar los hechos generoſos
de tanto Campeon ha concedido
de Minerva el ampliſsimo Teſoro!
Victimas del ſilencio, y del olvido
ſe lloràran ſus belicos arrojos,
à no reſtituirlos tu eloquencia,
del marmol mudo, al bronce clamoroſo.
Solo à vueſtro talento tanta empreſſa
pudo fiar la fama, porque ſolo
Herculea pluma, ò noticioſa Clava,
pudo vencer tan invencibles Monſtruos.
Tu ingenio ha conſeguido con ſus vuelos,
que reſpiren ambiente mas glorioſo,
que en el caduco aliento de ſus vidas,
en el aura inmortal de tus elogios.
Si mudamente procurò el olvido
deſgreñar de ſus triunfos el adorno;
tu puro eſtilo, con gallardo afsèo,
les reſtituye el natural decòro.
El innato raudal de tu eloquencia,
animado de eſpiritu canoro,
lamiendo hazañas, y argentando glorias;
fecundamente corre vagoroſo.
De tu Hiſtoria los ſabios reſplandores
mas brillantes ſe ven, que los de Apolo;
queſi Apolo dà luz à los objetos,
luces, y objetos dan tus raſgos doctos.
Vive feliz, y el bronce de la fama
te forme otro laurel harmonioſo,
que tu memoria ciña en los eternos
alientos de ſus gritos, y ſus tornos.

PRO-

PROLOGO AL LECTOR.

Siempre fue costosa fatiga de el entendimiento el escrivir como se debe para la Estampa, y el agradar à tan diverso paladar de gustos como ingenios: impracticable acierto de la pluma, que pretendido de muchas, llegò à ser conseguido de muy pocas; y mas en nuestros tiempos, en que el primor con que se desempeñaron algunas hizo mas infeliz la conocida desgracia de las otras. La experiencia de esta verdad puso en desconfiança la mia, empezando con recelo, y prosiguiendo con temor la formacion de esta Historia en que me hallè empeñado, à impulsos de agradecido, pretendiendo satisfacer la estimacion que he debido à esta Provincia con aplicar mi desvelo para sacar à luz los memorables acontecimientos de su Conquista; cuya noticia, sin razon, ha tenido hasta aora recatada el culpable descuido de sus hijos, sin que entre tan soberanos ingenios como produce aya avido vno, que se dedique à tomar por su quenta esta tarèa.

El trabajo que he tenido para disponer la obra ha sido grande, siendo preciso rebolver todos los Archivos de la Provincia para buscar materiales, y cotejando los instrumentos antiguos, sacar de su contexto la substancia en que afiançar la verdad con que se debe hazer narracion de los sucessos, pues sin dar credito à la vulgaridad con que se refieren algunos, he essegurado la certeza de lo que escrivo en la autentica assercion de lo que he visto.

El estilo he procurado salga arreglado à lo corriente, sin que llegue à rozarse en lo afectado, por huir el defecto en que incurrieron algunos Historiadores modernos de las Indias, que por adornar de exornadas locuciones sus escritos, no reusaron vsar de impropriedades, que no son permitidas en la Historia, pues introducen en persona de algunos Indios, y Caciques Oraciones tan colocadas, y elegantes, como pudiera hacerlas Ciceron: eloquencia, que no cabe en la incapacidad de vna Nacion tan barbara; y punto tan delicado en las formalidades de la Historia, que toda la autoridad de Quinto Curcio no pudo librarse de la objecion con que le notan el Padre Moyne en su Arte de Historia, Mascardo, y el erudito Padre Rapin, solo por parecerles desproporcionadas en la ignorancia de los Scytas las sentencias con que viste la Oracion que hicieron à Alexandro.

Si reparare el curioso en la poca cita de Autores de que me valgo, essa es la mayor prueba de la verdad que escrivo, pues aviendome governado en todo por los instrumentos antiguos que he leìdo, ya que la prolixidad no me permite el citarlos, asseguro en su autoridad la certeza de que necesito para los sucessos que refiero. Y como quiera que en todo solo solicito la benevolencia de el Lector, para que dissimule con piedad los defectos que pudiera acriminar con rigor, desde luego represento por merito para la vènia à que aspiro, el conocimiento que me assiste de mis proprios yerros, pues quantos descubriere en este Libro la censura, tantos admito sin disculpa por legitimos hijos, nacidos de mi ignorancia. VALE.

HISTO-

HISTORIA
DE LA CONQUISTA, Y POBLACION DE LA PROVINCIA DE VENEZUELA.

BIBLIOTECA NACIONAL

LIBRO PRIMERO.

CAPITULO PRIMERO.

DEL SITIO, Y CALIDADES DE la Provincia.

ENTRE LAS Provincias que componen el dilatado Imperio de la America tiene lugar, por vna de las mejores, la que desde los principios de su descubrimiento, con alusion muy propria (como adelante verèmos) se llamò Venezuela, aunque despues, tomando la dominacion de el nombre de su Metropoli, es comunmente llamada, Provincia de Caracas, cuya Historia ofrece assempto à mi pluma para sacar de las cenizas del olvido las memorias de aquellos valerosos Españoles que la conquistaron, con quienes se ha mostrado tan tyrana la fortuna, que mereciendo sus heroycos hechos aver sido fatiga de los buriles, solo consiguieron, en premio de sus trabajos, la ofensa de el desprecio con que los ha tenido escondidos el descuido: fatalidad

comun de eſte emisferio, pues los marmoles que ſeparò la fama para materia de ſus trofeos, en las Indias ſolo ſirven de loſas para el ſepulcro donde ſe ſepulſan las hazañas, y nombres de tus dueños; deſgracia, que en eſta Provincia ha calificado con mas veras la experiencia, pues apenas conſerva la tradicion algunas confuſas noticias de las acciones iluſtres de ſus Conquiſtadores, por no aver avido curioſidad que ſe aya dedicado à eſcrivirlas: motivo, que me obliga à tomar por mi cuenta eſte trabajo, aun aſsiſtiendome el conocimiento de que ha de ſer poco agradecido de los que debia ſer mas eſtimado.

En la parte que llamamos Tierra-Firme de las Indias tiene ſu ſituacion la Provincia de Venezuela, gozando de longitud docientas leguas, comprehendidas entre el Morro de Unare, por donde parte limites al Oriente con la Provincia de Cumanà, y el Cabo de la Vela en que ſe divide al Occidente de la governacion de Santa Marta; de latitud tiene mas de ciento y veinte leguas, bañando al Septentrion todas ſus coſtas el Occeano, y demorandole al Suduelte el nuevo Reyno de Granada, ſirven al Mediodia de lindero à ſu demarcacion las caudaloſas corrientes de el rio Ozinoco; ſu terreno es vario, porque en la grande capacidad de ſu diſtancia contiene Sierras inacceſsibles, Montañas aſperiſsimas, Tierras altas, limpias, y alegres, Vegas tan fertiles, como hermoſas, y Valles tan deleytoſos, que en continuada Primavera, divirtiendo con ſu amenidad, combidan con ſu freſcura, deheſſas, y paſtos, tan adequados para cria de ganados de todas eſpecies, principalmente de el bacuno, que es exceſsivo ſu multiplico; y el cabrìo abunda tanto en las Juriſdicciones de Maracaybo, Coro, Carora, y el Tocuyo, que beneficiadas las pieles, enriqueze à ſus vezinos el trato de los cordovanes; crianſe cavallos de razas tan excelentes, que pueden competir con los Chilenos, y Andaluzes, y mulas, quantas baſtan para el tragin de toda la Provincia, ſin mendigar ſocorro en las eſtrañas.

Sus aguas ſon muchas, claras, y ſaludables, pues no ay amagamiento de ſerranìa, ni ceja de montaña, que no brote criſtalinos arroyos, que cruzando la tierra con la freſcura de ſus raudales, la fecundan de calidad, que no ay coſa que en ella ſe ſiembre, que con admiracion no produzca, ayudando à ſu fertilidad la variacion de ſu temperamento, pues à cortas diſtancias, ſegun la altura, ò baxìo que haze la tierra, ſe experimen-

ta

ta frio, calido, ò templado, y de esta variedad de temples se origina su mayor excelencia, pues lo que en vn sitio no produce, en otro se multiplica, y lo que en vna parte se esteriliza, en otra se fecunda, y assi abunda de trigo, maìz, arroz, algodon, tabaco, y azucar, de que se fabrican regaladas, y exquisitas conservas; cacao, en cuyo trato tienen sus vezinos assegurada su mayor riqueza; frutas, assi Indianas, como Europias; legumbres de todos generos, y finalmente, de todo quanto puede apetecer la necessidad para el sustento, ò desear el apetito para el regalo.

Sus montes crian maderas preciosas, y de estimacion, como son, granadillos, gateados de diversos colores, caovas, dividibes, guavacanes, palo de Brasil, tan conocido por lo fino de sus tintas, chacaranday, tan hermoso por la variedad de sus visos, que assimila al carey metiendolo en el torno; y el cedro en tanta abundancia, y tan comun, que sirve de materia à las obras mas ordinarias, siendo singular el arbol que no distila dulçuras, pues abrigando enxambres de silvestres abejas, forman en los troncos colmenas à sus rubios panales; crianse baynillas, mas aromaticas, y fragrantes que las de Zoconuzco; y en la Jurisdiccion de la Ciudad de Carora, grana silvestre, tan fina como la de Mysteca, que si se dedicàran à su beneficio, fuera de grande aumento à los caudales; la zarçaparrilla, y el añil son plantas tan comunes en los barçales, que mas sirven de embarazo, que provecho, por la poca aplicacion à su cultivo.

Los bosques mantienen en abùdancia diversas especies de animales, siendo los mas frequentes Leones, Ossos, Dantas, Benados, Baquiras, Conejos, y Tigres, los mas feroces que produce la America, aviendo enseñado en estos la experiencia, que mantienen mas ferocidad mientras mas pequeñas son las manchas con que esmaltan la piel; sus Mates, y sus Rios abundan de variedad de pezes, vnos plebeyos por lo comun, y otros estimados por lo exquisito; sus Costas proveen de admirables salinas, assi por la facilidad con que quaxan, como por lo apetitoso de la sal que crian.

Los campos estan siempre poblados de varios pajaros, y distintas aves, sirviendo aquellos de deleyte con la hermosura de sus plumages, y suavidad de sus cantos; y estos de regalo, con lo sabroso, y apetecible de sus carnes, siendo los mas comunes para este efecto, la guacharaca, el paugi, la vquira, ò gallina de monte, la tortola, la perdiz, y otras muchas de diferentes especies, que son materia para el divertimien-

miento de los aficionados à la caza.

Produce eſta Provincia ſingulares ſimples, de los que vſa para ſu aplicacion la Medicina, como ſon, la caña-fiſtola, los tamarindos, la raìz de China, la tacamajaca, eficaz confortativo para la cabeza, el balſamo de Carora, y el azeyte que llaman de Maria, ò Cumanà, antidotos para qualquiera herida, y cèlebres preſervativos para todo paſmo.

Tiene Minas de Eſtaño en diferentes partes, y en el ſitio de Cocorote vnas de Cobre, que deſcubriò Don Alonſo de Ovicdo, vezino de Barquiſimeto, de grande opulencia, y rendimiento; beneficiòlas ſu Mageſtad de ſu quenta mucho tiempo, ſacando porciones muy conſiderables de metal, que ſe llevaban à Eſpaña para fundicion de Artilleria; y deſpues, aviendolas empeñado en cantidad de quarenta mil peſos (con ciertas condiciones) à D. Francifco Matin, vezino de Caracas, eſte las deſpoblò, aplicando los eſclavos, y aperos de ſu labor à otras fundaciones de mayor conveniencia propria.

Fue en lo primitivo rica de minerales de oro, que con facilidad tributaban las arenas de ſus quebradas, y oy, aunque ſe hallan mueſtras en las mas de ellas, no ſe benefician, ò porque acabados los veneros principales, no correſponde lo que rinden al trabajo de quien lo ſaca; ò porque aplicados ſus moradores (que es lo mas cierto) à las labores del Cacao, atienden mas à las coſechas de eſte, que los enriquece con certeza, que al beneficio de aquellos, que lo pudieran hazer con contingencia; crianſe criſtales muy tranſparentes, ſolidos, y terſos, y veneros de azul tan fino, que iguala al vltramarino; palos para tintas de diferentes colores; y finalmente produce, y ſe halla en ella quanto puede deſearſe para la manutencion de la vida humana, ſin neceſsitar de que la ſocorran con ſus frutos las Provincias vezinas; y ſi à ſu fertilidad acompañàra la aplicacion de ſus moradores, y ſupieran aprovecharſe de las conveniencias que ofrece, fuera la mas abaſtecida, y rica, que tuviera la America.

Al tiempo de ſu conquiſta era habitada eſta Provincia de innumerable gentìo de diverſas Naciones, que ſin reconocer Monarcha ſuperior que las dominaſſe todas, vivian rindiendo vaſſallaje cada Pueblo à ſu particular Cacique; pero deſpues las mudanças de el tiempo, y la continuada extraccion de Indios, que por eſpacio de mas de veinte años ſe hizo para las Islas de Barlovento, y otras partes, la conſumieron de ſuerte, que el dia de oy en ochenta y dos Pueblos,

de

de bien corta vecindad cada vno, apenas mantienen entre las cenizas de su destruicion la memoria de lo que fueron.

Sus costumbres en la Gentilidad fueron barbaras, sin politica, govierno, ni religion, que los acreditasse racionales, pues aunque convenian todos en ser Idolatras, valiendose de piaches, y mojanes para consultar al demonio, y observar sus agueros, y supersticiones, se diferenciaban todos en las circunstancias de el culto; pues no teniendo Dios general à quien adorasse vna Nacion entera, cada Indio de por sì rendia veneracion, atribuyendo divinidad al objeto que mas le inclinaba su aficion, y assi era muy raro el animal, savandija, cerro, ò peñasco, que no tuviesse algun devoto, que con obsequios de sumission le consagrasse aras de rendimiento; sus adoratorios mas ordinarios eran en profundas quebradas, ò montes encumbrados, sirviendoles los concabos de las peñas, ò huecos de los arboles de templos para colocar sus Idolos, que labraban de oro, barro, ò madera, de figuras estrañas, y diversas, aunque en algunas partes vsaban casas grandes de paja, que llamaban Caneyes, donde se juntaban los Mohanes, y al son de sus roncos fotutos invocaban al demonio, à quien ofrecian ovillos de hilo de algodon por victima, y manteca de cacao, que quemada en braserillos de barro, servìa de olocausto al sacrificio; pero ya reducidos al Gremio de nuestra Sagrada Religion, viven agenos de toda idolatria, aunque con algunos resabios en la observacion de agueros, y supersticiones à que es naturalmente inclinada esta Nacion.

Comprehende oy la Provincia en su distrito las Ciudades de Santiago de Leon de Caracas, la de Santa Ana de Coro, la nueva Camora de Maracaybo, la de Truxillo, la de el Tocuyo, la nueva Segovia de Barquisimeto, la nueva Valencia de el Rey, la de el Portillo de Carora, San Sebastian de los Reyes, la de Guanaguanare, y la de Nirgua; las Villas de San Carlos de Austria, y el Pilar de Ataure, y el Puerto de la Guayra, de cuyos temperamentos, sitios, y calidades irèmos dando razon en el discurso de esta Historia, segun los tiempos en que se executaron sus fundaciones.

CAPITULO II.

DESCUBRE ALONSO de Ojeda la Provincia de Venezuela: siguele en la derrota despues Christobal Guerra, que la costea toda.

DEscubierto este nuevo Mundo por el Almiran-

te Don Chriſtobal Colòn el año de mil quatrocientos y noventa y dos, para inmortal gloria de la Nacion Eſpañola, y embidioſa emulacion de las eſtrañas; aviendo repetido en los años ſubſequentes diferentes viages en profecucion de ſus intentos, llegò el de noventa y ocho à reconocer la Tierra-firme de eſta America, por la parte que llamò la Boca de los Dragos, enfrente de la Isla de la Trinidad de Barlovento; pero aunque pueſta la proa al Poniente, navegò ſus Coſtas haſta la punta de Araya, ſin paſſar mas adelante, mudando el rumbo àzia el Norte, diò la buelta à la Isla Eſpañola, dexando por entonces imperfecto eſte deſcubrimiento; con cuya noticia el Capitan Alonſo de Ojeda, natural de la Ciudad de Cuenca, que de orden de los Reyes Catholicos ſaliò de Eſpaña para eſtas partes el año de noventa y nueve, trayendo por ſu Piloto à Juan de la Coſa, de Nacion Vizcayno, encaminò ſu derrota en demanda de la tierra firme, que avia deſcubierto el Almirante; y con proſpero viage, à los veinte y ſiete dias de navegacion diò viſta à la Boca de los Dragos, y tierra de Maracapana.

Fuèla coſteando la buelta de el Poniente, ſaltando en tierra muchas vezes, y obſervando los Puertos, fluxos, y refluxos de ſus Mares, en diſtancia de mas de trecientas leguas; que corriò haſta el Cabo de la Vela; de donde atravesò à la Isla Eſpañola, con la gloria de aver ſido el primero que deſcubriò eſta Provincia, por contenerſe ſu demarcacion en los terminos que dexò navegados ſu derrota, cuya delineacion, con mas fundamento, è individual noticia, conſiguiò, poco deſpues, Chriſtobal Guerra; porque aviendo obtenido licencia de los Reyes Catholicos para hazer viage à los deſcubrimientos de eſtas Indias vn Pedro Alonſo Niño, vezino de Moguer (con condicion, que no llegaſſe con cinquenta leguas à lo deſcubierto por el Almirante Colòn) hallandoſe con cortos medios para los preciſos gaſtos de ſu abìo, formò compañia con Luis Guerra, vezino de Sevilla; ajuſtando eſte entre otras capitulaciones, que intervinieron para ſu contrato, el que vinieſſe ſu hermano Chriſtobal Guerra por Capitan de la Embarcacion, que avian de deſpachar à ſu deſcubrimiento; y hecha la prevencion neceſſaria, con la brevedad, y diligencia que pudieron, ſe hizieron à la vela pocos dias deſpues que Ojeda ſaliò del Puerto de San Lucar, y governando al miſmo rumbo, llegaron en ſu ſeguimiento à la tierra de Pavia, y Maracapana, donde, ſin reparar en la prohibicion que tenian para no tocar en lo deſcubierto por el Almirante, cor-

taron

taron algun palo de Brasil para principio de su carga, y bolviendo à navegar àzia el Poniente, passando por las Islas de la Margarita, y de Cubagua, rescataron de los Indios, en cambio de algunas bugerias de Castilla, considerable cantidad de perlas, que fueron las primeras que tributò à nuestra España este Occidente.

Gozoso Guerra, y sus compañeros con los aprovechamientos, que en tan felices principios le iba ofreciendo la fortuna, prosiguieron su navegacion passando el Ancon de Refriegas, punta de Araya, y golfo de Cariaco, hasta llegar al Puerto de Cumanagoto, donde los Indios, llevados de la novedad de ver en sus tierras gente estraña, sin recelo alguno de los forasteros, luego que descubrieron la Embarcacion se fueron à bordo en sus Pyraguas, llevando muchas perlas, y chagualas de oro en los cuellos, brazaletes, y orejeras, que con liberalidad feriaron à los huespedes por cascabeles, cuchillos, y chaquiras, dexandolos mas animosos para llevar adelante el logro de las conveniencias, que se prometian en las muestras de la opulencia que encontraban.

Con estos buenos deseos, y mas vivas esperanças, salieron de Cumanagoto, y montado el Cabo de Codera, quasi por los mismos passos que avia llevado Ojeda llegaron al parage, donde despues se fundò la Ciudad de Coro, y rescatando algun oro de los Naturales, passaron mas abaxo à la Provincia de Coriana, cuyas Playas hallaron pobladas de multitud de barbaros, que con repetidas señas, y demostraciones de amistad, instaban à los forasteros à que saltassen en tierra à rescatar algunas joyas de oro, que para obligarles les mostraban; y como aun à menor señuelo se dieta por entendida la codicia, tomaron vna resolucion, que nunca se podrà librar de la nota de temeraria, pues siendo solos treinta y tres hombres los que iban en el Navio, saltaron en tierra, entregandose à la no experimentada fee de aquellos barbaros; pero los Indios, haziendo estimacion de la confiança, los recibieron con agassajos de vna intencion sin malicia, y les feriaron, con galanteria, quantas perlas, y chagualas de oro tenian para el lucimiento de su adorno; à que agradecidos nuestros Españoles, correspondieron liberales con cuchillos, alfileres, y otras niñerias de Europa, en que suplia la novedad, lo que faltaba al valor; y conociendo la candida sinceridad de aquella gente, por tomar algun refresco en las penalidades del viage, se estuvieron de assiento veinte dias gozando de la abundancia de conejos, y Venados, que produce aquel Pais,

Païs; y ſegun el agaſſajo que recibian de los Indios, ſe huvieran detenido por mas tiempo, ſi el anſia de dar fin à aquel deſcubrimiento no les huviera dado prieſſa à navegar, como lo hizieron, proſiguiendo por la Coſta abaxo àzia el Poniente, haſta que à pocos dias deſcubrieron vnas Playas, habitadas de mas de dos mil Indios, que armados de arcos, y flechas, manifeſtaban, en ſu modo, el poco deſeo, que tenian de admitir en ſus tierras gente eſtraña.

Eſtos, ſegun el parage, fueron ſin duda alguna los Cozinas, gente cruel, barbara, y traydora, que haſta el dia de oy ſe mantiene con ſu fiereza incontraſtable ocupando la Coſta, que corre deſde Maracaybo al rio de la Hacha; y como nueſtros navegantes no eran armas, ni pendencias la mercancia que buſcaban, ni eſtaban acoſtumbrados à tales recibimientos; hallandoſe con porcion conſiderable de oro, y mas de ciento y cinquenta marcos de perlas, y algunas tan grandes como avellanas, muy orientales, y hermoſas; ſin ponerſe à mas peligros, acordaron bolver la Coſta arriba, por el miſmo camino que avian hecho, haſta dar fondo en Araya, donde dexaron deſcubierta aquella cèlebre Salina, que tan apetecida ha ſido de las Naciones del Norte, y en cuya defenſa ha conſumido inutilmente tantos teſoros nueſtra Eſpaña; y tomando la derrota para Europa, à los dos meſes de navegacion, el dia ſeis de Febrero de el año de mil y quinientos, dieron fondo en vno de los Puertos de Galicia, dexando llenas ſus Coſtas de admiracion, y riquezas.

CAPITULO III.

EMBIA LA AUDIENcia de Santo Domingo al Factor Juan de Ampues à la Provincia de Coriana: aſsiente amiſtad con ſu Cacique, y dà principio à la fundacion de Coro.

LAs noticias que la ge el Navio de Chriſtoba Guerra eſparciò por toda Eſpaña de las grandezas que encerraba en si eſta Tierra-firme, acreditadas con la riqueza, que avian llevado conſigo, hizieron tal conmocion, principalmente en las Coſtas de la Andalucia, que muchos Mercaderes, queriendo entrar à la parte de tan faciles ganancias, armando diferentes Embarcaciones, fueron continuando el trato de eſta navegacion, gozando de ſu comercio intereſſes muy crecidos; y aſsi por eſte motivo, que ſe fue aumentando con el tiempo, como por aver deſpues el Emperador Carlos Quinto dado permiſ-

miſo, para que ſe hizieſſen eſclavos los Indios, que reſiſtieſſen las Conquiſtas Eſpañolas; fueron tantos los Comerciantes que ocurrieron de la Isla Eſpañola, y otras partes à toda la Coſta, que corre deſde Paria haſta Coriana, tomando por grangeria hazer eſclavos los Indios, ſin reparar en que concurrieſſen, ò no las circunſtancias, que por entonces hizieron licita, permiſion, tan perniciosa, que ſe viò obligada la Audiencia de Santo Domingo à procurar el remedio de los inconvenientes, que ſe experimentaban en ſemejante deſorden; para lo qual determinò embiar al Capitan Juan de Ampuès, perſona de ſuposicion, autoridad, y talento, que era Factor de la Real hazienda en aquella Ciudad, para que aſsiſtiendo perſonalmente en Coriana, con amplios deſpachos, y proviſiones que ſe le dieron, embarazaſſe, aſsi las vejaciones, y malos tratamientos, que executaban los Mercaderes en los miſerables Indios, como la extraccion tan continuada, que ſe hazia de ellos para reducirlos à la civil muerte de vna eſclavitud perpetua.

Aceptò guſtoſo Ampues la comiſion, diſcurriendo con la viveza de el genio que le aſsiſtia, que hallandoſe preſente con el caracter de Juez en vna tierra tan pingue, preciſamente avian de ſer ſus conveniencias muy crecidas; y apreſtando con brevedad vn Navio, acompañado de Virgilio Garcia, Eſtevan Matheos, y otros cinquenta y ocho hombres, que llevò conſigo, atravesò à la Coſta de Coriana por el año de mil quinientos y veinte y ſiete, donde teniendo noticia, luego que llegò, de que el Cacique Manaure, poderoſo en riquezas, y vaſſallos, era Señor de toda aquella Provincia, habitada de la Nacion Caiquetia, y à quien rendian vaſſallage algunas circunvezinas; ſolicitò ſu amiſtad, valiendoſe, para conſeguirla, de quantos medios pudo dictarle ſu ſagacidad prudente, ſin eſcuſar los regalos, obſequios, ni ſumiſsiones; haſta que rendido el Barbaro de las corteſanias de Ampues, ſe determinò à venir à ſu alojamiento à viſitarlo, haziendo demonſtracion de ſu poder, y grandeza en el ſequito, y oſtentacion con que diſpuſo ſu viſita, pues llegò acompañado de cien Indios Nobles, que coſtoſamente aderezados con penachos de viſtoſas plumas, brazaletes de perlas, y orejeras de oro, cercaban vna hamaca, tegida de curioſas labores, en que venia (cargado en hombros de Caciques) el Manaure, correſpondiendo el adorno de ſu perſona à ſu gravedad, y à ſu riqueza. Año de 1527.

Alegre Ampues al ver los

grada la intencion, que ſiempre tuvo de eſtrechar amiſtad con el Cacique, para por eſte medio dar mejor expediente à ſus intentos, lo ſaliò à recibir à la puerta de la caſa en que aſsiſtia, vſando de todas aquellas vrbanidades, que tienen introducidas las leyes de el cumplimiento; y correſpondiendo el Barbaro à ſu vſança, ſe moſtrò tan liberal, como corteſano, pues regalò à Ampues con diferentes piezas de oro, mantas, y otras alhajas, cuyo importe (en la comun eſtimacion) llegò al valor de onçe mil peſos, reſultando de ſu galanteria el quedar ajuſtada entre los dos perpetua aliança, preſtando vaſſallage à nueſtro Rey toda la Nacion Caiquetia, que obſervò deſpues con tal lealtad, que aunque los deſafueros de nueſtros Soldados, en diferentes ocaſiones, dieron motivo à que pudieſſen, con razon, falſear las coyundas de la obediencia, jamàs faltaron los Indios por ſu parte al cumplimiento de la fe, que prometieron; cauſa, para que en ſatisfacion de ſu lealtad continuada ſiempre ayan ſido libres de tributos, y demòras, gozando ſu libertad ſin penſion que los moleſte.

Bien conociò Ampues, por la opulencia de el Cacique, la riqueza de la tierra, y las conveniencias, que podrian reſultar à la Corona de poblarla, tomando en ella los Eſpañoles mas de aſsiento ſu aſsiſtencia; y aſsi determinado à executarlo, (aunque ſe hallaba ſin orden, ni facultad para ello) buſcando el ſitio, que le pareciò mas apropoſito, el dia de Santa Ana del miſmo año de quinientos y veinte y ſiete, fundò vna Ciudad, à quien por eſta circunſtancia, y ſer en la Provincia de Coriana, intitulò Santa Ana de Coro, aunque por entonces, ni le ſeñalò Regimiento, ni le nombrò Juſticia para ſu govierno, dexandola debaxo de la juriſdiccion, que èl exercia, mediante los poderes, que le avia dado la Audiencia para aquel diſtrito. Ciudad de Coro.

Eſtà eſta Ciudad en diez grados de altura Septentrional, en vn temperamento calido, y en extremo ſeco, diſtante de la marina media legua, ſu terreno arenoſo, y falto de aguas, ſu comarca abundante, y regalada; criaſe en ella mucho ganado bacuno, y cabrìo, y conſiderable porcion de buenas mulas; tiene abundantes Salinas, y por el mucho trato que mantiene con Cartagena, Santo Domingo, Caracas, y otras partes, tranſportando à ellas gran cantidad de queſos, mulas, y cordovanes, es Lugar rico, aunque ſu vecindad es corta; ſu Igleſia fue Cathedral deſde el año de quinientos y treinta y dos, que la erigiò el ſeñor Don Rodrigo de las Baſtidas, ſu primer

mer Obiſpo, haſta el año de ſeiſcientos y treinta y ſeis, en que por recelo de las invaſiones enemigas, la trasladò à la Ciudad de Santiago el ſeñor Obiſpo Don Juan Lopez Aburto de la Mata; ſirveſe oy por dos Curas Rectores, y vn Sacriſtan mayor, y el Lugar mantiene vn Convento corto de la Orden de San Franciſco, y vna Ermita, dedicada à San Nicolàs Obiſpo.

CAPITULO IV.

CAPITULAN LOS BELçares la Conquiſta, y poblaçion de eſta Provincia, y viene por primer Governador Ambroſio Alfinger.

ASſiſtian por aquel tiempo en la Corte de nueſtro Emperador Carlos Quinto, Enrique de Alfinger, y Geronimo Sailler, Agentes, y Factores de los Belçares, Cavalleros Alemanes, à quienes llamaban en la Europa los de la famoſa Compañia, por vna muy cèlebre que tenian hecha con diferentes Mercaderes, traficando caudales muy crecidos en todos los Puertos, y Contrataciones de el mundo; y ſabiendo las vtilidades tan conſiderables, que producia el trato, y comercio de Coriana, y toda ſu Coſta, les pareciò ſeria de conveniencia à los intereſſes de ſu Compañia el tomarla por ſu cuenta, para desfrutarla ſolos, pidiendoſela al Emperador en arrendamiento; y aunque por parte de Juan de Ampues(quien ſolicitaba el govierno en propiedad para llevar adelante la Poblacion, y Conquiſta, que tenia empezada) ſe les hizo notable contradicion; como quiera que el Emperador ſe hallaba beneficiado de los Belçares, por las cantidades de dinero, que en diferentes ocaſiones le avian preſtado para ſus expediciones militares, fueles facil conſeguir ſu pretenſion, con algunas condiciones, que capitularon con el Ceſar, ſiendo las principales, que dentro de dos años ſe avia de obligar la Compañia à fundar dos Ciudades, y edificar tres fortalezas en el diſtrito de la governacion, que ſe les concediò, que fue deſde el Cabo de la Vela, corriendo al Leſte, haſta Maracapana, que ſon mas de trecientas leguas de longitud, con el fondo, que les pareciеſſe conveniente para el Sur, en que por entonces no ſe les ſeñalaron limites, para lo qual avia de armar la Compañia quatro Navios, y conducir en ellos trecientos hombres Eſpañoles, y cinquenta Alemanes, Maeſtros de Minerage, que à ſu coſta avian de repartirſe por todas las Indias, para el mejor conocimien-

to,

to, y beneficio de los metales; y en recompensa les hizo merced el Emperador de el Titulo de Adelantado para la persona que nominassen los Belçares, y les concediò el quatro por ciento de todos los provechos, que en la Conquista tocassen de sus quintos à la Real Corona, y doze leguas en quadro, en la parte que escogiessen de las tierras que conquistassen, para disponer de ellas à su advitrio, con facultad para poder hazer esclavos los Indios, que reusassen rendir la cerviz al yugo de la obediencia; guardando en esto la limitacion prevenida en las instrucciones dispuestas sobre materia tan grave, y con intervencion del Padre Fray Antonio Montesinos, Religioso del Orden de Santo Domingo, à quien nombrò el Emperador, para que con el titulo de Protector de los Indios, passasse à esta Provincia, adjudicandole los frutos dezimales, para que à su voluntad los distribuyesse en vsos pios, en el interin que se daba otra disposicion mas conveniente.

Al tiempo que se ajustaron estas Capitulaciones, que fue el año de quinientos y veinte y ocho, avia el Emperador hecho merced del Govierno de Santa Marta (que estaba vaco por muerte de Rodrigo de las Bastidas) à Garcia de Lerma, su Gentil hombre de Boca, Cavallero muy Ilustre, natural de la Ciudad de Burgos; y hallandose este en la Corte, tuvieron ocasion los Belçares de convenirse con èl, para que como confinantes en sus Conquistas, se auxiliassen vnos à otros siempre que la necesidad lo pidiesse, en cuya conformidad fuesse por Capitan de sus tres Navios Alemanes, y hallando pacifica la Ciudad de Santa Marta de las alteraciones, que se avian originado por las alevosas heridas, que diò à su antecessor Bastidas, su Theniente General Villa-Fuerte, passasse en persona (si fuesse necessario) à socorrerlos à Coro.

Año de 1528.

Confirmados estos Capitulos por el Cesar, nombraron los Belçares por Governador de sus Conquistas à Ambrosio de Alfinger, y por su Theniente General à Bartholomè Sailler, ambos Alemanes de nacion, y dispuestas todas las cosas necessarias, el mismo año de veinte y ocho se dieron à la vela, bien proveìdos de cavallos, armas, y municiones, trayendo consigo quatrocientos Españoles, y entre ellos muchos Hidalgos, y hombres Nobles, como fueron Juan de Villegas, natural de Segovia, Progenitor Ilustre de los Villegas de Caracas, Varon à todas luzes grande, à quien debe esta Provincia su conservacion, y aumento, y quien nos darà bastante materia para la narracion de nuestra Historia;

el

el Capitan Sancho Brizeño, de quien deſcienden los Cavalleros Brizeños, Baſtidas, Verdugos, y Roſales de la Ciudad de Truxillo; Juan Quareſma de Melo, que aviendo ſido muchos años Mayordomo de los Duques de Medina-Sydonia, paſsò en eſta ocaſion à eſta Provincia, caſado con Franciſca de Samaniego, à quien hizo el Emperador merced de vn Regimiento perpetuo en la primera Ciudad que ſe poblaſſe; ſon herederos de los meritos, y ſervicios de eſte Cavallero los Guevaras de eſta Ciudad de Santiago, por aver caſado con Doña Luiſa de Samaniego, ſu nieta, el Capitan Juan de Guevara, ſobrino de el Licenciado Iñigo de Guevara, de el Avito de Santiago, Oidor de Santo Domingo, en cuya compañia paſsò de Eſpaña à eſtas partes; el Contador Diego Ruiz Vellejo, Gonçalo de los Rios, Martin de Arteaga, Juan de Frias, Luis de Leon, Joachin Ruiz, Antonio Col, Franciſco Ortiz, Juan de Villa-Real, Geronimo de la Peña, Bartholomè Garcia, Pedro de San Martin, Factor de la Real hazienda, el Licenciado Hernan-Perez de la Muela, Alonſo de Campos, y otros.

Con proſpero viage llegò Ambroſio de Alfinger à Coro, y preſentando los deſpachos que traìa, viſtos por Juan de Ampues, obedeciò lo que el Emperador mandaba, y en cumplimiento de las Reales proviſiones, le entregò luego el Govierno, aunque con el ſinſabor, y diſguſto de ver convertirſe en agenas conveniencias el fruto que eſperabà gozar de ſus proprias fatigas; deſconſuelo con que viviò toda ſu vida retirado en la Isla de Santo Domingo, ſin que fueſſe baſtante à templar ſu ſentimiento el Señorìo de la Isla de Curazas, de que le hizo merced el Emperador, procurando aplacar con eſta honra, los eſcozores, que le causò ſu quexa.

CAPITULO V.

PERFECCIONA ALFINger la fundacion de Coro, y ſale con ſu gente al deſcubrimiento de la Laguna de Maracaybo.

TOmada por Alfinger la poſſeſsion de ſu Govierno, aunque ſu animo, y el de los demàs Alemanes que le ſuccedieron, nunca fue de arendar al aumento, ni conſervacion de la Provincia, ſino deſfrutarla, logrando el tiempo de aprovecharſe, mientras duraſſe la ocaſion (como lo manifeſtaron ſus obras;) ſin embargo, hallando fundada la Ciudad de Coro por

Juan de Ampues, quiſo darle la perfeccion que le faltaba, inſtituyendo en ella aquellos Oficios, de que neceſsita vna Republica, aſsi para ſu luſtre, como para la ordinaria adminiſtracion de ſu juſticia; y como el Emperador avia hecho merced à Juan Quareſma de Melo de vn Regimiento perpetuo en la primera Ciudad que ſe poblaſſe, aviendo llegado el caſo, le diò poſſeſsion del exercicio, y nombrò por compañeros à Gonçalo de los Rios, Martin de Arteaga, y Virgilio Garcia, que juntos en Cabildo eligieron por primeros Alcaldes à Sancho Briceño, y Eſtevan Matheos, natural de Moguer; en cuyas diſpoſiciones, y otras que le parecieron convenientes para dar forma à la manutencion de aquella nueva planta, gaſtò el tiempo que reſtaba del año de veinte y ocho; y entrado el de veinte y nueve, como ſe hallaſſe con aquellos ardientes deſeos à que le incitaba la codicia de procurar quanto antes adquirir riquezas, ſin reparar en que fueſſen, ò no juſtos los medios para poder conſeguirlas; conſultò con las perſonas que tenían mas experiencia la parte que le podria ſer mas provechoſa para encaminar à ella ſus Conquiſtas; y aviendole informado ſer la Laguna de Maracaybo la que por entonces ſe reconocia mas pingue, pues quando no hallaſſe otro pillaje, ſiendo la mas poblada, podrìa conſeguir mucho interès, haziendo eſclavos los Indios que cogieſſe; ſe determinò à executarlo, ſin advertir en las malas conſequencias de tan iniquo conſejo, ni en las reſultas de tan injuſto arbitrio; à eſte fin mandò poner por obra la fabrica de algunos Vergantines, para poder navegar por la Laguna, y fenecidos con brevedad, (dexando en Coro à ſu Theniente Bartholomè Sailler) deſpachò en ellos por mar alguna de ſu gente, para que entrando por la Barra le eſperaſſen en la Laguna, mientras èl, con el reſto que le ſeguìa, ſe encaminaba por tierra, atraveſando las quarenta leguas, que ay de diſtancia haſta llegar à ſus orillas.

Año de 1529.

Al Poniente de la Ciudad de Coro, y quarenta leguas de ella, formò la naturaleza vn hermoſo golfo de agua dulçe, llamado comunmente, Laguna de Maracaybo, por el nombre de vn Cacique, que hallaron en ella los primeros Eſpañoles que la deſcubrieron; tiene ſu longitud de Sur à Norte, corriendo cinquenta leguas deſde el rio de Pamplona, haſta la Barra, por donde deſagua al Mar; de latitud, por la parte que mas enſancha ſus aguas, tiene treinta, y en ſu circunferencia mas de ochenta; formaſe la monſtruoſa corpulencia de eſte Lago del

cau-

caudal de muchos rios, que para enriquecerla con ſus aguas, conſumen en ella ſus corrientes; los principales ſon, el de Pamplona, por otro nombre el Zulia, el Chama, cuyo origen es de las nieves derretidas en las Sierras de Merida, el de San Pedro, el caudaloſo Motatan, que forma ſus principios en el paramo de Serrada; por la vanda de el Poniente le tributan ſus corrientes vn poderoſo rio, que baxa de las Sierras de Ocaña; el Catatumbo, que le entra por tres bocas; el de Arinas, célebre por ſus ocultas riquezas; el Torondoy, por la excelencia ſaludable de ſus aguas; el Sucui, que deſciende de las cordilleras, que caen à eſpaldas de el rio de la Hacha; el de el Haſtillero, memorable por la abundancia de ſus ricas maderas; y otros muchos, que deſpreciados por pequeños, paſſan por la ſuerte de deſgraciados, pues como corren à viſta de poderoſos, ni ay quien les ſepa el nombre, ni quien les buſque origen.

Navegan de ordinario por eſte golfo de aguas dulces muchas Balandras, Fragatas, Barcos, y otras Embarcaciones pequeñas, y pudieran ſurcarlo Galeones de alto bordo, ſegun es de fondable, ſi lo permitiera la barra de ſu entrada; pero es eſta tan baxa por los bancos de arena, que forma la reſaca, que ſolo dà capacidad para el paſſo de medianos buques, que ſon los que concurren al mucho trato, que mantiene aquel Puerto.

Quando los Eſpañoles deſcubrieron la primera vez eſta Laguna, hallaron grandes Poblaciones de Indios formadas dentro del agua por todas ſus orillas; y de aqui tomaron motivo para llamarla Venezuela, por la ſimilitud que tenia ſu planta con la Ciudad de Venecia; nombre, que ſe eſtendiò deſpues à toda la Provincia, aunque al preſente ſolo han quedado quatro Pueblos, que mantienen la memoria de lo que diò fundamento à la cauſa de ſu origen, y eſſos de tan corta vecindad, que el de Moporo (que es el mayor de todos) me parece que tendria treinta caſas el año de ſeiſcientos y ochenta y ſeis, que eſtuve en èl; experimèntaſe en eſtos Pueblos vn raro efecto, y ſingular tranſmutacion que obra la naturaleza, pues todos los maderos ſobre que fabrican las caſas, como ſean de vna eſpecie que llaman vera, que es muy ſolida, y fuerte toda aquella parte que cogiò dentro del agua de la Laguna, paſſando algunos años, ſe convierte en piedra, quedando lo demas en ſu ſer primitivo de madera, manteniendoſe vnidas en vn cuerpo dos tan diſtintas materias.

Llegado Ambroſio de Alfinger

ſinger à las orillas de eſta Laguna, hallò ſus Vergantines eſperandole, y embarcandoſe en ellos, paſsò toda ſu gente à la otra vanda, donde en el ſitio que le pareciò mas conveniente armò vna rancheria, fabricando algunas caſas de paja acomodadas para dexar las mugeres, y niños que llevaba con la eſcolta de Soldados, neceſſaria para afiançar en ella ſu reſguardo, mientras con los Vergantines diò la buelta deſcubriendo, y talando quanto encerraba la Laguna en ſu contorno, ſin hazer aſsiento en parte alguna, de cuyo errado dictamen (ſeguido tambien deſpues de los demàs Alemanes, que le ſuccedieron en el Govierno) reſultò ſu perdicion, y la ruina total de eſta Provincia; pues conociendo ſus Soldados que no llevaban intencion de poblar en nada de lo que conquiſtaſſen, y que aſsi no tenian que eſperar por fruto de ſus trabajos, ni los repartimientos de encomiendas para la conveniencia, ni las poſſeſsiones de tierras para el deſcanſo, pues ſolo avian de tener de vtilidad lo que cogieſſen de encuentro: ſin que los detuvieſſe la piedad, ni los atajaſſe la compaſsion, como furias deſatadas, talaron, y deſtruyeron ameniſſimas Provincias, y deleytoſos Païſes, malogrando los provechos que pudieran aver afiançado en la poſſeſsion de ſu fertilidad, para sì, y ſus deſcendientes, ſi como les aconſejaban los mas practicos, y prudentes huvieran ido poblando en lo que iban deſcubriendo; pero como los Alemanes, conſiderandoſe Eſtrangeros, ſiempre ſe recelaron de que el dominio de la Provincia no les podia durar por mucho tiempo, mas atendieron à los intereſſes preſentes, aunque fueſſe deſtruyendo, que à las conveniencias futuras, conſervando.

CAPITULO VI.

EMBIA ALFINGER à buſcar gente de ſocorro à Coro: atravieſa la Serrania del Valle de Vpar, y llega haſta la Provincia de Tamalamaque.

AViendo gaſtado Ambroſio de Alfinger cerca de vn año en rebolver, y traſſegar todos los Rios, Ancones, y Eſteros de la Laguna, ſin que fueſſen baſtantes à llenar los huecos de ſu codicia las conſiderables porciones de oro, que avia adquirido, ni la cantidad de Indios, que avia aprisionado; diò la buelta à ſu rancheria con animo de intentar nuevos deſcubrimientos, entrando la tierra adentro àzia el Poniente, y ver lo que le deparaba à la ma-

no

no su fortuna; pero hallabase falto de gente para executar esta jornada, assi por la que le avian consumido las enfermedades, originadas de el mal temperamento, y humedades de la Laguna, como por los muchos Soldados, que descontentos se avian retirado à Coro fugitivos, no pudiendo tolerar el aspero natural de Alfinger, ni el modo tan estraño que tenia de governar, castigando por leves causas con azotes, horcas, y afrentas à muchos hombres de bien por mano de vn Francisco de el Castillo, que era su Maestre de Campo, hombre cruel, y de malvada intencion.

Para remediar el inconveniente de esta falta que padecia, despachò à Coro todos los Indios prisioneros, para que se vendiessen por esclavos à los muchos Mercaderes que alli assistian, enriquecidos con las viles ganancias de este trato, con cuyo producto, y algun oro que remitiò para el efecto, le llevaron de socorro algunos Infantes, y Cavallos, armas, y demàs pertrechos, de que necessitaba; de suerte, que compuesto ya su Campo de ciento y ochenta hombres vtiles para la guerra, (dexando en la rancheria los enfermos à cargo del Capitan Vanegas, natural de la Ciudad de Cordova, à quien nombrò por su Teniente) saliò de allì el

Año de 1530. año de mil quinientos y treinta, y caminando al Poniente, despues de aver andado aquellas veinte leguas, que ay de tierra llana hasta llegar à la cordillera, atravesò las Serranìas que llaman de los totos, y saliò al Valle de Vpar, donde sin hazer reparo que se hallaba ya fuera de los limites de su governacion, por pertenecer aquel distrito à la jurisdiccion de Santa Marta, lo corriò todo, talando, robando, y destruyendo à sus miserables habitadores, y sin que la hermosura de tan alegre Pais fuesse bastante à templar la zaña de su cruel pecho, convirtiò en cenizas todas las Poblaciones, y sembrados, valiendose à vn mismo tiempo de las voracidades de el fuego, y de los incendios de su colera, con extremo tan atroz, que en mas de treinta leguas de tierra, que en èl hallò poblados, no encontrò despues el Capitan Cardoso casa en pie en la entrada que bizo el año siguiente, de orden de el Doctor Infante, que por muerte de Garcia de Lerma governaba à Santa Marta.

Asolado, y destruìdo el Valle de Vpar, siguiendo las corrientes de el rio Cesarè, llegò Alfinger à las Provincias de los Pocabuces, y Alcojolados, cogiendo de camino buen pillage en porciones de oro de el mucho que tenian estas Naciones, y otras que encontrò, hasta dar

con la Laguna de Tamalameque, que llaman de Zapatoſa, que aunque poblada en ſu circuito de innumerables Pueblos, los hallò todos deſiertos, porque aviendoſe anticipado la noticia de las crueldades que avia obrado en el Valle de Vpar, no quiſieron ſus moradores exponerſe al rieſgo de experimentarlas; y tomando por aſylo, para evitar el rieſgo que les amenazaba, las Islas de la Laguna, ſe avian refugiado en ellas, recogiendo todas las Canoas, para que los Eſpañoles no tuvieſſen en que paſſar à buſcarlos en las partes que ſe juzgaban ſeguros; pero como los nueſtros deſde la tierra-firme alcançaſſen à vèr (por no eſtàr muy diſtante) que los Indios, fiados en la dificultad de eſtàr de por medio la Laguna, andaban en quadrillas, ſin recato alguno, por las Playas de las Islas vezinas, adornados de chagualas, y orejeras de oro; incitados de la preſa que apetecia ſu deſmedida codicia, hallandoſe ſin Embarcaciones en que paſſar à lograrla, Juan de Villegas, Virgilio Garcia, Alonſo de Campos, Hernan-Perez de la Muela, y otros veinte y ſeis, ſe arrojaron à la Laguna, montados en ſus cavallos, que governados de el freno, y animados de el batir de el azicate, atraveſaron, nadando haſta llegar à las Islas; de cuya reſolucion inopinada, atemorizados los barbaros, ſin que les quedaſſe aliento para levantar las armas, ni para calar las flechas, vnos fueron deſtrozo miſerable de las lanças, y otros fatal eſtrago de ſu miſma confuſsion, pues atropellandoſe vnos à otros por ocurrir à las Canoas para eſcapar preſurоſos, anegandoſe en las ondas encontraban con la muerte, donde buſcaban la vida.

Desbaratados los Indios de eſta ſuerte, tuvieron lugar los Eſpañoles para lograr el fruto de ſu temeridad arrojada, aprovechandoſe de el deſpojo, que fue conſiderable, por las muchas piezas de oro que cogieron; y lo que mas les importò por entonces, fue, aver quedado priſionero el Cacique principal de la Laguna, llamado Tamalameque, (de quien tomò nombre la Provincia) pues receloſos los Indios de que pudieſſe peligrar la vida de ſu Principe, no ſolo no intentaron algun movimiento de armas para poder libertarlo pero valiendoſe de la ſumiſsion, y rendimiento, conſiguieron ſu reſcate à precio de oro, y conociendo Alfinger, por las muestras, el jugo, y ſubſtancia del Pais en que ſe hallaba, aunque algunos de ſus Capitanes fueron de opinion, que paſſaſſen adelante en ſus Conquiſtas, no quiſo deſamparar la Provincia que gozaba, haſta deſfrutarla toda, traſegandola por

di-

diverſas partes con diferentes Eſquadras, en que gaſtò cerca de vn año, con aprovechamiento conocido de mas de cien mil caſtellanos de oro fino, ſin lo que ocultaron los Soldados, que fue quaſi otro tanto.

CAPITULO VII.

DESPACHA ALFINger al Capitan Baſcona con veinte y cinco hombres à buſcar gente à Coro, y mueren todos de hambre en el camino.

HAllandoſe Alfinger tan crecido de caudal, como falto de gente, por la mucha que avia perdido en ſu jornada, determinò embiar al Capitan Iñigo de Baſcona (natural de la Villa de Arevalo, hombre de experimentado valor) à la Ciudad de Coro con veinte y cinco Soldados que le acompañaſſen, y ſeſenta mil peſos de el oro que avia adquirido, para que manifeſtando las mueſtras de el logro de ſus Conquiſtas, ſe animaſſen à venirle à ſeguir en la proſecucion de ſus empreſſas, y con eſte motivo ſolicitaſſe traerle quanto antes la mas gente que pudieſſe, y los pertrechos de que neceſsitaba, dandole por orden, que ſi de buelta no le hallaſſe en Tamalameque, (donde procuraria eſperarle) le ſiguieſſe por el raſtro que iria dexando en ſus marchas.

Con eſta diſpoſicion, y algunos Indios que llevaban cargado el oro, ſe deſpidiò Baſcona, tomando la derrota para Coro; pero guiado de la eſtrella de ſu mal deſtino, no quiſo governarſe por el rumbo que avian llevado à la ida, diſcurriendo, que eſtando, como eſtaba, el parage en que ſe hallaban mas metido àzia la tierra adentro de la parte donde le demoraba la Laguna de Maracaybo, podria con mas facilidad, y en breve tiempo (ſiguiendo la Serraniа ſobre la mano izquierda) llegar à Coro, dexando à vn lado la Laguna, ſin neceſsitar de ver ſus aguas para lograr ſu viage; pero apenas ſe engolfò en la Serraniа, perdiendo el tino en la demarcacion que avia formado, torciò el camino ſobre la mano derecha, metiendoſe por vnas montañas llenas de anegadizos, y pantanos, tan agenas de que las huvieſſe piſado humana huella, que luego conociò la perdicion en que lo avia empeñado ſu deſdicha, pues conſumidos los baſtimentos que llevaba, empezò à experimentar los aprietos de ſu falta, ſin poderla remediar en aquellos deſpoblados, ni hallar otro recurſo en ſu trabajo, que entretener la neceſsidad con la eſperança de encontrar mas adelante

lante

lante algun ſocorro; pero viendo deſpues que cada dia ſe aumentaba mas la afliccion, y ſe impoſsibilitaba el remedio, hallandoſe èl, y ſus compañeros, con la falta de el ſuſtento, tan debilitados, flacos, y rendidos, que aun les faltaba vigor para mantener ſus proprios cuerpos, determinaron aliviarſe de la carga, dexando el oro enterrado al pie de vna hermoſa ceiba, con marcas, y ſeñales en el ſitio, por ſi acaſo tuvieſſe alguno de ellos la fortuna de ſalir de aquel laberinto con la vida, bolver à buſcar el corazon, que dexaban alli con el teſoro.

Libres con eſta diligencia del embarazo que les cauſaba la carga, y muerta ya à los rigores de la hambre, y teſon de los trabajos la mayor parte de los Indios que la conducian, proſiguieron caminando aquellos miſerables Eſpañoles con el anſia de vencer lo dilatado de aquella inculta montaña; pero como avia muchos dias, que ſolo ſe ſuſtentaban con cogollos de viſao, era tal la perturbacion que padecian con la debilidad de las cabezas, que dando buelta de vna parte para otra, no acertaban à ſalir de la cerrada confuſion de aquellos boſques; y como con la dilacion crecia por inſtantes la neceſsidad, llegando ya à terminos de perecer en los vltimos lances del apriesto, executaron (para conſervar la vida) vna crueldad tan abominable, que nunca podrà tener diſculpa, aun à viſta del extremo peligro en que ſe hallaban, pues fueron matando vno por vno los pocos Indios que les avian quedado de ſervicio, y ſin deſpreciar los inteſtinos, ni otra parte alguna de ſus cuerpos, ſe los comieron todos, con tan poco reparo, ni faſtidio, que ſucediò al matar el poſtrer Indio, eſtando haziendolo quartos, arrojar el miembro genital, (como coſa tan obcena, y aſqueroſa) y vn Soldado, llamado Franciſco Martin (de quien hablarèmos deſpues) lo cogiò con gran preſteza, y ſin eſperar à que lo ſazonaſſe el fuego, ſe lo comiò crudo, diciendo à los compañeros: pues eſto deſpreciais en ocaſion como eſta? Fra. Ped. Sim. not. 2. cap. v.

Acabada la carne de los Indios, con que ſe avian entretenido algunos dias, cada vno de por ſi empezò à recelarſe de los demàs compañeros; y no teniendoſe por ſeguros vnos de otros, de buena conformidad ſe dividieron todos, tirando cada qual por ſu camino, à lo que diſpuſieſſe de ellos la fortuna, y la tuvieron tan mala, que entre aquellas aſperezas, y montañas debieron de perecer ſin duda alguna, pues jamàs ſe ſupo de ellos, excepto quatro, que por tener vigor, y tolerancia para ſufrir con mas aguante los trabajos, pudieron reſiſtir à la con-

jura-

juracion de tantos males, hasta acertar à salir juntos à las riveras del rio Chama, (que baxa de las Sierras nevadas de Merida) à cuya margen se sentaron con esperança de tener algun alivio, que templasse el continuado rigor de sus desgracias, por las señales que encontraron de ser habitable aquel Païs, como lo confirmò breve la experiencia, pues à poco rato de llegados vieron subir por el rio arriba vna Canoa con quatro Indios, que no les parecieron sino Angeles à aquellos derrotados Peregrinos, que puestos de rodillas, explicaron por señas su afliccion, pidiendo remedio à sus desdichas.

Tuvo lugar la piedad en el bruto corazon de aquellos barbaros, pues al vèr aquellos forasteros tan macilentos, flacos, y desfigurados, aunque por entonces no se atrevieron à llegar adonde estaban, apretaron las manos à la boga, y navegando rio arriba, dieron la buelta con presteza, trayendo cargada la Canoa de maìz, yucas, batatas, y otras raìzes, para socorrerlos compassivos: quien pensàra, que semejante beneficio pudiera tener por retorno vna traycion! pero quando en el caso presente la misma ingratitud se avergonçàra de no hazer ostentacion de agradecida, cupo en el corazon de aquellos hombres la mas barbara crueldad, que pudiera executar la extolidèz de vna fiera, pues apenas llegaron los Indios à socorrerlos piadosos, quando recibiendo el bastimento que traxeron, pareciendoles era poco para saciar las ganas que tenian, embistieron con ellos para matarlos, y comerselos; pero como por su mucha flaqueza no pudieron sujetarlos, viendo que se les escapaban de las manos, acogiendose al refugio de su Canoa para ponerse en salvo; por no perder la ocasion, y que se les fuessen todos, dexaron ir à los tres, y pegando con el otro todos juntos, le quitaron la vida, haciendolo luego quartos, que guardaron asados, satisfaciendo por entonces su apetito con las asaduras, pies, y manos, que comieron con tanto gusto, como si fueran de vn carnero: execrable abominacion entre Christianos!

Cometida esta maldad, empezaron à recelarse, temerosos, no huviessen dado aviso en algun Pueblo los Indios de la Canoa, y viniessen à buscarlos para vengar el agravio, y muerte de el compañero; y assi, no atreviendose à quedar en aquel sitio, los tres que se hallaban con mas aliento, y vigor, cargando la parte que les avia rocado de la carne, y demàs bastimentos, tiraron por el rio arriba, metiendose en la montaña, donde, ò à manos de la necessi-

dad, ò violencias de ſu mala ſuerte, debieron de perecer, pues no parecieron mas; el otro, que era aquel Franciſco Martin, de quien hicimos mencion en eſte miſmo Capitulo, afligido del dolor que le cauſaba vna llaga en vna pierna, que no le dexaba andar, no pudiendo ſeguir à los demàs compañeros, determinò quedarſe ſolo, deſeando ya la muerte por alivio, para acabar de vna vez con tantas calamidades, y congoxas como ſe avian conjurado à perſeguirle la vida; y hallando deſpues acaſo en las margenes del rio vn madero grueſſo, y ſeco, que debiò de arrojar alguna creciente à ſus orillas, fixando toda ſu eſperança en el leve ſocorro de aquel leño, ſe abrazò con èl, y dexò ir por el rio abaxo, con tan proſpera fortuna, que dentro de pocas horas encontrò vna Poblacion, fundada en las riveras del rio, de gente tan docil, y piadoſa, que viendolo venir de aquella ſuerte, lo ſacaron de las hondas, y llevaron por coſa eſtraña, y ſingular à preſentar à ſu Cacique, que admirado de vèr hombre con barbas, y de diſtinto color, hizo particular aprecio del regalo, dandole de eſtimacion lo que tenia de exquiſito.

En eſte Pueblo eſtuvo Franciſco Martin à los principios, aunque amparado del Cacique, padeciendo los ſuſtos, y peligros à que eſtà ſiempre expueſto vn eſtrangero; pero deſpues ſupo ſu actividad darſe tal maña para grangear à los Indios, que ſe hizo dueño abſoluto de la voluntad de todos, porque imitando ſus barbaras coſtumbres, aprendiò à comer el jayo; aplicòſe à ſer Mohan, y Curandero; diòſe à hechizerias, y à pactos, en que ſaliò tan aprovechado, que ſe aventajaba à todos; reſignòſe à andar deſnudo como los Indios; y finalmente, perdiendo la verguença para el mundo, y para Dios el temor, quedò conſumado Idolatra, adquiriendo tanta reputacion con eſtas habilidades, que lo eligieron Capitan, para las guerras que tenian con ſus vezinos, en que logrò tan felices ſucceſſos, que agradecido el Cacique al credito en que ſe hallaban ſus armas con la direccion de tal Caudillo, le diò por muger vna hija ſuya, y el abſoluto dominio ſobre todos ſus vaſſallos, en cuya poſſeſsion lo dexarèmos aora, y lo hallarèmos deſpues.

CAPITULO VIII.

SALE ALFINGER DE Tamalameque, y perſeguido de trabajos llega al Valle de Chinacota, donde lo matan los Indios.

IGnorante Alfinger de las deſgracias de Baſcona, le eſperaba

peraba de buelta por instantes con el socorro, que le avia de traer de Coro; pero viendo que
Año de 1531. era ya mediado el año de treinta y vno, y no llegaba, se determinò à salir de Tamalameque en prosecucion de sus conquistas, cogiendo el camino por entre la Serranìa, y la tierra llana, que corre hasta las orillas de el rio de la Magdalena, experimentando desde luego tales contratiempos, y trabajos, por los muchos anegadizos, cienegas, y esteros, que inundan aquel terreno, y fueron tan continuadas las enfermedades, y dolencias, por el mal temperamento, y humedades, que se viò obligado al cabo de algunos dias à dexar aquel rumbo que llevaba, y torcer àzia la mano derecha, retirandose à buscar la Serranìa, para gozar mejores ayres en el desahogo de las tierras altas; pero aunque consiguiò librarse de los anegadizos, y pantànos, no lo dexaron de perseguir los infortunios, porque siendo muy asperas, y montuosas aquellas cordilleras, y grande la falta de bastimentos que tenia, à cada passo desfallecidos los Soldados con la continuacion de las fatigas; tomaban por partido quedarse arrimados à los troncos de los arboles, à ser pasto miserable de las fieras.

Pero Alfinger, dando exemplo con su incansable brio à los que le seguian fatigados, procurò vencer con la constancia aquellas fragosidades, y atropellando los inconvenientes que se le ponian delante para embarazarle el viage, vino à salir al rio, que despues llamaron de el Oro los Conquistadores, que salieron con Quezada à descubrir el nuevo Reyno; pero en parte tan despoblada, que no hallando con que poder remediar la hambre que padecian, creciò la necesidad, y se aumentò el desconsuelo, hasta que casualmente vnos Soldados descubrieron vna Laguna, aunque pequeña, en la circunferencia, tan abundante de caracoles, que fue bastante à darles que comer algunos dias, que se detuvieron à su abrigo, por hallarse tan postrados, que no podian passar mas adelante sin darle tiempo al descanso.

Entre tanto despachò Alfinger à Estevan Martin con sesenta hombres, para que con la diligencia que pudiessen procurassen por aquellos contornos descubrir alguna Poblacion donde remediar con bastimentos la falta que padecian; y aviendo dado algunas bueltas por aquellas Serranìas, saliò à la Provincia de Guanè (cerca de donde poblò despues Martin Galeano la Ciudad de Velez) donde, como en Pais tan abundante, y poblado, se proveyò con facilidad de las semillas que qui-

quiſo, y dentro de veinte dias diò la buelta al alojamiento en que avia dexado à Alfinger, que ſin atreverſe à deſamparar la Laguna, ſe avia eſtado manteniendo en aquel tiempo de los caracoles de ſus playas.

Alegres todos con la abundancia del ſocorro, y mas con la noticia de ſer aquella tierra tan poblada, levantaron el Real, paſſando luego à regiſtrarla, pero ſin detenerſe en ella mas tiempo, que el que les fue neceſſario para hazer proviſion de baſtimentos; torcieron el camino para los Pàramos de Ceruità, malogrando (por no paſſar mas adelante) la fortuna de ſer los primeros que gozaſſen la riqueza de las opulentas Provincias del nuevo Reyno, cuyos vmbrales llegaron à piſar ſin conocerlos; pero pareçe que reſervando la providencia Divina la gloria de ſu deſcubrimiento para Don Gonçalo Ximenez de Quezada, cegò vna, y otra vez à aquellos hombres, para que perdieſſen, por inadvertencia, la dicha que llegaron à tener entre las manos, pues puestos ya en Ceruità, ſi huvieran caminado al Sur diez leguas mas, ſe huviera enmendado el yerro, reſtaurando la accion, que abandonaron primero; pero dexando el camino que llevaban, tomaron la derrota para el Norte, ſin advertir, que ſiguiendo las jornadas de aquel rumbo, iban à ſalir derechos à la Laguna de Maracaybo; en cuyo viage fueron imponderables los trabajos, aſsi por las penalidades del frio, que padecian en los Pàramos, como por la oposicion que hallaron en los Indios de Ravichà, que con repetidas guaſabaras (en que murieron algunos Eſpañoles) los moleſtaron de continuo, ſin permitirles lugar para el repoſo, haſta que vencidas eſtas incomodidades, à fuerças de el ſufrimiento, huvieron de aportar al Valle de Chinacota; cuyos moradores, con la noticia anticipada de las crueldades de Alfinger, deſamparàron las caſas antes de verle la cara, teniendo por mas ſeguro retirarſe con ſus familias, buſcando abrigo en los montes, pero ſiempre con el animo de lograr las ocaſiones, que les ofrecieſſe el tiempo para vengar ſus agravios; y aſsi con eſta intencion, ſin que los Eſpañoles los ſintieſſen, ſe emboſcaron en todos los arcabucos, que rodeaban el alojamiento, eſperando coyuntura para executar, à lance fixo, la reſolucion que tenian premeditada.

Ignorante Alfinger de la traycion prevenida, y fiado mas que debiera en el ſoſsiego aparente con que eſtaba todo el Valle, ſe apartò vna tarde, algo retirado del alojamiento, comunicando en converſacion algu-

gunas cosas con Estevan Martin, su grande amigo; y como los Indios (observando los movimientos de los nuestros) solo aguardaban la ocasion, apenas los vieron separados quando saliendo de la emboscada les embistieron con tal impetu, y presteza, que quando pusieron mano à las espadas para defenderse, ya estaba Alfinger muy mal herido; pero sin perder el animo, disimulando la herida, hizo rostro valerosamente à la multitud de barbaros que le acometia por todas partes, vengando la alevosìa de su muerte con quitar la vida à muchos de sus contrarios, hasta que socorrido de los demas Españoles, se retiraron los Indios, quedando Alfinger tan desangrado, y postrado de las heridas, que sin que aprovechassen los remedios, muriò dentro de tres dias, dexando perpetuada la memoria de sus atrocidades en los recuerdos que hasta oy dà de ellas su sepulcro à seis, ò siete leguas de distancia de la Ciudad de Pamplona, que despues poblò Pedro de Ursua, cuyo sitio, por aver sido donde la muerte puso termino à la barbara crueldad de aquel tyrano, mantiene todavia el titulo de su nombre, siendo comunmente conocido por el Valle de Miser Ambrosio, aunque el Coronista Herrera, contra la evidencia de vna verdad tan clara, pone esta muerte en Coro, por yerro conocido de las relaciones que le dieron para formar su Historia.

CAPITULO IX.

GOVIERNA EL EXERcito Pedro de San Martin hasta llegar à Coro: govierna la Provincia Juan Aleman, por muerte de Alfinger: sale Venegas à buscar el dinero que enterrò Bascona, y buelve sin hallarlo.

MUerto Ambrosio de Alfinger, como sea tan apetecible en los hombres la dulçura de el mandar, empezaron à originarse en aquel pequeño Exercito disturbios, y disensiones, sobre quien le avia de succeder en el govierno; y aunque los pretendientes eran muchos, por voto de los mas principales fue preferido à todos el Factor Pedro de San Martin; pero aunque las prendas de nobleza, prudencia, y valor que le assistian lo hacian muy digno para las honras del empleo, no fue tan acepto su nombramiento, que dexasse de aver discordias, y alborotos, que huvieran passado à motines declarados, si el Capitan Juan de Villegas con su autoridad, y

aquella reſpetable veneracion, que ſe avia grangeado en la eſtimacion de todos, no huviera ſacado la cara, y tomado la mano à ſoſſegarlos; y aſsi, apagada la llama, antes que cobraſſe fuerça el incendio, por la interpoſicion prudente de Villegas, mandò el nuevo General deſalojar el Campo del Valle de Chinacota, (entrado ya el año de
1532. treinta y dos) y atraveſadas las montañas, que deſpues llamaron de *Arevalo*, ſalieron à las Campiñas de Cucuta, que fèrtiles de paſtos, y abundantes de oregano, (aunque de temple enfermo) ſon oy muy adequadas para criazon de mulas, ſiendo las de eſte Valle las de mayor eſtimacion de el nuevo Reyno.

Aviendoſe detenido muy pocos dias en Cucuta, con baſtantes contratiempos, hambres, y penalidades, fueron proſiguiendo lo moleſto de ſu marcha, y de Provincia en Provincia vinieron à dar en la que eſtaba Franciſco Martin, tan convertido ya en Indio, y bien hallado con ſus groſſeras coſtumbres, que ni aun ſeñas aparentes de Eſpañol le avian quedado; y teniendo noticia el Cacique, ſu ſuegro, de que ſe acercaban los nueſtros à ſu Pueblo, juntò el mayor numero de gente, que pudo reclutar en ſus Vanderas, y ſe la entregò al hierno, para que ſalieſſe à embarazarles la entrada en ſus dominios, fiando las felicidades del ſuceſſo en las repetidas experiencias, que tenia de ſu valor. Bien conociò Franciſco Martin, que los foraſteros que venian no podian ſer otros, que los Eſpañoles de el Campo de Alfinger, de cuya Compañia èl avia ſido; y para quedar bien con el ſuegro, ſin faltar à la lealtad que debia guardar con ſu Nacion, ſaliò con ſu gente à la campaña, y dexandola emboſcada en las montañas vezinas, quando le pareciò tiempo de que pudieſſen los Eſpañoles eſtàr cerca, con el motivo de ir à reconocer el Campo del enemigo, ſe adelantò ſolo à encontrarlos: Iba Franciſco Martin tan à la vſança de los Indios, que no ſe diferenciaba en nada de ellos, deſnudo en carnes, y el cuerpo todo envijado, coronada de penachos de plumas la cabeza, terciada al hombro la aljava, y armado el arco en la mano.

Acercòſe de eſta ſuerte à los Eſpañoles, que con trabajo, y moleſtia iban marchando; y aunque ſe les puſo por delante, no era facil conocerlo en aquel trage, ni pudieran perſuadirſe à que era Eſpañol como ellos, ſi al oirle referir ſus infortunios, y las lamentables deſgracias de Baſcona, no fueran ſeñales evidentes para caer en la quenta de quien era; abra-

zaron-

zaronle todos con ternura, haciendo demonſtracion el ſentimiento al recuerdo de la muerte infeliz de los demàs compañeros; y aviendole veſtido con lo que permitiò la deſnudèz que ellos traìan, para cubrir la total indecencia en que ſe hallaba, caminaron juntos haſta el lugar donde avia dexado los Indios emboſcados; y como la ſuperioridad que FranciſcoMartin tenia adquirida ſobre la ſimple condicion de aquellos barbaros era tan abſoluta, que obſervaban como preceptos inviolables los mas leves antojos de ſu guſto, baſtò el que les dixeſſe, (hablandoles en ſu lengua, que la ſabìa mejor que ellos) que dexadas las armas, tuvieſſen à los Eſpañoles por amigos, pues los reconocia por ſus hermanos, para que ſaliendo de la emboſcada ſin recelo, ofrecieſſen la paz con rendimiento al General SanMartin, y con tantas demonſtraciones de amiſtad, que en buena correſpondencia ſe fueron juntos al Pueblo, donde acariciados de el Cacique, como hermanos de ſu hierno, ſe eſtuvieron de aſsiento algunos dias; haſta que pareciendo tiempo al General para proſeguir ſu viage, llevandoſe conſigo à Franciſco Martin, y de los Indios amigos buenas guias, que los conduxeſſen por trochas limpias, y libres de anegadizos, (que era lo que mas les moleſtaba) ſe puſieron en camino, y llegaron con felicidad à Coro el miſmo año de treinta y dos, aviendo conſumido tres años en eſta inutil jornada, ſin que de ella ſe ſiguieſſe otro provecho, que aver dexado aſſoladas, con inhumana crueldad, quantas Provincias piſaron.

Sabida en Coro la muerte de Alfinger, con la llegada de ſu Exercito derrotado; fue recibido por Governador de la Provincia vn Cavallero Tudeſco, llamado Juan Aleman, pariente muy cercano de los Belçares, por hallarſe con vn titulo deſpachado à prevencion, para en caſo de que faltaſſe Alfinger; y aviendo ſido dotado de vna naturaleza muy quieta, y de animo muy pacifico, no tenemos que referir particular operacion ſuya, pues manteniendoſe en Coro el tiempo que durò en el exercicio, atendiò mas à las conveniencias que pudo lograr à pie quedo con quietud, que à los intereſſes, que pudiera adquirir por medio de las Conquiſtas, buſcandolos con afan.

Dexamos en el Capitulo ſexto al Teniente Venegas por Cabo de los enfermos, y demas gente que dexò Alfinger en la rancheria de Maracaybo; y aviendoſe mantenido con notable ſufrimiento los tres años que duraron las deſgracias de tan infeliz jornada, quando ſupo que

deſ-

desbaratado, y consumido el Exercito avia ya salido à Coro, passò luego à la Ciudad, ò à vèr à los compañeros, ò à tratar algunas cosas de su propria conveniencia; y teniendo alli noticia de los sesenta mil pesos en oro, que avia enterrado Bascona en su viage desdichado, se determinò à ir en persona à buscarlos, para cuya diligencia juntò hasta sesenta compañeros, que se dedicaron à seguirle; y llevando consigo à Francisco Martin, para que mostrasse la parte donde avian dexado depositado el tesoro, diò la buelta à su rancheria de Maracaybo, para seguir desde Tamalameque los mismos passos que avia llevado Bascona; pero no siendo facil el que en la confusion de tan espesas montañas pudiesse Francisco Martin aver domarcado el sitio donde quedaba la ceiba, que fue sepulcro del oro, despues de averlos traìdo de vna parte para otra por entre anegadizos, y manglares, en su misma confusion, y variedad conociò Venegas que tenia perdido el tino, y que de no dar la buelta antes de empeñarse mas, tendrian el mismo paradero, que avia tenido Bascona, cuyo recelo lo hizo retroceder sin passar mas adelante, siguiendo las cortaduras, y señales que avia dexado en los arboles advertencia, que le valiò para dar breve la buelta à Maracaybo, sacando por premio de su codicia el fruto del escarmiento, y la efectiva satisfaccion de los precisos empeños, que contraxo para las disposiciones de su abìo, en que quedò condenado.

Y porque de vna vez demos razon del paradero que tuvo Francisco Martin, es de advertir, que retirado en Coro vivia tan arrepentido de aver dexado aquella brutal vida, que gozaba entre los Indios, y tan ansioso por vèr à la muger, y los hijos, que ciego con el amor, dexàdose llevar de la tyrana violencia del deseo, se huyò de Coro vna noche, y se bolviò al Pueblo de donde lo avian sacado, tan bien hallado con las barbaras costumbres en que ya estaba habituado, que aviendo entrado despues à aquella Provincia vna Esquadra de Soldados, y traìdoselo à Coro, se bolviò à ir segunda vez, y huviera cometido el mismo yerro otras cien vezes, si no huvieran tomado el expediente de embiarlo al nuevo Reyno de Granada, para que quitada la ocasion con la distancia, olvidasse la aficion, que tanto lo enagenaba: remedio en que consistiò el sossiego de aquel hombre, pues viviò despues con gran quietud en la Ciudad de Santa Fè, confessando con arrepentimiento los despeños à que lo avia precipitado su apetito.

CAPI-

CAPITULO X.

ERIGESE LA IGLESIA de Coro en Cathedral, y viene por Governador de la Provincia George de Spira.

LUego que el Emperador Carlos Quinto tuvo la noticia de estàr poblada la Ciudad de Coro, y las buenas esperanças que prometian los favorables principios de su fundacion; deseando su mayor lustre, y el aumento de la Religion Catholica en los dilatados Campos de esta Provincia, para la mas facil reduccion de los innumerables Gentiles que la habitaban, suplicò à la Sede Apostolica la erigiesse en Obispado; y movida de los piadosos ruegos de aquel Invicto Monarcha la Santidad de Clemente Septimo, por su Bula despachada en Roma à veinte y vno de Junio del año de mil quinientos y treinta y vno, tuvo por bien de conceder la gracia, cometiendo el acto de la ereccion à la persona que el Emperador presentasse para primer Prelado de su Iglesia.

Hallabase à la sazon en Madrid Don Rodrigo de las Bastidas, Dean de la Cathedral de Santo Domingo, que el año antecedente de quinientos y treinta avia passado à España à diferentes negocios de su Iglesia; y pareciendole al Emperador persona muy apropossito para poner à su cuidado la direccion de aquella nueva planta, lo presentò para primer Obispo de esta Provincia; y como tal, vsando de la facultad concedida por la Sede Apostolica, estando en Medina del Campo el dia quatro de Junio del de treinta y dos, por ante Pedro de Ledesma, Notario Apostolico, hizo la ereccion de la Iglesia de Coro en Cathedral; y aunque para su servicio, y assistencia le señalò seis Dignidades, seis Canongias, quatro Raciones enteras, y quatro medias, el no aver llegado las rentas Dezimales à la cantidad necessaria para la decente congrua de todas, ha obligado à que las mas se mantengan suprimidas, sirviendose al presente solo con ocho Prebendas; si bien no es tan corta la quarta Capitular, que no pudiera con descanso mantener algunas mas, sin que su renta hiziesse falta à las otras.

Hecha la ereccion del Obispado, no pudo el señor Bastidas passar tan breve à la residencia de su Iglesia, porque aviendole encomendado el Emperador la Visita general de Puerto-Rico, le fue preciso dilatarse en aquella Isla hasta el año de treinta y seis, en que llegò à Coro; pero en el interin, para que

tomaſſe la poſſeſsiõn en ſu nombre, y governaſſe el Obiſpado, embiò con amplios poderes al Dean Don Juan Rodriguez de Robledo, que junto con el Chantre Don Juan Frutos de Tudela vino à Coro, ſiendo los dos los primeros Prebendados que ſe proveyeron en ſu Igleſia; y aunque la venida de eſtos fue el año de treinta y quatro, nos ha parecido anticiparla, por ſi acaſo deſpues no ay lugar de referirla.

Quando ſe ſupo en Coro la muerte de Alfinger eſtaba en aquella Ciudad Nicolàs de Fedreman, Aleman de nacimiento, hombre de elevados eſpiritus; hallavaſe rico, y con amiſtad eſtrecha con los Belçares: circunſtancias, que lo animaban à pretender el Govierno para sì; y dexandoſe llevar de eſte deſeo, en la primera ocaſion que ſe ofreciò de paſſage, ſe embarcò bien proveìdo de dineros para Eſpaña, aſsi de ſu proprio caudal, como de la parte que le ayudaron ſus amigos, para la mas facil conſecucion de ſus intentos: llegò à la Corte, y ſe diò tan buena maña, diſponiendo ſu pretenſion con tal deſtreza, que con facilidad vinieron los Agentes de los Belçares en conferirle el Govierno, deſpachandole para ello proviſiones muy cumplidas, con particular inſtruccion de lo que avia de executar, para que la Compañia lograſſe mayor vtilidad, y conveniencia.

Publicada en la Corte la merced, empezò Fedreman à levar gente, y hazer las demàs prevenciones neceſſarias, para quanto antes partirſe à ſu Govierno; pero como no ay fortuna ſegura à la ſorda bateria de vna emulacion apaſſionada, baſtò la que le manifeſtaron algunos, que le eran poco afectos, para ponerlo en mal concepto con los Belçares, imputandole ſer de aſpera condicion, de eſpiritu bullicioſo, de natural altivo, y corazon ſobervio; y aunque fueron las propriedades de que ſiempre eſtuvo mas ageno, por averlo dotado el Cielo de vna naturaleza afable, converſacion cariñoſa, corazon muy piadoſo, y animo repoſado; ſin embargo fueron baſtantes los informes con que apretaron los emulos, para que recogiendole los deſpachos, lo privaſſen del Govierno, y proveyeſſen en ſu lugar à George de Spira, Cavallero tambien de ſu Nacion; ſi bien, por no deſayrar del todo à Fedreman, le nombraron por Theniente General, con facultad, para que pudieſſe hazer entradas, y conquiſtas por sì ſolo, pues la capacidad de la Provincia daba lugar para los intereſſes, y convenienciàs de ambos.

Con eſta diſpoſicion, y quatrocientos hombres que le-

van-

vantaron en la Andaluzia, y Reyno de Murcia, ſalieron del Puerto de San Lucar en cinco Embarcaciones el año de treinta y tres; pero aviendo padecido rigoroſas tormentas, que los obligaron à arribar dos vezes à las Coſtas de Eſpaña, muchos de los Soldados (que llegaron à cerca de docientos) atemorizados con la continuacion de ſuſtos tan repetidos, viendoſe en tierra à la ſegunda arribada, determinaron quedarſe, no atreviendoſe à proſeguir en aquel viage, que recelaban infauſto, conſiderando el preſagio de tan adverſos principios; y aunque à coſta de perder quanto tenian embarcado, conſiguieron con alguna diligencia quedarſe en tierra eſcondidos.

Temeroſo Spiria con la repentina deſercion de ſus Soldados, antes que le deſamparaſſen los demas ſe hizo à la vela con los que le avian quedado, encaminando ſu derrota à las Canarias, donde para reintegrar la gente que le faltaba, recluтò docientos hombres, los primeros que encontrò en aquellas Islas, ſin reparar en que fueſſen de los baſtos, y groſſeros, que ſuele producir aquel terreno; con los quales, y ſuficiente proviſion de baſtimentos, proſiguiò ſu viage, y llegò à Coro à principios de Febrero de el año de
Año de 1534. treinta y quatro, trayendo en ſu compañia muchos hombres de cuenta, y principales, que deſpues deſempeñaron las obligaciones de ſu ſangre en la Conquiſta, y Poblacion de eſta Provincia, como verèmos en la narracion, y contexto de eſta Hiſtoria. De eſtos fueron, Alonſo Pachecho, natural de Talavera la Vieja, Progenitor de los Cavalleros de eſte apellido en la Ciudad de Truxillo, y de los Tovares en Caracas; Franciſco Infante, natural de Toledo, de quien deſcienden los Cavalleros Blancos Infantes de eſta Ciudad de Santiago; Franciſco de Madrid, natural de Villa Caſtin, de cuyos meritos ſon herederos los Villegas; Gonçalo Martel de Ayala, de quien quedò deſcendencia en Tocuyo; Montalvo de Lugo, natural de Salamanca, que paſsò deſpues al nuevo Reyno, y deſengañado con los rebeſes que le jugò la fortuna, ſe bolviò à Eſpaña à gozar con quietud de vn Mayorazgo que avia dexado en ſu Patria; Franciſco de Graterol, tronco de iluſtres familias; Damian del Barrio, natural del Reyno de Granada, cuyos ſervicios en la America correſpondieron à los que antes tenia obrados en la Europa, aviendoſe hallado en la memorable batalla de Pavia, en el ſaco de Roma con el Duque de Borbon, y en otras celebres funciones de las de mas importancia en aquel tiempo; deſcienden de eſte Cavallero los

Par-

Parras, y Caſtillos de Barquiſimeto; los Silvas de eſta Ciudad de Santiago; y otras iluſtres Familias, que tienen ſu aſsiſtencia en la Provincia.

CAPITULO XI.

DETERMINA SPIRA hazer entrada para las partes de el Sur: embia parte de ſu gente por las Sierras de Carora: paſſa èl con el reſto à la Borburata, y juntanſe deſpues en el deſembocadero de Barquiſimeto.

QUando llegò Spira à la Ciudad de Coro hallò toda ſu comarca muy falta de baſtimentos, porque aviendo ſido el año eſcaſo de aguas, fue conſequente la eſterilidad en las coſechas, y aſsi por eſte motivo, como por el anſia que traìa de no perder tiempo en ſus conquiſtas, determinò dividir la gente que tenia, empleandola en diferentes entradas, para que ſe mantuvieſſe con mas comodidad en las Provincias vezinas; y conſultando la mejor forma para dar expediente à ſus deſeos, fue el parecer de los mas practicos, que el miſmo Governador con quatrocientos hombres tomaſſe la buelta de los Llanos de Carora, (que demòran al Leſte de la Ciudad de Coro) y que ſu Theniente General Nicolàs de Fedreman atraveſaſſe la Cordillera por la parte de el Oeſte, para que deſcubierta por vn lado, y otro la Serranìa, ſe ſupieſſe lo que encerraba en ſu terreno; para lo qual avia de paſſar primero Fedreman à la Isla de Santo Domingo à conducir de quenta de los Belçares los cavallos, armas, y demas pertrechos de que neceſsitaſſe, para armar otros docientos hombres, que le avian de acompañar en ſu jornada.

Ajuſtada eſta determinacion entre los dos, empezò à diſponer ſu entrada Jorge Spira, ſeñalando los quatrocientos hombres que avia de llevar conſigo, de los quales deſpachò trecientos y veinte à cargo de los Capitanes Juan de Cardenas, Martin Gonçalez, y Micer Andrea, de Nacion Tudeſco, con orden, para que atraveſada la Serranìa de Carora, lo eſperaſſen en los Llanos, mientras èl, con los ochenta reſtantes (que eran todos de à cavallo) iba por la Coſta de el Mar al Puerto de la Borburata, para por alli entrar con mas conveniencia à incorporarſe con ellos.

Deſpachados los tres Capitanes por Spira, ſalieron de Coro, y empezaron à repechar la Serranìa con baſtantes incomodidades, porque ſiendo la fragoſidad

ſidad mucha, las aguas continuadas, el baſtimento poco, y preciſa la moleſtia de ir con las armas en la mano, por la oposicion, y reſiſtencia con que los Indios (à cada paſſo) procuraban embarazarles la entrada en lo que iban deſcubriendo, eſtrañaban los Soldados (por ſer los mas de los recien venidos de Europa) aquel modo tan penoſo de Militar, à que no eſtaban acoſtumbrados; pero vencidos al fin los embarazos à fuerças de la conſtancia, y atraveſadas ſeſenta leguas de tierra aſpera, y doblada, ſalieron à la Provincia de Buraure en el principiò de los Llanos à la parte de el Leſte; cuyos moradores apenas los ſintieron en ſu tierra, empeñados en lançarlos de ella à fuerça de armas, tuvieron tal teſon en perſeguirlos, que con repetidos acometimientos no les permitian, ni aun vn breve lugar para el repoſo, valiendoſe (para mejor executarlos) de la moleſta continuacion con que cargaban las lluvias, pues no pudiendoſe aprovechar de las armas de fuego, por el impedimento de las aguas, lograban, ſin oposicion, el tiro venenoſo de ſus flechas.

Eſte deſaſſoſsiego à todas horas, ſobre la grande eſcaſez de baſtimentos que tenian, deſanimò à los Soldados de ſuerte, que abandonando la repuracion, trataron de dar la buelta para Coro, encaminando la marcha por la parte que les parecia (ſegun ſu demarcacion) podria venir el Governador Spira para encontrarſe con ellos; y poniendolo por obra, en lo mas obſcuro de vna noche deſalojaron el Real, retirandoſe con buen orden, por ſi fueſſen ſentidos de los Indios, no exponerſe à los accidentes que ſuele ocaſionar vn deſcuido; pero aunque el animo que llevaban era de no parar en parte alguna haſta topar con Spira, el embarazo de los enfermos, y heridos no les permitiò lugar para ſeguir tanto viage, obligandoles à que en el deſembocadero de Barquiſimeto (ſin poder paſſar mas adelante) ſe quedaſſen rancheados por eſpacio de veinte y tres dias, que fueron los que tardò en llegar alli el Governador, bien fatigado tambien de las moleſtias de el camino; pero con la alegria de verſe juntos, olvidaron vnos, y otros las eſpecies de las paſſadas miſerias; y determinados à proſeguir la jornada por los Llanos, ſiempre al Sur, llevando para governarſe la Cordillera por guia, que les demoraba la mano derecha, bolvieron para las poblaciones de Bataure, de donde antes ſe avian retirado perſeguidos.

Aviſados los Indios de que los Eſpañoles entraban ſegunda vez en ſu Provincia, como ſe hallaban vſanos con las venta-

jas conſeguidas en los paſſados encuentros, ſe juntaron en gran numero quantos habitaban la comarca, y con ſu acoſtumbrada voceria (teniendo la victoria por ſegura) les ſalieron al camino, preſentandoles batalla; pero acometidos con promptitud de los ochenta cavallos, que acompañaban à Spira, les cogiò tan de repente aquella novedad, (que no avian viſto otra vez) que abſortos con el ſuſto, ſin tener ni aun aliento para huir, ſe dexaban caer en el ſuelo, ofreciendo la vida, turbados, vnos al duro golpe de las lanças, y otros al deſmayo cobarde de ſu miſmo aſſombro.

Desbaratado con eſta facilidad el Eſquadron numeroſo de los Indios, ſin mas daño de nueſtra parte, que aver quedado heridos tres Soldados, los barbaros que eſcaparon con las vidas, no teniendoſe por ſeguros en la dèbil defenſa de ſus Pueblos, recogieron con brevedad los hijos, y mugeres, y ſe retiraron con ellos al aſylo ordinario de los montes, dexando libres las caſas al arbitrio deſordenado de ſus hueſpedes, que ſe hoſpedaron en ellas quince dias, para reparo de las muchas aguas que deſcargaba el Invierno, en cuyo tiempo, aſsi para el remedio de la neceſsidad que padecian, como por divertirſe con vn entretenimiento provechoſo, ſe ocupaban muchos de los Soldados en el noble exercicio de la caza, à que los incitaba la abundancia de Benados, que mantenia la Sabana. Vno de los mas aficionados, que ſe llamaba Orejon, ſaliò vna tarde con otros compañeros à continuar en el divertimiento que ſolia, y empeñado por aquellos pajonales en perſeguir vn Benado, ſe alexò tanto, inadvertido, que deſpues de averlo muerto à lançadas, quando quiſo bolver para el alojamiento, no pudo dàr con la ſalida. Los compañeros ſin echarlo menos ſe retiraron con tiempo; pero conociendo ſu falta, deſpues de eſtàr ya en el Real hizo el Governador diſparar algunos arcabuces, para que governandoſe por el eco de los tiros, conocieſſe la parte donde eſtaban, pero èl ſe hallaba tan remontado, que no los pudo oìr, y tan confuſo con la obſcuridad de la noche, que determinò eſperar à la luz de la mañana para intentar ſu ſalida; pero los Indios, que ocultamente le avian ſeguido los paſſos, apenas le vieron deſmontarſe de el cavallo, para deſcanſar vn poco, quando cogiendolo à manos, le cortaron con ſu miſma eſpadà la cabeza; el cavallo eſpantado con el tropel, y alboroto de los Indios, corriò furioſo por aquellos pajonales, y teniendo mejor tino que ſu dueño, entrò por el alojamiento relinchando, de que maliciaron

todos

todos el infausto paradero, que avia tenido Orejon.

Con esta sospecha embiò el Governador por la mañana al Capitan Juan de Villegas con vna Esquadra de Soldados, para que recorriendo todos aquellos contornos, procuraſſe adquirir noticias de Orejon, buscandolo muerto, ò vivo; y aviendo dado buelta à la Sabana, sin hallar señales de èl, se encaminò à la montaña, donde à muy poca distancia encontrò vna Poblacion de bien corta vecindad, cuyos moradores, fiados en algunas palizadas que tenian para reparo, intentaron defenderse; pero conociendo breve la ventaja que hazian los arcabuces à la dèbil violencia de sus flechas, desistieron de su intento, y se pusieron en fuga, dando lugar à que los Españoles saqueassen la Poblacion, y à los primeros passos encontrassen con la espada de Orejon, y parte de la cabeza, que tenian aderezada, para celebrar (comiendola) el triunfo de su victoria: señal por donde conocieron el desastrado fin de el compañero, de cuya muerte irritados, procuraron con la vengança dar alguna satisfaccion al sentimiento, ahorcando quantos Indios pudo encontrar su enojo, y su diligencia por toda aquella montaña; y dexando convertida la Poblacion en cenizas, dieron la buelta donde avian dexado à Spira, quien deseoso de mudar alojamiento, por las inconveniencias que causaba lo riguroso de el Invierno en aquel sitio, con el leve trabajo de caminar dos dias mejorò assiento, passandose à los Pueblos de Aricagua, que por estàr mas arrimados à la Serrania, y en terreno alto, le ofrecieron comodidad para poder, sin embarazo, esperar en ellos à que quebrasse la fuerça la continuada molestia de las aguas.

CAPITULO XII.

EMBARCASE FEDREman para la Española, embiando antes su gente al Cabo de la Vela: prende el Capitan Chaves al Capitan Rivera: buelve Fedreman à tierra-firme, y dà principio à la pesqueria de las perlas.

AUnque Fedreman avia quedado de acuerdo con Spira, de que en bolviendo de la Isla Española con los pertrechos que iba à buscar haria su entrada, atravesando la Serrania por la vanda del Oeste, nunca fue su animo executar lo que tenia capitulado con su Governador; porque los altos pensamientos que avia concebido en su interior, lo arrastraban à procurar mandar independente, sin

ſin poner los adelantamientos de ſu fortuna al arbitrio de ſuperior influxo; y aſsi, luego que Spira ſaliò de Coro para la Borburata declarò ſu intencion à ſus amigos, y aliſtando la mas gente que pudo por entonces, la deſpachò à cargo de Antonio de Chaves (à quien nombrò por ſu Theniente) con orden de que tomaſſe la buelta de Maracaybo, y ſin paràr paſſaſſe al Cabo de la Vela, donde le avia de eſperar haſta que bolvieſſe de la Isla Eſpañola, para donde ſe embarcò al miſmo tiempo que Chaves ſaliò para la Laguna.

Tenia Fedreman muchos dias antes comunicada ſu reſolucion en ſecreto con Alonſo Martin, à cuyo cargo eſtaban los Vergantines que Alfinger avia dexado en Maracaybo; y aſsi, prevenido con tiempo lo que avia de executar, diſpuſieron las coſas de ſuerte, que quando Chaves llegò à la orilla de la Laguna, ya le eſtaba eſperando Alonſo Martin con los Vergantines, y diferentes Canoas, en que embarcò toda ſu gente, y la paſsò à la rancheria, que eſtaba de la otra vanda, con animo de alojarſe alli deſpacio, dando tiempo à que Fedreman lo tuvieſſe para bolver de la Eſpañola; pero la eſcaſez de baſtimentos, y las enfermedades, que por eſta cauſa ſe fueron introduciendo, obligaron à Chaves à dividir la gente en tres Eſquadras, para que pudieſſen con menos trabajo mantenerſe con lo que à las manos encontraſſen; y embiandolas por diferentes partes, les previno, que para cierto dia ſe hallaſſen todos juntos en el Cabo de la Vela.

Hallabaſe al miſmo tiempo (que era ya por el año de treinta y cinco) el Capitan Juan de Rivera en la Conquiſta de la Ramada, de orden del Doctor Infante, Oìdor de Santo Domingo, que por muerte de Garcia de Lerma governaba à Santa Marta, y apretado de la miſma neceſsidad, y falta de baſtimentos, deſde las orillas del rio de Macomite, donde eſtaba rancheado, deſpachò vna tropa de veinte hombres à buſcar algun ſocorro àzia la parte de la Laguna de Maracaybo; y como vna de las Eſquadras de Chaves, que acaudillaba el Capitan Murcia, acertaſſe à coger el camino para el rio de Macomite, fue preciſo que ſe topaſſen de buelta encontrada en la trocha, que vnos, y otros iban haciendo, por la maleza de vna montaña baxa; pero los de Murcia ſe portaron con tal arte, que aviendoſe emboſcado ſin que los otros lo ſintieſſen, quando acordaron por sì los de Rivera, ſe hallaron priſioneros, (operacion muy vſada en los exceſſos militares de aquel tiempo) de cuya novedad aviſado Antonio

Año de 1535.

de

de Chaves; y perſuadido à que Rivera ſe avia entrado en los terminos de la juriſdiccion, que pertenecia à los Belçares, propaſſando los limites de la governacion de Santa Marta; juntò ſus Tropas, que andaban divididas, y marchando à Macomite, donde eſtaba aquartelado Rivera, le obligò con ruegos, y amenazas à que con la gente ſana que tenia le ſiguieſſe haſta el Cabo de la Vela, dexando alli los enfermos para conducirlos deſpues, quando el tiempo permitieſſe oportunidad para ello.

Hecho eſte ajuſte entre los dos, ſalieron juntos de Macomite, y entrando en las tierras de los Guagiros, Nacion altiva, y belicoſa, que haſta el dia de oy ha ſabido mantener ſu libertad à coſta de ſu fiereza, ſe vieron en baſtantes aflicciones, por las repetidas guazabaras conque los moleſtaron los Indios, con tanta reſolucion, y valentia, que en vna de ellas ſe hallaron Guzman de Avellaneda, y otros ſeis Soldados en los vltimos lances de perderſe, por averlos cogido à mano para llevarſelos vivos; pero ayudados de ſu eſfuerço (ſin que los pudieſſen ſocorrer los compañeros) tuvieron la fortuna de librarſe, eſcapando con bien de aquel conflicto; y conociendo Chaves lo que le importaba ſalir quanto antes de aquella Nacion guerrera, apreſurò el paſſo en las marchas haſta llegar à los Cocinas, de donde determinò embiar à Macomite por la gente que avia dexado enferma: ocaſion, en que tres Soldados, llamados Alonſo Martin de Queſada, Diego Agudo, y Alonſo de Olaya Herrera, executaron vna accion tan bizarra, que paſſando los terminos del valor, llegò à rozarſe con los de la temeridad, pues ſolo con ſus eſpadas, y rodelas bolvieron à atraveſar la tierra de los Guagiros, haſta llegar à Macomite à aviſar à los enfermos, eſtuvieſſen prevenidos para ponerſe en camino luego que llegaſſen los cavallos, que les embiaba Chaves para ſu tranſporte.

La alegria que aquellos miſerables Eſpañoles ſintieron con la llegada de los tres Soldados fue tal, que de las camas ſe arrojaban al ſuelo (por no poderſe poner en pie) à congratularſe vnos con otros, por las noticias, no eſperadas, de tan cercano ſocorro, pues la hambre, enfermedades, y trabajos los tenian tan conſumidos, y poſtrados, que en las hamacas eſtaban muertos muchos de ellos, ſin que los pocos que avian quedado vivos huvieſſen tenido eſfuerço, ni aun para la accion piadoſa de enterrarlos; pero alentados con la eſperança de conſeguir alivio en ſus miſerias, ſe puſieron en camino para los

Cocinas, donde los eſperaba Chaves, que alegre con ſu llegada, ſin eſperar mas tiempo partiò luego para el Cabo de la Vela, donde hallò ya à Fedreman, que acababa de llegar de la Eſpañola con ochenta hombres, y numero ſuficiente de cavallos.

Supo al inſtante Fedreman el ſucceſſo de Rivera, y como era Cabo del Doctor Infante, à quien debia obligaciones, por aver hallado ſiempre en ſu proteccion amparo à ſus dependencias, tuvo del caſo baſtante ſentimiento, porque no quiſiera correſponderle con diſguſtos, ni darle motivo para quexas; y aſsi, aunque valiendoſe del agrado, procurò con buenos modos reducir à Rivera à que ſe quedaſſe en ſu compañia, ſiguiendole voluntario: eſcuſandoſe eſte, por la preciſion en que ſe hallaba de bolver à Santa Marta, lo dexò ir libre con ſu gente, aſsiſtiendo liberal con quanto huvo meneſter para ſu avìo.

Hecha eſta galanteria por Fedreman, diſpuſo muy de eſpacio ſu aſsiſtencia en el Cabo de la Vela; porque hallandoſe de muchos dias atràs con la noticia (que en ſecreto avia adquirido) de los hoſtiales de perlas, que cria toda aquella Coſta (no deſcubiertos haſta entonces de otro alguno) ſiempre tuvo hecho el animo à probar la ſuerte en aquella peſqueria, y vèr el ſemblante, que en ella le moſtraba la fortuna: cauſa, que le moviò à faltar al trato capitulado con Spira, y à citar toda ſu gente, para que le eſperaſſe en aquel ſitio, à cuyo fin avia tambien diſpueſto el viage que hizo à la Eſpañola, por vèr ſi hallaba alli algunas perſonas practicas, de las muchas que aſsiſtian à ſemejante exercicio en la Isla de Cuvagua, para que le ayudaſſen à ſu intento, y diſponer cierto inſtrumento, à manera de raſtro, que tenia diſcurrido para facilitar la peſqueria; portandoſe ſiempre con tal recato, y ſigilo, que no huvo perſona que pudieſſe penetrar el blanco en que tenia pueſta la mira, haſta que en la ocaſion preſente deſcubriòà ſus Soldados el ſecreto; pero anduvo tan deſgraciado, que por mucho que trabajò con la inventiva de ſu inſtrumento, echandolo repetidas vezes en los placeres donde ſe deſcubrian los hoſtiales, no pudo conſeguir lance, que fueſſe de provecho para el logro que avia concebido ſu eſperança; y lo miſmo ſuccediò à otros muchos que lo intentaron deſpues, haſta que ſe diſcurriò por mejor modo el buzearlas, que es la forma como ſe ſacan oy, quedando para otros el provecho, y à Fedreman ſolo la gloria de aver ſido el Autor de ſu deſcubrimiento, pues ſe debiò à ſu diligencia la noticia

del

del reforo, que ha tributado aquel Mar en la abundancia de perlas con que han enriquecido el mundo fus criaderos.

CAPITULO XIII.

SALE SPIRA DE ARICAGUA, y llega à la Provincia de Barinas: tiene vn diſguſto con ſu Theniente, y remitelo preſo à Coro: paſſa el rio Opia, y padece grandes trabajos.

DExamos al Governador Jorge de Spira en las Poblaciones de Aricagua eſperando à que el Invierno quebraſſe la fuerça de fus aguas; y detenido alli tres meſes, luego que aſſentò el tiempo, y deſpuntò el Verano, levantò fu Campo en profecucion de fu jornada: y caminando ſiempre por la falda de la Serranìa, que llevaba à la mano derecha, llegò à la Provincia de los Coyones, cuyos Naturales, queriendo probar fus brios, ſin tener conocimiento de lo que eran las armas Eſpañolas, diſpueſtos en razonable orden Militar, les ſalieron al encuentro à embarazarles el paſſo; pero acometidos de los nueſtros, aunque por algun tiempo mantuvieron el Campo con teſon, manifeſtando ſer gente de valor en la conſtancia con que ſufrieron el combate; ſe huvieron de retirar amedrentados, con pèrdida de los principales Cabos de fus Tropas, dexando heridos algunos de los nueſtros, y al Capitan Montalvo bien picado, por averle quitado la lança de las manos.

Algunos dias ſe detuvo Spira, entretenido en buſcar baſtimentos por aquellas cercanìas; y hecha la proviſion de los que pudo hallar fu diligencia, entrandoſe en la Serranìa por caminos aſperiſsimos, con mil dificultades, y trabajos, al cabo de dos meſes de continuadas fatigas; huvo de penetrar haſta la parte donde deſpues ſe fundò la Ciudad de Barinas, pero tan perſeguido de la hambre, y neceſsidad, que ſin hallar otro ſocorro para el ſuſtento, ſe mantuvieron los Soldados muchos dias ſolo con palmitos, y tallos de viſao, de que empezaron à enfermar, y debilitarſe de tal ſuerte, que poſtradas las fuerças con la flaqueza, haſta el aliento les faltaba para poder caminar; pero conſolados à eſte tiempo con la notica de que en algunos valles, que formaba la Serranìa, ſe deſcubrian diferentes Poblaciones, y abundantes ſementeras, donde podrian hallar remedio à la afliccion que padecian; deſpachò el Governador à ſu Theniente Franciſ-

co de Velaſco con algunos Infantes, y Cavallos, y orden de que en llegando à lo fragoſo de la Serranìa (donde avia algunas Aldeas) ſe quedaſſe alli, y embiaſſe la gente que le pareciеſſe neceſſaria à los Valles mas altos donde eſtaban las ſementeras, y que de ellas le ſocorrieſſe quanto antes con lo que hallaſſe mas à mano, procurando buſcar alguna ſal, por la total falta que tenian.

Con eſta orden partiò Velaſco, y llegando al pie de la Cordillera, en cumplimiento del mandato que llevaba, ſe quedò alli con la gente de à cavallo, embiando la de à pie à cargo de Nicolàs de Palencia, que caminando, ò por mejor decir, gateando por la maleza de aquellos deſpeñaderos, diò en lo mas eſpeſo de vna montaña con vna caſa bien grande, donde tenian los Indios eſcondidas mas de mil y quinientas fanegas de maìz; no quiſo Palencia paſſar mas adelante por no deſamparar la preſa, que le avia deparado la fortuna, y aſsi, haciendo alto en aquel parage, ſe quedò à guardar aquel teſoro, que por tal lo reputaba la neceſsidad preſente, y embiò algunos Soldados con el maìz que pudo llevar à cueſtas vna conſiderable tropa de Indios al Theniente Velaſco (que como diximos avia quedado eſperando al pie de la Serranìa) quien alegre con el buen ſuceſſo que lograrò ſu diligencia, por darle la noticia al Governador con mas cumplido ſocorro, ordenò le baxaſſen otras dos, ò tres porciones como la que avian traìdo, y luego las remitiò con eſcolta de Soldados, encargandole al Cabo que la llevò à ſu cuidado, obſervaſſe con reparo la gracia, modo, y ſemblante que manifeſtaba Spira al recibirlo: y como las acciones de eſte lance no correſpondieſſen al agradecimiento que avia eſperado Velaſco antes parece que el Governador con diſplicencia manifeſtò algun enfado, atribuyendo à deſcuido la tardança de el ſocorro; ſabiendolo Velaſco, enagenado con la colera, y ciego con el enojo, prorrumpiò diciendo: O Cuerpo de Chriſto con el Governador! por què no ha de agradecer lo que trabajan, por ſervirle, ſus Soldados? pues voto à tal, que ſi èl tiene allà ciento de capa negra, yo tengo acà docientos de capa blanca; y recogiendo ſu gente, con el maìz que pudieron cargar los Indios, ſe bolviò donde avia dexado à Spira. Eſtas palabras de Velaſco, y el modo con que las expreſsò ſu ſentimiento, parecieron muy mal à quantos las oyeron, y, ò fueſſe por vengar alguna paſſion, ò deſafecto, ò por la comun penſion de querer muchos ganar gracias con los Superiores,

res, aunque sea à costa de los creditos agenos, no faltò quien las pusiesse en noticia del Governador, acriminando la materia, y subiendo de puntos el delito; de que irritado Spira puso luego en prisiones à Velasco, y procediendo contra èl por via juridica, substanciada la causa, se resolviò à cortarle la cabeza; pero mediando la autoridad de Juan de Villegas, Damian de el Barrio, Alonso Pacheco, y Juan Guevara, fue bastante la interposicion de estos, para que templado el enojo de el Govetnador, revocasse la sentencia, contentandose con remitirlo preso à Coro, y en su compañia toda la gente enferma que llevaba, por librarse de el embarazo, y detencion que le causaba en las marchas, dandoles algunos Soldados de escolta, que los comboyassen hasta passar de la Provincia de Buraure, de donde (dexandolos fuera del riesgo de aquellas Naciones barbaras) dieron la buelta con brevedad al mismo alojamiento en que hallaron al Governador, que los estaba esperando; y con su llegada, gozando la conveniencia de el Verano, levantò el Campo, entrandose en aquel pielago inmenso de los Llanos, y como caminaba ya sin el estorvo de tanta gente enferma, ayudado de la serenidad que le ofrecia lo favorable de el tiempo, pudo con facilidad, atravesando los rios de Casanare, Zarare, y Apure, penetrar hasta las barrancas de el Opia, en cuya circunferencia hallò algunas Poblaciones con suficiente provision de bastimentos, que le pareciò serian bastantes para poder mantenerse, quedandose alli à invernar, porque el recelo de los movimientos con que ya amenazaban las aguas, no le permitia que pudiesse empeñarse mas adentro.

A este fin escogiò el sitio mas alto, y libre de anegadizos en las orillas de el rio arrimado à vna montaña, donde fabricò ranchos, y dispuso alojamientos para passar el Invierno; pero entrando este con mas rigor de lo que podia esperarse, empezò à crecer el rio con tanta abundancia en sus raudales, que rompiendo los limites de el margen, inundò aquellos contornos, convirtiendo en mares las campañas, y dexando à Spira tan cercado de sus aguas, como de tribulaciones, pues por vna parte viendose aislado en el alojamiento, consideraba, que en la falta de bastimentos le prevenia la necesidad su mayor cuchillo, y por otra, en el rigor de las enfermedades (que ya picaban) temia las contingencias miserables de su ruina.

A estos desconsuelos en que vacilaba confuso, se le añadiò otro accidente no de menor

conſequencia, para que por todos lados neceſsitaſſe la conſtancia de dar enſanches al ſufrimiento, pues huyendo la inundacion de aquellos campos, fue tanta la multitud de Tigres, que ſe acogiò à la montaña inmediata, que como parte mas alta era ſola la que gozaba exempciones de ſegura, que no avia perſona que dieſſe paſſo fuera de los ranchos, que no le ſirvieſſe de atajo para la muerte, pues la encontraba luego en la voracidad de aquellas fieras, perdiendo la vida à la violencia de ſus garras, como le ſucediò à vn Portuguès Manuel de Cerpa, que aviendoſe deſviado del Real (no treinta paſſos) con otros compañeros à coger vna frutilla, que llaman jobos, para divertir el hambre con aquel leve ſuſtento, le aſſaltò vn Tigre con tanta velocidad, que ſin que pudieſſen los compañeros remediarlo, lo dividiò en pedazos, para que ſu deſdicha ſirvieſſe de alimento à ſu fiereza.

Eſta deſgracia de Cerpa, y otras ſemejantes, que ſucedieron, aſsi en algunos Soldados, como en la gente de ſervicio, los tenia à todos tan amedrentados, que haſta los cavallos no ſe atrevian, ni aun à ſalir à paſtar fuera de el alojamiento; y deſeando hallàr remedio que minoraſſe el rigor de tantos males, ſe determinaron à fabricar vna valſa de maderos, para poder paſſar à vn Lugarejo, que ſe deſcubria à la otra vanda de el rio, y vèr ſi hallaban en èl algunas ſemillas, ò raìzes con que entretener la vida, mientras el tiempo abria puerta para mejorar fortuna, y puеſta la fabrica por obra quedò perfeccionada en quince dias, tan fuerte, y capàz (al parecer) que podia embarcarſe en ella todo el Exercito junto.

Echaron la valſa al agua con cierto genero de remos para governarla, y algunos buenos nadadores, que con ſogas la tiraban, empezaron à formar ſu travesìa, navegando con felicidad haſta tanto que llegaron al raudal que formaban los temolinos del rio, que entonces combatida de las olas, y arrebatada de la rapida corriente de ſu cauce, no pudiendo la induſtria de los Pilotos contraſtar la ſobervia de las aguas, les fue preciſo ceder à ſu violencia, dexandoſe llevar de el impulſo ſuperior de tanta fuerça.

Los Indios de la otra vanda, que atentos avian eſtado à la mira, eſperando el fin que prometia aquella maquina, viendo à los Soldados turbados con el ſuſto que les cauſaba el aguardar à cada paſſo vna muerte, y en cada choque vn naufragio, ſaltaron con preſteza en ſus Canoas, y dieron tras la valſa à toda boga, con eſperanças de conſeguir à poca coſta vna victoria,

toria, matando, ò prendiendo la gente que iba en ella, como huviera ſucedido, à no aver encontrado en el camino conFranciſco de Càceres, que era vno de los nadadores que governaban la valſa, y fiado en la deſtreza de ſus brazos, procuraba en aquel conflicto romper las hondas, nadando, para aſſegurar la vida, pues divertidos los Indios con el entretenimiento de hazerlo blanco fixo de ſus flechas, tuvo tiempo la valſa para ir empelida de el miſmo olage del rio, retirandoſe à la orilla, dando lugar à los Soldados para ſaltar en tierra, y emboſcarſe huyendo de los Indios, tan ſin tino, que al cabo de dos dias fueron ſaliendo al alojamiento por diferente parte cada vno, donde creciendo la neceſsidad, y faltando haſta la eſperança de el remedio, fueron tantos los contratiempos con que perſiguiò à aquellos afligidos Eſpañoles la fortuna, que parece quiſo hazer experiencia de el aguante à que llegaba el valor.

Pero afloxando el Invierno deſpues de algunos dias, fue diſminuyendo el rio la fuerça de ſus aguas haſta dexar vado por la parte de arriba de los ranchos, dando comodidad à Spira para paſſar de la otra vanda, y que deſamparando aquel lugar, que avia ſervido de teatro à tantas infelicidades, y deſdichas, ſe fueſſe entrando por Provincias de tan diferentes lenguas, y Naciones, que por no hallar Interprete que las entendieſſe, no las conocieron por entonces; pero ſegun el parage de ſu demarcacion en el camino que lleva Spira, fueron ſin duda las de los Chiſcas, y Olachas, que demòran à eſpaldas del nuevoReyno de Granada.

CAPITULO XIV.

TIENE NOTICIA SPIra de las Provincias de el nuevo Reyno, y la deſprecia: ſigue ſu jornada al Sur, y llega à la Provincia de Mal-Paìs.

ENtre algunos Indios priſioneros, que cogiò Spira de aquellas Naciones barbaras, hallò vno, de cuya lengua (aunque con dificultad) entendia algunas palabras vno de los Interpretes de el Campo, y en lo que ſe pudo explicar con ſu mal formado idìoma, reſpondiendo à diferentes preguntas que le hicieron, diò noticia, de que caminando àzia el Poniente algunas jornadas adelante, encontrarìan con vnas tierras muy ricas, fertiles, y pobladas de diverſas Naciones, que governandoſe con politica, veſtìan mantas de algodon, y vſaban de joyas de oro para adornar ſus perſonas;

cuya

cuya relacion, oìda con tibieza por Spira, hizo tan poco caſo de ella, que ſin poner algun cuidado en aſſegurar al Indio, tuvo èl lugar de huirſe aquella noche; y perdida eſta ocaſion, hallandoſe ya ſin guia para aquel deſcubrimiento; conociò Spira ſu hierro quando no tenia remedio; pero ſin embargo, movido de la curioſidad, y animado de el deſeo de hallar tan ricos Paìſes, deſpachò à Juan de Villegas con quarenta hombres, entre quienes iban Franciſco Infante, Gonçalo Martel de Ayala, Franciſco de Madrid, Juan Quareſma de Melo, Hernan Perez de la Muela, y Alonſo de Campos, para que atraveſſada la Cordillera àzia el Poniente, vieſſe ſi correſpondia el terreno à la relacion de el Indio; pero Villegas aviendo caminado por la Serranìa tres dias, pareciendole ſu fragoſidad inacceſsible, ò movido de fuerça ſuperior, que es lo mas cierto, diò la buelta deſiſtiendo de la empreſſa, quando pudiera tener razon mas eficaz para ſeguirla, pues aviendo hallado en algunos Pueblecillos que encontrò porcion de mantas de algodon, y muchos panes de Sal, eran ſeñales evidentes, que aſſeguraban por cierta la relacion de el Indio, y à la corta moleſtia de caminar diez leguas mas, huviera conſeguido la fortuna, que malogrò, inadvertido, ſu deſcuido, pues ſe hallàra dueño de las riquezas que encerraba el nuevo Reyno, cuyas tierras eran las que tenia por delante; pero parece que Dios, por juſtos juicios de ſu Divina Providencia, embarazò ſiempre à los Alemanes aquel deſcubrimiento; pues ya vimos, que Ambroſio de Alfinger dos vezes, la vna en la Provincia de Guanè, y la otra en los Pàramos de Cerùtà, llegò à ſaludar los vmbrales de aquel opulento Reyno, y en ambas ocaſiones retrocediò como violento, mudando la derrota al mejor tiempo, y verèmos deſpues à Fedreman, que arrebatado con la ambicion de vna eſperança vana, le bobiò la eſpalda à ſu conquiſta, quando hallandoſe inmediato le brindaba con ella ſu fortuna.

Buelto Villegas donde eſtaba Spira, con la noticia de ſer la Serranìa impenetrable por ſu mucha aſpereza, no ſe tratò mas en buſcar aquellas tierras, que ya todos tenian por inciertas, atribuyendo à ficcion del Indio la relacion que juzgaban fabuloſa; y puеſta la mira ſiempre al Sur, proſiguieron en ſu viage, alentados con la eſperança de hallar mas adelante las riquezas, que à cada paſſo les prometia ſu antojo, y les ofrecian los Indios à montones, por echarlos quanto antes de ſus tierras: Con eſte buen deſeo ſe fueron entrando por los Llanos, y à principios

del

ño de del año de treinta y seis llega-
1536. ron à vn parage de tierra tan es-
teril, y empollada, llena de tan-
tas ramblas, y quebradas, que
le pusieron por nombre el Mal-
Pais, de cuyos habitadores (que
eran pocos) huvieron algunos à
las manos, que respondiendo
mas por señas, que con pala-
bras à lo que les preguntaron,
dieron alguna noticia de que à
poca distancia de aquel sitio, àzia
la mano izquierda, estaba vn
Pueblo de vecindad quantiosa,
y que en sus habitadores halla-
rian porcion considerable de
oro en joyas.

No pudo Spira por entonces oìr nueva mas gustosa, pues diò por assentado desde luego, que su dicha lo avia conducido à parte donde podrian llenar de conveniencias los huecos de su codicia; y assi, haciendo alto en aquel Lugar donde le cogiò la nueva, despachò à Damian de el Barrio con sesenta hombres, y guias de los mismos Indios, que lo encaminassen al descubrimiento de aquel Pueblo, en quien todos tenian ya puesta la mira, esperando saciar, con los tesoros que en èl imaginaban, las buenas ganas que tenia prevenidas su aficion.

Aviendo, pues, salido en su demanda, à pocas leguas de camino descubrieron vn cerro algo pendiente, vestido de vna montaña muy frondosa de arboles bien altos, y copados, cuya cumbre, ò fuesse por fatiga de la industria, ò por disposicion de la naturaleza, formaba vn anchuroso espacio raso, y llano, que servìa de assiento à vn Pueblo, compuesto de hasta cien casas, tan grandes, y capazes, que habitaba en cada vna vna parentela entera; assegurabase su defensa con vna muralla, compuesta de maderos, y troncos de palmares espinosos, muy vnidos, y juntos entre sì, repartidas à trechos sus troneras, para poder à lo seguro executar el tiro de las flechas; cercaba esta muralla vn foso de caba bien profunda, sembrado todo de agudas puntas de tostados maderos, cubierto por encima de vnas varas delgadas, que sustentaban vna tez de tierra, tan bien dispuesta, y con tal arte, que no era facil conocer el engaño, segun estaba dissimulado con la apariencia el artificio.

Luego que Damian de el Barrio llegò al pie de la montaña, aunque reconociò la fortaleza de aquel Pueblo, en quien se avian vnido el arte, y naturaleza para hazerlo inexpugnable, se determinò à assaltarlo, para que à vista de lo dificultoso de el empeño, sobresalieste mas la resolucion de su gallardo brio; y dando la señal de acometer, se adelantò à todos vn Miguèl Lorenço, natural de Jaen, codicioso de aventajarse à los demàs, y ser el prime-

ro en el aſſalto; pero lo fue en caer en el artificio, que ocultaba la ſimulacion de el foſo, pues apenas pisò las delgadas varas que lo cubrian, rendidas con el peſo, dieron con él abaxo ſin remedio; pero con tal fortuna, que cayendo entre las puntas de los palos, y lo peynado de la caba, ſin recibir mas daño, que la fatiga de el ſuſto, tuvierón lugar los compañeros de ſacarlo, à tiempo qué los Indios, ſintiendo el rumor de la interpreſa, ſe puſieron en arma, diſparando tal multitud de flechas, piedras, y lanças toſtadas deſde el abrigo de ſus murallas, que heridos los mas de los Soldados, ſin poder lograr vengança en ſu deſpique, ſe huvieron de retirar avergonçados, experimentando la miſma infelicidad en el ſuceſſo otras dos vezes, que intentaron renovar el aſſalto para la expugnacion de aquella Plaza (à quien por la ſimilitud, que en el ſitio, y fortaleza tenia con la de Salſas en las Fronteras de Cataluña, la llamaron Salſillas;) y aſsi, conſiderando Damian de el Barrio la dificultad de aquella empreſſa, y que de querer proſeguir en ella era exponer ſu gente al rieſgo de vna deſgracia; dexando à los Indios con la gloria de vencedores, diò la buelta en buſca del Governador Spira, ſin mas fruto, que traer priſionera vna India, que pudo coger acaſo, la qual como los Soldados, para tenerla ſegura, y que no ſe les huyeſſe, la puſieſſen en priſion; viendoſe oprimida con el peſo de vna cadena que la avian echado al cuello, empezò à exclamar, quexandoſe de crueldad tan inhumana, pues no la avian tratado con tal rigor otros Eſpañoles, que avia tenido por amos.

Razones fueron eſtas, que hicieron gran novedad à los Soldados, eſtrañando donde, ò como pudieſſe aver viſto aquella India otros Eſpañoles, quando ellos eran los primeros que avian llegado à penetrar à tan remotas Provincias; y dandole cuenta à Spira, llevado de la miſma admiracion, hizo llamar à la India para informarſe del motivo de relacion tan eſtraña; pero ella, continuando en las expreſsiones de ſu quexa, reſpondiò à las preguntas que le hizo el Governador, diciendo: que à diez dias de camino, navegando por vn rio abaxo, que eſtaba à corta diſtancia de aquel ſitio, en vna Provincia poblada de muchos Indios, habitaban en vn Pueblo cercado de palizadas vnos hombres blancos, y con barbas como ellos, que vſaban eſpadas para ſu defenſa, los quales eſtaban ya viejos, por aver muchos años que derrotados avian ſubido por aquel rio arriba, y caſandoſe con Indias de aquel Païs, tenian en ellas muchos hijos: que algunas

gunas Lunas atràs avian llegado à aquel Pueblo y cogiendola à ella, y à otras muchas, las llevaron prisioneras, pero dandoles buen trato, las pusieron despues en libertad, sin que huviessen experimentado de aquellos hombres la vejacion de prision tan rigurosa, como aquella en que por entonces la tenian.

Oìda esta relacion, empezò la curiosidad à hazer su oficio, infundiendo en el corazon de los Soldados ardentìssimos deseos de passar à buscar aquellos hombres, pues à costa de el leve trabajo de diez dias podian conseguir la gloria de descubrir cosa tan nueva; pero Spira, como llevaba puesta la mira à otros intentos, y no queria extraviar la prosecucion de sus conquistas, por inquirir novedades; procurò disuadirlos de el empeño, manifestando con razones congruentes los fundamentos que avia para tener por falsa la noticia, y no ser acertado aventurarse con tanta ligereza à vna expedicion, que despues de costeada con afanes, solo podria tener por fin vn desengaño; y aunque con esta diligencia consiguiò sossegar los mas de los Soldados, no faltaron algunos (y de los mas principales) que teniendo por cierta la relacion de la India, asseguraban sin duda ser aquellos Españoles, que estaban poblados en el rio, de los que perdiò el Comendador Don Diego Ordaz, quando la Nao de su Theniente General Juan Cornejo, empeñada en contrastar las aguas de el Orinoco, debiò de perecer en sus raudales, pues nunca se supo de ella, discurriendo que algunos podrian aver escapado en los Vateges, y llegar peregrinando à aquel parage: congetura, que referida despues como evidencia, llegò à tomar tanto cuerpo, que la Magestad de Phelipe Segundo, por Cedula despachada el año de quinientos y cinquenta y nueve, mandò à la Audiencia de Santa Fè solicitasse por todos los medios posibles, se descubriessen, y buscassen aquellos Españoles perdidos; pero aunque se hicieron exactas diligencias, y diferentes entradas à este efecto, jamàs se pudo hallar razon alguna que acreditasse esta opinion de verdadera; y si los que esparcieron esta voz en los principios huvieran cotejado las circunstancias con el tiempo, conocieran lo mal fundado de su errado discurso; pues diciendo la India, que aquellos hombres estaban ya viejos, y cargados de hijos, por aver muchos años que habitaban alli, mal podrian ser de la gente derrotada de Ordaz; porque aviendo sido su naufragio el año de quinientos

y treinta y vno; en cinco años que ſolo avian paſſado de intermedio, era poco tiempo para criar las canas, y cargarſe de hijos; ademàs, que de el parage donde tuvo Spira eſta noticia à las bocas de el Orinoco, donde ſe perdiò Cornejo (y no en las de el Marañon, como por malas relaciones eſcrivieron el Chroniſta Herrera, y el Provincial Fray Pedro Simon) ay mas de trecientas leguas de diſtancia la tierra adentro; y no es creìble, que quando eſcapaſſen de la borraſca con las vidas, pudieſſen conſervarlas arraveſando Provincias tan remotas, pobladas de innumerables Naciones, tan guerreras, como barbaras.

***

LIBRO

LIBRO SEGUNDO
DE LA CONQUISTA, Y POBLACION
DE LA PROVINCIA
DE VENEZUELA.
CAPITULO PRIMERO.

SALE FEDREMAN DE EL CABO DE LA VELA, y entra en el Valle de Vpar : buelve à encontrar con el Capitan Rivera , y dan juntos la buelta à Maracaybo , de donde deſpacha al Capitan Martinez à la Cordillera de Carora , con orden para que le eſpere en Tacarigua.

Anſado Nicolàs de Fedreman de gaſtar el tiempo ſin provecho en la peſqueria de perlas, que avia intentado en el Cabo de la Vela , conſultò à ſus Capitanes ſobre la derrota que ſeria mas conveniente ſeguir, para buſcar nuevos deſcubrimientos , y conquiſtas en que poder lograr alguna vtilidad, que reſtauraſſe en parte lo perdido ; y como los mas ſe inclinaſſen à que ſiguieſſe el miſmo rumbo que avia llevado Ambroſio de Alfinger haſta las orillas de el rio de la Magdalena , y que de alli ſe continuaſſe ſiempre al Sur , porque las tierras que ſe deſcubrian el rio arriba daban eſperanças de aver en ſus cabezeras algunas Provincias ricas , de cuya conquiſta, y poſſeſsion ſe avia privado Alfinger , por aver mudado la derrota para el Leſte , aunque contra el parecer de algunos que le acompañaron en aquella entrada , que teniendo aun preſentes los trabajos padecidos en ella, reuſaban bolver à experimentarlos ; ſe determinò Fedreman à ſeguir los miſmos paſſos de aquel viage , eſperando conſe-

guir lo que malogrò Alfinger, y con eſte animo ſaliò de el Cabo de la Vela con quatrocientos hombres bien armados por principios de el año en que vamos de treinta y ſeis, encaminando ſu marcha para el Valle de Vpar; pero apenas ſe huvo apartado de la Coſta, y entrado en aquellas regiones calidas, quando con la mudança de temperamento, y falta de agua, por la mucha ſequedad de aquellas tierras, empezò à enfermar toda la gente de achaques tan agudos, y violentos, que ſin poderlo remediar, vnos rendidos con la gravedad del accidente, y otros con la ardiente fatiga de la ſed, à cada paſſo ſe le iban quedando muertos los Soldados, ſin que el rieſgo de perderlos todos dieſſe lugar para eſperar, ni ſocorrer à alguno, pues ſolo tiraba Fedreman en aquel conflicto à ſalir quanto antes al Valle de Vpar, eſperando que ſu benigno clima ſeria el vnico remedio à tantos males, como lo experimentò luego que pisò ſus fertiles campiñas, teniendo juntamente el guſto de bolverſe à encontrar con el Capitan Rivera, quien como referimos en el libro antecedente, deſpedido de Fedreman, avia ſalido de el Cabo de la Vela para dar la buelta à Santa Marta; y deſpechado de no aver podido arribar à aquella Ciudad, por el embarazo que hallò en las crecientes de los rios, y oposicion que le hicieron los Indios Chimilas (con quienes tuvo repetidos encuentros) bolviò en buſca de Fedreman, con animo de que le vendieſſe algun Navio (ſi lo tenia en la Coſta) para por el Mar poder hazer ſu viage mas ſeguro.

Hallavaſe Fedreman con ſu Exercito muy diſminuido, por la mucha gente que avia perdido en el camino; y pareciendole buena ocaſion de reclutarlo, incorporando en èl los cinquenta hombres que traìa Rivera, ſupoſe dar tan buena maña, valiendoſe de los agaſſajos, ſin eſcuſar ofrecimientos, que à pocos lances de converſacion quedaron convenidos en proſeguir juntos la jornada; de que ſentida la gente de Rivera, eſtrañando aver de militar debaxo de la conducta de otro Cabo, à quien los avia entregado el trato doble de ſu miſmo Capitan, intentò alguna alteracion, y movimiento, que atajada en los principios, ſe deſvaneciò breve, con el caſtigo de dos los mas culpados, que perdieron la vida en el ſuplicio, y con la fuga de otros ſeis, que huyendo de tener el miſmo fin, por caminos extraviados, no paràron haſta llegar à Santa Marta, donde hallaron ya governando al Adelantado de Canaria Don Pedro Fernandez de Lugo, que informado

mado del intento que llevaba Fedreman de caminar siempre al Sur, (cuyas Provincias eran comprehendidas en la demarcacion de su govierno) le escriviò vna carta cortesana, pidiendole escusasse la mala vezindad de introducirse en la jurisdiccion de sus conquistas; y encaminada con Indios de las Naciones amigas de mano en mano, llegò à las de Fedreman, que siguiendo las orillas del rio de la Magdalena, se hallaba ya sobre las Sierras de Ocaña; pero advertido por algunas cartas que le escrivieron sus amigos, de la potencia de gente que tenia el Adelantado, y de lo mal que avia llevado el que intentasse sus descubrimientos por aquella parte, no quiso ponerse en ocasion de venir con èl à rompimiento; y confuso entre la variedad de distintos dictamenes, se resolviò à seguir el mas dañoso, repitiendo el yerro, tantas vezes cometido por Alfinger, y Spira, pues dexando la derrota que avia seguido siempre al Sur, retrocediò al Valle de Vpar, perdiendo, como los otros, la gloria de descubrir el nuevo Reyno; y como el ansia apetecible de mandar lo arrastraba, con el deseo de governar independente; hallandose en el Valle determinò bolverse à Coro, donde le proponia su ambicion estarian ya los despachos del Govierno, que à su propartida de la Corte (por embiarlo consolado) le avian prometido los Agentes de los Belçares.

Con este animo dividiò su gente en dos Esquadras, para que con mas comodidad pudiessen proveerse de bastimentos, yendo por diferentes caminos hasta salir à Maracaybo, de las quales, dexando la vna à su cuidado, encomendò à Pedro de Limpias la conducta de la otra; quien cogiendo el camino de la Sierra, que divide el Valle de Vpar de la Laguna, al cabo de algunos dias llegò à ciertas Poblaciones, fundadas sobre las cañas, y esteros que forman las aguas de la Laguna en sus orillas, y llamaron por entonces los brazos de Herina; donde aprovechado de porcion considerable de oro, assi fundido en joyas, como en polvo, que quitò à sus Naturales de el mucho que encontrò en su territorio, passò à buscar à Fedreman à la rancheria de Maracaybo: originandose de lo occidental de este sucesso la fama tan celebrada de los brazos de Herina, cuya riqueza se ha quedado tan oculta, que aunque muchos han intentado probar fortuna, buscandola, solo han tenido por fruto de sus deseos contratiempos, y desgracias.

Quando llegò Limpias à Maracaybo hallò ya en la rancheria à Fedreman cercado de mil aprietos, assi por la necessi-

d[illegible]

dad de baſtimentos que padecia, como por las dificultades que encontraba para atraveſar la Laguna, y poder conducir ſu gente à la otra vanda para paſſar à Coro, por aver Antonio deChaves quemado los Bergantines quando ſaliò de Maracaybo para el Cabo de la Vela à eſperar à Fedreman, penſando no ſe ofreceria ocaſion de bolver à la Laguna, ni de averlos meneſter; pero como no ay deſdicha (por grande que ſea) en que no quede abierta alguna puerta al remedio, ſucediò, que vna de las Embarcaciones, al quemarſe, conſumidas todas las obras muertas con el fuego, quedando el caſco entero, ſe fue àpique, el qual deſcubierto en eſta ocaſion por los Soldados de Fedreman, aunque con alguna dificultad, tuvieron traza para ſacarlo fuera, y compueſto lo mejor que ſe pudo por entonces, quedò con baſtante comodidad para paſſar en èl todo el Campo à la otra vanda, donde luego que ſaltò en tierra Fedreman, diò orden para que Diego Martinez, natural de Valladolid, con la mayor parte de ſu gente entraſſe por la Serranìa de Carora, haſta ſalir al Valle de Tocarigua, donde le avia de eſperar mientras èl, dando vna buelta à Coro, adquirìa noticias de los deſpachos de el Govierno que eſperaba, para ſoſſegar la inquietud con que lo traìa al-borotado ſu ambicion; y de alli, con el mayor numero de gente que pudieſſe, paſſar à incorporarſe con èl, para intentar el deſcubrimiento de las riquezas de el Meſa, rio, que tiene ſu nacimiento cerca de Boyaca, à las eſpaldas de Tunja, cuya fama, ayudada de la ponderacion, era muy aplaudida en aquel tiempo.

Deſpedido Fedreman para Coro, ſaliò Martinez para la Serranìa, experimentando deſde luego el trabajo ordinario de no tener baſtimentos; y como para remediarlo fueſſe neceſſario deſpachar por todas partes à buſcar algun ſocorro; ſucediò, que aviendo ſalido à eſte efecto Hernando Montero con vna quadrilla de Soldados, ſe le muriò en el camino, de enfermedad que padecia, y no daba à entender ſu ſufrimiento, Martin Tinagero, natural de Ecija en la Andalucia, hombre, que viviendo ſiempre ſin agraviar à nadie, ſe avia mantenido con natural modeſtia entre los deſordenes que trae conſigo la Milicia: enterraronlo los compañeros en vn hoyo de los que con el Invierno avia hecho el agua en vna de las ramblas por donde corria, y con las ſemillas que pudieron recoger, dieron la buelta al Campo, que por ir eſperando à Fedreman, caminaba poco à poco, deteniendoſe en aquel contorno, à cuya cauſa

sa; passados algunos dias, se viò obligado Martinez à despachar otra Esquadra de Soldados para buscar bastimentos, y entre ellos iban algunos de los que avian enterrado à Tinagero, que llegando cerca de la cañada en que le dieron sepultura, movidos de la curiosidad, quisieron vèr si los Indios lo avian desenterrado; pero antes de acercarse, à gran distancia se hallaron acometidos de vna fragrancia tan suave, y vn olor tan singular, que suspensos ignoraban la causa à que atribuir tan maravilloso efecto, hasta que aplicando la vista àzia la rambla, reconocieron estàr medio descubierto el cuerpo de Tinagero, de cuyo yerto cadaver se exalaba aquel olor peregrino, de quien enamorados diferentes enjambres de silvestres abejas, se avian apoderado, para dar clausura de aromas entre aquellas fragrancias à su miel; y no ossando los compañeros tocar el cuerpo, admirados, se bolvieron para el Real, donde referido el prodigio, hicieron todos memoria de la modestia, y costumbres, que siempre avian observado en el silencioso recato de aquel hombre; pero como los Conquistadores de aquel tiempo llevaban puesta la mira, mas en descubrir riquezas, que en averiguar milagros, hizieron tan poco caso, que aun siquiera no procuraron darle à aquel cuerpo mas decente sepultura; ni aun señalar la parte, por memoria, donde dexaban aquel tesoro escondido.

Piedrahita lib. 3. capit. 4. Fr. Ped. Sim. not. 3. cap. 13.

CAPITULO II.

PELEA MARTINEZ con los Indios Girajaras: entra en la Provincia de Carora, y passa à la de el Tocuyo, donde se le juntan algunos Soldados del Governador Hortal.

SOcorrido Martinez de algunos bastimentos, que pudo descubrir la diligencia de sus Soldados, prosiguiò su marcha hasta encontrarse con la Nacion belicosa de los Indios Girajaras, que por muchos años fueron assombro, y terror de toda esta Governacion de Venezuela; quienes con la noticia de acercarse Estrangeros à sus tierras, convocados los Pueblos, y prevenidas las armas, salieron en formado Esquadron à la defensa, atacando con tal corage la batalla, que rota, y descompuesta la Manguardia Española, que governaba Juan Gascon (vecino que fue despues de la Ciudad de Velez en el nuevo Reyno, donde muriò à manos del Cacique Tisquisoque,) huvieran conseguido la victoria, à no estorvarlo Martinez

nez, que conociendo el aprieto en que ſe hallaba ſu gente, esforçò ſu valor para el ſocorro, cargando ſobre los Indios haſta ponerlos en fuga, con perdida conſiderable de ſus Tropas, quedando heridos muchos de los nueſtros, y entre ellos Garcia Calvete, à quien dieron vn flechazo, que entrandole por el lagrimal de el ojo, le atravesò al colodrillo, de que no ſolamente quedò ſano, pero con la viſta tan clara, y ſin leſsion, como la tenia de antes; teniendo tantos teſtigos de eſte prodigio, quantas fueron las perſonas, que deſpues le conocieron vecino Encomendero de la Ciudad de Velez, donde dexò ſucceſsion.

Sentidos los Indios de la rota, y mas al vèr que los Eſpañoles, paſſada la refriega, ſe avian apoderado de ſu Pueblo, trataron de buſcar por qualquier medio ſu deſpique; y no atreviendoſe à intentarlo cara à cara, les pareciò mas conveniente valerſe de vna traycion, executada entre los agaſſajos de vna paz fingida, para lo qual, quedandoſe mas de mil en emboſcada, entraron quatrocientos en el Pueblo, llevando las armas eſcondidas entre vnos hazes de paja, en que fingian llevar algunas frutas de regalo; pero deſcubierta la cautela por la ſagacidad de los Indios de ſervicio que iban en el Campo, advirtieron à Martinez del engaño; quien previniendo toda ſu gente con preſteza, y haciendoles tomar las armas con recato, diò ſobre los Indios tan de repente, que dexando muertos los mas, y preſos haſta ochenta, obligò à los reſtantes à buſcar, con la fuga, ſu ſeguridad, à cuyo eſtruendo, penſando los de la emboſcada que era llegada la hora, que tenian prevenida en ſu traycion para acometer à los nueſtros deſcuidados, ſalieron muy alegres à embeſtirles; pero hallandolos con las armas en las manos, y viendo muertos, preſos, y deſvaratados à los quatrocientos compañeros, quedaron tan turbados, que tomaron por partido, en aquel lance, pedir de veras las paces, reſcatando los priſioneros à trueque de oro, y vituallas.

A pocos dias deſpues de eſte ſuceſſo ſaliò Martinez de aquel Pueblo, y caminando con ſu gente, llegò al ſitio donde años adelante fundò el Capitan Salamanca la Ciudad de el Portillo de Carora; y hallando en aquel contorno mucho numero de Indios, de naturaleza afable, y condicion liberal, con ſobrada abundancia de baſtimentos, determinò quedarſe algunos dias, por lograr la ocaſion de refreſcar ſu Campo fatigado, deſquitando con la provihon preſente las eſcaſeces paſſadas: motivo, que le obligò à detenerſe dos meſes, en que aviendoſe re-

for-

formado con el deſcanſo, y regalo, tuvo lugar deſpues para proſeguir ſu viage ſiempre al Sur, por diferentes Valles, y collados, haſta llegar à la Provincia de el Tocuyo (donde deſpues ſe poblò la Ciudad, que oy permanece de eſte nombre;) ſitio en que ſe reſolviò Martinez à eſperar à Fedreman, aquartelando ſu gente ſobre las ruinas de vn Pueblo, que poco antes avian ſaqueado, y quemado los Gayones Indios, que habitando en las Sierras inmediatas, mantenian natural enemiſtad con los Tocuyos.

Deſcuidado ſe hallaba Martinez en el repoſo de ſu alojamiento, quando (ſin averlos ſentido antes) llegaron à la miſma rancheria los Capitanes Geronimo de Alderete, y Martin Nieto con ſeſenta hombres de los que avia llevado à ſus deſcubrimientos el Governador Geronimo de Hottal (à quien por muerte de el Comendador Don Diego de Ordaz avia el Emperador hecho merced de el Govierno de Pavia, y Maracapana;) para cuya inteligencia es de advertir, que hallandoſe empeñado Hortal en ſus conquiſtas, vn Alonſo de Eſcalante, hombre de natural inquieto, y reboltoſo, que hacia oficio de Veedor de la Real hacienda, fomentado de Machin de Oñate, amotinò el Exercito de ſuerte, que negandole deſcaradamente la obediencia à Hottal, lo puſieron en priſiones, y junto con ſu Theniente Alvaro de Ordaz, tres Cavallos, y diez Infantes que lo comboyaſſen, lo remitieron à la Coſta; y aunque muchos de los Soldados, no queriendo complicarſe en operacion tan fea, tomaron con reſolucion hidalga la buelta de la Coſta, ſiguiendo à ſu Governador en la adverſidad de ſu fortuna; los demàs, ò temeroſos del caſtigo que merecia lo enorme de ſu delito, ò con la eſperança de encontrar alguna rica Provincia en que quedar aprovechados, nombrando por Caudillos para que los governaſſen à Geronimo de Alderete, y Martin Nieto, ſe entraron la tierra adentro, atraveſando deſde las orillas de Vriaparia, haſta la Provincia de el Tocuyo, donde aviendo reconocido raſtros de gente Eſpañola, ſe hallaron temeroſos, recelando no fueſſen Soldados de el Governador Antonio Cedeño, con quien avian tenido en Pavia diferencias muy reñidas, ſobre las juriſdicciones, ò algun Juez, que huvieſſe embiado contra ellos la Audiencia de Santo Domingo, para caſtigar el deſacato cometido contra ſu Governador; pero conociendo luego ſer gente de Venezuela, con quien no tenian encuentro, ni diferencia, que les pudieſſe cauſar algun temor, llegaron al alojamiento ſin rece-

lo,

lo, donde, como llevamos referido, hallaron à Martinez, que baſtantemente cuidadoſo con aquella novedad tan no eſperada, no podia acabar de perſuadirſe à que aquellos ſeſenta hombres huvieſſen atraveſado tan dilatadas Provincias como avia de por medio de alli à Maracapana: diſcurſo, que lo hacia ſoſpechar, no fueſſe aquella Eſquadra alguna Manga ſobreſaliente, à quien venia ſiguiendo con ſu Exercito el Governador Hortal, de quien, como prudente, ſe temia no intentaſſe (hallandoſe con fuerças ſuperiores) violentarlo à que deſamparando à Fedreman, le acompañaſſe à ſus conquiſtas, por cuya cauſa mandò luego llamar algunas de ſus Tropas, que andaban divididas, poniendo gran cuidado en ſus Quarteles: diligencia, que no eſcuſaron por ſu parte Nieto, y Alderete, por tener la miſma deſconfiança de Martinez; y aſsi, rancheados en parte ſeparada, aunque en el miſmo Valle, ſe mantuvieron, recatandoſe vnos de otros, haſta que vn accidente repentino, quitandoles los recelos, les hizo conformar las voluntades.

Y fue, que viendo los Indios Gayones deſde ſus Serranìas los humos que ſalian de el alojamiento de los Eſpañoles, diſcurrieron, que los Tocuyos, en menoſprecio de ſus armas, avian buelto à habitar el Pueblo que ellos les avian quemado; y teniendo aquel atrevimiento por deſayre de ſu reputacion, reſolvieron, juntas todas ſus parcialidades, baxar à darles el caſtigo, que merecia el deſacato cometido contra el reſpeto que ſe debia à ſu valor; y executaronlo, abriendo nuevos caminos por la fragoſidad de vna montaña, por donde, ſin ſer ſentidos, penetraron haſta encontrarſe con los nueſtros, à quienes (aunque eſtrañaron, por no ſer los que buſcaban) acometieron con tan gallardo brio, que neceſsitaron bien de los ſuyos los Soldados de ambas Compañias, juntos en vn Batallon, para el rechazo de quatro mil Gandules, que componian el Exercito enemigo, quedando desbaratado, y la victoria por los nueſtros, con grande aplauſo de Alderete, à cuya reſolucion, y bizarria ſe debiò la mayor parte de el ſuceſſo: cauſa, para que quedaſſen tan amigos, que depueſtas las ſoſpechas de ambas partes, ſe comunicaron ſin doblez todo lo acontecido en ſus jornadas; de quien informado Martinez por eſtenſo, deſpachò à dar cuenta à Fedreman, que ciego con el anſia de el Govierno que apetecia, ſe mantenìa todavia en Coro, eſperando por horas los deſpachos; pero recibida la noticia de Martinez, ſe puſo luego en camino, doblando

blando las jornadas hasta llegar al Tocuyo, donde valiendose de aquellos agasajos, que eran proprios de su condicion afable, consiguiò, que los sesenta hombres se incorporassen en su Campo, siguiendolo voluntarios, aunque los Capitanes Nieto, y Alderete, por tener puesta la mira à pretensiones mas altas, se escusaron con vrbanidad de acompañarle, pidiendole solo escolta, que los comboyasse à Coro, para passar de alli à Santo Domingo, donde muriò Martin Nieto; y Alderete, transportandose al Pirù, le soplò tan favorable el aura de la fortuna, que llegò despues à verse Adelantado de las Provincias de Chile.

Vanaglorioso Fedreman de vèr tan reforçado su Exercito con la recluta de aquellos sesenta hombres que se le avian agregado, passò à representar à sus Soldados la falta de armas con que se hallaba, y la necesidad de medios que tenia para el apresto, y provision de aquellas cosas precisas de que necessitaba; y como el agrado, y buenos modos de vn Superior es vna dulce violencia para el corazon de vn subdito, valiendose de estos medios consiguiò, sin repugnancia, el que le franqueassen en empresstito todo el oro que tenian, con el qual despachò à Coro al Capitan Betesa, que dentro de pocos dias bolviò con suficiente provision de todo lo necessario; y queriendo lograr el poco tiempo que restaba de el Verano de el año de treinta y siete, desalojò su Campo del Tocuyo, y passò con èl al Valle de Barquisimeto, donde lo buscarèmos despues. Año de 1537.

CAPITULO III.

PELEA EL GOVERNADOR Spira con los Indios de Mal-Pais: tiene otros encuentros con diversas Naciones; y llega à la Provincia de Papamene.

DExamos al Governador Jorge de Spira empeñado en disuadir à sus Soldados del viage que pretendian para el descubrimiento de los Españoles perdidos, segun la relacion de la India; y por quitarles la ocasion de que pensassen mas en ello, tratò de acelerar quanto antes su partida; pero antes de executarla, viendo los Indios la mala vecindad que recibian de huespedes tan pesados, determinaron valerse de las armas, para librarse por su medio de la opression que padecian con tan pesado hospedage, para cuyo efecto, juntas todas las Naciones que habitaban el contorno, vinieron à el Real vna mañana al ir despuntando el

Alva, y hallando dormida vna de las Centinelas, en pago de ſu deſcuido le quitaron la vida al golpe de vna toſtada lança, ſirviendo ſu muerte de avilo à los demàs, para que tocando al arma, ſalieſſen los Eſpañoles prevenidos à la reſiſtencia de los Indios, que por todas partes atacaban los Quarteles entre el confuſo rumor de ſu guazabara; y encontrandoſe con ellos à las primeras luces que iba rayando el dia, ſe travò entre los dos Campos la batalla, con tan buenos brios de ambas partes, que por algunas horas, ſin declararſe Marte favorable, ſe mantuvo indeciſa la victoria: porque ademàs de ſer los barbaros muchos, alentados, y reſueltos, les daba gran ventaja vna porcion de Indios Pedreros, que traìan repartida en ſus Eſquadras, pues con el reſtallar moleſto de las hondas, y el acertado tiro de las piedras, tenian tan amedrentados los cavallos, que ni el govierno de el freno, ni el rigor de el acicate eran baſtantes para obligarlos à entrar en la batalla: circunſtancia, que advertida por los Indios, logrando la ocaſion de eſte accidente, ſe empeñaron con mas fuerça en el combate, de ſuerte, que llegò Spira à deſconfiar de el ſuceſſo; pero buſcando algun remedio, que mejoraſſe ſu partido, mandò à Alonſo Pacheco, que con cinquenta Infantes, y quinze hombres de à cavallo, rodeando por vnas trochas que avia detràs de vn pequeño monte, à vn lado de el lugar de la refriega, acometieſſe por las eſpaldas à los Indios, procurando ponerlos en deſorden.

Executòlo aſsi Alonſo Pacheco con la preſteza que el lance requeria, y cogiendo à los Indios deſcuidados, al verſe acometer por parte no eſperada, fue tanto ſu deſmayo, que buelta en deſaliento ſu fiereza, no pudiendo reſiſtir aquel encuentro impenſado, fundaron en la fuga ſu defenſa, dexando el Campo, y la victoria en manos de los nueſtros, aunque no à tan poca coſta, que no quedaſſen heridos muchos, y algunos muy de peligro: cauſa, que obligò à Spira à detenerſe allì otros quince dias, por la neceſsidad que tuvo de curarlos; y paſſados, proſiguiò ſu viage ſin apartarſe de la falda de la miſma Cordillera, haſta llegar à vn Pueblo, en cuyo ſitio fundò deſpues Juan de Avellaneda la Ciudad de San Juan de los Llanos, y llamaron por entonces los Soldados de Spira, Pueblo de nueſtra Señora, por aver celebrado en èl (con gran banquete, y regocijo) la fieſta de la Aſſumpcion de el año de treinta y ſiete. Alegres con las noticias que (por echarlos de ſus tierras) les daban los Indios de ayer mas adelante Provincias

muy

muy opulentas, que teniendolas por ciertas, no queriendo dilatar mas la dicha de poſſeerlas, el dia deſpues de la Fieſta ſe partieron à buſcarlas, y à pocas horas de marcha ſe hallaron acometidos de cantidad conſiderable de Indios, que armados de arcos, y flechas, intentaban embarazarles el paſſo; pero caminaban los nueſtros prevenidos con las armas en la mano, como en tierra de enemigos, y aſſi, al primer diſparo de ſus flechas cargaron ſobre ellos los ginetes, con tal furia, que alanceando à vnos, y atropellando à otros, quedaron desbaratados todos, y tan amedrentados, que ſin tener animo para intentar mas movimiento, en llegando deſpues à columbrar de lexos los cavallos, ſe echaban en el ſuelo, tapandoſe las cabezas, y caras por no verlos; logrando Spira la conveniencia de eſte temor concebido, para paſſar, ſin embarazo, haſta las riveras de el rio Ariare, en cuya margen ſe detuvo algunos dias, porque la abundancia de ſus aguas no permitia lugar para vadearlo.

No eſtrañaron los Indios que habitaban de la otra vanda de el rio la novedad de aquella gente peregrina, pues ſin recelo alguno paſſaron luego con ſus Canoas à contratar con los Soldados, llevando cantidad de baſtimentos para vender à trueque de algunos reſcates de Caſtilla, en eſpecial de caſcaveles, que era lo que mas les agradaba; ſi bien procedian con tal recato, que antes de llegar con las Canoas pedian por ſeñas, ſe apartaſſen los Eſpañoles de la Playa donde ponian lo que llevaban à vender, recogiendo lo que en precio de ſu mercancia les avian alli dexado los Soldados, ſin querer mas comunicacion, ni amiſtad con ellos, que la que permitia el modo de aquel cauteloſo contrato; continuando de eſta ſuerte en ſu comercio, haſta que diſminuìdas las aguas de el rio, dieron comodidad à Spira para buſcarle vado, y paſſar de la otra vanda, encaminando ſu Exercito por tierras de los Canicamares, y Guayupes, ſiendole preciſo abrirſe el paſſo à fuerça de armas, por la tenàz oposicion que hallò en eſtas Naciones, principalmente en los Guayupes, que para manifeſtar mas ſu brabeza, embuelta en ferocidad, le preſentaron la batalla en campo raſo, coronadas las cabezas con penachos de plumas, los cuerpos todos deſnudos, y entintados con jagua, que es el zumo (de color negro) de cierta fruta, à modo de mançanas, con que acoſtumbran teñirſe quando van à la guerra, para hacerſe formidables con el aſpecto à ſus contrarios; pero para con los nueſtros aprovecharon poco ſemejantes inven-

cio-

ciones, pues aunque à los principios reſiſtieron con valor el impetu de los Infantes, que iban algo delanteros, acometidos deſpues de los Cavallos, fueron con facilidad pueſtos en confuſion, y desbarato, dexando ſus Poblaciones al advitrio de los Soldados, que ſupieron bien aprovecharſe de lo que hallaron en ellas; y paſſando ſin detenerſe, à pocas marchas llegaron à deſcubrir las aguas de el celebrado rio de Papamene, donde le pareciò à Spira detenerſe algunos dias, aſsi por dar deſcanſo à la fatiga de ſu gente, como por buſcar entre los Indios quien le ſirvieſſe de guia, para deſcubrir à menos coſta las riquezas, que le aſſeguraba por fixas ſu deſeo.

Eſtraña novedad causò en los Indios de Papamene la repentina viſta de los nueſtros, porque las perſonas, las barbas, y veſtidos, junto con la preſencia de los Cavallos, les eran todas coſas tan peregrinas, que con el deſeo de reconocerlas, y admirarlas de mas cerca, fueron llegando algunos con recato en ſus Canoas; y aunque los Soldados por ſeñas, mas que por palabras, les aſſeguraban la confiança con que podian ſaltar en tierra, no fiandoſe de promeſſas de gente no conocida, bolvieron à retirarſe à la otra vanda de el rio, haſta que juntas mas de trecientas Canoas, en que vendrian dos mil Indios, aſſegurados de ſu miſma multitud ſe fueron acercando à la rivera en que alojaban los nueſtros, que ignorando el fin que podia tener tal movimiento, para qualquier accidente, los eſperaban prevenidos; pero los Indios manifeſtando deſde luego ſer ſolo la novedad quien los llevaba, ſin dar mueſtras de alguna hoſtilidad llegaron à la Playa, aunque el recelo no los dexò ſalir de las Canoas; y Spira por aſſegurarlos mas en la confiança, y quitarles el temor, les diò à entender por los Interpretes, que ſolo pretendia ſu amiſtad, con el deſeo de que eſtrechandoſe la correſpondencia, ſe comunicaſſen ſin cautela; y añadiendo à eſtas palabras algunas demoſtraciones de agaſſajo, con diferentes regalos de avalorias, cuchillos, y caſcaveles, los deſpidiò guſtoſos, y aficionados à la liberalidad que avian hallado en los hueſpedes.

De eſta viſita; y de el trato afable que experimentaron en Spira, quedaron los Indios tan pagados, que fueron continuando en venir al alojamiento los mas dias cargados de frutas, y peſcados (aſados en barbacoas) de que abundan mucho aquellos rios, y poco à poco, con la comunicacion, perdieron tanto el recelo, que ſe entraban en los ranchos de los Soldados con la miſ-

ma libertad, que pudieran en ſus caſas; de eſta familiaridad tuvieron ocaſion los Eſpañoles para procurar informarſe, y adquirir noticias de las Provincias, y Naciones que avia mas adelante, y ſi en ellas hallarian oro, ò plata, que era el centro à que tiraban todas las lineas de aquella peregrinacion trabajoſa; à todo reſpondian los Indios tan à medida de el deſeo, como ſi por las palabras con que les preguntaban fueſſen leyendo el corazon à cada vno; pintabanles las tierras que buſcaban tan fertiles, tan pingues, y tan ricas, que ya les parecia à los Soldados tenian entre las manos los teſoros; y por no dilatar la poſſeſſion, que podia peligrar en la tardança, ſin aguardar mas tiempo ſalieron de Papamene, llevando quatro, ò cinco Indios, que los conduxeſſen ſeguros al goze de las riquezas, que tenian por infalibles.

CAPITULO IV.

ENGAÑAN LOS INDIOS à Spira, y con malicia lo conducen à la Provincia de los Choques: embia à Eſtevan Martin à reconocer la tierra, y tiene mal ſuceſſo en la jornada.

AViendo Spira paſſado en Canoas el rio de Papamene, encaminò ſu Campo por la parte que las guias quiſieron llevarlo, tan confiado en la ſeguridad de ſus promeſſas, que tenia afiançado en ellas las medras de ſu fortuna; pero los Indios, ò fueſſe porque en realidad ignoraban lo que avian aſſegurado, ò por malicia de ſu natural fementido, que es lo mas cierto, engañoſamente lo fueron conduciendo haſta empeñarlo en la Provincia de los Choques; y huyendoſe vna noche, lo dexaron metido en vna tierra doblada, aſpera, montuoſa; llena de tremedales, y pantanos, poblada de muchos Indios belicoſos, de mala digeſtion, deſabridos, y de condicion intratable, dieſtros, y animoſos en la guerra, para lo qual vſaban de lanças, hechas de madera de palmas, enhaſtados en ellas pedazos de canillas de hombres, agudos, y afilados; tan barbaros en ſus coſtumbres, que atropellando los reſpetos de la miſma naturaleza, ni el padre eſtaba ſeguro del hijo, ni la muger de el marido, pues ſe mataban como fieras, ſolo por ſaciar el beſtial apetito de artarſe de carne humana.

En eſte Paìs tan deſapacible, è intratable ſe huvo de alojar Spira, buſcando para aquartelar ſu gente el ſitio que le pareciò mas deſcubierto, limpio, y libre de humedades; y deſeando reconocer el eſtado de la tier-

y el numero de Indios que avia en ella, para poder diſcurrir lo que avia de executar; embiò à ſu Maeſtre de Campo Eſtevan Martin con cinquenta Infantes, y veinte hombres de à cavallo, para que en el termino de veinte dias la regiſtraſſe toda; pero aviendo caminado pocas leguas, fueron tantos los tremedales, y manglares con que ſe hallò atajado, que fue impoſsible vencerlos, ni los Soldados de à pie, ni la gente de à cavallo, pues aunque lo intentaron por mil partes, ſe ſumergian ſiempre en los atolladeros haſta arriba de las cinchas, ſaliendo bien laſtimados de las puntas, y raìzes, que ocultaban los mangles: cauſa, que les obligò à bolverſe, y repreſentar à Spira las dificultades que encontraban para dar cumplimiento à ſu mandato: pero no fueron baſtantes para que el Governador mudaſſe de ſu dictamen; antes le bolviò à mandar, que dexando los cavallos, ſalieſſe luego con los cinquenta Infantes, y entrando por otro camino, executaſſe, ſin replica, el reconocimiento que le tenia encomendado.

Era Eſtevan Martin hombre de gallardos brios, baquiano, y bien entendido en las guerras de las Indias, como quien ſe avia hallado en diferentes Conquiſtas, y ſido vno de los que acompañaron à Ambroſio de Alfinger en ſus jornadas; pero tanteando, con ſu mucha experiencia, la mala diſpoſicion de aquel terreno, y la indomita ferocidad de aquella Nacion tan barbara, reconociò el peligro à que lo exponia la inconſiderada determinacion de Spira; y aunque no ſe atreviò à eſcuſar de obedecerla, porque no pareciеſſe deſaliento de el valor, lo que era conſideracion de ſu prudencia; ſin embargo le dixo al Governador: V. Señoria guſta de que yo entre à reconocer eſta Provincia con tan poca gente como me ſeñala; los Indios (ſegun tengo tanteado) ſon muchos, y dieſtros en las armas, la tierra trabajoſa, y deſacomodada; quiera Dios, que alguno de noſotros quede con vida, para que trayga la noticia de el deſaſtrado fin de los demàs. Y poniendoſe en camino, ſaliò con los cinquenta hombres à executar la diligencia, atraveſando las Poblaciones que avia cerca del alojamiento, haſta encontrarſe con vna montaña tan cerrada, pantanoſa, y llena de ramblas, que à cada paſſo ſe conſideraban ya perdidos; ſiendo el mayor trabajo, el teſon con que les llovia, ſin ceſsàr de dia, ni de noche: cauſa de tanta afliccion para los pobres Soldados, que viendo la incomodidad que padecian, y el poco provecho que eſperaban, al cabo de cinco dias determinaron bol-

bolverſe ; pero al tiempo que querian executarlo les deparò ſu adverſa ſuerte vna mal ſeguida trocha, por donde les pareciò podrian hallar ſalida para alguna Poblacion ; y caminando por ella quatro dias, al vltimo, ſobre tarde, dieron con vnas ſementeras de maìz, entre vnas tierras dobladas, de donde ſaliа vna vereda, que ſegun lo bien abierta, manifeſtaba ſer muy continuada ; ſiguieronla ſin parar, ni aun à deſcanſar ſiquiera aquella noche, y al poſtrer quarto del Alva ſalieron à vn Pueblezuelo, que ſeriа de treinta caſas, fundado en la eminencia de vn cerro.

Luego que lo reconociòEſtevan Martin, hizo alto con ſu gente, aſsi por ponerla en orden, como por aguardar los Indios de ſervicio, que rendidos con la fatiga del camino, y de la noche, ſe avian quedado muy atràs; pero viendo que tardaban en llegar, aunque los avia eſperado por buen rato, por no perder la conveniencia, que le ofrecia la obſcuridad para el aſſalto, diò orden à Nicolàs de Palencia (vecino que fue deſpues de la Ciudad de Pamplona en el nuevo Reyno) para que ſe quedaſſe alli à recoger losCargueros conforme fueſſen llegando, y èl con los demàs, antes que rompieſſe el dia, diò el abance ſobre el Pueblo, à cuyo eſtruendo, y alboroto diſpertaron los Indios, echando mano à las armas, y acudiendo como Leones à la parte por donde ſintieron el ruido de la interpreſſa ; con tanta promptitud, que hallandoſe los nueſtros divididos, les fue forçoſo juntarſe en vn cuerpo, y Eſquadron para poder defenderſe, aſsi por ſer mucho el numero de los Indios, como por la gran deſtreza con que jugaban las lanças, ayudados de el conocimiento del terreno : circunſtancia, que les daba gran ventaja, pues los nueſtros con la obſcuridad de la noche, agravada mas de vn poderoſo aguacero, que avia empezado à caer, ni ſabian la parte donde eſtaban, ni podian aplicar reparo à los repetidos golpes de las lanças que les tiraban los barbaros: Crecia por inſtantes la confuſion con la obſcuridad, y con el agua : Animava Eſtevan Martin con el exemplo, y con la voz à ſus Soldados ; pero ellos temeroſos con los accidentes que avian concurrido para hazer mas ſangrienta la refriega, ſe fueron retirando con buen orden, haſta abrigarſe al repecho de vna barranca que les guardaſſe las eſpaldas, donde hicieron alto para tomar algun aliento en el deſcanſo, y eſperar à que llegaſſe Nicolàs de Palencia con la gente que ſe avia quedado atràs.

Ya que eſtuvieron todos juntos, y recogidos los Indios de

de el ſervicio,no obſtante hallarſe muchos de los Soldados fatigados con algunas heridas de peligro, teniendo Eſtevan Martin por menoſcabo de ſu reputacion la retirada,aunque la noche proſeguia en ſu obſcuridad, y la fuerça de el agua no ceſſaba; bolviò à abançar ſegunda vez el Pueblo, con tanta reſolucion, y tal corage, que aunque los Indios moſtraron bien ſus brios en procurar la defenſa, no pudieron reſiſtir al corte de las eſpadas, ni al tiro de las balleſtas, obligandoles la turbacion à retirarſe, y deſamparar el Pueblo, dando lugar à los nueſtros, para que, por infundir con el aſſombro algun temor en los Indios, pegaſſen fuego à las caſas, reſervando ſolas tres, que eſtaban algo apartadas, para tener en que alojarſe el tiempo que alli eſtuvieſſen.

CAPITULO V.

BVELVE ESTEVAN Martin à pelear con los Indios, y queda desbaratado: retiraſe de noche por no ſer ſentido; y aunque con muchos trabajos llega donde eſtaba Spira; y muere de ſiete heridas, que ſacò de la refriega.

ALegres los Eſpañoles con la victoria, y animados mas con la claridad de el dia, ſalieron luego que amaneciò à reconocer la parte por donde los Indios avian hecho ſu retirada aquella noche; y quando penſaban que el temor apenas les abria dexado aliento para aſſegurarſe con la huida, los hallaron à pocos paſſos de el Pueblo pueſtos todos en pie, y arrimados à ſus lanças: entereza, que no les pareciò bien à los Soldados, ni que llegaſſe à tanto la oſſadìa de aquellos barbaros, que huvieſſen tenido atrevimiento para mantenerſe conſtantes tan inmediatos al Pueblo, ſin que el horror de las heridas recibidas, ni el ſentimiento de vèr quemadas ſus caſas, huvieſſen ſido baſtantes para quebrantar ſu fortaleza; y deſeando amedrentarlos algo mas, para que à fuerças de el eſcarmiento cobraſſen algun temor, quiſieron deſalojarlos de aquel lugar donde ſe eſtaban inmobles; pero por mucho que hicieron para conſeguirlo, quedò ſiempre la diligencia ſin provecho, pues como pudiera el Eſquadron mas arreglado deEſguizaros, ſin hazer mas movimiento que dar vn paſſo adelante, eſperaban los acometimientos con las puntas de las lanças, deteniendo con la deſtreza toda la fuerça Eſpañola, y logrando herir à muchos, ſin recibir ellos algun daño, ni ſer poſsible deſcomponerlos de aquel

aquel puesto en que se hallaban plantados.

Vista por Estevan Martin tan Militar disciplina, y conociendo que los barbaros se iban aumentando por momentos, por ser mucho el numero que iba ocurriendo al socorro, no le pareciò acertado mantenerse mas en aquel sitio, por ser manifiesto el riesgo à que exponia sus Soldados, si no lograba la ocasion de retirarse con tiempo; y conviniendo en el mismo dictamen los demàs, al primer quarto de la noche abandonaron el Pueblo, que avia sido el terrero de sus armas, y empezaron con silencio à retirarse, dividida la gente en tres Esquadras, para poderlo hazer con mas seguro, caminando de esta suerte sin que los Indios los sintiessen, hasta que al quebrar de el Alva dieron con otra Poblacion, cuyos moradores, prevenidos ya por los de el Pueblo antecedente, y convocados en su ayuda todos los circunvecinos, los recibieron con las armas, acometiendo à los Soldados conforme iban llegando, rendidos con el trabajo de la noche, y fatiga de aquel dia; y aunque los de la primera Esquadra resistieron con tal valor el encuentro, que hicieron retirar à los Indios, quedando dueños de el Pueblo, fueron tantos los que cargaron sobre las otras dos que venian mas atras, que no fue bastante el esfuerço de Estevan Martin para oponerse al acometimiento de aquella muchedumbre embrabecida, pues à los primeros lances se hallò desbaratado, y reconociò perdido, con siete heridas mortales, que las disimulò la fortaleza de su valiente espiritu, prosiguiendo en la pelea como si estuviera sano, porque no desmayàran los Soldados al conocer su peligro.

Pero no bastando su valor à componer el desorden en que se hallaban los suyos, procuraban todos poco à poco irse recogiendo para el Pueblo, buscando abrigo en las casas, quando por vna novedad inadvertida se les aumentò la confusion, y creciò mas el desconsuelo, pues llegò vn Soldado, llamado Valdespina (que se retiraba mal herido) diciendo, que el Capitan quedaba prisionero de los Indios: noticia, que infundiò en los mas tanto temor, que faltandoles el animo, confessaban su desmayo con la turbacion, y el desaliento; pero Nicolàs de Palencia viendo, que para salir de aquel aprieto era preciso animarlos, hablando con el desenfado que solia, les dixo: que quando el Capitan fuesse perdido, solo les faltaba vn hombre, pues no peleaba por mas, y no por la falta de vno avian de mostrar flaqueza, quando todos tenian brios para saber defenderse.

Eſtas palabras dichas à tiempo, y con garvo, y el aver llegado entonces Eſtevan Martin, que poſtrado al dolor de las heridas, ſe venìa tambien recogiendo para el Pueblo, fueron cauſa, para que bolviendo en sì deſechaſſen el temor que los tenia acobardados, y trataſſen de fortalecerſe entre las caſas, para poder tener algun ſeguro mientras daban diſpoſicion para curarſe; pero la deſgracia de aquel dia corriò tan igual por todas partes, que para nada hallaron remedio, ni pudieron tener forma, por averſe apoderado los barbaros de el vagage, quitandoles la ropa, y demàs prevenciones que llevaban, con muerte de los Cargueros, y reſto de la gente de ſervicio, à quienes paſſaron à cuchillo: contratiempo, en que perdida la eſperança, tuvo nuevo lugar la confuſion, pues ni podian quedarſe alli por falta de baſtimentos, ni proſeguir ſu retirada por el embarazo de aver de conducir tantos heridos, y muchos de ellos de rieſgo; pero diſcurriendo medio para ſalir de aquel empeño, diſpuſieron quatro hamacas en que llevar cargados à Eſtevan Martin, à Valdeſpina, y otros dos Soldados, por ſer los de mas peligro; y los demàs, que caminando en la forma que pudieſſen, aſſeguraſſen la vida en ſu propria diligencia.

Diſpueſta la retirada de eſta ſuerte, luego que cerrò la noche, con el mayor recato, y ſilencio que pudieron empezaron à marchar, dexando amarrado vn perro en vn bugio, pare que à la voz de ſus ladridos ſe deſcuidaſſen los Indios: eſtratagema, que les ſaliò bien acertada, pues engañados con ella, ni conocieron la fuga, ni cayeron en la quenta haſta muy entrado el dia; teniendo lugar los nueſtros en el interin para ir caminando poco à poco, pues no daba lugar para otra coſa, ni el embarazo de los heridos, ni el accidente de averles empezado à llover tan reciamente, que no avia ſenda que no fueſſe vn charco, ni quebrada, que no pareciеſſe vn rio, ſiendoles preciſo en muchas partes paſſarlas quaſi à nado, con el agua haſta los pechos: circunſtancias, que juntas vnas con otras, les fueron de tanto eſtorvo, que avien-do caminado ſin paràr toda la noche, à la mañana ſe hallaron ſolo à diſtancia de vna legua del Pueblo, que avian dexado al retirarſe, tan poſtrados con el trabajo, y desfallecidos con la hambre (por aver mas de quarenta horas que no probaban bocado) que deſeaban ya la muerte, como alivio à tantas calamidades; y para remedio de ellas tomaron vna reſolucion tan cruel, como neceſſaria, por entonces, para la ſalud de todos, pues conſiderando el embarazo que les

era

era la carga de los enfermos, determinaron llevar en las hamacas solo à Estevan Martin, y à Valdespina, y dexar alli à los otros dos, que estaban ya sin esperança de vida, por averseles pasmado las heridas con el agua, à cuyo fin los apartaron del camino, y metieron en el monte, porque no los encontrassen los Indios; y despidiendose vnos de otros con lagrimas, y suspiros, los dexaron à morir en aquella soledad à manos de el desamparo.

Aliviados en parte con esta diligencia, passaron adelante, y llegaron à descansar à las barrancas de vn rio, donde les pareciò sitio apropositro, para poder alojarse siquiera mientras encendiendo lumbre se calentaban vn poco, y tomaban algun sustento, asando vnas frutillas de ciertas palmas silvestres, de cuyos huessos sacaban vna medulilla amarga, que chupandola les servìa de entretenimiento para mantener la vida.

En este estado se hallaban, quando vn Soldado, llamado Pedro de la Torre, hombre de resolucion, y grandes brios, viendo la afliccion que padecian, y el peligro de perecer que amenazaba à todos, pidiò licencia à Estevan Martin para adelantarse solo à dar cuenta al Governador de el estado en que quedaban, para que los socorriesse con bastimentos, y gente que ayudasse à cargar à los heridos, obligandole à llegar à su presencia en aquel dia, aunque estaban distantes veinte leguas; y anduvo tan acertado en su demarcacion, que governandose por derrota, y caminando por atajos, saliò (aunque tarde de la noche) al alojamiento donde se hallaba Spira, à quien diò cuenta del estado miserable en que dexaba à los demàs compañeros; de que apesarado el Governador, conociendo (aunque tarde) aver sido su temeridad causa de aquella desgracia, procurò acudir al reparo con presteza, embiando algunos Soldados con disposicion, y forma para conducir con mas conveniencia à los heridos; pero quando llegaron à encontrarlos, que fue al cabo de dos dias, era ya muerto Valdespina, y Estevan Martin tenia tan vlceradas, y corruptas las heridas, que por mucha priessa que se dieron para transportarlo al Real, no huvo medicamento que bastasse para preservarle, de que al tercero dia de llegado se le acabasse la vida, con notable sentimiento de el Governador, y de todos los del Campo, porque su condicion liberal, y mucho agrado fueron prendas, que le avian adquirido la dicha de bien quisto.

***

CAPI-

CAPITULO VI.

ENTRA FEDREMAN en los Llanos, y huyendo de el Invierno ſe retira à la Serranìa: llega al Pueblo de la Poca-Verguença, y ſale de los Choques Jorge Spira.

EN llegando à apoderarſe de el corazon humano la ambicion, ni ay entendimiento, que no ciegue, ni razon, que no perturbe. Hallavaſe Nicolàs de Fedreman con ſu Exercito, aumentado de los ſeſenta hombres de Hortal, proveìdo de todo lo neceſſario con el ſocorro que le avia traìdo de Coro el Capitan Beteta, favorecido de el tiempo, por ſer lo mas apacible de el Verano; y malogrando eſtas conveniencias por el inmoderado apetito de mandar, ſe puſo à contingencia de perderlo todo, pues perſuadido à que por horas podria recibir los deſpachos de el Govierno, à que anhelaba con tanta anſia ſu deſeo, no ſe reſolvia à ſalir de Barquiſimeto, por no alexarſe de Coro, gaſtando en eſtas vanas eſperanças tanto tiempo, que dexò paſſar lo mejor de èl ſin provecho; de que diſguſtados los Soldados viendo aquella detencion tan infructuoſa, empezaron à murmurar con deſahogo, y aun trataron algunos de dexarlo, y retirarſe à Coro: movimiento, que entendido por algunos de ſus mas confidentes amigos, fue cauſa para que le advirtieſſen el daño que amenazaba.

Eſte recelo le obligò (bien contra ſu voluntad) à accelerar ſu partida; y ſaliendo de Barquiſimeto, empezò à caminar la buelta de los Llanos, entrando en ellos por la parte que llaman el Boqueron; pero como el tiempo ya no era apropoſito, por aver paſſado lo mejor de el Verano, deſde luego fue experimentando los efectos, que causò ſu dilacion, pues cargando las aguas con el rigor que ſuele en eſtas partes, aviendo caminado divididos, Fedreman con la mitad de el Campo por vn lado, y el Capitan Martinez con el reſto por la Provincia de los Indios Gueros, juntos deſpues de algunos dias, les fue preciſo dexar los Llanos, y buſcar la Serranìa, que les demoraba al Poniente para invernar en ella, porque las inundaciones eran tantas, que parecian lagunas las ſabanas.

No ſoſſegaba Fedreman con la inquietud que perturbaba ſu eſpiritu, ni los deſengaños baſtaban à templarlo, ni la experiencia adquirida à perſuadirlo, pues ſin hallar conſuelo en nada, ſolo divertia el penſamiento con la eſperança del Govier-

vierno, que aguardaba. Y discurriendo que podia ser aver yà llegado à Coro los despachos, luego que alojò su Exercito en la Serraniа, dexandolo encomendado al Capitan Martinez, bolviò à Barquisimeto con el ansia de buscarlos; pero consumidos, sin fruto, algunos dias, viendo que no llegaba el plazo de sus deseos, con harto sentimiento huvo de conocer su desengaño: y lleno de pesares, y tristezas bolviò à buscar su gente, harto desconsolado, à tiempo, que entrado
1538. el año de treinta y ocho pudo proseguir su marcha, caminando con tal felicidad, que sin experimentar accidente, que nos pueda retardar la pluma, atravesò diferentes Provincias, y Naciones, hasta llegar à vn Pueblo, cuyos moradores, aunque al principio dieron muestras de recibir à los nuestros de amistad, quedandose en sus casas; despues, ò temerosos, ò advertidos, trocaron el reposo por la fuga: de cuya desconfiança sentido Fedreman, mandò à los Soldados los siguiessen; mas como algunos de ellos, llevados de el interès, atendiessen mas al pillage de los bugios, que al mandato de el General, viendolos Fedreman, les dixo con alguna alteracion: O, què poca verguença de Soldados! Y como en la afable condicion, y modesta compostura de aquel hombre jamàs avian experimentado enojo alguno, estrañaron tanto estas palabras, que por memoria de cosa tan singular, llamaron à aquel Pueblo el de la Poca-Verguença.

Mientras esto passaba à Fedreman, se hallaba Jorge Spira en la Provincia de los Choques, tan cercado de trabajos, que parece se avian conjurado contra èl los infortunios; pues ademàs de padecer gran falta de bastimentos, y los continuos assaltos con que le molestaban los Indios, sin dexarlo sossegar; las muchas humedades, y vapores gruessos de aquella tierra tan montuosa, y empollada causaron tantas enfermedades en su Campo, que al rigor de su violencia muriò la mayor parte de la gente de el servicio, y muchos de los Soldados, sin poder hallar remedio à tan distintos achaques como todos padecian: participando tambien de el nocibo influxo los cavallos, porque con la mala calidad de los pastos con que se sustentaban, vnos se hinchaban hasta rebentar, y à otros se les criaba tanta abundancia de lombrices, que echandolas por la boca, se caian muertos: siendo el mayor desconsuelo, enmedio de tanto mal, aquel continuo llover noches, y dias, que le tuvo cortado el passo vn año entero, sin permitirle lugar, para que saliendo de aquellas montañas, donde parece tenian su asiento las desdichas, pudiesse huir el horror de tanta calamidad; pero viendo que mien-

tras mas ſe detenia era ſu perdicion mas evidente, pues por inſtantes ſe le iban aumentando mas los contrariempos, ſe reſolviò (atropellando inconvenientes) à diſponer ſu retirada, aunque con mil dificultades, y trabajos, por ſer muy poca la gente que le avia quedado, y de ella, màs los enfermos, que los ſanos; pero alentados aquellos afligidos Eſpañoles con la eſperança de hallar alguna mejora, que templaſſe la adverſidad de ſu fortuna, ſacaban fuerças de ſu miſmo deſaliento para poder caminar, huyendo de aquella tierra, que avia ſervido de piedra de toque à ſu conſtancia, y de ſepulcro miſerable à los demàs compañeros. Mas hallando deſpoblados todos los Païſes que encontraban, por averſe retirado los Indios, eſcarmentados de la mala vezindad que les hizieron quando por alli paſſaron, fueron tantas las hambres que padecieron, que no pudiendo reſiſtir con la debilidad la falta de el alimento, murieron de neceſsidad los mas de los enfermos, y entre ellos muchas perſonas de quenta, y ſupoſicion, como fueron, Juan Quareſma de Melo, Franciſco de Murga, Antonio Cevallos, Pedro de Cardenas, y Franciſco Murcia de Rondòn, que ſirviò de Secretario al Rey Franciſco de Francia, el tiempo que eſtuvo preſo en Madrid; y fue quien deſcubriò al Emperador la trama que tenia diſpueſta el Rey para huirſe de la priſion.

Con eſtas neceſsidades, y miſerias huvo de aportar Spira à vn Pueblezuelo de muy poca vezindad, cuyos moradores cogidos de repente, ſolo tuvieron lugar para ſalir huyendo, dexandoſe en las caſas porcion conſiderable de yucas, y batatas: regalo, que por entonces fue mas eſtimado de los nueſtros, que ſi huvieran hallado vn gran teſoro. Y como para recobrar algun aliento con aquel ſocorro, que les deparò ſu buena ſuerte, determinaſſen quedarſe en aquel Pueblo algunos dias, andando en vno de ellos quatro Soldados juntos reboluiendo los bugios, por vèr ſi hallaban algo, que fueſſe de provecho à ſu codicia, encontraron acaſo vna criatura de poco mas de vn año, que con la prieſſa de huir debiò ſu madre de aver dexado olvidada; y reveſtidos aquellos hombres (ò por mejor dezir aquellas fieras) de inhumanidad diabolica, mataron la criatura, y poniendo al fuego en vna olla vn quarto, la cabeza, pies, y manos, mientras ſe cozinaba, à medio aſar ſe comieron la aſadura, ſaboreandoſe deſpues con el caldo de la olla: à tiempo que entrò en la caſa vna India Chriſtiana, y Ladina, criada de Franciſco Infante, y conociendo por la viſta, y el olor, ſer carne humana la que eſtaban cozinando, ſin darſe por entendida con ellos, aviſò

à

à ſu Amo la maldad de aquellos hombres; que llegando à noticia del Governador, paſsò luego à prenderlos, determinado à que pagaſſen con la vida la pena de tan enorme delito: pero conſiderando deſpues la falta que le podrian hazer quatro hombres, por la poca gente que tenia, conmutò la ſentencia en otros caſtigos, que aunque graves, no correſpondieron à lo que ellos merecian: ſi bien à pocos dias tomò vengança el Cielo, pues murieron todos quatro, aunque de diferentes achaques, con los miſmos accidentes de anſias, congoxas, y dolores, confeſſando à vozes ſu delito, y conociendo ſer ſu muerte pena de ſu iniquidad.

CAPITULO VII.

SPIRA LLEGA AL RIO Zarare, y Fedreman al de Apure: tiene noticias de ſu Governador, y por no encontrarſe con èl, ſe entra en los Llanos: proſigue Spira ſu jornada, y llega à Coro.

AViendo ſalido Spira de el Pueblo, que llamaron de el Muchacho, por el ſuceſſo referido en el Capitulo antecedente, caminando poco à poco, por la mucha flaqueza, y mala forma con que tenia ſu gente, huvo de aportar à las orillas de el rio Zarare, à tiempo que Nicolàs de Fedreman, à quien dexamos en el Pueblo de la Poca-Verguença proſiguiendo en ſu jornada, llegò à las riveras de Apure (rio, que debe ſu origen en la Provincia de Merida, à las quebradas, que llaman de Brabo, por otro nombre Aricagua;) y teniendo alli noticia, por relacion de algunos Indios, de lo inmediato, que ſe hallaba Spira (por eſtàr los dos rios tan cerca el vno de el otro) recelò, como prudente no quiſieſſe el Governador, ſi ſe encontraba con èl, deſpojarlo de la gente, que llevaba, para emprender de nuevo otras conquiſtas, dexandolo privado de el mando, y malogradas las eſperanças, que tenian concebidas de adelantar por ſu mano, ſin dependencia de otro, ſu fortuna; y aſsi, por evitar las contingencias de eſte rieſgo, le pareciò mas acertado huirle el cuerpo al Governador; y dexando la Serranìa por donde venia Spira, torciò el camino à mano izquierda, metiendoſe en los Llanos, ſin que el Governador tuvieſſe noticia de èl; haſta que paſſados quinze dias, llegando à alojarſe en las orillas de Apure, hallò los raſtros de aver eſtado alli gente Eſpañola: novedad, que le causò grande cuidado, no pudiendo diſcurrir què Capitan fueſſe el que andaba por tierras tan retiradas, pues nunca llegò à preſumir pudiera ſer ſu Theniente Fedre-

dreman. Y como con el deſeo de hallar quien le dieſſe alguna noticia para ſalir de recelos, ſolicitaſſe por todas partes informarſe de los Indios, fueron tantas las diligencias que hizo, que huvo de deſcubrir entre vnos Indios Caiquetios, que eſtaban poblados cerca del rio Apure, vna India Ladina, que avia venido de Coro con Fedreman, y por aver caìdo enferma ſe avia quedado con ellos, la qual le diò muy por extenſo relacion de todo lo ſucedido, y de los deſignios que llevaba en ſu viage Fedreman, con circunſtancias tan claras, que le refiriò haſta los nombres de las perſonas principales que le acompañaban.

Embuelto en mil confuſiones quedò Spira, ſin acertar à reſolverſe en el conſejo que debia tomar en eſte caſo, pues vacilando continuo entre la variedad de pareceres que daban ſus Capitanes, no hallaba reſolucion que le agradaſſe, ni dictamen que bien le pareciеſſe; porque teniendo los mas por acertado el que bolvieſſe con preſteza tras Fedreman, y quitandole la gente con la mano de ſer ſu Governador, dieſſe otro tiento à ſu fortuna, buſcando nuevas conquiſtas (que era lo que ſiempre avia temido Fedreman) no ſe atrevia Spira àſeguir lo arduo de eſte conſejo, conſiderando que era poca la gente que tenia, y eſſa enferma, y que Fedreman llevaba mucha, y muy lucida, y que meterſe en ſus manos deſarmado, fiado ſolo en el reſpeto, que como à ſu Governador debia guardarle, era exponerſe à la diſcrecion de agena corteſanìa, y dar lugar à la contingencia de padecer algun deſayre, en que quedaſſen vltrajadas ſu autoridad, y ſu perſona.

Gaſtados en eſta irreſolucion algunos dias, huvo de determinarſe deſpues à vſar de galanteria, para aſſegurar con ella en ſu obediencia à Fedreman; y para obligarlo con mas veras le deſpachò nuevos poderes, dandole facultad muy amplia, para que en ſu nombre pudieſſe proſeguir en ſus deſcubrimientos, y conquiſtas; y juntamente le eſcriviò vna carta cariñoſa, aviſandole por menor de todas ſus deſgracias, con prevencion de algunas advertencias, que le parecieron neceſſarias para el mas acertado logro de ſu viage; pero eſta diligencia no llegò à tener efecto, porque aunque Spira embiò à Phelipe de Vrre, Cavallero Alemàn de la Caſa de los Belçares, con treinta hombres en alcançe de Fedreman, hallò tan crecido el rio de Apure, que parecian mares las campanas de ſus margenes; y viendo que en treinta dias que ſe detuvo, eſperando à que mermaſſen ſus aguas para poder eſguazarlo, iban cada dia en mayor aumento ſus crecientes, deſconfiado de hallar forma para lograr

el

el passage, diò la buelta en busca de el Governador, à quien alcançò alojado ya en la Serrania de Coro, padeciendo bastante molestia de los Indios, que à lo seguro, sin poder ser ofendidos, le hacian notable daño desde lo alto de la Sierra, con el continuo disparo de sus flechas.

Pero Spira, por dar algun castigo à su ossadìa, les dispuso vna noche vna emboscada, y cogidos en ella el dia siguiente, fueron muertos muchos, y aprisionados treinta, de los quales, con sobrado rigor, à sangre fria, mandò el Governador empalar diez, dando fin con esta crueldad à su jornada, pues sin otro accidente llegò à Coro por Febrero de el año de treinta y nueve, despues de cinco años de peregrinaciones, y trabajos, en que perdiò trecientos y diez hombres, pues de quatrocientos que sacò de Coro el año de treinta y quatro, solo bolviò con noventa, desnudos, enfermos, y del todo derrotados, sin lograr otro fruto de su viage, que aver llegado à probar lo que puede aguantar el sufrimiento de los hombres para tolerar desdichas, y dexar eternizada la memoria de la infeliz jornada de los Choques.

Año de 1539.

Quando Spira llegò à la Ciudad de Coro hallò ya en ella al señor Obispo Don Rodrigo de las Bastidas, que desde el año de treinta y seis, fenecida la Visita de Puerto-Rico, avia passado à residir en su Iglesia, y al Doctor Navarro, à quien la Audiencia de Santo Domingo avia embiado con diferentes comissiones, sobre el mal trato, y venta de los Indios, y no por Governador, como escriviò el Provincial Fray Pedro Simon, à quien siguiò el señor Obispo Piedrahita, pues con la vènia debida à la autoridad de tan clasicos Autores no ay duda, que en esto padecieron vn yerro conocido, porque Spira nunca dexò de ser Governador hasta su muerte, ni la Audiencia podia embiarle successor, solo por el motivo de aver cumplido sus cinco años de Govierno, que es la causal que dan estos Autores; pues siendo èl nombrado por los Belçares, à quienes el Emperador tenia cedida en arrendamiento esta Provincia, solo ellos podian removerlo, y no la Audiencia, en quien no residia jurisdiccion para intentar tal mudança; y que à Spira no lo privò la Audiencia, es evidente, porque luego que llegò de su jornada à Coro, se embarcò para Santo Domingo à componer algunas dependencias con los Agentes de los Belçares; y para el tiempo que podia durar su ausencia, dexò nombrado por Governador en su lugar à Juan de Villegas; y despues al tiempo de su muerte (que fue el año

Fr. Ped. Sim. not. 4. cap. 14. Piedrahit. lib. 3. cap. 4.

de quarenta) bolviò à dexar nombrado al miſmo Juan de Villegas, cuyos Titulos originales, deſpachados por el miſmo Spira, he viſto entre otros papeles, que pàran oy en el Maeſtre de Campo Don Lorenço de Ponte y Villegas, ſu deſcendiente; y lo que aſſegura vn Inſtrumento autentico, no puede contradecirlo vna opinion.

CAPITULO VIII.

BVELVE FEDREMAN à buſcar la Serranìa: atraviesa la Cordillera, y entra en el nuevo Reyno: paſſa deſpues à Eſpaña con los Generales Queſada, y Benalcazar, y muere en Madrid.

POcos dias deſpues que Fedreman (huyendo de ſu Governador) ſe entrò en los Llanos, caminando para la parte de el Leſte, ſe hallò atajado de dos poderoſas cienegas, que aunque de poca agua en lo fondable, fueron dificultoſas de paſſar, por ſer muy dilatadas, y eſtàr tan llenas de atolladeros, que ſe entraban los cavallos haſta las cinchas en ellos; pero vencida eſta penalidad con el trabajo, y la maña, ſaliò à tierra mas enjutas; y caminando por ella, ſin llevar por entonces otro fin, que eſcuſar la ocaſion de encontrarſe con Spira, ſe apartò tanto de la Serranìa, que perdiendola de viſta, penetrò en lo interior de los Llanos haſta las riveras de vn caudaloſo rio, cuyos contornos, en las ſeñales de diferentes ruinas mantenian la memoria de aver ſido en otro tiempo muy poblados; y deſeando Fedreman averiguar la cauſa de aquella deſolacion, ſupo de algunos Indios priſioneros, que en las aguas de aquel rio tenia ſu habitacion vn animal formidable, tan carnicero, y voràz, que avia deſtruìdo gran parte de aquellos Pueblos, comiendoſe ſus vecinos, y los demàs amedrentados avìan deſamparado aquel Paìs, mudandoſe à vivir à parte mas retirada, huyendo de la fiereza de tan nocivo enemigo: relacion, que tuvo por cierta Fedreman, por aver oìdo de noche èl, y todos ſus Soldados los eſtupendos bramidos que daba aquella fiera dentro del agua; y algunos aſſeguraban averla llegado à vèr, afirmandoſe ſer eſpecie de ſerpiente de corpulencia eſpantoſa.

Quando à Fedreman le pareciò que ya podria eſtàr ſeguro de encontrarſe con Spira, dexò el camino de los Llanos, y reforçado ſu Campo con quince hombres, que le traxo Juan Gutierrez de Aguilòn, (quien deſde Coro, ſiguiendole las huellas,

avia

avia venido en ſu alcance) bolviò à buſcar la Serranìa, con animo de atraveſar la Cordillera, à cuyo efecto, deſde el rio Pauto, donde eſtuvo de aſsiento algunos dias, deſpachò à Pedro de Limpias à reconocer la parte menos fragoſa para poder conducir el Exercito por ella; pero la hallò por todos lados tan inacceſsible, è intratable, que deſconfiado de poder lograr ſu diligencia, diò la buelta, aſſegurando à Fedreman ſer impoſsible vencer la dificultad, que embarazaba el tranſporte.

Viendo con eſte deſengaño fruſtrado totalmente ſu deſeo, torciò el camino para el Sur por la falda de la miſma Serranìa, llevandola ſiempre por guia ſobre la mano derecha; y quaſi por los miſmos paſſos que avia ſeguido Spira, llegò al Pueblo de nueſtra Señora, à quien los Soldados de Fedreman llamaron de la Fragua; (por aver armado alli vna para componer las armas, y herramientas) y como toda la anſia la tenia pueſta Fedreman en paſſar la Cordillera, por aver hecho concepto de que en aquello conſiſtia el logro de ſus aumentos, tratò luego de informarſe de la diſpoſicion de la tierra, que caìa de la otra vanda, por vèr ſi correſpondia la noticia con el diſcurſo que avia formado ſu idèa; y hallando en todos los Indios vna relacion conforme de ſer Provincias muy ricas, abundantes, y pobladas, ſe determinò à ſeguir por aquella parte ſu derrota, reſuelto à vencer las dificultades que pudieran eſtorvarlo; y para ello deſpachò à Pedro de Limpias por delante, con algunos Soldados, y guias de el miſmo Pueblo, para que allanaſſe los caminos, y buſcaſſe los paſſos mas acomodados para el Exercito, que à corta diſtancia le ſeguia.

Con eſte orden ſaliò Limpias de el alojamiento, encaminando ſu viage por la parte que lo llevaban las guias, y al ſegundo dia de jornada empezò à encumbrar la Serranìa, experimentando deſde luego los trabajos è inconvenientes, que ſolo pudo vencer ſu valor incontraſtable, atraveſando paramos frigidiſsimos, y peñaſcos tan peynados, que le era preciſo en muchas partes, à fuerça de picos, y de barras, abrir huellas donde pudieſſen hazer firme los cavallos para conſeguir el paſſo; y en otras, que aun no permitia la fragoſidad eſte recurſo, amarrarlos con ſogas, y ſuſpenderlos con ellas haſta donde pudieſſen hazer pie, para librarlos de el deſpeño.

Con eſtas penalidades, y fatigas, llegò al cabo de diez dias à vna loma, que permitiendo ſolo vna angoſta ſenda muy pendiente para ſubirla, formaba en ſu eminencia vna llanada razonable, llena de mucha paja

larga,

larga, y seca, cercada por todas partes de profundos precipicios, y tajadas peñas, donde algunos Indios de la comarca se avian recogido temerosos, pareciendoles el sitio mas acomodado para su resguardo; pero viendo subir los Españoles, al conocer que ni alli estaban seguros, pegaron fuego à la paja, que ayudado de el viento, (por soplarles entonces favorable) creciò con tal violencia, que en breve tiempo se convirtiò toda la loma en vn incendio, poniendo à Limpias, y à su gente en tal aprieto, que perdida la esperança, se daban ya por perdidos, por no admitir otro partido aquel peligro, que despeñarse, ò arder; y entre la contingencia de ambos rigores, pareciendole mas suave à vn Soldado, llamado Vivanco, el morir precipitado, que acabar entre las llamas, se arrojò desde vna peña, y perdiò la vida hecho pedazos; y los demàs huvieran padecido el mismo fin, à no aver hecho Limpias, con la presteza que pudo, vn contra-fuego, si bien no fue tan general el remedio, que no muriesse quemado vn Español, y algunos Indios de carga.

Libre Limpias de aquel conflicto, y vencida con afan la Serranìa, à pocos dias de viage se hallò en el Valle de Fosca, primer Pueblo de los dominios de el Sypa de Bogotà, cuyas Provincias (aviendo subido con Exercito desde Santa Marta) avia dos años que tenia conquistadas Don Gonçalo Ximenez de Quesada, Theniente General del Adelantado de Canaria Don Pedro Fernandez de Lugo; y aunque los Indios de aquel Valle dieron noticia à Limpias de hallarse otros Españoles en la tierra, lo tuvo por imposible, hasta que passando à Pasca hallò alli al Capitan Lazaro Fonte, à quien tenia desterrado el General Quesada, por despique de algunos disgustillos que avian corrido entre los dos; y enterado de que otros avian tenido la dicha de llegar primero à gozar las conveniencias de desfrutar aquel Reyno, esperò à que se acercase Fedreman, que con el resto de el Exercito venìa en su seguimiento, en cuyo intermedio huvo tiempo para que Lazaro Fonte avisasse à Santa Fè; de que no recibiò poca alteracion Quesada, por ser en coyuntura que se hallaba cuidadoso con la noticia de que Don Sebastian de Benalcazar, Capitan de el Marquès Don Francisco Pizarro, despues de aver poblado à Quito, y Popayàn, en prosecucion de sus conquistas se iba acercando por el Valle de Neiba à Bogotà, y recelaba temeroso no se viessen los dos Generales en su daño para lançarlo del Reyno, que tenia ya descubierto, queriendo aprovecharse de el

fruto

fruto de ſus trabajos : ſoſpecha que no le ſaliò vana , pues con efecto intentaron executar lo que Queſada temia, pretendiendo cada vno , que el Reyno de Bogotà era comprehendido en la demarcacion de ſus conquiſtas; paſſando tan adelante el punto de eſta diſcordia,que ſe viò obligado Queſada à tratar de defender con las armas lo que havia ganado, y deſcubierto con ellas; pero interviniendo à mediar eſta diferencia los Eccleſiaſticos , que aſsiſtian à los tres Generales , los huvieron de convenir en que quedaſſe ſuſpenſa la materia haſta que el Emperador determinaſſe à qual de los tres tocaba la poſſeſsion , y el dominio ; y que en el interin la gente de Fedreman, y Benalcazar ſe vnieſſe à la de Queſada , para poblar aquel Reyno , gozando todos las honras, y conveniencias de Conquiſtadores de èl , ſin diferencia en la accion para pretender los premios.

Con eſtas condiciones , y quatro mil peſos de oro , que ſe le dieron à Fedreman , conſiderandole pobre , quedò ſoſſegado aquel diſturbio , que avia llegado à lance de parar en rompimiento de vna diſcordia civil ; y mediado el año de treinta y nueve enttò Fedreman en Santa Fé, con grande aplauſo de la gente de Queſada, deſpues de tres años gaſtados en el viage deſde que ſaliò de el Cabo de la Vela con quattrocientos hombres ; de los quales,aun con averſele agregado en el camino los ſeſenta de Alderete , y los quinze de Aguilòn, ſolo metiò en el Reyno treinta Cavallos, y ciento y treinta y tres Infantes , aviendo perecido los demàs con el rigor de tan penoſa jornada.

Determinados los tres Generales à paſſar juntos à Eſpaña,aſsi para que el Emperador declaraſſe el punto de ſu litigio , como à ſolicitar cada vno el premio de ſus ſervicios , labraron Bergantines para baxar por el rio de la Magdalena à Cartagena ; y embarcados alli para la Europa, llegaron con felicidad à la Corte, donde entre los afanes de pretendiente , y ſinſabores de algunos pleytos que le movieron los Belçares,acabò la vida Fedreman,cuya memoria merece ſer celebrada entre la de los Heroes mas plauſibles de ſu tiempo ; ſu naturaleza fuè de vn Lugar de el circulo de Suecia , en Alemania la Alta ; ſu preſencia hermoſa , y agraciada ; el roſtro blanco , y el pelo roxo ; afable con liberalidad , y apacible con agrado : ſus hazañas , y ſingular valor le adquirieron mucha fama en pocos años ; y aunque el deſafecto de ſus emulos atribuyò ſu generoſidad de animo à ſobervia , ſu inclinacion à las armas , à inquietud ; y ſu corteſano traro à maxima cauteloſa ; no ay duda , que fueron muy ſingulares las pren-

das con que lo adornò naturaleza; y à no averſe dexado llevar con tanto exceſſo de el deſeo inmoderado de mandar independente, no huviera hallado defecto que notarle la mas curioſa atencion.

CAPITULO IX.

SALE DE CORO LOPE Montalvo: prende en Barquiſimeto al Capitan Reynoſo; y ſiguiendo à Fedreman entra en el nuevo Reyno: alvorotanſe los Saparas, y ſobre ſu pacificacion ſe originan diſcordias.

QUando ſaliò de Coro Fedreman, deſpues que bolviò de el Cabo de la Vela, dexò encargado à Lope Montalvo de Lugo, natural de Salamanca, è intimo amigo ſuyo, procuraſſe ſocorrerle, yendo en ſu ſeguimiento con el mayor numero de gente, que pudieſſe adquirir ſu actividad, y diligencia; y Montalvo viendo el empeño à que ſe hallaba obligada ſu amiſtad, para dar ſatisfacion à la confiança que de èl avia hecho Fedreman, algunos meſes deſpues de ſu partida ſaliò de Coro con quarenta hombres bien armados, y atraveſando la Serrania de Carora, y Valle de el Tocuyo, llegò à Barquiſimeto, haziendo alli alto mientras paſſaban las aguas de el Invierno, para proſeguir deſpues ſu viage por los Llanos; y en interin que queda aquartelado, aunque las operaciones de el Governador Antonio Cedeño no tocan à nueſtra Hiſtoria; ſin embargo, para claridad de lo que vamos refiriendo, es neceſſario apuntar algunas de ellas; y aſsi es de advertir, que como llegaſſen à la Audiencia de Santo Domingo repetidas quexas de las continuadas violencias de ſu obrar, deſeando aplicar remedio à tanto deſafuero, deſpachòal Licenciado Frias, ſu Fiſcal, para que procediendo contta Cedeño, lo remitieſſe preſo à Santo Domingo; pero como vn abiſmo llama à otro, y de vn yerro ſe originan muchos, para dorar Cedeño ſus delitos les añadiò por realce vn deſafuero, pues olvidado de las obligaciones de ſu ſangre, atropellando el reſpeto, y veneracion debida à Miniſtro de repreſentacion tan ſuprema, ſin querer obedecer las proviſiones de la Audiencia, lo puſo en riguroſas priſiones, deſpojandolo con ignominia de todo quanto llevaba; y temeroſo de el caſtigo que merecia tal arrojo, llevandoſe preſo al Fiſcal, ſe metiò la tierra adentro, con el pretexto de proſeguir en ſus conquiſtas, donde le cogiò la muerte; pues en el partido de Tiznados, la violencia de vn veneno, que le diò vna criada ſuya, puſo fin à ſus temeridades, y à ſu vida.

Muer-

Muerto Cedeño, los Soldados de ſu Campo queriendo llevar adelante la jornada, por la eſperança que tenia de dàr con las riquezas de el rio Meta, nombraron por Cabos para que los governaſſen à Pedro deReynoſo, hijo de el Señor de Autillo, en Caſtilla la Vieja; y à Diego de Loſada, hijo de el Señor de Rio-Negro, en el Reyno de Galicia; pero deſpues ſobreviniendo entre los dos algunas diferencias, por motivos, que no haze à nueſtro aſſumpto el referirlos, ſe dividiò la gente en dos Eſquadras, y la vna, governada de Diego de Loſada, diò la buelta à Maracapana, de donde avian ſalido, paſſando de alli Loſada à Coro, para darnos baſtante materia à nueſtra Hiſtoria, como verèmos en el contexto de ella: y la otra, acaudillada de Pedro de Reynoſo, fue à dar à Barquiſimeto, donde eſtaba aquartelado Lope Montalvo de Lugo, quien lo recibiò amigablemente por entonces; pero ſabiendo deſpues la muerte de Cedeño, y los accidentes de aquel viage, prendiò à Reynoſo, y quitandole la gente que llevaba, lo deſpachò à Coro, y de alli à Santo Domingo, donde el reſpeto de ſu ſangre, y la recomendacion de ſu nobleza, fueron los mejores valedores para ſalir bien de algunos cargos, que le moviò la voz Fiſcal de aquella Audiencia; y declarado por libre, casò en aquella Ciudad con vna ſeñora muy iluſtre, dexando (deſpues de muchos años que viviò) vinculada ſu memoria à la poſteridad en ſucceſsion dilatada.

Lope Montalvo viendo aumentada ſu Compañia con la gente que le quitò à Reynoſo, luego que ſe ſoſſegaron las aguas ſaliò de Barquſimeto, y ſiguiendo las huellas de Fedreman, deſpues de padecidas baſtantes miſerias, y trabajos, à fines de el año de treinta y nueve entrò en la Ciudad deSanta Fè con ochenta hombres (à tiempo qué yà Fedreman ſe avia embarcado para Eſpaña) donde, aſsi por la calidad de ſu perſona, como por la circunſtancia de ſocorro tan importante como el que introduxo en aquel Reyno en coyuntura que neceſsitaban de èl, fuè recibido con regozijo, y ſingular alegria de todos los Conquiſtadores; y, muy en particular de Fernan-Perez de Queſada, que por auſencia de ſu hermano Don Gonçalo governaba aquellas Provincias por entonces; y como ſu talento, ſu prudencia, y ſu valor lo hazian amable en qualquier parte, ſe ſupo grangear tanta eſtimacion, y credito en aquel Reyno, que con aceptacion de todos ſus vezinos llegò deſpues à governarlo, en lugar de ſu primo el Adelantado D. Alonſo Luis de Lugo; pero como de las parcialidades que eſte Cavallero, con ſu violento proceder,

dexò formadas en Santa Fè entre los Caiquetios, y los Queſadas, ſe originaron tantas diſcordias, comiſsiones, y peſquiſas; tocòle à Lope Montalvo parte en el padecer, ſolo por averlo hecho la naturaleza deudo de el Adelantado; cuyas deſazones le obligaron à que buſcando ſu quietud, ſe retiraſſe à Eſpaña à gozar de vn Mayorazgo que tenia en Salamanca, donde muriò, deſengañado con los varios ſemblantes que le moſtrò la fortuna.

En el Capitulo ſeptimo dexamos dicho como luego que llegò à Coro Jorge Spira avia paſſado à la Isla de Santo Domingo, dexando el govierno de la Provincia à Juan de Villegas; y como con brevedad feneciеſſe las dependencias, que iba à ajuſtar con los Agentes de los Belçares, diò la buelta à Coro en ocaſion que los Indios Saparas, que habitaban en la Barra de la Laguna de Maracaybo, avian dado muerte à algunos Eſpañoles, con demonſtraciones claras de querer ſacudir el yugo de la obediencia en que vivian ſujetos; y deſeando Spira ocurrir à caſtigar eſte movimiento, antes que tomaſſe fuerça la demasìa, determinò executar por ſu perſona la diligencia, ſobre que ſe ofrecieron grandes alborotos, y diſturbios en la Ciudad; porque los Soldados, llevando à mal el militar debaxo de la conducta de vn Eſtrangero, y à quien miraban con horror, y poca fee, por las deſgracias ſucedidas en la jornada de los Choques, favorecidos de el Doctor Navarro, que los ayudaba con ſu autoridad, y ſus conſejos, ſe eſcuſaron de ſeguir à Spira, repreſentandole, que de no darles Cabo Eſpañol que los mandaſſe, eſtaban reſueltos à perder antes las vidas, que ſalir de Coro: y aunque à los principios el ſeñor Obiſpo Don Rodrigo de las Baſtidas fuè de el miſmo parecer, patrocinando tambien à los Soldados, deſpues; inſtado de las ſuplicas, y ruegos de el Governador, mudò dictamen, ſacando la cara à ſu favor con tanto empeño, que predicando vn dia en la Igleſia, dixo, que era grande maldad, y deſacato, que teniendo en aquella Ciudad Governador buſcaſſen Governador, y que teniendo Rey buſcaſſen Rey; con otras palabras ſemejantes, que manifeſtaron bien lo vnido que ſe hallaba con Spira, y la facilidad con que por darle guſto avia mudado de opinion; pero los Soldados irritados mas con las picantes palabras de el Sermon, ſe cerraron de calidad, que no huvo forma de ſacarlos de ſu primer propoſito; y como la repreſentacion de el Doctor Navarro era tan atendida, que ſe llevaba el ſequito de todos los vezinos; viendo el Governador que era quien con publicas demonſtraciones fomen-

ta-

taba los Soldados, no quiso exponerse à lance de vn rompimiento, en que pudiesse quedar desayrado su puesto, y su autoridad; y assi, valiendose de la prudencia para dar expediente à aquel empeño, tomò por medio el pretexto de fingirse enfermo, y con este motivo encargò la diligencia à Alonso de Navas, nombrandole por Cabo para el castigo, y reduccion de los Saparas; quedando de esta suerte sossegada por entonces aquella inquietud, que llegò à dar tanto cuidado, aunque no pudieron remediarse las malas consequencias, que de ello resultaron, como verèmos despues.

CAPITULO X.

CONSEGVIDO EL CASTIGO de los Saparas, tira Navas con los Soldados la buelta de Cubagua: và el Doctor Navarro à detenerlos: prendenlo los Soldados, y se lo llevan consigo à Cumana: muere Jorge Spira, y governa Villegas la Provincia.

DEspachado por el Governador el titulo de Capitan à Alonso de Navas, empezò à levantar gente para poner por obra la diligencia que se avia fiado à su cuidado; y como su nombramiento avia sido tan à gusto, y satisfaccion de todos, à porfia se le ofrecian los Soldados para acompañarle en aquel caso; pero no queriendo llevar mas gente, que la que le pareciò ser necessaria, escogiò cien hombres, los que discurriò mas apropòsito, y con ellos saliò de Coro en busca de los Saparas, à quienes con facilidad desbaratò en dos encuentros, cogiendo à los mas culpados en el movimiento de su intentado rebelion, que presos, con buenas guardas remitiò al Governador.

Fenecida con tanta brevedad la expedicion, como los Soldados se hallaban disgustados con el dominio Aleman, cuyo govierno aborrecian, por el poco provecho que lograban de militar en sus Vanderas; viendose al presente en libertad quisieron lograr la ocasion de huir el cuerpo à sujecion tan pesada; y resueltos à no bolver mas à Coro, determinaron tirar para Cumana, para passarse à la Isla de Cubagua, donde por las muchas perlas que se sacaban entonces, ocurria mayor numero de gente, que à las demàs partes de la Costa; y poniendo por obra su proposito, empezaron à caminar con animo de entrar por la Serranìa, dexando à la parte de el Norte la Ciudad para salir al Tocuyo, y de alli por el desembocadero, atravessando los Llanos, passar à Cu-

mana; pero algunos de los Soldados, arrepentidos de reſolucion tan temeraria, pareciendoles, que emprender vn viage tan dilatado, aun quando ſe llegaſſe à conſeguir, avia de ſer à coſta de innumerables afanes, ſin que los compañeros los ſintieſſen ſe huyeron vna noche, y por caminos extraviados dieron la buelta à Coro, aviſando al Governador de todo lo que paſſaba; de que ſentidos Spira, y el ſeñor Obiſpo, clamaban, prorrumpiendo en quexas, con palabras muy deſcomedidas contra el Doctor Navarro, cargandole la culpa de todo lo ſucedido, por aver ſido cauſa con ſu proteccion, y empeño, para que aquella pacificacion ſe huvieſſe encargado à Navas; dando motivo para que los Soldados tuvieſſen coyuntura de executar aquel atrevimiento, dexando la Ciudad deſproveìda, y expueſta à la violencia de vna invaſion enemiga; y como à eſto ſe añadieſſen las proteſtas de los Factores, y Aliados de los Belçares, por el menoſcabo, y pèrdidas que podia padecer ſu Compañia, ſe viò tan apurado el Doctor Navarro, que por librarſe de la calumnia, que todos le imputaban, y ſoſſegar aquella publica conmocion que avia formado contra èl el ſentimiento, ſe ofreciò à ir en perſona à reducir los Soldados, y bolverlos à traer à la Ciudad; y para ello, juntando ſeſenta hombres bien armados, tomò el camino de la Coſta haſta el Puerto de la Borburata, y por alli ſaliò à Barquiſimeto, para atajarles el paſſo antes que ſe metieſſen en los Llanos; y como Navas, y ſu gente caminaban à pie, y por tierras aſperas, huvo tiempo para que Navarro llegaſſe primero, y ſe puſieſſe à eſperarlos en vna Poblacion de Indios Axaguas; pero los Soldados ſabiendo en el Tocuyo que eſtaba alli Navarro, torcieron el camino, y por vn lado ſe entraron en los Llanos por el deſembocadero de Buraure, ſin paràr haſta las orillas de el rio Pao.

Pocos dias deſpues llegò à ſaber Navarro ſu paſſada, y tirando à largas jornadas en ſu alcance, governandoſe por las noticias que iba adquiriendo de los Indios, huvo de dar con ellos en el Pao, donde todavia ſe hallaban detenidos; y reprehendiendoles con aſperas palabras el delito cometido en deſercion tan iniqua, les afeò la ingratitud con que avian correſpondido à ſu fineza, pues aviendo èl ſacado la cara à defenderlos, contra el dictamen de Spira, y de el ſeñor Obiſpo, daban motivo con aquella reſolucion intempeſtiva à que todos le atribuyeſſen (con razon) la culpa de ſu fuga.

Pero ſatisfaciendo los Soldados à eſte cargo, le reſpondie-

dieron con la veneracion debida à ſu perſona, que el deſamparar la Provincia no era efecto de deslealtad, pues como vaſſallos amantiſsimos de el Rey deſeaban perder la vida en ſu ſervicio; pero que el punto de buenos Eſpañoles no les permitia paſſar por la ignominia de vivir ſujetos al tyrano govierno de los Belçares, teniendo expueſtas las vidas, y las honras al advitrio violento de vn dominio Eſtrangero; y que aſsi, mientras las coſas de Coro corrieſſen con aquel temperamento que tenian entonces, no ſe canſaſſe en perſuadirlos, porque ſeria en vano qualquiera diligencia que intentaſſe para moverlos de la firme determinacion en que ſe hallaban de no quedar en la Provincia; que harto ſentian huvieſſe tomado el trabajo de venir à buſcarlos, por ſer preciſo quedaſſe deſayrado en aquel lance, y ellos mortificados de no poder dar guſto en la ocaſion à quien ſiempre avian venerado por padre, y reconocido por amparo.

No le pareciò bien à Navarro la reſpueſta, y ſentimiento de aquella terquedad; bolviò à replicarles con enojo, trataſſen de diſponerſe para bolver à Coro, porque de reſiſtir à ſu mandato, haria que concedieſſen à la fuerça, lo que negaban al ruego. Reportaronſe con eſto los Soldados, y callando dieron à entender eſtaban promptos à ſeguirle, por ocultar con aquel fingimiento ſu intencion, valiendoſe de el diſsimulo, para que deſcuidandoſe Navarro pudieſſe tener logro mas ſeguro lo que tenian penſado; y conociendo que ſu Capitan Navas, obligado de las razones de Navarro, eſtaba en animo de bolver à Coro, no quiſieron conſultar con èl ſu determinacion; antes privandolo de el puesto, ſin que lo llegàra à entender, con gran ſecreto nombraron entre todos por Caudillo à vno, llamado Pancorbo, y con ſu parecer aquella noche, eſtando el Doctor Navarro ſin aquel recato, y vigilancia, que debiera prevenir, ſegun la ocaſion en que ſe hallaba, dieron de repente ſobre èl, y cogiendolo deſcuidado, le quitaron las armas, y cavallos, pagando con aquel vltraje la culpa de ſu confiança.

Sentidiſsimo quedò Navarro con el eſcozor de burla tan peſada; y viendoſe deſarmado, y expueſto à la diſcrecion de los Soldados, ſe valiò de la humildad para dorar ſu deſayre, pidiendoles con encarecimiento, atendieſſen à la repreſentacion de ſu perſona, para no permitir quedaſſe avergonçado con la infamia de ſemejante deſpojo; y que en ſatisfaccion de los buenos oficios, que ſiempre avia interpueſto en ſu defenſa, le reſtituyeſſen ſus armas, y cavallos

llos para bolverſe à Coro; pero los Soldados deſvanecidos con la altivèz que les ocaſionaba el buen ſuceſſo, ſin hazer caſo de las humildes repreſentaciones de Navarro, le reſpondieron, que algunos cavallos le darian, para que pudieſſe con ſu gente paſſar ſeguro entre los Indios, y que ſin eſperar de ellos otra coſa, ni gaſtar el tiempo en perſuadirlos, ſe bolvieſſe luego, pues guardando el reſpeto que debian à ſu perſona, no intentaban que experimentaſe detencion, ni padecieſſe moleſtia: reſolucion, que conocida por Navarro, no teniendo cara para bolver à Coro à ſer blanco de los enojos de Spira, y aſſumpto de la irriſion de todos, determinò paſſar con los Soldados à Cubagua, de que quedaron ellos muy contentos, conſiderando llevaban por compañero en ſu fortuna al que avian tenido por contrario en ſu opinion; y aunque toda la gente de Navarro quiſo ſeguir el miſmo rumbo, no lo conſintieron los Soldados, por el recelo que les causò la novedad de movimiento tan eſtraño, temiendo alguna traycion, diſimulada en los diſfraces de vna voluntad fingida; y admitiendo ſolo quatro, los mas afectos à Navarro, deſpacharon à Coro los demàs con tres cavallos, y algunas armas que les dieron para ſu defenſa; y ellos en proſecucion de ſu derrota, entrandoſe por los Llanos, ſin mas guìa que el tino de vna demarcacion imaginaria, al cabo de algunos meſes, en que padecieron baſtantes penalidades, y miſerias, llegaron à Cumana, y de alli paſſaron à la Isla de Cubagua, que era el fin à que ſiempre avia aſpirado el anſia de ſus deſeos.

Ya en eſte tiempo era paſſada gran parte del año de quarenta, en el qual el dia doze de Junio muriò en Coro el Governador Jorge de Spira, dexando encargado el Govierno de la Provincia al Capitan Juan de Villegas, que à la ſazon era Alcalde Mayor de la Ciudad, para que lo tuvieſſe à ſu cuidado, haſta tanto que la Audiencia proveyeſſe la vacante; y teniendo el Doctor Navarro eſta noticia en Cubagua, aunque ſiempre avia hecho el animo de no bolver mas à Coro; pareciendole que mudado el teatro con la muerte de Spira avrian tomado otro ſemblante las materias, y podria, ſin embarazo, fenecer las comiſsiones que avian quedado ſuſpenſas; ſe embarcò en vna Piragua, y llegando en pocos dias de navegacion à Coro, ſin atender à otra coſa procurò finalizar con brevedad quanto tenia à ſu cuidado, retirandoſe deſpues à la quietud de ſu caſa en la Ciudad de Santo Domingo, donde tenia haciendas muy quan- 1540

tio-

tiosas, sin necesitar de comissiones para vivir con descanso.

CAPITULO XI.

NOMBRA LA AVdiencia por Governador al señor Obispo Bastidas: entra Pedro de Limpias à la Laguna de Maracaybo; y sale Phelipe de Vrre à descubrir el Dorado.

SAbida en Santo Domingo la muerte de Jorge Spira, nombrò luego la Audiencia por Governador interino al señor Obispo Don Rodrigo de las Bastidas; y por su Theniente General para las cosas de la guerra, y nuevos descubrimientos, à Phelipe de Vrre, Cavallero Aleman, pariente muy cercano de los Belçares, mancebo de poca edad, pero de mucha prudencia, cuyos despachos remitidos con brevedad à Coro, fue recibido el señor Obispo al exercicio de su nuevo empleo el dia siete de Diciembre de el mismo año de quarenta, empezando desde luego à disponer las cosas de la Provincia, con mas respeto à las atenciones de el Baston, que à las obligaciones de el Baculo, pues dexandose llevar de aquella constelacion que corria entonces, de querer todos los Ministros en las Indias aspirar al renombre de Conquistadores; luego que tomò su possesion despachò à la Isla Española por gente, armas, y cavallos, para poner en planta las Militares empressas, que tenia premeditadas; y hallandose falto de medios para satisfacer el costo preciso de su conduccion, embiò à Pedro de Limpias (que mal hallado en el nuevo Reyno, donde entrò con Fedreman, se avia buelto à la querencia de Coro) con vna Esquadra de Soldados à la Laguna de Maracaybo, para con el precio de los Indios que se cogiessen dar cumplimiento à las deudas, que para el apresto se avian contraìdo en la Española.

Ya era por el año de quarenta y vno quando Pedro de Limpias llegò à Maracaybo, y como practico antiguo de toda su Laguna, dispuso la expedicion de suerte, que con facilidad aprisionò quinientas piezas, entre varones, niños, y mugeres, que conducidas à Coro, y entregadas al señor Obispo, passaron por la desdicha de vna triste esclavitud, pues vendiendolas à diferentes Mercaderes, hizo que la libertad de aquellos miserables sirviesse de satisfaccion à los empeños, que sin necessidad contraxo por las vanidades de su antojo; y animado con el buen sucesso de operacion tan inhumana, como indigna de 1541

Fr. Pedro Sim. not. 54 cap. 1.

que la executaſſe vn Prelado, tratò luego de diſponer, que ſu Theniente General Phelipe de Vrre ſalieſſe à nuevas conquiſtas, à que inſtaban mucho algunos de los que fueron con Spira, perſuadidos à que podrian lograr mejor fortuna con la experiencia de los yerros cometidos en la primera jornada, pues ſiempre atribuyeron ſus fatalidades à deſaciertos, originados de la mala direccion de Spira; y como Pedro de Limpias por ſu parte fomentaſſe la materia, aſſegurando por ciertas las noticias que avia adquirido quando entrò con Fedreman al nuevo Reyno de vnas opulentas Provincias, que demoraban àzia la parte del Sur, fue facil diſponer lo neceſſario, y mover los animos para la entrada; de ſuerde, que en breves dias ſe hallò Phelipe de Vrre prevenido de vn todo para ciento y treinta hombres, que le ſeguian voluntarios, à cargo de los Capitanes Barthoiomè Belçar, Sebaſtian de Ameſqua, y Martin de Artiaga, con los quales ſaliò de Coro por el mes de Junio del miſmo año de quarenta y vno, llevando por Maeſtre de Campo à Pedro de Limpias; quien para hacer mas plauſible, y apetecido aquel deſcubrimiento, empezò à intitular las Provincias, que avia de conquiſtar, con el rumboſo nombre de el Dorado: apelativo, que el año de treinta y ſeis, eſtando en Quito, inventaron los Soldados de Don Sebaſtian de Benalcazar, por la fantaſtica relacion que les diò vn Indio de vn poderoſo Reyno, que por la parte de los Llanos caìa àzia el Oriente, ò por diſpoſicion diabolica (que es lo mas cierto) para que eſparcido deſpues por toda la America, fueſſe cauſa de tantas muertes, è infelicidades como ha llorado la Nacion Eſpañola en quantos, llevados de la fama de eſtas mentidas Provincias, han intentado buſcar ſus fingidas riquezas.

Aviendo, pues, ſalido Phelipe de Vrre de la Ciudad de Coro, por ſer viage mas acomodado tomò el camino por la Coſta de la Mar, paſſando las cincuenta leguas que ay haſta el Puerto de la Borburata; y de alli, atraveſando la corta diſtancia que ſe interpone de Serranìa, ſaliò al miſmo ſitio, donde deſpues ſe fundò (y oy permanece) la Ciudad de la Valencia, de donde buſcando el deſembocadero de Barquiſimeto entrò en los Llanos, ſiguiendo ſiempre los miſmos paſſos que llevò Fedreman en ſu jornada, haſta dar con el Pueblo, que eſte llamò de la Fragua, y Jorge Spira de nueſtra Señora, en la Provincia de Maruachare, donde le pareciò preciſo el alojarſe por algun tiempo, aſsi por dexar quebrantar las aguas de el Invierno, como por informarſe, y adqui-

adquirir con fundamento alguna luz, ò noticia de las tierras que buſcaba; y como para eſte efecto, con diferentes preguntas, executaſſe entre los Indios las diligencias poſsibles, huvo de ſaber con claridad como pocos dias antes (llevado de el miſmo fin) avia paſſado por alli Hernan-Perez de Queſada con docientos y cinquenta hombres, y porcion conſiderable de cavallos; porque engañado tambien de la ponderacion, y circunſtancias con que los Soldados de Benalcazar pintaban en el nuevo Reyno los teſoros, y excelencias de ſu mentido Dorado, abandonò la felicidad, y conveniencias que gozaba, governando ſus Provincias en auſencia de ſu hermano Don Gonçalo, por ſeguir la incertidumbre de vna dudoſa eſperança: inadvertencia, que quando no tuvo remedio le diò à conocer ſu deſengaño, pues derrotado, y perdido, eſtimò, por particular favor de ſu fortuna, el poder ſalir à la Ciudad de Paſto en la governacion de Popayàn, deſpues de conſumidos dos años en exceſsivos trabajos, ſin conſeguir otro fruto, que aver comprado à precio de ſu conſtancia las veras de vn eſcarmiento.

Eſta noticia de averle ganado Hernan-Perez por la mano causò en Phelipe de Vrre tan confuſos penſamientos, que no ſe le ofrecia medio à la imaginacion en que no hallaſſe algun tropiezo ſu diſcurſo; pues ſi ſe reſolvia à ſeguir la miſma derrota de Hernan-Perez, conſideraba, que llevandole la delantera con tan ſuperior numero de gente, aun en caſo que la fortuna le deparaſſe algun poderoſo Reyno, ſiempre avia de gozar las ventajas de primero, quedando èl, y los ſuyos defraudados de el premio de ſus fatigas, y atenidos ſolo à las cortas conveniencias, que les quiſieſſen dar como à auxiliares.

Por otra parte diſcurria, que exponerſe Hernan-Perez à la contingencia de vna conquiſta dudoſa, deſamparando tan opulentas Provincias como las que governaba, no era accion que permitia la prudencia, ſi no fuera llevando noticias ciertas, que le afiançaſſen vna eſperança ſegura de deſcubrir mayor Reyno; cuya capacidad no podia ſer tan limitada, que faltaſſe lugar para que èl, y ſu gente, ſin ſervir de embarazo à la de Hernan-Perez, pudieſſen quedar aprovechados: dictamen, que comunicado con los otros Capitanes principales de ſu Campo, les pareciò à todos tan ſeguro, que ſe determinaron à ſeguirlo; y ſin aguardar à mas, porque en la tardança no conſiſtieſſe el peligro, empezaron à marchar, llevando por guia ſiempre los raſtros que avia dexado Hernan-

Pe-

Perez; y aunque no faltaron algunos inconvenientes, que pudieran averles retardado en el camino, ſe dieron tal prieſſa en atropellarlos, que con brevedad llegaron à dar viſta à la Provincia de Papamene, cuya ſituacion empieza à las eſpaldas de Timana, en la governacion de Neiba.

En vno de los Pueblos de eſta Provincia ſe alojò por algunos dias Phelipe de Vrre; y como entre ſus vecinos hallaſſe vn Indio, que ſegun la madurèz de ſus acciones, ſoſsiego de ſus palabras, y gravedad de ſu perſona, manifeſtaba ſer de gente iluſtre; procurò informarſe de èl muy por extenſo, ſobre las conveniencias que buſcaba en aquel viage que ſeguia; y ſatisfaciendo el barbaro à ſus preguntas con aquella ingenuidad que es propria de vn pecho noble, le advirtiò el error que cometia en ſeguir el rumbo que llevaba, pues no mudando de dictamen, encontrarìa por alli ſu perdicion en manos de ſu temeridad, como la avrian ya experimentado los otros Eſpañoles, que avian paſſado primero, por ſer todas aquellas comarcas Paiſes inhabitables, agenos de humana huella, por lo aſpero de ſus montañas, y deſtemplança de ſu clima; pero que ſi tomando ſu conſejo quiſieſſe bolver atràs, hallarìa lo que deſeaba, pues èl ſe ofrecia à acompañarlo haſta dexarlo introducido en vnas tierras muy ricas, pobladas de mucha gente, y abundantes de oro, y plata; para lo qual era neceſſario caminar deſde aquel ſitio, llevando ſiempre la cara al nacimiento de el Sol, haſta dàr con la Ciudad de Macatoa, fundada ſobre las riveras de el celebrado rio Guayuare; y en prueba de la verdad en que fundaba ſu oferta, enſeñò à Phelipe de Vrre vnas mançanas, ò niſperos de oro, que dixo aver traìdo vn hermano ſuyo, que avia venido de ella.

No fueron baſtantes las circunſtancias, que acreditaban eſta relacion de verdadera, para que Phelipe de Vrre variaſſe el tenàz propoſito de ſeguir las piſadas de Hernan-Perez, perſuadido à que en eſto conſiſtia el logro de ſus aumentos, y que otra qualquiera derrota que tomaſſe era deſpreciar, ſin fundamento, la dicha que le ofrecia ſu fortuna; y aſsi, ſin hazer caſo de las advertencias de el Indio, ni de los pareceres de muchos de ſus Soldados, que ſe inclinaban à ſeguirlo, deſalojò el Campo entrado ya el año de quarenta y dos, y empezò à marchar por los raſtros que avia dexado Hernan-Perez, llevando conſigo al Indio, que le acompañò guſtoſo por eſpacio de ocho dias; pero viendo que ni lo inacceſsible de las montañas, lo caudaloſo de los rios, ni lo continuado de los 1542

tres

tremedales, y pantànos desengañaban à Phelipe de Vrre, para que conociesse la verdad con que le avian informado, y que de proseguir por el camino que llevaba era entregarse sin remedio al desastrado fin de vna muerte lastimosa, que amenazaba à todos: dexandolos descuidar se puso en huìda vna noche, y se bolviò para su Pueblo, compadecido al vèr la ceguedad con que se querian perder aquellos hombres por su gusto.

CAPITULO XII.

PROSIGUE URRE EN su descubrimiento: governan la Provincia Diego de Boyca, y Enrique Rembolt: passa Villegas à Maracapana, y nombra la Audiencia por Governador al Licenciado Frias.

LA inopinada fuga de aquel Indio à vista de las penalidades, y falta de salud, que por lo desapacible de el terreno, y lo nocibo de su temperamento, àvian experimentado en el termino corto de ocho dias, fue de tan general desconsuelo, que prorrumpiendo en quexas los Soldados, para desahogar su sentimiento, ponderaban con publicidad el desacierto de aver menospreciado los consejos, y anticipadas prevenciones de aquel Indio, sin atender à las conveniencias, que se pudieran lograr, buscando aquellas Provincias que asseguraba su oferta; pero aunque estas vozes, ayudadas de el comun desabrimiento con que se hallaban todos, llegaron à noticia de Phelipe de Urre, nada fuè bastante para que dexasse el obstinado teson en que avia dado de seguir las pisadas de Hernan-Perez, pues parece que negando su fuerça à la razon, buscaba de proposito su ruìna, hasta que los continuados trabajos, enfermedades, y muertes, que por instantes se le iban aumentando, y las repetidas advertencias con que le aconsejaban los mas cuerdos, huvieron de reducirlo à torcer el camino sobre la mano izquierda àzia el Sueste, dexando el que llevaba Hernan-Perez siempre al Sur, por cuyo rumbo à pocos dias de jornada llegaron à descubrir vna punta de Sierra alta, que por prolongada distancia se entraba en los Llanos, (à quien llamaron la punta de los Pardaos) y considerada à la primera vista, les pareciò distinta cordillera de la que avian seguido desde Barquisimeto: circunstancia, que les moviò à apresurar el passo para reconocerla mas de cerca, teniendo yà por conseguido el logro de sus intentos, por ser vna de las noticias que llevaban para el descubrimiento de su fingido Dorado, tener su situacion esta Provincia al

pie de otra Serranìa, en el todo ſeparada de la que caminando al Sur avia ſiempre ſervido de Norte en las entradas, que ſe avian hecho en los Llanos; pero eſtas alegres eſperanças que avia formado el deſeo, ſe marchitaron en flor à la luz de el deſengaño, pues conocieron deſpues con evidencia ſer aquella punta ramo de la miſma cordillera, que ſiempre avian traìdo à la viſta en ſu jornada.

Yà era eſto à tiempo que empezaba el Invierno à inundar con ſus aguas las campañas, y huyendo las incomodidades de aquel terreno baxo, hallandoſe imposibilitados por entonces de poder bolver atràs, tomaron por partido repechar la punta de los Pardaos, para alojarſe en ella haſta que entraſſe el Verano; pero como el diſtrito era poco habitado, y por eſta razon falto de baſtimentos, fue tan grande la neceſsidad que padecieron de ellos, que llegaron à extremo de perecer, pues el mayor ſuſtento que tal vez podian por dicha adquirir, era vn bollo de maìz, que pueſto à la boca de vn hormiguero, haſta que ſe cubria de hormigas, lo iban amaſſando con ellas repetidas vezes, haſta que llegaba à componerſe de mas hormigas, que maſſa; teniendo eſte groſſero alimento por el vnico remedio para mantener la vida. Y como aun eſto no llegaban à conſeguirlo todos, huvo muchos, que apretados de la hambre no dexaron aſqueroſa ſabandija de quantas produce la tierra con que no procuraſſen remediarla; de que reſultò hincharſe algunos, caerſeles à otros los cabellos, barbas, y cejas; y finalmente, llenos todos de peſtiferos tumores, y vlceras venenoſas, convertirſe aquel afligido Eſquadron en vn teatro de miſerias, y vn hoſpital de deſdichas; haſta que minoradas las aguas, huyendo Phelipe de Utre de tanta infelicidad como avia experimentado, por la obſtinacion de ſu mal conſejo, diò la buelta por diferente camino del que avia llevado (aunque con mayores trabajos, por la mucha gente enferma que tenia) en demanda de el Pueblo de nueſtra Señora, donde llegò à principios de el año de quarenta y tres, aviendo conſumido vn año entero deſde que ſaliò de èl en ſeguimiento de Queſada; y donde lo dexarèmos por aora, mientras damos noticia de lo que por eſte tiempo ſucedia en Coro.

Por Junio del año de quarenta y vno, que fue quando ſaliò Phelipe de Utre de la Ciudad de Coro, dexamos en ella al ſeñor Obiſpo Baſtidas embuelto en los aplauſos de Capitan General de la Provincia: exercicio à que lo inclinaba lo generoſo de ſu bizarro eſpiritu, y ocupacion, que le durò haſta principios de el de quarenta y dos, en que aviendo-

lo

lo promovido su Mageſtad al Obiſpado de Puerto-Rico(y por ſu aſcenſo preſentado para eſta Dioceſsis al Doctor Don Miguèl Geronimo Balleſteros, Dean que era de laCathedral deCartagena) le fue preciſo embarcarſe para ſu nueva Igleſia, dexando encargado el govierno Militar, y Politico à Diego de Boyca,Comendador del Orden de Chriſto, hijo de padres Portugueſes, aunque nacido en Caſtilla, Cavallero de grandes prendas,y ſingular expediente para qualquier negocio; à quien la Audiencia de SantoDomingo,teniendo preſente la calidad de ſu perſona, confirmò deſpues en el empleo, aprobando el nombramiento hecho por el ſeñor Baſtidas; ſi bien antes de el año deſpachò nuevo titulo de Governador interino à Enrique Rembolt, de Nacion Alemàn, que aſsiſtia en Coro por Factor de la Compañia de los Belçares, para cuya mudança variàn las opiniones, ſobre los motivos, que obligaron à la Audiencia. El Chroniſta Herrera dize, que por averſe huìdoBoyca à la Provincia de Honduras, temeroſo de algunos delitos, cometidos en el govierno;y el ProvincialFray Pedro Simon aſſegura, que por averlo empleado laAudiencia en ocupaciones de mayor conſequencia; y ſiendo ambas opiniones apoyadas de Autores de tanto credito, no aviendo hallado inſtrumento autentico de aquel tiempo, que favorezca à alguna de ellas, ſuſpendo el juizio, quedandome neutral entre las dos, para que elLector ſiga la que le pareciere mas conforme, pues como quiera que ello fueſſe, no ay duda que en lugar de Boyca entrò à governar la Provincia Enrique Rembolt por fines de el año de quarenta y dos, en ocaſion, que aſsi por las pocas conveniencias, que gozaban los vezinos, como por la mucha gente que ſe avia conſumido en tan repetidas, como infructuoſas jornadas, originado todo de la mala diſpoſicion, y govierno de los Alemanes, ſe hallaba la Ciudad de Coro tan deſtruìda, y falta de moradores, que los pocos que le avian quedado, viendo la mala forma que tenian de mantenerla, trataban de deſpoblarla, retirando ſus familias à las Provincias vecinas.

Gil Gonç. Tea.Eccleſ. tom.1.

Herr.Dec. 7.l. 10. & 16.

Fr. Pedro Sim. not.5. cap. 4.

A eſta reſolucion ſe opuſo ſiempre Juan de Villegas, conociendo,que de llegar à efecto reſolucion tan intempeſtiva, era abandonar con deſcredito lo que haſta alli ſe avia mantenido con valor; pues deſamparar vna Provincia tan principal, erecta yà en Obiſpado, y donde quitado el violento, y ambicioſo govierno de los Alemanes, ſe podian lograr las comodidades, que ofrecia lo fertil de ſu terreno, era vna accion tan fea, è irregular, que nunca podria librarſe de la nota de culpable; y advirtiendo el re-

me-

medio para ſoſſegar los animos de los que intentaban ſemejante novedad, ſe determinò à paſſar perſonalmente à Cubagua, y Cumana à buſcar gente que traer àCoro de la mucha que en aquellas partes andaba en aquel tiempo entretenida en el trato inhumano de cautivar Indios, para venderlos por eſclavos: dictamen, que aviendolo comunicado con Rembolt, le pareciò acertado; pero para mayor facilidad de la materia, tuvo por conveniente executaſſe el viage en compañia de Diego de Loſada, quien yà por entonces tenia ſu reſidencia en Coro, donde ſe avia avecindado, deſpues que ſeparado de el Capitan Reynoſo con la muerte de el Governador Cedeño, diò buelta à Maracapana con la gente que le ſeguia, como dexamos apuntado en el Capitulo nono de eſte Libro, pues como perſona practica, y de conocida autoridad en aquellas Provincias, por aver militado en ellas de CaboSuperior, ſeria baſtante ſu reſpeto para conſeguirlo todo; y aſsi, dandoles igual poder, y comiſsion à entrambos (con veinte hombres que les ſirvieſſen de eſcolta, entre los quales iba el Contador Diego Ruiz Vallejo) los deſpachò à executar aquella diligencia, en cuyo logro tenian pueſta la eſperança para ſu vnico remedio.

Ya era por el mes de Março de el año de quarenta y tres quando Villegas, y Loſada ſalieron de Coro, encaminando el viage por la Coſta haſta el Puerto de la Borburata, y paſſada la Serrania ſe entraron por los Llanos, dexando que admirar à nueſtros tiempos la reſolucion, y valor de aquellos hombres, pues atraveſſaron mas de docientas leguas de camino, tan pobladas de barbaras Naciones, y diferentes peligros, que aun el dia de oy ſe hazen impracticables al corazon mas atrevido; pero vencidos todos los embarazos con el teſon, y el ſufrimiento, huvieron de llegar à Cumana, donde Villegas, vſando de particular comiſsion, que llevaba de Rembolt, tratò con las Juſticias de Cubagua ſe declaraſſen los limites haſta donde llegaba la juriſdiccion de eſta Provincia, mediante à que el Emperador en la capitulacion hecha con los Belçares les tenia concedido deſde Mamcapana, haſta el Cabo de la Vela, cuyos deſpachos viſtos, y reconocidos, ſe hallò eſtar comprehendido aquel diſtrito en lo perteneciente à la governacion de Venezuela, y con eſte motivo, en virtud de la facultad, que Villegas llevaba de Rembolt, tomò la poſſeſsion de èl por ante Andrès de Andino, Eſcrivano de Cubagua, empezando deſde luego à exercer juriſdiccion Civil, y Criminal, como Juſticia mayor de aquel Partido, mediante el titulo que para en tal caſo

le

le avia dado el Governador.

Concluìda tan à favor eſta materia, trataron luego de poner por obra lo principal que llevaban à ſu cuidado, y avia ſido la cauſa de ſu viage, en que huvo poco que hazer; porque como la gente deſperdigada que aſsiſtia en aquellas Coſtas era mucha, y la veneracion, que ſe avian adquirido los que lo ſolicitaban era tanta, fue facil en breve tiempo juntar noventa y ſeis hombres, vnos movidos de el reſpeto, à que no pudieron eſcuſarſe, y otros llevados de la eſperança que los animaba de mejorar de fortuna, con los quales, y ciento y diez y ſiete cavallos ſe bolvieron para Coro. Pero como la independencia en el mandar ſea vn punto tan apetecido, y delicado, que à la mas leve accion que la perturbe no ay talento que no falſee, ni prudencia que no peligre; ſiendo igual la autoridad, y dominio en Villegas, y Loſada, no pudieron avenirſe en el govierno de aquella corta Eſquadra de Soldados ſin que ſe originaſſe alguna emulacion entre los dos, que empezando por ſentimientos ſecretos, paſsò à diſguſtos conocidos haſta llegar à diſturbios declarados; con tal teſon de ambas partes, que la enemiſtad concebida en eſte caſo les durò deſpues toda la vida; de que ſe cauſaron inquietudes bien perjudiciales en la Provincia, aſsi por averſe eſtendido la diſcordia entre parciales, y amigos, como por aver procurado cada vno de los dos abatir por todos medios la parte de ſu contrario.

Iguales efectos, nacidos de ſemejante cauſa, ſe experimentaban al miſmo tiempo en Coro; porque aviendo muerto el Governador Enrique Rembolt, y dexado el Govierno à cargo de los Alcaldes Ordinarios, Bernardino Marcio, y Juan de Bonilla, cada vno pagado de ſu dictamen, con reſoluciones encontradas empezaron à diſponer las coſas à ſu modo, con tal confuſion, que lo que el vno mandaba, el otro contradecia; y no ſabiendo los vecinos à qual debian obedecer, ſe reduxo la Ciudad à tan monſtruoſo deſorden, que ſolo ſe veìan en ella injuſticias, ſobornos, y violencias, à que ſin miedo, ni temor avian ſoltado la rienda los Alcaldes.

En eſte deſconcierto ſe hallaba aquella afligida Republica, quando por el mes de Septiembre del año de quarenta y quatro llegaron à ella Villegas, y Loſada con el ſocorro que traìan de Cubagua, y Cumana; y, ò fueſſe por el recelo que les causò à los Alcaldes la autoridad, y reſpeto de eſtos Cavalleros, ò por el temor que avian concebido con la noticia que ya tenian, de que la Audiencia de Santo Domingo, enterada de ſus exceſſos, avia 1544

nombrado por Governador de la Provincia, para que aplicasse el castigo que merecian sus delitos, al Licenciado Frias, su Fiscal; no teniendose por seguros, con la desconfiança de su mal obrar, se huyeron vna noche con tal secreto, y prevencion, que jamàs se supo de ellos, ni la parte donde fueron à parar, quedando la Ciudad, por este medio, libre de aquellos males presentes, para entrar padeciendo los que verèmos despues.

CAPITULO XIII.

LLEGA JUAN DE Carabajal à Coro, falsea las Provisiones de la Audiencia, è introducese à Governador: sale Phelipe de Vrre de el Pueblo de nuestra Señora, y llega à dàr vista à Macatoa.

ANtes que el Fiscal Frias se pudiesse disponer para salir de Santo Domingo llegò à aquella Ciudad la noticia de la fuga que avian hecho los Alcaldes de Coro; y pareciendole con esta novedad, que ya para el remedio no era tan necessaria su presencia, teniendo à su cuidado algunas comissiones, que le avia conferido la Audiencia para la Isla de Cubagua; tuvo por mas conveniente passar primero à fenecerlas, para despues, libre de aquel embarazo, entrar de assiento al goze de su Govierno; y poniendo por obra esta resolucion, se embarcò para Cubagua, embiando à Coro à Juan de Caravajal, (y no Francisco, como lo han llamado algunos) Relator de la misma Audiencia, à quien traìa por su Theniente General, para que tomando la possessiòn en su nombre, governasse la Provincia mientra duraba su ausencia.

Con esta orden, y alguna prevencion de gente, armas, y cavallos, se hizo Caravajal à la vela al mismo tiempo que Frias; pero sobreviniendole en la travesìa algunos vientos contrarios, sin poder coger à Coro, huvo de desembarcar à principios de el año de quarenta y cinco en el Puerto de Paraguana, algunas leguas mas à sotavento, adonde con la noticia de su llegada passò luego Juan de Villegas à recibirlo, assi por cumplir con la atencion, y vrbanidad que merecia la representacion de su puesto, como porque hallandose ya empeñado à cara descubierta en la enemistad con Diego de Losada, quiso ser el primero en el obsequio para grangear la gracia de Caravajal, y à su sombra (teniendolo de su parte) lograr quantos tiros pudiesse disponer el desafecto para destruir à Losada, como lo consiguiò su sagacidad mañosa, porque 1545

ha-

hallando disposicion en el animo traydor de Caravajal, tuvo lugar de impresionarle quanto le dictò su emulacion para descomponer à su contrario, de suerte, que llegado à Coro, como iba revestido de los apasionados informes de Villegas, puso cuidado en observar los mas minimos movimientos de Losada; y conociendo que por lo respectivo de su persona, lo afable de su condicion, y lo cortesano de su trato era bien quisto en la Ciudad, gozando particular dominio en la voluntad de todos, recelò, como cauteloso, que hombre de semejantes prendas no convenia tenerlo presente à sus designios, por el embarazo que podria poner su autoridad à las tyranìas, que pensaba executar su alevosìa; pero no atreviendose à romper sin causa con Losada, para tener pretexto que (à lo menos en lo aparente) calificasse por justa qualquiera resolucion, que emprendiesse su temeridad, le dispuso con malicia algunos lances en que pudiesse tropezar precipitado; pero Losada, conociendo el fin à que tiraba su intento depravado, governandose por aquella prudencia superior con que le dotò el Cielo, tomò por ocasion algunas aparentes conveniencias, que en otra parte le ofrecian los accidentes de el tiempo; y con este motivo, antes que llegasse el caso de experimentar algun ajamiento en su persona, desamparò la Provincia, quitandose de el riesgo, para vèr desde lexos los efectos de aquella tempestad, que amenazàba en Coro.

Libre Caravajal de sus recelos con la ausencia de Losada, empezò à poner en planta las maximas que tenia premeditadas en su idèa, dando principio à ellas con vna maldad, que solo la pudiera aver forjado su atrevimiento, pues tratando de levantar gente para entrar à poblar en el Valle de el Tocuyo, para que los Soldados le siguiessen con mas obediencia, ò mejor gana, falseò las Provisiones de la Audiencia, y quitando en ellas el nombramiento que tenia de Theniente General, lo hizo de Governador, aunque con tan poca destreza, que conociendo muchos el engaño, se opusieron à su recibimiento, alegando la falsedad de los despachos; pero siendo mas el numero de los que tenian su parte, y calificaban el titulo de verdadero, fue en virtud de el recivido por Governador de la Provincia; y como tal nombrò luego por su Theniente General à Juan de Villegas, à quien se le siguieron despues por esta causa bastantes pesadumbres, y cuidados, como adelante verèmos.

Puesto Caravajal en possession de su Govierno, tratò con mas empeño de juntar gente para

ra efectuar ſu entrada, valiendoſe de violencias, y rigores para obligar à los mas que le ſiguieſſen; de que exaſperados muchos de los vecinos, y en particular los que ſe hallaban en conocimiento de ſer inſtruſo ſu Govierno, queriendo antes vivir entre las fieras, que eſtàr ſujetos al advitrio de vn tyrano, ſe huyeron de la Ciudad, y acogieron en los montes; pero buſcados con diligencia de ſu enojo, en los que pudo aver à las manos executò crueles caſtigos ſu vengança: cauſa para que los demas, ò temeroſos, ò advertidos ſe ofrecieſſen à ſeguirle voluntarios, juntando de eſta ſuerte haſta docientos hombres proveìdos en abundancia de todo lo neceſſario, porque cuidadoſamente no dexò en la Ciudad cavallo, ni arma que no llevaſſe conſigo, para que el Fiſcal Frias, quando vinieſſe de Cubagua, ſe hallaſſe tan impoſsibilitado, que no pudieſſe entrar en ſu alcançe, para aplicar remedio à ſus exceſſos.

Con eſta diſpoſicion partiò Caravajal de Coro, y atraveſada la Serranìa de Carora, ſaliò con ſu Campo al Valle de el Tocuyo, donde tomò ſu alojamiento muy de eſpacio, y lo hallarèmos deſpues, por ſernos ya preciſo para la encatenacion de los ſuceſſos buſcar à Phelipe de Vtre, à quien dexamos en el Pueblo de nueſtra Señora tan deſeoſo de bolver à buſcar las tierras de que le diò razon el Indio de Papamene, que ſin temor de los imponderables trabajos, y deſdichas que avia padecido en ſu deſcubrimiento, no obſtante hallarſe con muy poca gente, por la mucha que le avian conſumido la hambre, y las enfermedades en viage tan dilatado, ſe determinò à no dar paſſo atràs haſta perder la vida en la demanda; pero para poder ſeguirla con algun fundamento, que le dieſſe eſperança de lograrla, todo el tiempo que le fue preciſo detenerſe en aquel ſitio, mientras ſus Soldados conſeguian algun deſcanſo de las paſſadas fatigadas, y alguna convalecencia de los achaques preſentes, no ceſsò en hacer exactas diligencias por vèr ſi avia entre los Pueblos confinantes algunos Indios que conformaſſen con la noticia que le diò el de Papamene: materia en que anduvo afortunado, pues hallò muchos que conviniendo en las circunſtancias de la miſmas relacion, ſolo variaron en el nombre de la Nacion que habitaba aquellas ricas Provincias, pues eſtos llamaban Ditaguas à los que el otro avia intitulado Omeguas; pero no haciendo reparo Phelipe de Vtre en la leve diferencia de los nombres, luego que ſe lo permitiò la entrada de el Verano, dexando en el Pueblo de nueſtra Señora

ñora algunos Soldados de los ſanos, que eſcoltaſſen los enfermos, con ſolo quarenta hombres que le pudieron ſeguir, y las guias que le parecieron neceſſarias, ſaliò otra vez en demanda de la punta de los Pardaos, pueſta ſiempre la mira en buſcar la Ciudad de Macatoa (que era el fin à que anhelaban ſus anſias) por ſer la ſeña mas fixa que llevaba para dàr con los Omeguas, cuyo deſeo le hizo no perdonar diligencia, que pudieſſe conducir à ſu buen logro, pues aunque por lo deſapacible de el Païs fueron muy ſingulares las Poblaciones que encontrò, procurò ſiempre informarſe de los Indios, que pudo aver à las manos, de todas aquellas particularidades, que le parecieron preciſas para la mayor certeza en ſu derrota.

Reſpondiendole à todo conforme imaginaba ſu deſeo, animandolo à la empreſſa de conquiſtar los Omeguas, por diſcurrir (aunque barbaros) avia llegado la ocaſion de vengar, por mano agena, los agravios que tenian recibidos de los nueſtros todas las Naciones de los Llanos, pues ſiendo tan corto el numero de Soldados que componian aquel pequeño Eſquadron, y tan acreditada entre todos la valentia, y altivez de los Omeguas, lo miſmo ſeria llegar à ſaludar ſus Provincias, que ſacrificar las vidas al filo de ſus macanas.

Eſte diſcurſo le fue de gran conveniencia à Phelipe de Vrre, porque los Indios, por vèr quanto antes lograda ſu malicioſa intencion, lo conduxeron por caminos tan abiertos, y veredas tan trilladas, que ſin dificultad que ſirvieſſe de tropiezo llegò à las margenes de el caudaloſo Guayuare, cuyas profundas corrientes no dan lugar à eſguazarlo, ſino en Canoas, ò à nado; pero ſiempre con el rieſgo de batallar con ſus aguas. Y aviendoſe rancheado en ſus orillas con el deſconſuelo de no ſaber àzia què parte quedaba la Ciudad de Macatoa, tuvo la fortuna de hallarſe en breve libre de el deſabrimiento que le daba eſte cuidado, por aver apriſionado vn Indio, que poco mas abaxo eſtaba mariſcando ſolo en las playas de aquel rio; quien deſpues de ſoſſegado el ſuſto que le diò la novedad de ver gentes tán eſtrañas, libre de aquel primer miedo que concibiò ſu temor, ſatisfaciendo con ſemblante alegre à diferentes preguntas que le hizieron, expreſsò, que à poca diſtancia de el rio arriba encontrarian la Ciudad; pero que neceſsitaban de Canoas para conſeguir ſu tranſito.

Entonces Phelipe de Vrre, aprovechandoſe de la do-

cilidad que manifeſtaba en ſus palabras aquel Indio, le diò algunas cuentas de vidrio, caſcabeles, y otras menudencias de Caſtilla, y le pidiò fueſſe à Macatoa, y de ſu parte le dixeſſe al Señor de ella, que con aquellos Soldados ſe hallaba alli para paſſar à otras Provincias que eſtaban mas adelante, en cuya buſca venìa; y que deſeando ſu aliança, ſolicitaba lo tuvieſſe por amigo, para favorecerlo como à ſu confederado, ſin que ſus tierras, ni vaſſallos padeciеſſen hoſtilidad alguna de ſu gente, como conocerìa deſpues con evidencia, experimentando en ſu comunicacion la liſura de ſu trato. Diò mueſtras el Indio de aceptar con guſto la embaxada, y metiendoſe en vna mala Barquetilla, en que apenas cabia èl ſolo, fiado en el brazear de el canalete tomò la lengua de el aguario arriba à dar cumplimiento, con empeño, al encargo que le avian hecho con agrado.

LIBRO

LIBRO TERCERO
DE LA CONQUISTA, Y POBLACION DE LA PROVINCIA DE VENEZUELA.

CAPITULO PRIMERO.

ENTRA PHELIPE DE VRRE EN MACATOA, y con el favor de ſu Cacique deſcubre los Omeguas: queda herido en el primer encuentro, y con vn modo eſtraño lo cura Diego de Montes.

TRa el Indio priſionero vecino de vna Aldea cercana à Macatoa, y pagado de la afabilidad, y regalos con que lo tratò Phelipe de Vire, quiſo correſponderle agradecido, executando con promptitud lo que le avia encargado; y ſupo hazer tan bien la diligencia, ponderando tanto el agaſſajo, y agrado de los nueſtros, que ſe determino el Cacique à aceptar la amiſtad que le ofrecian; embiando el dia ſiguiente à vn hijo ſuyo con cinco Canoas grandes, y noventa Gandules, para que viſitando en ſu nombre à Phelipe de Vrre, lo conduxeſſe à la Ciudad para hoſpedarlo en ella. Era poco deſpues de aver amanecido quando ſe deſcubrieron deſde el alojamiento las Canoas, que favorecidas de la corriente, y ayudadas de la voga, navegaban por el rio abaxo; y aunque los nueſtros (por hallarſe prevenidos para qualquier accidente) luego que les dieron viſta ſe puſieron en armas; los Indios, ſin concebir recelo de aquella demonſtracion, ni eſtrañar la novedad de hallar con apariencias de guerra à quien buſcaban de paz, ſaltaron en tierra, preguntando por el Cabo

de aquella gente eſtrangera; y enterados de que era Phelipe de Vrre en quien reſidia el dominio, echandole los brazos el hijo de el Cacique, con entereza en el animo, y gravedad en el ſemblante, es comun tradicion que le hablò de eſta manera.

Piedrahit. lib. 10. c. 2.

Con vno de los moradores de eſtas riveras embiaſteis ayer à ſaludar à mi padre, que es el Señor de Macatoa, haciendole ſaber vueſtra venida à eſtos Païſes, y ofreciendole vueſtra amiſtad, y pacifico tratamiento à ſus vaſſallos; no ſiendo otros vueſtros intentos (ſegun le dais à entender) que informaros de las Naciones que habitan à la parte de cierta Serranìa, que demòra à razonable diſtancia de eſte rio, en cuya buſca venìs deſde la remota habitacion de vueſtro clima, con promeſſa de ſerle agradecido con buena correſpondencia, en caſo que os encamine à las tierras que buſcais; y hallandoſe mi padre obligado de vueſtra atencion, reconociendo por vueſtras palabras ſer muy diferentes vueſtras obras de lo que algunos ſeñores confinantes le avian dado à entender, pues afirmaban que erades hombres crueles, y feroces, enemigos de la paz, y movedores de la guerra; me embia de ſu parte à ſaludaros, y deciros guſta de aceptar vueſtra amiſtad, y hazer, no ſolamente el informe que pedìs, ſino tambien ayudaros con todo lo neceſſario, dandoos ſeguras guias que os encaminen al Reyno de los Omeguas: tambien os ruega mi padre, os ſirvais de paſſar à la Ciudad, donde pueda mas bien comunicaros, y regraciar la amiſtad, que con amor le ofreceis, à cuyo fin os remite eſtas Canoas, y eſtos vaſſallos à que os tranſporten en ellas à la otra vanda de eſte rio, ſobre cuyas barrancas cerca de aqui tenemos nueſtra vivienda.

Agradecido, y prudente reſpondiò Phelipe de Vrre à eſta embaxada, ſirviendo Pedro de Limpias de razonable Interprete para poderſe explicar; pero cautelando no traxeſſe diſfrazada alguna oculta traycion, reſolviò, con parecer de ſus Cabos, no aceptar la oferta por entòces, ni atraveſar el rio en tan pocas Canoas, por no exponerſe al rieſgo de paſſarlo divididos; y aſsi, valiendoſe de eſcuſas corteſanas, por diſfrazar ſu recelo, deſpidiò al hijo de el Cacique, pidiendole bolvieſſe à donde eſtaba ſu padre, y le expreſſaſſe el afecto con que eſtimaba las veras de ſu atencion; pero que para lograr el deſeo que tenia de gozar ſin dilacion el fruto de ſu amiſtad, ſe ſirvieſſe de remitirle otro dia las embarcaciones ſuficientes, para que paſſando todos juntos, pudieſſen conſeguir con brevedad, en el guſto de comunicarle, la con-

conveniencia que esperaban de el favor de su hospedage. Pero entendida esta respuesta por el animo generoso del mancebo, no quiso convenir en lo que se le proponia; y quedandose en el alojamiento con los nuestros, despachò vna Barqueta à Macatoa, que brevemente diò la buelta con otras ocho Canoas, para que remediada la falta, no quedasse escusa en el passage, ni la pudiera tener Phelipe de Urre, à vista de accion tan noble, y operacion tan bizarra; y assi, libre de rezelos, porque los Indios no atribuyessen à temor lo que avia sido cautela, huvo de embarcar su gente aquella tarde, llevando à nado los cavallos, que guiaban desde las Canoas con aladeras; pero atravesado el rio, pareciendole avria tiempo para poder entrar con dia en la Ciudad, se quedò aquartelado en sus barrancas, despidiendo hasta por la mañana al hijo de el Cazique, que bien apesarado de que se huviesse detenido en aquel sitio, diò la buelta à Macatoa, para dar quenta à su padre de la cercanìa en que quedaban yà los forasteros, à quienes el dia siguiente bien temprano embiò en hombros de cinquenta Indios porcion considerable de pescados, maìz, cazabe, y carne de venado, para que tomassen vn refresco antes que se pusiessen en camino: socorro, que les infundiò nuevos alientos para marchar con mejor brio à la Ciudad.

Esta se componia de hasta ochocientos vezinos, de casas bien formadas, en sitio muy alegre; sus calles anchas, tiradas, y parejas; sus edificios, aunque en la fabrica grosseros, en la disposicion gallardos, pues hechos en igual proporcion vnos con otros, quedaban à la vista muy ayrados, sirviendole de adorno, y hermosura el asseo, y limpieza de sus calles, pues no se encontraba en todas ellas yerva, piedra, ni embarazo, que pudiesse servir à los ojos de tropiezo. Quando entrò en la Ciudad Phelipe de Vrre la hallò desocupada de todos sus vezinos, pues porque tuviesse mejor conveniencia en su hospedage, se avian retirado como vn tiro de arcabuz sobre las mismas orillas de el rio, dexandole las casas proveìdas de quantos generos de bastimentos tiene para su sustento el vso, y costumbre de los Indios; portandose estos con tal vrbanidad, y con disposicion tan ordenada en sus acciones, que admirados los nuestros de vèr aquellas politicas, tan agenas en la rudeza de vna Nacion barbara, preguntaron al Cazique la causa que tenian para executarlas, y con especialidad el motivo de aver desembarazado la Ciudad, quando bastaban quatro casas para alojarse todos; à que satisfizo diziendo: que hallandose sus vassallos en el reconocimiento de la superioridad, y ventajas con que la naturaleza avia

adornado à los Eſpañoles, les avia parecido deſacato el quedarſe en la Ciudad para que habitaſſen juntos, quando por todas razones ſolo merecian el ſervirlos.

Era eſte Cazique hombre (al parecer) de quarenta años, en la eſtatura mediano, en el trato agradable, en la condicion noblo, y en el diſcurſo claro; de miembros bien proporcionados, el roſtro delgado, y la nariz aguileña; los Indios que le rendian vaſſallage ſe llamaban Guayupes en ſu Idioma, generalmente de cuerpos bien diſpueſtos, medidos en ſus acciones, en el hablar repoſados, y en el natural muy dociles: prendas, que dieron diſpoſicion à Phelipe de Vrre para poder informarſe de quanto deſeaba ſaber para ſu intento. Y viendo que las noticias que le daban correſpondian en todo à las que tenian anteriores, pues le aſſeguraban con certeza, que à la falda de cierta Serranìa, que ſe diviſaba de aquel Pueblo en tiempo claro, habitaban en opulentas Poblaciones los Omeguas, Nacion muy poderoſa, por la abundancia de oro que producia la tierra en diferentes minerales del contorno; tratò de ſalir de Macatoa, por dar quanto antes glorioſo fin à aquel deſcubrimiento: y aunque el Cazique por ſu parte procurò diſuadirlo de el empeño, teniendo ſu reſolucion por temeraria, pues ſiendo tan pocos los Soldados que llevaba (por valeroſos que fueſſen) avian de quedar por deſpojo de la multitud de ſus contrarios; hallandolo tenàz en ſu dictamen, y reſuelto à ponerſe à todo rieſgo en brazos de la fortuna, le dio para que lo conduxeſſen los Indios que le pidiò, y el avìo neceſſario para el tiempo de nueve dias, que podria tardar haſta otra Ciudad amiga, cuyo Cazique era ſu confederado, à quien lo recomendò con tanto empeño, que aficionado à los nueſtros por las relaciones de el amigo, los recibiò con amor, y hoſpedò con gran regalo; aunque la novedad de aquella gente peregrina, lo ſingular de las armas, y lo eſtraño de los cavallos, lo tenian tan admirado, que no avia objeto à la viſta que no le fueſſe vn aſſombro.

La aficion que eſte Cazique cobrò à Phelipe de Vrre, y ſus Soldados, aumentada con la comunicacion, y trato de aquellos pocos dias que eſtuvieron en ſu Pueblo, le hazian temer las deſdichas, que avian de ſobrevenirles, ſi llevando adelante la inconſideracion de ſu arrojo querian paſſar al Reyno de los Omeguas, por ſaber la abundancia de gente belicoſa que mantenia en ſus Provincias, exercitada ſiempre en las Campañas, aſsi por las continuas guerras que tenian con ſus vezinos, como por las diſcordias civiles en que los traìa embueltos

de

de ordinario ſu demaſiada opulencia ; conſideracion , que le movia à procurar divertirlos de el intento , repreſentandoles ſer mas temeridad , que valentìa, querer provocar (ſiendo tan pocos) à vna Nacion en quien ſobreſalia tanto el valor , como la muchedumbre ; y que teniendo en ſus tierras animales quaſi tan grandes como los cavallos (que debian de ſer carneros de los que ay en el Perù) les ſeria facil el montar tambien en ellos para hacer opoſicion à los pocos que llevaban, y quitarles el recurſo de batallar con ventaja ; pero como al paſſo que el Cazique ponderaba eſtas dificultades , expreſſaba tambien la ſuma riqueza que tenian en plata , y oro , ningun peligro ſe les ponia por delante, à viſta de los teſoros de que ſe juzgaban yà dueños : gran fuerça la que tiene la codicia en el corazon humano ! pues à la mas minima eſperança de interès no ay trabajo que lo aſſuſte , ni rieſgo que lo acobarde; ni ay deſdicha que no ſufra, ni pena que no tolere.

Viendo, pues, el Cazique, que no obſtante las evidentes razones de ſu repreſentacion eſtaban determinados à proſeguir el empeño , y no dar paſſo atràs ſin aver viſto la cara à los Omeguas; llevado de la aficion , que avia cobrado à los nueſtros , no quiſo deſampararlos , ni fiar el acierto de ſu viage à otra conducta , que la ſuya ; y aſsi , aſsiſtido de algunos Indios que le acompañaban, los fue guiando por caminos bien abiertos , aunque deſpoblados, por eſpacio de cinco dias que tardaron haſta llegar à vna Aldea de poco mas de cinquenta caſas , que dixo el Cazique ſervian para recogerſe los que guardaban las ſementeras de los Omeguas ; y debia de ſer aſsi , porque algunos Indios , que andaban eſparcidos por el campo, apenas reconocieron la gente foraſtera ſe fueron retirando , con paſſo apreſurado, àzia la Aldea.

Hallabanſe los nueſtros à eſte tiempo en vn ſitio elevado, y tendiendo la viſta à todas partes , à poca diſtancia deſcubrieron vna Poblacion de tan eſtraña grandeza , que aunque eſtaban bien cerca , no pudieron diſcurrir haſta donde llegaba la poblada extenſion de aquella maquina : tenia las calles derechas , los edificios muy juntos , y ſobreſalia entre todos vno de ſobervia fabrica , que ſegun la relacion que les diò el Cazique amigo, era el Palacio del Señor de la Ciudad , que ſe llamaba Quarica ; y le ſervia juntamente de habitacion à ſu perſona , y de Templo à muchos Dioſes , que tenia de oro mazizos.

Pueſtos yà los nueſtros à viſta de los Omeguas ſe les deſpidiò el Cazique , por parecerle no era ya neceſſaria ſu aſsiſtencia; pero por vltima demonſtracion

de

de ſu amiſtad, aconſejò à Phelipe de Vrre procuraſſe aprisionar aquellos Indios que ſe avian refugiado al abrigo de la Aldea, antes que tocando al arma dieſſen aviſo à la Ciudad. Eſtaban à cavallo à la ſazon Phelipe de Vrre, y otros que le acompañaban, y teniendo por acertado el dictamen, aplicaron el azicate à los hijares, y corrieron para la Aldea; pero los Indios, con mas velozidad en la fuga fruſtraron ſu diligencia, pues ſe puſieron en ſalvo antes que pudieſſen aprisionar à ninguno; ſolo Vrre, por ir en vn cavallo muy ligero, llegò à alcançar à vn Gandùl, que procuraba eſcaparſe con vna lança en la mano; pero viendoſe atropellar de la violencia de el cavallo, quiſo librarſe de el rieſgo con hazer roſtro al peligro; y bolviendo la cara para Vrre, le deſpidiò la lança con tal fuerça, que paſſandole el ſayo de armas, lo atraveſò con ella por entre las coſtillas, que caen debaxo de el brazo derecho, y proſiguiendo en ſu fuga ſe metiò en la Poblacion, dando lugar à Vrre para que bueltas las riendas al cavallo, con el dolor de la herida, ſe incorporaſſe con los demàs compañeros, que turbados à la novedad de tan deſgraciado accidente, no acertaban à reſolver lo que avian de executar.

No ſe hallaba menos confuſo el Cazique amigo, que deſeando experimentar el valor de los Eſpañoles, avia eſtado à la mira de el ſuceſſo; y pareciendole aquel deſaſtre caſtigo bien merecido à la arrogancia con que avian menoſpreciado ſus conſejos, recelaba temeroſo, que irritada con el aviſo toda la Nacion de los Omeguas avia de cargar ſobre ellos antes que tuvieſſe tiempo para poder retirarſe: diſcurſo, que acreditò la experiencia, pues en breve ſe empezaron à oìr confuſos alaridos, que mezclados con el eſtruendo de los tambores, y el reſonar de los fotutos, llenaban de horror el ayre, pues parecia que ſe conjuraba el mundo entero contra aquella corta Eſquadra de Eſpañoles; pero ſobrevino la noche à tan buen tiempo, que detuvo el paſſo à los Omeguas, y diò lugar, para que poniendo en vna hamaca à Phelipe de Vrre, caminaſſen con èl à paſſo tan largo, que à la noche de el dia ſiguiente llegaron al Pueblo del Cazique amigo, donde trataron de buſcar forma para curarle la herida.

De eſta diligencia ſe hizo cargo vn Soldado, natural de Madrid, llamado Diego de Montes, que deſpues entrò con el General Diego de Loſada à la Conquiſta, y Poblacion de eſta Ciudad de Caracas, y en edad decrepita muriò vezino de la del To cuyo: hombre tan ſingular, y de tan raras habilidades, que aſsi por ellas, como por ſu reſpectiva ancianidad, adornada de grandes

ex-

experiencias, y ſuperior talento, llegò à conſeguir el renombre de Venerable: apelativo con que fue conocido, y tratado en toda eſta Provincia, grangeandoſe tal eſtimacion en ella, que ſus palabras ſe llegaron à apreciar como ſi fueran Oraculos.

Determinado, pues, eſte Soldado (aunque no entendia de Cirugia) à curar à Phelipe de Vrre, como la herida era entre las coſtillas, y no avia tientas para reconocer ſi eſtaba ſuperior à las telas deel corazon, ò las avia laſtimado; diſcurriò vn modo tan ſingular como temerario para ſalir de eſta duda; y fue, que con beneplacito delCacique cogiò vn Indio, el mas anciano del Pueblo, (que debia de ſer eſclavo) y montandolo à cavallo con el miſmo ſayo de armas que tenia Vrre, hizo que otro Indio por la miſma rotura lo hirieſſe con vna lança, ſemejante à las que vſaban los Omeguas: prueba, que le coſtò la vida al miſerable, pues abriendolo deſpues para hazer la anotomia, de que neceſsitaba para aſſegurar ſu cura, hallò, que ſin laſtimar las telas avia ſido la herida ſuperior; y libre, con eſta experiencia, de la duda, rompiendole mas con vn cuchillo, para que quedaſſe manifieſta la herida, le hizo ciertos lavatorios con agua de arrayan, y otros compueſtos, que fueron baſtantes, para que meciendolo de vna parte para otra expelieſſe la ſangre que ſe le avia quaxado dentro, dexandolo en diſpoſicion, que quedò ſano del todo en pocos dias, con notable admiracion del Cacique, y demàs Indios, que abſortos ponderaban el ſufrimiento, y valor con que el paciente tolerò los martyrios de la cura.

CAPITULO II.

SIGUEN LOS OMEguas con poderoſo Exercito à Phelipe de Vrre, y Pedro de Limpias los vence en batalla: retiranſe los nueſtros al Pueblo de nueſtra Señora, y toman de alli la buelta de el Tocuyo.

NO ſe les ocultò à los Omeguas la retirada de los nueſtros, aun enmedio de la obſcuridad con que ſe cerrò la noche; pero por dar tiempo à la mejor diſpoſicion de ſu Exercito dilataron ſu ſalida haſta el romper de el Alva, que al ronco ſon de ſus caracoles, y fotutos, en bien formados Eſquadrones, que ſe componian de quince mil combatientes, empezaron à marchar en ſu alcançe con tanta celeridad, que no fueron ſentidos haſta llegar dos leguas antes de el Pueblo de el Cacique amigo; quien

teniendo la noticia por algunos vaſſallos ſuyos, que aſsiſtian en ſus labranças, diò aviſo à Phelipe de Vrre del rieſgo que amenazaba à todos con la cercania de tan pujante enemigo; pero como èl con el dolor de la herida no eſtaba para montar à cavallo, ni poder cuidar de nada, encargò la diſpoſicion de todo à ſu Maeſtre de Campo Pedro de Limpias, hombre bien afortunado, y practico en las guerras de las Indias, el qual ordenando ſu gente con el concierto, y brevedad que le dictò ſu experiencia, y el aprieto requeria; ſaliò al encuentro à los Omeguas, que en bien diſpueſtas Eſquadras, coronados de penachos, entre diverſidad de vanderas, ſe venian acercando por vn dilatado campo, muy acomodado para poderſe aprovechar de los Cavallos, que aunque pocos, dieron principio à la batalla, logrando, con daño de los contrarios, las ventajas que ofrecia la conveniencia de el ſitio, pues deſcompueſtas con ſu ferocidad las primeras filas de el Exercito enemigo, tuvieron lugar los Infantes, governados de Bartholomè Belçar, para hazer mas ſangrienta la refriega; porque ſiendo eſte emulo de Limpias en el valor, obrò aquel dia en ſu competencia maravillas, y à ſu imitacion los demàs Soldados, que conociendo era neceſſario echar el reſto al esfuerço para ſalir de el aprieto en que los tenia pueſtos la multitud de tanto barbaro, convirtieron en rayos las eſpadas; de ſuerte, que aunque los Indios, como valientes guerreros, procuraron mantenerſe en el combate, no pudiendo reſiſtir el impetu con que aquellos treinta y nueve Eſpañoles atropellaban ſus mas lucidas Eſquadras, ſe empezaron à retirar à los principios con orden; pero deſpues conociendo que à los nueſtros en lugar de quebrantarles el animo la continuada fatiga de el guerrear les daba nuevos alientos para moſtrarſe invencibles, con atropellada fuga deſampararon la campaña, dexandola ſembrada de cuerpos, y de penachos, ſin que de nueſtra parte ſe padecieſſe otro daño, que aver quedado herido del golpe de vna lança el Capitan Martin de Artiaga.

Batalla de los Omeguas.

Eſta fue la celebrada batalla de los Omeguas, en que la Nacion Eſpañola manifeſtò los quilates de ſu valor, y la fuerça de ſu fortuna, pues ſiempre ſerà memorable en las edades futuras vèr derrotado vn Exercito de quince mil combatientes de vna Nacion belicoſa por el corto numero de treinta y nueve Eſpañoles, y eſſos conſumidos, y poſtrados al continuado teſon de tan repetidos trabajos como avian padecido en ſu dilatado viage: accion en realidad de tan ſuperior eſfera, que

que por mucho que la pluma quisiera remontarse en su alabança, siempre quedàra corto el mayor hyperbole para su ponderacion; y que à no asegurarla por verdadera la antigua tradicion de este sucesso, y los autenticos instrumentos de aquel tiempo, pudiera quedarse escrupulosa la mas facil credulidad para el assenso; pero los descuidos de aquel siglo, en que à vista de la espada no tenia lugar la pluma, ocultaron de suerte la memoria de estos insignes Varones, privandolos de la gloria, que debia darles la fama, que por mucho que ha trabajado mi solicitud para dar à luz sus nombres, sacandolos de el olvido en que han estado hasta aora, solo ha podido descubrir catorce de ellos, que son los ya nombrados, Pedro de Limpias, Bartholomè Belçar, Diego de Montes, y Martin Artiaga, Diego de Paradas, Alonso Pacheco, Juan de Guevara, Sancho Brizeño, el Contador Antonio Naveros, el Tesorero Gonçalo de los Rios, Luis de Leon, Juan de Badillo, Damian de el Barrio, y el Chantre Don Juan Frutos de Tudela, à quien la falta que entonces avia en Coro de Operarios debiò de dar motivo para dedicarse à servir de Capellan; sino es ya que la relaxacion de aquella edad le concediesse permiso para alistarse por Soldado, pues siendo cierto que se hallò en esta jornada, solo vna de estas dos causas pudo conducirlo à ella, faltando à la precisa residencia de su Coro, y à la inescusable assistencia de su Iglesia.

Convalecido Phelipe de Vrre de su herida, pocos dias despues de conseguida esta victoria determinò, con parecer de sus Capitanes, dar la buelta à Macatoa, y de alli al Pueblo de N. Señora, en busca de los Soldados que avia dexado enfermos, para con el dictamen de todos resolver lo que debia executar sobre la conquista de tan poderoso Reyno como el que avia descubierto; no pareciendole acertado empeñarse en negocio de tanta consequencia con tan poca gente como la que tenia entonces; y aunque de esta resolucion manifestò gran sentimiento el Cacique amigo, por lo bien hallado que estaba con la compañia de sus huespedes, de cuyo trato, y familiaridad esperabà quedar aprovechado, aprendiendo aquellas politicas, y modo de vivir, que avia observado en ellos; sin embargo, animado con la promessa de que avian de bolver breve, tuvo de convenir en la determinacion del viage, dandoles el bastimento, y avio necessario, con guias que los conduxessen hasta dexarlos en Macatoa; pero huyendose estas al mejor tiempo, dexarõ à los nuestros precisados à caminar à tino,

solo

ſolo con la eſperança de que marchando ſiempre àzia el Poniente no podian errar el rio Guaybare, cuyas corrientes mas atriba, ò mas abaxo los avian de llevar à Macatoa, como les ſucediò, pues encontrando con ſus aguas por la parte ſuperior à la Ciudad, reconocido el parage, ſegun la demarcacion que pudieron formar de el ſitio en que ſe hallaban; deſpachò Phelipe de Vrre à Pedro de Limpias con algunos Soldados para que fueſſe à Macatoa, y le buſcaſſe Canoas: diligencia, que executada por Limpias con preſteza, facilitò el tranſporte, pues bolviò el dia ſiguiente con Embarcaciones baſtantes para todos, en que aviendoſe conducido à la otra vanda, ſin accidente que les retardaſſe el viage, proſiguieron haſta llegar al Pueblo de nueſtra Señora, deſpues de tres meſes que avian ſalido de èl para eſte deſcubrimiento.

Singular fue el regocijo que recibieron los enfermos con la relacion bien ponderada que daban los compañeros de las grandezas, y teſoros de el Reyno de los Omeguas, quedando vnos, y otros perſuadidos à que ſu felicidad les avia dado la dicha de deſcubrir el Dorado, en cuya buſca avian ſalido de Coro, atribuyendo à favor de la fortuna aver ellos conſeguido lo que ſin logro avian pretendido tantos: Pero ſi les preguntàramos la razon que tenian para decir, que aquella Provincia era el Dorado? no ay duda que no ſupieran explicar la cauſa de ſu diſcurſo, pues ſiendo eſte vn nombre imaginario, fundado en pura chimera, qualquiera Conquiſtador que en otra parte de la America deſcubrieſſe otra Provincia poderoſa pudiera afirmar tambien, que era el Dorado, ſin aver mas razon de congruencia para vno, que para otro; pero ſin embargo, no podemos negar, que juſtamente ſe hallaban deſvanecidos los Soldados de Phelipe de Vrre con el deſcubrimiento que avian hecho, pues tuvieron eſfuerço aquellos hombres para tolerar quatro años de imponderables deſdichas, hambres, y neceſsidades, atraveſando tan diferentes, y dilatadas Provincias como ay deſde Coro al rio de las Amazonas, pues à poca diſtancia de ſus margenes (ſegun la mas comun opinion) tienen ſu aſsiento los Omeguas; y no ay duda, que eſte Reyno deſcubierto por Vrre fue el miſmo de quien tuvo noticia Franciſco de Orellana, quando el año de quarenta y vno deſpachado por Gonçalo Pizarro (que ſe hallaba en el deſcubrimiento de la Canela) navegando por eſte rio ſupo en la Provincia de Machifavo, que à pocas leguas la tierra dentro tenia ſu reſidencia vn gran Señor, poderoſo en vaſſallos, y riquezas, llamado Omegua; pero Orellana deſpreciò ſu deſ-

Herr. Dec. cap. 2. 3.

deſcubrimiento, llevado de aquellas maximas con que aviendo faltado al parenteſco, y amiſtad, que le debia à Pizarro, procuraba quanto antes ſalir al mar de el Norte para paſſar à Eſpaña; y Phelipe de Vrre lo malogrò, perdiendo la vida en la crueldad de vn tyrano (como verèmos breve) por las diſcordias, y parcialidades que introduxo la deſvnion en ſus Soldados, ſiendo el origen de ellas las que corrian entre Pedro de Limpias, y Bartholomè Belçar, ſobre las diſpoſiciones Militares, pues ſiendo emulos declarados, y el vno Theniente-General, y el otro Maeſtre de Campo, no ſe ofrecia ocaſion, por leve que fueſſe, entre los dos, que no paràſſe en diſguſto; de que ſentido Pedro de Limpias, por el empeño con que Vrre, como payſano, y pariente favorecia en todo à ſu contrario, faltando à las obligaciones de ſu ſangre, deſeaba oportunidad para vengarſe de ellos, fraguando (aunque fueſſe à coſta de ſu credito) la perdicion de entrambos; y para poder lograrla ſin recelo, ſe le vino à las manos la ocaſion por los cabellos, porque diſputada entre todos en el Pueblo de nueſtra Señora la reſolucion que debian tomar ſobre la Conquiſta de los Omeguas, aunque ſobre la materia huvo diferentes pareceres, ſe tuvo por el mas acertado bolver à Coro para reformarſe de mas gente, pues intentar con la poca que tenian la ſujecion de vn Reyno tan poblado, donde por lo diſtante ſe conſideraban impoſsibles los ſocorros, era exponerſe à la contingencia de malograrlo todo, y perder con la precipitacion lo que eſtaba ſeguro con la eſpera.

Hallò con eſto Pedro de Limpias la coyuntura que deſeaba para executar ſu alevoſìa; y valiendoſe de quanta afectacion pudo fingir el diſsimulo, aprobò por el mas conveniente aquel dictamen, ofreciendoſe à paſſar perſonalmente à Coro, como le dieſſen veinte hombres para ſu eſcolta, y con la mayor brevedad que permitieſſe el tiempo dar la buelta con la gente, armas, y cavallos, que le parecia ſerian preciſos para dar expediente à la Conquiſta que tenian entre las manos.

Pareciòle bien à Phelipe de Vrre la propueſta, pues por aquel medio, ſin fatigar ſu Campo, ni deſacomodarſe de aquel Pueblo donde ſe hallaba con viveres ſuficientes para ſu manutencion, conſeguia el ſocorro de que neceſsitaba para proſeguir ſu empreſſa; y ſin ſoſpechar la malicia que ocultaba el corazon de Limpias, lo deſpachò à Coro, quedando muy agradecido à la fineza de ſu oferta; ſi bien pocos dias deſpues cayò en la quenta de ſu yerro, y arrepentido de averſe fiado de vn hombre à quien tenia quexoſo por los diſguſtos

paſſados, empezò à recelar, que puesto en Coro, no ſolo avia de faltar à ſocorrerlo con lo que avia prometido, pero le avia de hazer quanto mal tercio pudieſſe para deſacreditarle la Conquiſta: y no hallando otro remedio para atajar el daño que temia, levantò ſu Campo de el Pueblo de nueſtra Señora, y doblando las jornadas, tirò en ſu alcance; pero Limpias previniendo lo que podia ſuceder, ſe diò tanta prieſſa à caminar, que quando Vrre llegò à Barquiſimeto, ya avia dias que èl eſtaba en el Tocuyo, donde aviendoſe encontrado con el intruſo Governador Juan de Carvajal, procurò, valiendoſe de el favor de Juan de Villegas, introducirſe en ſu gracia, como lo conſiguiò; logrando por eſte medio la ocaſion de culpar, y deslucir todas las acciones de Vrre, exagerando el mal govierno con que ſe avia portado en la jornada, por ſeguir, contra el dictamen de todos ſus Soldados, las piſadas de Hernan-Perez, y la imprudencia con que à lo mejor de el tiempo ſe avia retirado, abandonando la Conquiſta de los Omeguas, à la qual procurò inclinar el bullicioſo eſpiritu de Carvajal, repreſentandole la honra, y vtilidad que le podia reſultar de ella, pues ſe hallaba con baſtante numero de gente para poderla emprender: propueſta, que ſiendo muy conforme à ſu natural inquieto, y ambicioſo, aceptò de buena gana, y la huviera executado à no averſela embarazado las novedades que ſucedieron deſpues.

CAPITULO III.

ALTERCAN SOBRE el govierno Vrre, y Carvajal: prende eſte à el otro con engaño: cortale alebоſamente la cabeza; y funda deſpues la Ciudad de el Tocuyo.

LUego que Phelipe de Vrre llegò, en ſeguimiento de Limpias, al deſembocadero de Barquiſimeto ſupo por relacion de algunos Indios Ladinos, como en el Valle de el Tocuyo ſe hallaba aquartelado vn Capitan, llamado Carvajal, con otros muchos Eſpañoles que le acompañaban; y como Phelipe de Vrre por entonces no pudieſſe diſcurrir, què gente fueſſe aquella que tenia tan inmediata, obrando con el recato de Capitan prevenido, hizo alto en Barquiſimeto, ſin querer paſſar mas adelante, haſta informarſe por extenſo de lo que debia obſervar, para diſponer ſus coſas con mayor ſeguridad; pero como eſtaban tan cercanos los dos Campos, no corrieron muchos dias ſin que comunicandoſe los vnos Soldados con los otros, ſe llegaſſe à manifeſtar la intencion de los

dos

dos Cabos; de que resultò assegurarse cada vno en su quartèl con dobladas centinelas, y observante vigilancia; porque Carvajal, fiado en el falso titulo de que se avia valido para apoderarse de el govierno, pretendia que Phelipe de Vrre, entregandole la gente que traìa como à Capitan General de la Provincia, quedasse sujeto à su obediencia. Y Vrre, que no ignoraba la subrepcion de el despacho en que estrivaba la pretension de su contrario, alegaba la nulidad de su recibimiento, afiançandose, en que siendo èl Theniente-General, legitimamente nombrado por la Audiencia, no podia prevalecer Governador intruso contra la certeza de vn titulo verdadero, en cuya virtud se hallaba en possession de el govierno de las armas, segun las disposiciones prevenidas por su Alteza.

No dexaba Pedro de Limpias por su parte de atizar quanto podia aquella llama, cuyo incendio temian todos avia de cobrar tal fuerça, que abrasasse la Provincia en rompimientos civiles; pues llevado de el desafecto concebido en su pasion contra aquellos Cavalleros Alemanes, aconsejaba à Carvajal prendiesse à Phelipe de Urre, assegurando la fuerça de su razon en el violento derecho de las armas, pues se hallaba con triplicado numero de gente del que tenia su contrario; pero Carvajal, como hombre astuto, nunca le pareciò acertado aventurar las ventajas de su partido à la incertidumbre de vn encuentro, y siempre tuvo por mejor valerse de sagaces dissimulos para sacar à Phelipe de Urre con engaño de la seguridad de su quartèl, à parte donde faltandole el resguardo de sus Soldados, pudiesse sin peligro aprisionarlo: designio, que aviendolo entendido algunos amigos de Urre, que estaban con Carvajal, se lo avisaron luego, previniendole viviesse con cuidado, sin dar lugar à que lograsse la cautela que intentaba la malicia de su contrario; pero sin embargo fue tanta la sagazidad, y maña de aquel animo taymado, que tuvo forma para persuadir à Urre, remitiesse la question à Juezes arbitros, que viendo las Provisiones de vno, y otro, declarassen à quien pertenecia el govierno de los dos; y para assegurarlo mas de la sinceridad con que deseaba la paz, y correspondencia de ambos, le propuso por segundo medio para que se acabasse la discordia: que caso que no gustasse de poner la materia en manos de terceros, por via de compromisso, seria mejor que de conformidad governassen juntos la Provincia, y vniendo la gente que tenian, fuessen de compañia à conquistar, y poblar lo que dexaba descubierto en los Omeguas.

Era Urre de vn natural ran-

do-

docil, y ſencillo, que no obſtante la prevencion que le tenian hecha ſus amigos, ſe dexò llevar de las altucias con que tiraba Carvajal à engañarlo; y dando aſcenſo al vltimo partido, ſin recelar el fraude que encerraba la propueſta, bien contra el parecer de ſus mas confidentes, y allegados, dexando el alojamiento que tenia en Barquiſimeto, paſsò con toda ſu gente à la ranchería de el Tocuyo, donde Carvajal, para dar aparente diſfràz à ſus intentos, con fingidàs demonſtraciones de amiſtad, lo recibiò con apariencias de alegria, previniendole para el hoſpedage quantos correjos pudo inventar el diſsimulo; pero breve conociò Urre el engaño en que lo avia metido ſu facilidad, y empeñado ſu confiança, pues ſin darle Carvajal parte en el govierno, (como le avia prometido) ni hazer caſo de ſu perſona para nada, ſolo tratàba de buſcar ocaſion en que poder prenderlo ſin tumulto; de que aviſado Urre, arrepentido de averſe puesto con tanta inconſideracion en manos de ſu enemigo, andaba ſiempre ſobre aviſo, acompañado de ſus mas confidentes, y allegados, haſta que Carvajal, deſeando acabar de vna vez con tanto fingimiento, lo combidò à comer vn dia à ſu caſa, con animo de executar la priſion, que tenia premeditada, entre los regozijos de el banquete; y aunque Urre conociò bien el peligro que ſe le prevenia en el cortejo; no obſtante, fiado en la bizarrìa de ſu valor, y en el numeroſo ſequito de ſus amigos, fue al combite, dexando prevenidos à Bartholomè Belçar, y à los mas de ſu faccion, eſtuvieſſen con cuidado para entrar à ſocorrerlo al menor rumor que oyeſſen. Y como Carvajal, noticioſo de eſta advertencia, no ſe atrevieſſe à hazer demonſtracion alguna en lo que tenia tratado executar; animado Phelipe de Urre con el temor que conociò en ſu contrario, deſpues de acabada la comida le dixo: vivia ya en conocimiento de los engaños con que lo avia tratado, pues faltandole à todo lo prometido, ſolo experimentaba los efectos de vna violencia continuada; à cuyo reparo le era preciſo ocurrir; y pues en la falſedad de ſu doble trato no tenia ya que eſperar, ſolo pretendia lo dexaſſe ir à Coro con ſu gente, para paſſar de alli à Santo Domingo à dàr quenta à la Real Audiencia de todo lo ſucedido.

Alborotòſe Carvajal con la propueſta, y levantandoſe de la ſilla, con acciones deſcompueſtas, y la voz algo alterada, le reſpondiò: tenia licencia para irſe donde quiſieſſe; pero que no penſaſſe en llevar gente conſigo, ni tuvieſſe atrevimiento para intitularſe Capitan General, ni aun Theniente de aquella Governacion, pues en ella no avia

mas

mas jurisdiccion, que la que en èl residia, mediante las provisiones despachadas por la Audiencia; à que replicando Vrre, se fueron travando de palabras, hasta llegar à meter mano à las espadas, apellidando cada qual favor al Rey, à cuyas vozes acudieron luego los parciales de vno, y otro; pero aviendose declarado muchos de los de Carvajal à favor de Vrre, quedò tan ventajoso su partido, que pudo, sin embarazo, aver puesto fin à la competencia con la muerte, ò prision de su enemigo: mas llevado de la generosidad de su noble animo, solo se contentò (para su perdicion) con despojarlo de todas las armas, y cavallos que tenia, y dexandolo en su ranchería avergonçado, se retirò con los Soldados de su sequito al Valle de Quibor, seis leguas distante de el Tocuyo.

No desmayò Carvajal con la desgracia de tan adverso sucesso; antes machinando nuevas trazas para poder tomar vengança de la afrenta recibida, despachò à su TheníenteGeneral Juan de Villegas, à Melchor Gurbel, y à vn Clerigo, llamado Toribio Ruiz, que le servìa de Capellan, al alojamiento de Vrre, para que exagerandole la enormidad de el delito en que avia incurrido, por aver desarmado con violencia à vn Governador de la Provincia, cuya autoridad debia siempre venerarse en respectuoso obsequio de lo que representaba, procurassen (ofreciendose à servir de medianeros) reducir la materia à conciertos de amistad, para que quedando en buena correspondencia, con olvido de todo lo passado, se acabassen de vna vez tantos disgustos: diligencia en que no discurriendo los terceros pudiera aver malicia, sin sospechar lo que ocultaba el traydor animo de Carvajal; pusieron tanto esfuerço, interponiendo ruegos, promessas, y partidos, que obligaron al corazon sencillo de Vrre à que debaxo de ciertas capitulaciones, que por ambas partes se firmaron ante vn Escriva-no, restituyesse las armas, y cavallos que avia quitado à Carvajal; y que desistiendose por entonces de la accion que pretendia al Govierno, passasse con los que le quisiessen seguir à Coro, para de alli executar el viage, que deseaba hazer à Santo Domingo à dar cuenta à la Audiencia de el estado en que dexaba los progressos de su conquista. Pero apenas Carvajal se viò con armas, y desecho el partido de su contrario, en confiança de la concordia estipulada, quando empezò à marchar en sus alcances con tanta celeridad, que à pocas jornadas lo descubriò alojado sobre las barrancas de vna de las quebradas, que corren por las montañas de Coro.

No se alborotò Phelipe de

Vrre aunque viò à Carvajal con gente armada, porque con fingido agrado, diſſimulando ſu depravada intencion, llegò manifeſtando en el ſemblante apariencias de vna perfecta amiſtad; haſta que apeandoſe de los cavallos, como cogiò a los Alemanes deſcuìdados, con facilidad prendiò à Phelipe de Vrre, à Bartholomè Belçar, al Capitan Palencia, y à Romero, y ſin permitir mas termino à aquella infauſta tragedia, que el que pedia la crueldad de ſu corazon cobarde, mandò à vn negro que llevaba les amarraſſe las manos, y con vn machete fueſſe cortando las cabezas de aquellos nobles Varones; y como el inſtrumento tenia embotados los filos con la continuacion de aver ſervido en otros exercicios mas groſſeros, con prolongado martyrio acabaron la vida aquellos deſdichados, mas à las repeticiones de el golpe, que al corte de la cuchilla, ſin que en el barbaro corazon de aquella fiera hicieſſen la mas leve impreſsion para la laſtima las crueles circunſtancias de tan tyrano ſuplicio; antes ſi, complaciendoſe con Limpias, y Sebaſtian de Armacea, mientras duraba la execucion de tan villana inſolencia celebraba, por paſſatiempo, las naturales fatigas que padecian aquellos infelices con las anſias de el morir.

Eſte fue el fin laſtimoſo de el General Phelipe de Vrre, digno por cierto de mejor fortuna. En la Ciudad de Spira, en las Provincias de Alemania, tuvo ſu nacimiento, y llevado de el ardor de ſus juveniles años paſsò à la America, donde manifeſtò ſiempre los quilates de ſu prudencia, y valor; y como eſtos ſobreſalieron en todas ocaſiones à la ſombra de el parenteſco que tenia con los Belçares, dieron motivo para que la Audiencia de Santo Domingo le nombraſſe por Theniente General de el ſeñor Baſtidas; los deſeos de el aplauſo, mas que el anſia de las riquezas, lo empeñaron en el deſcubrimiento de el Dorado, donde el yerro cometido en ſeguir con tenacidad las piſadas de Hernan-Perez le hizo malograr la gloria, que le prevenia ſu dicha. Ningun Capitan de quantos militaron en las Indias enſangrentò menos la eſpada, pues aviendo atraveſado mas Provincias que otro alguno en el dilatado viage de quatro años, ſolo moviò ſu moderacion la guerra, quando no hallò otro remedio para conſeguir la paz. El deſcubrimiento de el Reyno de los Omeguas, en cuya buſca (aunque en balde) han trabajado deſpues tantos, huviera hecho ſin duda glorioſa la memoria de ſu nombre, ſi la vengança infame de Pedro de Limpias, y la crueldad traydora de Caravjal, no le huvieran con

vio-

violencia anticipado la muerte en lo mas florido de sus años, pues cortaron el hilo de su vida à los treinta y quatro no cavales de su edad, quedando sepultadas con el lastimoso sucesso de su desgracia las noticias mas claras de aquel opulento Reyno, pues hasta oy se ignora la parte donde està su situacion.

Fenecida la tragedia de Phelipe de Vrre, diò luego Carvajal la buelta al Valle de el Tocuyo, donde perdiendo el temor à Dios, y la verguença al mundo, soltò, sin rebozo, ni cautela, la rienda à sus crueldades, pues sin mas motivo que su gusto, tomando por pretexto leves causas, era raro el dia que no ahorcaba vno, ò dos de los que avian sido parciales de Phelipe de Vrre, sin que huviesse persona que se atreviesse à irle à la mano, para que se abstuviesse en la repeticion de tanto desafuero, por no experimentar los terribles efectos de su enojo; pues siendo el Factor Pedro de San Martin el sugeto de su mayor confiança, porque vn dia à solas, como amigo, le advirtiò lo mal que hazia en execucion de tan sangrientos castigos, faltò poco para mandarlo ahorcar, y à buen partido, fulminandole causa de traydor, lo remitiò con vn par de grillos preso à Coro.

En estos, y otros semejantes exercicios, hijos de su temeridad desenfrenada, se entretuvo Carvajal, hasta que por fines de el año de quarenta y cinco, à instancias de los hombres principales que tenia en su Campo, determinò poblar vna Ciudad en el mismo parage en que tenia su rancheria, por las grandes conveniencias que para ello ofrecia el distrito; y formada la traza de las calles, para executar la planta hizo desmontar todo el boscage que ocupaba la capacidad de el sitio, reservando solo por blason de su crueldad vna hermosa, y copada ceiba, cuyas ramas, sirviendole de horca, avian sido teatro de sus injusticias; sin discurrir, que como otro Aman, dexaba en ella el patibulo para su muerte, y el instrumento para su afrenta; y despues de celebradas las demas disposiciones, que en tal caso se acostumbran, el dia siete de Diciembre del mismo año quarenta y cinco hizo la fundacion de la Ciudad, intitulandola nuestra Señora de la Concepcion de el Tocuyo, cuyos primeros vecinos, y pobladores fueron; Diego Ruiz Vallejo, Estevan Matheos, Damian de el Barrio, Juan de Guevara, Juan de Quincozes de la Llana, Luis de Narvaez, Gonçalo de los Rios, Sancho de el Villar, Christobal de Aguirre, el Licenciado Hernan-Perez de la Muela, Alonso de Campos, Christobal Lopez, Juan Sanchez Moreno, Juan de Antellano, Antonio de el Barrio,

Ciudad de el Tocuyo.

zio, Domingo del Barrio, Thomè de Ledeſma, Amador Montero, Chriſtobal Ruiz, Diego de Montes, Gonzalo Manuel de Ayala, Diego de Morales, Bartholomè Garcia, Franciſco Sanchez, Juan de Villegas, Franciſco de Villegas, Luis de Caſtro, Diego de Ortega, Franciſco de Vergara, Blàs Martin, Alonſo Martin, Juan de Salamanca, Melchor Gurbel, Leonardo Gurbel ſu hijo, Diego de Eſcorcha, Diego de Leyba, Juan Matheos, Bernardo de Madrid, Franciſco de Madrid, Bartholomè Suarez, Juan de Ciſneros, Juan Cataño, Vaſco de Moſquera, Gonçalo Martel, Pedro Hernandez, Juan Muñoz, Pedro Alvarez, Luis Tani de Miranda, Juan de Tordecillas, Hernando Alonſo, Toribio Ruiz, Franciſco Muñoz, Franciſco Lopez de Triana, Juan Roldan, Pedro de Limpias, Chriſtobal Rodriguez, Sebaſtian de Almarcha, Alvaro Vaez, y Franciſco de San Juan; de los quales nombrò Carvajal por primeros Regidores à Damian de el Barrio, Juan de Guevara, Alonſo de Campos, y Bartholomè Garcia; por Alguacil Mayor à Luis de Narvaez, que juntos luego en Cabildo, para dar en todo forma à la nueva Ciudad, eligieron por Alcaldes à Eſtevan Matheos, y à Juan de Antillano.

Tiene ſu aſsiento eſta Ciudad en vn hermoſo Valle, à quien dà nombre el rio Tocuyo, que lo fecunda con ſus aguas ſiempre criſtalinas, delgadas, y guſtoſas; ſu temperamento es templado, aunque mas toca en calido, que en frio; ſu comarca abundante, y ſu terreno fertil; produce mucho trigo, algodon, azucar, maìz, y otras ſemillas; cogenſe muchas frutas, aſsi criollas, como eſtrangeras, y en particular ricas mançanas, y muy fragrantes roſas; ſus paſtos ſon muy adequados para ganado cabrìo, en que es imponderable el multiplico, de cuyas pieles benefician muchos, y buenos cordovanes, que ſirven de mercancìa à ſus moradores; la Ciudad al preſente es habitada de ciento y treinta vecinos, y entre ellos algunos de familias muy iluſtres, aſsi deſcendientes de los primeros pobladores, como agregados deſpues; ademàs de la Igleſia Parrochial mantiene dos Conventos de Religioſos, vno del Orden de San Franciſco, y otro de Santo Domingo, aunque ambos de corto numero.

Los que ponen la fundacion de eſta Ciudad en el año de quarenta y ſiete hecha por el Governador Juan de Toloſa, no ay duda que le quitan ſin razon dos años de antiguedad, por la mala relacion con que eſcrivieron, pues conſtando lo que llevamos referido por los miſmos Autos de ſu Poblacion, y por el repartimiento de encomiendas hecho

Fr. Pedro Sim. 5. not. cap. 14. Piedrahit. lib. 2. c. 2.

hecho por Carvajal entre los vezinos pobladores, no ay fundamento alguno para la opinion contraria.

CAPITULO IV.

LLEGA EL LICENCIAdo Frias à Coro: quita el Emperador à los Belçares la administracion de la Provincia, y viene à governarla el Licenciado Tolosa: prende à Carvajal, y por sentencia suya muere ahorcado.

LAs insolencias, y desafueros de Carvajal fueron de calidad, que no pudiendo contenerse la fama de ellos dentro de los limites de la Provincia, con facilidad llegaron las noticias à la Isla de Cubagua, donde se hallaba el Licenciado Frias entendiendo en las Comisiones que le avia encargado la Audiencia; y enterado del mal proceder de su Theniente General, con el deseo de aplicar quanto antes el remedio à semejante daño, procurò abreviar todo lo posible las diligencias que tenia à su cuidado; y fenecidas, passò à Coro por principios de el año de quarenta y seis, llevando en su compañia à Diego de Losada, que retirado en Cubagua desde los primeros lances que tuvo con Carvajal en Coro, avia estado à la mira para vèr el incendio desde lexos; pero como Carvajal con la viveza de su genio, previniendo este futuro accidente, se avia llevado quantas armas, y cavallos avia en Coro, hallò Frias tan desproveìda la Ciudad de vn todo, que le fue preciso detenerse algunos dias, mientras buscaba forma de prevenirse de suerte, que pudiesse passar con seguridad al Tocuyo, porque rezeloso de los atrevimientos de Carvajal, no se atrevia à entrar en busca suya sin llevar gente armada, con que poderle hazer oposicion, en caso que intentasse alguna resistencia.

Año de 1546.

En este intermedio llegò à Coro el Licenciado Juan Perez de Tolosa, natural de la Ciudad de Segovia, Cavallero muy prudente, y gran Letrado, à quien el Emperador embiò por Governador, y Capitan General de la Provincia, por aver privado de la administracion de ella à los Belçares, mediante las repetidas quexas, y noticias con que su Magestad se hallaba de los irreparables daños, tyranìas, y desordenes, introducidos con el govierno Alemàn, que fueron tantos, que con justa razon dieron motivo para que el señor Don Fray Bartholomè de las Casas en su Libro de la Destruccion de las Indias, llamàsse à esta Provincia infeliz, y desgraciada; y lo fue sin duda, pues si no huviera padecido la desdicha de aver estado aquellos diez y ocho años su,

jeta al dominio Eſtrangero, fuera vna de las mas opulentas que tuviera la America; porque en lo dilatado de ſu diſtrito, lo fertil de ſu terreno, lo benigno de ſu clima, lo abundante de ſus aguas, ni en la conveniencia de ſus Puertos ay otra que la iguale, y en la multitud inumerable de Indios que la habitaban hizo ventaja à muchas, aun de las mas pobladas: pero como los Alemanes la vieron ſin amor, conſiderandola como vna coſa preſtada, ni atendieron à ſu conſervacion, ni procuraron ſu aumento, pues ſolo tiraron à aprovecharſe mientras duraba la ocaſion, ſin reparar en que los medios de que ſe valian para desfrutarla fueſſen, ò no, los mas eficazes para deſtruirla; pues ſin hacer aſsiento en parte alguna, ni poblar en tan hermoſos Paiſes como deſcubrieron, llevandolo todo à ſangre, y fuego, no dexaron coſa que como fieras deſatadas no aſſolaron; y como el interés principal de ſu ganancia lo tenia afiançado ſu codicia en la eſclavitud de los miſerables Indios, fueron por millares los que ſacaron para vender à los Mercaderes que ocurrian à Coro, con el cebo de tan infame trato; de que reſultò deſpoblarſe lo mas de la Provincia, porque los Indios, huyendo de padezer las violencias que experimentaban en ſemejantes tyranìas, por aſſegurar la vida, y la livertad, deſampararon ſus Pueblos, y ſe feron retirando à lo interior de los Llanos, donde ſe han quedado haſta el dia de oy; perdiendo por eſta cauſa tantos vaſſallos el Rey, y tantas almas la Igleſia.

La noticia de eſtos procedimientos, y ottos, que por ſu enormidad (con cuidado) dexa en ſilencio la pluma, fue el motivo que tuvo el Emperador para privar à los Belçares, y embiar por Governador al Licenciado Toloſa; quien luego que llegò à Coro, informado de las operaciones de Carvajal, aſsi por relacion que le hizo Frias, como por la que le daban diferentes perſonas, que cada dia venian huyendo los rigores de ſu proceder tyrano, determinò paſſar quanto antes al Tocuyo, para atajar los paſſos de aquel hombre, aplicandole el caſtigo que merecian ſus maldades; y para ello, valiendoſe de la miſma prevencion que para el miſmo efecto tenia diſpueſto Frias, y de alguna gente de la que en ſu compañia avia venido de Eſpaña, ſaliò de Coro, diſponiendo el viage con tal preſteza, y ſecreto, que ſin ſer ſentido, ni tenerſe noticia alguna en el Tocuyo, amaneciò vna mañana ſobre los ranchos de la nueva Ciudad, y cercando la caſa de Carvajal, lo puſo luego en priſiones, paſſando por la miſma fortuna ſu Theniente General Juan de Villegas.

Executada eſta diligencia con tan buena diſpoſicion, para

ſoſ-

ſoſſegar los animos de los parciales que pudiera tener Carvajal, antes que entre ellos ſe pudieſſe originar alguna alteracion por verlo preſo, juntò Toloſa todos los vezinos de la Ciudad en las caſas que avia eſcogido para ſu morada; y deſpues de averles manifeſtado las Proviſiones, y Titulos que traìa de Governador, y Capitan General de la Provincia, y los deſpachos particulares de el Emperador contra los Belçates, con agradables razones, tan prudentes como diſcretas, les diò à entender los motivos que avia tenido para prender à Carvajal, y à ſu Theniente, à quienes oiria en juſticia, aplicandoles de ſu parte quanto permitieſſen los enſanches de la gracia; porque ſu animo ſolo era atender al comun ſoſsiego, procurando (en quanto pudieſſe) la mayor vtilidad, y conveniencia de los vezinos: de que quedaron todos tan pagados, eſtimando la afabilidad, y buenos modos de Toloſa, que con general aplauſo, ſin que ſe reconocieſſe en alguno la mas leve ſeñal de diſplicencia, fue recibido al vſo de ſus pueſtos; pero ſin embargo, no obſtante la aceptacion con que Toloſa reconociò avia ſido admitido en el Tocuyo, ſe hallaba baſtantemente cuidadoſo, temiendo alguna opoſicion, ò movimiento de el Capitan Juan de Ocampo, à quien Carvajal pocos dias antes avia embiado cõ ſeſenta hombres de ſus mas confidentes, y allegados, à deſcubrir los Valles de Vmucaro; y para ſalir con brevedad de eſte rezelo, deſpachò en buſca ſuya à Diego de Loſada con alguna gente de guerra, y teſtimonio de las Proviſiones de el Ceſar, para que haziendoſelas ſaber, le notificaſſe de ſu parte, dieſſe luego la buelta à la Ciudad: diligencia en que tuvo poco que hazer la actitud de Loſada; porque ſiendo Cavallero el Juan de Ocampo, con la lealtad que pedia ſu ſangre, en viſta de los deſpachos diò luego la obediencia à Toloſa, reconociendolo pot ſu Governador ſin repugnancia alguna; y celebrando todos la dicha de verſe libres de la opreſsion que padecian con la tyranìa de Carvajal, y violento govierno de los Belçates, bolvieron otra vez para el Tocuyo.

Compueſto todo tan à guſto de Toloſa, mediante la buena forma con que lo diſpuſo ſu prudencia; luego q̃ ſe viò en la quieta poſſeſsion de ſu govierno, tratò de ſubſtanciar la cauſa de los preſos; y aviendola ſeguido con grande eſpera por todos los terminos que diſpone el Derecho, como quiera que contra el Capitan Juan de Villegas no reſultò cargo alguno; antes ſi conſtò de la ſumaria no aver tenido intervencion en los precipitados exceſſos de Carvajal, (que como hijos de aquel natural indomito, no huvo conſejo que pudiera con-

contenerlos) por Sentencia, que pronunciò en veinte y cinco de Septiembre del miſmo año de quarenta y ſeis, lo declarò por libre; y para darle ſatisfaccion de el agravio que pudo aver padecido en la priſion, informado de la calidad, y prendas de el ſugeto, lo nombrò por ſu Theniente General; adquiriendo por eſte medio en la comun aceptacion tantos aplauſos Toloſa, como creditos Villegas.

Muy diferente fue el fin que tuvieron los ſucceſſos de Carvajal, porque ſiendo ſus delitos tan enormes, y ſu proceder tan deſreglado, fueron tales las atrocidades que ſe le juſtificaron, que ſe viò obligado Toloſa à condenarlo à muerte, mandando: que deſpues de arraſtrado por las calles mas publicas de la Ciudad, fueſſe ahorcado en la miſma ceyba, que avia ſido teatro de ſus injuſticias; y aunque por parte de el reo ſe apelò para el Conſejo, y por la de algunos Cavalleros ſe interpuſieron ruegos, eſtuvo Toloſa tan firme en ſu reſolucion, que atropellandò por todo, executò la ſentencia; pagando Carvajal con vna vida, que perdiò con razon, tantas como èl avia quitado ſin ella: y fue particularidad muy reparable, que deſde el inſtante que muriò en la ceyba, ſiendo haſta entonces vn arbol muy frondoſo, ſe empezò à marchitar, haſta ſecarſe, con tanta brevedad, que ſirviò de admiracion ſu ruina, ſi antes avia ſido aſſombro ſu hermoſura.

CAPITULO V.

SALE ALONSO PEREZ à deſcubrir las Sierras Nevadas: atravieſa el rio de Apure, y llega à las Lomas de el Viento, y Valle de Cucuta.

FEnecida la tragedia de Carvajal, tratò Toloſa de dar aſsiento, y nueva forma para el govierno, y permanencia de la Ciudad, que hallò recien fundada; y como lo principal en que avia de conſiſtir ſu conſervacion, y aumento era en las Encomiendas de los Indios, para aſſegurarlas en los vezinos que las poſſeìan, y que no quedaſſe puerta abierta, para que la inconſideracion de algun Governador imprudente pudieſſe en algun tiempo privarlos de aquella corta vtilidad, que gozaban por vnico premio de ſus ſervicios, y trabajos; conociendo la nulidad que padecia el repartimiento hecho por Carvajal, por falta de juriſdiccion, pues ſiendo Governador intruſo no avia tenido autoridad para formarlo, declarò por vacas todas las Encomiendas, y ſin inmutar en coſa alguna, con integridad ſingular las bolviò à proveer en los miſmos que las tenian antes, deſpachandoles nue-

nuevos titulos para ſu ſeguridad, y mayor firmeza; y aunque agradecidos los vecinos à la limpieza de ſu obrar, le ſuplicaron con inſtancia ſe adjudicaſſe para sì los Indios de el Valle de Cubiro, que avian ſido de Carvajal, ſolo pudieron conſeguir de ſu modeſtia tomaſſe en repartimiento (por ſatisfacer à ſus ruegos) algunas pocas familias, y las demàs, con general aclamacion de todos, las diò à Diego de Loſada, que fue la vnica remuneracion que debiò aquel Cavallero à eſta Provincia, quando la continuada tarèa de ſus ſervicios, en la comun eſtimacion de todos, lo graduò ſiempre por digno de los mayores premios.

De eſta diligencia reſultò quedar el Governador Toloſa en el conocimiento de que avia muchos Eſpañoles ſin conveniencia en el Tocuyo, porque ſiendo las Encomiendas pocas no podian ſer baſtantes para acomodarſe todos; y deſeando buſcar forma para el remedio de los que avian quedado ſin parte en el repartimiento de los Indios, diſpuſo que ſu hermano Alonſo Perez de Toloſa ſalieſſe con cien hombres à deſcubrir las Sierras Nevadas, (à cuya falda ſe poblò deſpues la Ciudad de Merida) que por ſu elevada eminencia avian ſido ſiempre diviſadas à mano izquierda en todas las entradas que ſe avian hecho à los Llanos; y era fama, ſegun la relacion de algunos Indios, encerraban en sì grandes riquezas, cuyo deſcubrimiento no ay duda fue el motivo principal de eſta jornada; aunque otros la quiſieron atribuir à buſcar camino para paſſar ganados deſde el Tocuyo al nuevo Reyno, por dictamen de Chriſtobal Rodriguez, que como vno de los que avian entrado allà con Fedreman ſabìa la gran vtilidad, que podia reſultar de eſte comercio; y con efecto èl fue el primero que conſiguiò deſpues introducirlo en Santa Fè, quedando bien aprovechado con ſu advitrio.

Pero al fin, ſeaſe por el vn motivo, ò por el otro, diſpueſto todo lo neceſſario ſaliò Alonſo Perez de el Tocuyo por principios de Febrero del año de quarenta y ſiete, llevando por ſu 1547.
Maeſtre de Campo à Diego de Loſada, cuyo parecer, por orden expreſſo del Governador, ſe avia de ſeguir en todo quanto ſe pudiera ofrecer en la jornada; y encaminando ſu derrota por el miſmo rio de el Tocuyo arriba, deſpues de aver gaſtado algunos dias en ſus margenes, atraveſada la Serranìa, que por alli le demoraba àzia el Oeſte, ſaliò al rio Guanaguanare, que por aquella parte corre con el nombre de Zazaribacoa; y entrando por los Llanos caminò por ellos haſta la miſma falda de las Sierras Nevadas, con intencion de traſmontar ſus cumbres para

buſcar de la otra parte los teſoros, que aſſeguraba la fama de ſus riquezas; pero como los mas tenian pueſta la mira en irſe acercando al nuevo Reyno, buſcando caminos mas tratables para introducir ganados, contradixeron la opinion de Alonſo Perez, tomando por pretexto lo inacceſsible de la miſma Serranìa, cuya fragoſidad, ayudada de las nieves, hazia impracticable el paſſage, con el rieſgo de perecer en el yelo de ſus pàramos: circunſtancias, que bien conſideradas, obligaron à ſeguir el camino por los Llanos, haſta llegar à las riveras de Apure, ſobre cuyas barrancas ſe detuvo Toloſa algunos dias, en los quales, animados los Indios de la comarca al vèr el corto numero de que ſe componia aquella Eſquadra de Eſpañoles, reſpecto de las que avian paſſado por alli en otras ocaſiones, determinaron probar ventura para lançarlos de ſu tierra con las armas; y juntos, en bien formados batallones, dieron de ſobreſalto vna mañana al romper de el Alva ſobre el alojamiento de los nueſtros, que ignorantes de ſemejante movimiento, eſtaban entregados al ſueño deſcuidados; pero bolviendo en sì con el eſtruendo, ſin que tuvieſſe lugar la turbacion en aquel lance, cogierõ con preſteza los cavallos, y echando mano à las armas, rompieron por entre las barbaras Eſquadras, que deſcompueſtas à los primeros encuentros, con pèrdida de ſus mas valientes guerreros, dexaron el Campo, y la victoria en manos de los nueſtros; aunque no à tan poca coſta, que no murieſſe vn Soldado, y quedaſſẽ heridos mas de veinte.

Aviendoſe detenido Alonſo Perez, deſpues de la refriega, ſolo el tiempo que fue preciſo para curar los heridos, bolviò à buſcar la Serranìa, entrandoſe por las cabezeras de el miſmo rio de Apure, diſcurriendo que por aquella parte (al parecer menos fragoſa) podria ofrecer el paſſo mas tratable; haſta que apretado de la neceſsidad que padecia de baſtimentos, deſpachò à buſcarlos al Capitan Romero con quarenta hombres, que à poca diligencia, en vna quiebra que hazia la cordillera, encontrò con vna mediana Poblacion, cuyos vecinos pueſtos en arma con razonable defenſa, embarazaron por gran rato la entrada de los nueſtros; pero aunque hirieron de peligro en el combate al Capitan Romero, y à otros quatro Soldados, è hicieron de ſu parte quanto ſupo el valor para la reſiſtencia, no pudieron librarſe de paſſar por la mala fortuna de vencidos, pues quedaron todos los mas aprisionados, y el Pueblo entregado al ſaco, robando, y deſtruyendo los Soldados quanto les dictò ſu antojo.

Con

Con la presa delndios, maìz, mantas de algodon, y raìzes comestibles, siguieron el mismo rio, y à pocas leguas de camino, sobre la opuesta rivera dieron con otro Lugarcillo de Indios Tovoros, que à la primera vista hicieron muestras de quererse defender, ostentando muchas armas desde las barrancas de el rio; pero advirtiendo el denuedo con que los cavallos se arrojaban à la corriente para passar en su busca, desampararon el sitio, poniendose en huìda, y dexando la Poblacion al advitrio de los nuestros, para que passasse luego por los rigores de el saco. Pero no contentandose con lo que hallaron en ella, dos de los Soldados, tan atrevidos como codiciosos, se entraron por la montaña, por vèr si su diligencia les deparàba à la mano algo de lo que en tales ocasiones suele ocultar el miedo, ò la prevencion; y dando en vna emboscada donde los Indios estaban retirados, perdiò el vno luego la vida en pago de su codicia, y el otro huviera passado por la misma desventura, à no averse aprovechado de la ligereza que le diò el temor, y el susto para ponerse en salvo, corriendo presuroso hasta ampararse del Pueblo; donde sentido Alonso Perez de la desgracia sucedida, le huviera dado garrote, à no averse interpuesto de por medio la intervencion de algunos Capitanes, à cuyo ruego le conmutò el castigo en otras penas.

De este Pueblo de los Tovoros prosiguiò Tolosa su jornada siempre por el mismo rio de Apure, hasta llegar à la boca de otro que se le junta, no menos caudaloso, por el qual, dexando à Apure, encaminò su viage, buscando el Valle, que oy llaman de Santiago, (donde despues se poblò la Villa de San Christoval entre las Ciudades de Pamplona, y Merida) cuyos moradores, con la noticia de que llegaba gente foraltera à sus vmbrales, baxaron por el rio vna jornada, con animo de aprovecharse de vna angostura, que formaba el Valle entre dos cerros, para embarazarle la entrada con las armas; pero absortos con la novedad, al vèr el trage, y disposicion de los Espanoles, y la grande ligereza, ybrio de los cavallos, se pasmaron de suerte, que no acertaban à valerse de los arcos para la ofensa, ni de los pies para la fuga; hasta que acometidos de los nuestros, con la muerte de vnos, y las heridas de otros, se huvieron de resolver à retirarse, abandonando todo el Valle à discrecion de los Soldados, que sin perder el tiempo metieron à saco las primeras Poblaciones que encontraron, donde alojados aquella noche, tuvieron noticia el dia siguiente, de que en el Valle arriba avia otro Pueblo de numerosa vecindad

(que

(que fue el que llamaron deſpues de las Aviamas los que poblaron la Villa de San Chriſtobal;) y partiendo en ſu buſca con preſteza, paſsò por la miſma fortuna de los otros: ſin que baſtaſſe el no aver hecho opoſicion alguna ſus vecinos, para que dexaſſe la crueldad de executar algunas muertes en los que ſolo atendian à huir para ſalvar la vida.

Recogido el pillage de eſte Pueblo, y atraveſado el rio de San Chriſtobal, fue à dàr Alonſo Perez à la Poblacion, donde al preſente eſtà edificado el Templo de la Milagroſa Imagen de nueſtra Señora de Tariba, cuyos naturales con temor anticipado avian recogido ſus muebles, y familias à la cumbre de vn elevado monte, penſando hallàr en èl ſeguridad para ſu ſuſto; pero ſeguidos por el raſtro, aunque con trabajo en la ſubida, fueron deſcubiertos por los nueſtros, para acreditar lo que vale la deſeſperacion en vn aprieto, pues puestos en defenſa hicieron tal reſiſtencia, que ſaliò muy coſtoſo el vencimiento, quedando muertos ſeis cavallos, y mal herido Alonſo Perez, con otros de ſus Soldados, ſin conſeguir otro fruto de la victoria, que el corto deſpojo de quatro alhajas inutiles: cauſa, para que deſconſolados al ver las pocas mueſtras que encontraban de las riquezas que les avia prometido ſu deſeo, deſamparaſſen el Valle de Santiago, con la eſperança de hallar mejor fortuna en otra parte; y atraveſadas las Lomas de el Viento por la Poblacion de Capacho, ſalieron al gran Valle de Cucuta, cèlebre criadero de las mejores mulas, que oy produce el nuevo Reyno; y donde con verdad ſe puede aſſegurar, que todo el monte es oregano, pues apenas ſe hallarà otra planta en lo dilatado de ſu fertil, y calido terreno.

CAPITULO VI.

ENTRA JUAN DE Villegas al deſcubrimiento de Tacarigua: toma la poſſeſſion de ſu Laguna, y da la buelta al Tocuyo: muere el Governador Toloſa, y Alonſo Perez proſigue ſu jornada.

DEſpues que Alonſo Perez ſaliò del Tocuyo al deſcubrimiento de las Sierras Nevadas, deſeando el Governador Toloſa hazer celebrado ſu Govierno con nuevas Poblaciones, y Conquiſtas, y animado con la eſperança de deſcubrir algunas minas de oro, de que ſe avian hallado mueſtras en las entradas que diferentes vezes ſe avian hecho por el Puerto de la Borburata, diò orden à ſu Theniente General Juan de Villegas, para que llevando ochenta hombres

bres à ſu ſatisfaccion, atraveſado el Valle de Barquiſimeto, fueſſe coſteando la Serranìa àzia el Oriéte, haſta ſalir à la Provincia, y Laguna de Tacarigua, en cuya juriſdiccion poblaſſe vna Ciudad en la parte que le pareciеſſe mas conveniente, para que ſirvieſſe de ſujecion à la comarca; y en ſu cumplimiento, hechas las prevenciones neceſſarias, ſaliò Juan de Villegas de el Tocuyo por Septiembre de el miſmo año de quarenta y ſiete, llevando en ſu compañia à Luis Narbaez, Pedro Alvarez, Veedor de la Real hazienda, Pablo Suarez, Alguacil Mayor de el Campo, Juan Dominguez, Gonçalo de los Rios, Sancho Brizeño, Hernando de el Rio, Juan Ximenez, Chriſtobal Lopez, Eſtevan Martinez, Juan de Zamora, Miguèl Muñoz, Pedro Gonçalez, Antonio Sarmiento, Juan Sanchez Choque, Luis Gonçalez de Rivera, Bartholomè Nuñez, Juan Sanchez Moreno, Pedro de Gamez, Alvaro Vaez, Juan de Eſcalante, Diego de Eſcorcha, Antonio Cortès, Pedro Suarez, Alonſo Vela Leon, Rodrigo Caſtaño, Juan Diaz Marillan, Jorge Turpi, Vicente Diaz, Franciſco de San Juan, y otros, haſta el numero de ochenta, con los quales ſaldeando la Serranìa por la orilla de los Llanos, ſiempre al Leſte, llegò à reconocer las riveras de la gran Laguna de Tacarigua, hermoſo Lago, que en vn ameno Valle, à ſeſenta leguas de el Tocuyo, y à veinte de Caracas, retirado ſiete del mar la tierra à dentro, ocupa catorce de longitud de Leſte à Oeſte, y ſeis de laćtitud de Norte à Sur, tan profundo, que à corta diſtancia de ſus orillas no ay ſonda que le deſcubra el fondo de ſus aguas; ſus margenes en toda ſu circunferencia ſon alegres, viſtoſos, y deleytables, pobladas de freſcas arboledas, y de varia multitud de diverſas aves; adornan ſu hermoſura algunas Islas, y entre ellas dos, que tienen mas de legua y media de vogeo, abundantes todas de baquiras, paugies, guacharacas, patos, y otras diferentes eſpecies para el entretenimiento de la caza.

Formaſe el monſtruoſo cuerpo de eſte lago de las aguas de catorce rios, que continuamente le eſtan tributando ſus corrientes; crianſe en èl vnas hojas anchas ſobre el agua, que con las raizes ſe van entretexiendo vnas con otras, y con las hojaraſcas de los arboles, la tierra, y palazon que traen los rios con ſus crecientes, y avènidas ſe van incorporando poco à poco, y crecen de manera, que ſe forma vn conjunto de dos, y de tres baras de grueſſo, y mas de treinta, ò quarenta de largo, tan firme, y vnido vno con otro, que en la ſuperficie ſe crian arboles pequeños, y à vezes algo grandes, ſegun la diſpoſicion de la materia,

y agitadas del viento à todas partes, parecen à la viſta Islas movibles de aquel pielago,ò fluctuantes pensìles de aquel mar, haſta que al continuado movimiento de las hondas,y al fuerte combatir de la reſaca ſe deshaze aquella trabazon,en que conſiſten,y quedan desbaratados, à manera de las que ſegun refiere Plinio en ſu natural Hiſtoria, ſe forman de la miſma ſuerte en el mar Septentrional, y en el Paìs de Artois, ſegun Botero en ſus Relaciones de el Mundo.

Plin.lib.2. cap.27.

Bot. Rel. vni. lib.1.

Luego que Villegas llegò al Valle de Tacarigua(de quien tomò el nombre de la Laguna) deſeoſo de poblar en èl, por las conveniencias que ofrecia la diſpoſicion de el ſitio, aprehendiò la poſſeſsion juridica por ante Franciſco de San Juan, Eſcrivano Publico,en veinte y quatro de Diziembre de el miſmo año de quarenta y ſiete; pero deſpues no hallando raſtro de las minas de oro que buſcaba, (y era el fin principal à que ſe avia encaminado la jornada) aunque para ſu deſcubrimiento avia rebuelto toda la comarca Hernando Alonſo, Juan Ximenez, y Juan Sanchez Moreno, Mineros, que para el efecto llevaba en ſu compañia, mudò de intento,y deſamparando la Laguna, y Valle, que tanto le avia agradado, atravesò la corta Serranìa de ſiete leguas, y baxò à la Borburata en la Coſta de la mar, donde le pareciò mas acertado el poblarſe, aſsi por lograr la hermoſura de aquel Puerto, capàz con deſahogo para mas de cien Navios, ſeguro de todos vientos, y tan fondable, que con planchas pueden deſcargar en tierra, como por aver hallado en las quebradas de el contorno algunos granos de oro tan fino, que paſſaba de veinte y tres quilates en ſu enſayo:cauſa,para que animados todos con la eſperança de la riqueza que prometia aquel principio, ſe determinaſſe, por parecer comun, à executar la poblacion en aquel Puerto;y poniendolo por obra, en virtud de la facultad que Villegas llevaba del Governador Toloſa,en veinte y quatro de Febrero de el año de quarenta y ocho, deſpues de aver tomado la poſſeſsion juridica por ante el Eſcrivano Franciſco de San Juan, proveyò el Auto de la fundacion de la Ciudad, à quien intitulò, nueſtra Señora de la Concepcion de la Borburata. 1548.

Mientras Villegas ſe exercitaba en eſtas coſas, recibiò Toloſa prorrogacion de otros tres años mas en el Govierno: merced, que le concediò el Emperador, en atencion à los creditos de ſu buen obrar; y animado con la honra de ſemejante favor, dexando diſpueſtas lo mejor que pudo las coſas de el Tocuyo, ſaliò para el Cabo de la Vela à la averiguacion de algunos fraudes, executados en el quinto de las per-

perlas, y tomar reſidencia à los Miniſtros de aquel Pueblo, mediante comiſsion que para vno, y otro le remitiò el Conſejo. Pero como en eſta vida no ay felicidad eſtable, ni dicha tan ſegura, que no tenga por ſombra vna deſgracia; quando mas favorecido ſe hallaba Toloſa, prometiendoſe los acrecentamientos con que le galanteaba riſueña la fortuna, cortò el hilo à ſus eſperanças lo intempeſtivo de vna muerte accelerada, pues caminando para el Cabo de la Vela perdiò en vn deſpoblado la vida, al rigor de vna aguda fiebre; quedando junta con el cadaver ſepultada en aquel deſierto ſu memoria, pues haſta oy ſe ignora la parte donde tuvieron deſcanſo ſus zenizas: laſtimoſo fin en Varon tan venerable! quando ſu literatura, deſinterès, rectitud, y ſingular prudencia fueron prendas, que merecieron el logro de mejor fortuna.

Eſta novedad fue cauſa de que por entonces quedaſſe ſin efecto la poblacion que intentaba Villegas en la Borburata, porque aviendo recibido aviſo que le hizieron ſus amigos de la muerte de Toloſa, y la noticia de que al tiempo que ſalia para el Cabo de la Vela le avia dexado cometido el Govierno de toda la Provincia, durante ſu auſencia, le pareciò conveniente paſſar quanto antes al Tocuyo, para atajar con ſu preſencia qualquier movimiento que ſe pudiera intentar en perjuizio de aquella delegacion, en cuya virtud pretendia mantenerſe en el Govierno haſta tanto que la Audiencia determinaſſe otra coſa: y aſsi, dexandolo todo por la mano, ſin paſſar à mas diligencia en la fundacion de la Ciudad que avia empezado, deſamparò la Borburata, y caminò con tal preſteza, que el dia diez y nueve de Março entrò con todo ſu Campo en el Tocuyo, donde, aunque por parte de los Alcaldes de aquella Ciudad, y la de Coro, con baſtante fundamento, ſe moviò la queſtion ſobre el Govierno, alegando tocarles à cada vno en ſu juriſdiccion durante la vacante, por no ſer ſuficiente el titulo en que afiançaba Villegas ſu derecho; ſin embargo como ſu ſequito era grande, y la parcialidad de ſus amigos numeroſa, con razon, ò ſin ella, interviniendo el conſentimiento de los dos Cabildos, ſe quedò apoderado de el Govierno.

Bien ageno de todas eſtas coſas ſe hallaba Alonſo Perez en el Valle de Cucuta, donde luego que lo ſintieron entrar ſus naturales, deſamparando ſus bugios, ſe retiraron à vna caſa fuerte, guarnecida de doble palizada, y ſembrada à trechos de troncras, para el diſparo de ſu flecherìa, (que ſin duda les debia de ſervir de receptaculo en las ordinarias guerras, que tenian vnos con otros) à cuyo abrigo ſe portaron con

con tan riguroſa reſiſtencia, que aunque los acometiò en ella Alonſo Perez, con muerte de tres Soldados, y algunos cavallos, ſe viò obligado à deſiſtir de el combate, y paſſar ſin detenerſe haſta el rio Zulia; y aviendolo eſguazado, ſe fue entrando por el territorio de los Indios Motilones, haſta penetrar la Serranìa en que habitaban los Carates à las eſpaldas de la Ciudad de Ocaña, por la vanda del Norte, en cuyo rumbo, ademàs de lo alpero, y deſpoblado de la tierra, padeciò tanta neceſsidad con la falta de baſtimentos, que caminadas ya ſiete jornadas, ſe viò preciſado à retroceder, bolviendo otra vez al Valle de Cucutá, donde reforçado con la abundancia de ſus viveres, y deſcanſo de algunos dias, determinò ſeguir nueva derrota el Valle abaxo en demanda de la Laguna de Maracaybo, por donde ſaliò à la junta que llaman de los tres rios, (por vnirſe al deſembocar junto à la miſma Laguna) à cuya viſta, llevando ſiempre ſus aguas à mano izquierda, fue caminando para el Leſte; y aunque à coſta de diferentes reencuentros, por la opoſicion que hallò en los moradores de ſus orillas, huvo de ſalir à los Llanos, que llaman de San Pedro, (no muy diſtantes de la parte donde ſe fundò deſpues la Ciudad de Gibraltar) aſſiento de los Indios Babures, Nacion afable, y poco belicoſa, pues todos los inſtrumentos de ſu guerra eràn vnas cerbatanas con que diſparaban à ſeplos vnas flechillas pequeñas, tocadas de cierta yerva, de virtud tan ſingular, que al que llegaban à herir con ellas dexaban al inſtante como muerto, privado de ſentido por dos, ò tres horas, que era el tiempo de que ellos neceſsitaban para ponerſe en ſalvo ſin peligro; y paſſado aquel termino, bolvian los heridos à ſu acuerdo, quedando ſin otra leſion, ni daño; y aſsi, con poco embarazo de eſta Nacion puſilanime, proſiguiò ſu marcha por los Llanos, rogeando ſiempre la Laguna para bolverſe al Tocuyo; pero quando mas empeñado ſeguia por eſta ſenda ſu camino, ſe hallò atajado de vna cienega, ò eſtero, que comunicando ſus aguas con las de la Laguna, entraba haſta la Serranìa con mas de media legua de latitud por la parte mas angoſta, tan fondable, y cenagoſa, que por mas diligencias que hizo para buſcarle vado, no fue poſsible hallarle forma para eſguazarlo, pues aunque ſe detuvo ſeis meſes en ſus playas, por vèr ſi con la fuerça de el Verano ſe minoraban ſus aguas, ſe mantuvieron ſiempre tan en vn sèr, que perdida la eſperança de poder lograr ſu tranſito, huvo de determinar bolverſe por los miſmos paſſos que avia entrado à buſcar ſocorro à Cucuta: Valle, en cuya fertili-

dad

dad parece le tenia depositada la fortuna el alivio de sus desdichas, y el asilo de sus trabajos.

CAPITULO VII.

FUNDA PEDRO ALvarez la Ciudad de Borburata de orden de Villegas, y Alonso Perez prosigue su jornada hasta dar buelta al Tocuyo.

DEsembarazado Villegas de el empeño en que lo puso la pretension del Govierno, luego que fenecida la question con los Alcaldes se hallò en la quieta posseſsion de su dominio, porque no quedasse malogrado el fruto de su trabajo en la jornada que avia hecho al descubrimiento de Tacarigua, bolviò la mira à efectuar la poblacion, que en el Puerto de la Borburata interrumpiò el año antecedente la acceleracion con que diò buelta al Tocuyo, y para ello, entrado ya el año de quarenta y nueve, embiò por Capitan Poblador à el Veedor Pedro Alvarez con sesenta hombres, entre quienes iban Alonso Pacheco, Alonso Diaz Moreno, Vicente Diaz, Sebastian Ruiz, Francisco de Madrid, Andrès Hernandez, Pablo Suarez, Juan de Escalante, Luis Gonçalez de Rivera, Alonso VelaLeon, Pedro Gamez, Juan de Zamora, Francisco de San Juan, Antonio Sarmiento, y otros, que deseosos de gozar las conveniencias que prometia la nueva Ciudad, determinaron avecindarse en ella; y llegados sin dificultad al Puerto de la Borburata, debaxo de el Auto de fundacion, y demàs diligencias judiciales, que el año antecedente avia formado Villegas; en veinte y seis de Mayo de el de quarenta y nueve dieron principio à su poblacion, y nombrados Regidores, que lo fueron Francisco de Madrid, Alonso Pacheco, Juan de Escalante, y Alonso Vela Leon, eligieron por primeros Alcaldes Ordinarios à Vicente Diaz, y Alonso Diaz Moreno; pero aunque esta Ciudad en sus principios diò esperanças de grande crecimiento, assi por las muchas personas de supoficion que se avecindaron en ella, como por la facilidad con que en el trato de su Puerto, y algun oro que daban las quebradas, adquirian aumento los caudales: La continuacion con que los Pyratas dieron en molestarla, por estàr situada à la lumbre de el agua, y sin algun reparo para su defensa, fue causa para que sus vecinos, por verse libres de sustos tan repetidos, la fuessen desamparando poco à poco, hasta que el año de sesenta y ocho, governando la Provincia Don Pedro Ponce de Leon, la avan-

Ciudad de Borburata.

1549.

donaron del todo, dexandola deſpoblada, ſin que baſtaſſen las diligencias de el Governador para embarazar ſu ruina.

La que amenazaba à ſu Campo tenia deſconſolado à Alonſo Perez, viendoſe tan perſeguido de las deſgracias, que no intentaba ſalida en que no hallaſſe vn eſtorvo; y reſuelto ya à bolverſe para Cucuta, deſpachò por delante à la ligera al Capitan Pedro de Limpias con veinte y quatro compañeros, para que fueſſe à dar cuenta al Governador ſu hermano, de que bolvia derrotado, ſin fruto alguno, de ſu infelìz jornada; y aunque al tercero dia, deſpues que ſe apartò de Alonſo Perez, en vn reencuentro que tuvo con los Indios le mataron cinco hombres, con los reſtantes, à coſta de imponderables trabajos, huvo de proſeguir haſta llegar al Tocuyo.

No los padeciò menores en ſu retirada Alonſo Perez, pues por la mucha gente enferma que llevaba le era preciſo caminar à paſſo lento, con tanta neceſsidad de baſtimentos, que en diſtancia de diez leguas dexò veinte y quatro Soldados muertos de hambre: aprieto, que le obligò à dexar el camino que ſeguia, y coger à mano izquierda por tierras altas, y montuoſas, no holladas de otros Eſpañoles haſta entonces, por ſi acaſo entre ſu aſpereza le deparaba la ſuerte algunas ſementeras con que remediar ſu falta; y como cierto dia encontraſſe vna pequeña Aldea de ſeis, ò ſiete caſas, pretendiendo los Soldados buſcar en ellas algun alivio à ſus males, hallaron tal reſiſtencia en ſus pocos moradores, que no pudiendo (por la gran flaqueza que tenian) mantener por mucho tiempo el combate, dexaron la porfia de acometerlas, y paſſaron à ſaquear otro bugio, que eſtaba algo apartado de las caſas, y ſegun la proviſion de maìz, carne aſada, y raìzes, que avia en èl, debia de ſer almacen comun de aquella Aldea; pero los Indios animados con aver ſalido bien de la opoſicion primera, cargaron ſobre los Eſpañoles, (que deſordenados ſolo trataban de recoger el baſtimento que podian) y del primer encuentro mataron dos, è hirieron ſeis, y huviera paſſado à mas el daño, ſi bueltos en sì al recuerdo de ſu peligro no huvieran convertido en fuerças ſu flaqueza, para acometerlos juntos en vn cuerpo, con tal brio, que bolviendo los barbaros la eſpalda, dexaron deſamparadas las caſas, y el almacen, donde recobrados en algo aquellos cuerpos rendidos, pudieron tomar eſfuerço para caminar con menos pena, haſta llegar tercera vez à Cucuta, ſocorro de ſus neceſsidades, y alivio de ſus miſerias.

Convalecidos con la abun-

dan-

dancia de viveres en aquel hermoso Valle, bolvieron à dar la buelta para las Lomas de el Viento, hasta salir al Valle de Santiago, y por la angostura de su rio à las riveras de Apure, cuyas corrientes siguieron hasta meterse entre èl, y el de Zarate, à las margenesde otro pequeño, que llaman Oro, donde treinta de los Soldados que seguian à Alonso Perez, mal satisfechos de las pocas conveniencias de el Tocuyo, le pidieron licencia para passarse al nuevo Reyno: demanda en que convino, assi por hallarse ya en parte donde necessitaba de poca escolta para su seguridad, como por parecerle era bastante numero para vencer las dificultades de el camino, y poder conseguir su intento sin peligro; y aviendoles nombrado por Cabo para que los governasse à Pedro Alonso de los Hoyos, despedidos de los demàs compañeros tomaron la derrota, faldeando la cordillera, hasta llegar al rio de Casanare, (que tiene su nacimiento à las espaldas de los Indios Chitas, ò Cocuyes) cuyas corrientes fueron siguiendo, governandose por los panes de sal, y mantas de algodon que iban encontrando, (frutos conocidos de la tierra que buscaban) hasta dar en las Poblaciones de los Indios Laches, pertenecientes à la jurisdiccion de Tunja, à tiempo que Don Pedro de Vrsua se hallaba levantando gente para la Conquista de los Indios Chitareros; y alistandose en sus Vanderas fueron de los que à la conducta de tan celebre Caudillo, consiguieron sujetar aquella Nacion guerrera, y poblar la Ciudad de Pamplona, donde Pedro Alonso de los Hoyos se avecindò, y fue Encomendero, quedando desde entonces descubierto camino para poder passar con conveniencia desde el Tocuyo à Santa Fè, por donde con grande interès de esta Provincia, y conocida vtilidad de el nuevo Reyno, se introduxeron considerables porciones de ganado, que logrando crecidos multiplicos en la fertilidad de sus dehesas, causaron la abundancia de que oy gozan.

Pocos dias despues de averse apartado Pedro Alonso, levantò su Campo Alonso Perez de las riveras de el Oro, caminando por el Apure abaxo, hasta salir à lo llano, donde socorrido con mediana porcion de bastimentos, que le dieron algunos Indios Caiquetios, que le salieron de paz, pudo proseguir en su derrota hasta los rios que llaman de Barinas, donde aviendo hecho alto para descansar vn poco de las fatigas de tan molesto viage, cobrò nuevo aliento para poder dàr fin à su jornada, y entrar en el Tocuyo por Enero de el año de cinquenta, despues de aver gastado dos años y 1550

medio

medio de trabajos en ſu infelìz deſcubrimiento, y deſgraciada Conquiſta.

CAPITULO VIII.

DESCUBRENSE LAS Minas de San Phelipe: funda Villegas la Ciudad de Barquiſimeto: levantaſe el Negro Miguèl, y ſe corona: ſale en ſu buſca Diego de Loſada, y lo vence, y mata en vna batalla.

HAllabaſe por aquel tiempo en el Tocuyo conſiderabiliſsimo numero de gente, aſsi por la que ſaliò derrotada con Alonſo Perez de Toloſa, como por la mucha que avia ocurrido de otras partes: cauſa, para que algunas perſonas principales trataſſen con empeño de que ſe diſpuſieſſe nueva entrada à los Omeguas, para perficionar con ſu conquiſta el infauſto deſcubrimiento de aquel Reyno, hecho por Phelipe de Vrre; pero como la comprehenſion, adquirida de ſu mucha experiencia, le avia enſeñado al Governador Juan de Villegas, que de ſemejantes armamentos dimanaba la ruìna miſerable en que ſe hallaba la Provincia, pues conſumida en ellos la gente, armas, y cavallos, ſin conſeguir otro fruto, que malograr el tiempo ſin provecho, ſe avia perdido la ocaſion de irla poblando; nunca quiſo conſentir en pretenſion tan nociba, pareciendole mas conveniente fundar algunas Ciudades, en cuya vezindad ſe afiançaſſe el luſtre, y permanencia de la tierra; mas como los deſordenes antecedentes la tenian puеſta en extremo de rematada miſeria, era preciſo buſcar primero alguna conveniencia, cuya vtilidad movieſſe à los Pobladores para avezindarſe en ella; y eſta no podia ſer otra por entonces, que el deſcubrimiento de algunas minas de oro, de que ſe tenia noticia, comprobada con las mueſtras, que aſsi en polvo, como en joyas, ſe avia hallado entre los Indios; y fiando eſta diligencia al cuidado de Damian del Barrio, entrado el año de cinquenta y vno lo deſpachò Villegas con baſtante eſcolta de Soldados à la Provincia de Nirgua, (que demòra al Leſte de el Tocuyo, entre Barquiſimeto, y Tacarigua) donde era opinion comun eſtaban los Veneros principales; y aunque à los principios ſalieron vanas las catas que diò en diferentes partes, al cabo de algunos dias huvo de encontrar con vna veta razonable en las riveras de el Buria, de que diò luego aviſo à Villegas, remitiendole mueſtras de el metal, cuya noticia fue de èl tan celebrada, que ſin dilacion paſsò à reconocer perſonalmente la calidad de la mina; y pareciendole no ſeria 1551

bien

bien deſpreciarla (por las buenas eſperanças que ofrecia) mientras no ſe hallaſſen otras de mayor conſequencia, y entidad, ſe determinò à poblarla, para trabajar en ella en forma, intitulandola, el Real de Minas de SanPhelipe de Buria, debaxo de cuyo nombre ſe regiſtraron ſus quintos todo el tiempo que durò ſu beneficio.

Animado Villegas con el buen ſuceſſo de ſu diligencia, y advirtiendo la conmodidad de aver entre el Tocuyo, y el mineral deſcubierto porcion de Indios baſtante, para que repartidos en Encomiendas pudieſſen mantener vn Pueblo de Eſpañoles; mediado el año de cinquenta y dos fundò en el Valle de Barquiſimeto (tantas vezes repetido en eſta Hiſtoria) la Ciudad de la Nueva Segovia, por dexar vinculado en ella el nombre de ſu Patria; fueron ſus primeros vezinos Diego de Loſada, Eſtevan Matheos, de quien aſsi en aquella Ciudad, como en otras de la Provincia, ay luſtroſa deſcendencia; Diego Garcia de Paredes, hijo tanto en el valor, como en la ſangre de el otro, cuyas hazañas fueron aſſombro de Italia; Damian de el Barrio, progenitor de nobiliſſimas familias; Pedro de el Barrio ſu hijo, Luis de Narvaez, Gonçalo Martèl, Juan de Quincozes de la Llana, Franciſco de Villegas, Melchor Gutuel, Aleman de Nacion, Chriſtobal de Antillano, Franciſco Lopez de Triana, Diego Garcia, Hernando de Madrid, Franciſco Sanchez de Santa Olaya, Pedro Suarez de el Caſtillo, Baſco Moſquera, Gonçalo de los Rios, Bartholomè de Hermoſilla, Pedro Hernandez, Pedro Suarez, Chriſtobal Lopez, Diego de Ortega, Eſtevan Martin, Juan de Zamora, Juan Hidalgo, Pedro Gonçalez, Juan Garcia, Sebaſtian Gonçalez de Arevalo, Franciſco Sanchez de Utrera, Chriſtobal Gomez, Diego Brabo, Diego de la Fuente, Franciſco Thomàs, Pedro Viltre, de Nacion Alemàn, Sancho Brizeño, Jorge de Paz, Diego Matheos, Pedro Matheos, Jorge Lans, Franciſco Graterol, y otros, de los quales nombrò Villegas por Regidores à Gonçalo Martèl de Ayala, Franciſco Lopez de Triana, Chriſtobal de Antillano, Diego Garcia de Paredes, Hernando de Madrid, y Franciſco Sanchez de Santa Olaya; y por Eſcrivano de Cabildo à Juan de Quincozes de la Llana, que juntos luego en ſu Ayuntamiento, eligieron por primeros Alcaldes Ordinarios à Diego de Loſada, y Damian de el Barrio; y por Procurador General à Pedro Suarez de el Caſtillo.

1552. Ciudad de la Nueva Segovia.

El ſitio donde Villegas hizo la fundacion de eſta Ciudad fue donde oy llaman el Texar; pero experimentados deſpues por ſus yezinos algunos inconvenien-

en tiempo de el Governador Mançanedo, la mudaron à la parte en que al preſente permanece, doze leguas al Leſte de el Tocuyo, en vnas ſabanas altas, alegres, y deſcombradas, de temperamento ſano, aunque algo calido; ſu Cielo hermoſo, pero ſus aguas malas, grueſſas, y deſabridas: tendrà ciento y cinquenta vezinos que la habitan, antes mas que menos, y entre ellos Cavalleros de iluſtres, y conocidas proſapias: ſus naturales ſon de agudos, y claros entendimientos, corteſanos con politica, y afables con vrbanidad: pudieran ſer muy ricos, ſi ſupieran aprovecharſe en los caudales, por las grueſſas haziendas de cacao, que tienen en ſus Valles, à cuyo trato ocurren muchos foraſteros, y Mercaderes de las Provincias vezinas; pero la continuacion de ſu deſprecio es cauſa de que ſiempre ſe hallen empeñados: goza eſta Ciudad el titulo de muy Nòble, y Leal con que la honrò la Mageſtad de Phelipe Segundo el año de quinientos y noventa y dos, cuya merced confirmò el ſeñor Don Carlos Segundo el de ſeiſcientos y ochenta y ſiete; y ſe gloriа con razon de contar entre ſus hijos al Iluſtriſsimo ſeñor Don Fray Gaſpar de Villarroèl, Arçobiſpo de las Charcas, luſtre honroſo de ſu Patria, y honor eſclarecido de la America; ademàs de ſu Igleſia Parroquial en que adminiſtran dos Curas, ſuſtenta vn Convento de el Orden de San Franciſco con quatro, ò ſeis Religioſos, y vn Hoſpital, donde la caridad de los vezinos ſe exercita en la piadoſa aſſiſtencia de los enfermos.

No eran de tan poco provecho las Minas de San Phelipe para los vezinos de la Nueva Ciudad de Segovia, que no fueſſen experimentando con ellas aumento conocido en ſus caudales, y animados con el interès que yà gozaban, tuvieron diſpoſicion para poner mas de ochenta Negros eſclavos, que acompañados de algunos Indios de las Encomiendas, trabajaſſen en el beneficio de los metales al cuidado de los Mineros Eſpañoles, que con titulo de Mayordomos aſſiſtian à la labor; y como cierto dia, yà por el año de cinquenta y tres, vno de eſtos Mineros quiſieſſe caſtigar vn Negro, llamado Miguèl, eſclavo de Pedro de el Barrio, tan Ladino en la lengua Caſtellana, como reſabiado en ſus maldades, viendo que lo querian amarrar para azotarlo, huyendo el rigor de aquel ſuplicio, arrebatò vna eſpada, que acaſo encontrò à la mano, y procurando con ella defenderſe, armò tal alboroto, que tuvo lugar entre la confuſion de coger la puerta, y retirandoſe al monte ſalia de noche, y comunicandoſe à eſcondidas con los demàs Negros, que trabajaban en las minas, procuraba perſuadirlos à 1553

que

que ſacudiendo el yugo de la eſclavitud, reſtauraſſen la libertad de que los tenia deſpojados la tyranìa Eſpañola; y aunque los mas, deſpreciando las inſtancias de tan mal conſejo, proſeguian en ſu trabajo, ſin darle por entendidos, pudo tanto la continuacion de ſu perſuaſiva inſtancia, que reduxo haſta veinte de ellos à que le ſiguieſſen en ſu fuga, con los quales diò vna noche de repente ſobre el Real de las Minas, y matando con el furor de el primer impetu algunos de los Mineros, aprifionò los demàs, para que fueſſe mas prolongado ſu martyrio, pues quitò la vida con crueliſsimos tormentos à todos aquellos de quien èl, y ſus compañeros (ò por averlos azotado, ò por otros motivos) ſe hallaban ofendidos, y à los otros diò luego libertad, quedando tan ſobervio, y arrogante, que les mandò fueſſen à la Ciudad, y de ſu parte advirtieſſen à los vezinos, le aguardaſſen prevenidos, porque eſperaba en breve paſſar à coronar con la muerte de todos ſu victoria; y queria fueſſe mas plauſible, con la gloria de averlos aviſado.

A la fama de eſte ſuceſſo, y à las continuas perſuaſiones con que Miguèl inſtaba à los demàs Negros, è Indios Ladinos le ſiguieſſen, eſperando conſeguir la libertad à la ſombra de ſu fortuna, ſe le fueron agregando poco à poco todos los mas que trabajaban en las Minas, de ſuerte, que ſe hallò en breve con ciento y ochenta compañeros, con los quales ſe retirò à lo mas interior de la montaña, y en el ſitio que le pareciò mas apropoſito, debaxo de fuertes palizadas, y trincheras, edificò vn Pueblo razonable, para eſtablecer en èl ſu tyranìa, donde viendoſe temido, y reſpetado de ſu gente, mudò la ſujecion en vaſſallage, haziendoſe aclamar por Rey, y coronar por Reyna à vna Negra, llamada Guiomar, en quien tenia vn hijo pequeño, que porque tambien entraſſe en parte de aquella Monarchia fantaſtica, y fueſſe perſonage de la farça, fue luego jurado por Principe heredero de los delirios de el padre; y deſvanecido Miguèl con los aplauſos de la Mageſtad, para que la oſtentacion de el porte correſpondieſſe con la autoridad de el pueſto, formò Caſa Real que le ſiguieſſe, criando todos aquellos Oficiales, y Miniſtros, que tenia noticia ſervian los Palacios de los Reyes; y porque ſu juriſdiccion no quedaſſe ceñida ſolo al dominio temporal, nombrò tambien Obiſpo, eſcogiendo para la Dignidad à vno de los Negros, que le pareciò el mas digno, y que en la realidad tenia derecho à pretenderla, y lo mas andado para conſeguirla, pues por ſus muchas letraduras, quando trabajaba en las Minas, lo llamaban todos el Ca-

Canonigo : quien luego que ſe viò electo , atendiendo como buen Paſtor al bien eſpiritual de ſu Negro rebaño, levantò Igleſia, en que celebraba todos los diasMiſſa dePontifical,y predicaba à ſus ovejas los deſatinos que le dictaba ſu incapazidad, y producia ſu ignorancia.

Diſpueſto por Miguèl todo lo que le pareciò mas neceſſario para el mejor govierno de ſu nueva Republica, y prevenido de arcos , y flechas para los Indios, y de lanças , què labrò de los almocafres para los Negros, con algunas eſpadas , que pudo recoger ſu diligencia , por no gaſtar el tiempo ſolo en las delicias de ſu Corte, ſacò ſu gente à Campaña, y animandola con vna exhortacion muy dilatada, para que llevando adelante lo que tenian principiado , aſſeguraſſen con el valor la libertad perdida, marchò para la Nueva Segovia con fixa eſperança de deſtruirla , ſin mas orden Militar en ſus Eſquadras , que fiar los aciertos de ſu empreſſa à los horrores de vna noche obſcura , entre cuyas tinieblas , llegando à la Ciudad ſin ſer ſentido, la acometiò à vn tiempo por dos partes, pegando fuego à diferentes caſas; y aunque en la confuſion de aquel aſſalto repentino mataron à vn Sacerdote , llamado Toribio Ruiz , y otros dos , ò tres vezinos , los demàs que pudieron con la prieſſa prevenirſe , echando mano à las armas , juntos en vn cuerpo haſta en numero de quarenta, hizieron cara à los Negros, embiſtiendoles con tanta reſolucion, que matando à algunos , è hiriendo à muchos , los obligaron à bolver con apreſurado paſſo las eſpaldas, haſta que amparados al abrigo de vn cercano monte hizieron alto , y reparandoſe los nueſtros con recato , no quiſieron paſſar mas adelante , por no exponerſe à contingencia de malograr la victoria con algun accidente no penſado en el engaño de alguna emboſcada prevenida.

Jamàs ſe perſuadieron los vezinos de la Nueva Segovia à que el atrevimiento de Miguèl paſſaſſe à tanto, que tuvieſſe oſſadìa de acometer la Ciudad, aunque lo avia prometido , y el no aver hecho caſo de ſu amenaza fue la cauſa para que los cogieſſe deſcuidados ; pero deſengañados yà con la experiencia , conocieron era preciſo acudir con tiempo al caſtigo para extinguir aquella rebelion , antes que con la tardança ſe hizieſſe impracticable el remedio ; y no atreviendoſe à executarlo por sì ſolos, luego que amaneciò dieron aviſo al Tocuyo de lo ſucedido aquella noche , y de el rieſgo que amenazaba à todos , para que embiandoles ſocorro pudieſſen con mas ſeguridad ſalir en alcance de los Negros : demanda à que correſpondieron con tanta pun-

puntualidad los de el Tocuyo, que juntando sin dilacion la gente que se hallaba en la Ciudad, la despacharon cometida à Diego de Losada, à quien por su mucha experiencia Militar, y conocido valor, nombraron tambien los de la nueva Segovia por Cabo de la suya, è incorporando vna con otra, saliò tan aceleradamente siguiendo el rastro de los Negros, que antes que Miguèl tuviesse noticia de su entrada se hallò sobre las palizadas de su Pueblo.

No desmayaron los Negros aunque se vieron acometidos de repente, pues siguiendo à su Rey, que con la voz, y el exemplo los animaba à la defensa, hizieron bien dudoso el vencimiento, por el teson con que peleaban obstinados, hasta que rendido Miguèl al golpe de dos heridas, acabò con su muerte el valor de sus Soldados, pues perdido el aliento al verse sin Caudillo, empezaron à retirarse temerosos, dando lugar à los nuestros, para que matando à vnos, y aprisionando à otros, pusiessen fin con el desvarato de todos à aquella sublevacion, que tanto llegò à temerse, por averla despreciado en sus principios; y terminando en tragedia las que fueron Magestades de farca, bolvieron la Reyna Guiomar, y el Principe su hijo à experimentar en su antigua esclavitud las mudanças de su varia fortuna, pues se hallaron en la cadena abatidos, quando se juzgaban en el trono elevados.

CAPITULO IX.

LEVANTANSE LOS Indios Giraharas: viene por Governador el Licenciado Villacinda; y aunque procura sujetarlos, no lo consigue: entra Alonso Diaz à Tacarigua, y funda la Ciudad de Valencia.

FEnecida la rebelion de los Negros con la muerte de su Rey Miguèl, bien pensaron los vezinos de la nueva Segovia quedarse sin embarazo que les pudiesse estorvar el beneficio de sus Minas, en cuyo interès tenian afiançada la conveniencia para su manutencion; pero no bien se extinguiò aquel fuego, quando brotò otra llama, cuyo incendio por setenta y quatro años continuos, con repetidas muertes, insultos, y calamidades, abrasò la Provincia de calidad, que imposibilitada à los principios la labor, y perdida despues con el tiempo la memoria de la parte donde estaban los Veneros, quedaron hasta el dia de oy privados de la vtilidad de sus metales; originandose esta desventura de la inquietud de los Indios Giraharas, Nacion tan valiente, como altiva, que tenia su habitacion en la Provincia de Nirgua, inmediata al asiento de las Minas, que movidos de el exem-

plar nocibo de los Negros, ò temerosos de que la riqueza que buscaban los Españoles se avia de conseguir à costa de su personal trabajo, tomaron con tanto empeño el embarazar la ocasion, que podia ser motivo de su servidumbre, que convocandose armados, dieron repetidos assaltos à las Minas, de suerte, que amedrentada la gente que asistia à su beneficio, no atreviendose à mantener mas el Real, lo desamparaton de vna vez, retirandose à vivir à la Ciudad, aunque con el desconsuelo de ser inevitable la pobreza que avia de seguirse à todos; hasta que por el año de cin-
1554. quenta y quatro llegò à Coro el Licenciado Villacinda, Governador nombrado por la Princesa Doña Juana, que por ausencia de el Emperador, su padre, governaba à España; y aviendose detenido alli muy pocos dias, passò al Tocuyo, y Nueva Segovia, donde informado por sus vecinos de lo sucedido con Miguèl, y de el presente peligro en que se hallaban con el alçamiento de los Indios, determinò, con parecer de ambos Cabildos, que para el prompto remedio de aquel daño, y que pudiessen labrarse las Minas con seguro, se poblasse en ellas vna Villa de Españoles, pues avia bastante distrito para su jurisdiccion, sin perjudicar los terminos concedidos à la Nueva Segovia, repartiendo entre las personas que se avezindassen en ella los Indios encomendados, que estaban en el contorno, para cuyo efecto hicieron dexacion de ellos los dueños proprietarios, que los gozaban en feudo.

Determinada, pues, por conveniente esta resolucion, nombrò el Governador por Cabo para que la executasse al Capitan Diego de Montes, hombre celebre en aquellos tiempos, assi por su grande experiencia Militar, como por el raro conocimiento que tenia de las yervas saludables, y particular gracia con que curaba las heridas de flechas envenenadas, aplicando los antidotos segun reconocia la qualidad de los tosigos: prendas, que vnidas con otras muy singulares que lo adornaban, le adquirieron despues el nombre de Venerable, como tenèmos yà referido en otra parte; y armado con quatenta hombres escogidos, encaminò su marcha al rio de Buria, ahorcando, y empalando en el camino quantos Indios pudo coger de los rebeldes, assi por vengar las muertes, que avian hecho en algunos Españoles, como por atemorizar el Pais con el rigor, para que à vista del castigo pudiesse tener lugar el escarmiento; hasta que reconocida la comarca, y examinado el terreno, buscando el sitio mas acomodado para hazer la poblacion, le pareciò el mas apropossito à las riveras de vn rio, que muy cercano à las Minas corria, atravesando por la hermosura de vn vistoso

pal-

palmar, donde, en conformidad del orden que llevaba, fundò vna Villa, que intitulò de las Palmas; pero engañado con la vana presumpcion de su confiança, y persuadido à que los Indios Giraharas no tendrian atrevimiento para intentar novedades, con mas anticipacion de la que requeria el estado de la nueva Villa para assegurar su permanencia, la dexò encomendada à los Alcaldes, y se bolviò para el Tocuyo; y como en su compañia salieron tambien algunos, que eran vezinos de la nueva Segovia, y bolvian para sus casas, fueron tan pocos los que quedaron, que teniendo noticia poco despues de que los Indios trataban de acometerlos en la misma poblacion, no atreviendose à esperarlos, por la mala disposicion con que se hallaban para su defensa, avandonaron la Villa, retirandose todos à la nueva Segovia.

Este accidente fue de grande desconsuelo para el Governador Villacinda, por vèr con tanta facilidad frustrada toda su aplicacion, y diligencia, y malograda la esperança que siempre tuvo, de que sujetos los Indios con la fundacion de aquella Villa, bolveria à quedar corriente el beneficio de las Minas; pero como faltando estas se hallaban los vezinos sin remedio, por no tener otra cosa de
1555. que poder mantenerse, el año siguiente de cinquenta y cinco dispusieron segunda entrada, para la pacificacion de los rebeldes, al cargo de Diego de Parades, natural del Almendralejo en la Estremadura, vno de los treinta y nueve Españoles, que acompañaron à Phelipe de Urre en la memorable batalla que tuvo con los Omeguas; quien con treinta y cinco hombres bien armados saliò de la Nueva Segovia à poner en execucion la diligencia; y aviendo corrido primero todo el Pais enemigo, haziendo diferentes castigos en los Indios, persuadiò tambien como Diego de Montes à que seria bastante aquella demonstracion, para que temerosos los rebeldes no intentassen bolver à tomar las armas, poblò segunda vez la Villa, quitandola el titulo de las Palmas, y poniendola el de Nirgua, por averla fundado à las riveras del rio de este nombre, de quien le toma toda la Provincia; pero aunque mudò de sitio para su poblacion, no mejorò de fortuna para su consistencia, pues solo pudieron permanecer en ella sus vezinos el tiempo que durò la estacion apacible de el Verano; porque logrando los Indios despues la ocasion de las continuas aguas del Invierno, cuya molestia embarazaba à los Españoles para poder salir à correr la tierra, y buscar bastimentos para su manutencion, bloquearon la Villa, acometiendola sin cessar à todas horas, de suerte, que aunque procuraron sus moradores defenderla con valor, viendo era imposible

fal-

faltos de viveres, contra el porfiado teſon de tan moleſto enemigo, abandonaron la Villa, dexandola deſpoblada.

Noticioſo al miſmo tiempo el Governador Villacinda de la abũdancia de Indios que avia en la comarca de la Laguna de Tacarigua, y la conveniencia que ofrecia la hermoſura, y fertilidad de ſu terreno para poder poblar en ella vna Ciudad, y animado aun mas con la eſperança de que ſujeto, y reducido aquel contorno podria ſervir de eſcala para emprender con mas facilidad la Conquiſta de los Caracas, que intentaba executar; juntò el mayor numero que pudo de Soldados de las tres Ciudades de Coro, Tocuyo, y nueva Segovia, y nombrando por Cabo à Alonſo Diaz Moreno, vezino que entonces era de la Borburata, lo deſpachò con orden de que poblaſſe vna Ciudad en las cercanìas de la Laguna: diligencia en que puſo tanto cuidado Alonſo Diaz, que aunque los Indios procuraron eſtorvarla à fuerça de ſus armas, vencidos ſiempre, y deſvaratados por el valor de Alonſo Diaz, dieron lugar à que atraveſada la Provincia, y reconocido el mejor ſitio, fundaſſe el miſmo año de cincuenta y cinco la Ciudad de la nueva Valencia de el Rey en vn hermoſo llano, à ſiete leguas diſtante del Puerto de la Borburata, y poco mas de media de la Laguna de Tacarigua, donde ſe conſerva haſta oy con vna Igleſia Parroquial, rica de rentas, por la grueſſa parte que le toca del noveno y medio de los Diezmos, y vn Convento del Orden de San Franciſco, con ſituacion muy corta aun para la manutencion de dos, ò tres Religioſos: Pudiera ſer Ciudad muy opulenta, por las muchas conveniencias de que goza, ſi no huviera padecido el infortunio de averla quemado vnos Corſarios Franceſes, que el año de ſeiſcientos y ſetenta y ſiete entraron à ſaquearla, y ſi la cercanìa de la Ciudad de Caracas no la huviera arraſtrado mucha parte de lo mas granado de ſu vezindad: contratiempos, que juntos con la ſuma inutilidad, y poca aplicacion de ſus moradores, ſon cauſa fundamental de la gran diminucion que experimenta.

Ciudad de Valencia.

CAPITULO X.

TIENE NOTICIA FRANciſco Faxardo de la Provincia de Caracas, è intenta ſu deſcubrimiento: entra en los Cuicas Diego Garcia de Paredes, y puebla la Ciudad de Truxillo.

VIvia por eſte tiempo en la Isla de la Margarita (de donde era natural) Franciſco Faxardo, hijo de vn hombre noble, de ſu miſmo nombre, y apellido, y de Doña Iſabèl, India Cacica de

de la Nacion Guaiqueri ; era Doña Iſabèl nieta de vn Cazique, llamado Charayma, del Valle de Maya en la Provincia de Caracas, nombre con que (por vna Nacion aſsi llamada, que habitaba parte de ſu Coſta) fue conocida deſde el principio de ſu deſcubrimiento aquella parte de tierra, que con veinte leguas de lactitud de Norte à Sur, ocupa quarenta de longitud, corriendo deſde la Borburata para el Leſte, comprehendida en los limites de la Governacion de Venezuela ; era habitada eſta Provincia en aquel tiempo de inumerable multitud de Barbaros de las Naciones Caracas, Tarmas, Taramaynas, Chagaragatos, Teques, Meregotos, Marieches, Arvacos, y Quiriquires, que poblaban ſeparados la hermoſa capacidad de ſu diſtancia. Y como Franciſco Faxardo en diſtintas ocaſiones oyeſſe ponderar à Doña Iſabèl, ſu madre, (por la tradicion que tenia de ſus abuelos) aſsi eſta diverſidad de Naciones, como la fertilidad del terreno, la benignidad del clima, lo apacible del temperamento, la riqueza de las quebradas, y las demàs excelencias ſingulares con que adornò naturaleza eſta Provincia ; ſiendo èl hombre de eſpiritus elevados, de vn corazon magnanimo, y de vna ſagacidad imponderable, diò en diſcurrir, à que le abria puerta la ocaſion para colocarlo en ſuperior fortuna, ſi llegando à deſcubrirla conſeguia la dicha de poblarla. Comunicò ſus deſeos con Doña Iſabèl, ſu madre ; y aunque, como muger prudente conociò las dificultades que traia conſigo reſolucion tan temeraria, ſin embargo, movida con la eſperança de los aſcenſos de el hijo, no ſolo aprobò el dictamen, pero le inſtò à que quanto antes executaſſe ſu intento.

Determinado, pues, Faxardo à poner en planta ſus deſeos, quiſo conſeguir con maña, lo que por ſus cortos medios no le era poſsible con la fuerça ; y animado de la propriedad con que hablaba todas las lenguas de la Coſta, dexando las reſultas de el ſuceſſo por quenta de la fortuna, ſaliò de la Margarita por el mes de Abril de el año de cinquenta y cinco en dos Piraguas, llevando en ſu compañia à Alonſo Carreño, Juan Carreño, y Pedro Fernandez, todos tres naturales de la miſma Isla, (los dos primeros hermanos ſuyos de madre) y con veinte Indios, vaſſallos de Doña Iſabèl, y algunos pocos reſcates, atraveſò la corta diſtancia que ay de la Margarita à Tierra-Firme, y coſteando la Provincia de Cumana, doblado el Cabo de Codera, llegò à tomar Puerto al rio de Chuſpa, primer parage de la tierra que buſcaba para ſu deſcubrimiento.

Con la noticia de ſu atribo, movidos de la novedad, por vèr la gente Eſtrangera, baxaron luego à la Playa acompañados de cien

Indios, los Caziques Sacama, y Niſcoto, Señores de aquel Pais, à quienes Faxardo, hablandoles en ſu idioma con aquella gracia natural de que le avia dotado el Cielo, les diò à entender, que el motivo de ſu viage era ſolo el deſeo de ſu amiſtad, y la conveniencia de ajuſtar con ellos trato, ſi para poderlo hazer le permitieſſen licencia. Aficionados ſe moſtraron los Caziques al cariñoſo agrado con que les hablò Faxardo, y dandole ſeguridad para el deſembarque, ſaltò en tierra con la cautela que pedia la ocaſion en que ſe hallaba, donde reſcatando algunas joyas, y chagualas de oro, hamacas, y baſtimentos, fue tratado de ſus hueſpedes por eſpacio de tres dias con amor, y regalo, dexando con la comunicacion afiançada para adelante la amiſtad; y hecha deſpues la miſma diligencia con el Cazique Guaymaquare, que vivia dos leguas mas abaxo, paſsò en buſca de Naiguata, el mas poderoſo Señor, que habitaba aquellas Coſtas, tio de Doña Mabèl ſu madre, porque era hijo de vn hermano de ſu abuelo Charayma, en quien hallò Faxardo el miſmo agaſſajo, y hoſpedage, que avia experimentado en los demàs; y deſpues que con el trato de algunos dias tenia la comunicacion engendrada familiaridad entre los dos, reconociendo Faxardo, que las mueſtras que deſcubria en la tierra correſpondian en todo à las noticias que lo avian empeñado en ſu deſcubrimiento, pareciendole yà tiempo de poner en practica la maxima en que fundaba el conſeguirlo, ſe declarò por Naiguata, deſcubriendole quien era: cauſa, para que aſsi el Cazique, como los demàs Indios, por razon de el parenteſco le cobraſſen tal amor, que dueño de la voluntad de todos, no ſe diſponia coſa en los Pueblos, que no fueſſe medida por las reglas de ſu advitrio; y valiendoſe de eſta ocaſion, como era de genio prõpto, y entendimiento muy vivo, tuvo arte para trabar correſpondencia, y amiſtad con los Caziques, que habitaban la tierra adentro de la otra parte de la Serrania, por cuyo medio ſe hizo capàz con entera comprehenſion de quanto encerraba, y contenia toda la Provincia en sì, haſta que pareciendole avia yà conſeguido en eſte viage todo lo que neceſsitaba para el mas acertado logro de ſus maximas, bien aprovechado con el interès de los reſcates, y con harto ſentimiento de los Indios, diò la buelta à la Margarita, aviendo conſumido en eſte deſcubrimiento lo reſtante de el año de cinquenta y cinco; y entrado el de cinquenta y ſeis muriò en la nueva Segovia el Governador Villacinda, dexando el Govierno à los Alcaldes Ordinarios de las Ciudades, para que lo adminiſtraſſen cada qual en la juriſdiccion de ſus diſtritos. 1556.

Luego que falleciò Villacinda,

da, con la noticia que tenian los de el Tocuyo de la Provincia de los Cuicas, que demòra al Poniente de ſu Ciudad, y ſe eſtiende por mas de treinta leguas de tierra toda doblada, corriente de Norte à Sur deſde las Sierras de Merida, que llaman los Pàramos de Serrada, para la Ciudad de Carora, trataron de aplicar todos los medios poſsibles para ſujetarla, movidos de los intereſſes, que eſperaban adquirir con ſu conquiſta; porque aviendo entrado en ella el año de quarenta y nueve el Contador Diego Ruiz Vallejo de orden de Juan de Villegas à deſcubrir vnas Minas de oro, que ſe dezia aver en el Valle de Bocono, reconociò ſer Provincia pingue, fertil de todo genero de frutos, y muy abundante de algodon, que era lo que por entonces apetecian mas los de el Tocuyo, por averſe aplicado à la labor de los lienços de eſte genero, que texidos con primor, les ſervian de mercancìa para traficarlos à otras partes donde tenian expendio, y eſtimacion.

Aprobada por los Alcaldes la determinacion de eſta Conquiſta, encomendaron la empreſſa à Diego Garcia de Paredes, hijo natural de el otro, que con ſus arreſtos aſſombrò el mundo, quien huyendo de los incendios en que ſe abraſaba el Pirù con las alteraciones de Gonçalo Pizarro, ſe avia retirado à eſta Governacion, queriendo mas perder el premio de lo que avia ſervido en aquel Reyno, que ponerſe à contingencia de que peligraſſe ſu lealtad entre los alborotos de el Payſano, à quien eſtimaba como amigo, y amaba como à pariente; y llevados para la jornada ſetenta Infantes, y vna dozena de Cavallos, con baſtante numero de Indios Yanaconas, ſaliò de el Tocuyo, y marchò para los Cuicas, cuya Provincia atravesò ſiempre al Poniente, buſcando ſitio acomodado para poder poblarſe, ſin que en la docilidad de aquella Nacion pacifica encontraſſe opoſicion, que pudieſſe embarazar el progreſſo de ſu marcha, haſta llegar à deſcubrir la populoſa poblacion de Eſcuque, ſitiada en vn lugar eminente à las vertientes de el caudaloſo rio de Motatàn, (que naciendo en la cumbre de los Pàramos de Merida, corre à incorporar ſus aguas con las de la gran Laguna de Maracaybo) donde pareciendole à Paredes parage acomodado, por las conveniencias de el ſitio, fundò el miſmo año de cinquenta y ſeis la Ciudad de Truxillo, honrando ſu nueva poblacion con el nombre de la que veneraba por madre en la Eſtremadura; y aviendole nombrado Juſticia, y Regimiento para la ordinaria adminiſtracion de ſu govierno, y repartidos los Indios de Encomiendas entre ſus Pobladores, ſe bolviò para el Tocuyo à darquenta de lo que dexaba obrado.

Ciudad de Truxillo.

Con

Con la auſencia de Paredes, faltos de Superior, y de reſpeto algunos mozos, que avian quedado avezindados en la nueva Ciudad, dexandoſe llevar de la inclinacion juvenil de ſus pocos años, empezaron à abuſar de la pacifica naturaleza de los Indios, y corriendo deſvaratados tras el torpe apetito de ſus malos deſeos, no contentos con robarles el corto omenage de ſus pobres alhajas, paſſaron ſin recato, ni temor à la obſcenidad de aprovecharſe deſus hijas, y mugeres, con tan poco miramiento, que no reuſaban executar operaciones tan feas, aunque fueſſe à la viſta de los miſmos ofendidos; y como no ay paciencia à quien no irrite la ſinrazon de vn agravio, no pudiendo ſufrir los Indios los que experimentaban repetidos, trocando la manſedumbre de ſu natural pacifico en vn furor mas que barbaro, tomaron las armas vna tarde para buſcar vengança à ſus ofenſas, y mataron quantos Eſpañoles pudieron encontrar divertidos en los entretenimientos de ſu laſcivia eſcandaloſa; paſſando luego con numeroſas tropas, que tenian prevenidas de toda la Provincia, à poner eſtrecho cerco à la Ciudad, (que avia dexado Paredes ceñida con vn fuerte palenque de maderos) reduciendo à ſus vezinos à tan conocido aprieto, que ſi no acudiera à ſocorrerlos con alguna gente de refreſco el miſmo Don Diego Garcia de Paredes (à quien avian aviſado deſde el principio de eſta rebolucion) ſin duda conſiguieran los Indios el intento de que no quedaſſe Eſpañol vivo; pero deſvaratados los Barbaros con ſu llegada, aunque ſe vieron obligados à levantar el ſitio, no fue baſtante el deſcalabro que tuvierõ en ſus Tropas para que perdieſſen el corage, ni diſminuyeſſe el rencor que avian cobrado contra la ſinrazon Eſpañola, pues reforçados de nuevos Eſquadrones, ſin que los acobardaſſe el temor de los muchos que morian, bolvieron à repetir los aſſaltos con tan porfiada obſtinacion, que hallandoſe yà Paredes con diez Infantes menos, y otros muchos heridos, tuvo por impoſsible poderſe mantener contra la fuerça de vna inocencia ofendida; y mas quando procurando reducirlos à concordia, con olvido de lo paſſado, no proponia medio para la paz, que no fueſſe en los Indios nuevo incentivo para continuar la guerra: y aſsi, dexando la pacificacion de aquella Provincia para otra ocaſion mas oportuna, valiendoſe de el ſilencio de la noche, y de la traza de dexar muchas lumbres encendidas, y algunos perros amarrados, para que oyendolos ladrar no conocieſſen los Indios la retirada, deſamparò la Ciudad, con gran porcion de ganados, que avian introducido los Eſpañoles, aſsi para ſu ſuſtento, como para el multiplico; y cogiendo la marcha à paſſo largo, ſin que lo ſintieſ-

tiessen los Indios, se bolviò para el Tocuyo yà en dias del año de
1557. cinquenta y siete.

CAPITULO XI.

NOMBRA LA AUDIENcia por Governador à Gutierrez de la Peña: entra Diego Romero à los Giraharas: buelve Faxardo à los Caracas: funda el Pueblo del Rosario, y despues lo desampara.

SAbida en Santo Domingo la muerte del Licenciado Villacinda, nombrò luego la Audiencia en su lugar por Governador interino à Gutierrez de la Peña; quien aviendo llegado à Coro muy à los principios del año de cinquenta y siete, recibido al exercicio de su empleo, passò sin detenerse à la Ciudad del Tocuyo, donde con la noticia de su arribo ocurrieron los vezinos de la nueva Segovia à solicitar remedio para la restauracion de sus Minas de San Phelipe de Buria, sin cuyo beneficio era imposible mantenerse, por no tener otra grangeria con que poder sustentarse; y hecha su representacion al Governador, deseando este concurrir por su parte à vtilidad tan comun, despachò con cinquenta hombres à Diego Romero, para que aterrorizando à los Indios Giraharas con los castigos que pudiesse obrar en ellos, poblasse otra vez la Villa, y à la sombra de este resguardo bolviesse à quedar corriente la labor de los metales.

Hizolo assi Romero, y trasegada la Provincia, executando en los Indios quantas hostilidades le permitiò la ocasion, teniendo por mas seguro el parage mas cercano para la fundacion de la Villa, la poblò en el mismo Real, que avia sido de las Minas, con nombre de Villa-Rica; pero despues, aviendo reconocido algunas incomodidades en la mala disposicion del sitio, en tiempo del Governador Pablo Collado la mudaron à las orillas de el rio de Nirgua, con nombre de la nueva Xerèz, donde solo pudo permanecer hasta el año de sesenta y ocho, en que obstigados sus vezinos de las hostilidades, y daños que recibian de los Indios, se vieron obligados à despoblarla; y aunque el año siguiente de sesenta y nueve de orden del Governador Don Pedro Ponce de Leon la bolviò à reedificar Juan de Mora, experimentò en su poca consistencia los mismos contratiempos de su mala fortuna; hasta que el año de seiscientos y veinte y ocho (como referirèmos en la Segunda Parte de esta Historia) con general exterminio de la Nacion Girahara, la poblò el Governador D. Juan de Meneses y Padilla en la parte donde oy permanece, con el nombre de nuestra Señora de la Victoria del Prado de Talavera.

Dexamos à Franciſco Faxardo en la Isla de la Margarita de buelta del primer viage que hizo à la Coſta de Caracas; y aunque animado con el buen principio que tuvo en ſu deſcubrimiento, deſeò bolver quanto antes à proſeguirlo: como ſus fuerças eran pocas para empreſſa tan ardua como la que pretendia, le fue preciſo detenerſe, buſcando forma para la prevencion de algunas coſas neceſſarias à la ſeguridad de ſus intentos, haſta el año de cinquenta y ſiete, en que ſaliò ſegunda vez de la Margarita, trayendo conſigo à Doña Iſabèl, ſu madre, como prenda en quien tenia afiançada la eſperança de ſu dicha en las maximas de ſu idèa; y acompañado de ſus dos hermanos Juan Carreño, y Alonſo Carreño, de PedroFernandez, Martin de Jaen, Franciſco de Caceres, y Cortès Richo, eſte de NacionPortuguès, y los otros naturales todos de la Margarita; cien Indios Guayqueries, vaſſallos de ſu madre; algunas armas, y reſcates, que fue quanto pudo prevenir con el limitado poſsible de ſus cortos medios, atravesò à la tierra firme, ſi bien conſiderando que era muy poco el numero de gente que traìa para poder poblar como deſeaba, ſin querer paſſar por entonces à la Coſta de Caracas, ſe quedò en el puerto de Piritu, treinta leguas mas à Barlovento, de cuyo territorio eranCaciques dos Indios, yà Chriſtianos, que aficionados à la Nacion Eſpañola, aſsiſtiendo en la Isla de Cubagua al trato de las perlas, avian recibido el Bautiſmo, y ſe llamaban Don Alonſo Coyegua, y D. Juan Cavallo, con quienes tenia Faxardo eſtrecha correſpondencia, y amiſtad, y con el motivo de viſitarlos quiſo hazer eſcala en aquel Puerto, donde gozando del regalo con que lo feſtejaron los Caciques ſe detuvo algunos dias, logrando por eſte medio adquirir otros cinco compañeros, que fueron Juan de San Juan, de nacion Vizcayno, Abrahan de Eſſe, Flamenco, Franciſco deRobles, Juan de Burgos, y Gaſpar Thomàs, que por accidentes del mar, derrotados de Maracapana, llegaron en vna Pyragua à aquella Coſta.

Viendoſe yà Faxardo con onze Eſpañoles que le ſeguian, determinados à no deſamparalo en qualquier lance de ſu fortuna, cobrò nuevo aliento para proſeguir en la reſolucion de la Conquiſta, que tenia premeditada, y por no dilatar mas el emprenderla, ſaliò de Piritu, llevando conſigo al Cacique D. Juan Cavallo, que con cien Indios de ſus vaſſallos quiſo moſtrar la fineza de ſu amiſtad acompañandole; y doblado el Cabo de Codera, llegò à tomar tierra vn poco mas à Sotavento del Puerto de Chuſpa, en el ſitio que llaman el Panecillo, donde con la noticia de ſu arribo concurrieron luego à viſitarle los Caciques Payſana, y Guaymaquare, y

otros

otros circunvezinos de la Costa; porque era tal el dominio que avia adquirido Faxardo sobre todos, assi por la gracia natural de conciliar voluntades con que le avia adornado el Cielo, como por la perfeccion con que hablaba qualquier lengua de los Indios, y lo principal por los respetos de su madre, à quien veneraban por Cacica de su Nacion, que donde quiera que èl estaba no se movia cosa entre los Indios, que no fuesse à la disposicion de su albedrio; y como en esta ocasion llevaba à Doña Isabèl consigo, creciò tanto el amor con su presencia, que luego que la vieron los Caciques la pidieron con instancia, se quedasse à vivir con ellos, ofreciendola, para obligarla mas, todo el Valle del Panecillo, para que pudiesse tener en èl sus labranças, y assistencia.

Este era el fin à que siempre avia tirado Faxardo en sus discursos, y la maxima en que tenia fundada la esperança de conseguir sus intentos, y viendola yà lograda conforme la avia pensado, aceptò sin repugnancia la oferta de los Caciques; pero como èl se avia introducido en este descubrimiẽto por sì solo, sin tener mas jurisdiccion, que la que se avia adquirido de su propria autoridad; hallandose yà en estado que le precisaba à poblar, para afiançar en aquel principio los medios de su Conquista, no se atreviò à passar mas adelante sin tener el consentimiento del Governador de esta Provincia, à quien (por estàr entre los limites de su distrito) tocaba èl concederle el permiso, y darle la facultad; y assi para conseguirlo, dexando en el Panecillo entretenida su gente en levantar algunas casas de paja en que poder alojarse, se metiò en vna Pyragua con solos dos compañeros, y algunos Indios de boga, y tirò la Costa abaxo, navegando las quarenta leguas que ay hasta el Puerto de la Borburata, à cuya jurisdiccion pertenecia por entonces toda aquella Costa, por ser la Ciudad que estaba poblada mas à Barlovento en esta Governacion; y aviendo dado quenta à su Cabildo de lo que dexaba obrado, passò à buscar al Governador Gutierrez de la Peña, à quien hallò en el Tocuyo, y comunicada con èl su pretension, tuvo tan buena fortuna en su despacho, que consiguiò le diesse titulo, para que en su nombre pudiesse governar toda la Costa, desde la Borburata, hasta Maracapana, con poder, y facultad para poblar todas las Villas, y Lugares, que le pareciessen convenientes, para assegurar mejor lo que fuesse conquistando.

Satisfecho Faxardo de aver negociado con el Governador quãto pudo imaginar el deseo, bolviò para la Borburata, y de alli al Panecillo, en demanda de su gente, que cuidadosa con su ausencia, vivia con temor de su tardança; y hallando perfeccionadas las casas,

ſas, que dexò puestas en obra al tiempo de ſu partida, en virtud de los poderes que traìa de Gutierrez de la Peña, luego que llegò fundò vna Villa en la miſma rancheria, con titulo del Roſario, ſi bien con tan poco numero de vezinos, como èl tenia de Soldados; pero aunque eſta poblacion à los principios fue muy del agrado de los Indios, por la aficion que con el trato avian cobrado à los nueſtros, deſpues empezando à experimentar algunas bejaciones en el violento proceder de los Soldados, empezò tambien à resfriarſe aquel amor con que avian deſeado tener en ſu compañia à Faxardo; y creciendo las moleſtias con deſcaro al paſſo que los Indios las toleraban con diſsimulo, llegaron à apurar tanto el ſufrimiento, que arrepentidos de aver buſcado por ſu mano los daños que padecian con la amiſtad Eſpañola, ſe reſolvieron à remediar con las armas el yerro de ſu imprudencia: Y aunque en la Junta que hizieron los Caciques para diſponer el modo, fue de parecer Guaymaquare, que antes de llegar à rompimiento ſe vſaſſe de los medios que permite la cordura, pues ſiendo el fin librarſe de la opreſion que padecian, podia lograrſe el intento, ſin que fueſſe neceſſaria la violencia, requiriendo à Faxardo en amiſtad deſamparaſſe la Villa, y ſe retiraſſe à la Margarita con ſu gente, pues aviendola poblado con conſentimiẽto de ellos, ſe quexaria con razon, de que faltandole à la fee prometida en el permiſo, ſe hallaba acometido de las armas antes de ſaber la cauſa que obligaba à tal mudança; ſin embargo el Cacique Payſana, ò por ſer de natural mas altivo, ò porque ſe ſentia el mas agraviado de la mala correſpondencia de los nueſtros, ſin admitir lugar para la eſpera determinò ſe paſſaſſe luego à la vengança; ſobre que altercando Guaymaquare por defender ſu opinion, ſe llegaron à travar de ſuerte, que echando mano à las macanas huviera de paràr en deſafio, ſi el Señor de Carvao no entràra de por medio à componerlos.

No ſe le ocultò à Faxardo la Junta de los Caciques, ni la reſolucion que avian tomado (perſuadidos de Payſana) de lançarlo à fuerça de armas, porque Guaymaquare haziendo punto de conſervar ſu amiſtad, le avisò luego de todo, para que diſponiendoſe à la defenſa, ſe hallaſſe prevenido en la expugnacion que le eſperaba; y aſsi, ſin perder tiempo en los reparos, retirandoſe lo mas que pudo àzia la orilla del mar para tener ſeguras las eſpaldas en el fluxo, y refluxo de ſus olas, fortaleciò el recinto de ſu Pueblo, cercandolo con dobles eſtacadas; y fiando la Centinela à buenas Guardias, eſperò el acometimiento de los Indios, que capitaneados de la arrogancia de Payſana, no tardaron muchos dias ſin ama-

neces

necer vna mañana à vista de la Villa ; y entre el estruendo de aquella vozeria , que vsan en semejantes ocasiones , lo mismo fue llegar , que acometerla con tanto denuedo , y desahogo , que intentaron rendir las palizadas; pero aunque pocos, teniaFaxardo tan bien dispuestos sus Soldados, y repartidos los Indios, assi Cuayqueries, que traxo de la Margarita , como Piritus , que le diò Don Juan Cavallo , que abrigados de la estacada , y sirviendoles de troneras las juntas de los maderos,los vnos con las espadas , y los otros con las flechas hizieron tan considerable mortandad en las Tropas de Paysana, que se viò obligado à desistir de el assalto; pero como el odio concebido contra los nuestros ardia implacable en el corazon de aquel Barbaro, no fue bastante el menoscabo de sus huestes para que mitigasse su violencia; antes enfurecido mas por la defensa , tratò de apretar el sitio para rendir la Villa por assedio , valiendose al mismo tiempo de la traycion de emponçoñar las aguas de vnos pozos , donde bebian los cercados, para que faltos de aquel recurso tan preciso,no les quedasse esperança en que afiançar el escape.

Bien quisiera Faxardo, à vista de tanto riesgo, desamparar la Villa , y retirarse ; pero como precisamente lo avia de executar por el mar , se hallò imposibilitado de poderlo practicar por falta deEmbarcaciones , pues maltratadas sus Pyraguas de los rigores de el Sol, y humedad de las mareas , necesitaban de vna carena de firme para poder navegar;y assi,en el interin que conseguia componerlas, por no estàr ocioso con las armas, y quebrantar vn poco la altivèz de el Enemigo , determinò acometerlos en su mismo alojamiento , fiando à los accidentes de vn encuentro los sucessos de su fortuna ; y dexando dentro de los reparos de su fortificacion solos veinte Indios para el seguro , y escolta de Doña Isabèl, su madre , dividida la demàs gente en dos Esquadras , vna que avia de governar èl , compuesta de sus once compañeros , y los Indios Piritus de el Cacique Don Juan Cavallo ; y la otra solo de los Guayqueries de la Margarita , capitaneados de Diego Guerra , Indio valiente , y arriscado , saliò de el recinto de sus palizadas en el silencio de vna noche obscura à tan buena coyuntura , y ocasion tan acomodada, que hallando dormido todo el Campo de Paysana , tuvieron lugar cada Esquadra por su parte de ensangrentar bien las manos , poniendo en confusion , y desvarato el Exercito Enemigo , pues aunque recobrados los Indios de el susto que causò la mortandad de aquel primer abance , se portaron tan valerosamente, que obligaron à Faxardo à retirarse à la Villa; quedaron tan quebrantados con la muerte de sus mas valientes

guerreros, que no atreviendoſe Payſana à eſperar ſegundo acometimiento, levantò el ſitio aquella miſma noche, poniendo en ſalvo las reliquias de ſu Exercito deshecho.

Libre Faxardo de el aprieto en que ſe avia viſto con el cerco, tratò de componer quanto antes ſus Pyraguas para retirarſe à la Margarita, aſsi por dàr lugar à que paſſaſſe aquella tempeſtad, y conmocion furioſa de los Indios, y poder deſpues en tiempo mas oportuno proſeguir en ſu Conquiſta, como porque aviendoſe inficionado las aguas de los pozos con el veneno que les echò Payſana, eran muchas las enfermedades que la corrupcion avia cauſado en ſu gente, de que morian repentinamente algunos de los Guayqueries, y Piritus, ſiendole lo mas ſenſible aver fallecido tambien de el miſmo modo ſu madre Doña Iſabèl, pèrdida para Faxardo de conſiderable conſequencia, por ſer en coyuntura tan vrgente: motivos, que juntos todos, le obligaban à accelerar con mas prieſſa ſu partida; pero eſtando para executarla, recibiò vna embaxada de Payſana, en que manifeſtando arrepentimiento de lo obrado, le pedia licencia para venirlo à vèr; y concedida libremente por Faxardo, ſin que precedieſſe mas ſeguridad, que la confiança en ſu palabra, entrò en la Villa, acompañado de otros ſeſenta Gandules, à tiempo que el Cacique Guaymaquare embiò à prevenir à Faxardo eſtuvieſſe con cuidado, ſin fiarſe de la ſimulacion, y cautela de Payſana, porque el fin à que tiraba con aquellos fingimientos ſolo era à buſcar oportunidad para matarlo; cuyo aviſo alterò tanto à Faxardo, que ſin aguardar à mas prendiò à Payſana, y todos ſus compañeros, y ſin otra juſtificacion, que la que dictò ſu colera, faltando à la publica fee de ſu palabra, lo ahorcò de la cumbrera de la caſa, paſſando por el rigor de ſemejante injuſticia otros diez Indios, los que le parecieron mas principales de los que traxo conſigo: accion indigna de vn corazon magnanimo! y que amancillò mucho la fama de Faxardo, pues para tan cruel violencia nunca pudo hallar razon que paſſaſſe por diſculpa; y teniendo aquel caſtigo por baſtante ſatisfaccion para ſu enojo, poniendo en libertad los demàs Indios que tenia apriſionados, recogiò ſu gente à las Pyraguas, y dandoſe à la vela, bolviò à la Margarita por fines de el año de cinquenta y ocho, y quaſi al miſmo tiempo muriò en Coro el ſeñor Obiſpo Don Miguèl Geronimo Ballеſteros, en cuyo lugar preſentò ſu Mageſtad para eſta Sede al ſeñor Don Fray Pedro de Agreda, Religioſo Dominico, ſiendo Cathedratico en el Colegio de San Gregorio de Valladolid; y aunque ſu venida à eſta Provincia ſe dilatò haſta el año de

1558.

Gil.Gonç. The.Ecl.

de ſeſenta, nos ha parecido anticipar la noticia en el año de ſu preſentacion, por ſi acaſo deſpues no huviere oportunidad de referirla.

CAPITULO XII.

PUEBLA FRANCISCO Ruiz en los Cuicas à Miravèl: viene por Governador Pablo Collado: reſtituye la Conquiſta à Diego de Paredes, quien reedifica la Ciudad de Truxillo.

ENterado el Governador Gutierrez de la Peña de lo ſucedido en la Provincia de los Cuicas, y de las cauſas que procedieron para la deſolacion de la nueva Truxillo, al miſmo tiempo que ſe hallaba informado de la gran fertilidad de aquel terreno, la abundancia de naturales que lo habitaban, y el mucho jugo que ſe podia ſacar de Paìs tan pingue, tuvo por acertado no dexar de la mano ſu Conquiſta, à que inſtaban con eſfuerço los de el Tocuyo, por el interès que ſe prometian de la ſaca de algodon para la fabrica de lienços, que avian tomado por grangeria para ſu trato; pero como quiera que entre el Governador, y Diego Garcia de Paredes avia avido en otros tiempos alguna enemiſtad, y opoſicion, de que aun duraban calientes las cenizas, determinado à que ſe bolvieſſe à hazer ſegunda entrada, no quiſo encomendarſela à Paredes, y con publico deſayre de las prendas, y ſervicios de vn hombre de tantos meritos, nombrò por Cabo à Franciſco Ruiz, vezino del Tocuyo; quien llevando en ſu compañia à Alonſo Pacheco, Franciſco Graterol, Bartholomè Eſcoto, Alonſo Andrea de Ledeſma, Thomè de Ledeſma, ſu hermano, Sancho Brizeño, Gonçalo Oſſorio, Franciſco Infante, Franciſco de la Baſtida, Geronimo de Carmona, Gaſpar Cornieles, Diego de la Peña, Juan de Segovia, Lucas Mexia, Aguſtin de la Peña, Pedro Gomez Carrillo, Luis de Villegas, Juan de Aguirre, Franciſco Ruiz, Juan de Baena, Franciſco Moreno, Gaſpar de Lizana, Lope de Encira, Luis de Caſtro, Juan Benitez, Franciſco Teràn, Andrès de San Juan, Vicente Riveros, Juan de Miranda, Rodrigo Caſtaño, Franciſco Xarana, Pedro Garcia Carraſco, Luis Quebradas, Juan de Bonilla, Hernan Velazquez, Franciſco Palacios, Pedro Gonçalez de Santa Cruz, Juan de Miranda, Eſtevan de Viana, Gregorio Garcia, y otros, haſta el numero de ochenta, los mas de los que avian entrado con Paredes, tomò la buelta de los Cuicas, penetrando ſu Provincia haſta el Valle de Bocono, donde hizo alto, con fin de componer las armas, y labrar eſcaupiles, por aver reconocido la inquietud que ſu entrada avia cauſado en los

Indios, y la altivèz con que ſe hallaban deſpues que obligaron à Paredes à deſpoblar à Truxillo.

Al miſmo tiempo que Franciſco Ruiz ſaliò del Tocuyo à eſta Conquiſta, ſaliò tambien de la Ciudad de Merida (recien poblada por Juan Suarez) Juan Maldonado, encomendada de la miſma Provincia de los Cuicas, y atraveſadas las Sierras Nevadas con la fatiga que le fue preciſa para tolerar ſus yelos, llegò al vltimo Valle de el Païs, que ocupan los Timotes, donde aquartelò ſu gente, y dexandola en ſitio acomodado, paſsò ſolo con veinte hombres à deſcubrir las tierras que corren para el Norte, por cuyo rumbo vino à dar por principios de el año de cinquenta y nueve al Valle de Bocono, donde eſtaba Franciſco Ruiz acoſado con ſu Campo; y como à pocos paſſos encontraſſe con dos de ſus Soldados, que ſe divertian cazando, informado de la gente que era, y de donde avian ſalido, les mandò dixeſſen à ſu Capitan deſamparaſſe luego la Provincia, y buſcaſſe otra parte en que poblarſe, por pertenecer aquella à la juriſdicciò de ſu Conquiſta: embaxada de que recibiò muy poca alteracion Franciſco Ruiz, pues haziendo poco caſo de las brabatas de Maldonado, remitiò ſu deſpique à otro recado; y aunque ſe fueron travando de palabras, haſta llegar à deſafiarſe, conſiderada la materia con mas maduro acuerdo de ambas partes, parò la polvarèda en que Maldonado ſe retirò al Valle donde avia dexado ſu Campo aquartelado, y Franciſco Ruiz con el ſuyo fue à la poblacion de Eſcuque, donde Paredes avia fundado à Truxillo; y aunque haſta entonces no avia tenido intencion de poblar en aquel parage, picado por las palabras deſatentas de Maldonado, determinò reedificar la Ciudad, como lo hizo, ſi bien por no conformarſe con la primera fundacion, le quitò el nombre de Truxillo, y la intitulò Miravèl, nombrando Alcaldes, y Regidores, y repartiendo los Indios de Encomienda entre los vezinos pobladores; de que agraviado Maldonado, atribuyendo ſemejante operacion (executada à ſu viſta) à menoſprecio de ſu valor, y deſayre de ſu punto, bolviò ſegunda vez à repiquetearſe con Franciſco Ruiz, interviniendo de ambas partes recados tan deſatentos, y palabras tan picantes, que llegaron à extremo de perderſe; pero metiendo la mano à componerlos las perſonas mas bien intencionadas de ambos Campos, tomaron por acuerdo, que Maldonado ſe bolvieſſe à Merida, aſſentando por terminos de ſu Conquiſta todo el Païs de los Timotes; y Franciſco Ruiz ſe quedaſſe en Miravèl, comprehendiendo dentro de la ſuya las tierras, y Provincia de los Cuicas; y de eſta ſuerte quedaron divididas las juriſdicciones de las

dos

dos Audiencias de Santo Domingo, y Santa Fè, està à la parte de el Sur, y aquella à la de el Norte: diferencia, que hasta entonces no se avia podido componer, pues avian corrido sin que alguna de las dos supiesse hasta donde llegaban los terminos de su distrito.

Bien descuidado quedò Francisco Ruiz con esta disposicion, no discurriendo pudiesse ofrecerse accidente, que perturbasse la quieta possessión en que se hallaba de su nueva Miravèl, quando por el mismo año de cinquenta y nueve llegò al Tocuyo el Licenciado Pablo Collado, proveìdo por el Rey en el Govierno, y Capitanìa General de la Provincia, en lugar de el Licenciado Villacinda; y como à Diego Garcia de Paredes le avia herido en lo mas vivo de el sentimiento el desayre que le hizo Gutierrez de la Peña, quitandole la Conquista de los Cuicas, ocurriò luego ante el nuevo Governador à manifestar su agravio; y atendida la demanda por Pablo Collado con el conocimiento de la razon que le assistia en la expresion de su quexa, revocò los poderes dados à Francisco Ruiz, y despachò nuevo titulo à Paredes, con orden para que reconocido por Cabo Superior de la gente que estaba en Miravèl, pudiesse reedificar, ò poblar en la parte que tuviesse por mejor, haziendo nueva eleccion de Regimiento, y Justicia.

Con esta facultad, y algunos Soldados de su sequito, salió Paredes de el Tocuyo, y llegado à Miravèl manifestò su comission en el Cabildo, donde recibido sin dificultad al exercicio de su empleo, la primera diligencia que hizo en virtud de los poderes que llevaba, fue, restituir à la Ciudad el nombre primitivo de Truxillo, si bien le durò poco por entonces, porque reconocidas con brevedad las incomodidades de continuadas lluvias, repetidas tormentas de truenos, y relampagos, y la mucha humedad de aquel contorno, conseguida licencia del Governador para mejorar el sitio, mudò la Poblacion à la cabezera de vno de los Valles, que corren à las riveras de el rio de Bocono, por estàr en el centro de los Cuicas, y poder con mas commodidad atender à su Conquista; pero fue tan desgraciada esta Ciudad en sus principios, que sin hallar sus pobladores lugar que les agradasse para su existencia, anduvo muchos años, como Ciudad portatil, experimentando mil mudanças, pues aunque este de Bocono pareciò el mas apropósito por entonces, aviendo algunos dias, despues que se fundaron en èl, originadose ciertos disgustos entre el Governador Pablo Collado, y Diego de Paredes, este, ò sentido, ò receloso, declinò jurisdiccion, y dexando esta Provincia, se passò à vivir à Merida: accidente, que

fue la total ruìna de Truxillo,pues apenas faltò el reſpeto de Paredes, quando divididos en parcialidades ſus vezinos , ſe empezaron à conſumir en diſcordias ; y ſeparados en vandos, vnos querian permaneciesſe la Ciudad en aquel ſitio , y otros, que la mudaſſen à otra parte ; y ſiendo los de eſta opinion mas poderoſos en tiempo que governò laProvincia elLicenciado Bernal, deſconſiguieron el permiſo para la tranſmigracion que pretendian, y à peſar de los de el contrario dictamen mudaron la Poblacion à vna ſabana, que llamaban de los Truenos, (por vna tempeſtad que en ella padeciò Juan Maldonado) à las orillas del rio de Motatàn , donde no pudiendo conſeguir logro de las ſementeras , por la gran plaga de hormigas que las deſtruìa , ni multiplicò en los ganados , por el menoſcabo que ocaſionaban los tigres , no les fue poſsible permanecer muchos dias , y de ſu propria autoridad , ſin conſentimiento ni permiſo de el Governador , cargaron con la Ciudad à otro lugar mas incomodado,quatro leguas mas abaxo de el miſmo rio , en el centro de vna montaña tan aſpera , humeda , y poblada de moſquitos , hormigas , tigres, y otras ſabandijas , que perſeguidos de tanta calamidad,blasfemaban de ſus diſcordias , por aver ſido la cauſa para padecer deſdichas : ſiendo lo mas ſenſible entre la multitud de ſus trabajos , aver dado en vn temperamento tan nocibo , que perdiendo la ſalud, deſcoloridos , y hipatos, repreſentaban à la viſta,mas forma de hoſpital , que de Republica.

Y aunque con el conocimiento de ſus yerros ocurrieron à repreſentar ſus miſerias à Don Pedro Ponce de Leon , que ſucediò en el Govierno al Licenciado Bernaldez , ò fueſſe porque experimentaſſen el caſtigo de ſu livandad en la trabajoſa tarèa de ſus fatigas, ò por otros ocultos motivos que tuvieſſe , nunca quiſo convenir en concederle licencia para mudarſe à otra parte , haſta que muerto Don Pedro , logrando la ocaſion de ſu vacante , ſe paſſaron ſeis leguas mas al Leſte al Valle de Pampan , donde tampoco pudieron permanecer , por ſer la tierra muy humeda , y muy calida en extremo ; y aſsi el año de quinientos y ſetenta , canſados yà de tanto peregrinar, deſeando tomar aſsiento fixo para poder deſcanſar , y que ſe acabaſſen las diſcordias , que los avian puesto en tal eſtado , tomaron por Abogada, y Patrona de la Ciudad à nueſtra Señora de la Paz , è hicieron la vltima mudança al ſitio en que oy permanecen , que es vn Valle de temperamento ſano , y muy templado , y corre de Norte à Sur quaſi vna legua ; pero de Leſte à Oeſte tan angoſto , que ſolo dà capacidad para dos calles haſta la mitad de la Ciudad , donde eſtrechandoſe algo mas , ſolo permi-

mite corra la reſtante en vna; y parece les ſirviò la proteccion que buſcaron en el amparo de la Virgen Santiſsima de la Paz para ſu comun quietud, pues fenecidos los diſturbios que tanto los moleſtaron, ſe ha mantenido aquella Republica haſta los tiempos preſentes con tan general ſoſsiego, y vnion entre los vezinos, que ſolo por cumplimiento neceſsitan de Juſticia; pues en igual conformidad vnos con otros, ni ſaben lo que es litigio, ni conocen la diſcordia; y deben tal beneficio al venigno influxo de ſu Cielo, que baſta ſaber, que vno ha nacido en Truxillo, para que en la comun eſtimacion ſea reputado por de afable natural, de noble trato, y de vna intencion ſana, y ſin malicia.

Determinados, pues, à mantener la Ciudad en aquel Valle, empezaron à fabricar coſtoſas caſas, vnas de piedra de ſillería, y otras de ladrillo, y tapia; y llevados de aquella vanidad con que los hombres procuran eternizar ſu fama para la poſteridad, adornaron las portadas de viſtoſos Eſcudos con ſus Armas, vinculando la memoria de el luſtre de ſu nobleza; y puſieron tal cuidado en el aumento, y forma de ſu nueva poblacion, que llegò con brevedad à ſer vna Ciudad muy opulenta, por el mucho trato de ſus frutos, principalmente de el cacao, à cuya labor ſe dedicaron ſus vezinos, plantando en los Valles de Pocò quantioſas arboledas de eſte genero, que conducido por la Laguna de Maracaybo à Gibraltar, los haziapoderoſos, por las grandes porciones de plata, que producia ſu retorno; pero trocada deſpues la felicidad en contratiempos, experimentò eſta Ciudad tales deſdichas, que à fuerça de ſus muchos infortonios, apenas conſerva oy la ſombra de lo que fue, pues perdidas las arboledas de cacao con las inúdaciones de el rio, quedò ſin trato, ni comercio, faltandole el nervio principal que producia ſu riqueza: trabajo à quien ſiguiò la deſgracia de ſaquearla el año de ſeiſcientos y ſetenta y ocho el Pyrata Francès Monſiur Gramon, con tanta inhumanidad, que ſin que le moviesſe à compaſſion lo ſumptuoſo de ſus fabricas, quemò los edificios, reduciendo à cenizas ſu hermoſura; pero no obſtante es habitada al preſente de mas de trecientos vezinos, muchos de ellos de notoria calidad y conocida nobleza, y entre ellos vn Mayorazgo, que goza la Familia de los Cavalleros Cobarruvias, deſcendientes de Gaſpar Coſnieles, vno de ſus Pobladores.

Mantiene vna Igleſia Parroquial, aſsiſtida de dos Curas Rectores; dos Conventos de Religioſos, vno del Orden de Santo Domingo, y el otro de San Franciſco, con vn Templo à lo moderno de viſtoſa, y galana arquitectura; vna Ermita de nueſtra Señora de Chiquinquira, donde eſtà fundado

do vn Hoſpital; y vn Monaſterio de Monjas Dominicas, ſujetas al Ordinario, que ſiendo vn Erario de virtudes, es vn primor de curioſidades, por las muchas que fabrican ſus Religioſas, con eſpecialidad en coſturas, y labores de pita: es Lugar muy regalado, y abundante, por la gran fertilidad de ſu comarca, y los muchos Indios que tiene en ſu diſtrito; produce trigo en abundancia, cevada, maìz, algodon, garvanços, y otras ſemillas; labraſe mucho, y regalado azucar, de que ſe fabrican exquiſitas conſervas; danſe hermoſiſsimos repollos, lechugas, y demàs verduras todo el año; todas las frutas de la America, y muchas de las de la Europa, como ſon mançanas, membrillos, granadas, higos, y vbas; cria en ſus paſtos muy buenos carneros, mucho ganado de cerda, gallinas, pabos, y otras aves, ſin que le falte coſa de quanto ſe puede apetecer para el regalo; pero en medio de tantas conveniencias padece vn deſafecto grande eſta Ciudad, que algunos atribuyen à ſus aguas, y yo ſoy de eſſa opinion, y es criarſe en las gargantas de ſus habitadores, principalmente en las mugeres, inchazones, ò paperas, con tanta generalidad, que es rara la perſona que ſe vè ſin ellas, y algunas tan crecidas, y diſformes, que cauſa horror el mirarlas.

CAPITULO XIII.

BUELVE FAXARDO à la Coſta de Caracas, y con ayuda de el Governador funda el Collado: deſcubre las Minas de los Teques: prendelo Pedro de Miranda, y buelve deſpues dado por libre.

NO ſe ſoſſegaba Faxardo en la Margarita, puеſta ſiempre la mira en la Conquiſta de Caracas, à que lo arrevataba lo generoſo de ſu elevado eſpiritu, ò lo inclinaba la fuerça de ſu maligna eſtrella, pues ſin que baſtaſſen à contenerle el penſamiento los cortos medios con que ſe hallaba para poder aſpirar à fin tan grande, ni los embarazos que le ponia con ſus malos ſuceſſos la fortuna, todo era diſcurrir formas, y buſcar trazas con que poder bolver à proſeguir ſu intento; mas como lo limitado de el caudal no le ayudaba, ſolo tuvo lugar ſu diligencia para apreſtar docientos Indios, de los que avian ſido vaſſallos de ſu madre, y juntar once Eſpañoles, que fueron Lazaro Vazquez de Roxas, natural de Salamanca, de quien ay oy iluſtre deſcendencia, Juan Jorge de Quiñones, natural de la Margarita, Cortès Richo, Portuguès, Gaſpar Thomàs, Martin de Jaen, Juan de San Juan, Hernando Mar-

Martin, Andrès Gonçalez, Luis de Ceijas, Juan Hernandez Truxillo, y Alonso Faxardo, natural de Coro, hijo de el Capitan Juan de Guevara el viejo, con los quales, y algunos abalorios, y rescates, atravesò tercera vez à tierra-firme; pero con el recelo de ser mal recibido de los Indios, por los disgustos passados, pues aun duraba fresca la memoria de la violenta muerte de Paysana, sin llegar à los Puertos de el Panecillo, y Chuspa, passò la Costa abaxo en busca de su amigo Guaymaquare, à quien hallò en Carvao, tan constante en su amistad, como lo avia estado siempre; pero como à Faxardo le avia enseñado ya la experiencia lo poco que podia fiar de la mudable voluntad de aquellos barbaros, mientras no se hallasse con bastante fuerça de gente, à cuya sombra pudiesse mantener el amor con el respeto, no quiso detenerse en aquel Valle; antes para asseguarse de vna vez, y entrar con mayor fundamento en la Conquista, tomò vna resolucion tan temeraria, como fue con solo cinco de sus compañeros passar la Serranìa, y atravesar por tierra las quarenta leguas que ay de por medio hasta salir à la Valencia, assi por reconocer con este viage lo que contenia en sì la Provincia, y hacerse capàz de todo, sin necesitar de informe ageno, como por empeñar al Governador Pablo Collado en que le diesse alguna gente con que poder entrar poblando, que era el vnico recurso que le quedaba ya para fundar su esperança.

Harto sintiò Guaymaquare vèr empeñado à Faxardo en esta determinacion tan arrojada, pues aviendo de passar por tierras, que poblaban tan diferentes Naciones, era evidente el peligro à que exponia su persona; pero aunque procurò disuadirlo, representandole el riesgo, como Faxardo le tenia tomado el pulso à su fortuna, y conocia por experiencia la gracia natural con que sus palabras sàbian grangear benevolencia en los Indios, despreciò los temores que le proponia el Cacique, y acompañado solo de Juan Jorge de Quiñones, Lazaro Vazquez, Cortès Richo, Martin de Jaen, y Juan Fernandez Truxillo, dexando el resto de su gente al abrigo de Guaymaquare, saliò de Carvao para Valencia, sin hallàr dificultad en el camino, que pudiesse servirle de embarazo, hasta llegar à los altos de las Lagunetas, desde donde, corriendo por todas aquellas lomas, y quebradas, que baxan para el rio Tuy, tenian su habitacion los Indios Arbacos, Nacion altiva, y guerrera; cuyo Cacique, llamado Terepayma, teniendo por atrevimiento la entrada de aquellos pocos Españoles en su tierra, les saliò al encuentro con algunas Vandas de Flecheros, para quitarles la vida; pe-

ro era tan vehemente la eficacia en las razones de Faxardo, y tan natural el dominio, que ſu voz adquiria ſobre los Indios, yà fueſſe por oculta ſimpatìa, ò por el reſpecto con que todos veneraban à Doña Iſabèl, ſu madre, que lo miſmo fue hablarle Faxardo en ſu lengua Arbaca, y decirle hijo de quien era, que convertir el Cacique todo ſu furor en manſedumbre, tratandolo con tanta amiſtad, y agrado, que lo baxò acompañando haſta dexarlo ſeguro en las ſabanas de Guaracarima, de donde vencidos ya los inconvenientes de el camino, pudo entrar con facilidad en la Valencia.

A eſta ſazon ſe hallaba en el Tocuyo el Governador Pablo Collado, à quien Faxardo diò luego aviſo de ſu llegada, poniendo en planta la pretenſion de ſu fomento, para proſeguir en la Conquiſta, que tenia premeditada; y como el logro de eſta empreſſa reſultaba en honra, y conveniencia de Collado, pues ſiendo en la juriſdiccion de ſu diſtrito, no ſolo hacia glorioſo en ella ſu Govierno, pero entraba tambien à la mayor parte en el provecho, no fue meneſter mucha diligencia para que tomaſſe por ſu quenta el ayudarlo; y aſsi, luego que recibiò el aviſo de Faxardo le remitiò treinta hombres, que fueron los que pudo juntar en el Tocuyo, y titulo de Theniente General, con poderes muy amplios, para que en virtud de ellos pudieſſe conquiſtar, poblar, y repartir las Encomiendas en la forma que mejor le pareciеſſe.

Conſeguidos con tanta facilidad deſpachos tan favorables à la intencion de Faxardo, no quiſo perder tiempo, ni detenerſe mas en la Valencia; y entrado el año de ſeſenta, aunque muy en ſus principios, con prevencion baſtante de ganado bacuno, y otras coſas neceſſarias para el mejor expediente en ſu Conquiſta, y alivio de ſus Soldados, bolviò para Caracas, con intencion fixa de dexàr de camino aſſeguradas las eſpaldas en la amiſtad, y eſtrecha correſpondencia, que penſaba ajuſtar con Terepayma, para tener ſiempre por ſus tierras abierta la puerta à los ſocorros que le pudieran venir de la Valencia: diligencia en que anduvo tan afortunado, que pudo à poca coſta conſeguirla, porque aviendole ſalido el Cacique al encuentro al ſubir la loma de las Cucuiſas, Faxardo con aquel agrado natural, que era proprio en ſus acciones para grangear voluntades, le preſentò vna baca de las que traìa conſigo, dexando con eſta corta demonſtracion tan agradecido al barbaro, que aſſegurado de ſu amiſtad, pudo ſin recelo penetrar por la Provincia, haſta llegar al Valle de Gayre, llamado aſsi entre los Indios, por vn hermoſo rio de eſte nombre, que cortandolo de Poniente à Oriente, lo atra-

Año de 1560.

atravieſa con ſus corrientes, y fecunda con ſus aguas, à quien Faxardo intitulò deſde entonces, el Valle de San Franciſco, (y es donde oy eſtà fundada la Ciudad de Caracas) ſitio, en que por ſer acomodado para el multiplico por ſus paſtos, dexò puesto en forma de hato todo el ganado bacuno, con alguna gente de la que traìa de ſervicio, para que lo cuidaſſen, y aſsiſtieſſen; y aſſentada paz, y confederacion amiſtoſa con los Indios Teques, Taramaynas, y Chagaragatos, que vivian en ſu circunferencia, baxò à la Coſta de el Mar à buſcar los compañeros que avia dexado encomendados al Cacique Guaymaquare, con los quales, y los demàs que traxo de Valencia, fundò vna Villa en el Puerto de Caravalleda, (dos leguas à Barlovento de donde oy eſtà poblada la Guayra) que por liſonjear al Governador con darle el titulo de ſu miſmo nombre, la llamò el Collado.

Villa de el Collado.

Puestos Regidores, y nombrados Alcaldes (que lo fueron Lazaro Vazquez, y Martin de Jaen) para el govierno de la nueva Villa, diò Faxardo la buelta pocos dias deſpues al Valle de San Franciſco, con el anſia de deſcubrir algunas minas de oro, pues por las mueſtras que avia hallado entre los Indios era evidente que lo producia el terreno; y aunque à los principios ſalieron vanos para el efecto quantos medios aplicò ſu diligencia, pudo tanto ſu actividad, que al fin, para ſu daño, huvo de dar con ellas, deſcubriendo en el partido de los Indios Teques (ſeis leguas al Sudueſte del Valle de San Franciſco, y catorce de el Collado al miſmo rumbo) diferentes veneros de oro corrido, de ſubida eſtimacion por ſus quilates, y razonable conveniencia por ſu rendimiento.

Bien ageno Faxardo de que formaba inſtrumentos para ſu ruina en los medios que diſponia para ſu aplauſo, diò luego aviſo al Governador, embiandole para comprobacion la mueſtra de los metales, que fue lo miſmo, que incitar contra sì la emulacion, para que deſpertaſſe le codicia en el animo ambicioſo de Collado, pues ſentidos, ò embidioſos algunos vecinos de el Tocuyo de los buenos ſucceſſos de Faxardo, inſtaron al Governador para que le revocaſſe los poderes, y le quitaſſe la Conquiſta, repreſentandole ſeria mas acertado poner en ella otra perſona, que ſiendo de ſu confiança, pudieſſe por ſu mano entrar à la parte en la labor de las minas, para lograr la ocaſion de quedar mas bien aprovechado, y no fiarſe de Faxardo, de quien no podia tener ſatisfaccion, por ſer vn hombre, cuyas acciones antes debian premeditarſe con recato, pues el reſpeto, y amor con que lo veneraban los Indios, y el dominio general que tenia adquirido entre ellos, eran motivos para cautelar no in-

tentaſſe ſu animo ſagàz alguna novedad irreparable.

Eſtos recelos, apadrinados con el interès de la propria conveniencia, hiciêron tal impreſsion en el Governador, que ſin reparar en la ſinrazon con que agraviaba el crèdito de Faxardo, le revocò los titulos, y poderes que le tenia dados antes, y nombrò por ſu Theniente, para que proſiguieſſe en la conquiſta de Caracas, à Pedro de Miranda, vecino de el Tocuyo, quien luego que llegò à la Villa de el Collado prendiò à Faxardo, y con Guardias lo remitiò à la Borburata; pero como èl llevaba conſigo à ſu inocencia, y en realidad no reſultaba otro cargo contra ſu obrar, que aquella aparente ficcion que avian formado ſus emulos, para que el beneficio de las Minas corrieſſe por otra mano, que era el fin à que tiraban todos; aviendo paſſado al Tocuyo à repreſentar ſu agravio, convencido el Governador de la razon, y juſticia que le aſsiſtia, ſe viò obligado à declararlo por libre; y como lo juſtificado de ſu quexa pedia ſatiſfaccion de el deſayre padecido, para acallarlo con algun titulo honroſo, le nombrò por Juſticia Mayor de la Villa de el Collado, dexando lo demàs de la Provincia à la diſpoſicion de Pedro de Miranda.

Con eſtos deſpachos, al parecer favorables, bolviò Faxardo al Collado à tiempo que Miranda con veinte y cinco Soldados, y algunos Negros eſclavos, ſaliò para los Teques à reconocer las Minas, y hallando ſer de mas conſequencia, y rendimiento aun de lo que Faxardo avia expreſſado, ſe quedò con los Negros à labrarlas, embiando à Luis de Ceijas con los veinte y cinco Soldados, para que recorrieſſe la Provincia, entrando por los Mariches, Nacion, que dividida en numeroſos Pueblos, habitaba en aquel tiempo deſde donde acaba el Valle de San Franciſco, corriendo para el Oriente por diez leguas de diſtancia; pero apenas Ceijas huvo piſado los vmbrales de la primera Poblacion quando ſe hallò acometido de el Cacique Sunaguto, que con valientes Eſquadras de Flecheros lo cercò por todas partes, poniendolo en tal aprieto, que fue meneſter todo el eſfuerço de ſu gente para llegar à ganar vnas barrancas, à cuyo abrigo aſſeguradas las eſpaldas, pudieron defenderſe haſta la noche, que ſuſpendiendo los Indios la pelèa, dieron lugar à Ceijas para componer vn pequeño verſo de metal, que avia llevado conſigo, y cargandolo, quanto permitiò el cañon, de valas, y piedras menudas, lo acertò para la parte por donde diſcurriò podrian bolver à acometer los enemigos: diſpoſicion en que conſiſtiò la ſeguridad de todos, pues à las primeras luces de el dia, con barbara confuſ-

fusion, y de tropèl se fueron acercando los Indios à renovar la refriega; y Ceijas dexandolos empeñar, por no malograr el tiro, quando le pareciò tiempo oportuno mandò disparar el verso, que hallando bastante blanco en aquella multitud desordenada, tuvo bien la polvora en que demonstrar los efectos de su furia, pues quedaron muertos de aquel golpe el Cacique Sunaguro, y otros muchos; de que atemorizados los Indios, discurriendo que violencia tan repentina dimanaba sin duda de causa mas superior, se echaron en el suelo sin aliento, dexando poco que hazer à los nuestros para ponerlos en huìda, porque al primer acometimiento de sus armas, los que no encontraron con la muerte, tuvieron por partido mas seguro encomendarse à la fuga.

Bien conociò Ceijas, no obstante la felicidad de este suceso, que avia valor en los Mariches para hazerle oposicion, y que hallandose con tan poca gente como la que tenia, empeñarse en passar mas adelante era imprudencia conocida, quando à los primeros passos se avia visto en tan conocido aprieto: consideracion, que bien premeditada, le obligò à retroceder para las Minas, à tiempo que hallò à Pedro de Miranda cercado de mil temores, porque los Indios Teques con manifiestas señales daban indicios evidentes de aspirar à alguna solevacion declarada, à que los persuadia la activa condicion de su Cacique Guaycaypuro; y no atreviendose à esperarla, por no experimentar los efectos del rompimiento que temia, luego que llegò Ceijas desamparò las Minas, y con porcion considerable de oro en polvo se retirò al Collado, y dexando encomendada la Provincia al cuidado de Faxardo, se embarcò para la Borburata, con el pretexto de passar al Tocuyo à dar quenta al Governador de todo lo sucedido.

CAPITULO XIV.

ENTRA JUAN RODRIguez en Caracas de orden de el Governador: rompe la guerra Guaycaypuro, y mata toda la gente de las Minas: vence Don Julian de Mendoza à los Taramaynas en batalla; y Juan Rodriguez puebla la Villa de San Francisco.

ENterado el Governador Pablo Collado, por la relacion que le diò Pedro de Miranda, de la riqueza de las Minas descubiertas por Faxardo, la multitud de naturales de diversas Naciones, y demàs circunstancias, que hazian opulenta, y apetecible la Provincia de Caracas, determinò con mas empeño tratar de su Conquista, y Poblacion; y como

quiera que lo principal de que neceſsitaba para materia tan ardua era perſona de experiencia, y de valor à quien poder encomendarla, ſe la traxo à las manos la ocaſion, como pudiera imaginarla el deſeo, por hallarſe en el Tocuyo en aquel tiempo Juan Rodriguez Suarez, natural de Eſtremadura, vezino de la Ciudad de Pamplona, en el nuevo Reyno de Granada, à quien, aviendo ſido Capitan Poblador de la Ciudad de Merida, la malicia embidioſa de ſus emulos le formò tales capitulos ſobre las circunſtancias de aquella fundacion, que preſo en la carcel de la Ciudad de Santa Fè, y ſentenciado por ſu Real Audiencia à degollar, para librarſe de el rigor de vn Tribunal apaſsionado le fuè preciſo con el favor de ſus amigos, quebrantar la carcel, y venirſe huyendo à eſta Provincia, donde amparado de Diego de Paredes, antiguo compañero de ſus fortunas, (à quien encontrò en el Valle de Bocono al tiempo que poblaba alli la Ciudad de Truxillo) tuvo lugar para paſſar con cartas ſuyas de recomendacion al Tocuyo; y ſiendo las prendas que adornaban à eſte Cavallero de ſuperior hierarquia, por la continuada experiencia de diferentes Conquiſtas, en que ſiempre avia militado con credito, hallò en èl Pablo Collado lo que avia meneſter para ſu intento, pues en la eleccion de ſemejante Caudillo llevaba aſſegurados los aciertos.

Piedrahit. c.7.l.12.

Nombrado, pues, Juan Rodriguez por Theniente de la Provincia de Caracas, ſaliò del Tocuyo con treinta y cinco hombres que le diò el Governador, y ſin que ſe le ofrecieſſe accidente en el camino, atraveſada la loma de los Arbacos entrò en los Teques, de donde deſpachò luego al Collado, avilando à Faxardo de ſu llegada, y de los poderes que traia, para que enterado de todo, ſe ayudaſſen con buena correſpondencia el vno al otro, dirigiendo ſus acciones à vn miſmo fin: atencion à que correſpondiò Faxardo, embiandole luego alguna gente de refuerço, por la noticia que tenia de los movimientos con que andaba el Cacique Cuaycaypuro, de cuyo natural altivo eſperaba con brevedad algun rompimiento declarado: diſcurſo, que acreditò de verdadero la experiencia, porque deſvanecido el Barbaro de aver hecho deſamparar las Minas à Miranda, pareciò le ſeria facil atemorizar à Juan Rodriguez para que hizieſſe lo miſmo, porque no tenia conocimiento toda via de el hombre con quien lidiaba, haſta que los eſcarmientos lo vinieron à dexar deſengañado; pues no aviendo ſido baſtantes los agaſſajos, ni perſuaſiones de Juan Rodriguez, para que ſoſſegando ſu inquietud mantuvieſſe la paz ajuſtada con Faxardo, fue preciſo valerſe de

las

las armas para contener ſu orgullo, con tan faborable fortuna en los ſuceſſos, que aviendo el Cacique acometido cinco vezes con numeroſas Eſquadras de Guerreros à deſpoblar las Minas, quedò ſiempre deſvaratado en los encuẽtros, con lamentable eſtrago de ſus Tropas, y pèrdida de ſus mas valientes Gandules, à cuyo eſpanto poſtrada la altivèz deGuaycaypuro, pidiò rendido pazes, que le concediò guſtoſo Juan Rodriguez, con la gloria de que ſu nombre quedaſſe formidable entre los Indios.

Soſſegada de eſta ſuerte la rebelion de los Teques, no diſcurriò Juan Rodriguez pudiera caver traycion en el animo alevoſo de Guaycaypuro, y fiandoſe mas de lo que debia en las afectadas ſumiſsiones con que el Barbaro procuraba deſmentir los rencores que conſervaba en el pecho, poblò las Minas de gente de ſervicio para labrar los metales; y dexando en ellas tres hijos peqneños, que avia traìdo del Reyno; ſacò ſus Soldados à campaña, con animo de dàr vna buelta à la Provincia, haſta ſalir à la Coſta à encontrarſe con Faxardo; à cuyo fin, entrandoſe por la Nacion de los Indios Quiriquires, à las riveras de Tacata, corriò por las orillas del Tuy, y territorio de los Mariches, ſin hallar opoſicion en parte alguna, porque los Indios, rendidos à la fama de ſu nombre, le iban dando la obediencia, ſujetando la cervìz entre admiracion, y eſpanto.

Mas como el animo traydor de Gaycaypuro ſolo deſeaba ocaſion para lograr ſu vengança, luego que viò diſtante à Juan Rodrigeuz, y las Minas deſamparadas de defenſa, por no aver quedado mas que la gente deſarmada, juntò quinientos Indios de los de ſu mayor ſatisfaccion, y dando ſobre la ranchería en el ſilencio de vna noche, paſsò todos ſus moradores à cuchillo, entrando tambien en la deſgracia los hijos de Juan Rodriguez, ſin que la inculpable inocencia de aquellas tiernas criaturas hallaſſe conmiſeracion en la barbara crueldad de aquel tyrano, pues ſolo pudo librarſe de ſu ſaña vn Indio, à quien diò lugar ſu diligencia para coger el monte entre la confuſion de aquel conflicto, y huyendo por caminos extraviados, al cabo de doze dias ſe vino à encontrar con Juan Rodriguez, à tiempo que ſaliendo de los Mariches entraba en el Valle de San Franciſco; y como de lo deſfigurado de ſu roſtro, y turbacion con que venia, ſacaſſe indicios de alguna deſventura, parando el cavallo, le preguntò: hijo, què ha ſucedido en los Teques? à que el Indio le reſpondiò, bañado en lagrimas, y prorrumpiendo en ſollozos: ſeñor, tus hijos ſon muertos, y quantos dexaſte en las Minas, ſolo yo pude eſcapar para traerte el aviſo de tan triſte nue-

nueva; Guaycaypuro, ſeñor, es quien lo ha hecho, èl fue el Autor de eſta maldad: à cuya noticia combatido el corazon de Juan Rodriguez, entre el ſentimiento de la muerte de ſus dos hijos, y el deſeo de la vengança, brotando llamas de enojo, y echando mano à la barba, con el dolor de ſu pena, dixo: Hà Guaycaypuro, Guaycaypuro, con quantas ventajas te has vengado! pero no ſerè yo JuanRodriguez, ſi tu no me la pagares; y dando prieſſa à ſus Soldados para que caminaſſen, marchò por el Valle arriba, haſta llegar à el hato que avia fundado Faxardo con las bacas, que traxo del Tocuyo, donde penſando hazer alto para reſolver con acuerdo lo que debia executar con madurèz, encontrò nuevo motivo para mayor confuſion, pues hallò las caſas reducidas à cenizas, muerta toda la gente que alli aſsiſtia de ſervicio, deſtrozados los cuerpos por el Campo, y la mayor parte de el ganado atraveſado à flechazos; porque Paramaconi, Cacique de los Indios Taramaynas, inſtado de Guaycaypuro, para que por ſu parte cooperaſſe à lançar los Eſpañoles de la Provincia, luego que tuvo la notia de el deſtrozo de los Teques, baxò al Valle de San Franciſco, y cogiendo la gente deſcuidada, diò principio à ſu levantamiento, manifeſtando ſu impiedad con aquella accion tan inhumana.

De premiſſas tan evidentes, coligiò luego Juan Rodriguez la guerra que le eſperaba, pues declararſe los Indios con aquel atrevimiento era cierta ſeñal de alguna general conjuracion de las Naciones, à cuyo reparo era preciſo ocurrir, acometiendolas con tiempo, antes que ſe juntaſſen en vn cuerpo, para que cogiendolas divididas, con el caſtigo de vnas pudieſſe tener lugar el eſcarmiento en las otras; pero deſeando comunicar la materia con Faxardo antes de empeñarſe en ella, dexò ſu gente en el Valle à cargo de Don Julian de Mendoza, y con ſolos dos Infantes que le hizieron compañia ſaliò para el Collado; mas no avia paſſado media hora deſpues de ſu partida, quando ſe dexò vèr el Cacique Paramaconi, que con ſeiſcientos Flecheros baxaba por el Abra de Catia para el hato.

Hallabanſe los nueſtros à la ſazon recogiendo el ganado que avia quedado vivo para meterlo en los corrales, y reconociendo tan cerca al Enemigo, ſe puſieron en arma para buſcar ſu defenſa, tomando los miſmos corrales por abrigo para guardar las eſpaldas; Don Julian de Mendoza, Anton de Albornoz, Fraga, Pallares, y Caſtillo, que eſtaban à cavallo, cogieron la delantera con animo de atropellar, rompiendo con las lanças por el Eſquadron contrario; pero aunque lo intentaron al tiem-

Batalla de los Taramaynas.

po que los Indios con innumerable multitud de flechas dieron principio à la batalla, fue con succsso tan adverso, que estuvieron en contingencia de perderse todos, si los Infantes con valor no huvieran llegado à socorrerlos, porque huyendo los Indios con destreza los cuerpos al bote de las lanças, tuvieron lugar de darle dos flechazos en las manos à Anton de Albornoz, que lo dexaron inutil para manejar la lança, y quitandole à Pallares la que llevaba, atravesaron con ella por los pechos al cavallo en que iba Fraga, de cuya herida muriò luego: quedaban solos Castillo, y Don Julian de Mendoza; pero este atormentado de el golpe de vna macana, cayò tambien en el suelo sin sentido: causa, para que la batalla se encendiesse con mas ardimiento de ambas partes, porque Alonso Faxardo, y Juan Ramirez al vèr à Don Julian en peligro de ser muerto, dexando el abrigo de los corrales, se entraron con las espadas en la mano por el Esquadron Enemigo à socorrerlo, y haciendo los demàs à su imitacion lo mismo, los Españoles por defender à su Capitan, y los Indios por llevarselo, se empeñaron vnos, y otros con notable valor en la refriega; pero llegandole à Paramaconi nuevas Esquadras de refresco, libre ya Don Julian, se fueron los nuestros retirando à buscar por resguardo los corrales, y los Indios cantando la victoria, cargaron sobre ellos tan de golpe, que oprimido el ganado por todas partes, no pudiendo mantenerse dentro de los corrales, rompiò la palizada por vn lado, y saliendo de tropèl atropellò los Indios, hiriendo à vnos, y derrivando à otros: accidente, que hizo mudar semblante à la fortuna, pues animada entonces nuestra gente al vèr la confusion de el enemigo, bolviò con nuevo esfuerço sobre aquella barbara muchedumbre, acometiendola con furia tan espantosa, que en breve tiempo reconociò Paramaconi su perdicion en el mortal estrago de sus Tropas; y tocando à recoger sus caracoles, retirò para el rincon de Catia su Exercito vencido.

Avia conseguido Juan Ramirez en los vltimos lances de este encuentro la gloria de restaurar la lança que los Indios quitaron à Pallares, atravesando por los pechos de vna estocada à vn Gandul, que con notable bizarria hazia primores con ella; y deseando vèr si entre los muchos muertos que avian quedado en el campo (por las señas que le observò) conocia el cadaver de aquel Indio, saliò con otros Soldados, luego que se retirò Paramaconi, à reconocer el sitio en que se diò la batalla; y estando en esta diligencia divertidos, se levantò de entre los muertos vn Indio, y sentandose en el suelo, por no poderse poner en pie, à

cauſa de eſtàr con las dos piernas quebradas, los empezò à llamar, para que ſe llegaſſen donde eſtaba; acercòſe Juan Ramirez, movido de la curioſidad, à preguntarle, què era lo que queria? y el barbaro, moſtrando aun mas deſeſperacion, que fortaleza, le reſpondiò, ſolo mataros; y pues el impedimento con que eſtoy no me dà lugar para buſcaros, yà que os preciais de tan valientes llegaos à pelear conmigo, que vn Indio ſolo ſoy, que os defafia; y diciendo eſto apretò el arco à vna flecha con tan buena punteria, que clavandoſela en la frente à vno de los Soldados lo dexò muy mal herido; y como para caſtigar ſu atrevimiento mandaſſe Juan Ramirez à dos Indios amigos, vaſſallos de Guaymaquare, que llegaſſen à matarlo, anduvo el barbaro tan prompto, que atezando bien el arco, y diſparando dos flechas, le atravesò entrambos muslos, y al otro ſe la metiò por vn lado, partiendole el corazon: oſſadìa, que irritò à vn Soldado (llamado Caſtillo) de los que eſtaban preſentes, y echandoſe vn ſayo de armas, para mayor ſeguridad, ſobre el que llevaba puesto, embiſtiò con èl para matarlo à eſtocadas; pero antes de poderlo executar, haciendo el Indio firme ſobre el arco para mantener el cuerpo, le tirò tantos flechazos, que à no averſe prevenido con el reſguardo de llevar las armas dobles le huviera coſtado caro el querer vengar duelos agenos; pero al fin, metiendole la eſpada por los pechos, le huvo de quitar la vida; ſiendo tal el corage de aquel barbaro, que al verſe en los vltimos alientos, aſiendoſe por los filos de la eſpada con las manos, procurò coger entre los brazos à ſu homicida, para vengar, ahogandolo, ſu muerte.

Receloſo ſe hallaba D. Julian deſpues de la batalla, porque aviendo quedado con la gente fatigada, y mucha herida, temia no bolvieſſe Paramaconi ſegunda vez à buſcarlo; y no atreviendoſe à mantener en aquel ſitio, aquella miſma noche, cargando los heridos en hamacas, levantò el Campo, y marchò para el Collado; pero à poca diſtancia de camino ſe encontrò con Juan Rodriguez, que noticioſo del acometimiento de los Taramaynas, ſin aver tenido lugar, ni aun para hablar con Faxardo, bolvia à ſocorrer à Mendoza, y à hallarſe preſente à qualquier lance; y teniendo muy à mal la retirada, aſsi por la altivèz que podria criar en los Indios, como por la reputacion que ſe perdia en deſamparar el puesto, los hizo retroceder al Valle de San Francisco, donde, para que los Indios conocieſſen el poco temor que les tenia, y quan lexos eſtaba de acobardarſe quien tomaba de aſsiento ſu aſsiſtencia, luego que llegò poblò vna Villa, que intitulò de San Franciſco (manteniendo el nombre de ſu miſmo Valle) en el pro-

Villa de S. Franciſco.

proprio sitio que avia estado el hato de ganado, (que es donde aora està fundada la Ciudad de Santiago) y repartida la tierra en los vecinos, nombrados Alcaldes, y Regidores, tratò con mas empeño de sujetar con las armas los Caciques alterados de el contorno.

No obstante passaron algunos dias sin que pudiesse lograr el venir con los Indios à las manos, porque retirados à las quebradas despues de la batalla, no se avia dexado vèr alguno en todo el Valle: novedad, que teniendo cuidadoso à Juan Rodriguez, con el deseo de descubrir la causa montò à cavallo vna mañana, junto con Juan Jorge de Quiñones, hombre de valor, y gran ginete, y llevando otros ocho Infantes consigo, subiò por la loma que està de la otra vanda de el arroyo Carvata, hasta llegar à lo mas alto de su cumbre: alcançòlos à vèr desde su retiro el Cacique Paramaconi, y acompañado de otro Indio llamado Toconai, de quien debia de tener satisfaccion para el empeño, por vna media ladera repechò la loma para salirles al encuentro; venian los dos con los carcaxes al hombro, en la vna mano los arcos, y en la otra vnas fuertes lanças, hechas de palma, enhastadas en las puntas dos medias espadas, que les avia embiado Guaycaypuro de las que cogiò en las Minas; y de las penacheras de diversas plumas con que adornaban las cabezas, traìan pendientes vna piel de Tigre, que les colgaba por la espalda, ò para demostrar mayor fiereza, ò para hazer ostentacion de mayor gala.

De esta suerte ganada por vn lado la cumbre de la loma, salieron de buelta encontrada sobre Juan Rodriguez, y Juan Jorge, que como caminaban à cavallo se avian adelantado mucho trecho à los Infantes; y puestos a corta distancia de los dos, con bizarra resolucion, y gentil brio, dixo el Paramaconi: aunque venis à cavallo à pelear, como cobardes con ventaja, yo soy Paramaconi, que solo basto para castigar vuestra sobervia, y pues estamos solos en campaña, aora es tiempo de que probemos con las armas el valor de cada vno: no pudieron sufrir mas los dos Españoles la altivèz, y attevimiento de aquel barbaro; pero aunque con presteza aguizaron los cavallos para atravesarlos con las lanças, con mucha mayor los Indios, puesta la rodilla en tierra fixaron los recatones de las suyas en el suelo, para recibirlos con las puntas al dar el choque, como quien espera vn toro: disposicion, que advertida por los ginetes, porque no les hiriessen los cavallos torcieron por vn lado la carrera, passando de largo sin tocarles; mas los Indios soltando al instante las lanças de las manos, pegaron de los arcos con tanta promptitud, que antes que acabassen la carrera, les tenian ya clavadas dos flechas por las espaldas sobre los sa-

yos

yos de armas que llevaban puestos; y aunque picados Juan Rodriguez, y Juan Iorge, haciendo ya reputacion de aquel empeño, por segunda, y tercera vez bolvieron sobre ellos à media rienda, llevando para mas seguridad deel golpe tendidas las lanças sobre el brazo izquierdo, hallaron siempre en los Indios tal ligereza en manejar sus armas, con tan buen compàs de pies, que valiendose quasi à vn mismo tiempo de los arcos, y las lanças, dexando frustrada la diligencia de los dos ginetes, quando parecia amenazaban con las vnas, executaban la herida con las otras; hasta que llegando los ocho Infantes, que se avian quedado atràs, no atreviendose los Indios à mantener el combate con tantos, se fueron retirando poco à poco, divididos cada vno por su parte, porque Paramaconi se entrò por vna ceja de montaña, disparando antes quantas flechas le avian quedado en la aljava, y Toconoay cogiò la media lade para baxar à la quebrada; pero corriòle la suerte muy contraria, porque vien lo que Juan Iorge partia trás de èl à rien la suelta, hizo alto en la ladera, bolviendo el rostro à esperarlo, y al tiempo que iba à executar el golpe lo asiò con tanta fuerça por la lança, que reconociendo Iuan Iorge que se la quitaba de la mano sin remedio, por no passar por el desayre de perderla, se arrojò tras ella de el cavallo, cayendo abrazado con el barbaro, y sacàdo vna daga, que llevaba pendiente à la cintura, le quitò la vida à puñaladas, dexandolo à sus pies muerto, pero no rendido. Bien quisiera Iuan Rodriguez que quedàra completa la victoria, entrando por la montaña tras Paramaconi, para matarlo tambien; pero se hallaba tan fatigado de vn flechazo, que passandole el sayo de armas, le picò en vna tetilla, que à instancias de los compañeros huvo de bolverse al Pueblo, donde lo dexarèmos por aora, mientras se cura de la herida, refiriendo en el interin otras cosas, que sucedieron por este tiempo en la Provincia,

LIBRO

LIBRO QUARTO
DE LA CONQUISTA, Y POBLACION DE LA PROVINCIA DE VENEZUELA.

CAPITULO PRIMERO.

LLEGA A CORO EL SEñOR OBISPO Don Fray Pedro de Agreda : và Sancho Brizeño à Eſpaña por Procurador de la Provincia : y el Tyrano Lope de Aguirre llega à la Margarita.

EN el Capitulo vndecimo del Libro antecedente dexamos dicho como por muerte de el ſeñor Obiſpo Balleſteros preſentò ſu Mageſtad para eſta Igleſia al ſeñor Don Fray Pedro de Agreda, Religioſo del Orden de Predicadores; quien por el año de ſeſenta en que vamos llegò à Coro, y tomada la poſſeſsion de ſu Obiſpado, lo hallò tan falto de Miniſtros para la predicacion del Evangelio, y converſion de los Indios, que aun en los Pueblos inmediatos à las Ciudades, ſi no eran algunos que avian bautizado ſus miſmos encomenderos, los demàs por falta de Operarios aun ſe conſervaban Gentiles : inconveniente à que deſeando ocurrir aquel zeloſo Prelado con la aplicacion de algun remedio para daño tan ſenſible, no hallando otro por entonces, que dedicarſe à repartir por ſu propria mano el Pan de la Doctrina à ſus ovejas, ſaliò de Coro, y recorriendo todos los Pueblos de la comarca, haſta las Serranìas de Carora, predicando, cathequizando, y bautizando

do como Parrocho particular de cada vno, fue imponderable el fruto que cogiò ſu trabajo de aquella mies que ſazonaba: por falta de beneficio perdia la Igleſia en ella tan abundantes coſechas para ſus graneros; y aviendo de eſta ſuerte ſatisfecho en quanto pudo à la obligacion de ſu oficio Paſtoral, ſe retirò à la Ciudad, y reconociendo que algunos hijos de la Provincia, aunque deſeaban dedicarſe al eſtado Eccleſiaſtico, no podian lograr la dicha de conſeguirlo por ſu total ignorancia, y no aver quien les enſeñaſſe, ni aun los primeros rudimentos de Grammatica, ſe dedicò à formar Eſtudios, y leer perſonalmente Latinidad à todos quantos quiſieron oìrla, por vèr ſi por eſte medio conſeguia, que aprovechados algunos, quedaſſen en aptitud para poder ordenarlos, y remediar en algun modo la falta que tenia de Sacerdotes, pues llegò eſta à ſer tan grande en aquel tiempo, que ſucediò morir el Cura de la Ciudad de Truxillo, y no aviendo en toda la Provincia otro que poner en ſu lugar, llegando la Quareſma fue preciſo, que el ſeñor Obiſpo eſcrivieſſe al Cura de la Ciudad de Merida, por ſer la mas inmediata, aunque de agena Diocſies, pidiendole, que en acabando de confeſſar ſus Feligreſſes, tomaſſe el trabajo de paſſar à Truxillo, para que aquellos vezinos tuvieſſen el conſuelo de cumplir con el annual precepto.

Eſta neceſsidad tan vrgente, junta con el deſeo de ſolicitar algunas pretenſiones favorables à la mayor conſervacion de la Provincia, obligò à que los Cabildos de ella determinaſſen embiar perſona à Eſpaña, que con el caracter de Procurador General de las Ciudades impetraſſe de ſu Mageſtad los puntos, que reducidos à inſtruccion, ſe avian diſcurrido por mas convenientes à la vtilidad comun; para cuyo efecto, por el parecer de todos fue nombrado Sancho Brizeño, vezino que era entonces de la Ciudad de Truxillo, perſona de graduacion, autoridad, y talento, y de baſtante actividad para el manejo de ſemejantes negocios; quien aceptados los poderes, aviendoſe embarcado en Coro, con proſpero viage llegò à Eſpaña, y puеſtas en pretenſion las dependencias que llevaba à ſu cuidado, conſiguiò deſpacho favorable en las mas de ellas, pues à pedimento ſuyo concediò ſu Mageſtad permiſo, para que todos los años pudieſſe venir al Puerto de la Borburata vn Navio de regiſtro por quenta de los vezinos, pagando ſolo la mitad de los derechos pertenecientes al importe de ſu carga, aſsi en la entrada, como en la ſalida: gracia, que eſtuvo corriente mucho tiempo, gozando de eſte beneficio la Provincia, pues aun por algunos años deſpues que ſe deſpoblò la Borbura-

ta se continuò la venida de este Navio al Puerto de la Guayra; pero, ò por inutilidad, ò por descuido, se dexò perder este permiso, que era de tanta conveniencia para todos.

Consiguiò tambien facultad libre, para que se introduxessen sin derechos dozientas piezas de Esclavos, que repartidas entre los vezinos, sirviessen en la labor de las Minas, y cultivo de los campos; y para remediar la falta que se padecia de Sacerdotes, se despacharon cedulas, encargando à los Provinciales de Santo Domingo, y San Francisco de la Isla Española, embiassen Religiosos de sus Ordenes, que con su zelo acostumbrado tomassen por su quenta la conversion de los Indios; si bien me parece que por algunos respectos no tuvo efecto por entonces su venida, aunque la solicitò el señor Obispo con empeño.

Uno de los puntos principales que contenia la instruccion que se diò à Sancho Brizeño, fue, para que solicitasse declaracion sobre la forma en que debia quedar el govierno de la Provincia, quando sucedièsse morir el Governador, para que en lo venidero se escusassen las competencias, y disturbios, que se experimentaron en las vacantes de Iuan Perez de Tolosa y Villacinda, entre el Theniente General, y los Alcaldes, pretendiendo cada vno adjudicarse el dominio por razon de su exercicio; sobre cuyo particular, mediante las representaciones de Brizeño, se diò la providencia que contiene esta Cedula.

EL REY. Por quanto Sancho Brizeño, en nombre de las Ciudades, y Villas de la Provincia de Venezuela, me ha hecho relacion, que muchas vezes acaece estar la dicha Provincia sin Governador, por fallecer los que io eran por provision nuestra, durante el termino de su Governacion, como avia acaecido con los Licenciados Tolosa, y Villacinda, à cuya causa padecian detrimento, y estaban sin Justicia los vezinos, y naturales de aquella tierra: Y me suplicò en el dicho nombre, mandasse, que quando acaeciesse caso semejante de morir el Governador que huviesse, antes de nos aver proveìdo otro en su lugar, governassen los Alcaldes Ordinarios cada vno en su jurisdiccion, ò como la mi merced fuesse, è yo acatando lo susodicho, helo avido por bien: por ende por la presente declaramos, y mandamos, que cada, y quando que acaeciere fallecer el nuestro Governador de la dicha Provincia de Venezuela, antes de aver Nos proveìdo otro en su lugar governen en cada vna de las Ciudades, y Villas de ella los Alcaldes Ordinarios, que en los tales Pueblos huviere, entre tanto que por Nos se provee otro Governador, que por esta nuestra Cedula damos poder, y facul-

tad

tad à cada vno de los dichos Alcaldes Ordinarios en ſu puſto, que tengan la dicha Governacion durante el dicho tiempo. Fecha en Toledo à ocho dias de el mes de Diziembre de mil quinientos y ſeſenta años. YO EL REY. Por mandado de ſu Mageſtad, Franciſco de Eraſo.

Eſta Cedula fue el origen de que dimanò deſpues el honroſo Privilegio, que goza la Ciudad de Caracas de governar ſus Alcaldes en lo Politico, y Militar toda la Provincia entera, quando por muerte, ò auſencia del proprietario ay vacante en el Govierno, porque aunque en ſu virtud ſiempre que ſe ofreciò la ocaſion (deſpues de conſeguida) governaron los Alcaldes de todas las Ciudades cada vno en ſu diſtrito, fue ſolo entre tanto que la Audiencia de Santo Domingo nombraba Governador interino, haſta que el año de ſeiſcientos y ſetenta y cinco, aviendo muerto el Governador Don Franciſco Davila Orejon, embiò la Audiencia en ſu lugar al Licenciado Don Juan de Padilla Guardiola y Guzman, vno de ſus Oìdores; y preſentado en el Cabildo de la Ciudad de Caracas con ſus deſpachos, y titulos, los Alcaldes Ordinarios, que entonces eran Don Manuel Phelipe de Tovar, Cavallero del Orden de Santiago, y Don Domingo Galindo y Zayas, vnidos con los demàs Capitulares, no quiſieron recibirlo al exercicio de ſu empleo; alegando, que ſegun aquella clauſula de la Cedula referida, en que dize ſu Mageſtad: Goviernen en cada vna de las Ciudades, y Villas los Alcaldes Ordinarios que en los tales Pueblos huviere, entre tanto que por Nos ſe provee otro Governador: no tenia la Audiencia autoridad para nombrar interinos, y que debian ellos mantenerſe en el Govierno haſta tanto que vinieſſe el proprietario, nombrado por el Conſejo, à quien primitivamente tocaba la proviſion: punto ſobre que ſe originaron las competencias, y diſguſtos, que referirèmos en la Segunda Parte de eſta Hiſtoria, obligando al Cabildo à que ſobre eſte particular embiaſſe à Eſpaña por ſu Procurador General à Don Juan de Arechederra, vno de ſus Regidores; quien ſupo diſponer tan bien ſu pretenſion en la Corte, que conſiguiò declaràſſe ſu Mageſtad por bien hecho lo obrado por el Cabildo; y que por Cedula de diez y ocho de Septiembre del año de ſeiſcientos y ſetenta y ſeis concedieſſe el nuevo Privilegio, para que ſiempre por qualquier accidente que llegue à aver vacante en el Govierno, los Alcaldes de la Ciudad de Caracas (con los miſmos honores, y prerrogativas, que gozan los proprietarios) goviernen toda la Provincia entera, ſin que el Preſidente, ni Audiencia de Santo Domingo puedan, con ningun pretexto, ni motivo, nombrar

Go-

Governadores interinos: ſingular honra, y privilegio! ſin exemplar en la America, que podemos decir con realidad ſe debe à Sancho Brizeño, pues fue ſu ſolicitud quien puſo los fundamentos, ſobre que ſe fundò deſpues eſte edificio.

Libre yà Juan Rodriguez de la moleſtia de ſu herida, ſacò ſu gente à campaña, deſeando deſahogar con la vengança el ſentimiento que le atormentaba el pecho por la muerte laſtimoſa de ſus hijos; y entrandoſe por los Teques en buſca de Guaycaypuro, principal autor de ſus agravios, aunque en diferentes encuentros que tuvo con los Indios conſiguiò quedar ſiempre victorioſo, nunca pudo adquirir noticia de la parte en que ſe ocultaba el Cacique ſu enemigo, porque temeroſo, y recatado huìa las ocaſiones de poner ſu perſona en contingencia, eſperando ſolo oportunidad para conſeguir à lo ſeguro (mediante alguna trayccion) dar la muerte à Juan Rodriguez para ſalir de recelos.

En eſte eſtado ſe hallaba la Provincia, quando por el año de ſeſenta y vno ſe tocò al arma en todos los Puertos de ſu Coſta, por aver llegado à la Isla de la Margarita con ſu Armada el tyrano Lope de Aguirre; para cuya inteligencia es de advertir, que governando los Reynos de el Perù el Marquès de Cañete Don Andrès Hurtado de Mendoza el año de cinquenta y nueve, ò fueſſe por la noticia que dieron vnos Indios Braſiles que apottaron à aquel Reyno de las poderoſas Provincias de los Omeguas, (que ſin duda eran las miſmas que deſcubriò Phelipe de Vrre) ò porque (ſegun diſcurrieron algunos Politicos entonces) el Marquès como buen Eſtadiſta, valiendoſe de el pretexto de eſta nueva conquiſta, quiſo por eſte medio purgar el Reyno de los humores corruptos de tanta gente perdida como avia quedado en èl por rezagos de los levantamientos, y alteraciones de Gonçalo Pizarro, Franciſco Hernandez Girón, y Don Sebaſtian de Caſtilla, ò porque en realidad concurrieron ambas cauſas juntas para inclinar la voluntad de el Marquès, èl ſe determinò à deſcubrir, y conquiſtar aquellas opulentas Provincias, donde publicaba la fama tan abundantes riquezas.

Hallavaſe à la ſazon en Lima el General Pedro de Vrſua, de Nacion Navarro, quien con la grandeza de ſus heroycos hechos en lo florido de ſus pocos años avia adquirido por la America eſtimacion, y aplauſos à ſu nombre, pues en las Conquiſtas de el nuevo Reyno, ſugetos con ſus armas, y prudencia los Indios Chitareros, poblò en ſu Pais la Ciudad de Pamplona; y rendida à ſu valor la ſobervia indomable de los Muzos, admitiò la ſujecion que les puſo, fundando la de Tu-

Año de 1561.

Piedrahita lib. 11. cap. 5. y 8.

dela en la Provincia de Santa Marta: solo con doze compañeros que le seguian en la celebre batalla de los passos de Rodrigo, atropellò la Potencia altiva de la Nacion Tayrona, reputada hasta alli por invencible: en Panamà, derrocados los Negros de los Palenques con el teson de su constancia, y preso su Rey Bayano, confessaron con el escarmiento, que brios de semejante hombre no eran para probados dos vezes; constavale à el Marquès las prendas de este Cavallero, y por pagar en algo sus servicios, lo nombrò por General para este descubrimiento, dandole titulo de Governador de los Omeguas, y Dorado, debaxo de cuyo apelativo se avia de comprehender todo lo que conquistasse.

Castell. Eleg. de Varon. Ilust. part. 1. fol. 172.

Juntos, pues, para esta expedicion quatrocientos hombres, bien prevenidos de lucidas armas de fuego, quarenta cavallos, y sobrado numero de gente de servicio en Bergantines, que para el efecto tenia labrados en el rio de los Motilones, salìo Vrsua à dar principio à su jornada por fines de Septiembre del año de quinientos y sesenta; pero como entre los Soldados que llevaba iban muchos de aquellos que el Virrey avia tirado à echar de el Reyno, temiendo la inquietud de sus naturales bullicioso, entre quienes sobresalian Lope de Aguirre, Lorenço de Salduendo, Juan Alonso de la Valdera, Christobal de Chaves, Alonso de Villena, Alonso de Montoya, y otros, siendo hombres acostumbrados à motines, insolencias, y tumultos, empezaron desde luego à machinar conspiraciones, procurando con enredos, y con chismes malquistar las operaciones de Vrsua, para grangearle quexosos, y hazer aborrecible su govierno; en que se supieron dar tan buena maña, que atraìdos por este medio otros algunos à su sequito, y comunicada su intencion con Don Fernando de Guzman, hijo de vn Ventiquatro de Sevilla, à quien hicieron complice, con promessa de nombrarlo por Cabo de el Exercito; despues de navegadas setecientas leguas por el rio Marañon (llamado hasta entonces de Orellana) en vn Pueblecillo de la Provincia de Machifaro mataron vna noche alevosamente à puñaladas al Governador Pedro de Vrsua, y à su Theniente General Don Juan de Vargas; y apoderados de las armas, sin que la confusion de el mismo caso diesse lugar à los demàs para oponerseles en nada, entregaron el govierno superior de aquel Exercito à Don Fernando de Guzman, y nombraron por Maestre de Campo à Lope de Aguirre, quien perdiendo el temor à Dios, la obediencia al Rey, y la verguença al mundo, en vna informacion que hicieron para justificar su alevosìa, puso en su firma, Lope de Aguirre, Traydor, persuadiendo

à

à los demàs con demoſtracion tan fea, y exortaciones dictadas de ſu mala inclinacion, y perverſo natural, à que mudando el fin de ſu jornada, dieſſen la buelta al Perù para apoderarſe de aquel Reyno: infamia en que convinieron todos, vnos por voluntad, y otros por miedo; y deſnaturalizandoſe de los Reynos de Caſtilla, juraron por Principe de el Perù à Don Fernando de Guzman; pero como el animo de Aguirre no era rendir adoraciones à otro, ſino eſtablecer ſu tyranìa, eſpaldeado del ſequito de mas de ochenta hombres, que teniaà ſu devocion, por ſer de ſus miſmas coſtumbres, y jaèz, paſſados algunos dias hizo quitar la vida à puñaladas à Lorenço de Salduendo, Doña Inès de Atiença, Gonçalo Duarte, Alonſo de Montoya, Miguèl Bodebo, Miguèl Serrano, Balthaſar Cortès, y al Licenciado Alonſo de Henao, Capellan de el Exercito, terminando por entonces aquella triſte tragedia con dàr tambié muerte atroz à ſu Principe Don Fernando, aviendo tres meſes y medio, que engañado de los conſejos de Aguirre, y arraſtrado de ſu ambicion, repreſentaba el papel de Mageſtad en la Farſa que compuſo la tyranìa para el teatro de aquel Reyno.

Libre Aguirre con eſto de que nadie pudieſſe hazer opoſicion à ſus deſignios, y amedrentados todos con las repetidas crueldades de aquel monſtruo, ſe declarò por cabeza de aquel Exercito confuſo, intitulandoſe, fuerte Caudillo de la Nacion Marañona: nombre, que puſo à ſus Soldados, y al rio (llamado haſta entonces de Orellana, ò Amazonas) por los enredos, y marañas què en èl fraguò ſu maldad; y determinado à llevar adelante la intencion de dàr la buelta al Perù, con la eſperança de que agregandoſele muchos de los compañeros, que avian quedado por allà, podria con facilidad tyranizar aquel Reyno; proſiguiò navegando por el rio, haſta ſalir con furioſo temporal al Mar de el Norte, dexando antes executadas las inhumanidades que largamente refiere el Provincial Fray Pedro Simon en la ſexta noticia de ſus Conquiſtas de Tierra-firme, donde podrà el curioſo informarſe por extenſo de todo lo ſucedido en eſta laſtimoſa jornada, pues para la claridad de nueſtra Hiſtoria baſta ſaber, que reconocidas las aguas de el Occeano, enderezò Aguirre ſu derrota à la Isla de la Margarita, cuya tierra llegò à aviſtar à los diez y ſiete dias de navegacion trabajoſa, mas por falta de baſtimentos, que por tormentas de el mar; y divididos los Bergantines con vn temporal que les diò al coger el Puerto, el de Lope de Aguirre fue à ancorar à vna encenada, que llamaban Paraguache, y oy es conocida por el Puerto de el Traydor, quatro leguas diſtante de el de Mompatare, que es el principal ſurgidero

de

de la Isla, y el de ſu Maeſtre de Campo Martin Perez à otro, retirado dos leguas mas al Norte, donde por no perder aquella fiera la barbara coſtumbre de derramar ſangre humana, antes de ſaltar en tierra hizo dàr garrote à Diego de Alcaràz, y à Gonçalo Giral de Fuentes, ſin dexarlos ſiquiera confeſſar, por mas que aquellos deſdichados clamaban con lagrimas, y ruegos, pidiendo aquel alivio por vltimo conſuelo en ſu deſgracia.

CAPITULO II.

PRENDE AGUIRRE al Governador de la Margarita: roba las Caxas Reales: ſaquea la Ciudad; y quita la vida con crueldad à algunos de ſus Soldados.

VFano Aguirre con las inhumanas operaciones de ſu crueldàd, ſaltò luego en tierra aquella tarde (que fue de vn Lunes à veinte de Julio de el año de ſeſenta y vno) acompañado de algunos pocos de ſus mas amigos, dexando el reſto de ſus Soldados eſcondido debaxo de cubierta; y deſeando tener toda ſu gente junta para qualquier accidente, deſpachò à vn Fulano Rodriguez al Puerto donde avia ſurgido ſu Maeſtre de Campo, con orden, para que aquella miſma noche marchaſſe con preſteza à incorporarſe con èl, y que en el camino dieſſe garrote à Sancho Pizarro, à quien tenia por ſoſpechoſo, y poco afecto à ſus acciones; y como el animo alevoſo de aquel hombre era apoderarſe de la Isla con engaño, embiò à Diego Tirado al miſmo tiempo à dàr quenta de ſu llegada al Governador Don Juan de Villandrando, y pedirle los mandaſſe ſocorrer con baſtimentos, por ſer gente que con mucha falta de ellos venìa derrotada de el Perù.

A la curioſa novedad de eſta noticia ſe movieron algunos vecinos de la Ciudad à paſſar luego à vèr los foraſteros, con quienes ſupo Aguirre diſsimular tanto ſu traycion, refiriendoles los varios acaecimientos de ſu viage en peregrinacion tan dilatada, y ponderandoles la extrema neceſsidad que padecia, cuya vrgencia le avia obligado à llegar à buſcar baſtimentos à aquella Isla para remediar ſu falta, y paſſar ſin detenerſe à Nombre de Dios, para bolver al Perù, que condolidos de lo bien que ſupo pintarles ſus trabajos, y afliccion, hicieron matar dos bacas, y ſe las dieron, embiando à las eſtancias vecinas à buſcar todo el cazave, y carne que ſe hallaſſe para ſocorrer aquellos hombres, q̃ ſe conſideraban perdidos: piedad à que ſe moſtrò Aguirre con tales apariencias de obligado, que no ſolo con abundancia de palabras, pero aun con obras, fingiò correſponꝺ-

ponder agradecido, pues à vno de los vezinos, llamado Gaſpar Hernandez, le preſentò vna copa de plata dorada grande, y vna capa de grana, guarnecida de paſſamanos de oro.

Eſta liberalidad artificioſa fue el cebo que puſo aquel tyrano para lograr el lance, que tenia diſcurrido ſu malicia, pues ſatiſfechos de el agaſſajo Gaſpar Hernandez, y ſus compañeros, determinaron quedarſe con èl aquella noche, dando aviſo al Governador de todo lo ſucedido, y de las muchas riquezas, que manifeſtaba traer aquella gente del Perù, cuyo animo, ſegun avian reconocido, ſolo era comprar matalotages, ſin reparar en los precios, para proſeguir ſu viage. Recibida eſta noticia por el Governador, obrò al inſtante ſus acoſtumbrados efectos la codicia, pues pareciendole buena ocaſion para quedar aprovechado con la parte que le podria tocar de aquel teſoro, tan indiſcreta como imprudentemente, acompañado ſolo de el Alcalde Manuel Rodriguez, de vn Regidor, Andrès de Salamanca, y de otros quatro vezinos principales, ſaliò de la Ciudad poco deſpues de media noche para el Puerto donde eſtaba Aguirre, y llegando allà al amanecer, lo recibiò el tyrano con tales acatamientos, y ſumiſsiones ſerviles, que haſta el eſtrivo le tuvo al apearſe de el cavallo; à que correſpondiò el Governador con la vrbanidad, y atencion, que es propria de vn Cavallero, prometiendole ſu amparo, ſu caſa, y ſu perſona, para quanto ſe le pudiera ofrecer en aquella Isla: cumplimientos en que gaſtaron vn rato de buena converſacion, eſtando todos en pie; haſta que Aguirre, pareciendole yà tiempo de deſcubrir ſu traycion, vſando de grandes cortesìas, y rendimientos, le dixo al Governador: Señor mio, los Soldados de el Perù como ſon tan militares, y curioſos en las jornadas de Indias, mas ſe precian de traer conſigo buenas armas, que precioſos veſtidos, aunque ſiempre los tienen ſobrados, ſolo por bien parecer; y aſsi ſuplican à V.md. y yo de mi parte ſe lo ruego, les dè licencia para ſaltar todos en tierra, y ſacar ſus arcabuzes, que podrà ſer ferien algunos à eſtos ſeñores vezinos.

El Governador, no previniendo las cautelosas malicias del tyrano, le reſpondiò con mucho agrado, ſaltaſſen en hora buena, que para èl ſeria rato muy guſtoſo lograr la ocaſion de verlos. Concedido eſte permiſo, paſsò Aguirre al Bergantin, y llamando à ſus Soldados, que todavia ſe mantenian eſcondidos debaxo de la Eſcotilla, les dixo: Ea, Mataño-nes, aguzad vueſtras armas, y limpiad los arcabuzes, porque yà teneis licencia del Governador para que ſalteis en tierra; y aunque èl no os la huviera dado, vos

ſotros os la tomàrais; con lo qual ſalieron ſobre cubierta, diſparando los arcabuzes para hazer ſalva al Governador; quien entrando yà en ſoſpecha al vèr tanta gente armada, procurò apartarſe vn poco à comunicar con ſus vezinos el recelo que tenia, y el empeño en q̃ ſe hallaban, para buſcarle remedio; pero fue à tiempo tan crudo, que no tuvieron lugar para lograr el recurſo, porque Aguirre echando ſu gente en tierra, y cogiendoles los paſſos, ſe fue para la parte donde eſtaban, y con eſtilo bien diferente del que avia vſado haſta alli les dixo: Señores, noſotros vamos para el Perù, donde de ordinario ay guerras, y alborotos; y porque pareciendoles à vueſſas mercedes, que noſotros no irèmos con los penſamientos de ſervir al Rey, nos han de poner eſtorvo en nueſtro viage, conviene dexen vueſſas mercedes las armas, pues es cierto, que de otra ſuerte no nos han de hazer tan buen hoſpedage como quiſieramos; y pues eſto no tiene otro remedio, ſean todos preſos.

Abſorto ſe quedò el Governador al oìr ſemejante deſacato, y turbado con la conſideracion del rieſgo en que lo avia metido ſu imprudencia, diziendo: què es eſto? què es eſto? ſe fue retirando algunos paſſos, metiendo mano à la eſpada, para intentar defenderſe; pero poniendole los traydores à los pechos algunas partesanas, y arcabuzes, con acuerdo mas prudente huvo de darſe à priſion, entregando las armas al tyrano, que gozoſo con aver logrado el lance, montò luego en el cavallo, que fue de el Governador, à quien mas por moſa, que por laſtima, hizo ſubir à las ancas, y marchando para la Ciudad ſu Campo en forma de batalla, à poco trecho del camino encontrò con ſu Maeſtre de Campo Martin Perez, que con la gente del otro Bergantin venia à incorporarſe con èl, dexando yà dado garrote à Sancho Pizarro, en cumplimiento de lo que le avia mandado Aguirre: juntos aſsi todos los traydores, celebrando con fieſta, y regozijo la felicidad con que ſe iban diſponiendo ſus maldades, llegaron à la Ciudad, que ignorante de la tempeſtad que deſcargaba ſobre ella, ſe hallaba deſcuidada, gozando de el repoſo en que la tenia la ceguedad de ſu necia confiança, y apellidando: libertad, libertad, viva Lope de Aguirre, entraron corriendo por las calles haſta ocupar la Fortaleza, que eſcogieron para ſu habitacion por mas ſegura.

Puesto alli en priſiones el Governador, y los demàs vezinos que traxeron del Puerto, como de lo que mas ſe preciaba aquel tyrano era de la deslealtad que profeſſaba para con el Rey ſu inobediencia, lo primero que puſo por obra ſu deſcaro fue ir à las caſas que ſervian de Caxa Real, y ſin tener paciencia para pedir las lla-

llaves, echò las puertas abaxo, rasgò los Libros, rompiò las arcas, y sacò porcion considerable de oro, y perlas de lo procedido de los Quintos de las Pesquerias de Cubagua, que estaban en aquel tiempo en el aumento de su mayor grandeza; à cuya imitacion los demàs Soldados, divididos en quadrillas, fueron metiendo à saco la Ciudad, cometiendo los insultos, è insolencias, que se puede discurrir en la intencion depravada de aquella gente perdida; y para que no quedasse alguno sin experimentar la opresion de sus violencias, publicò vando Aguirre à son de caxas aquella misma tarde, para que todos los vezinos de la Isla se recogiessen luego à la Ciudad, con pena de la vida, è hiziessen manifestacion de las armas, y caudales que tuviessen; en que anduvieron tan sumamente desgraciados, que aunque quisieron algunos valerse de la ocultacion para lograr el escape, no pudieron conseguirlo, por el rigor con que por todos lados se les mostrò contraria la fortuna, pues quiso su adversa suerte, que algunos hombres vagamundos de los que vivian en la misma Isla, aficionados à la libertad que veìan en los Soldados de Aguirre, y al desahogo con que cometian los robos, y desafueros, sin recelo ni temor, pareciendoles gustosa aquella vida sin rienda, se vnieron con el tyrano, assentando plaza para militar en sus yanderas; y como practicos de la Isla, y ladrones de la misma casa, haziendo gavilla con los demàs traydores; no quedò estancia donde no los llevassen, ni retiro que no les descubriessen, manifestandoles quanto los miserables vezinos avian podido esconder; de suerte, que fueron causa aquellos hombres malvados de los mayores trabajos, que padeciò aquella triste Ciudad.

Hallavase por entonces en la Costa de Maracapana el Padre Fray Francisco de Montesinos, Provincial del Orden de Santo Domingo de la Isla Española, assistiendo à la conversion de aquellos Indios, que con orden particular le avia encomendado el Rey; tenia consigo vn Navio de razonable porte, bien prevenido, y artillado; y no ocultandosele al tyrano esta noticia, aviò con toda presteza vno de sus Bergantines, y metiendole dentro diez y ocho hombres, y por Cabo à Pedro de Monguia, lo despachò con orden, para que le apresassen el Navio, y se lo llevassen à la Margarita; pero Monguia, y los demàs compañeros, aprovechando tan oportuna ocasion para assegurar sus vidas, y librarse de la violenta sujecion de aquel tyrano, llegados al Puerto de Maracapana determinaron quedarse con el Padre Provincial, à quien descubrieron la verdad de todo lo que passaba, y dieron quenta de las crueldades, y robos, que queda-

daba executando Aguirre en la Margarita, à quien obligados de el temor, por no poder remediarlo de otra ſuerte, avian ſeguido haſta alli. Recibiòlos el Provincial con agaſſajo, pero como hombre prudente, no atreviendoſe à fiar de ſus razones, y recelando alguna traycion oculta en aquella mudança repentina, les quitò à todos las armas, por quedar aſſegurado para qualquier contingencia; y embarcando toda la gente que tenia, junto con los Marañones, ſe hizo à la vela, con determinacion de dar aviſo en los Puertos de la Borburata, y Santo Domingo, para que los hallaſſe prevenidos el tyrano en caſo que llegaſſe por alli, y de camino paſſar por la Margarita, por ſi lograba coyuntura para favorecer en algo à ſus vezinos.

Luego que Aguirre deſpachò à Pedro de Munguia, teniendo por indefectible la preſa de el Navio, mandò diſponer los baſtimentos, para que eſtando todo prevenido, al tiempo que ſe lo traxeſſen pudieſſe ſin dilacion embarcarſe para proſeguir ſu viage, porque deſeaba con anſia llegar quanto antes à Nombre de Dios, para paſſar al Perù; y porque en el interin no ſe le olvidaſſe la barbara coſtumbre de derramar ſangre humana, con que ſe alimentaba el corazon de aquella fiera, ſin mas motivo que vn chiſme hizo ahorcar à Enriquez de Orellana, Capitan de ſu Municion, ſin dexarlo confeſſar, aunque el pobre lo pedia: cauſa, para que algunos de ſus Soldados, conociendo la poca ſeguridad con que vivian, pues à la mas leve ocaſion tenian expueſtas las gargantas al cuchillo, determinaſſen abandonar ſu Compañia, aunque fueſſe aventurando la vida à la incertidumbre del ſuceſſo; y reſueltos à ſeguir eſte dictamen Fráciſco Vazquez, Gonçalo de Zuñiga, Juan de Villatoro, y Luis Sanchez de el Caſtillo, en lo mas ſilencioſo de la noche ſe huyeron de la Ciudad, con animo de ocultarſe entre los montes, buſcando abrigo en las fieras, por no lidiar con vn monſtruo; pero ſabida ſu fuga por Aguirre, ſe enfureciò de calidad, que como hombre privado de ſentido, bramando de corage echaba eſpumarajos por la boca; y porque la fuga de eſtos no ſirvieſſe de exemplar para los otros, mandò à los vezinos de la Ciudad ſe los buſcaſſen, y traxeſſen, aunque eſtuvieſſen debaxo de la tierra, pues de no parecer aquellos quatro Soldados avian de pagar todos con la vida, para aplacar la fuerça de ſu enojo; y como con menor cauſa ſabia aquel tyrano hazer verdaderas ſus promeſſas, fue baſtante ſu temor, para que los vezinos por ſu parte, y el Governador (aunque eſtaba preſo) por la ſuya hizieſſen tales diligencias, rebolviendo la Isla toda, que huvieron de deſcubrir à Juan de Villatoro, y à Luis Sanchez de el Caſtillo,

y traìdos à la preſencia de Aguirre, ſin permitir eſpera los ardores de ſu colera, los hizo luego ahorcar en el Rollo de la plaza, diciendoles mil oprobrios mientras duraba la execucion de el caſtigo, para aumentarles mas con el agravio las anguſtias de el ſuplicio; y fue tal la deſverguença de aquel corazon empedernido, que deſpues de muertos les hizo poner vnos carteles, que decian: han ahorcado à eſtos hombres por leales ſervidores de el Rey de Caſtilla: fatalidad de que eſcaparon Franciſco Vazquez, y Gonçalo de Zuñiga, por aver ſido ſu precaucion tan cauteloſa al eſconderſe, que burlaron con el ſecreto las crueles amenazas, y ſolicitas diligencias de el tyrano.

CAPITULO III.

MANDA MATAR Aguirre al Capitan Turriaga, y da garrote al Governador: quita la vida à ſu Maeſtre de Campo: llega à la Margarita el Provincial con ſu Navio, y ſin hazer efecto ſe retira.

AUn no avia Aguirre acabado de executar eſtas maldades, quando empezò de nuevo ſu recelo à vacilar confuſo entre temores, originados de que vno de ſus Capitanes, llamado Juande Turriaga, ſiendo de natural afable, y cariñoſo, tenia aceptacion, y ſequito entre los Soldados pobres, porque con liberalidad franqueaba ſu meſa à todos; y como la accion mas comedida tenia viſos de ſoſpechoſa en la delicadez de ſu conciencia depravada, diò en maliciar, que aquel agrado de Turriaga era fingido, ſolo à fin de grangear amigos para hazerle opoſicion; y ſin otro fundamento, que el leve de eſte diſcurſo, determinò matarlo, encomendando la execucion à ſu Maeſtre de Campo Martin Perez; quien con algunos Soldados de ſu ſequito ſe fue vna noche à la poſada de Turriaga, à tiempo que cenando con muchos de ſus hueſpedes contimos, ſe hallaba bien ageno de la traycion, que le avia diſpueſto Aguirre, y viendo entrar à Martin Perez ſe levantò de la meſa à recibirle con toda corteſanìa, como à ſu Maeſtre de Campo; pero apenas le quitò el ſombrero para hablarle, quando embiſtiendole todos, vnos con lanças, y otros con las eſpadas, le dieron tantas heridas, que rebolcandoſe en ſu ſangre, perdiò al inſtante la vida; y como en todo eran irregulares las acciones de aquel tyrano, aviendo hecho matar à aquel hombre tan ſin cauſa, el dia ſiguiente, moſtrando gran ſentimiento de ſu muerte, (como ſi en ella no huviera tenido intervencion) lo mandò enterrar con pompa fumeral, aſsiſtiendo èl al

entierro, llevando tras el cadaver todas ſus Eſquadras enlutadas, y arraſtrando las Vanderas al ſon de los atambores deſtemplados.

En eſtas bizarrias, como ſuyas, ſe hallaba Aguirre entretenido, quando deſpues de aver el Provincial partido de Maracapana con ſu Navio, y dado aviſo en Cumana, el Collado, y la Borborata, ſe llegò a deſcubrir deſde la Margarita, que navegando de Mar en fuera venìa en demanda de ſu Puerto; y diſcurriendo el tyrano, que Monguia, executado ſu orden, ſe lo traìa apreſſado, alegre con ſu viſta trataba ya de diſponer ſu partida; pero breve convirtiò en deſeſperacion ſu regocijo, por aver arrivado al Pueblo vna Pyragua en que iba vn Negro de Maracapana, que le diò cuenta de todo, expreſſandole como Monguia, y ſus compañeros voluntariamente ſe avian entregado al Provincial; de que recibiò Aguirre tanto enojo, que prorrumpiendo en blasfemias contra Dios, y amenazas contra los pobres vecinos, juraba lleno de colera, que avia de paſſar à cuchillo toda la gente de la Isla, y regar con ſu ſangre la Ciudad, ſin dexàr en ella piedra ſobre piedra, para que al recuerdo de ſus ruinas ſe conſervaſſe la memoria de ſu furor.

Ibaſe ya en eſto acercando el Navio para tierra, y por la derrota que traìa conocieron con claridad venìa à ſurgir à vn paraje, que llaman Punta de Piedras, cinco leguas diſtante de el Puerto de Monpatare, (que es el principal de la Isla) y recelando el tyrano no intentaſſe el Provincial ſaltar en tierra con ſu gente, empezò à diſponer la que le pareciò baſtante de la ſuya para ſalirle al encuentro; pero antes de executarlo, porque no quedaſſen ſin efecto ſus amenazas, mandò à ſu Alguacil Franciſco de Carrion fueſſe à la Fortaleza, y dieſſe garrote al Governador Don Juan de Villandrando, à el Alcalde Manuel Rodriguez, à el Alguacil Mayor Don Coſme de Leon, à el Regidor Caceres, y à Juan Rodriguez, criado de el Governador: diligencia, que no eſilatò mucho el Carrion, pues llevando conſigo algunos Negros, y cordeles para inſtrumentos de el ſuplicio, baxò à vna ſala ſubterranea de el Caſtillo donde eſtaban los preſos, y les notificò la amarga ſentencia de ſu muerte; y aunque à los principios, abſortos al oìr ſemejante tyranìa, no ſe podian perſuadir à la certeza de tan grande deſventura, conociendo deſpues que iba de veras, y que no tenia remedio, trataron de aprovechar el poco tiempo que permitia la prieſſa que les daban aquellos crueles Miniſtros, y pidiendo à Dios miſericordia con repetidos Actos de Contricion, entregaron las gargantas al dogal, y à los Verdugos la vida.

Eſte fue el laſtimoſo paradero

ro de Don Juan de Villandrando en lo mas florido de su edad lozana, pues no llegaba à quarenta años, quando su confiança inadvertida lo conduxo à la desdicha de fin tan lamentable; su cuerpo cubierto con vna estera, y junto con los demàs dexò Carrion en la misma Sala, donde estuvo hasta poco despues de media noche, que hizo llamar Aguirre à sus Soldados, y dandoles quenta de los motivos que tuvo su crueldad para cometer aquella infamia, à la luz de algunas hachas, que mandò encender para el efecto, les mostrò los yà disformes cadaveres, procurando persuadirlos con la misma atrocidad de aquel delito, sobre los demàs que tenian cometidos, à que perdiessen la esperança de conseguir perdon de el Rey en ningun tiempo, solo à fin de que obstinados con el temor de el castigo, se precipitassen mas en la rebelion que tenian començada; y no atreviendose à desamparar lo, poder èl à la sombra de sus Marañones, conservar su tyranìa.

Fenecido el acto de tan horrible espectaculo, mandò luego Aguirre abrir dos sepulturas en la misma sala donde enterraron los cuerpos, y porque los demàs vecinos participassen tambien de la afliccion, y de el susto, hizo que en aquella hora (que serìan ya las dos de la mañana) los recogiessen todos con sus mugeres, è hijos dentro de la Fortaleza, donde, aunque ignoraban la muerte de el Governador (por aver puesto Aguirre gran cuidado en que se les ocultasse) combatidos de mil temores esperaban las suyas por instantes, passando entre desconsuelos, y congoxas el resto de la noche, hasta que al amanecer, dexando Aguirre encomendada la Fortaleza, y los presos à su Maestre de Campo Martin Perez, tomò la marcha con ochenta Arcabuzeros para Punta de Piedras, donde avia surgido el Provincial: mas poco antes de llegar al Puerto, teniendo noticia de que levado el Navio navegaba puesta la proa para Monparare, diò aceleradamente la buelta à la Ciudad, con el recelo de que su ausencia no fuesse causa de alguna novedad irreparable.

Tenia Aguirre entre sus Capitanes vno llamado Christobal Garcia, que antes avia sido Galafate, y este, ò por enemistad que professaba al Maestre de Campo Martin Perez, ò porque las mas vezes permite la Divina providencia, que los tyranos sean el mejor cuchillo vnos para otros, luego que Aguirre bolviò de Punta de Piedras, dando color à su malicia con el celo de su lealtad, le dixo muy en secreto tuviesse cuidado con su vida, porque su Maestre de Campo, vnido con otros de los Soldados, determinaba quitarsela en la primera coyuntura que les ofreciera el tiempo, para levantar-

se

ſe con todo, y retirarſe à Francia, à cuyo fin eſtaban convocados; y en celebracion de lo tratado entre ellos, gozando aquel dia de la ocaſion de ſu auſencia, mientras fue à Punta de Piedras, avian tenido vn cèlebre banquete entre los conjurados, con brindis, y trompetas, que aviendo ſido publico, fue facil certificarſe Aguirre de la verdad de el combite, aunque no de la intencion; y como à eſto ſe agregaſſe aver ſabido tambien, que el miſmo dia eſtando en la plaza de la Ciudad algunos Soldados en rueda, ſe moviò converſacion entre ellos ſobre quien podria governarlos en caſo que faltaſſe Aguirre, y hallandoſe preſente Martin Perez, dixo: Cavalleros aqui eſtoy yo, que ſervirè à todos, y harè lo que ſoy obligado, ſi faltare el viejo: circunſtancias, que juntas vnas con otras le parecieron baſtantes al tyrano para quitarle la vida, y embiandolo à llamar con el pretexto de comunicar con èl algũ negocio, diò orden à vn Fulano de Chaves, muchacho en la edad, pero redomado en las coſtumbres, y à otros de ſu ralea, para que luego que entraſſe el Martin Perez en la Fortaleza le dieſſen de puñaladas, en que anduvieron tan promptos, que apenas puſo los pies en el alojamiento, quando Chaves por detras, y los otros por los lados, le dieron tantas, y tan penetrantes heridas, y cuchilladas, que echando los inteſtinos, y ſeſſos por diferentes partes de el cuerpo, cayò muerto pidiendo confeſſion; y como el deſdichado, entre las agonìas de el morir, procuraſſe evitar ſu deſventura, y huyendo de vn lado à otro, y los homicidas por acabarlo de vna vez corrieſſen tras èl furioſos, fue tal el alboroto que formaron dentro de la Fortaleza, que los afligidos vezinos como ſe hallaban preſos, llenos de confuſion, y ſobreſalto, llegaron à diſcurrir era yà el vltimo lance de ſus vidas, y buſcando con la turbacion algun remedio para librarlas, ſin reparar en el evidente rieſgo de ſu precipitacion, vn Domingo Lopez, Pedro de Angulo, y Maria de Truxillo, muger de Franciſco de Rivera, ſe arrojaron por las almenas de la Fortaleza con tan buena fortuna, que con aver caìdo de bien alto ſin recibir daño alguno, tuvieron lugar para correr, y eſconderſe entre vnos cardonales, que les ſirvieron de aſylo para aſſegurar en ellos la libertad, y las vidas.

Vno de los principales complices en la conjuracion de Martin Perez, ſegun la relacion de Chriſtobal Garcia, era Anton Llamoſo, à quien Aguirre avia nombrado en lugar de Enriquez de Orellana por Capitan de la Municion; y viendolo paſſar el tyrano por alli cerca, tan poco deſpues de la muerte de el Maeſtre de Campo, que aun eſtaban los agreſ-

agreſſores con las armas en las manos, le dixo: Tambien me dizen, hijo mio, que vos erades vno de los de la liga contra mi; pues como? eſſa era la amiſtad? A eſte cargo empezò à ſatisfacer Anton Llamoſo, proteſtando con mil juramentos, y blasfemias ſer teſtimonio de ſus emulos para ponerlo mal con èl; y pareciendole por las demonſtraciones de Aguirre, que no daba mucho aſſenſo à ſus palabras, quiſo comprobar con obras ſu inocencia, y con vna furia, miniſtrada de algun eſpiritu diabolico, ſe arrojò ſobre el cadaver de Martin Perez, que tendido en el ſuelo hecho pedazos, cauſaba horror el mirarlo; y diziendo: à eſte traydor, que queria cometer ſemejante maldad, beberle la ſangre, empezò à chuparle los ſeſſos por las heridas que lo partian la cabeza, con la rabia que pudiera vn alano cebarſe en vna res muerta, quedando Aguirre ſatisfecho de ſu fidelidad con accion tan inhumana, y los preſentes abſortos al vèr la barbara impiedad de aquel demonio.

Dexamos el Navio de el Provincial navegando de Punta de Piedras para el Puerto de Mompatare, y aunque en diſtancia tan corta, retardado con la fuerça de las corrientes, y algunos vientos contrarios, no pudo llegar à tomar tierra haſta paſſados dos dias, que empaveſado de flamulas, vanderas, y gallardetes, amaneciò dado fondo algo diſtante el mar à fuera, recelando el daño que le pudiera hazer la Artilleria; y prevenido Aguirre à la defenſa, ſaliò de la fortaleza, llevando conſigo cinco falcones de bronce, y vn tiro de fruslera bien cargados, para embarazar con ellos el deſembarque, que pudiera intentar el Provincial, y con la gente que le pareciò ſeria baſtante marchò para la playa, à tiempo que yà los de el Navio en algunas Pyraguas, y Canoas venian à ſaltar en tierra; pero reconociendo el mal recibimiento con que los eſperaba Aguirre, haciendo alto ſobre los remos, ſe quedaron en diſtancia, donde ſin alcançar las valas ſe podian oìr vnos à otros, y ſupliendo las lenguas lo que avian de hazer las manos, parò todo el aparato en dezirles à los traydores mil injurias, à que correſpondieron ellos con otros tantos oprobrios, y quedando todos ſatisfechos de aver deſahogado ſu colera ſin rieſgo, y tan à lo ſeguro, la gente de el Provincial bolviò al Navio, y la de Aguirre à la Ciudad, tan vfano eſte con el buen ſuceſſo de aquella guerra aparente, que luego que llegò à la Fortaleza le eſcriviò vna carta al Provincial, como dictada de quien no tuvo en ſu vida otro exercicio, que domar potros, y mulas, que era en lo que gaſtaba el tiempo en el Perù, cuyo tenor (aunque paſſe porprolixidad) es el ſiguiente.

Muy magnifico, y Reverendo ſeñor, mas quiſiera hazer à V. P. el

recibimiento con ramos, y flores, que con arcabuzes, y tiros de Artilleria, por auernos dicho aqui muchas perſonas ſer mas que generoſo en todo; y cierto por las obras hemos viſto oy en eſte dia ſer mas de lo que nos decian, por ſer tan amigo de las armas, y exercicio militar, como lo es V. P. y aſsi vemos, que la virtud, honra, y nobleza alcançaron nueſtros mayores con la eſpada en la mano. Yo no niego, ni todos eſtos ſeñores que aqui eſtàn, que ſalimos de el Perù para el rio Marañon à deſcubrir, y poblar, de ellos cojos, de ellos ſanos, de ellos mancos; y por los muchos trabajos que hemos padecido en el Perù, à hallar tierra por miſerable que fuera, para amparnos en ella, y para dàr deſcanſo à eſtos triſtes cuerpos, que eſtàn con mas coſturas que ropas de Romeros, huvieramos poblado en ella: mas la falta de lo que digo, y con los muchos trabajos que hemos padecido, hazemos quenta que vivimos de gracia, ſegun el rio, el mar, y hambre nos han amenazado con la muerte; y aſsi, los que vinieren contra noſotros hagan quenta que vienen à pelear con los eſpiritus de los hombres muertos; y los Soldados de V. P. nos llaman traydores, debelos caſtigar, que no digan tal coſa; porque acometer à Don Phelipe, Rey de Caſtilla, no es ſino de generoſos, y de grande animo, porque ſi noſotros tuvieramos algunos oficios ruines, dieramos orden à la vida; mas por nueſtros ados no ſabemos ſino hazer pelotas, y amolar lanças, que es la moneda que por acà corre; ſi ay por allà neceſsidad de eſtos menudos, todavia lo proveeremos; hazer entender à V. P. lo mucho que el Perù nos debe, y la mucha razon que tenemos para hazer lo que hazemos, creo ſerà impoſsible; à eſte efecto no dirè aqui nada de ello, mañana, placiendo à Dios, embiarè à V. P. todos los traslados de los Autos que entre noſotros ſe han hecho, eſtando cada vno en ſu libertad como eſtaban; y eſto digolo en penſar, què deſcargo pienſan dàr eſſos ſeñores que ay eſtàn, que juraron à Don Fernando de Guzman por ſu Rey, y ſe deſnaturalizaron de los Reynos de Eſpaña, y ſe amotinaron, y alçaron con vn Pueblo, y vſurparon la Juſticia, y los deſarmaron à ellos, y à otros muchos particulares, y les robaron las haziendas, y entre los demàs Alonſo Arias, Sargento de Don Fernando, y Rodrigo Gutierrez, ſu Gentil-hombre; de eſſotros ſeñores no ay para que hazer quenta, porque es chafalonia; aunque de Arias tampoco la hiziera, ſi no fuera extremado Oficial de hazer jarcias; Rodrigo Gutierrez cierto hombre de bien es, ſi ſiempre no miraſſe al ſuelo, inſignia de gran trayder; pues ſi acaſo ay ha aportado vn Gonçalo de Zuñiga, padre de Sevilla, cecijunto, tengale V. P. por vn gran chocarrero, y ſus mañas ſon eſtas: El ſe hallò con Alvaro de Hoyòn en Popayan en la rebelion, y alzamiento contra ſu Mageſtad, y al tiempo que iban à pelear dexò à ſu Capitan, y ſe huyò, y yà que ſe eſcapò de ellos ſe hallò en el Perù en la Ciudad de Piura con Silva en vn motin, y robò la Caxa de el Rey, y mataron la Juſticia, y aſsimiſmo ſe le huyò; hombre, que mientras ay que comer es diligence, y al tiempo de la pe-

lèa

lèa siempre huye, aunque sus firmas no pueden huir; de solo vn hombre me pesa que no estè aqui, y es Salguero, porque teniamos necesidad de èl, para que nos guardara este ganado, que lo entiende muy bien; a mi buen amigo Martin Bruno, à Anton Perez, y Andrès Diaz les beso las manos; à Monguia, y à Arriaga Dios los perdone, porque si estuvieran vivos tengo por imposible negarme, cuya muerte, ò vida suplico à V. P. me haga saber, aunque tambien queriamos que todos fuessemos juntos, siendo V. P. nuestro Patriarcha, porque despues de creer en Dios, el que no es mas que otro, no vale nada, y no vaya V. P. à Santo Domingo, porque tenemos por cierto que le han de despoffeer de el trono en que està; y en lo de la respuesta suplico à V. P. me escriva, y tratèmonos bien, y ande la guerra, porque à los traydores Dios les dara pena, y à los leales el Rey los restituira, aunque hasta aora no vemos ha resucitado ninguno el Rey, ni sana heridas, ni da vidas. Nuestro Señor la muy magnifica, y Reverenda persona de V. P. guarde, y en gran dignidad acreciente. De esta Fortaleza de la Margarita besa la mano de V. P. su servidor Lope de Aguirre.

Esta fue la discreta carta de el tyrano, que remitida con vnos Indios en vna Pyragua, llegò à manos de el Provincial; quien cumpliendo con las obligaciones de su estado, no obstante el conocimiento en que se hallaba de el poco fruto que podia esperar su buen deseo en la obstinada perfidia de aquel hombre, à quien parece avia Dios dexado de su mano, con el motivo de dar respuesta à su carta, procurò por escrito persuadirlo à que dexando el errado camino que llevaba, se reduxesse à la obediencia que debia à quien por naturaleza era su Rey; y en caso que su ciega obstinacion no le diesse lugar à tomar medio tan justo, atendiesse como Christiano à la veneracion de los Templos, y à la honra de las mugeres, y que por el amor de aquel Señor, que le avia de pedir estrecha cuenta, se cansasse ya de bañar la espada en tanta sangre inocente como avia derramado su crueldad en aquella isla infeliz. Esta respuesta remitiò el Provincial con los mismos Indios que le llevaron la carta de Aguirre, y sin aguardar à mas levò las anclas, y dandose à la vela tomò la buelta de Santo Domingo à dar aviso de las operaciones de el tyrano, quedando hasta oy entre los Estadistas graduada su resolucion por imprudente, pues aviendo parado su aparato en solo hazer ostentacion de su Navio, fue causa su llegada à la Margarita, para que irritada aquella fiera quitasse la vida al Governador, y à los demàs vecinos tyrania, que quizàs no huviera executado, à no temerse de el favor que pudieran dar al Provincial estando vivos.

***

CAPI-

CAPITULO IV.

SALE PEDRO ALONSO Galeas huyendo de la Margarita : ahorca el tyrano à Ana de Roxas ; y executadas otras crueldades deſampara la Isla.

TAn poca fue la operacion que hicieron las piadoſas perſuaſiones de el Provincial en el corazon indomito de Aguirre, que antes parece convirtiò en veneno ſu malicia el ſaludable antidoto de ſus ſanos conſejos, pues como ſi ſaliera de repreſa la inundacion de ſus iras, el miſmo dia que recibiò la carta hizo ahorcar en el Rollo de la plaza à dos de ſus Soldados, ſin mas delito, que averlos hallado recoſtados en la playa à la ſombra de vnos cardones, y aver hecho juizio ſu deſconfiança, de que el eſtàr allì de aquella ſuerte era eſperar ocaſion para paſſarſe al Navio: injuſticia, que acompañò con otra crueldad mayor, pues ſin otro motivo que ſu guſto mandò dar garrote à Martin Diaz de Almendariz, primo-hermano de el Governador Pedro de Viſua, à quien con admiracion de todos avia traìdo deſde el Marañon, (aunque deſarmado, y como preſo) conſervandole la vida ; y determinado à dexarlo en aquella Isla, le tenia dada licencia para que aſsiſtieſſe en vna eſtancia, donde, ſin hazer agravio à nadie, vivia el miſerable retirado deſde que Aguirre llegò à la Margarita ; pero canſado ya, ò arrepentido de aver vſado con èl tanta piedad, embiò los verdugos à la eſtancia à que le dieſſen garrote ; y como eſtos para adular al tyrano procuraban por ſu parte hazer mas horroroſas las crueldades, executaron la muerte ſin dexarlo confeſſar, aunque ſe hallaba preſente vn Religioſo Dominico, de quien pretendia recibir aquel conſuelo.

Perdida la eſperança de conſeguir el Navio de el Provincial, en que avia diſcurrido Aguirre executar ſu partida, tratò de que con toda brevedad ſe acabaſſe de perfeccionar vna Embarcacion, que tenia en el haſtillero el Governador Don Juan de Villandrando, pues en ella, y otros dos Barcos razonables que le avian quedado de los que ſacò de el Marañon, podria con conveniencia acomodar toda ſu gente para navegar con deſahogo ; y en el interin que ſe fenecia la fabrica, entre las prevenciones que diſpuſo para ſu avìo, mandò hazer vnas Vanderas de tafetan negro, ſembradas de eſpadas roxas, porque fueſſen à vn miſmo tiempo inſignias de ſu malicia, y publicas ſeñales de ſu impiedad, manifeſtando en la diviſa, y el color los eſtragos, y muertes, que tenia

nia

nia por blaſon ſu tyranìa, y con gentil deſacato, y deſverguença las hizo bendecir publicamente el dia de la Aſſumpcion de nueſtra Señora con la celebridad de vna Miſſa muy Solemne, como ſi à la ſombra de aquellos infames Eſtandartes huviera de conſeguir algunos triumphos la Igleſia; y hecha la bendicion las entregò à ſus Capitanes, encargandoles la perſeverancia con que debian mantener la guerra, para llevar à delante la inobediencia, y rebelion que tenia començada contra el Rey, à cuyo fin les era licito cometer quantos inſultos, y robos ofrecieſſe la ocaſion, pues todo lo permitia el honroſo exercicio en que ſe hallaban; pero no obſtante el conſentimiento de libertad tan amplia como la que Aguirre daba à ſus Soldados, para que con la aficion de aquella vida deſgarrada ſe mantuvieſſen firmes en ſeguirlo, y no lo deſamparaſſen, como quiera que entre ellos avia algunos que à mas no poder, y ſolo violentados de el temor, mantenian ſu Compañia, no fueron baſtantes las cauteloſas prevenciones del tyrano, para que ellos dexaſſen de hazer ſu diligencia, ſolicitando qualquiera coyuntura para ponerſe en ſalvo.

Era vno de eſtos Pedro Alonſo Galeas, natural del Almendralexo en la Eſtremadura, Capitan que avia ſido de Infanteria quando governaba aquella gente el General Pedro de Vrſua; y determinado à buſcar forma para paſſarſe à Tierra firme, antes que el tyrano ſalieſſe de la Isla, con el ſecreto que requeria la materia para aſſegurar ſu vida, ſe concertò con dos Indios, naturales de la Margarita, de los que llaman Guayqueries, diſponiendo con ellos le labraſſen vna Pyragua, y la tuvieſſen eſcondida en vna caleta, que formaba el mar cerca de vna montaña, poco mas de media legua diſtante de la Ciudad: diligencia, que executada con recato, facilitò los primeros paſſos de ſu fuga; pero para poder conſeguir eſta, y tener tiempo de eſcapar ſin que lo echaſſen menos, le fue preciſo valerſe de vna traza, la mas aguda que por entonces pudo diſcurrir la induſtria.

Tenia Aguirre vn cavallo de color caſtaño, que avia reſervado para sì de los deſpojos de Don Juan de Villandrando; era de natural brioſo, hermoſa preſencia, galana huella, y muy violento en la carrera; y ſiendo Pedro Alonſo de los mejores gineres de ſu tiempo, guſtaba mucho el tyrano de que montaſſe en èl, por gozar de los primores que le hazia obrar en el paſſeo: montò vna tarde como lo acoſtumbraba ſiempre, y con cuidado ſuele deſde el principio atacando la rienda mas de lo que ſolia para encenderle el brio; de ſuerte, que quando llegò à la plaza donde le eſperaba Aguirre, iba tan enfurecido, que reventando de corage era ſu ca-

pacidad poco ambito para deſahogar ſu colera,y viendoloAguirre tan bizarro con la hermoſura de ſu miſmo brio, le mandò paſſar carrera, que era à lo que tiraba Pedro Alonſo para entablar ſu maxima ; y aſsi, batiendole luego los hijares, le ſoltò la rienda, aguijandolo de propoſito,para que empeñado en la carrera, no paràſſe en mas de quatro quadras de diſtancia, teniendo lugar con eſto de atribuir à defecto de el cavallo, por poca ſujecion al freno, lo que en realidad era diſpoſicion de ſu cuidado para lograr u traza ; y continuando de eſta ſuerte en montar todas las tardes, cada dia le iba alargando vn poco mas la carrera, de calidad , que por entretenimiento concurrian yà muchos à vèr la precipitacion de aquel cavallo desbocado, porque Pedro Alonſo, llevando adelante ſu fingimiento , ſolìa coger tan dilatada la carrera , que ſaliendo al campo no bolvia en vna hora à la Ciudad , haſta que pareciendole ya tiempo de executar ſu fuga , previniendo primero los dos Indios Guayqueries para que lo eſperaſſen en la Playa, montò, como lo acoſtumbraba, en el cavallo , y apretandole bien los acicates, no parò haſta llegar à la caleta, donde tenia eſcondida la Pyragua , y metiendoſe en ella con los Indios, empezò à navegar à todo remo, para atraveſar à Tierra-firme,logrando el tiempo de aſſegurarſe mientras duraba el engaño , porque Aguirre, diſcurriendo que ſeria lo miſmo que los dias antecedentes , no le diò cuidado la tardança , haſta que viendo que avian paſſado tres horas,yno bolvia à laCiudad, temeroſo de alguna deſgracia, que pudiera averle ſucedido, embiò algunos Soldados à buſcarlo, y ſiguiendole el raſtro por las huellas, hallaron el cavallo amarrado à vn tronco en la caleta,con otras evidentes ſeñales de ſu fuga.

Burlada de eſta ſuerte la malicia de el tyrano por la aſtucia ſagaz de Pedro Alonſo , tuvo lugar eſte de atraveſar ſin ſuſto à Tierra-firme , y dexandoſe ir la Coſta abaxo haſta el Puerto de Cumanagoto , encontrò alli à Franciſco Faxardo, que noticioſo de lo que paſſaba en la Margarita, avia ſalido de el Collado con animo de procurar à todo trance deſvaratar al tyrano, como lo huviera conſeguido,à no eſtorvarſelo la antigua emulacion con que Alonſo Cobos,Theniente de Cumana, procurò ſiempre deslucir lo heroyco de ſus acciones , pues valiendoſe de el pretexto de que ſin licencia ſuya ſacaba los Indios de la juriſdiccion de ſu diſtrito, embiò vn Cabo con gente armada para que lo prendieſſen , à tiempo que Faxardo ſe hallaba diſponiendo el embarque de quinientos Indios, que le daban para la expedicion que pretendia los dos Caciques, ſus amigos , Don

Alon-

Alonso Coyegua, y Don Juan Cavallo; pero avisandole vn Indio, que llegò de Cumana, lo que avia dispuesto Cobos, por escusar competencias, y disgustos, encaminando primero à Pedro Alonso para la Borburata, sin aguardar à mas, con solos sesenta Indios, que tenia embarcados, se diò à la vela, puesta la proa para la Margarita.

Notables fueron los extremos que hizo Aguirre quando conociò la chança que le avia armado el disimulado de Pedro Alonso; y para que de vna vez paràssen en desesperacion sus sentimientos, quiso la mala fuerte que el dia siguiente se le huyesse otro Soldado, llamado Alonso de Villena, que era vno de los de su mayor confiança, y complice principal en sus mayores delitos: golpe, que le llegò muy à el alma, por vèr que lo desamparaban yà los mas amigos; y no pudiendo vengarse en quien fue causa de su enojo, por no aver sido bastantes las diligencias que hizo para hallarlo, mandò matar à Francisco Dominguez, y à Diego de Loaisa, solo porque eran camaradas de Villena; y con vna infernal saña, propria de aquel corazon endemoniado, hizo ahorcar en el Rollo de la plaza à vna señora principal de la Ciudad, llamada Ana de Roxas, tomando por pretexto para crueldad tan inhumana, el que avia sido sabidora de la fuga de Villena; y convirtiendo aquella tyranìa en fiesta, y passatiempo los traydores, quando la querian ahorcar entrò vna Esquadra de ellos con sus arcabuzes en la plaza, y estando à medio morir la pusieron por blanco de sus tiros, disparando sobre ella de mampuesto à vista de su infame General, que con aplauso celebraba los aciertos de quien con mejor punteria partia la cabeza, ò corazon de aquella ilustre Matrona.

Era casada esta señora con vn Noble Montañes, llamado Diego Gomez de Ampuero, hombre viejo, tullido, y muy enfermo, que à la sazon estaba retirado en el campo en vna estancia suya, acompañado de vn Religioso Sacerdote del Orden de Santo Domingo; y pareciendole à Aguirre que tambien avria tenido parte en la fuga de Villena, para que entrasse tambien en cuenta de su despique, mandò à Pedro de Paniagua, su Barrachel de campaña, que le fuesse à dar garrote, en que anduvo tan puntual, que no solo quitò la vida al pobre viejo, sino tambien al Religioso, sin mas orden que su propria autoridad, y discurrir quedaria Aguirre mas gustoso, mientras èl se mostraba mas tyrano, como le sucediò, pues complaciendose el traydor con la perpetracion de el sacrilegio, le sirviò aquel de incentivo para cometer otro mas terrible.

Assistia en la Ciudad vn Religio-

ligioso del mismo Orden Dominico (cuyo nombre no he podido averiguar) Varon de aprobadas costumbres, y de inculpable vida; con quien Aguirre, mas por cumplimiento, que por devocion, quiso confessarse vn dia; y como el santo Sacerdote, con el conocimiento de su mal proposito, atendiendo, sin recelo, ni temor, solo à cumplir con la obligacion exacta de su Oficio, le negasse la absolucion, reprehendiendole con entereza lo execrable de sus maldades, le cobrò tan mortal odio, que determinò matarlo; pero como la fuerça de la virtud es tanta, aun con ser aquel vn hombre desalmado, y sin temor à Dios, ni al mundo, le tuvo siempre atadas las manos el respeto que causaba la presencia de aquel Sacerdote Venerable, hasta que pareciendole aquella ocasion acomodada para salir de el cuidado, le dixo à Paniagua: Vos traeis la mano hecha à matar Frayles, hazedme gusto de matarme este otro, para que otra vez no sea tan escrupuloso; no huvo menester el Barrachel que se lo rogassen mucho, pues al instante partiò à poner por obra lo que le encargaba Aguirre, y encontrando al Religioso que salia de la Iglesia, lo cogiò por la mano, y metiendolo en el zaguan de vna casa, le notificò la sentencia de su muerte, que oyò el santo Varon con gran constancia, pues hincandose de rodillas, sin la mas minimã perturbacion en el animo, empezò à rezar el Psalmo *Miserere mei Deus*; pero antes que lo acabasse, no sufriendo tanta espera la priessa de aquel Verdugo infernal, le puso los cordeles por la boca, y empezò à darle garrote por detràs con tanta fuerça, que se la rompiò, è hizo pedazos; mas viendo que no moria con el inhumano rigor de tal tormento, le baxò el cordel à la garganta, apretando hasta quitarle la vida, paraque passasse à coronarse por Martyr, en premio de aver sabido cumplir con la obligacion de Confessor.

Compuestas ya, y prevenidas las Embarcaciones (despues de aver mandado ahorcar à Simon de Sumorostro, y à Ana de Chaves) se hallaba Aguirre en visperas de su partida, quando aportò Francisco Faxardo à la Margarita, y saltando en tierra con los sesenta Indios Flecheros, que cogiò en Cumanagoto, se emboscò en vn montecillo bien cercano à la Ciudad, con resolucion de dar vn tiento à la fortuna, y vèr si ayudado de los vecinos podia conseguir la dicha de derrotar al tyrano; pero aunque lo intentò su valor, y buscò la ocasion su diligencia, no pudò tener efecto su deseo, porque receloso Aguirre de la mudable fee de sus Soldados, y temiendo no lo desamparassen algunos, fiados en el abrigo que les ofrecia Faxardo,

do, cerrò las puertas de la Fortaleza, dexandoles todos dentro, y como se hallaba yà immediato à su partida, apresurò quanto pudo el embarcarse, con tanto miedo, y recato, que para averlo de hazer rompiò vn portillo alto en la Muralla, que caìa sobre el mar, y poniendo en èl vna escalera iban baxando à èmbarcarse los Soldados vno à vno, estando èl à la mira haziendo guardia con sus mas confidentes, y allegados; y como Alonso Rodriguez, su Almirante, y amigo de los del alma, le advirtiesse en esta ocasion, que se apartasse vn poco de la playa, porque no le mojasse la revètazon del mar; como si fuera algun agravio la advertencia, se encendiò el tyrano en tan grande ira, que metiendo mano à la espada, le cortò el brazo de vna cuchillada; y no satisfecho su enojo aun todavia, lo mandò matar alli à estocadas, para que por despedida quedasse en aquella playa este testimonio mas de su crueldad; y al fin embarcados todos, y llevandose consigo al Licenciado Pedro de Contreras, Cura, y Vicario de la Margarita, se diò à la vela el tyrano en las tres Fustas que tenia prevenidas, dexando malogrados los honrados intentos de Faxardo, por aver llegado tarde, pues no ay duda, que si huviera sido su arribo anticipado con mas tiempo, lograra su resolucion la felicidad de vna cumplida victoria.

Estas fueron las operaciones del tyrano en aquella Isla desdichada, y si la pluma huviera de expressar por menor todos sus desafueros, no huviera corazon para sufrir crueldades, ni ojos para llorar lastimas, pues fueron tales los insultos, robos, y atrozidades, que cometiò aquella fiera, que con estàr entonces la Isla en la mayor exaltacion de su opulencia con la pesqueria de sus perlas, fueron bastantes los quarenta dias de su assistencia en ella para dexarla tan destruida, que en muchos años despues no pudieron sus vezinos conseguir el reparo de sus ruynas.

CAPITULO V.

LLEGA AGUIRRE A la Borburata: saquea la Ciudad, y passa à la Valencia: pide el Governador socorro à Merida, y previene se para la defensa.

AUnque siempre avia sido la fixa resolucion de Aguirre encaminar su derrota à Nombre de Dios para passar del Perù à Panamà, luego que saliò al mar le hizo variar el dictamen la consideracion, de que aviendo el Provincial dàdo aviso de su arribo à la Margarita en todos los Puertos de la Costa, le seria dificil conseguir el transito por la parte que tenia premeditada, estando yà prevenidos; y assi, mudando rumbo à la

derrota, mandò poner la proa à la Borboruta, con animo de atraveſſar eſta Provincia, y el nuevo Reyno, para entrar al Perù por Popayá, ſin reparar en que huyendo vn inconveniente imaginado, emprendia vn impoſsible impracticable; pero como la Divina Juſticia tenia yà determinado darle breve el caſtigo à ſus maldades, permitiò, que ciego con la confuſion de ſu mal diſcurſo intentaſſe ſemejante deſatino, para que à los primeros paſſos de ſu viage pagaſſe con la vida las muchas que avia quitado ſu crueldad.

Pueſta, pues, la proa para la Borburata, empezò à navegar con gran trabajo, aſsi por la poca practica de los Pilotos que llevaba, como por las muchas calmas, que le ſobrevinieron en aquella corta traveſsìa: cauſa para que ſu impaciencia, y natural endemoniado, al vèr la dilacion que padecia, prorrumpieſſe (como ſiempre acoſtumbraba) en mil blaſphemias contra Dios, y ſu bendita Madre, pues vnas vezes, alçando los ojos al Cielo, dezia: Dios, ſi algun bien me aveis de hazer, aora lo quiero, y la Gloria guardadla para Vueſtros Santos; otras, con ira mas que diabolica dezia: que Dios era vn novelero, pues aviendolo favorecido haſta alli, yà lo deſamparaba, por ayudar à ſus contrarios; y à eſte tono enſartaba otro mar de diſparates, tan horribles, y ſacrilegos, que aun con ſer gente tan deſalmada ſus Soldados, quedaban eſcandalizados al oìrlos; pero al fin, dando eſpera la bondad Divina para los arrepentimientos de aquel hombre, permitiò, que paſſados ocho dias de navegacion llegaſſe el dia ſiete de Septiembre à tomar Puerto en la Borburata, cuyos vezinos al deſcubrir las Embarcaciones, conociendo por las ſeñas ſer las que eſperaban de el tyrano; por no hallarſe con fuerças ſuficientes para hazerle reſiſtencia, ſe retiraron à los montes con ſus familias, y muebles, y con preſteza deſpacharon aviſo al Governador Pablo Collado, que à la ſazon eſtaba en el Tocuyo.

Con eſta noticia tratò luego el Governador de prevenirſe para buſcar la defenſa; mas como el encogimiento de ſu eſpiritu no era para diſponer eſtas materias, ni le permitia empeñarſe en funciones militares, à que no eſtaba acoſtumbrado, como agenas de ſu profeſsion togada, nombrò por General à ſu anteceſſor Gutierrez de la Peña, (que ſe avia avezindado en el Tocuyo) à quien entregò el Govierno de las armas, para que corrieſſen por ſu quenta todas las diſpoſiciones de la guerra, y haziendo llamamiento de toda la gente que tenia en la Provincia, para que concurrieſſe à la nueva Segovia, donde ſe avia de formar la maſa de el Exercito, deſpachò tambien à Merida, pidiendo à Pedro Brabo de Molina, Juſticia mayor de aquella Ciudad, vi-

nieſ-

nieſſe à ſocorrerlo, por hallarſe yà con el Enemigo à los vmbrales, y con pocas fuerças para hazerle opoſicion; y juntamente eſcriviò à Diego Garcia de Paredes, (que como dexamos dicho, por algunos ſinſabores que tuvo con Collado deſpues que poblò à Truxillo ſe avia retirado à Merida) rogandole no lo deſamparaſſe en lance tan apretado, pues como Cavallero debia anteponer el Real ſervicio al diſguſto de ſus proprios ſentimientos, para cuyo reparo eſtaba prompto à darle la ſatisfaccion que mas guſtaſſe.

No neceſsitaba Paredes de eſta ſuplica para cumplir con las obligaciones de ſu ſangre, pues abandonando conveniencias, è intereſſes ſupo ſiempre ſu valor acreditar de fina ſu lealtad; y aſsi, luego que recibiò la carta del Governador, (mientras Pedro Brabo diſponia la gente que avia de llevar conſigo para el ſocorro) con catorce camaradas de ſu ſequito partiò para el Tocùyo, donde eſtimando Collado tanto la promptitud, como la fineza, le pidiò perdon de los diſguſtos paſſados, y rogò, que en la ocaſion preſente lo favoreciеſſe, ſirviendoſe de admitir el Baſton de Maeſtre de Campo, yà que la vrgencia de tan repentino aprieto lo avia obligado à nombrar por General à Gutierrez de la Peña: eleccion, que no huviera hecho ſi tuviera preſente ſu perſona, pues de juſticia era acreedor à la preferencia de aquel puesto; como Paredes ſolo tenia pueſta la mira al ſervicio de ſu Rey, ſin atender à otros puntos, que dicta la vanidad, aceptò ſin repugnancia, ofreciendoſe à perder la vida, ò ſalir bien del empeño.

Pueſto Aguirre en la Borburata, ſaltò luego en tierra con ſu gente media legua diſtante de la Ciudad, y ſin permitir ſe le apartaſſe de alli ninguno de ſus Soldados, ſe quedò aquartelado en la playa aquella noche, perſuadido quizà à que podria como en la Margarita cogер à los vezinos con engaño; pero viendo que amanecia el dia ſiguiente, y que no venian à viſitarlo (aviendo primero hecho matar à vn Portuguès, llamado Antonio de Faria, ſolo porque al deſcubrir el Puerto preguntò, ſi aquella era Isla, ò Tierrafirme) deſpachò à la Ciudad vna Eſquadra compueſta de ſus mas amigos, para que reconocieſſen el eſtado en que ſe hallaban, ò la intencion que tenian ſus moradores; pero llegados al Pueblo, como todos ſe avian retirado, buſcando ſeguridad en las montañas, eſtaba tan deſamparado, y yermo, que ſolo encontraron en èl à Franciſco Martin, vno de los que con el Capitan Munguia ſe avian quedado con el Provincial en Maracapana, que arraſtrado de ſu mala inclinacion, y depravadas coſtumbres, bolvia à buſcar la vida licencioſa de los Soldados de Aguirre: fineza, que le agradeciò

ciò el tyrano, eſtimando la perſeverancia en ſu amiſtad tanto, como la noticia que le diò de eſtàr por aquellos contornos otros de ſus compañeros, à quienes deſeando Aguirre reducir otra vez à ſu obediencia, les eſcriviò vna carta llena de ofrecimientos, y favores, y dandoſela à Franciſco Martin, acompañada de vn buen veſtido, y otros regalos de precio, lo deſpachò para que ſe los buſcaſſe, encargandole mucho hizieſſe la diligencia con empeño; pero no fueron baſtantes las que puſo ſu cuidado para poder deſcubrirlos, porque cautelando prevenidos el evidente tieſgo de ſus vidas, ſe ocultaron de calidad, que deſengañado Franciſco Martin de poderlos encontrar, ſe bolviò à la Borburata.

Malograda de eſta ſuerte la eſperança que tuvo Aguirre de recoger otra vez ſus Marañones, aviendo convertido en cenizas ſus tres Embarcaciones, y otra de vnos Mercaderes, que eſtaba anclada en el Puerto, tratò de paſſar à la Valencia para ir ganando tierra en el dilatado viage, que emprendia ſu inconſideracion temeraria; y para poderlo hazer con alguna conveniencia, embiò dos, ò tres Tropas de ſoldados à buſcar por las eſtancias vezinas algunas cavalgaduras para la conduccion de los carruages: diligencia con que ſolo pudo conſeguir haſta veinte, ò treinta yeguas Serreras, pero à tan coſtoſo precio, que los mas de los Soldados bolvieron muy mal heridos de las puas envenenadas, que por diſpoſicion de los vezinos tenian ſembradas los Indios por todas las veredas, y caminos; de que recibiò el tyrano tanta alteracion, y ſentimiento, que luego empezò, como ſolia, à echar blaſphemias contra Dios; y para deſahogar ſu infernal rabia mandò publicar por las calles de la Ciudad guerra cruel à ſangre, y fuego contra el Rey de Caſtilla, y ſus vaſſallos: y ſi le preguntàramos à eſte hombre, en què fuerças fundaba ſu atrevimiento eſta locura? hallàramos, que todo ſu poder ſe reducia à ciento y cinquenta hombres no cabales, y ſeis tiros de fruslera, vn macho, y tres cavallos, que era todo el aparato con que penſaba ſu mal juicio avaſſallar las Indias; à cuya reſolucion no queda otra ſalida, que ponderar los deſpeños à que ſe precipita vn hombre à quien Dios tiene dexado de ſu mano.

Como la Ciudad avia quedado deſpoblada con el retiro de todos ſus vezinos, no quiſieron los Soldados de Aguirre paſſar ſin aprovechamiento en el trabajo; y aſsi, repartidos en quadrillas ſalieron por todas partes al pillage, raſtreando por los montes quanto pudo ocultar la prevencion; en que anduvieron tan ſolicitos, que no dexaron quebrada, ni arcabuco que no traſtornaſſe ſu codicia. Una quadrilla de eſtas, remontandoſe algo mas q̃ las otras por vna

ſen-

ſenda mal hollada, vino à parar à vnos bugios, diſtantes de el Pueblo quatro leguas, donde eſtaba retirado vn Benito de Chaves, (que à la ſazon era Alcalde de la Borburata) con ſu muger, y vna hija, caſada con Don Iulian de Mendoza, que tambien ſe hallaba alli ya de buelta del Valle de San Franciſco, donde lo dexamos acompañando à Iuan Rodriguez; y deſpues de aver robado quanto toparon à mano, ſin hazer daño à las mugeres dieron la buelta à la Ciudad, llevando ſolo al tal Benito de Chaves, por lo que podia importar tenerlo Aguirre en ſu poder para qualquier contingente, y à vn Amador Montero, à quien tratò bien, y regalò el tyrano, por parecerle en la cara vn retrato de ſu padre.

Al miſmo tiempo cogieron otros Soldados à vn Mercader, llamado Pedro Nuñez, y llevandolo tambien à la preſencia de Aguirre, le preguntò el tyrano, què cauſa avian tenido los vecinos para retirarſe? y reſpondiendole, que por el mucho miedo que tenian; replicò Aguirre le dixeſſe con verdad, què ſe decia de èl, y de ſus compañeros? y aunque temeroſo de lo que podia ſuceder, procurò eſcuſarſe de reſponder à la pregunta: fueron tantas las inſtancias que le hicieron, que el miſerable, entre confuſo, y turbado, huvo de decir: Señor, todos tienen à ſu merced, y à los que le acompañan por vnos crueles Luteranos: palabras, que encendieron à Aguirre en tanta colera, que quitandoſe de la cabeza la celada, amagò à tirarle con ella, diciendole: Barbaro, necio, no ſois mas majadero que eſſo? y aunque por entonces no paſsò à mas el enojo, no tardò mucho deſpues ſin que tomaſſe vengança de el agravio, porque vno de los Soldados, buſcando que robar como los otros, acertò acaſo à encontrar vna botija de azeytunas, que tenia enterrada el Pedro Nuñez, y eſcondidos en ella algunos tejos de oro; y como con la noticia de el hurto ocurrieſſe ante Aguirre pidiendo reſtitucion de ſu deſpojo, porque negò el delinquente, y no probò la calumnia Pedro Nuñez, lo mandò ahorcar luego al inſtante, para que todos conocieſſen lo que miraba por la buena opinion de ſus Soldados; de los quales, vno llamado Juan Perez, eſtando algo achacoſo, ſe ſaliò à divertir al campo aquella tarde, y encontrandolo Aguirre caſualmente ſentado à las orillas de vn arroyo, le dixo: què hazeis por aqui Perez? à que le reſpondiò: Señor, ando falto de ſalud, y por buſcar algun alivio me eſtoy entreteniendo viendo correr eſta agua, replicòle Aguirre: pues ſegun eſſo no podreis ſeguir eſta jornada, y aſsi ſerà bueno que os quedeis, porque yo no hago nada con enfermos; como vueſa merced man-

dare, reſpondiò el Soldado; y paſſando de largo Aguirre ſin hablarle otra palabra, ſe fue à ſu caſa, de donde embiò luego ſus Miniſtros para que lo llevaſſen preſo, y ſin que baſtaſſe la interpoſicion, ni el ruego de ſus amigos, lo mandò ahorcar, eſcuſandoſe con decir, que no podia perdonar la vida al que era tibio en la guerra.

Ya en eſto avia llegado el tiempo de eſtàr todo prevenido para ſalir de la Borburata, y paſſar à la Valencia, (que como en otro lugar tenèmos dicho ay ſiete leguas de diſtancia de vna parte à otra) y pareciendole buena ocaſion para eſcaparſe à Pedro Arias de Almeſta, y à Diego de Alarcon, Soldados de los de Aguirre, diſcurriendo que con la revolucion de el viage no harìan mucha diligencia por buſcarlos, ſe huyeron de la Ciudad aquella noche; pero ſabiendolo el tyrano, mandò luego traer preſas à la muger, y à la hija del Alcalde Benito de Chaves, y llamandolo à èl à ſu preſencia, le dixo: Vos ſois Alcalde, y practico de la tierra, y donde quiera que eſtuvieren mis Soldados aveis de ſaber de ellos, andad à buſcarlos, y traedmelos, porque de no hacerlo aſsi me he de llevar al Perù vueſtra hija, y vueſtra muger; y dexandolo en el Pueblo para que hiciera lo que le tenia mandado, empezò à marchar para Valencia, llevandoſe conſigo las mugeres; pero à poca diſtancia de camino alcançò à vèr deſde el repecho de la cueſta vna Pyragua, que con algunos Eſpañoles navegaba para el Puerto, y dando prieſſa à ſu gente para traſmontarla, porque no fueſſe viſta deſde el Mar, hizo alto de la otra vanda de la cumbre, y dexandola encargada à Juan de Aguirre, ſu confidente, y amigo de toda ſatisfaccion, con veinte y cinco Arcabuzeros bolviò à baxar para la Borburata, con animo de apreſar la gente de la Pyragua, para ſaber ſus intentos; pero llegado à la Ciudad, ſolo ſirviò ſu diligencia, de que aſsi èl, como los mas de ſus Soldados, apuraſſen tanto vna pipa de vino que encontraron; que todos quedaron embriagados menos Juan de Roſales, Pedro de Acoſta, y Jorge de Rodas, que no aviendo querido probarlo con cuidado, tuvieron lugar, logrando la ocaſion de aquel deſorden, para eſcenderſe en el monte, y dexar la infame compañia de el tyrano.

Mientras Aguirre eſtaba divertido con el vino ſe abraſaban ſus Soldados en la cueſta faltos de agua; y como para remediar la ardiente ſed que padecian ſe remontaſſen algunos por aquella Serranìa buſcando algun refrigerio, fueron à dar à vnos bugios, que ocultaba la ramazon de vna montaña, donde entre otros traſtes que encontraron hallaron vna capa, que luego conocieron

todos

todos era de Rodrigo Gutierrez, vno de los que con Munguia se quedaron en Maracapana: tenia la capa vna capilla, y en ella estaba vna probança hecha à favor de su dueño ante la Iusticia de la Borburata; siendo vno de los testigos, y el que mas culpaba à Lope de Aguirre, acriminando sus acciones, aquel Francisco Martin, que bolviò à buscar su compañia luego que llegò à la Borburata; y leyendo su dicho Juan de Aguirre, ciego de colera al vèr lo que decia contra el tyrano, se fue para el Francisco Martin, que estaba alli presente, y le diò de puñaladas, mandando lo acabassen de matar otros Soldados à balazos, entre quienes vno llamado Arana, de industria, ò por accidente, disparando el arcabuz atravesò con la bala à Anton Garcia, (otro de los Marañones) y diò el muerto en tierra, sobre que se trabò tal alboroto entre los amigos de ambas partes, los vnos culpando la accion por maliciosa, y los otros defendiendola por impensada, que aunque el Arana procurò sossegarlos con decir, que lo avia muerto de proposito, porque se avia querido huir aquella noche, y que lo tendria por bien hecho el General; viendo que nada bastaba para aquietar à los amigos de el muerto, tuvo por mejor acuerdo baxar à la Borburata, donde informado Aguirre de las rebeluciones de su Campo, subiò con toda priessa à componerlas, antes que passasse à mas el alboroto.

Sossegado todo con la presencia de Aguirre, el dia siguiente prosiguiò su marcha para baxar à la Valencia; pero con tales trabajos por lo impracticable del camino, que ni las bestias, como poco acostumbradas à la carga, podian repechar lo agrio de su aspereza, ni los Soldados, rendidos con el peso de las armas, y bagages, que llevaban à cuestas, podian tolerar tan prolongada fatiga, pues era necessario en muchas partes passar en hombros la artilleria, para vencer la fragosidad de aquellos riscos; y aunque Aguirre procuraba animarlos con su exemplo, echando siempre mano à la carga de mas peso, sin embargo fueron necessarios seis dias de camino para la corta distancia de siete leguas, de cuyo afan, ayudado de los calores de el Sol, y ardimientos de su colera, se le destemplò à Aguirre la salud de suerte, que postradas las fuerças con la congoxa de vèr los malos principios que llevaba la jornada que emprendia, fue preciso cargarlo en vna hamaca, por no poderse ya tener en pie, y fatigado con el desabrimiento de el achaque, pedia à sus Marañones le quitassen la vida por alivio; pero al fin, aunque agravado de la enfermedad, llegò à notable aprieto, empezò à mejorar luego que entrò en Valen-

lencia, cuyos vecinos, deſamparando la Ciudad, ſe recogieron con ſus familias à las Islas que tiene la Laguna de Tacarigua, donde eſtuvieron retirados, ſin que los Soldados de Aguirre, por falta de Canoas, pudieſſen hazer diligencia por buſcarlos: prevencion, que irritò el natural ardiente de el tyrano, para que dixeſſe mil oprobrios, è injurias contra todos, tratandolos de cobardes, barbaros, y puſilanimes, pues no avia avido Indio, ni Eſpañol de aquella tierra, que ſe vnieſſe à ſu compañia para ſeguir el exercicio noble de la guerra, practicada deſde el origen del mundo entre los quatro Elementos, entre los hombres mas celebrados de el mundo, y aun entre los miſmos Angeles en el Cielo; y con eſte motivo decia tales diſparates, y propoſiciones tan horribles, que atormentaba los oìdos de ſus miſmos compañeros, ſiendo otros tales como èl.

CAPITULO VI.

SALE JUAN RODRIguez de la Villa de San Franciſco para oponerſe al tyrano, y muere peleando con los Indios: mata Aguirre à algunos de ſus Soldados, y ſe prebiene para ſalir de Valencia.

DExamos à Juan Rodriguez Suarez empeñado en la vengança, que ſolicitaba tomar ſu ſentimiento por los agravios con que le avia ofendido la ſimulada traycion de Guaycaypuro; y como en la lealtad de ſu nobleza tuvo ſiempre el primer lugar el ſervicio de ſu Rey, ſabiendo que Lope de Aguirre avia llegado à la Borburata, dexando por la mano la ſatisfaccion de ſus proprios ſentimientos, determinò ſacrificar ſu vida al rieſgo de vna temeridad, por dar la muerte al tyrano; para lo qual conſultada la materia con la reſolucion de ſu valor invencible, ſaliò de la nueva Poblacion de San Franciſco ſolo con ſeis compañeros, de quienes tenia confiança ſu experiencia, bien prevenidos de armas, è induſtriados de la forma con que ſe avian de governar para lograr el intento. No ſe le ocultò eſte viage à Guaycaypuro, que obſervando ſiempre los paſſos de ſu enemigo por medio de ſus Eſpias, ſe hallaba noticioſo de todos ſus movimientos, y deſde luego le diò por cortada la cabeza en los filos de ſemejante arrojo, pues teniendo por lograda la ocaſion que avia deſeado, para acabar de vna vez con ſu contrario, convocò al Cacique Terepayma, para que ſaliendole al encuentro con las Tropas de ſus Arbacos, al paſſar por la loma de ſu nombre tuvieſſe el lugar (ſiguiendole las huellas) de acometerle por las eſpaldas con ſus Teques.

Y aunque Terepayma, conſtante ſiempre en la amiſtad que eſtipulò con Faxardo, reusò à los principios meter prenda en la conjuracion, perſuadido al fin de las inſtancias de Guaycaypuro huvo de convenir en entrar à la parte en la maldad. Ignorante de eſtos tratados Juan Rodriguez, ſaliò (como diximos) del Pueblo de San Franciſco, y aviendo hecho noche en el rio de San Pedro, el dia ſiguiente al tranſmontar la montaña, que llaman las Lagunetas, hallò toda la loma coronada de Eſquadrones, y penachos, con que la tenia ocupada Terepayma para embarazarle el paſſo, à tiempo que Guaycaypuro, ſiguiendolo deſde el rio, le tenia yà cogidas las eſpaldas, y viendoſe acometer por todas partes de multitud tan numeroſa de enemigos, reconociendo en ſus compañeros reſolucion, y eſfuerço para vencer, ò morir, rompiò por las Eſquadras contrarias, executando en cada amago vna muerte, y en cada golpe vn eſtrago; pero como los Indios eran muchos, y repetian ſin ceſſar el continuo diſparo de ſus flechas, no pudieron mantener por largo tiempo el combate, porque cubiertos de ſaetas los eſcudos, y eſcaulpiles, ſin que tuvieſſen parte deſembarazada que pudieſſe ſervir de blanco à nuevos tiros, les fuè preciſo retirarſe al abrigo de vn peñon que eſtaba en el camino, para à ſu ſombra aſſegurar ſiquiera las eſpaldas, donde, aunque los Indios bolvieron à embeſtirles, pudieron con algun deſahogo defenderſe, peleando con valor, haſta que diò treguas la noche; pero como los Barbaros juzgaban yà aſſegurado el vécimiento, porque no ſe eſcapaſſen los Eſpañoles, favorecidos de la obſcuridad, cercaron todo el peñon de candeladas, y con gritos, tambores, y [illegible] los eſtuvieron velando, obligandoles con el cuidado à que paſſaſſen en pie toda la noche, ſin atreverſe à recoſtar vn rato, para dar algun deſcanſo à aquellos cuerpos rendidos.

Llegada con eſte trabajo la mañana, renovaron los Indios ſu porfia, procurando con mas empeño entrar por fuerça al peñon; pero les ſaliò el atrevimiento tan coſtoſo, que quantos lo intentaron pagaron con la vida ſu oſſadìa, de ſuerte, que temeroſos con la experiencia del daño que recibian fueron afloxando en el combate, contentandoſe con mantener el ſitio deſde lexos, dando lugar con ſu retiro, para que los ſiete Eſpañoles pudieſſen tomar algun aliento en ſu fatiga, haſta que entrada la tarde montò Juan Rodriguez à cavallo, y dexando quatro de ſus compañeros para que guardaſſen el peñon, ſaliò con los otros dos ſolo à vèr ſi podia lograr la ſuerte de quitar la vida à Guaycaypuro, aunque perdieſſe la ſuya en la demanda; pero le ayudò tan poco la fortuna, que no

pudo deſcubrirlo,aunque por diſtintas partes rompiò el Eſquadron contrario, llevandoſe nueve, ò diez Indios de encuentro con los mortales golpes de ſu lança; y paſsàra à mas la fuerça de aquel brazo invencible, ſi el vèr el cavallo deſangrado por diferentes heridas (à tiempo que Terepayma cogiendo vna ladera le iba à cerrar el paſſo con ſus Tropas) no le huviera obligado à retirarſe, buſcando abrigo en el peñon, que era el aſylo en que por enconces aſſeguraban las vidas; pero como de eſtarſe alli metidos no conſeguian otro remedio, que dilatar la muerte vn poco mas, pues quãdo pudieran librarſe de losIndios, era impoſsible dexar de perecer al rigor de enemigo tan fuerte como la hambre, determinaron, que vno de los ſiete, con el ſilencio de la noche,ſe arriesgaſſe à paſſar à la Valencia à dar aviſo del aprieto en que ſe hallaban, para que los ſocorrieſſen,y los demàs,amaneciendo el dia, proſiguieſſen abriendo camino con la eſpada, à la contingencia, ò de eſcapar afortunados, ò de morir infelizes.

Nombrado, pues, por voto de los compañeros para el viage de Valencia Alonſo Faxardo, hijo de Juan de Guevara el viejo, avido en el primer matrimonio que tuvo en Coro, favorecido de la obſcuridad ſaliò de el peñon ſin ſer ſentido,y caminando el reſto de la noche, porque no lo deſcubrieſſen con el dia, ſe emboſcò al ir amaneciendo en vn monteciello, que eſtà à vn lado de la loma; pero anduvo tan deſgraciado, que ſin que èl lo reparaſſe ſe avia venido tras èl vn perro que avia criado, cuya lealdad fue entonces cauſa de ſu deſvèntura, porque ladrando al paſſar vnos Indios por alli, manifeſtò con ſus latidos el retiro donde ſe ocultaba el dueño,para que buſcandololosBarbaros, le quitaſſen tyranamente la vida.

Juan Rodriguez, y los cinco compañeros, mediante lo que avian determinado, deſampararon el peñon al deſpuntar elAlva, para ſeguir ſu viage; y reſueltos à portarſe de calidad, que conocieſſen los contrarios la ventaja con que pelea vn valor deſeſperado, embiſtieron como leones,hiriendo, y deſpedazando à quantos procuraban oponerſe al furor de ſus eſpadas; pero para què eſfuerço tan malogrado? ſi cercados de la barbara multitud de aquella canalla infiel,el mayor remedio que eſperaban conſiſtia yà en la certidúbre de la muerte que temian, pues rendidos los cuerpos al canſancio, fatigados con la ſed, y debilitados de la hambre (por aver dos dias yà que no comian) no podian obrar los brazos lo que influìa el corazon; y aſsi, deſmayando los cinco poco à poco, atraveſados por mil partes à flechazos, fueron rindiendo la vida ſeparados vnos de otros en el teatro infeliz de aquella loma,

que-

quedando ſolo Juan Rodriguez, cuyo aliẽto, acreditado ſiempre de invencible, fue en aquella ocaſion mas formidable, pues ſupliendo por todos los compañeros, proſiguiò manteniendo la pelèa con reſolucion tã gallarda, que muertos mas de cinquenta Indios à ſus manos, le pedian los otros por merced, ò admirados de ſu valor, ò temeroſos de ſu ardimiento, ſe fueſſe, y los dexaſſe, pues tenia el Campo por ſuyo; pero èl, ò pareciendole lo obrado corta ſatisfaccion para ſu enojo, ò haziendo punto de no quedar con vida donde la avian perdido ſus amigos, aunque llegò à verſe libre de peligros yà en lo vltimo de la loma, por averlo dexado ir los Indios ſin ſeguirlo, enagenado con la colera bolviò otra vez para arriba, buſcando nueva ocaſion para deſahogar con la muerte de ſus contrarios los ardores que le inflamaban el pecho; pero no pudiendoſe mantener mas tiempo en el cavallo, por la gran debilidad que padecia con la falta de alimẽto, ſe deſmontò, ſentandoſe en el ſuelo para tomar algun aliento, y deſcanſar vn rato, donde oprimido de la congoxa, y ſofocado de la fatiga, y la ſed, ſe quedò muerto, ſin que tuvieſſe en ſu cuerpo ni vna herida; ſiendo tal el miedo que le cobraron los Indios, que aun con vèr yerto el cadaver, no ſe atrevian à llegarle, temiendo que eſtaba vivo, haſta que certificados de ſu muerte, lo deſpojaron del veſtido, y dividido el cuerpo en pedazos, lo repartieron entre todos, llevando cada qual ſu parte, por ſeñal, ò troſeo de la victoria.

Aſsi terminò la vida Juan Rodriguez Suarez, cuya memoria ſerà ſiempre temida entre los Indios, por el reſpeto que ſe ſupò adquirir con ſu valor, y ſu eſpada. En la Ciudad de Merida, en la Provincia de Eſtremadura, tuvo ſu nacimiento, y llevado de los ardimientos de ſu brio paſsò à la America, donde encartado en la categoria de los Conquiſtadores del nuevo Reyno de Granada, tuvo la eſtimacion, que le adquirieron ſus famoſos hechos; y avezindado en la Ciudad de Pamplona, conſiguiò en repartimiento, como Poblador, vna de las mejores Encomiendas de ſu diſtrito; ſeñalado deſpues por el Cabildo para el deſcubrimiento de las Sierras Nevadas, y Conquiſta de los Timotes, executò ſu encargo con acierto; y para honrar ſu Conquiſta con la memoria de ſu Patria, fundò la Ciudad de Merida de los Cavalleros, en que grangeò tanta gloria, que picado el delafecto de ſus emulos, tuvo motivo la embidia para ſindicar ſus mas heroycas acciones, poniendolo en eſtado, de que ſentenciado à degollar por la Audiencia de Santa Fè, le fue preciſo, con el favor de ſus amigos, quebrantar la carcel, y paſſarſe huyendo à eſta Provincia, (por aſſegurar la vida de los rigo-

res

res de vn Juez apaſsionado, y del poder de vna emulacion conjurada) donde llegò à ſer tan temido de los Indios, que en el tiempo que ſe exercitò en las Conquiſtas de Caracas, para paſſar alguno ſin recelo de vna parte à otra no neceſsitaba de mas ſalvo conducto, que pedirle preſtada vna capa de grana que tenia, y traba de continuo, porque en conociendola los Indios, era tal el reſpeto con que la veneraba ſu temor, que no avia mas ſeguro paſſaporte que ſu viſta, cuya confiança lo empeñò en aquella temeridad, que le coſtò la vida.

Mientras ſucedia la deſgraciada muerte de Juan Rodriguez gaſtaba el tiempo la gente de el tyrano en deſtruir los ganados de los vezinos de Valencia, y preveniſe de cavalgaduras para la conduccion de ſus carruages; y porque no quedaſſe parte alguna ſin memoria de las crueldades de Aguirre, hizo matar à vno de ſus Soldados, llamado Gonçalo de Torres, ſolo porque ſe apartò de la Ciudad como vn tiro de piedra à coger vnas papayas; à que ſe añadiò aver el Alcalde Chaves hecho tan exactas diligencias por buſcar los dos Soldados que ſe le huyeron à Aguirre en la Borburata, que por mas que procuraron ocultarſe, huvo de deſcubrirlos ſu cuidado, y puestos en vna collera de fierro, los entregò à Don Julian de Mendoza, ſu yerno, para que ſirviendo de Alguacil, ſe los llevaſſe al tyrano, y recibieſſe por premio à ſu muger, y ſu ſuegra; y como en el camino el vno de ellos, llamado Pedro Arias, cortado de animo, y ſin aliento, con la conſideracion del laſtimoſo fin que le eſperaba, ſe echaſſe en el ſuelo diziendo, que lo mataſſen, porque no podia paſſar de alli, anduvo tan inhumano el Don Julian, que le reſpondiò ſin empacho, ni verguença: para mi toda la quenta es vna, porque en llevando vueſtra cabeza cumplo con mi obligacion, y deſembaynando la eſpada ſin piedad, ſe la empezò à cortar: chança, que pareciendole al Arias muy peſada, pues grangeaba vna muerte de contado, por eſcuſar la que eſtaba en contingencia, huvo de conſeguir con ruegos, y promeſſa de que ſe eſforçaria para paſſar adelante, el que ſuſpendieſſe la execucion yà començada, aunque lo dexò bien laſtimado con vna razonable herida en el peſcuezo, y llegados à Valencia anduvo el Arias tan afortunado, que lo perdonò el tyrano, por ſer buen eſcrivano, y neceſsitar de èl para que le ſirvieſſe de Secretario: indulto, que no conſiguiò ſu compañero Diego de Alarcon, pues al inſtante lo mandò hazer quartos, llevandolo arraſtrando por las calles, cõ vn pregon, que dezia: Eſta es la juſticia, que manda hazer Lope de Aguirre, fuerte Caudillo de la noble gente Marañona, à eſte hombre, por leal ſervidor de el Rey de Caſti-

ti-

tilla. Y executada la ſentencia puſieron la cabeza en el Rollo de la Plaza, donde viendola el tyrano, le decia con gran riſa, y por donayre: Aì eſtàs, amigo Alarcon; como no viene el Rey de Caſtilla à reſucitaros?

De padecer ſemejante deſventura ſe librò, por ſu buena diligencia, Rodrigo Gutierrez, el dueño de aquella capa en que ſe hallò la informacion, que le coſtò tan cara à Franciſco Martin, porq̃ aprehendido tãbien por el Alcalde Chaves, (que ſe avia dedicado à ſer Eſvirro del tyrano) le diò luego aviſo para que embiaſſe por èl: maldad, que aviendola entendido Gutierrez, ſupo deſvanecerla con ſu maña, pues tuvo actividad para quitarſe los grillos con que lo avia aſſegurado, y bolverſe à huir otra vez; de ſuerte, que quando llegò Franciſco de Carrion, à quien embiaba Aguirre con prevencion de Soldados para que ſe lo traxeſſe, ſe hallò burlada la intencion infame de el Alcalde: falta, que procurò remediar con otra mayor vileza, pues por congraciarſe con el tyrano le diò noticia por extenſo de todas las prevenciones que diſponia el Governador para hazerle reſiſtencia, y los ſocorros que eſperaba por inſtantes de Merida, y Santa Fè, de que no recibiò Aguirre mucho guſto, aunque ſe moſtrò agradecido à la fineza de el aviſo; y por no dar lugar à que con la dilacion tuvieſſen tiempo de mayores diſpoſiciones para embarazarle el paſſo, tratò con toda brevedad de ſalir de la Valencia, dando permiſſo entonces al Cura de la Margarita Pedro de Contreras, para que ſe bolvieſſe à ſu caſa, con calidad, que primero le preſtaſſe juramento de que remitiria al Rey Don Phelipe Segundo vna carta, que le entregò para el efecto; y aunque el buen Sacerdote reſiſtiò à los principios el hacerſe cargo de comiſsion ſemejante, deſpues huvo de venir en ello, atropellando inconvenientes, por verſe libre de la tyrana opreſion de aquella fiera.

CAPITULO VII.

REFIERESE LA carta que eſcriviò Aguirre para el Rey: ſale de la Valencia el tyrano, y llega à Barquiſimeto.

AUnque la carta que Lope de Aguirre entregò al Padre Contreras para que remitieſſe al Rey no merecia en realidad ſe hicieſſe mencion de ella en ningun tiempo, ſin embargo, para comprobacion de los delatinos, y locuras de aquel hombre, nos ha parecido referirla, y porque el Lector ſe divierta vn rato con la diſcrecion de ſu buena nota, como dictada al fin de vn do-

mador de mulas, ſu tenor era el ſiguiente.

REY PHELIPE, natural Eſpañol, hijo de Carlos Invencible, Lope de Aguirre, tu muy minimo vaſſallo, Chriſtiano viejo, de medianos padres, y en mi proſperidad hijo-dalgo, natural Baſcongado en eſſe Reyno de Eſpaña, y en la Villa de Oñate vecino, paſſè en mi mocedad el Mar Occeano à las partes de el Perù, por valer mas con la lança en las manos, y por cumplir con la deuda que debe todo hombre de bien; aſsimiſmo, en veinte y quatro años te he hecho muchos ſervicios en el Perù en conquiſta de Indios, y poblar Pueblos en tu ſervicio, eſpecial en batallas, y reencuentros, que ha avido en tu nombre, ſiempre conforme à mis fuerças, ſin importunar à tus Oficiales por paga, ni ſocorro, como parecerà por tus Reales libros: Bien creo, Chriſtiano Rey, y Señor, aunque para mi, y mis compañeros tan ingrato à tan buenos ſervicios como has recibido de noſotros; aunque tambien creo te engañan los que te eſcriven de eſta tierra, como eſtas tan lejos; aviſote, Rey, y Señor, lo que cumple à toda juſticia, y rectitud para tan buenos vaſſallos como en eſta tierra tienes, aunque yo, por no poder ſufrir mas las crueldades que vſan eſtos tus Oidores, Virreyes, y Governadores, he ſalido de hecho con mis compañeros (cuyos nombres deſpues dirè) de tu obediencia, y deſnaturalizados de nueſtras tierras, que es Eſpaña, y hacerte en eſtas partes la mas cruel guerra, que nueſtra gente pudiere ſuſtentar; y eſto creed, Rey, y Señor, nos ha hecho el no poder ſufrir los grandes apremios, y caſtigos, que nos dan eſtos tus Miniſtros, que por remediar ſus hijos, y criados nos han vſurpado nueſtra fama, vida, y honra; què laſtima! O Rey, el mal tratamiento que ſe nos ha hecho; y aſsi, manco de mi pierna derecha de dos arcabuzazos que me dieron en el Valle de Coquimbo con el Mariſcal Alonſo de Alvarado, ſiguiendo tu Voz, y Apellido contra Franciſco Hernandez Giròn, rebelde à tu ſervicio, como yo, y mis compañeros al preſente lo ſomos, y ſerèmos haſta la muerte, porque en eſta tierra tenemos tus perdones por de menos credito, que los libros de Martin Lutero, pues tu Virrey el Marquès de Cañete, malo, luxurioſo, ambicioſo, y tyrano, ahorcò à Martin de Robles, hombre ſeñalado en tu ſervicio, y al bravo Thomàs Vazquez, Conquiſtador de el Perù, y al triſte de Alonſo Diaz, que trabajò mas en el deſcubrimiento de el Perù, que los Exploradores de Moyſes, y à Piedrabita, buen Capitan, que rompiò muchas batallas en tu ſervicio, y aun en Pucaba ellos te dieron la victoria, porque ſi no ſe paſſaran, oy fuera Franciſco Hernandez Señor de el Perù; y no tengas en mucho el ſervicio que tus Oidores te eſcrivieron que te han hecho, porque es muy grande fabula, ſino que llaman ſervicio averte gaſtado ochocientos mil peſos de tu Real Caxa, para ſus vicios, y maldades: caſtigalos como ellos ſon.

Mira, mira, Rey Eſpañol, no ſeas ingrato à tus vaſſallos, pues eſtando tu Padre el Emperador en los Reynos de Caſtilla ſin ninguna zozobra,

bra, te han dado, à coſta de ſu ſangre, tantos Reynos, y Señorios, como tienes en eſtas partes; y mira, Señor, que no puedes llevar, con titulo de Rey juſto, ningun interès de eſtas partes, donde no aventuraſte nada, ſin que primero los que en ellas trabajaron ſean gratificados: como por cierto tengo, que van pocos Reyes al Cielo, porque creo fuerades peores que Luzbel, ſegun teneis la ambicion, ſed, y hambre de hartaros de ſangre humana; mas no me maravillo, ni hago caſo de voſotros, pues os llamais ſiempre menores de edad, y todo hombre inocente es loco, y vueſtro govierno es ayre; à Dios hago ſolemne voto yo, y mis docientos Arcabuceros Marañones, hijos-dalgo, de no te dexàr Miniſtro tuyo à vida, porque ya sè haſta donde alcança ſu poder.

El dia de oy nos hallamos los mas bienaventurados de los nacidos, por eſtar, como eſtamos, en eſtas partes de las Indias teniendo la Fè, y Mandamientos de Dios enteros ſin corrupcion, y manteniendo todo lo que la Igleſia Romana predica; y pretendemos, aunque pecadores en la vida, recibir martyrio por los Mandamientos de Dios; à la ſalida que hicimos de el rio de las Amazonas, que ſe llama Marañon, venimos à vna Isla, que ſe llama la Margarita, y vimos vnas relaciones que venian de Eſpaña de la grande maquina que ay de Luteranos, que nos puſieron grande temor, y eſpanto, pues aqui en nueſtra compañia huvo vno, llamado Monteverde, y yo lo mandè bazer pedazos, los ados daran la pena à los cuerpos; pero donde noſotros eſtuvieremos creed, Excelentiſsimo Rey, cumple que todos vivan perfectamente en la Fè de Chriſto; principalmente es tan grande la diſolucion de los Frayles en eſta tierra, que conviene que venga ſobre ella el caſtigo, porque no ay alguno que preſuma menos que de Governador: Mira, Rey, no los creas lo que te dixeren, pues las lagrimas que allà echan delante de tu Real perſona es para venir acà à mandar; ſi quiſieres ſaber la vida que por acà tienen, es en mercadurias, procurar, y adquirir bienes temporales, vender los Sacramentos, enemigos de los pobres, ambicioſos, ſobervios, y glotones; de manera, que por minimo que ſea vn Frayle pretende mandar todas eſtas tierras; pon remedio, Rey y Señor, porque de eſtas coſas, y malos exemplos no eſtà imprimida la Fè en los naturales; y mas te digo, que ſi eſta diſolucion de eſtos Frayles no la quitas, no faltaran eſcandalos, aunque yo, y mis compañeros, por la gran razon que tenemos, ayamos determinado morir; y eſto, y otras coſas paſſadas, tu Rey tienes la culpa, por no dolerte de tus vaſſallos, y no miras lo mucho que les debes; que ſi tu no miras por ellos, y te deſcuidas con eſtos tus Oidores, nunca ſe acertarà en el govierno; y no ay para què preſentar teſtigos mas que decirte, como eſtos tus Oidores tiene cada vno quatro mil peſos de renta, y ocho mil de ayuda de coſta, y al cabo de tres años tiene cada vno ſetenta mil peſos borros, y poſſeſsiones, y heredamientos, y con todo eſſo ſi ſe contentaſſen con ſer ricos como hombres, menos mal, y trabajo

seria nuestro; pero por nuestros pecados quieren que los adorèmos como à Nabucho Donosor: cosa insufrible; y no porque yo, como hombre lastimado, y manco de mis miembros en tu servicio, y mis compañeros, viejos, y cansados en lo mismo, te he de dexar de avisar, que nunca fies en estos Letrados tu Real conciencia, que no cumple à tu servicio descuidarte con ellos, que se les và el tiempo en casar sus hijos, y no entienden en otra cosa, y su refran es entre ellos muy comun: esto es à tuerto, y derecho.

Pues los Frayles à ningun Indio pobre quieren predicar, y estan aposentados en los mejores repartimientos; la vida que tienen es muy aspera, porque cada vno de ellos tiene por penitencia en sus cocinas vna docena de mozas, y otros tantos muchachos que les van à pescar, matar perdizes, y traer frutas; en Fè de Christiano te juro, Rey, y Señor, que si no pones remedio en las maldades de esta tierra, que te ha de venir azote del Cielo; y esto digo por avisarte la verdad, aunque yo, y mis compañeros no queremos, ni esperamos de ti misericordia; ay! ay! què lastima tan grande! que el Emperador tu padre conquistasse con la fuerça la suprema Germania, y gastasse tanta moneda, llevada de estas Indias descubiertas por nosotros, y que no te duelas de nuestra vejez, y cansancio, siquiera para matarnos la hambre; sabes què vemos, Excelentissimo Rey, y Señor, que conquistaste à Alemania con armas, y Alemania ha conquistado à España con vicios, de que acà nos hallamos quitados, muy contentos con maìz, y agua, solo por estàr apartados de esta mala irronia.

Anden las guerras por donde anduvieren, pues para los hombres se hicieron; mas en ningun tiempo, ni por adversidad que nos venga, dexarèmos de ser obedientes, y sujetos à los Mandamientos de la Santa Iglesia de Roma: No podemos creer, Excelente Rey, y Señor, que tu seas cruel para tan buenos vassallos como en estas partes tienes, sino que estos tus malos Oìdores, y Ministros lo deben de hazer sin tu consentimiento; digolo, porque en la Ciudad de los Reyes, dos leguas junto à la Mar, se descubriò vna Laguna, donde se cria algun pescado, que Dios permitiò fuesse assi, y estos tus malos Oìdores, para aprovecharse del pescado para sus regalos, y vicios, la arriendan en tu nombre; dandonos à entender, como si fuessemos inhabiles, que es por tu consentimiento; si ello es assi, dexanos pescar algun pescado siquiera, pues trabajamos en descubrirlo, porque el Rey de Castilla no tiene necesidad de quatrocientos pesos, que es la cantidad porque se arrienda, pues, Esclarecido Rey, no pedimos en Cordova, ni en Valladolid este Patrimonio: duelete, Señor, de alimentar à los pobres, cansados con los frutos, y reditos de esta tierra; y mira, que Dios para todos es igual Justicia, Premio, Paraìso, è Infierno.

El año de cincuenta y nueve el Marquès de Cañete diò la jornada de el rio de las Amazonas à Pedro de Vrsua, Navarro, ò por mejor decir, Francès; tardò en hazer Navios hasta el año de sesenta en la Provincia de los

Mo-

Motilones, aunque estos Navios, por ser hechos en tierra llovioſa, al tiempo de echarlos al agua ſe nos quebraron, hizimos Balſas, y nos echamos por el rio abaxo, dexando nueſtros cavallos, y haciendas; luego navegamos los mas poderoſos rios de el Perù de manera, que nos vimos en vn Golfo dulce; caminamos de primera faz trecientas leguas, fuè eſte mal Governador, perverſo, ambicioſo, y miſerable, que no lo pudimos ſufrir, y aſsi lo matamos con muerte cierta, y bien breve; luego à vn mançebo, Cavallero de Sevilla, que ſe llamaba Don Fernando de Guzman, alçamos por nueſtro Rey, y lo juramentamos como à tu Real perſona, como parece por las firmas de todos aquellos que nos hallamos: à mi me nombraron por ſu Maeſtre de Campo, y por que no conſentì en ſus inſultos, y maldades me quiſieron matar; yo matè al nuevo Rey, al Capitan de ſu Guardia, y Theniente General, à quatro Capitanes, à ſu Mayordomo, à ſu Capellan, Clerigo de Miſſa, à vna muger, à vn Comendador de Rodas, à vn Almirante, dos Alferez, y à otros cinco, ò ſeis criados ſuyos, y con intencion de llevar la guerra adelante, y morir en ella, por las muchas crueldades que tus Miniſtros vſan con noſotros: de nuevo nombrè Capitanes, y Sargentos, y me quiſieron matar, y los ahorque todos; caminando nueſtra derrota, paſſando todas eſtas malas venturas, tardamos haſta la boca del rio mas de onçe meſes y medio, y caminamos mas de cien jornadas, anduvimos mas de mil y quinientas leguas: tiene el rio mas de mil leguas de agua dulce, muchas partes deſpobladas, y ſin gente, como ſu Magèſtad verà por vna relacion, que hemos hecho verdadera: ſabe Dios como nos eſcapamos de eſte lago temeroſo. Aviſote, Rey, no conſientas ſe haga ninguna Armada de Eſpaña para eſte rio tan mal afortunado; y Dios te guarde, Rey Excelente, muchos años.

Eſta fue la carta que Lope de Aguirre entregò al Cura de la Margarita para que la remitieſſe al Rey, cuyo contexto es la prueba mas evidente de lo ruſtico de ſu natural groſſero, y de los deſacatos à que llegò la deſverguença, y deſcaro de aquel bruto, cuyas operaciones parece iban ſiendo cada dia mas temerarias, pues determinado ya à ſalir de la Valencia (deſpues de aver eſtado en ella quince dias) la noche antes de ſu partida mandò dàr garrote à Benito Diaz, Franciſco de Lora, y Antonio Zigarra, al vno, porque avia dicho tenia vn pariente en el nuevo Reyno, y à los otros dos, por parecerle andaban tibios en la guerra: crueldad, que acompañò con otra mas enorme, pues porque à la mañana al tiempo de la partida alcançò à vèr vn Soldado, llamado Saagun, con vn Roſario en la mano, le quitò la vida à puñaladas, diciendo, que ſus Soldados avian de ſer de calidad, que agenos de toda devocion, ſi fueſſe neceſſario jugaſſen el alma à los dados con el demonio, ſin andar gaſtando el tiempo en rezos, ni pataratas, que ſolo ſervian de

acobardar los animos, haciendo inutiles los hombres para el noble exercicio de las armas, con otros diſparates à eſte tono, propios de ſu corazon blasfemo; y con eſta buena deſpedida ſaliò para Barquiſimeto por el camino derecho, que corta la Serranìa de Nirgua, habitacion entonces de los Indios Giraharas.

Quando Aguirre llegò à la Borburata eſtaba en la Valencia Pedro Alonſo Galeas, el que con la induſtria de fingir el cavallo desbocado ſe le huyò en la Margarita, y aſsi por el recelo de no caer en ſus manos, como por hallarſe al lado del Governador, para ſervir con ſu perſona en ocaſion tan preciſa; luego que tuvo la noticia de aver ſaltado en tierra el tyrano ſaliò èl para Barquiſimeto en compañia de Gomez de Silva, Cavallero Portuguès, (de quien ay oy iluſtre deſcendencia en la Provincia) que aviendo ſido Page de lança de Don Franciſco Cautino, Conde de Redondo, en la ocaſion de aquel ſocorro memorable, que introduxeron los Portugueſes en Arſila, y deſpues Page de el Rey Don Juan el Tercero de Portugal, huyendo de las diligencias con que lo buſcaban para tomar vengança los parientes de otro Cavallero, à quien (eſtando en Lisboa) matò en vn deſafio, vino à parar à eſtas partes, y ſe hallaba en la ocaſion preſente en la Valencia, y llevado del pundonor de ſu hidalguia, con el miſmo deſeo de Pedro Alonſo formaron juntos el viage para Barquiſimeto.

Al miſmo tiempo el Governador Pablo Collado, con el aviſo que le dieron los vecinos de la Borburata de quedar ya Lope de Aguirre en aquel Puerto, avia deſpachado deſde el Tocuyo à Franciſco Infante, para que enterandoſe de los deſignios que traìa el tyrano, y el numero cierto de la gente que componia ſu Campo, bolvieſſe con brevedad à darle cuenta de todo; pero encontrando en el camino à Pedro Alonſo, y à Gomez de Silva, que le dieron relacion muy por extenſo, tuvo por eſcuſado el proſeguir adelante; y por grangear tiempo, con la anticipacion de la noticia, ſe bolviò con ellos al Tocuyo, donde conociendo el Governador que ya era preciſo tratar de la defenſa con mas veras, pues no avia duda en que la intencion de Aguirre era paſſar por la Provincia al nuevo Reyno; confuſo con los temores, que le cauſaba ſu corazon puſilanime, entregò todo el Govierno à Gutierrez de la Peña, à quien tenia antes nombrado por Capitan General, para que diſpuſieſſe las materias conforme le pareciеſſe que ſeria mas conveniente.

Hallabanſe ya en el Tocuyo ciento y cinquenta hombres, que à los llamamientos de el Governador avian concurrido de las demàs

màsCiudades;y aunque entre todos ſolo avia dosarcabuzes,el vno deGeronimoAlemàn,y el otro de Franciſco Maldonado de Almendariz; ſin embargo, prevenidos los demàs de lanças, y adargas hechas de cuero crudo, aſſegurava en ellos la victoria Gutierrez de la Peña, por el valor, y militar experiencia que tenia reconocido en todos; à que le ayudaba mucho la ventaja de hallarſe con baſtante numero de gente deàcavallo:ymientras,con el embarazo de algunas prevenciones neceſſarias,ſe detuvoen elTocuyo,caminaba Aguirre por las Serranìas de Nirguacon baſtàtesincomodidades, por la aſpereza del terreno, y teſon continuado de las llùvias: contratiépos, que deſenfrenando ſu impaciencia, daban motivo à ſu ſacrilega lengua para abortar mil blaſfemias, pues mirando para el Cielo ſolia decir: Què pienſa Dios, que porque llueva no tengo de ir al Perù? pues muy engañado eſtà,que he de ir,aunque Dios no quiera; y ſupueſto que no me puedo ſalvar, pues vivo eſtoy ardiendo en los infiernos, he de executar tales crueldades, que ſuene mi nombre por la redondèz de la tierra: Otras vezes animando à ſus Soldados les decia, que por temor del infierno no dexaſſen de hazer quanto les pidieſſe el aperito,pues con ſolo creer en Dios baſtaba para ſalvarſe; y otras coſas tan ſemejantes à eſtas, que ſolo pudiera propalarlas aquel monſtruo infernal, indigno de ſer Chriſtiano.

Divertido con tan devotos exercicios marchaba Aguirre por aquellas Serranìas, quando diez de ſus Soldados, ſin aver comunicado ſu intento vnos con otros, cada vno de por sì lograron la ocaſion de apartarſe de ſu infame compañia,emboſcandoſe,ſin que los echaſſen menos, por las malezas de aquellos arcabucos: burla, que irritò tanto al tyrano, que maldiciendo ſu fortuna,ponderaba con extremo la infamia de ſus Marañones, pues lo deſampararon al mejor tiempo, dexandolo abandonado en la fuerça de ſu mayor conflicto; pero al fin,aunque oprimido con eſtos deſconſuelos,y cargado de mil temores en que lo traìa embuelto el remordimiento de ſu mala conciencia, huvo de llegar al rio del Yaracui, y Valle de las Damas, donde ſintiendolo las Centinelas, que tenian pueſtas los de Barquiſimeto, partieron para la Ciudad tocando al arma; y como los vecinos ſe hallaban ſin prevencion para poder defenderſe, porque Gutierrez de la Peña aun no avia llegado con la gente que ſe juntaba en el Tocuyo, deſampararon la Ciudad, embiando aviſo al Governador de la cercanìa en que quedaba el tyrano, à cuyo rebato deſpachò Gutierrez de la Peña à ſu Maeſtre de Campo Diego Garcia de Paredes con quin-

quince hombres de à cavallo, para que obſervaſſe de mas cerca los movimientos de Aguirre, mientras èl, con el reſto de la gente, ſalìa en ſu ſeguimiento para Barquiſimeto, àzia adonde, receloſo con la deſconfiança que tenia de la poca fidelidad de ſus Soldados, caminaba el tyrano por vna montaña, cuya aſpereza ſolo permitia vna ſenda tan angoſta, que apenas era capaz de que por ella marchaſſen vno à vno los Soldados, por la qual llegò tambien à empeñarſe de buelta encontrada Diego Garcia de Paredes con ſus quince de à cavallo; y quando mas agenos de encontrarſe iban los vnos, y los otros, ſe llegaron à deſcubrir tan de repente, que turbados los nueſtros con el ſuſto, y embarazados con la ramazon de la montaña, por dar prieſſa à retirarſe dexaron en el camino dos, ò tres de las lanças que llevaban, y otras tantas caperuzas, ò zeladas, que vſaban en aquel tiempo, hechas de lienço de la tierra, colchadas con algodon, de figura ridicula, y eſtraña, que cogiendolas Aguirre, fueron motivo para que mofando, como ſiempre, repreſentaſſe à los ſuyos lo medrados que ſe hallaban los que ſervian al Rey en las conquiſtas, pues traìan por adorno, ò por defenſa tan indecentes alhajas.

No parò el Maeſtre de Campo en ſu veloz retirada haſta ſalir à lo raſo de vna ſabana limpia, que eſtaba poco antes de entrar en la montaña, donde pretendia formar alguna emboſcada, para hazer algun daño al enemigo; pero marchando Aguirre ſin detenerſe en ſu alcançe toda la noche, favorecido de la Luna bolviò à encontrar en la ſabana con Paredes, antes que huvieſſe diſpueſto la emboſcada, obligandolo con ſu preſteza, no penſada, à que ſin parar à paſſo largo llegaſſe à Barquiſimeto el dia ſiguiente, donde hallò ya al General Gutierrez de la Peña, y conferido entre los dos lo que debian hazer en aquel caſo, les pareciò mas conveniente no eſperar al tyrano en la Ciudad, porque no teniendo armas de fuego, y conſiſtiendo toda ſu fuerça en los cavallos, y lanças, era mucha la ventaja con que podria Aguirre ofenderlos, ſi amparado de el recinto de las caſas tiraba con ſus moſquetes de mampueſto; y aſsi, dexando deſembarazada la Ciudad, ſe retiraron todos à las barrancas de el rio, con animo de mantenerſe en ellas alojados, para lograr à la viſta las coyunturas de el tiempo.

En el interin Aguirre llegò à dar viſta à la Ciudad, y pueſta ſu gente en Eſquadron, formò de ſus mas confidentes la Banguardia, con orden de que al Infante que ſe apartaſſe tres paſſos de los demàs, lo mataſſe luego el compañero; y marchando de eſta ſuerte deſplegadas las Vanderas,

y

y tendidos los Eſtandartes, al eſtruendo de repetidas ſalvas de moſqueteria entrò en Barquiſimeto el dia veinte y dos de Octubre del año de ſeſenta y vno, y eſcogiendo para ſu alojamiento las caſas de Damian del Barrio, ſe aquartelò en ellas, por la ſeguridad que le ofrecia el eſtar cercadas de vna muralla de adobes, que coronada de almenas cogia toda la quadra.

CAPITULO VIII.

LLEGA PEDRO BRABO con alguna gente de Merida al ſocorro: eſcrive Aguirre al Governador vna carta: dànſe viſta los dos Campos, y deſpues de algunas eſcaramuzas ſe retiran.

AL tiempo que Gutierrez de la Peña deſamparò la Ciudad retirandoſe à las barrancas del rio, ſe apartò por vn camino eſtraviado Diego Garcia de Paredes con ocho compañeros à cavallo, y cogiendole la buelta, ſin que lo ſintieſſe el tyrano, diò ſobre ſu retaguardia quando iba entrando à la Ciudad, con tan bizarro denuedo, que le quitò quatro veſtias cargadas de alguna ropa, polvora, y otras municiones, ſin recibir daño alguno; de cuyo feliz principio quedaron tan contentos los Soldados, que teniendolo por anuncio de muy dichoſos progreſſos, ſe quedaron ſobre las barrancas para eſtàr mas à la mira de las operaciones de Aguirre; pero èl encerrado en el quartel que eſcogiò para ſu alojamiento, no intentò novedad alguna haſta el dia ſiguiente ſobre tarde, que licenciò à ſus Marañones para que metieſſen à ſaco la Ciudad: diligencia, que ſolo ſirviò para que hallaſſen por las caſas diferentes cedulas de perdon à todos los que abandonaſſen al tyrano, las quales, firmadas del Governador, avia dexado eſparcidas Gutierrez de la Peña al tiempo de retirarſe, y vna carta para Aguirre, en que le exortaba bolvieſſe al ſervicio de ſu Rey, con quien le ſeria buen tercero, remitiendolo à ſus piadoſos pies; y en caſo de no venir en tan honeſto partido, libraſſen el derecho de las armas en batallar cuerpo à cuerpo, paraque ſe declaràſſe entre los dos la victoria, ſin derramar tanta ſangre.

Peſado golpe fue el hallazgo de eſtas cedulas para el ſobreſalto con que vivia Aguirre, receloſo ſiempre de la poca fidelidad de ſus Soldados, pues temia que lo avian de deſamparar al mejor tiempo; pero diſsimulando quanto pudo, los juntò à todos en ſu caſa, para darles à entender con vn razonamiento dilatado el veneno que llevaban eſcondido aquellas cedulas para los que ſe creyeſſen de ligero, pues ſe debian acordar, para no fiarſe en palabras, que ſus robos,

y muertes excedian en numero, y calidad à quantas en Eſpaña, y en las Indias avian cometido otros traydores, para cuyo perdon era fiador muy fallido vn Governador de caperuzas, pues quando el Rey, ſin faltar à la juſticia, pudiera perdonar tales delitos, baſtaba el ſentimiento de los parientes, y amigos de los muertos para traerlos ſiempre perſeguidos; ademas, que el baldon continuo de traydores en todas partes los avia de tener ſiempre afrentados, y por remate de ſus deſventuras vendrian à experimentar lo que Thomàs Vazquez, y Juan de Piedrayta, à quienes quitò las cabezas el Licenciado Gaſca en el Perù, ſin que les valieſſen ſus anteriores ſervicios, ni los perdones, en que vivian confiados.

Concluìdo eſte razonamiento, que ſegun pareciò deſpues hizo poca operacion en ſus Soldados, mandò quemar algunas caſas que podrian ſervir de abrigo à ſus contrarios, de cuyo incendio, por malicia, ò por deſcuido participò tambien la Igleſia, que ſiendo de paja, tuvo poco que hazer el fuego para conſumirla; ſi bien Aguirre, al vèr que ſe quemaba, por dar algunas mueſtras de Chriſtiano, hizo ſacar las Imagenes, y adornos que avian quedado en ella, porque no entraſſen tambien à la parte en el incendio. Entre tanto que eſto ſucedia en Barquiſimeto, ſe eſtaba en el Tocuyo el Governador Pablo Collado padeciendo algunos achaques de eſpantos, y temores, con que lo atormentaba ſu corazon cobarde; pero llegando de Merida el Capitan Pedro Brabo de Molina con veinte cavallos de ſocorro, y viendo que la cortedad de ſu apocado eſpiritu lo tenia tan amedrentado, que no ſe hallaba en animo de ponerſe en parte donde lo vieſſe el tyrano, le repreſentò la nota à que exponia ſu opinion, ſi faltando à las obligaciones de ſupueſto, no aſsiſtia perſonalmente à dar aliento à ſus Soldados en ocaſion tan preciſa como la que tenia entre manos; y aunque à los principios, con el motivo de ſus achaques, procurò eſcuſarſe de padecer en el eſtrepito de las armas los ſuſtos à que no eſtaba acoſtumbrada ſu complexion pacifica, ſin embargo, à repetidas inſtancias de Pedro Brabo, huvo de convenir en que haria quanto pudieſſe por eſforçarſe para paſſar en ſu compañia al Campo Real; y dandole las gracias por la promptitud con que avia venido à ſocorrerle, lo nombrò por ſu Theniente General: exercicio, que aceptò, contra el comun parecer de ſus Soldados, porque hallandoſe Juſticia Mayor de la Ciudad de Merida, tuvieron por deſprecio el que ſu Capitan con aquel titulo ſe ſometieſſe à la juriſdiccion de vn Governador eſtraño, pudiendo militar ſeparado debaxo de ſu vandera, como Cabo auxiliar, que venia de otro diſtrito.

De-

Determinado Pablo Collado (aunque muy de mala gana) à hallarse presente en todas las disposiciones de la guerra, salió aquella misma tarde de el Tocuyo con Pedro Brabo, y mas de sesenta hombres que avian concurrido, assi de los de Merida, como de otras partes de la Governacion, y caminando toda la noche para Barquisimeto à juntarse con Gutierrez de la Peña, al ir amaneciendo encontraron vn Correo con vna carta de Aguirre para el Governador, que por vèr su contenido hizieron alto para leerla, y hallaron que dezia de esta manera:

Muy magnífico Señor, entre otros papeles que de V.md. en este Pueblo se han hallado, estaba vna carta suya à mi dirigida, con mas ofrecimientos, y preambulos, que Estrellas ay en el Cielo; y para conmigo, y mis compañeros no avia necessidad de q̃ se tomasse este trabajo, pues sè yo hasta donde llega su ciencia; y en lo que toca à hazerme mercedes, y favorecerme con el Rey, fue superfluo lo que V.md. me ofrece, pues bien sè yo que su privança no llega al primer nublado; y si el Rey de España huviera de passar por la lid que entre V.md. y yo se hiziera, yo lo aceptàra, y aun diera à V.md. las armas aventajadas; mas todos los tengo por ardides de los que vsa con sus Cavalleros, que ganaron, y poblaron esta tierra, para que V.md. con sus nominativos les viniera à robar su sudor, con titulo de que viene à hazer justicia, y la justicia que se les haze es inquirir, como conquistaron la tierra, para por esta via hazerles guerra; la merced que de V.md. quiero, es, que no curèmos de tentarnos las corazas, pues sabe V. md. lo poco que en ello puede ganar, porque mis compañeros se han dado tan poco por sus perdones, quanto es razon, y tienen propuesto de vender las vidas bien vendidas; yo no pretendo en esta tierra mas de que por mi dinero me provean de algunas cavalgaduras, y de otras cosas, que demàs de pagarlas muy bien, se reservara V.md. su Governacion, y Pueblos de ella de hartos daños que yo, y mis compañeros le harèmos, si por otra via nos quisieren llevar; porque en las muestras que en la tierra hemos visto nos han puesto alas, y espuelas para no parar en ella; que por vnas caperuzas, y lanças, q̃ por huir vnos Soldados de V.md. dexaron en el camino, hemos visto quan medrados estan los demàs: y bolviendo à la carta, no ay para que V. md. diga que andamos fuera del servicio de el Rey, porque pretender yo, y mis compañeros hazer por las armas lo que hizieron nuestros antepassados, no es ir contra el Rey, porque al que nos hiziere las obras le tendrèmos por señor, y al que no, no le conozemos, y assi ha muchos dias que nos desnaturalizamos de España, y negamos al Rey de ella, si es que alguna obligacion teniamos de servirle, y assi hizimos nuestro Rey, al qual obedecemos, y como vassallos de otro Señor bien podemos hazer guerra contra quien hemos jurado de hazerla, sin incurrir en ninguna nota de las que por allà se nos ponen; y concluyendo en todo, digo, que como V.md. y sus Republicanos nos hizieren la vezindad, que assi les harè-

rèmos las obras, y que ſi nos buſcaren aqui nos hallaran las manos en la maſa, y mientras mas ayna nos dieren el avìo, que le ſuplico me dèn, con mas brevedad nos irèmos de eſta tierra. No me ofrezco al ſervicio de V.md. porque lo tendra por fingido ofrecimiento. Nueſtro Señor la muy magnifica perſona de V.md. guarde. Su ſervidor Lope de Aguirre.

Eſte era el contenido de la carta, que acabada de leer en publico por el miſmo Governador, lo dexò tan compungido, que derramando lagrimas, dixo: ojala que el ſuceſſo de eſta guerra ſe dexara entre mi, y Aguirre, que quizà quedàra yo con la victoria; mas pues Dios lo ordena aſsi, demosle gracias por todo, pues nueſtros pecados deben de ſer cauſa de que haſta aqui lleguen las centellas del Perù, para darnos eſtos diſguſtos, y ponernos en eſtos aprietos; y dezia eſto con tales ſuſpiros, y demonſtraciones de ſentimiento, que manifeſtando bien ſu animo timido, diò ocaſion à todos los circunſtantes para que mofando con irriſion ſu cobardìa, proſiguieſſen con el entretenimiento de agudos, y picantes dichos lo que reſtaba del camino, haſta que poco deſpues del medio dia llegaron à las barrancas del rio, donde eſtaba alojado con el Campo Real Gutierrez de la Peña, que alegre con tan buen ſocorro, deſde luego tuvo por fixo el vencimiento, ayudando mucho para alentar los Soldados la voz que entrò eſparciendo Pedro Brabo, de que traìa conſigo docientos hombres, fuera de otros quinientos que avian venido de Santa Fè, y quedaban yà en Merida, capitaneados de vn ſeñor Oìdor de aquella Audiencia: novedad, que publicada por cierta entre la gente de guerra, llegò luego, acreditada por verdadera, à noticia del tyrano, porque aquella miſma noche ſe huyò del Campo Real vn Negro, y paſſandoſe al alojamiento de Aguirre, le diò quenta de la venida del Governador, y de los docientos hombres de ſocorro que avia traìdo Pedro Brabo, de que quedaron tan deſatinados los Marañones, teniendo por infalible ſu perdicion à viſta de poder tan ſuperior, que reſolvieron muchos à no perder la ocaſion de paſſarſe al Campo Real; para gozar el indulto que les ofrecia el Governador.

Los primeros qne lograron el poner en execucion eſte deſeo fueron, Juan Rangel, y Franciſco Guerrero, que hallando forma para ſalir ſecretamente con ſus armas, tuvieron lugar de llegar à la preſencia de Gutierrez de la Peña, aſſegurandole, que ſin otra diligencia que la de eſtarſe à la mira, conſeguiria con brevedad deſvaratar al tyrano, por no aver en ſu Campo cinquenta hombres que le ſiguieſſen con guſto, y eſtàn los demàs determinados à abandonar ſu partido: advertencia en que ſiempre avia inſtado Pedro Alonſo Galeas, como quien tenia tan-

teados los corazones de los Soldados de Aguirre ; pero sin embargo el mismo dia quisieron Pedro Brabo , y el Maestre de Campo Paredes dar vna vista al Enemigo, y saliendo de el alojamiento con quarenta de à cavallo, entre quienes iban Hernando Serrada , Pedro Gavilla, Garcia Valero, Francisco Infante , y Gomez de Silva, llegaron à ponerse en parte donde pudiessen ser oìdos de los Marañones , à quienes dando vozes asseguraron de nuevo el perdon que les tenian prometido si desamparassen al tyrano antes que las armas llegassen à rompimiento ; y como advirtiessen entonces , que algunas Indias de las de el servicio de Aguirre estaban en el rio lavando ropa , baxaron à la deshilada sin ser vistos el Maestre de Campo Paredes , y Pedro Brabo, con otros diez compañeros, y cogiendolos de repente , sin que lo pudiessen impedir los Marañones las pusieron à la grupa, y cargando la ropa que tenian, bolvieron à subir la barranca.

Bien coligiò Aguirre de este lançe el mal temperamento que iban tomando sus cosas , y como de estarse encerrado en las cercas su quartel solo conseguia dar tiempo à sus Soldados , para que con la consideracion del riesgo que les amenazaba buscassen el seguro que el Governador les prometia , quiso probar ventura con las armas , por vèr si à la felizidad de algun sucesso favorable mejoraba el semblante su fortuna , y lograba ventajas su partido ; para lo qual mandò, que Christobal Garcia, y Roberto de Susaya , con sesenta Arcabuzeros diessen sobre el Campo Real aquella noche, y executado el daño que pudiessen, tomassen la retirada al ir apuntando el dia ; pero errando los Marañones el camino sin poder atinar con el sitio en que alojaban los nuestros , vino à encontrar con ellos casualmente el Capitan Romero, que con algunos vezinos de la Villa de Nirgua iba en socorro de el Governador ; y conociendo por las demostraciones que era gente del tyrano , hizo piernas al cavallo hasta llegar al Campo Real, tocando al arma : alboroto , que obligò à Gutierrez de la Peña à disponer sus Tropas à aquella hora, y mantenerse en forma de batalla, hasta que al rayar el Alva empezò à marchar, determinado à presentar la batalla al Enemigo ; pero conociendo su determinacion los Marañones , se fueron retirando para su alojamiento con buen orden , hasta que amparados de vn matorral espeso , que hallaron en el camino , (donde no podian llegar los cavallos , por el embarazo de vnas barrancas que tenia por delante) hizieron alto, bolviendo la frente à defenderse.

Lope de Aguirre noticioso de el aprieto en que quedaban los suyos , montando en vn cavallo morcillo que tenia , partiò con el resto de su gente à socorrerlos , y ani-

animados con ſu llegada, hizieron demoſtracion de querer acometer à nueſtro Campo; pero reconocien lo Gutierrez de la Peña, que mientras el Enemigo eſtuvieſſe amparado de aquel titio, gozaba de conocida ventaja para el combate, empezò à retirarſe, eſcuſando por ſu parte la refriega; y empeñado Aguirre en ſeguirlo, diò lugar para que vna Manga de Cavalleria de nueſtra parte ocupaſſe los matorrales, para que no pudieſſe bolver à aprovecharſe de ſu abrigo: eſtratagema, que conocida por Aguirre, aunque tarde, procurò remediarla, poniendo ſu gente en orden para atacar la batalla, con la prevencion de ſeparar cinquenta Arcabuzeros que eſtuvieſſen promptos para ocurrir à la neceſsidad del mayor aprieto; pero aunque con repetidas cargas continuaron en diſparar ſu arcabuzeria, tirando de mampueſto à diſtancia muy corta, fue coſa muy particular, y reparable, que ſin hazer daño alguno ſe quedaban las balas aplanadas ſobre los ſayos de armas, y piel de los cavallos; quando con ſolos cinco arcabuzes que avia en el Campo Real mal prevenidos, à los primeros tiros quedaron heridos algunos Marañones, y muerto el cavallo morcillo del tyrano, de que recibiò tal ſentimiento, que bramando con la colera, baldonaba à ſus Soldados, diziendoles ſe avergonzaſſen de que vnos baqueros, con zamarras de ovejas, le huvieſſen muerto el cavallo, y heridole ſu gente, ſin que ellos tuvieſſen habilidad para derribar à alguno.

Andaba à la ſazon eſcaramuzeando en vna yegua à viſta de los nueſtros Diego Tirado, Capitan de Cavallos de el tyrano, y vno de ſus mas amigos, y pareciendole buena ocaſion aquella para mejorar partido, dando vna arremetida algo mas larga, ſe paſsò al Campo Real, y queriendo à ſu imitacion hazer lo miſmo Franciſco Cavallero, anduvo tan deſgraciado, que haziendole piernas al cavallo para ſeguir à Tirado, ſe le cortò de ſuerte, que no baſtò ſu diligencia para hazerle dar vn paſſo; teniendo lugar Aguirre para bolverlo à incorporar entre los ſuyos, y conocer por eſtas demoſtraciones lo poco que podia fiar en la ſimulada lealtad de ſus Soldados, pues ſe veìa yà deſamparar haſta de los mas amigos, y aſsi, no teniendoſe por ſeguro en la campaña, ſe empezò à retirar con acceleracion, haſta encerrarſe en las cercas de ſu alojamiento, donde al ir entrando los Marañones, vno de ellos, llamado Gaſpar Diaz, de Nacion Portuguès, queriendo hazer oſtentacion de la fineza que le profeſſaba à Aguirre, hiriò con vna partezana à Franciſco Cavallero, el qual pretendiò paſſarſe al Campo Real, diciendo al executar el golpe, muera eſte traydor; pero como yà el tyrano no ſe hallaba en eſtado de perder vn hom-

bre

bre tal qual fuesse, no solo embarazò el que lo acabassen de matar, pero mostrando sentimiento de la accion de Gaspar Diaz, mandò curar à Cavallero, poniendo todo cuidado en su asistencia.

CAPITULO IX.

INTENTA AGUIRRE bolverse à la Borburata: desampàrenlo sus Marañones, passandose à el Campo Real, y muerto por orden de Paredes, le cortan la cabeza, y hazen quartos.

LUego que Aguirre se viò à su parecer assegurado en el fuertecillo, que le servia de quartel, no pudiendo olvidar el sentimiento de lo mal que avian obrado sus Soldados aquel dia, bolviò de nuevo à reprehenderlos su poca resolucion, llamandolos cobardes, y de animos mugeriles, pues teniendo en las armas ventajas tàn conocidas, se avian dexado vltrajar de sus contrarios, sin aver hecho en su desquite operacion que fuesse de importancia; y passando de vn extremo à otro su cruel animo, estuvo determinado à dar garrote à los que le parecia andaban con tibieza en su servicio, que reducidos à nomina para la execucion de el suplicio, passaban de cinquenta los proescriptos; pero comunicando su intencion con algunos de sus amigos, escandalizados de atrozidad tan enorme, lo huvieron de disuadir de tan iniquo dictamen, representandole podria ser que engañado con las apariencias del recelo quitasse la vida à algunos de los que le eran mas afectos, pues tenia reciente el exemplar de Diego Tirado, à quien siempre avia tenido por vno de sus mayores amigos, y en la ocasion lo avia experimentado el mas ingrato; y era factible que los que juzgaba remissos en su assistencia, en llegando la precisa fuessen los mas promptos à morir en su defensa, bastò el consejo para suspender las muertes, mas no para que dexasse de desarmarlos por assegurarse de la sospecha que avia formado contra ellos; y considerando que segun las dificultades que encontraba era imposible por aquel camino conseguir el viage que pretendia para el Perù, se resolviò à dar buelta à la Borburata, y embarcandose como pudiesse, buscar otra derrota que facilitasse mas el fin à que aspiraba su anhelo.

No ignoraba Gutierrez de la Peña estos designios por las noticias que le daban sus Espias de los descõsuelos en que fluctuaban las desconfianças de Aguirre, y procurando aumentarselos con estar siempre à la vista, tenia puestos de continuo quarenta cavallos sobre el alojamiento de el tyrano, para que observando sus movimientos, le embarazassen tambien

bien

bien la conducion de los viveres: diligencia, que executada con cuidado aprovechò de ſuerte, que reducidos los Marañones al extremo de vna neceſsidad apretada, deſpues de averſe valido de los perros, y cavallos para mitigar los rigores de la hambre que padecian, no pudiendo tolerar la falta de baſtimentos, empezaron à deſunirſe poco à poco, y conforme lograban la ocaſion de vno en vno, y dos en dos, ſe fueron muchos paſſando al Campo Real: contratiempo, que hiriendo en lo mas vivo de el ſentimiento de Aguirre, procurò remediarlo con mandar ſalir à la campaña vna Eſquadra compueſta de aquellos Soldados en quienes tenia aſſegurada la correſpondencia de ſu mayor confiança, para que con los arcabuzes hicieſſen deſviar los quarenta cavallos que avia puesto Gutierrez de la Peña en el aſſedio de ſu alojamiento, cuya aſsiſtencia, y teſon era el origen de ſu mayor aprieto.

Amparados de las paredes de vna Ermita (para reſguardarſe del choque de los cavallos) empezaró los Marañones à diſparar ſus arcabuzes à tiempo que divertido el Capitan Pedro Brabo, reprehendia la ligereza con que ſus Soldados infamaban de palabra à los contrarios, llamandoles traydores; y como vn meſtizo Marañon, llamado Juan de Lezcano, advirtieſſe eſte deſcuido, le metiò la puntería con golpe tan acertado, que dandole al cavallo por la frente, lo derribò muerto en tierra; de que gozoſſos los de Aguirre, por ſer el primer tiro que lograban, celebraron con repetidos aplauſos la nueva felizidad de aquel ſuceſſo; pero ſocorrido Pedro Brabo con otro cavallo por los ſuyos, parò la deſgracia ſolo en los amagos de el ſuſto, ſi bien, eſcarmentado de el peligro, tuvo por conveniente retirarſe vn poco con ſu gente à parte donde no perdieſſe de viſta el alojamiento de el tyrano, para eſtar inmediato à embarazar la tornabuelta, que pretendia Aguirre hazer à la Borburata, para embarcarſe otra vez: determinacion, que llegò à poner por obra, aviendo antes quitado las armas à todos aquellos de quienes tenia deſconfiança ſu temor; pero llegado el veinte y ſiete de Octubre, viſpera de los Apoſtoles San Simon, y Judas, que tenia Dios diputado para caſtigo de las maldades de Aguirre, y que en èl terminaſſen con ſu muerte las inſolencias de aquel monſtruo, diſpueſto yà todo para la partida, al empezar à marchar, ſentidos los deſarmados de la afrenta con que los trataba Aguirre, ſe eſcuſaron de ſeguirle, repreſentandole, que llevarlos de aquella ſuerte ſin defenſa era ſacrificarlos voluntariamente à ſus contrarios, pues hallandolos ſin armas no les quedaba que hazer para matarlos; ademàs, que era ſobrada mengua de vn Caudillo, que ſe preciaba de ya-

valeroso, bolver la espada al empeño, por no tener animo para hazer cara al peligro: palabras, que proferidas con aquella entereza, y desahogo à que obliga el justo escozor de vn sentimiento, fueron motivo para que Aguirre, recelando principios de algun motin en que peligrasse la obediencia à su respeto, tomasse por acuerdo bolverles à dàr las armas, pidiendoles perdon del yerro que avia cometido su ignorancia; y como algunos, sintiendose todavia agraviados del desayre, reusassen el admitirlas, llegò à tanto abatimiento la vileza de su cobarde altivez, que se humanò à rogarles con empeño le hiciessen el favor de recibirlas.

Con el alboroto, y confusion que ocasionaron estas alteraciones andaba todo rebuelto, y puesto en gran desorden el Campo del tyrano, quando con la noticia que tuvieron de su partida llegaron sobre el alojamiento Diego Garcia de Paredes, y Pedro Brabo con buena copia de gente de à cavallo, à cuya oposicion, procurando no se llevassen, como la vez passada, alguna gente de el servicio de los Marañones, que à la sazon estaba en el rio, despachò Aguirre à Juan Geronimo de Espinola con quince Arcabuzeros para que la defendiesse, haciendole alto hasta que bolviesse à recogerse al quartel; pero Espinola, y sus compañeros, luego que se vieron en franquìa, apresurando el passo, y diciendo en voces altas: Viva el Rey, Cavalleros, se passaron al Campo Real, incorporandose con la Tropa de Paredes: accidente, en que estrivò la total ruìna de el tyrano, porque los demàs Marañones que estaban fuera del alojamiento, animados con el exemplar de Espinola, no quisieron ser los vltimos en afiançar la seguridad de su partido, y à vista del mismo Aguirre, diciendo: Viva el Rey, que à servirlo venimos, se passaron à los nuestros: resolucion, que siguieron despues todos los otros, dexando al tyrano solo con Anton Llamoso, que aviendo jurado muchas vezes le seria fiel amigo en vida, y muerte, quiso cumplir su palabra, manteniendole lealtad en el lance mas adverso de su fortuna.

El Maestre de Campo entonces, viendose ya con la victoria en las manos, despachò aviso al Governador, para que marchando con el resto de la gente viniesse à coger el fruto de sus sobresaltos, y aflicciones, mientras Aguirre, conociendo la inconstancia de su contraria suerte, vacilaba confuso con el temor de el desastrado fin à que lo avia precipitado su rebelion, y tyranìa; y advirtiendo que solo le acompañaba Anton Llamoso, descaido de animo, y con la voz turbada, le dixo: que por

què no iba tambien à gozar de los perdones de el Rey; à que le reſpondiò, conſtante en ſu amiſtad, queria, muriendo à ſu lado, cumplir lo que le tenia ofrecido; y ſin replicarle el tyrano otra palabra ſe entrò para vn apoſento, donde eſtaba vna hija ſuya; que avia traìdo de el Perù, acompañada de otra muger, natural de Molina de Aragon, à quien llamaban la Torralva, y poſſeìdo de el demonio, queriendo cerrar el numero de ſus crueldades con la mas atroz, que pudo caber en la extolidèz de vna fiera, calada la cuerda à ſu arcabuz, la dixo, ſe encomendaſſe à Dios, porque la queria matar, para librarla de la afrenta de que la llamaſſen deſpues, hija de vn traydor; y aunque la Torralva, aſyda del arcabuz, pretendiò con ruegos diſuadirlo de maldad tã execrable, inflexible en la reſolucion de tan infame propoſito ſoltò de la mano el arcabuz, y ſacando la daga de la cinta la quitò la vida à puñaladas.

Cometida atrocidad tan enorme, bolviò à ſalir para àfuera à tiempo que ya la gente del Campo Real, apoderada de el alojamiento, entraba por laspuertas de la ſala, à cuya viſta turbado, y ſin aliento para nada, ſe arrimò como vn triſte à vna barbacoa, que eſtaba en vn rincon del apoſento, y viendolo de aquella forma vn Fulano de Ledeſma, Eſpadero del Tocuyo, bolviendo la cara à hablar con el Maeſtre de Campo, le dixo: Señor, aqui tengo rendido al tyrano; à que reſpondiò Aguirre: no me rindo yo à tan grandes bellacos como vos; y conociendo à Paredes por la inſignia de ſu puеſto, ſin poder ya articular bien la voz, por el deſmayo de ſu eſpiritu, le dixo: Señor Maeſtre de Campo, ſuplico à vueſſa merced, que pues es Cavallero dè tiempo para oìrme, porque tengo negocios que comunicar muy de importancia al ſervicio del Rey; y como Paredes ſe inclinaſſe à condeſcender con la ſuplica, ſuſpendiendò la execucion de ſu muerte haſta que llegaſſe el Governador, receloſos los Marañones del peligro que les amenazaba ſi Aguirre deſcubria las maldades que todos avian obrado en la jornada, le perſuadieron con inſtancia, no malograſſe con la dilacion el tiempo, quando podia de vna vez aſſegurar la victoria con la muerte de aquel hombre; y pareciendole bien eſte conſejo, diò permiſſo à los miſmos Marañones para que lo mataſſen luego.

Entonces Juan de Chaves, y Chriſtobal Galindo, encarandole las arcabuzes, ſe los diſpararon à los pechos, aunque Chaves, cogiendolo al ſoslayo, errò el golpe, y diò en vn brazo con la bala: defecto, que conociò Aguirre deſde que calò la cuerda, pues al obſervar la forma con que hazia la punteria, dixo, mal

tiro;

tiro; pero al disparar Galindo, que le partiò el corazon, diciendo, este si que es bueno, cayò muerto en tierra; y otro de los Marañones, llamado Custodio Hernandez, le cortò luego la cabeza, y cogiendola por los cabellos (que los tenia bien largos) saliò con ella en la mano à recibir al Governador, mientras el Maestre de Campo Diego Garcia de Paredes, tremoleando sobre las almenas de la cerca las vencidas vanderas de el tyrano, publicaba con alegres demonstraciones la victoria, aunque el Governador Pablo Collado, mostrando sentimiento de que huviessen muerto à Aguirre sin su orden, recibiò con sequedad, y displicencia los aplausos; pero disimulando quanto pudo, por no tener ya remedio, mandò hazer quartos el cadaver, y ponerlo en los caminos; la cabeza, por memoria, diò à la gente que vino de el Tocuyo, donde puesta en vna jaula de hierro permaneciò muchos años en el rollo de la plaza; la mano izquierda tocò à los vecinos de Valencia; y la derecha entregò al Capitan Pedro Brabo, para que llevasse à Merida; pero despues vnos, y otros, considerando *la inutilidad* de tan infames alhajas, se las dieron à los perros, por librarse de la molestia que causaban al olfato.

El General Gutierrez de la Peña hizo prenda de las vanderas de el tyrano, alegando ser despojo perteneciente à su puesto, segun la disposicion de las leyes de Milicia, y las tuvo despues su estimation en tan singular aprecio, que configuiò facultad de el Rey Phelipe Segundo para poderlas añadir por blason al escudo de sus Armas, como las vsan oy sus descendientes: merced, que junta con el titulo que se le diò de Mariscal de esta Provincia, y de Regidor perpetuo de todas las Ciudades que la componen, fue premio en que quedò vinculada à la posteridad la memoria de lo que mereciò en el agrado Real este servicio.

Assi acabò la temeraria tyrania de Lope de Aguirre, cuya rebelion, segun los aparatos con que empezò en los principios, tuvo puestas en cuidado todas las Provincias de America; pero desecha, como hemos visto, mas à industrias de la maña, que à poderes de la fuerça, celebraron con aplauso las demàs la gloria que configuiò Venezuela. En la Villa de Oñate, de la Provincia de Guipuzcoa, tuvo Aguirre su indigno nacimiento, para deslustrar con sus obras la lealtad antigua de Nacion tan noble, y aunque hijo de padres de mediano estado, debiò à la naturaleza el ser hidalgo; su persona fue siempre à la vista despreciable, por ser mal encarado, muy pequeño de cuerpo, flaco de carnes,

nes, grande hablador, bullicioso, y charlatan; en compañia ninguno mas temerario, ni solò mas cobarde; de animo siempre inquieto, amigo de sediciones, y alborotos; y assi, en mas de veinte años que vivió en el Perù, aunque su exercicio era domar potros, y hazer cavallos, no huvo levantamiento, ni motin en que no tuviesse prenda, y en el de Don Sebastian de Castilla, quando en las Charcas mataron al General Pedro Alfonso de Inojosa, fue de los mas culpados, y como tal, condenado à muerte por el Mariscal Alonso de Alvarado, aunque su diligencia en esconderse frustrò la execucion de su castigo, y para conseguir despues perdon de este delito se alistò por Soldado en el Campo Real, que formò la Audiencia de Lima contra Francisco Hernandez Girón, y entonces fue quando en el Valle de Cochabamba lo hirieron en vna pierna, de que quedò siempre lisiado; fue de natural tan reboltoso, y tremendo, que por sus alborotos estuvo desterrado por Justicia de las mas Ciudades de el Perù, y en la del Cuzco llegò à láçe, que se vido en terminos de morir ahorcado, siendo conocido en todas partes por el nombre de Aguirre el loco, hasta que saliendo con Vrsua à la Conquista de los Omeguas formò su rebelion, para que à costa de tanta sangre como derramò inhumano, quedasse eterna la memoria de su barbara impiedad, acreditandose de fiera entre los hombres.

CAPITULO X.

PIDE FAXARDO SOcorro al Governador: embia este à Luis de Narvaez con cien hombres, y mueren todos en el camino à manos de los Arbacos.

VAnaglorioso el Cacique Guaycaypuro de aver logrado tan à gusto la muerte de Juan Rodriguez, y empeñado Terepayma en llevar adelante la traycion en que lo avia metido su deslealtad, trataron de conmover todas las demàs Naciones de la Provincia de Caracas, para que haciendo causa comun los intereses de su fin particular, diessen armados sobre los Pueblos de San Francisco, y el Collado, concurriendo cada vna por su parte à la restauracion de la libertad, que imaginaban perdida; pero corriendo entre muchos la solicitud de esta conjura, no pudo ser tan secreta, que no llegasse à penetrarla Francisco Faxardo, que de buelta de la Margarita se hallaba ya en el Pueblo de San Francisco; y aunque, valiendose de los medios de su natural agrado, procurò sossegar la alteracion que conocia en los Caciques, vien-

viendo que nada bastaba para aquietarlos, pues crecian por instantes los movimientos que recelaba en los Indios, determinò dar cuenta al Governador del aprieto en que se hallaba, para que procurasse quanto antes socorrerlo con la gente que pudiesse; para cuya diligencia se valiò de vn Juan Alonso, vecino del Collado, hombre practico, y de resolucion para qualquier empeño, à quien despachò en vna Pyragua al Puerto de la Borburata, para que passando al Tocuyo, informasse al Governador el estado en que quedaba, esperando por horas el general levantamiento de los Indios.

Estaba en Barquisimeto Pablo Collado quando llegò Juan Alonso, (que fue pocos dias despues de la muerte del tyrano) y enterado del peligro que amenazaba à Faxardo, alistò con brevedad cien hombres para embiarle de socorro, los mas de ellos de los Marañones, que avian quedado desperdigados con el desbarato de Aguirre; y para que à la conducta de vn experimentado Capitan se efectuasse mejor la diligencia, pretendiò recomendarla al Maestre de Campo Diego Garcia de Paredes; pero como los muchos servicios de aquel Cavallero avia dias que clamaban por la solicitacion del premio, con el motivo de passar personalmente à la Corte à pretenderlo, se embarcò para Castilla (en compañia de Gutierrez de la Peña) sin admitir el encargo que le hazia el Governador: causa, para que Collado, por abreviar quanto antes el socorro, nombrasse en su lugar por Capitan para la conduccion de aquella gente à Luis de Narbaez, hombre noble, natural de la Ciudad de Antequera en la Andalucia, que à la sazon era Alguacil Mayor del Tocuyo; quien prevenido de todo lo necessario, con bastante carruage, y sobrado numero de gente de servicio, salió de Barquisimeto por principios de Enero de el año de sesenta y dos; pero con tanto descuido, y tan mala forma en la disposicion de su marcha, que llegando à encumbrar la loma de Terepayma, donde muriò Juan Rodriguez, siendo la parte donde necessitaba de mayor vigilancia su recato, por ser el centro de la Nacion Arbaca, caminaba por ella tan confiado, que por librarse de el peso de las armas las llevaban liadas los Soldados sobre las bestias del vagage: desorden, que conocido por los Indios Meregotos (que de las sabanas de Guaracarima, y orillas del rio de Aragua, donde tenian su habitacion, avian subido à la Serrania, llamados por los Arbacos para cooperar à su defensa) queriendo llevarse la gloria de que se debiesse à su socorro el vencimiento, ocuparon con sus Esquadras el alto, que oy llaman las Mostazas, y adornados de divisas,

Año de 1562.

viſas, y penachos, eſperaron à que llegaſſe Narbaez; quien al vèr ocupado el paſſo con aquella multitud, dexandoſe llevar de la templança, quando la ocaſion pedia vna reſolucion arrojada, ſe puſo muy de eſpacio à requerirles con la paz, proteſtandoles corrieſſen por ſu quenta los daños que ocaſionaſſe la guerra, de cuyo requerimiento, haciendo irriſion los Indios con algararas, y gritos, remitieron à las armas la reſpueſta; y valiendoſe à vn tiempo de flechas, y de macanas contra los deſprevenidos Eſpañoles, los puſieron en tan deſordenada confuſion, que aunque Narbaez, como hombre de valor, procurò entonces enmendar con ſu eſfuerço los yerros de ſu deſcuido, fue à tiempo que ya no tuvo remedio ſu reparo, pues herido de muerte à los primeros encuentros, y atraveſado por mil partes à flechazos, cayò del cavallo en tierra, donde atropellado de los Indios perdiò laſtimoſamente la vida, en caſtigo de ſu poca prevencion.

A eſte tiempo los Arbacos, que haſta alli avian eſtado à la mira de lo que obraban las Tropas auxiliares de los Meregotos, viendo el desbarato en que ſe hallaban los nueſtros, desfilando ſus Eſquadrones para tener tambien prenda en la victoria, atacaron por ſu parte la batalla, y como nueſtra gente, turbada con el deſaliento que le causò la muerte de Narbaez, no pudieſſe reſiſtir la fuerça de tanto barbaro, diò lugar con ſu deſmayo para que aquella canalla embrabecida executaſſe ſin piedad los rigores de ſu ſaña, pues llevandoſe quanto encontraban por delante al filo de las macanas, hicieron eſtrago tan lamentable en aquellos miſerables Eſpañoles, que ſin perdonar vida, ni aun de la gente de ſervicio, los paſſaron todos à cuchillo, quedando ſolo, para teſtigos de aquella triſte tragedia, Juan Serrano, Pedro Garcia Camacho, y Franciſco Freyre, que entre la confuſion de tanta muerte tuvieron lugar para eſcaparſe, y metiendoſe por los montes, al cabo de cinco dias fueron à ſalir los dos primeros al Pueblo de San Franciſco, donde eſtaba Faxardo eſperando por inſtantes el ſocorro; pero enterado con la noticia que le dieron de la deſgraciada muerte de Narbaez, y general deſtrozo de ſu Campo, perdiò en el todo la eſperança de poderſe mantener contra la opugnacion de vn enemigo victorioſo; y conſiderando, que divididas en San Franciſco, y el Collado las pocas fuerças que tenia, era exponer ambos Pueblos al evidente rieſgo de ſu ruina, tuvo por mas evidente abandonar voluntariamente el vno, que no perderlos entrambos; y antes que los Indios, en profecucion de la victoria, vinieſſen à ſitiarlo, deſpoblò el de San Franciſco, retirandoſe con

toda

toda la gente vnida à fortalecerse en el Collado.

El otro Soldado Francisco Freyre, huyendo con la turbacion de aquel conflicto, acertò à coger el mismo camino por donde avian venido, y bolvia para Valencia; pero como à poco tiempo de su fuga encontrasse con algunas Tropas de Indios, que le tenian cogido el passo, con el deseo de salvar la vida, sin reparar en la temeridad que executaba su miedo, se arrojò de vn precipicio tan pendiente, que oy causa horror el mirarlo, dexando perpetuada la memoria de su desesperacion en aquel sitio, pues es comunmente llamado el Salto de Freyre, aunque corrupto por la vulgaridad el bocablo, lo llaman todos ya, el Salto del Frayle; pero anduvo tan afortunado en la caìda, que con ser bien grande la distancia que ay desde la eminencia al Valle, no recibiò otra lesion, que quedar algun tiempo sin sentido, hasta que buelto en sì, y recobrado del susto, pudo, caminãdo por vna quebrada abaxo, salir (aunque con alguna penalidad) à las orillas de el Tuy, donde tuvo otro contratiempo su desgracia, pues encontrandose con vnos Indios Meregotos, que iban para la Serranìa, se hallò metido en lance de mayor aprieto; y no ocurriendole otro remedio por entonces, que valerse de la humildad, y sumission para escapar la vida, hincandose de rodillas, con lagrimas, y exclamaciones les empezò à pedir, no lo matassen, pensando moverlos à piedad con sus plegarias; pero como la misericordia sea virtud poco conocida entre estos barbaros, no haciendo mucho caso de sus ruegos, le tiraron algunos golpes de macana: chança, que teniendola el Freyre por pesada, pareciòle mejor mudar de medio, y metiendo mano à vna mala espadilla que llevaba, embistiò con los Indios con tan valiente brio, que à pocos lances dexò heridos tres, ò quatro de los que mas le molestaban, y temerosos los demàs, tuvieron por partido mas seguro dexarle el passo franco, y retirarse, dandole lugar, para que sin otro accidente, al cabo de algunos dias llegasse à Barquisimeto, con la noticia del infelìz sucesso de Narbaez, para contristacion general de la Provincia, atribuyendo todos la desgracia de aquella infausta jornada à castigo conocido de la Justicia Divina, para que pereciendo con tan desastrado fin los Matañones, sirviesse de escarmiento tan merecido premio à sus maldades.

******
*****
***
*

CAPI-

CAPITULO XI.

EMBIA LA AUDIENcia al Licenciado Bernaldes à averiguar los excessos de Collado: remitelo preso à España, y queda governando en su lugar: sitia Guaycaypuro el Collado, y Faxardo lo desampara.

DEspues que el Governador Pablo Collado, con la muerte del tyrano Aguirre, se hallò libre de las aflicciones en que lo tuvo puesto su espiritu apocado, ò fuesse porque la felicidad de aquel sucesso le infundiò con desvanecimiento alguna soberbia mal fundada, ò porque sentido de las mortificaciones, que por entonces tolerò en el desprecio con que le trataban sus subditos, quisiesse con la mano de Superior dar satisfaccion à su despique, empezò à vsar con los vecinos tales sequedades, y asperezas, que estrañando la novedad, à que no estaban acostumbrados, por ser muy diferentes las atenciones que antes experimentaban en la docilidad de su natural afable, se le fueron originando emulos, y declarando quexosos; y passando adelante las destemplanças de Collado, se vieron obligados à recurrir à la Audiencia de Santo Domingo à representar sus agravios à la sombra de algunos cargos, y capitulos, que le formò el desafecto, sobre la mala disposicion de su govierno, que aunque en la realidad eran de poca substancia, y no estaban del todo comprobados, fueron bastantes para que la Audiencia tomasse resolucion de embiar, para que los averiguasse, al Licenciado Bernaldes, de profesion Letrado, à quien llamaban comunmente, Ojo de Plata, por vno que traìa de este metal, para llenar el hueco de otro que le faltaba; y llegado al Tocuyo por Agosto de el año de sesenta y dos, como quiera que en la comission que se le diò traìa la clausula ordinaria, de que hallando culpado al reo lo remitiesse preso à España, resumiendo en sì el govierno, fue preciso se dispusiessen las cosas de calidad, que no quedasse la clausula infructuosa; y assi, à poca diligencia de los Capitulantes, dando por probados los delitos que le imputaban, declarò à Collado por suspenso del govierno, y adjudicandose el Baston lo remitiò preso à España.

En tanto que esto passaba en el Tocuyo, estaba Faxardo en el Collado sin dexar las armas de la mano, por los continuos apretos en que lo ponian los Indios, que sobervios con la rota de Narbaez, y despoblacion de San Francisco, à instancias de Guaycaypuro avian hecho empeño de no dexar Español en la Provincia,

cia, à cuyo general movimiento pudo reſiſtir Faxardo algunos dias, ayudado de Guaycamacuto, y demàs Caciques de la Coſta, que firmes en ſu amiſtad no avian querido meter prenda en la conjura; pero pudo tanto la aſtucia de Guaycaypuro, que valiendoſe de la triaca para introducir el veneno, diſpuſo la perdicion de Faxardo por los medios en que aſſeguraba ſu mayor confiança, pues pervirtiendo al Cacique Guaycamacuto con moleſtas perſuaſiones, lo reduxo à que faltaſſe à la fidelidad al mejor tiempo; y arrimandoſe à la parte de la liga, ſin que Faxardo lo entendieſſe, tuvo lugar para con el ſeguro de amiſtad diſponer à ſu ſalvo la traycion. Tenian los Eſpañoles fabricado dentro de el Pueblo vn fuerte de madera, à cuya ſombra mantenian con valor ſu reſiſtencia, ſin que los Indios pudieſſen lograr ventaja en los aſſaltos; y diſcurriendo forma Guaycaypuro para ſacarlos à pelear fuera de aquel abrigo, en que conſiſtia toda ſu defenſa, retirò todas ſus Tropas, dando à entender con diſsimulo, que no queria ya guerra con Faxardo, y dexando paſſar algunos dias, amaneciò vna mañana con ſu gente à viſta de la Poblacion de Guaycamacuto, (diſpoſicion, que tenian con gran ſecreto, por lamentada entre los dos) fingiendo venia à moverle guerra, por la amiſtad que profeſſaba con Faxardo.

Diſtaba la Poblacion vna legua, con poca diferencia, de el Collado, y afectando el Guaycamacuto mil temores (dexando antes diſpueſta en el camino vna emboſcada) partiò luego en buſca de Faxardo, y con quanta ſimulacion ſupo formar ſu malicia, le dixo: por aver ſido tu amigo me vienen à deſtruir los Indios Teques, veslos alli eſtan ſobre mi Pueblo, con ànimo de talar mis ſementeras, y poner fuego à mis caſas, pues yo te he ayudado para defenderte de ellos, ayudame aora con tu gente para librarme del daño, que por tu amiſtad me viene.

Pareciòle à Faxardo tenia razon en lo que pedia el Cacique, y reſuelto à favorecerlo con empeño, lo deſpidiò, encargandole tuvieſſe ſu gente prevenida para quando llegaſſe Juan Jorge de Quiñones, à quien con treinta Infantes, y tres hombres de à cavallo embiaria luego en ſu ſocorro.

No deſeaba el barbaro otra coſa, y buelto à ſu Pueblo con preſteza, reforçò la emboſcada, que avia dexado diſpueſta en el camino, nombrando por Cabo de ella à vn Indio valeroſo, llamado Pararian, y èl con otra conſiderable porcion de Indios ſe emboſcò mas adelante, quedando ſobreſaliente Guaycaypuro para embeſtir con ſus Teques en llegando la ocaſion. Bien agena de prevencion tan traydora

saliò Juan Jorge con su gente de el Collado; y aunque al entrar en la montaña reconociò al instante (como practico) el engaño que encubria, solo sirviò su advertencia de que no lo cogiessen descuidado, pues sin tener tiempo para mas que mandar cargar los arcabuzes con dos balas, se hallò acometido por todas partes de innumerable multitud de flechas; à que correspondieron sus Soldados con tal brio, que travandose fuertemente la batalla, se llenò en breve de horror, y sangre la montaña; pero como los Indios eran muchos (pues passaban de cinco mil los Combatientes) fue preciso que los nuestros, para poder defenderse, dexando las armas de fuego echassen mano à las espadas, que convertidas en rayos corrian por las gargantas de aquella canalla infiel, mientras Juan Jorge con los tres compañeros de à cavallo, haciendo prodigios con las lanças, procuraba atropellar las enemigas Esquadras; pero para què tin arresto tan superior? si por cada Indio que moria substituian ciento en su lugar, quando los nuestros, rendidos con la fatiga, y cansancio de mas de tres horas de pelea, necesitaban ya de todas las enfanchas de el valor para poder mantenerse.

En este estado se hallaban aquellos treinta y tres Españoles quando reforçados los espiritus à persuasiones de Juan Jorge, bolvieron con mas esfuerço à renovar la pelea, por vèr si à fuerça de brazos podian salir à la playa, que era la vnica esperança que tenian para lograr con alguna seguridad la retirada, cogiendo por abrigo la reventazon de el Mar para guardar los costados: diligencia, que conseguida con trabajo, sirviò solo para mayor tormento, porque cargando de refresco Guaycaypuro, al vèr que se escapaban los nuestros, se encendiò de ambas partes con mas desesperacion la refriega; y como en el fervor mas ardiente de el combate descubriesse Juan Jorge à Pararian, que con vna guayca en la mano animaba los suyos al vencimiento, queriendo humillar su altivèz con el castigo, hizo piernas al cavallo para atravesarlo con la lança; pero anduvo tan desgraciado, que tropezando el cavallo en vnas piedras, cayò con èl en el suelo, donde, sin poderlo remediar, logrò el Pararian la ocasion de su vengança, pues le quitò la vida atravesandole el vientre con la guayca: desgracia, que huviera sido la ruina de los demas, si à este tiempo no llegàra Faxardo, que noticioso del aprieto en que se hallaban los suyos, salìo de el Collado con el resto de la gente à socorrerlos, à cuya sombra pudieron conseguir la retirada, hasta ampararse del fuerte que tenian hecho en el Pueblo; si bien no fue con tan poca pèrdida, que no costasse la vida à

once

once Soldados, y el quedar bien heridos los demàs.

No se diò por satisfecha aun todavia la sobervia altivèz de Guaycaypuro con aver logrado tan à su gusto la traycion en que metiò à Guaycamacuto, y haciendo nuevas levas, assi de sus vassallos, como de las demàs Naciones de la liga, para reclutar sus Tropas, por aver perdido en la batalla mas de setecientos Gandules, las aumentò al numero de siete mil Combatientes, y con ellos, resuelto à no desistir de la empressa hasta alcançar por entero la victoria, puso sitio regular sobre el Collado, reduciendolo à tan rigoroso assedio, que desesperado Faxardo de poderse mantener, hallandose falto de bastimentos, y sin esperança alguna de socorro, antes que la necessidad llegasse à extremo que se imposibilitasse el remedio determinò desamparar el Pueblo, y retirarse, por no ser sus fuerças suficientes para resistir tan formidable potencia como la que avia convocado Guaycaypuro, y embarcando su gente en algunas Pyraguas, y Canoas, que tenia surtas en el Puerto, vnos se fueron para la Borburata, y èl con los mas se retirò à la Margarita; pero antes de executarlo, como tenia atravesado en el corazon el sentimiento de vèr malogrados sus afanes, con la intencion de reforçarse quanto antes para bolver à restaurar lo perdido, y tomar vengança de las trayciones con que lo tenia ofendido Guaycaypuro, obligò à que con juramento le prometiessen sus Soldados le acompañarian en qualquier tiempo que intentasse bolver à conquistar la Provincia.

CAPITULO XII.

MATAN LOS INDIOS de Caracas à Diego Garcia de Paredes: viene por Governador Don Alonso Mançanedo, y por su muerte buelve à governar el Licenciado Bernaldes.

EMbarcados para Castilla (como referimos en el Capitulo decimo de este Libro) el General Gutierrez de la Peña, y el Maestre de Campo Diego Garcia de Paredes, con felicidad, y viage prospero llegaron à la Corte; y como los grandes servicios de vno, y otro eran notorios, necessitaron de muy poco favor para ser bien atendidos, pues à corta diligencia lograron la fortuna de quedar premiados, honrando su Magestad à Gutierrez de la Peña con el titulo de Mariscal de esta Provincia, y de Regidor perpetuo de todas las Ciudades que la componen, con otras mercedes particulares, que aunque no fueron de tanta hojarasca en la apariencia, fueron de mas vtili-

dad

dad en la ſubſtancia; y à Diego Garcia de Paredes con el Govierno, y Capitania General de la Provincia de Popayan.

Conſeguidos tan favorables deſpachos, bolvieron à ſalir juntos de Eſpaña, embarcandoſe por principios de el año de ſeſenta y
1563. tres en vn Navio que venìa para la Borburata, y navegando con felicidad para la America, quiſo la adverſa ſuerte (para que tuvieſſe cabimiento la deſgracia) que al reconocer la tierra recalaſſe la Embarcacion ſobre el Puerto de Catia, tres leguas à ſotavento de el parage donde eſtuvo fundada la Poblacion de el Collado; y acordandoſe Diego Garcia de Paredes de que al tiempo que ſe partiò para Eſpaña avia ſalido de el Tocuyo, con el ſocorro que venia para Faxardo, Luis de Narbaez, con quien profeſsò ſiempre vna amiſtad muy eſtrecha, ignorante de ſu muerte, y lo demàs ſucedido con el general levantamiento de los Indios, mandò ancorar el Navio, para lograr de paſſo la ocaſion de adquirir noticias de el amigo.

Era Cacique de aquel Valle vn Indio llamado Guanaugura, acerrimo enemigo de la Nacion Eſpañola, y como tal de los que mas ayudaron à Guaycaypuro para lançar à Faxardo, y viendo ſurta la Embarcacion en ſu miſmo Puerto, machinò luego vna traycion ſu alevosìa, pues emboſcando docientos Indios de los mas valeroſos de ſu Pueblo en los arcabucos mas cercanos, empezò deſde la playa à llamar la gente de el Navio, tremoleando al ayre vna vandera blanca, à cuya ſeña engañado Diego Garcia de Paredes, con la preſumpcion de que ſin duda eſtaba alli Narbaez, ò algunos de ſus Soldados, mandò echar la lancha al agua, y acompañado ſolamente de quatro Cavalleros Eſtremeños, que traìa conſigo, y ſeis Marineros para el remo, ſaltò en tierra, donde recibido de el Cacique con quanto agaſſajo pudo afectar el fingimiento, tuvo lugar para preguntarle luego por Narbaez; y el barbaro, para aſſegurar ſu intento, y tener mas comoda oportunidad para lograrlo, le reſpondiò con engaño, diciendole, eſtaba en el Pueblo de San Franciſco, y que ſi guſtaba embiaria vn Indio à aviſarle, para que vinieſſe à verle, ſirviendoſe en el interin de ſubir à la Poblacion à divertirſe, pues ſiendo tan corta la diſtancia, ſerìa muy poco el tiempo que tardaria la reſpueſta.

Creyòlo Paredes confiado, y aceptò el combite inadvertido; mas apenas avia llegado à las caſas quando entre la eſplendidèz de vn ſumptuoſo banquete, que le tenian prevenido, conociò en la turbacion de los Indios que le aſsiſtian la malicia que ocultaba la vrbanidad del feſtejo, y comunicando ſu ſoſpecha à los demàs compañeros, tratò de retirarſe à

la

la playa para bolverse à embarcar; pero los otros, como poco practicos en las cosas de las Indias, atribuyeron à temeridad la desconfiança de Paredes, obligandolo à que sin hazer caso de lo mismo que temia, atropellasse imprudentemente los riesgos que imaginaba, pues divertidos todos entre los regocijos del combite, dieron lugar à los Indios, para que saliendo de la emboscada embistiessen con ellos, cogiendolos descuidados; y aunque Paredes, con aquel antiguo ardimiento de su valor acostumbrado, animando à los compañeros echò el resto de la desesperacion para buscar la defensa, (pues segun refiere Fray Pedro Simon matò mas de ochenta por sus manos) como los enemigos eran muchos nada bastò, para que todos dexassen de pagar con las vidas la necedad de su confiança inadvertida, pues solo pudo escapar vn Marinero, que aunque seguido de los Indios, y herido con algunos flechazos, tuvo la fortuna de llegar à la playa, y echandose à nado coger el batèl, que los estaba esperando sobre remos, para que bolviendo al Navio refiriesse, como testigo de vista, las circunstancias de aquella desgracia lamentable, que fue para los compañeros mas sensible, quando poco despues de sucedida alcançaron à vèr, que los Indios en la playa, ò por vengança, ò por escarnio, empalando aquellos robles cadaveres, y suspendiendolos en alto, tenian por entretenimiento hazerlos blanco de sus crueles flechas; pero no pudiendo por entonces remediarlo, se hizieron à la vela, por librarse de la mortificacion de vèr con sus mismos ojos los actos tan lamentables de aquella triste tragedia.

Fr. Ped. Simon, not. 7 cap. 1.

De esta manera acabò el Governador Diego Garcia de Paredes, cuyas hazañas en las Indias siempre lo acreditaron por grande, pues se preciò en todas ocasiones de tan hijo en el valor, como en la sangre, de aquel celebre Español de su proprio nombre, cuyos arrestos fueron assombro de Italia. En la Ciudad de Truxillo de la noble Estremadura, tuvo su nacimiento, è inclinado desde su tierna edad al exercicio de la guerra, dexò la Milicia de la Europa, en que pudiera con las singulares ocurrencias de aquel siglo aver acrecentado à menos riesgo su fortuna, por seguir à los Pizarros, como parientes, y amigos, en las Conquistas de America, donde, porque no peligrasse su lealtad, abandonò las conveniencias, que en el Perù le avian grangeado sus meritos, pues viendo à Gonçalo Pizarro embuelto en aquellas vulgares aclamaciones de defensor de la Patria, que despues lo precipitaron à su ruina, recelò las contingencias à que podia quedar expuesta su opinion con las inquietudes del Paysano; y menospre-

ciando los premios à que eran acreedores ſus ſervicios, ſe paſsò anticipadamente al nuevo Reyno, y de alli à eſta Provincia, donde conquiſtados los Indios Cuicas, dexò vinculada la memoria de ſu Patria con la fundacion de la nueva Truxillo. En el desbarato del tyrano Aguirre tuvo la mayor parte ſu aſsiſtencia, y quando franca la Real mano empezaba à comunicarle ſus favores, atajò la muerte los paſſos à ſu dicha con el accidente infelìz de vna deſgracia.

Pocos dias deſpues de ſucedida la muerte de Diego Garcia de Paredes llegò à Coro Don Alonſo de Mançanedo, proveìdo por el Rey en el Govierno, y Capitanìa General de la Provincia en lugar del Licenciado Pablo Collado; y aviendo abierto el juizio de reſidencia contra el Licenciado Bernaldes, ſu anteceſſor, como quiera que la afabilidad de ſu natural corteſano le tenia adquirida la dicha de bien quiſto en el cortò tiempo que le durò el empleo, huvo meneſter muy poco para quedar con lucimiento, pues declarado por libre con vna ſentencia muy honroſa, cargado de eſtimaciones ſe bolviò à la Isla Eſpañola, donde eſtaba avecindado, à gozar con quietud del retiro de ſu caſa; pero como la experiencia de ſu obrar tenia acreditado ſu talento, dentro de breves dias fue preciſo le buſcaſſen otra vez con mas empeño las honras; porque ſiendo el Don Alonſo de Mançanedo hombre de crecida edad, y de ſalud muy quebrada, con la mudança del temperamento, y fatiga de los cuidados ſe le fueron acrecentando los achaques de ſuerte, que poſtrandoſe luego en vna cama, muriò por Febrero del año de ſeſenta y quatro, dexando el govierno à los Alcaldes, en virtud de lo determinado por la Cedula que conſiguiò Sancho Brizeño; pero noticioſa la Audiencia de la muerte de Mançanedo, à pedimento de todas las Ciudades de la Provincia bolviò à nombrar por Governador interino al Licenciado Bernaldes, que agradecido à la buena voluntad que conocia en los vezinos, ſe embarcò guſtoſo para Coro, donde los aplauſos de ſu recibimiento fueron la mas calificada aprobacion de ſu obrar antecedente. 1564

CAPITULO XIII.

BUELVE FAXARDO à intentar la Conquiſta de Caracas: prendelo con engaño Alonſo Cobos, y alevoſamente le quita la vida: entra el Governador Bernaldes haſta Guaracarima, y ſin paſſar adelante ſe retira.

NO fueron baſtantes los repetidos contratiempos de Faxardo, ni el averſe viſto obligado

do

do por dos vezes à desamparar la Provincia de Caracas, para que perdiesse el animo, ni desmayasse en aquel firme proposito, que siempre tuvo de conseguir su conquista; y assi desde el instante que llegò à la Margarita, despues de despoblado el Collado, empezò à tratar con mas empeño que antes de juntar fuerças, y buscar medios para bolver à restaurar lo perdido, y tomar satisfaccion de los agravios con que lo tenia ofendido la indomable altivèz de Guaycaypuro; y como con las expediciones anteriores avia yà adquirido credito, y grangeado singular estimacion para con todos, fuele facil, ayudado de los amigos, disponer con brevedad lo necessario para su tercer jornada; de suerte, que hallandose por principios del año de sesenta y quatro con ciento y treinta hombres, algunos cavallos, porcion de ganado bacuno, y cantidad considerable de armas, y municiones, fue despachando sus Soldados, y prevencion de pertrechos à tierra-firme, con orden para que le esperassen en el rio de Bordones, vna legua poco mas à Sotavento de Cumana, donde pensaba formar la massa de su Exercito; y quando le pareciò tiempo, por no tener yà que hazer, passò à incorporarse con su gente, para dàr principio à los movimientos de su marcha.

Era en la ocasion Justicia Mayor de Cumana Alonso Cobos, declarado enemigo de Faxardo; sin mas motivo, que la emulacion de verlo acreditado con la fama que le avian adquirido sus conquistas, y sabiendo que estaba en el rio de Bordones, assi por satisfacer los rencores de su embidia, como por parecerle, que quitado el embarazo de Faxardo podria con facilidad hazerse dueño de toda la prevencion de su armamento, y conquistando con èl la Provincia de Caracas apropriarse los aplausos, que sentia vèr en su emulo, machinò la mas enorme maldad, que pudo caber en pecho humano; pues resuelto à matar à Faxardo por el modo que pudiesse, se valiò de vna reconciliacion fingida, para formar vna traycion verdadera; y embiandole diferentes recados cortesanos con la en hora buena de su llegada, tratò por mano de vn Marcos Gomez, amigo de Faxardo, que passasse à verse con èl à Cumana, para que comunicandose personalmente los dos, quedasse mas assegurada la amistad; y aunque Faxardo à los principios (quizà por los latidos con que fiel le avisaba el corazon, no atreviendose à fiar de vna amistad reconciliada) procurò escusarse, tomando por pretexto la precisa aceleracion de su partida. Fueron tales las instancias, promessas, y precauciones con que assegurò Alonso Cobos la sinceridad de su buen trato, que obligado Faxardo à

tanto ruego, huvo de paſſar à Cumana guiado de ſu mala Eſtrella, para que lograſſe Cobos la maldad que tenia premeditada, pues recibiendolo en ſu caſa con apariencias de agrado, lo tuvo divertido en converſacion haſta la noche, què pareciendole à Faxardo era yà tiempo para bolverſe à Bordones, al tratar de deſpedirſe ſalieron de vn apoſento algunos criados, y amigos, que tenia Cobos prevenidos con vnos grillos para ponerle; y como Faxardo ſe defendieſſe à no dexarſe prender, le dixo Cobos: V. md. no ſe alborote, que todo eſto no es mas que vn cumplimiento para tapar la boca à algunas quexas; y no quiero que el Pueblo entienda, que porque ſomos amigos embarazo la juſticia; dexeſe V. md. prender, que dentro de vna hora eſtarà libre.

Engañado Faxardo con la ſimulacion traydora de aquellas falſas palabras, conſintiò en la priſion para ſu daño, pues luego que le puſieron los grillos, y le quitaron las armas, aun no teniendolo Cobos de aquella ſuerte por ſeguro, lo hizo meter en vn cepo, y ſin mas prueba, ni forma, que el atropellamiento de ſu paſsion vengativa, tomandole la confeſſion por ante vn Eſcrivano, llamado Hernando Lopez, aquella miſma noche le diò viſta de los cargos para que ſe defendieſſe, con termino de media hora, atribuyendole por delitos lo que la eſtimacion comun (y con razon) le celebraba por meritos, pues le acriminò como culpas los ſingulares ſervicios hechos en las repetidas entradas à la conquiſta de Caracas; y ſin aguardar à mas, paſſada la media hora lo ſentenciò à muerte de horca, mandando, que para el ſuplicio lo ſacaſſen arraſtrando à la cola de vn cavallo.

Abſorto quedò Faxardo al oìr la notificacion de ſentencia tan iniqua, pues ni pudo obrar mayor violencia el rigor, ni diſcurrir mas horrible ſinrazon la tyranìa; y viendo què ni ſe le admitia la apelacion que interpuſo, ni hallaba recurſo humano para remedio de ſemejante injuſticia, tratò de buſcar forma para aviſar à ſus Soldados, que avia dexado en Bordones, pues no le quedaba otra eſperança, que recurrir à las armas, para librarſe con la fuerça de aquel atropellamiento, que vſaba con èl la alevosìa; pero recelando Cobos lo miſmo què imaginaba Faxardo, acelerò la execucion de la ſentencia, y antes que ſe ſupieſſe en el Pueblo lo què tenia forjado ſu maldad, mandò le dieſſen garrote en el miſmo cepo, que le ſervia de priſion; y como Faxardo ſe defendieſſe con las manos, ſin conſentir que llegaſſen à ponerle los cordeles, pudo tanto en Cobos la paſsion, vnida con la crueldad, que levantandoſe furioſo de vna ſilla en que eſtaba ſentado, dixo: Es poſsible que

para

para matar vna gallina hemos de tener tanto en que entender? y cogiendo èl mismo con sus manos vna soga le hizo vn lazo corredizo, y como si enlazàra algun toro se lo hechò desde lexos vna, y otra vez, hasta que haciendo presa en la garganta lo sujetò contra el suelo, para que llegando los demàs lo acabassen de matar, dandole con vna tabla en la cabeza, hasta hacersela pedazos; y no satisfecho aun todavia el rencor de Cobos con accion tan inhumana, por dàr mas complacencia à su vengança hizo sacar por la mañana el cadaver arrastrando à la cola de vn cavallo, y colgarlo en la horca por los pies: espectaculo, que dexò atonita la gente de Cumana, y abominando todos à vna voz la maldad execrable de aquel hombre, en cuya comparacion, què tigre no fue piadoso! y què fiera no fue humana!

Assi terminò los lances de su fortuna el Capitan Francisco Faxardo, en quien compitieron à porfia el valor, y la desgracia: sus pensamientos elevados, con ser vn pobre mestizo desvalìdo, y sin caudal, (si bien de nacimiento noble) fueron bastantes à insertarlo en el numero de los Conquistadores de las Indias, pues llevado de la generosidad de su espiritu emprendiò solo, y sin medios vna materia tan ardua como la Conquista de los Caracas; que consiguiò con industria, y mantuvo con teson, atropellando con valor, y tolerando con sufrimiento las dificultades, y contratiempos, que le dispuso contraria la fortuna, hasta llegar à merecer por lo heroyco de sus hechos, que la Magestad de el Rey Phelipe Segundo le honrasse con titulo de Don, (circunstancia tan apreciable en aquel tiempo, como abatida en el nuestro) y con el Govierno perpetuo de todo lo que poblasse: mercedes de que no pudo gozar por aver llegado los despachos despues de sucedida la lamentable tragedia de su muerte, la qual sabida por sus Soldados en Bordones, aunque à los principios, movidos con el fervor del sentimiento, intentaron passar à Cumana para tomar satisfaccion con la vengança, como se hallaron sin Cabeza que los governasse, para disponer la execucion, divididos en diversos pareceres se les fue enfriando la colera de suerte, que desvnido el armamento cada vno tirò por su camino, sin atender à otra cosa, que à buscar cada qual su conveniencia.

Mas finos anduvieron con Faxardo los vecinos de la Margarita, (donde era en extremo amado por el natural agrado de su trato) pues luego que tuvieron la noticia de su infeliz desgracia, sintiendo por comun agravio de todos la injusta muerte del Paysano, deseando aplicar remedio à insolencia tan enorme, y que la maldad de Cobos no quedasse sin

caſtigo, capitaneados de Pedro de Viedma, Juſticia Mayor de aquella Isla, atraveſaron en Pyraguas con gran ſecreto à tierra-firme, y entrando ſin ſer ſentidos con el ſilencio de la noche en Cumana, prendieron à Alonſo Cobos, y ſe lo llebaron à la Margarita, donde ſubſtanciada la cauſa, y comprovado el delito, por mandato de la Real Audiencia de Santo Domingo, (à quien remitieron los Autos) deſpues de arraſtrado por las calles, muriò ahorcado, y hecho quartos, para que quedaſſe exemplo del caſtigo donde eſtaba la memoria de ſu infame delito.

Deshecho el armamento de Faxardo con ſu muerte, y malograda la eſperança que ſe tenia por aquel medio de que ſe bolvieſſe à reſtaurar lo perdido en la Provincia de Caracas, tratò el Governador Bernaldes de tomar con empeño, y por ſu propria perſona ſu Conquiſta, por parecerle no convenia à ſu reputacion el que en ſu tiempo ſe dexaſſe deſamparado por deſcuido, lo que en el de ſus anteceſſores ſe avia adquirido con trabajo; y prevenidos cien hombres, que fueron los que pudo juntar en todas las Ciudades del diſtrito, ſaliò de el Tocuyo en compañia del Mariſcal Gutierrez de la Peña, à quien por ſu militar experiencia nombrò por General, para que corrieſſe por ſu cuenta toda la diſpoſicion de la jornada; mas como eſtando preſente el Governador era preciſo que no obſtante reſidieſſe en èl toda la autoridad, deſde luego ſe empezò à reconocer el inconveniente de no poder el Mariſcal diſponer las coſas conforme le parecian convenir, porque el Governador, como poco practico, pretendia entablar la Conquiſta, con requerimientos, y proteſtas, à que no aſſentia el Mariſcal, con el conocimiento de que la altivez con que ſe hallaban los Indios eſtaba ya en eſtado, que ſolo requeria valerſe del rigor para domarla; de cuya contrariedad en los dictamenes pronoſticaron todos el poco efecto que podian eſperar de la jornada; à que ſe agregò, para que el baticinio ſalieſſe verdadero, que llegados à las ſabanas de Guaracarima hallaron toda la tierra pueſta en armas, porque los Arbacos, y Meregotos, con la noticia que tuvieron de que el Governador en perſona entraba con gente armada en ſus Paiſes, llamaron en ſu ayuda à los Indios Quiriquires, ſus confinantes, y amigos; y ſubiendo eſtos por las orillas del Tuy haſta el rio de Tyquire, fueron tantos los Gandules que de vnas Naciones, y otras ſe juntaron, que ocupados todos los altos, y montañas, no ſe deſcubria parte en los contornos, que no la poblaſſen ſus penachos, à cuya viſta empezaron à acobardarſe los nueſtros; y aunque à perſuaſiones del Mariſcal huvieron de empeñarſe à en-

entrar por vn Valle angosto, que forma dos Serranìas corriendo el Tuy por enmedio, (à quien llamaron entonces el Valle del miedo) solo sirviò para que reconociendo con mas claridad la oposicion que hallaban en los Indios, se aumentasse mas en todos el temor, de suerte, que sin atreverse à passar mas adelante, determinaron, por parecer comun, retirarse à las sabanas de Guaracarima, y esperar alli à que se juntasse mas numero de gente, por ser muy poca la que llevaban para poder conseguir la Conquista que emprendian.

Executada, pues, la retirada, el Governador con el deseo de hazer quanto antes la recluta para reforçar su Campo, acompañado del Mariscal se bolviò para el Tocuyo, dexando el resto de los Soldados en Guaracarima à cargo de Francisco de Madrid, à quien nombrò por Cabo superior, para que los governasse mientras duraba su ausencia; pero aunque el Mariscal por su parte, y el Governador por la suya, passando personalmente à todas las Ciudades de la Provincia, aplicaron quanta solicitud pudo discurrir la diligencia mas exacta, avia cobrado tan mal credito la Conquista de Caracas con el continuado curso de sus desgracias, que no pudieron hallar hombre que quisiesse exponerse al riesgo de padecerlas; y como por esta causa se dilatasse el socorro mas de lo que avia prometido la esperança, hallandose Francisco de Madrid bastantemente apretado con los repetidos acometimientos de los Indios, y con las desconfianças que padecia su gente, se viò obligado à dexar en su lugar à Antonio Rodriguez Galan, y passar personalmente al Tocuyo à reconocer el estado que tenian las disposiciones del Governador para proseguir en la Conquista; pero desengañado en breve con la mala forma que hallò en todo, se bolviò à Guaracarima con orden de el Governador, para que se retirassen los Soldados, poniendo por entonces fin à la jornada, hasta que el tiempo diesse conveniencia para poderla intentar con fundamentos mas solidos.

***

LIBRO

LIBRO QUINTO
DE LA CONQUISTA, Y POBLACION
DE LA PROVINCIA
DE VENEZUELA.

CAPITULO PRIMERO.

GOVIERNA LA PROVINCIA DON PEDRO PONCE de Leon: determina executar la Conquista de Caracas, y nombra por General de ella à Diego de Losada: sale este de el Tocuyo, y llega con su Exercito al Valle de Mariara.

PASSADO poco mas de vn año despues que el Governador Pablo Bernaldes se retirò al Valle de Guaracarima con su Exercito acobardado, estando en el Tocuyo à fines del
1565. año de sesenta y cinco determinò bolver à hazer segunda entrada à la Provincia de Caracas, por vèr si hallaba con mas favorable semblante à la fortuna, y publicada la jornada, nombrò por General de ella à Diego de Losada, vecino del Tocuyo, persona en quien concurrian, ademàs de la nobleza heredada, las prendas de valor, y experiencia adquirida en las muchas funciones militares en que se avia hallado, assi siendo Maestre de Campo del Governador Cedeño, como assistiendo por Cabo principal en diferentes Conquistas, manifestando en todas ocasiones los valerosos alientos de su noble espiritu, como hemos referido en diferentes partes de esta Historia; y aunque como prudente procurò escusarse con el motivo de su poca salud, recelando la contingen-

gencia à que exponia ſu opinion, empeñando el credito donde avian perdido la vida Capitanes tan experimentados como Juan Rodriguez, Luis de Narbaez, y Diego Garcia de Paredes; el Governador conociendo que en la eleccion de tal Caudillo llevaba aſiançados los aciertos de ſu buen deſeo, le obligò con ofertas, y agaſſajos à que aceptando el nombramiento, tomaſſe por ſu cuenta el deſempeño.

A eſte tiempo llegò de Eſpaña por Governador de la Provincia Don Pedro Ponce de Leon, Rama Iluſtre de la Caſa de Arcos, Cavallero de mucha experiencia, y gran talento, que avia ſido Alcayde de Conil, y de las Almadranas, y ſe avia exercitado en otros empleos correſpondientes à ſu noble ſangre; traìa Don Pedro apretados ordenes del Rey, para que con todo esfuerço procuraſſe conquiſtar la Provincia de Caracas, y hallandoſe por ſu anteceſſor corridas ya las primeras lineas à eſte intento, confirmò el nombramiento de General à Diego de Loſada, dandole nuevos poderes para poblar, y repartir Encomiendas; y para empeñarlo mas, con la confiança que hacia de ſu perſona, le entregò, para que militaſſen debaxo de ſu mano tres hijos que traìa conſigo, llamados DonFranciſco, Don Rodrigo, y Don Pedro; à cuya demoſtracion, como el exemplo del Superior es el impulſo mas eficaz para los ſubditos, ocurrieron de toda la Provincia los vecinos mas principales à aliſtarſe por Soldados.

Hallabaſe en la ocaſion en el Tocuyo el Capitan Juan de Salas, vecino de la Margarita, è intimo amigo de Loſada, y viendolo empeñado en empreſſa de tanta reputacion, ſe ofreciò à acompañarlo en la jornada, dando primero buelta à aquella Isla para traer conſigo cien Indios Guayqueries, de los que avian entrado conFaxardo, conſiderando, que como practicos de la Provincia podrian ſervir de mucho à ſus deſignios para facilitar del todo ſus intentos; y quedando acordado entre los dos el tiempo en que ſe avian de juntar en la Borburata, ſe partiò à poner por obra ſu promeſſa, dexando à Loſada muy gozoſo, por la felicidad que prometian tan favorables principios.

Todo el año de ſeſenta y ſeis 1566.
gaſtò Loſada en buſcar armas, ſolicitar pertrechos, y proveerſe de las demàs municiones neceſſarias para el mejor apreſto de ſu Exercito; y à principios de Enero de el de ſeſenta y ſiete ſaliò del To- 1567.
cuyo con ſu gente, y recogiendo de camino la que tenia prevenida en Barquiſimeto, paſsò à la Villa Rica, que deſpues ſe llamò Ciudad de Nirgua, donde con toros, cañas, torneos, y otros regocijos Militares, celebrò con los Cavalleros de ſu Campo el dia

veinte de Enero la Fieſta de San Sebaſtian, eſcogiendolo por Patron, y Abogado contra el mortifero veneno de las flechas: accidente de que tomò principio la coſtumbre que oy obſerva la Ciudad de Caracas de celebrar todos los años en ſu Cathedral la Fieſta de eſte Glorioſo Martyr, manteniendo (aunque con tibieza) las memorias de el beneficio en los cortos obſequios que tributa à ſu culto.

Fenecidos los entretenimientos de la celebridad referida, deſpachò Loſada ſu Campo à cargo de Franciſco Maldonado, à quien nombrò por Caudillo, con orden de que marchaſſe con èl haſta Valencia, y que en el Valle de Guacara le eſperaſſe, mientras èl, acompañado de Pedro Alonſo Galeas, y Franciſco Infante, paſſaba à la Borburata en buſca de Juan de Salas, por ſer ya cumplido el termino en que avia quedado de venir con los cien Indios Guayqueries à incorporarſe con èl; pero no hallandolo en el Puerto, ni noticia alguna de ſu arribo, (aunque lo eſtuvo eſperando quince dias) determinò dàr la buelta en demanda de ſu gente, que cuidadoſa de ſu tardança avia paſſado haſta el Valle de Mariara, donde por diſponer la prevencion de algunos fayos de armas, y otras coſas de que neceſsitaba, ſe detuvo ocho dias, en los quales paſsò mueſtra à ſu Exercito, y hallò conſtaba de ciento y cinquenta hombres, los veinte de à cavallo, de quienes era Capitan Don Franciſco Ponce, hijo del Governador; cinquenta Arcabuzeros, y ochenta Rodeleros, todos bien apercebidos de las armas neceſſarias; ochocientas perſonas de ſervicio, docientas beſtias de carga, porcion de ganado de cerda, y quatro mil carneros, de los quales diò los mil y quinientos à ſu coſta Alonſo Diaz Moreno, Theniente de Governador, que entonces era de la Ciudad de Valencia.

Gozoſo quedò Loſada al vèr la buena prevencion con que ſe hallaba para la execucion de ſu Conquiſta; y conſiderando que el aguardar à Juan de Salas era malograr la oportunidad que le ofrecia el tiempo favorable, levantò el Campo, dando principio à ſu marcha; y mientras la và ſiguiendo me parece no ſerà deſagradable, ni fuera de propoſito el referir los nombres de los ciento y cinquenta compañeros, que le aſsiſtieron para lograr ſu empreſſa, ſiquiera porque ſus deſcendientes deban à la ſolicitud de vn eſtraño, lo que por tantos años ha tenido (ſin razon) olvidado ſu deſcuido.

Fueron, pues, los Conquiſtadores que entraron con Loſada los ſiguientes: Don Franciſco, Don Rodrigo, y Don Pedro Ponce, hijos del Governador; Gonçalo Oſſorio, ſobrino de Loſada; Ga-

Gabriel de Avila, Alferez Mayor del Campo; Francisco Maldonado de Almendariz, natural del Reyno de Navarra; Francisco Infante, natural de Toledo, Sebastian Diaz, de San Lucar de Barrameda, Diego de Paradas, del Almendralejo, Agustin de Ancona, Vassallo de la Iglesia, natural de la Marca, Pedro Alonso Galeas, de el Almendralejo, Francisco Gudièl, de la Villa de Santa Olaya, en el Arçobispado de Toledo, Alonso Andrea de Ledesma, Thomè de Ledesma, su hermano, Francisco de Madrid, natural de Villa-Castin, Bartholomè de Almao, Sancho de el Villar, Christobal Gomez, Miguel de Santa Cruz, Juan de Gamez, Martin Fernandez de Antequera, Marcos Gomez de Cascajales, Christobal Cobos, hijo de Alonso Cobos el que matò à Faxardo, Diego de Montes, natural de Madrid, Francisco Sanchez de Cordova, Martin de Gamez, Pedro de Montemayor, Don Julian de Mendoza, Miguèl Diaz, natural de Ronda, Andrès Perez, Rodrigo del Rio, Rodrigo Alonso, Francisco Ruiz, Pedro Rafael, Juan Gallegos, Pedro Cabrera, Christobal Gil, Alonso Ortìz, Escrivano del Exercito, Alonso de Salcedo, Juan Alvarez, Vicente Diaz, Pedro Matheos, Antonio Rodriguez, Francisco Roman Coscorrilla, Martin Alfonso, Alõso de Leon, Alonso Ruiz Ballejo, natural de Coro, Melchor Gallego, Juan Cataño, Gonçalo Rodriguez, Bartholomè Rodriguez, Christobal de Losada, natural de Lugo, Francisco de Vides, Estevan Martin, Diego de Antillano, Pedro Garcia Camacho, Domingo Balthasar, Gonçalo Clavijo, Miguèl Fernandez, Baltasar Fernandez, su hermano, Gregorio Ruiz, Juan Serrano, Diego de Henares, Juan Ramos Barriga, Simon Giraldo, Lope de Benavides, Juan Fernandez de Leon, Alonso Gil, Juan de San Juan, Duarte de Acosta, Damian del Barrio, natural de Coro, Gaspar Thomàs, Andrès de San Juan, Juan Fernandez Truxillo, Pedro Garcia de Avila, Melchor Hernandez, Alonso de Valençuela, Domingo Giral, Pedro Serrata, Juan Garcia Casado, Juan Sanchez, Fernando de la Cerda, Pablo Bernaldes, Pedro Alvarez Franco, Antonio de Acosta, Juan Bautista Melgar, Sebastian Romo, Juan de Burgos, Francisco Marquez, Alonso Viñas, Andrès Hernandez, Francisco Agorrèta, Antonio Perez Africano, natural de Oràn, Gaspar Pinto, Diego Mendez, Juan Catalàn, Alonso Quintano, Geronimo de Tovar, Juan Garcia Calado, Francisco Guerrero, Francisco Roman, Gonçalo Perez, Pedro Hernaldos, Andrès Gonçalez, Gregorio Gil, Francisco Rodriguez, Manuel Lopez, Francisco Perez, Francisco de Saucedo, Juan de Angulo, Francisco de Antequera, Antonio Perez Ro-

Rodriguez, Gregorio Rodriguez, Maeſſe Franciſco Genovès, Franciſco Tirado, Antonio Olias, Melchor de Loſada, Geronimo de la Parra, Juan de la Parra, ſu hermano, Juſto de Cea, Pedro Maldonado, Abrahan de Cea, Franciſco de Neyra, Franciſco Romero, Manuel Gomez, Geronimo de Ochoa, Bernavè Caſtaldo, Maeſſe Bernal Italiano, y Juan Suarez, à quien llamaban el Gayſero. Eſtos ſon los que de la confuſion del olvido ha podido ſacar à luz mi diligencia, ſin que de los reſtantes aya dexado el tiempo, ni aun ſombras de ſu memoria.

CAPITULO II.

ARRIBA A LA COSTA de Caracas vn Navio de Eſpaña, y los Indios matan la gente que venia en èl: proſigue Loſada ſu marcha, y llega al Sitio de Marquez.

AL tiempo que Loſada paſſaba mueſtra à ſu Exercito en el Valle de Mariara navegaba por la Coſta de Caracas vn Navio con quarenta hombres, que cargado de mercaderias iba de Eſpaña para Cartagena, y ſeguido de los Corſarios Franceſes, por aſſegurarſe del peligro que le amenazaba diò en manos de la deſdicha, que no prevenia, pues huyendo por no ſer apreſado, ſe acogiò al Puerto de Guaycamacuto, donde engañados los paſſageros de la falſa amiſtad que eſtos moſtraron los Indios, ſaltaron en tierra, ſin recelar la traycion que podia ocultar ſu diſsimulo: facilidad, que llorò en breve ſu deſgracia, pues acometidos de repente por todas partes de las Eſquadras, que tenia prevenidas la infidelidad de aquellos barbaros, perecieron todos à manos de ſu indiſcreta confiança; y vſanos los Indios con el buen logro de ſu maldad, paſſaron à aprovecharſe del deſpojo por premio de ſu traycion, y ſacando lo que pudieron de la carga, puſieron fuego al Navio, que convertido en cenizas acompañò la infauſta tragedia de ſus dueños, quedando en poder de aquellos barbaros, entre algunas alhajas de precio que deſpues hallò Loſada, vnas Mitras, vn Caliz, y otros Ornamentos Pontificales, que llevaban para el ſeñor Don Fray Domingo de Santo Thomàs, Obiſpo que entonces era de la Provincia de Charcas.

En el Capitulo antecedente dexamos à Loſada, que levantando ſu Campo del Valle de Mariara caminaba en proſecucion de ſu conquiſta; y aviendo llegado en tres dias de marcha à la entrada del Valle del miedo, principio de la tierra que buſcaba, hallandoſe yà à las puertas del peligro, previniendoſe como Chriſtiano para las contingencias del rieſgo, hizo confeſſar toda ſu gente con

dos

dos Sacerdotes que llevaba en su compañia, llamados, el vno Blàs de la Puente, y el otro Balthasar Garcia, Freyle del Orden de San Juan; y para que à las diligencias de Catholico acompañassen las disposiciones de Soldado, embiò con treinta hombres à Pedro Garcia Camacho, (vno de los tres, que como referimos en el Libro antecedente escaparon de la rota de Narbaez) para que procurando coger algunos Indios pudiessen tener noticia de la disposicion en que se hallaban, è informarse del estado, y fuerças de la Provincia; pero los tenia tan recatados la cautela, que sin que bastassen las diligencias que hizo para cumplir con el orden, diò la buelta al cabo de tres dias, sin aver podido lograr lo que deseaba.

Pero apenas avia llegado al Campo quando por todas partes se descubrieron diferentes Esquadras, que sin llegar à tiro, con su acostumbrada vocería desafiaban à los nuestros, haciendo desde lexos alarde de su fiereza: novedad, que obligò à Losada à passar la noche con cuidado, fiando las Centinelas de los primeros Cabos de su Exercito; y el dia siguiente, tomando à su cuidado la Banguardia de su Esquadron en compañia de su Alferez Gabriel de Avila, y de Francisco Infante, encomendada la Retaguardia à Don Francisco Ponce, Pedro Alonso Galeas, y Diego de Paradas, empezò à subir la loma de Terepayma, (que oy llaman Cuesta de las Cucuizas) llevando toda su gente con las armas en la mano, por el recato que pedia la immediacion del Enemigo: prevencion, que fue bien necessaria, pues al llegar à vn arcabuco, que estaba en la mediania, resonaron por las montañas vecinas los caracoles, y fotutos con que los Indios provocaban al rompimiento, à cuyo estruendo alborotado el ganado de cerda, que traìan los nuestros, con precipitada fuga echò à correr por el monte, causando algun desorden en la marcha: las diligencias que hicieron para recogerlo; y valiendose los Indios de la ocasion de este accidente, con diluvio de flechas, que embarazaban el ayre, rompieron la batalla, travandose vn sangriento combate de ambas partes, hasta que reconociendo el daño que recibian de nuestros arcabuces, con el estrago de algunos muertos, y heridos, tocaron à recoger sus Esquadrones, dexando el passo libre, para que vencido el arcabuco, saliesse nuestro Campo à vnas sabanas limpias, que avia en lo alto de la loma, donde por ser yà tarde, y estàr la gente fatigada, determinò Losada quedarse aquartelado, logrando la conveniencia de vna aguada, que se descubria en la ceja de vn montecillo, que salia de vna ladera.

Aquella noche, sin que lo supiera el General, salieron del alojamiento Francisco Maldona-

do, Pedro Garcia Camacho, Juan de Burgos, Franciſco Marquez, y vn Negro, llamado Juan, Portuguès, con animo de coger vnas gallinas, y patos, que ſe alcançabar à vèr en vnas caſas, que ſe deſcubrian cerca del Real en vn Vallecito, que ſe formaba al pie de la montaña; avianlas puesto alli los Indios de cuidado, y emboſcados aguardaban la ocaſion de lograr el lance como lo avian diſcurrido; y llegados à las caſas, Franciſco Maldonado, para hacer eſpaldas à los compañeros, ocupò vn altillo, que dominaba el Valle, con vna eſcopeta en las manos, mientras los otros, ignorantes del engaño, que avian diſpúeſto la traycion ſe ocupaban en recoger las gallinas; pero los Indios viendo en las manos el logro que avia formado ſu ardid, ſalieron de la emboſcada con acometimiento tan repentino, que antes que pudieſſe tener lugar la reſiſtencia cayò muerto Franciſco Marquez, partida la cabeza al golpe de vna macana; y herido Burgos en el roſtro, y atravesado de vna flecha por los lomos Pedro Garcia Camacho, tomaron à buen partido la fuga, por no perder todos la vida en la demanda, pues aunque Franciſco Maldonado diſparò ſobre los Indios repetidas vezes ſu eſcopeta, ſolo ſirviò de aviſo para el ſocorro; porque ignorante Loſada de lo que avia paſſado, oyendo la repeticion de los tiros de eſcopeta mãdò à Franciſco Infante, que con Eſtevan Martin, Franciſco Sanchez de Cordova, Soldados de à cavallo, y otros diez hombres de à pie, fueſſe à inquirir la cauſa de aquella novedad no imaginada, y encaminados à la parte donde ſonaba el alboroto, llegaron à tiempo que pudieron hacer alto à los que huìan para aſſegurar la retirada, è informados de que quedaba muerto Marquez, haciendo pundonor ſu bizarria de no dexar el cadaver en poder de aquellos barbaros, proſiguieron haſta el Valle; y renovando la pelea à coſta de alguna ſangre, con muerte del cavallo de Franciſco Infante, conſiguieron reſtaurar el cuerpo del compañero, para que la piedad de aquella accion dexaſſe acreditados para ſiempre los quilates de ſu valor, y puntos de ſu nobleza, pues echandoſelo à cueſtas, entraron con èl triunfantes en el Real, donde le dieron ſepultura, quedando eternizada la memoria de ſu nombre con el ſuceſſo de ſu deſgracia, pues haſta oy ſe llama aquel parage el Sitio de Marquez.

*** *** ***

*** ***

***

CA-

CAPITULO III.

PROSIGUE LOSADA con ſu marcha : desbarata en batalla à Guaycaypuro, y llega con ſu campo al Valle de la Paſcua.

EL dia ſiguiente deſalojò Loſada de aquel puesto, y encomendando la Retaguardia à Diego de Paradas, dio orden à Pedro Alonſo Galeas, para que con doce Infantes fueſſe ſobreſaliente del Exercito, para ocurrir al ſocorro en la parte que maspidieſſe el aprieto, y de eſta ſuerte, aunque con algunos Indios à la viſta, marchò, ſin novedad que le embarazaſſe el paſſo, haſta que llegando al ſitio, que fue teatro infeliz de la rota de Narbaez, (de cuya lamentable deſgracia renovò ſentimientos el dolor al vèr por aquellos campos inſepultos los hueſſos de los que le acompañaron en ſu fatalidad) los Indios, ò fiados en la conveniencia que les ofrecia la angoſtura del parage para acometer à lo ſeguro, ò animados con la eſperança de que aviendo ſido ſiempre infauſto aquel lugar para los Eſpañoles, debian de eſtàr en èl depoſitados ſin duda ſus eſtragos, atacaron la Retaguardia, y pegando primero fuego à la ſabana, para que entre los rigores del cuchillo, y las voracidades del incendio tuvieſſe la muerte duplicados los inſtrumentos de que valerſe para el aumento de ſus triunfos, al tiempo que Loſada empeñado con ſu gente en la eſtrechura, ſin poder ſocorrer à los ſuyos, ſe vido en contingencias de perderſe, pues combatido por todas partes de los horrores del fuego, y precipicios del ſitio, no bolvia à parte la cara que no encontraſſe vn peligro; pero Diego de Paradas, haciendo alto con los que le acompañaban, bolviò el roſtro al Enemigo, y diſparando ſin ceſſar los arcabuces por eſpacio de dos horas, mantuvo firmemente el combate, reſiſtiendo con valor el impetu de los barbaros, que entre las confuſiones del humo repetian con ligereza las cargas de flechería; teniendo lugar Loſada con eſta diverſion para poder ſalir à campo abierto, y dàr orden à Paradas para que procuraſſe retirarſe con la mejor diſpoſicion que permitieſſe el empeño en que ſe hallaba: reſolucion, que executò con la prudencia, y arte, que como àMaeſtro antiguo en la Milicia le tenia enſeñada la experiencia, dexando antes armada vna emboſcada en vn monteciſlo, que avia à mano izquierda del camino, por ſi los Indios proſiguieſſen à embarazarle la marcha: diſpoſicion, que le ſaliò acertada, pues empeñados en conſeguir la victoria, que reputaban por cierta, viendo ſu retirada paſſaron adelante ſin reparo; pe-

ro al llegar al lugar que ocultaba la emboscada, (ò temerosos, ò advertidos) hicieron alto con recelo del daño que prometia, acercandose solos tres Gandules, que con gentil denuedo, caladas las flechas en los arcos, hicieron frente à la emboscada, apuntando al monte que la encubria: los nuestros entonces conociendo por las demostraciones de los Indios que yà estaban sentidos, por no perder la ocasion les salieron embistiendo con tal resolucion, que Alonso Ruiz Vallejo de vn revès le cortò el arco, flecha, y brazo à vno de ellos, que despues matò à estocadas; y haciendo Juan de la Parra lo mismo con otro, que le tocò de parte, quedaron tan amedrentados los demàs, que se fueron retirando, desfilando sus Esquadras por vna ladera abaxo.

Hallabase à la vista Juan Serrano, y batiendo los hijares à vn cavallo quatralvo, abierto de frente, y de color castaño, muy artendado, y brioso, en que se hallaba montado, partiò trasellos, llevandose de encuentro al bote de la lança el primer barbaro que se puso por blanco de su enojo, aunque con tanto riesgo, que le valiò para no precipitarse la gran destreza del ginete, y sujecion al freno del cavallo, pues llamandole la rienda al executar el golpe, como corria cuesta abaxo quedò balanuando el bruto entre el parar, y el caer; pero ayudado de su aliento, haciendo firme en los brazos quebrò la fuerça à la violencia con que corria despedido, dexando à su dueño libre de la fatiga, y del susto.

Retirados los Indios, Losada por dàr alivio à su gente fatigada con los trabajos de aquel dia, huvo de quedarse aquella noche à la entrada de vnas montañuelas, que llaman las Lagunillas, aunque no pudo lograr el descanso que deseaba, por que los Indios, aprovechandose de la obscuridad, salieron de las quebradas donde se avian ocultado, y valiendose de vna ridicula estratagema, que les dictò su invencion, se vistieron de la misma paja de la sabana, y como esta, por ser Verano, estaba seca, y crecida, sin que pudieran ser vistos se llegaban hasta el mismo alojamiento, y disparaban sus flechas, con notable daño de la gente de servicio, que como mas desprevenida era la mas maltratada, hallandose por instantes, sin saber por donde, heridos, sin que pudiesse el discurso prevenir el origen de aquel daño, hasta que Diego de Henares, subiendose en vn arbol, y tendiendo la vista à todas partes con cuidado, huvo de descubrir la maxima al movimiento que traian aquellos bultos de paja, y calando la cuerda al arcabuz, poniendo la punteria al vno de ellos, lo derribò muerto al golpe de la bala; de que escarmentados los demàs tuvieron por mejor el retirarse, sin continuar la inventiva.

Avia

Avia Losada hasta entonces hallado oposicion solo en los Indios Arbacos, que eran los que habitaban aquellas Serranìas, porque la presteza con que executò su entrada no avia dado lugar à que se juntassen las demàs Naciones que poblaban la Provincia para embarazarle el passo; pero llegado el dia de la Encarnacion à veinte y cinco de Março, (que cayò aquel año en Lunes Santo) al baxar al rio de San Pedro, jurisdiccion ya de los Indios Teques, se le ofreciò à la vista la mas hermosa perspectiva, que pudo tener Marte en sus campañas, pues coronados todos los contornos de vanderas, y penachos, se hallò con mas de diez mil Indios, acaudillados de el Cacique Guaycaypuro, que al batir de sus tambores, y resonar de sus fotutos le presentaban altivos la batalla.

Hizo alto Losada con su gente, considerando el riesgo en que se hallaba, para determinar con consulta de sus Cabos lo que debia executar; y como en semejantes accidentes repentinos suele el terror panico negar jurisdicciones al valor, no faltaron personas de las mas condecoradas del Exercito, que posseìdas del susto, y olvidadas de su nobleza, atropellando el pundonor votassen la retirada, ponderando las contingencias de perderse si se exponian à el lance de vna batalla con fuerças tan desiguales; pero Losada, en cuyo corazon magnanimo jamàs hallò acogidas el temor, despreciando la desconfiança de los suyos, manifestò la resolucion en que se hallaba de abrirse el camino con la espada por las Esquadras Enemigas, queriendo mas aventurar la vida en brazos de la temeridad con nombre de arrojado, que afiançar la seguridad en la retirada con visos de cobarde, y assi, animando à los suyos, mas con el exemplo, que con palabras, se dispuso al combate; y hallando oportunidad para empezar la batalla, alçò la voz apellidando à Santiago, à cuyo nombre esforçados los ginetes, batiendo los hijares de los cavallos armados, rompieron por la Banguardia, donde los mas valientes Gandules, cubiertos de penachos, y paveças ostentaban su constancia expuestos à la oposicion del primer choque; pero aunque intentaron resistir el impetu con que furiosos acometian los cavallos, se hallaron atropellados, quando se imaginaban invencibles, y olvidados de las armas para su defensa, solo se valieron de la confusion para la fuga. Batalla de San Pedro.

Rota assi, y descompuesta la Banguardia, tuvieron ocasion oportuna los Infantes para emplear à su salvo los aceros en los desnudos cuerpos que por el campo rodaban; todo era estrago, sangre, y furor, no menos acrecentado de los ginetes, que vnidos

no perdonaban vida al terrible golpe de ſus lanças; pero eſte impetu de los cavallos, que no pudieron reſiſtir en la Banguardia donde peleaban los Teques, ſoſtuvo tan valeroſamente el Batallon de los Tarmas, y Mariches, animados de ſus Cabos, que diò lugar para que las hileras deſcompueſtas ſe pudieſſen ordenar, deſcargando à vn miſmo tiempo tanta multitud de flechas, dardos, y piedras, que cubrian el Cielo al diſpararlas, y embarazaban la tierra al deſpedirlas.

Aſsi guerreaban valeroſos los Eſpañoles, y temerarios los Indios con dudoſo Marte, quando Don Franciſco Ponce, ſeguido de Pedro Alonſo Galeas, Franciſco Infante, Sebaſtian Diaz, Alonſo Andrea, Franciſco Sanchez de Cordova, Juan Serrano, Pedro Garcia Camacho, Juan de Gamiz, y Diego de Paradas, ſubiendo por la cuchilla de vna loma cogieron à los Indios las eſpaldas, y renovando con eſta ventaja la batalla, ſe començò de nuevo la refriega con tanta obſtinacion, y tal corage, que quanto mayores eſtragos executaba el furor en aquellos barbaros, con tanta mayor furia, y mas enojo ſe metian por las eſpadas, y lanças, ſin temor de la muerte, que encontraban en los templados aceros; ſiendo tanta la lluvia de piedras, y flechas que diſparaban, que nueſtros Eſpañoles rotos yà, y falſeados los eſcudos, y atormentados los brazos, y demàs partes del cuerpo con la repeticion de tanto golpe, con dificultad podian mantener el peſo del combate, ſiendo tan patente el canſancio, y quebranto en que ſe hallaban, que lo manifeſtaba bien el deſaliento con que jugaban las armas; pero Loſada encendido de aquella colera Eſpañola con que eſtaba enſeñado à quedar ſiempre victorioſo, buelto à los ſuyos los animaba, diciendo: Aora, valeroſos Eſpañoles, es el tiempo de conſeguir los triunfos que nos ofrece la victoria que tenemos en las manos, vengando en eſtos barbaros la ſangre de nueſtra Nacion, vertida por ellos tantas veces, à cuyas voces bolviendo en sì de el deſmayo en que ſe hallaban con el recuerdo de los agravios paſſados, ſin acordarſe de las fatigas preſentes, intrèpidos renovaron la pelea, haciendo tal eſtrago en los contrarios, que ſolo ſe miraban por el campo arroyos de ſangre en que nadaban los deſtrozados cadaveres.

Diòſe por perdido Guaycaypuro al vèr el daño lamentable de ſus hueſtes; y temiendo la total ruìna que amenazaba à ſus Tropas tocò à recoger ſus caracoles, y dexando el ſitio ſembrado de cuerpos, y de penachos, ſe retirò preſuroſo, aſſegurando las reliquias de ſu Exercito vencido. Señalaronſe eſte dia en ſingulares hazañas el invencible Diego de

Pa-

Paradas, que como amenazaba cerca la fatalidad de ſu ocaſo centellearon con mas brio las luces de ſu valor; Franciſco de Vides, Martin Fernandez, Juan de la Parra, Pedro Alonſo Galeas, y Franciſco Infante, quien ſe vido en terminos de perder la vida, porque tropezando el cavallo en lo mas ardiente de la batalla, cayò en vn hoyo, cogiendolo debaxo, donde huviera perecido à no ſocorrerloDon FranciſcoPonce, y Alonſo Viñas, que ſe hallaron inmediatos, ſacandolo del peligro, y ſin embargo quedò eſtropeado de vna pierna, de que padeciò deſpues por muchos dias.

Retirado Guaycaypuro con ſu Exercito deshecho, no quiſo Loſada quedarſe en aquel parage, aunque lo neceſsitaba la fatiga, y canſancio de ſu gente, porque experimentado en la ventaja con que le acometian los Indios en aquellas Serranìas deſeaba ſalir quanto antes à tierra llana, y aſsi, marchando dos leguas mas adelante llegò à hacer alto al Pueblo del Cacique Macarao, en la parte donde juntandoſe el rio de San Pedro con el Guayre tiene principio, corriendo àzia el Poniente, el Valle de Juan Jorge, llamado aſsi deſde que Faxardo en ſu primera entrada encomendò los Indios que lo habitaban à aquel cèlebre Varon, tan compañero ſuyo en las Conquiſtas, como lo fue en las deſgracias.

Hallavanſe los Indios de Macarao quando llegò Loſada con las ſementeras en flor, y temiendo no ſe las talaſſen los Eſpañoles, no quiſieron auſentarſe de ſu Pueblo, tomando por mas acertado acuerdo valerſe del rendimiento para eſcuſarſe del daño; y como no ay entendimiento, por barbaro que ſea, à quien no enſeñe vrbanidades la conveniencia propria, recibieron à nueſtra gente con quantas ſumiſsiones pudo inventar el artificio: no ignoraba Loſada el fin à que tiraba aquella paz tan repentina, pero aprovechandoſe de la ocaſion que le ofrecia el proprio diſsimulo de los Indios, les diò à entender el guſto que tenia de que depueſtas las armas experimentaſſen las conveniencias, que traìa conſigo ſu amiſtad, quando ſu entrada en la Provincia no era para hacer daño à quien no provocaſſe ſu enojo con la guerra; y para prueba de ſu buena intencion no conſintiò ſe les hicieſſe hoſtilidad alguna en ſus caſas, ni ſembrados, por vèr ſi à fuerça de beneficios podia grangear amigos, domeſticando la barbara altivèz de aquella gente.

No quiſo Loſada gozar mas de aquella noche del hoſpedage de aquel Pueblo, y al amanecer del dia ſiguiente proſiguiò ſu marcha en demanda del Valle de San Franciſco, donde llevaba pueſta la mira de poblarſe; y aunque ſe hallaba diſtante de èl, ſolo

tres

tres leguas ſiguiendo el rio abaxo las corrientes del Guayre, no quiſo llevar eſte camino por no exponerſe al rieſgo de las emboſcadas que recelaba, por la conveniencia que para ellas ofrecian los cañaverales de ſus margenes; y aſsi, cogiendo à mano derecha por los Pueblos del Cacique Cuariquao, ſaliò à vn Valle tan alegre como fertil, que bañado de las corrientes del rio Turmero, y abundante de baſtimentos, le ofrecia acomodada conveniencia para paſſar en èl lo que reſtaba de la Semana Santa, y dias de Paſcua, como lo executò; por cuya cauſa mantiene haſta oy el nombre de Valle de la Paſcua, perdiendo el de Cortès, que tenia antes, por averlo encomendado Faxardo à Cortès Bicho, vn Portuguès, que le acompañò en todas las entradas de ſu fatal Conquiſta.

CAPITULO IV.

MATAN LOS INDIOS à Diego de Paradas; llega Loſada al Valle de San Franciſco, procura eſcuſar la guerra, buſcando por todos medios la paz, pero no la conſigue.

PAſſados los dias de Paſcua ſin que los Indios huvieſſen intentado acometimiento alguno, contentandoſe ſolo con la demoſtracion de andar en quadrillas por los cerros inmediatos al alojamiento, prorumpiendo en amenazas contra los nueſtros, Miercoles tres de Abril del año de ſeſenta y ſiete levantò Loſada ſu Campo para paſſar al Valle de San Franciſco, de donde ſe hallaba ſolo à diſtancia de vna legua, dexando orden primero à Diego de Paradas, para que con veinte y cinco hombres eſcogidos ſe emboſcaſſe en vn cañaveral cercano al ſitio donde avian eſtado aquartelados, por ſi pudieſſe aver algunos Indios à las manos, para poder por eſte medio entablar paz con los Caciques, valiendoſe de los priſioneros para ajuſtar por ſu mano los tratados: accidente, que deſeaba Loſada con ahinco, por el conocimiento en que ſe hallaba de lo coſtoſa que le avia de ſer la guerra t para ſujetar con ella multitud an indomable.

Emboſcado Diego de Paradas, al cabo de vna hora que avria partido Loſada entraron por el cañaveral ochenta Indios de los Teques, ſin que fueſſen ſentidos de los nueſtros haſta llegar al miſmo parage que ocultaba la emboſcada, donde los Soldados por coger algunos de ellos, y los barbaros por defenderſe, ſe travò vna refriega, que pudiera paſſar plaza de batalla, ſupliendo la deſeſperacion en los vnos, lo que aventajaba el arte Militar en los otros. Hallabaſe à la ſazon Diego de Paradas algo apartado de

ſu

ſu gente el monte adentro, obligado de vna evaquacion corporal, y oyendo el rumor de la pelea, llevado de aquel ardiente eſpiritu con que eſtaba acoſtumbrado à ſer ſiempre el primero en los combates, montò à cavallo, echandoſe en los hombros el ſayo de armas, ſin que la prieſſa que le daba el deſeo de ſocorrer à los ſuyos le permitieſſe lugar para abrocharſelo pecho: fatal deſcuido, que le coſtò la vida: pues calando la flecha à el arco vno de aquellos barbaros, diſparò con tal deſtreza, que lo dexò herido de muerte, atraveſandole el coſtado; pero inflamados con la ſaeta los vltimos alientos de ſu brio, terciando la lança al brazo, y haciendo piernas al cavallo, acometiò furioſo à ſu homicida, derrivandole muerto al primer golpe; y aunque intentò proſeguir en ſu vengança, poſtradas ya las fuerças con la mucha ſangre que vertia, y oprimido de el dolor vehemente de la herida, ſe deſmontò de el cavallo, ſentandoſe en el ſuelo para coger con el deſcanſo algun aliento, mientras los compañeros, bramando con el enojo, y ſentimiento, convertidas en rayos las eſpadas, hacian pedazos aquellos cuerpos deſnudos, ſin darſe por ſatisfechos los impulſos de ſu ira haſta paſſarlos todos à cuchillo, pues ſolo quedò libre de ſu ſaña vn mancebo de poco mas de veinte años, llamado Guayauta, à quien perdonaron la vida, pagados de ſu valor, porque deſpues de aver hecho maravillas en ſu defenſa, quedando en ſingular batalla con Gonçalo Rodriguez, lo traxo tan apurado, que à no averlo ſocorrido los demàs huviera muerto à ſus manos, pues huyendole el cuerpo con deſtreza à las tretas de la eſpada, ſin darle tiempo à que lo pudieſſe herir, le ſoltò al arco tres flechas, que clavandoſelas en el roſtro, con la ſangre, y la fatiga lo tenian fuera de ſi, moſtrandoſe el Gandul tan ateſtado en ſu deſeſperacion, que aun ocurriendo los demàs Eſpañoles à la defenſa de Rodriguez, intentò hazerles roſtro, manteniendo la tela contra todos, y con dificultad conſiguieron el tendirlo, pues eſtimando en mas la libertad, que la vida, ciego con la colera, y enojo pedia que lo mataſſen; y mantuvo deſpues tan firme el ſentimiento de averſe entregado vivo, que aunque Loſada, aviendole hecho curar las heridas que ſacò de la refriega (dandole algunos reſcates de regalo) lo deſpidiò para que ſe bolvieſſe, no quiſo en mas de vn año dexar la compañia de los nueſtros, dàndo por motivo la verguença que tenia de parecer con vida delante de los ſuyos, quando ſus compañeros avian tenido la gloria de perderla por la libertad, y por la Patria: indicio claro de ſu altivo eſpiritu, digno por cierto de animar cuerpo mas noble;

Terminada la vengança con la mortandad executada, (en que no podemos negar tuvo mucha parte la crueldad) acudieron los compañeros à Diego de Paradas, que rendido à la violencia de la herida, y poſtrados los eſpiritus con la evaquacion de la ſangre, ſe hallaba en los vltimos alientos de la vida, y aplicandole aquellos preſervativos que pudo permitir la incomodidad de aquella vrgencia, echandoſelo acueſtas entre todos, partieron con preſteza en alcançe de Loſada, à quien, ignorante del ſuceſſo, hallaron ya en el Valle de San Franciſco, donde aunque intentò la Cirujia hazer oſtentacion de los primeros de ſu arte, nada baſtò para que al ſexto dia dexaſſe de perder la vida, con ſentimiento general de todos, y muy particular de Diego de Loſada, por aver ſido antiguo compañero en ſus fortunas: fue natural del Almendralejo en la Eſtremadura, Cavallero notorio por ſu ſangre, y à quien debe eſta Provincia gran parte de ſu conquiſta, pues obrando ſiempre con el valor correſpondiente à ſu nobleza heredada, no huvo expedicion Militar en ſu tiempo à que no concurrieſſe, mereciendo entre todos ſus compañeros los aplauſos de primero en qualquier lance; acompañò à Phelipe de Vrre en el deſcubrimiento de los Omeguas, ſiendo vno de los treinta y nueve Varones memorables que derrotaron el Exercito numeroſo de quince mil Combatientes de aquella Nacion guerrera; y quando la fortuna podia ofrecer deſcanſo à ſus fatigas con el premio debido à ſus hazañas, malogrò ſus eſperanças vn acaſo, pues le previno la muerte ſu deſgracia en los accidentes fatales de vn deſcuido.

Deſpues de aver Loſada deſcanſado con ſu gente diez dias en el Valle de San Franciſco, llevado de el dictamen que ſiempre tuvo de hazer las diligencias poſsibles para conſeguir ſu Conquiſta por los ſuaves medios de la paz, antes de valerſe de los rigores de la guerra, en que fue ſingular eſte celebre Caudillo, pues jamàs deſembaynò la eſpada, que no fueſſe en los vltimos lances de el aprieto; deſpachò à Juan de Gamez con treinta hombres, para que corriendo el Valle abaxo procuraſſe aver algunos Indios à las manos, por cuyo medio pudieſſe manifeſtar à los Caciques ſu deſeo; y aviendo caminado como vna legua del alojamiento, llegò al Pueblo del Cacique Chacao, (Encomienda que fue deſpues de Franciſco Maldonado) que hallò deſamparado de todos ſus vecinos, pero bien proveìdo de baſtimentos; y mientras divertidos procuraban juntar quantos podian para conducirlos al Exercito, alcançaron à vèr por la ſabana inmediata al Pueblo algunos Indios, è Indias, que preſurosos ſe retiraban buſcando abri-

abrigo à ſu temor en la profundidad de vna quebrada, y partiendo en ſu alcance (à coſta de vna leve reſiſtencia) conſiguieron apriſionar algunos, y entre ellos al miſmo principal Chacao: ocaſion en que manifeſtò la experiencia aver la naturaleza criado tambien Hercules en la America, en quienes obrando deſde la cuna los impulſos de el valor, como calidad intrinſeca del alma, tuvieron por juguetes de la niñez acciones, que en hombres muy esforçados ſe atribuyeran à efectos de vna temeridad arrojada.

Hallabaſe à corta diſtancia de la quebrada vn Indiecillo de ocho à nueve años de edad, y viendo que entre las perſonas que apriſionaban padecia los vltrajes de cautiva vna hermanita ſuya, impelido del amor, ò arrebatado del brio, poniendo primero en ſalvo otro hermanillo pequeño, que tenia en los brazos, armandoſe de arco, y flechas, ſaliò al encuentro à los nueſtros, pareciendole baſtaba el ardimiento que le influìa el corazon para poner en libertad à la inocente hermana, y con gentil denuedo, y reſolucion imponderable, con la voz, y con las obras manifeſtaba ſu enojo, pues prorrumpiendo en oprobrios, que le dictò el ſentimiento, y echando mano à las armas, diſparò todas las flechas que embarazaban la aljava, hiriendo (aunque levemente) dos Soldados; Juan de Gamez, admirado de operacion tan agena de la edad de aquel muchacho, mandò que no le tiraſſen, deſeando averlo à las manos ſin que recibieſſe daño; y porque no ſe eſcapaſſe, valiendoſe de la fuga, cercandolo por todas partes, diò orden à ſus Soldados, que lo cogieſſen en brazos; pero el rapaz, ageno de turbacion, y oſtentando los eſpiritus que avia encendido ſu colera, aun intentò defenderſe, valiendoſe de el arco que le quedaba en las manos, haſta que rendido con el canſancio ſe confeſsò vencido, mas por la fatiga que le aſsiſtia, que por el valor que le faltaba.

Buelto Juan de Gamez al Real con el Cacique Chacao, y demàs priſioneros que avia cogido en ſu entrada, informado Loſada de las acciones del muchacho, aficionado à ſu aliento, deſpues de averlo agaſſajado con caricias, y regalado con dadivas, procurò reducirlo à que ſe quedaſſe en ſu compañia, pero nunca quiſo el Indiecillo aſſentir à tal propueſta, inſtando ſiempre por la libertad de la hermana para bolverſe à ſu Pueblo; y como el animo de Loſada era executar la pacificacion de la Provincia, reduciendola al yugo del vaſſallaje por los medios de amiſtad, ſin que los Indios experimentaſſen violencia en los modos de ſu trato, pareciendole buena ocaſion la preſente, para que conocieſſen

que

que ſus obras convenian con ſus palabras, y con el deſeo de que perdiendo el miedo al rigor que temian, ſe aficionaſſen del agrado que no eſperaban, no ſolo diò libertad al Indiecillo, entregandole la hermana, pero regalando al Cacique Chacao, y dandole toda la gente priſionera de ſu Pueblo, lo deſpidiò magnanimo, pidiendole ſolo en recompenſa de ſu libertad la correſpondencia firme de vna amiſtad verdadera, à que prometiò el barbaro aſsiſtir con la lealtad que es propria de vn animo agradecido, pero como Infiel ſolo mantuvo la memoria del beneficio mientras la neceſsitò fingir ſu diſsimulo para reſtaurar la libertad perdida, pues apenas ſaliò del alojamiento de Loſada quando, para manifeſtar la traycion que ocultaba en ſu alevoſo pecho, flechò quantos cavallos encontrò deſmandados en el campo, y continuando con mayor demoſtracion ſu rebeldia, deſamparò ſu Poblacion, retirandoſe con todos ſus vaſſallos à las Serranias mas inmediatas, deſde donde al mas minimo deſcuido de los nueſtros, lograba la ocaſion ſu alebosia, pues no ſe apartaba de el alojamiento perſona de ſervicio, ò Indio amigo, que no perdieſſe la vida al tiro de ſu traycion.

****
***

CAPITULO V.

ENTRA LOSADA A LA Provincia de los Mariches, y antes de ſujetarla dà la buelta al Valle de San Francisco à ſocorrer à los ſuyos.

DEſengañado Loſada de lo poco que aprovechaban los medios pacificos de que ſe avia valido para ſujetar la Provincia, determinò proſeguir en ſu Conquiſta por el camino ineſcuſable de la guerra, y para ello, dexando el reſto de ſu Campo à cargo de Franciſco Maldonado, con ſolos ochenta hombres ſaliò en buſca de los Mariches; confinaba eſta Nacion con el Valle de San Franciſco, por la parte del Oriente, ocupando diez leguas de tierras altas, y dobladas, de vn temperamento templado, numeroſa entonces, y dividida en diferentes Pueblos que habitaba, y oy tan totalmente deſtruida, que ſolo ha quedado el nombre que mantiene la Provincia, para que en las cenizas de ſu ruina acuerde à la memoria lo que fue.

Partido Loſada con ſus ochenta hombres, aviendo caminado tres leguas el Valle abaxo, llegò al primer Pueblo de la Nacion que buſcaba; pero noticioſos los Indios anticipadamente de

de ſu entrada, lo avian deſamparado, dexando en èl ſola vna vieja, que por invtil, ò impedida no pudo ſeguir la retirada: accidente, que diò nombre à aquel Païs, pues por la leve circunſtancia de eſte caſo ſe llama haſta oy la Quebrada de la Vieja el ſitio donde eſtuvo el Pueblo, que deſpues Chriſtobal Gil, ſiendo ſu Encomendero, mudò à la rinconada de Petare, donde al preſente ſe conſerva.

Luego que los Indios deſde la Serrania donde ſe avian acogido alcançaron à vèr à nueſtra gente apoderada de ſus caſas, con aquella vocería, hija de ſu barbaridad, con que ſuelen desfogar los ardimientos de ſu colera, empezaron à prorrumpir en amenazas, y oprobrios contra los nueſtros; y moſtrando deſde lo alto vnas camiſſas blancas, les decian, adonde vais miſerables? bolveos, bolveos, que los Indios Taramaynas han muerto à vueſtros compañeros, que dexaſteis en el Valle, veis aqui ſus camiſſas, que nos las embiaron de regalo, para que hagamos lo proprio con voſotros, y ſi no os vais de nueſtro Pueblo, morireis à nueſtras manos.

Era Loſada Soldado antiguo de la Milicia Indiana, y como tal muy practico en todas las cautelas de los Indios, y aſsi, ſin hazer caſo de la noticia que le daban, proſiguiò ſu entrada à lo interior de la Provincia, dexando parte de ſus Soldados eſcondidos dentro de las miſmas caſas, para que al bolver los Indios à ſu Pueblo les hicieſſen perder el orgullo que tenian, caſtigando con rigor ſu atrevimiento: diſpoſicion, que ſe logrò al inſtante, pues apenas huvo ſalido Loſada quando baxaron al Pueblo diez Gandules, que cogidos de repente en la emboſcada, aunque intentaron defenderſe con valentia, perdieron todos la vida con temeridad; y dexando palpitando entre ſu ſangre los miſerables cadaveres, pareciendoles baſtante demoſtracion para el eſcarmiento de los otros lo que dexaban obrado, proſiguieron en alcance de Loſada, à quien encontraron breve, por la gran fatiga con que caminaba, pues hallando cerradas las veredas con hueſſos, maderos, y corraduras, que avia diſpueſto la induſtria de los Indios para embarazar la entrada, no daba paſſo en que no hallaſſe vn eſtorvo, ò no encontraſſe vn peligro: cauſa, para que en la corta diſtancia de quatro leguas conſumieſſe el tiempo de tres dias, que tardò en llegar à dar viſta al Pueblo de el Cacique Aricabacuto, fundado de la otra vanda de vna quebrada muy honda, que ſe ofrecia por delante, guarnecida de dos peñones altos, y peynados, en que como lugar mas acomodado para la ofenſa ſe avia fortalecido el Cacique con mil Indios de los mas valientes, y eſforçados que cono-

cia en ſu Nacion, que apenas deſcubrieron nueſtro Campo quando poblaron el ayre de flechas, y tiraderas, para que conocieſſen los nueſtros las dificultades que tenia el paſſo de la quebrada; pero Loſada cogiendo la delantera, y valiendoſe de la reſolucion, ſin dar lugar al diſcurſo, haciendo piernas al cavallo mandò, que diſparando ſin ceſſar los arcabuzes, le ſiguieſſen desfilados, y acompañado de Juan Ramos empezò a ſubir por vna media ladera, que ſaliò à lo alto de los peñones, à cuyo exemplo los demàs cogieron la miſma ſenda, ſin que la multitud de flechas que diſparaban los Indios les embarazaſſe el repetir la deſcarga de los arcabuzes; de que amedrentados los barbaros, aviendo herido (aunque levemente) à Loſada por debaxo de la celada que llevaba en la cabeza, con repentina fuga deſampararon los peñones, dexando el Pueblo abandonado à diſcrecion de los nueſtros; pero à tiempo, que ſin poder gozar los efectos de el ſuceſſo, les obligò à retirarſe vna novedad impenſada, malogrando por entonces la pacificacion, que ya tenian en terminos de conſeguida; y fue el caſo, que luego que Loſada ſaliò de el Valle de San Franciſco, los Indios, que cuidadoſos obſervaban todos los movimientos de los nueſtros, pareciendoles buena ocaſion para derrotarlos el cogerlos divididos, juntandoſe haſta dos mil Gandules de pelea baxaron de las Serranias, y con continuos aſſaltos moleſtaron de calidad à Franciſco Maldonado, ſitiandolo en ſu alojamiento, que ſin baſtar el valor con que peleava, ni el arte Militar con que ſe defendia, viendoſe falto de baſtimentos, y tan oprimido de las aſechanças de los barbaros, que ſin poder remediarlo, no ſe deſcuidaba perſona de ſervicio que no murieſſe à ſus manos, determinò, valiendoſe de vn Indio amigo, à dar aviſo à Loſada de el aprieto en que ſe hallaba: noticia, que recibiò à tiempo que abançando los peñones de Aricabacuto (como referimos) cantaba la victoria de ſu vencimiento; pero pareciendole accion, mas hija de la prudencia el conſervar lo adquirido, que el proſeguir lo dudoſo, diò con celeridad la buelta al Valle de San Franciſco al ſocorro de los ſuyos, en que anduvo tan feliz, que ſin llegar à las manos, ſolo à la voz de ſu venida deſampararon el ſitio, retirandoſe los Indios à las montañas vecinas, y dexando libre à Maldonado de la opreſsion que tenia.

*** *** ***

*** ***

***

CA-

CAPITULO VI.

EMBIA LOSADA A Don Rodrigo Ponce à buſcar baſtimentos à los Tarmas: vence la batalla de la Quebrada, y ſe retira.

AUnque con la retirada de los Indios gozaron nueſtros Eſpañoles de algun alivio, deſcantando de la moleſta fatiga de las armas, ſe hallaban bien afligidos por experimentarſe cada dia mas rigoroſa la falta de baſtimentos, à cauſa de aver los Indios talado todas las ſementeras inmediatas, para hacer mas cruel la guerra con la hoſtilidad de la hambre; y ſiendo preciſo ocurrir al remedio de neceſsidad tan vrgente, embiò Loſada à Don Rodrigo Ponce con quarenta Soldados de à pie, quatro hombres de à cavallo, y baſtante numero de Indios de ſervicio, para que corriendo las Poblaciones de los Tarmas, y Taramaynas, (que habitaban à la parte del Poniente en las Serranìas que corren ſobre el Mar) juntaſſe los baſtimentos poſsibles para ſocorro de el Campo.

Partido Don Rodrigo con ſu gente, llegò à la medianìa de vna loma, de donde deſcubriò en las vegas que formaba vna quebrada algunas ſementeras, que abundantes de maìz, yuca, y otras raìzes, le ofrecian con facilidad, lo que buſcaba con anſia, y logrando ocaſion tan oportuna, diò orden à ſus Soldados, para que baxando à la quebrada recogieſſen con preſteza, lo que ſolicitaban con ahinco, quedandoſe èl con los quatro de a cavallo en vn alto de la loma à guardarles las eſpaldas, à tiempo que por la ladera de vna cuchilla ſalieron cinco Gandules, que coronados de penachos, y embarnizados de vija, armados de arcos, y flechas, con bizarra reſolucion provocaron à combate à los cinco de à cavallo.

Eſtaba entre los Gandules vno, que llamaban Carapayca, Taramayna de Nacion, y teniendo eſte por deſayre de ſu valor el pelear con la ventaja q̃ le daba la ladera, dõde no podian llegar los ginetes, por ſer el ſitio arrieſgado al manejo de los cavallos, deſpreciando ſu ſeguridad por manifeſtar ſu valentia, ſaliò à lo raſo de la loma haciendo cara à los cinco; y viſta por Don Rodrigo ſu arrogancia, hizo piernas al cavallo para atraveſarlo con la lança, à cuya demoſtracion el Carapayca, echando atràs el pie derecho, y calando al arco vna flecha, diſparò con tal violencia, que la clavò en la celada, à tiempo que executando el golpe Don Rodrigo, le paſsò la muñeca del brazo izquierdo, metiendole la cuchilla por dentro de las dos canillas; pe-

to el barbaro encendido de furor, y bramando de coraje, echando mano à la lança tirò de ella con tal furia, que aunque Don Rodrigo aplicò todo ſu esfuerço à defenderla, viendo que el Carapayca ſe lo llevaba tras sì, ſacandolo de la ſilla, tuvo por mejor partido el ceder à la violencia, dexandoſela en las manos; de que vanaglorioſo el gentil quedò haciendo oſtentacion de ſu victoria, enarbolando la lança como deſpojo del triunfo.

Entre tanto no tenian poco que hazer los compañeros, pues acoſados por todas partes de mas de trecientos Gandules (que ocupando las cuchillas de la loma avian ocurrido à la refriega) eran tan repetidas las cargas de flecheria, que viendoſe en parte donde no podian valerſe de los cavallos, por lo deslizable que eran las laderas, tomaron por acuerdo el retirarſe al abrigo de los Infantes, que ſe hallaban en las vegas de la quebrada cogiendo los baſtimentos, y juntos en vn cuerpo, porque los Indios no ſe gloriaſſen vfanos con la altivèz de aver quitado la lança à Don Rodrigo, y quedar dueños de el Campo, bolvieron à ſubir la loma arriba à reſtaurar algo de la opinion perdida; pero el Carapayca, que como Caudillo capitaneaba las barbaras Eſquadras, aſtuto, y cauteloſo, ſin aguardar el combate deſamparò la loma, fingiendo retirarſe acobardado; de que ſatisfechos los nueſtros, ſin proſeguir en ſu alcance, engañados con la maxima comun de bazer la puente de plata al enemigo que huye, dieron la buelta à la quebrada, y aſſegurando los baſtimentos recogidos, tomaron la marcha para el Valle de SanFranciſco, gozoſos con el ſocorro que llevaban para alivio de la neceſsidad que padecian; mas como la retirada de Carapayca avia ſido operacion nacida de militar eſtratagema, y no efecto producido de cobardia, aumentando de mas Tropas, que por inſtantes le llegaban de refreſco, como practico del Paìs, y acoſtumbrado à piſar las malezas de aquel ſitio, tomando por ſendero vna ladera, ſe deſcolgò à la quebrada, ſin ſer viſto de los nueſtros, haſta que aviendoles cogido las eſpaldas, atacò de repente la batalla, poniendo en confuſion la Retaguardia.

Batalla de la Quebrada.

Don Rodrigo viendoſe acometer quando menos lo eſperaba, hizo alto con ſu gente, bolviendo la cara al enemigo; pero eſte, ſagaz, y prevenido, apenas diò la primer carga de flecheria quando dividiendo en Mangas ſu Eſquadron, ocupò por todas partes la quebrada, y faldas de la loma, para que con la diverſión fueſſe mas formidable el encuentro que intentaba, lograndolo à la ſombra de la confuſion que pretendia: diſpoſicion, que obligò à los nueſtros à que divididos

en

en Esquadras tambien peleassen separados, para oponerse à la multitud que los acometia, travando de esta suerte en diferentes partes la batalla.

Hallavase Francisco Infante, con otros dos de à cavallo, guardando las espaldas à los Soldados de à pie, y descubriendo cerca vna quadrilla de Indios, que baxaba de refresco, seguido de los que le acompañaban los acometiò resuelto, haciendolos retirar la loma arriba; pero siguiendo el alcance, divertido con el ardor de la pelea, sin vèr por donde iba, quando bolviò en sì se hallò atacado entre vnas altas barrancas, que agenas de humana huella, negaban el passo à la salida, al tiempo que acobardados algunos de los Soldados, no pudiendo sostener el impetu de los barbaros, ni la multitud de las flechas que disparaban, empezaron à retirarse temerosos àzia la parte donde se hallaba Francisco Infante, acongoxado por no poder salir à socorrer à los suyos; y viendo entre los que huìan à Alonso Ruiz Vallejo, (que despues fue vecino Encomendero de Barquisimeto) hijo natural del Contador Diego Ruiz Vallejo, avido en vna India de las Cayquetias de Coro, arrebatado de colera le dixo: Hà Indio! como huyes, infamando la sangre de tu padre? Si eres hijo de Diego Ruiz Vallejo, no heredaste de èl el ser cobarde.

Es muy poderoso el pundonor en quien tiene buena sangre, y assi, oyendose injuriar Alonso Ruiz, inflamado el corazon al recuerdo de las obligaciones de el padre, bolviò en sì de aquel temor que violentaba su espiritu, y embrazando la rodela, y echando mano à la espada, determinado à morir para soldar su opinion, baxaba ciego de enojo en busca de los contrarios, quando encontrando en la loma à Carapayca, que con la lança de Don Rodrigo en las manos andaba infundiendo aliento à sus Esquadras, pareciendole buena ocasion para lavar con su sangre la mancha de su descredito, sin esperar à valerse de la espada, por desahogar quanto antes el incendio que le atormentaba el pecho, se abrazò con èl para quitarle la lança, y luchando el barbaro por defenderla, asydo el vno del otro se precipitaron juntos por vna barranca abaxo, hasta caer à la quebrada, donde ocurriendo otros veinte Indios à ayudar à Carapayca, sin perder el aliento Alonso Ruiz, aunque atormentado de la caìda, se defendia valeroso; pero hecha yà pedazos la rodela à los golpes de las macanas, y hallandose con tres heridas penetrantes, huviera desmayado en el combate à no ser socorrido de dos Indios amigos, llamado el vno Juan, criado de Diego de Montes, y el otro Diego, Cayquetio de Nacion, (que avian venido desde Barquisimeto con los nuestros) que es-

grimiendo el vno vn estoque; y jugando el otro vna lança, se portaron con tal brio, que dexando muertos ocho de los contrarios, hicieron retirar à los demàs, sacando de el apricto à Alonso Ruiz, en ocasion, que desamparado el Campo de los barbaros por todas partes, se cantaba por nuestra la victoria, teniendo lugar con este buen sucesso para dàr la buelta al Valle de San Francisco, llevando los bastimentos, que tanto afàn les costaron.

CAPITULO VII.

FUNDA LOSADA LA Ciudad de Caracas, y dasè cuenta de el estado à que ha llegado su crecimiento.

AUnque Losada avia estado siempre en animo de no poblar hasta tener pacificada la Provincia, conociendo, por la obstinacion que experimentaba en los Indios, lo dilatada que iba su Conquista para poder con mas comodidad, y conveniencia conseguirla, y tener en qualquier adverso accidente segura la retirada, se resolviò à fundar vna Ciudad en el Valle de San Francisco, à quien intitulò, Santiago de Leon de Caracas, para que en las clausulas de este nombre quedasse la memoria de el suyo, el de el Governador, y la Provincia; y hechas las diligencias que en semejantes actos se acostumbran, señalado sitio para la Iglesia, y repartidos solares à los vecinos, nombrò por Regidores à Lope de Benavides, Bartholomè de Almao, Martin Fernandez de Antequera, y Sancho de el Villar, que juntos en Cabildo, eligieron por primeros Alcaldes à Gonçalo de Osorio, sobrino de Losada, y à Francisco Infante.

Ciudad de Caracas.

El dia en que Losada executò esta funcion es tan ignorado en lo presente, que no han bastado mis diligencias para averiguarlo con certeza, pues ni ay persona anciana que lo sepa, ni Archivo antiguo que lo diga; y quando pensè hallar en los Libros de Cabildo expressa con claridad esta circunstancia, aviendolos reconocido con cuidado los encontrè tan diminutos, y faltos de las noticias de aquellos primeros años, que los papeles mas antiguos que contienen son del tiempo que governò Don Juan Pimentèl descuido ponderable, y omission singular en fundacion tan moderna! El Maestro Gil Gonçalez (discurro que governandose por el titulo de la Ciudad) assegura fue su fundacion dia de Santiago; pero no dudo errarìa el dia quien con tanta claridad errò en el año, pues pone esta fundacion hecha el de quinientos y treinta: cosa tan irregular, y sin fundamento, que dudo el que pudo tener Autor tan cla-

Teatro Eccles.

clasico para escrivir tal desproposito; y assi, dexando esta circunstancia en la incertidumbre que hasta aqui, pues no ay instrumento que la aclare, passarèmos à dàr noticia de el estado à que ha llegado esta Ciudad de Caracas.

En vn hermoso Valle, tan fertil como alegre, y tan ameno como deleytable, que de Poniente à Oriente se dilata por quatro leguas de longitud, y poco mas de media de latitud, en diez grados y medio de altura Septentrional, al pie de vnas altas Sierras, que con distancia de cinco leguas la dividen de el Mar en el recinto que forman quatro rios, que porque no le faltasse circunstancia para acreditarla Paraiso, la cercan por todas partes, sin padecer sustos de que la aneguen. Tiene su situacion la Ciudad de Caracas en vn temperamento tan de el Cielo, que sin competencia es el mejor de quantos tiene la America, pues ademàs de ser muy saludable, parece que lo escogiò la Primavera para su habitacion continua, pues en igual templança todo el año, ni el frio molesta, ni el calor enfada, ni los bochornos de el Estìo fatigan, ni los rigores de el Invierno afligen: sus aguas son muchas, claras, y delgadas, pues los quatro rios que la rodèan, à competencia la ofrecen sus cristales, brindando al apetito en su regalo, pues sin reconocer violencias de el Verano, en el mayor rigor de la Canicula mantienen su frescura, passando en el Diciembre à mas que frias: sus calles son anchas, largas, y derechas, con salida, y correspondencia en igual proporcion à todas partes; y como estàn pendientes, y empedradas, ni mantienen polvo, ni contienten lodos: sus edificios los mas son baxos, por recelo de los temblores, algunos de ladrillo, y lo comun de tapias, pero bien dispuestos, y repartidos en su fabrica: las casas son tan dilatadas en los sitios, que casi todas tienen espaciosos patios, jardines, y huertas, que regadas con diferentes azequias, que cruzan la Ciudad, saliendo encañadas de el rio Catuche, producen tanta variedad de flores, que admira su abundancia todo el año: hermosean las quatro Plazas, las tres medianas, y la principal bien grande, y en proporcion quadrada.

Fuera de la innumerable multitud de Negros, y Mulatos que la assisten, la habitan mil vecinos Españoles, y entre ellos dos titulos de Castilla que la ilustran, y otros muchos Cavalleros de conocidas prosapias, que la ennoblecen: sus Criollos son de agudos, y promptos ingenios, corteses, afables, y politicos; hablan la lengua Castellana con perfeccion, sin aquellos resabios con que la vician en los mas Puertos de las Indias; y por lo benèvolo de el Clima son de ayrosos cuerpos, y gallardas disposiciones, sin que se halle alguno contrahecho, ni con feal-

fealdad disforme, ſiendo en general de eſpiritus bizarros, y corazones brioſos, y tan inclinados à todo lo que es politica, que haſta los Negros (ſiendo Criollos) ſe deſdeñan de no ſaber leer, y eſcrivir; y en lo que mas ſe extreman es en el agaſſajo con que tratan à la gente foraſtera, ſiendo el agrado con que la reciben atractivo con que la detienen, pues el que llegò à eſtàr dos meſes en Caracas, no acierta deſpues à ſalir de ella: las mugeres ſon hermoſas con recato, y afables con ſeñorìo, tratandoſe con tal honeſtidad, y tan gran recogimiento, que de milagro entre la gente ordinaria ſe vè alguna de cara blanca de vivir eſcandaloſo, y eſſa ſuele ſer venida de otras partes, recibiendo por caſtigo de ſu defecto el vltraje, y deſprecio con que la tratan las otras.

Tiene para luſtre ſuyo Igleſia Cathedràl deſde el año de ſetecientos y treinta y ſiete, en que el ſeñor Obiſpo Don Juan Lopez Aburto de la Mata la trasladò de la Ciudad de Coro, donde eſtaba antes; es dedicada al Apoſtol Santiago: ſu fabrica ſe forma en cinco Naves, cuya techumbre carga ſobre pilares de ladrillo, con arcos de lo miſmo; y aunque cada Nave de por sì es algo angoſta, todas juntas diſponen vna obra muy viſtoſa en proporcion ſimetrica: el Presbyterio es de boveda, y forma en el crucero con los primores de la arquitectura à lo moderno vna media naranja bien ayroſa.

Fuera de las cinco Naves adornan ſu edificio quatro Capillas de particulares Patronatos, que vnidas al lado de la Epiſtola, forman otra Nave ſeparada, la vna dedicada à la Trinidad Santiſsima, que labrò, y dotò el Proveedor Pedro Jaſpe de Montenegro, natural del Reyno de Galicia, y Regidor que fue en eſta Ciudad: en otra ſe venèra el Portento de los Milagros San Nicolàs de Bari, colocado en ella à impulſos de la ardiente devocion que le profeſsò Doña Melchora Ana de Tobar, viuda de Don Juan de Aſcanio y Guerra, Cavallero de el Orden de Santiago: la de nueſtra Señora del Pilar de Zaragoza dotò, y mandò fabricar el Bachiller Don Joſeph Melero, Dean que fue de eſta Cathedral; y la de nueſtra Señora del Populo, fundacion de el Iluſtriſsimo ſeñor Obiſpo Don Diego de Baños y Soto-Mayor, que la dotò en nueve mil y trecientos peſos, y renta annua de vn Capellan que la ſirve: deſcanſan en ella las cenizas de tan venerable Prelado, donde ſu Eſtatua, hincada de rodillas al lado de el Evangelio, mantiene la memoria de ſu piadoſo zelo: ſu fabrica de boveda, con todas las galas que permite el arte, aviendo muerto ſu Iluſtriſsima antes de acabarla, perfeccionò el Autor de eſta Hiſtoria, por averle ſucedido en el Patronato de ella, como ſobrino ſuyo.

A los lados de la puerta principal, que cae à la Plaza, en la que mira al Norte se levantò vna elevada torre, que sustenta diez campanas de voces muy sonoras; y en el que mira al Sur se estiende sobre el Altozano la Capilla de el Apostol San Pedro, fabricada à expensas de su Ilustre Cofradia, tan desahogada, y capàz, que separada, por sì sola pudiera passar por Iglesia en otra parte, segun el ambito que ocupa, y sirve juntamente de Sagrario à los Curas para la administracion de la Parrochia.

La renta Episcopal, que es la quarta parte de los Diezmos, no baxa de diez mil pesos, y segun el valor de los frutos suele subir à doze, y à catorce; la Capitular se reparte en quatro Dignidades, y quatro Canongias, con la suprimida para la Inquisicion (de las quales vna es de merced, y dos de oposicion) llevando el Dean à razon de docientos, Arcediano, Chantre, y Tesorero de ciento y cinquenta, y los Canonigos de ciento y treinta, sin las Capellanias, y Manuales, que son muy considerables; tiene para la administracion de los Sacramentos dos Curas-Rectores, y para el servicio de la Iglesia vn Sacristan Mayor, dos menores, y ocho Monacillos, diez Capellanias de Choro, las seis que instituye la ereccion, dos que se añadieron despues, y dos, que dexò dotadas con renta de docientos y veinte y seis pesos cada vna el Alferez Pedro de Paredes, Mayordomo que fue muchos años de su Fabrica; vn So-Chantre, Maestro de Capilla, Organista, Secretario de Cabildo, Pertiguero, Apuntador, y otros Ministros; celebranse los Oficios Divinos con gran puntualidad, aseò, y ostentacion, sirviendose de muchos, y ricos Ternos de telas, y damascos, y alhajas de plata, que tiene en abundancia para el lustre de sus funciones; y entre otras preseas de estimacion sobresalen en el valor dos riquisimas Custodias de pedreria, que no las tiene mejores ninguna Iglesia de las Indias.

Para la administracion de la Feligresia tiene tres Ayudas de Parrochia, là vna dedicada à nuestra Señora de Altagracia, en que està fundada vna piadosa Cofradia de los Mulatos, que cuidan del adorno, y asistencia de la Iglesia con particular aseò, y devocion, esmerandose con gran fervor en la ostentacion con que celebran sus fiestas; otra à San Pablo primer Ermitaño, que es juntamente Hospital, donde se cura de todas enfermedades, con renta muy suficiente para la necessaria asistencia de los enfermos, procedida assi del noveno y medio, que por la ereccion del Obispado percibe de los Diezmos, como de diferentes reditos, y tributos que tiene impuestos.

Eſta Igleſia fabricò la Ciudad el año de quinientosy ochenta, en ocaſion, que hallandoſe afligida con vna rigoroſa peſte de viruelas, y ſarampion, que conſumiò mas de la mitad de los Indios de la Provincia, eſcogiò porPatrono,para remedio del daño que padecia, al Glorioſo Proto-Eremita, y ceſſando el contagio por beneficio de ſu interceſsion, la Republica agradecida quiſo perpetuar ſu reconocimiento, dedicando eſte Templo al culto de ſu Bienhechor; y en memoria de eſte favor recibido de ſu Patrocinio,aſsiſte todos los años el Cabildo à celebrarle ſu fieſta el dia quince de Enero; deſpues,aviendoſe arruinado eſte edificio, lo reedificaron, dandole mayor capacidad, y adornandolo de vna hermoſa torre, el Depoſitario General Domingo de Vera, y ſu hermano Don Diego de Adame, vecinos principales, y viznietos del Conquiſtador Sebaſtian Diaz, y de Mariana Rodriguez de Ortega, ſu muger; eſtà colocada en eſta Igleſia vna Copia Milagroſa de nueſtra Señora de Copacavana, de cuya miſericordia experimenta eſta Ciudad ſingulares maravillas, ſiendo el Refugio de ſus afliccio-nes, y el Amparo de ſus neceſsidades, principalmente en dilatandoſe las lluvias, pues lo miſmo es ocurrir à buſcar el conſuelo en ſu piedad, que deſatarſe las nubes en dilubios de agua; el modo raro con que eſta Soberana Imagen fue traìda de el Perù referimos en llegando el año de ſu colocacion.

La Ayuda de Parrochia de nueſtra Señora de la Candelaria, extra muros de la Ciudad, es fabrica moderna; edificaronla el año de ſetecientos y ocho los Iſleños,naturales de las Islas deCanaria, ayudados del fervoroſo zelo, y piadoſa aplicacion del Licenciado Pedro de Vicuña, venerable Sacerdote, donde concurren à manifeſtar en la Copia la devocion que profeſſan à la que venèran por Patrona en la Iſla de Tenerife.

El Hoſpital de la Charidad, donde ſe curan mugeres enfermas,ſirviendo tambien de recluſion à las que por eſcandaloſas neceſsita de caſtigo ſu liviandad; mandò fundar, y dotò con renta ſuficiente Doña Maria Marin de Narbaez, ſeñora rica, y virtuoſa, que aviendo vivido ſiempre ſin tomar eſtado, convirtiò toda ſu hacienda en el beneficio comun de obra tan pia.

La Religion de Santo Domingo, que fue la primera que honrò con ſu aſsiſtencia eſtaCiudad, mantiene vn Convento con quarentaReligioſos de ordinario, perteneciente à la Provincia de Santa Cruz de la Eſpañola, la mas antigua de las Indias: venèraſe en ſu Igleſia la Milagroſiſsima Imagen de nueſtra Señora de el Roſario, dadiba de la Mageſtad

tad del señor Don Phelipe Segundo, y atractivo de la devocion de todos los vecinos, que la reconocen por eficàz Patrona contra la violencia de los temblores.

La Religion de San Francisco sustenta cinquenta Religiosos, que como Serafines con su Regular Observancia, assèo de su Templo, y sequela continuada de su Choro, son la edificacion de la Republica: tienen en su Convento por prendas de su mayor Tesoro vn pedazo de Lignum Crucis, con que lo enriqueciò el Governador Don Martin de Robles Villafañate, y vna Imagen de nuestra Señora de la Soledad de tan perfecta escultura, que iguala à la de la Victoria, que se venèra en Madrid; roba los corazones su ternura, y mueve à compuncion solo el mirarla.

La de nuestra Señora de las Mercedes fundò el año de seiscientos y treinta y ocho en sitio muy retirado de lo principal de la Ciudad; fue su Patron el General Rui Fernandez de Fuenmayor, Governador de la Provincia, de cuyo honroso titulo goza oy su nieto Don Rui Fernandez de Fuenmayor y Tobar; pero como lo extraviado de el lugar traìa consigo muchas incomodidades para los Religiosos, se vieron obligados el año de seiscientos y ochenta y vno à desamparar su fundacion primera, mudandose à parte mas cercana, donde la cortedad de las rentas que gozan ha sido causa de que estèn sin las conveniencias que la Republica desea, por la devocion que les professa; pero sin embargo mantiené diez y seis Religiosos, con vn hermoso Templo, el mejor de la Ciudad, assi por lo garvoso de su planta, como por los buenos fundamentos de su fabrica.

Para la educacion de la juventud tiene vn Colegio Seminario debaxo de la proteccion de Santa Rosa de Lima, que empezò à fundar en la Plaza mayor el año de seiscientos y sesenta y quatro el Ilustrissimo señor Don Fray Antonio Gonçalez de Acuña; y despues lo acabò, y puso en perfeccion el Ilustrissimo señor Obispo Don Diego de Baños, tio de el Autor: su fabrica es de alto con viviendas muy desahogadas, y classes muy capazes para la leccion de cinco Cathedras que en èl se cursan, las dos de Theologia, vna de Philosophia, y dos de Gramatica, donde cultivados los ingenios, como por naturaleza son claros, y agudos, se crian supuestos muy cabales, assi en lo Escolastico, y Moral, como en lo Expositivo.

Pero la joya mas preciosa que adorna esta Ciudad, y de que puede vanagloriarse con razon, teniendola por prenda de su mayor felicidad, es el Convento de Monjas de la Concepcion, Vergèl de perfecciones, y Cigarral de virtudes: no ay cosa en el, que no

sea

ſea ſantidad, y todo exala fragrancias de Cielo; dotaronlo, aplicando toda ſu hazienda para ſu fabrica, y congrua, Doña Juana de Villela, natural de Palos en el Condado de Niebla, viuda del Capitan Lorenço Martinez, natural de Villa-Caſtin, vecino Encomendero que fue de eſta Ciudad, y Doña Mariana de Villela, ſu hija, viuda de el Regidor Bartholomè de Maſabel, el año de ſeiſcientos y diez y ſiete, aunque, por los accidentes que referirèmos en llegando al año de ſu fundacion, ſe dilatò eſta haſta el de ſeiſcientos y treinta y ſiete, en que ſiendo ſu primera Abadeſa Doña Iſabèl de Tiedra, (que de Religioſa de el Convento de Santa Clara de la Ciudad de Santo Domingo vino por Maeſtra, y Hortelana de eſte nuevo Plantèl) viſpera de la Concepcion les puſo la clauſura el ſeñor Obiſpo D. Juan Lopez Aburto de la Mata, dando el Habito à las primeras Azucenas, que ſe conſagraron à Dios en ſu recogimiento; eſtas fueron; Doña Mariana de Villela, ſu Fundadora, y como tal, por nombramiento ſuyo Doña Franciſca Villela, Doña Ana Villela, Doña Maria Villela, Doña Maria de Ponte Doña Juana de Ponte, Doña Luzìa de Ponte, ſobrinas ſuyas, Maria de Vrquijo, Doña Inès de Villavicencio, y Doña Elvira de Villavicencio: mantienen al preſente ſeſenta y dos Angeles en otras tantas Religioſas de velo negro, que en continuas Vigilias, y mortificaciones viven tan en Dios, y agenas de lo que es mundo, que à qualquiera hora de la noche que ſe paſſe por las puertas de ſu Igleſia ſe oyen los ecos de ſus aſperas penitencias, y los tiernos ſuſpiros con que claman al Cielo deſde el Choro.

Ademàs de los Templos referidos tiene eſta Ciudad dos Ermitas: la que comunmente llaman San Mauricio, aunque ſu advocaciõ legitima es de S. Sebaſtian, la edificò Loſada luego que poblò eſta Ciudad, en cumplimiento de el voto que hizo al Santo Martyr eſtando en la Villa Rica, quando venia à ſu Conquiſta, eſcogiendolo por Patrono contra el veneno de las flechas; deſpues el año de quinientos y ſeteta y quatro, padeciendo eſta Ciudad vna cruel plaga de langoſta, eſcogiò por Abogado contra ſu voracidad à San Mauricio, y le edificò vna Igleſia, la qual el año de quinientos y ſetenta y nueve ſe quemò por vn deſcuido; y aviendo por eſta cauſa (en interin que ſe reparaba el Templo) colocado à San Mauricio en la Igleſia de San Sebaſtian, perdiò ſu advocacion legitima, llamandola el Pueblo deſde entonces (ſin razon) San Mauricio. De eſta Igleſia hizo donacion la Ciudad en el Cabildo celebrado à treinta de Junio de el año de ſeiſcientos y ocho à la Religion de Santo Domingo, à pedimento de ſu Provincial Fray Ja-

Jacinto de Saona, para que mudaſſe à ella el Convento de ſu Orden, y por aver los Religioſos variado de dictamen no tuvo efecto la donacion; deſpues el año de ſeiſcientos y ſeſenta y ſiete, en Cabildo celebrado à catorce de Março, ſe les concediò à los Negros, Hermanos de la Cofradia de San Juan Bautiſta (que cuidan de ella al preſente con mucha aſsiſtencia, y devocion) reſervando la Ciudad en sì el Patronato de ella, y con calidad que mantuvieſſe la advocacion de San Sebaſtian, y San Mauricio, y quedaſſen colocados los dos Glorioſos Martyres en el Altar Mayor, como tutelares, y dueños de la Igleſia; aſsiſte à ella todos los años el Cabildo el dia veinte y dos de Septiembre à celebrar fieſta à San Mauricio.

La de Santa Roſalia de Palermo edificò el Iluſtriſsimo ſeñor Obiſpo Don Diego de Baños y Soto-Mayor, ſeñalando por Patrona, con dia colendo, à eſta Peregrina Ermitaña el año de ſeiſcientos y noventa y ſeis, para que en las circunſtancias de eſta demoſtracion quedaſſe vinculada la gratitud de eſta Ciudad al favor que recibiò de ſu amparo, librandoſe por ſu interceſsion de vna cruel peſte de vomitos negros, que padeciò diez y ſeis meſes continuos: celebraſele fieſta todos los años en la Cathedral el dia quatro de Septiembre, que dexò dotado ſu Iluſtriſsimo Fundador, de cuya pia memoria, y de las demàs que inſtituyò aquel Prelado venerable, es Patrono el Autor de eſta Hiſtoria, como ſobrino ſuyo.

CAPITULO VIII.

CONTINUASE LA materia de el paſſado: viene Juan de Salas de la Margarita en ayuda de Loſada, y ſaquean los Ingleſes la Ciudad de Coro.

GOviernaſe en lo temporal la Ciudad de Caracas por vn Governador, y Capitan General, que lo es de toda la Provincia, nombrado por el Rey por tiempo de cinco años, que juntamente goza la adminiſtracion de el Patronato Real, y en virtud de ella preſenta todos los Curatos, y Beneficios de el Obiſpado, ſiendo el que tiene el primer lugar de credito, y conveniencias entre todos los Gaviernos de las Indias: para la diſtribucion ordinaria de Juſticia tiene dos Alcaldes, que elige todos los años el Cabildo, los quales, por merced concedida por la Mageſtad de el ſeñor Don Carlos Segundo en Madrid à diez y ocho de Septiembre de el año de ſeiſcientos y ſeſenta y ſeis gozan el ſingular, y honroſo privilegio de governar por sì toda la Provincia, y exercer la Capitanìa General de ella ſiempre que por qualquier accidente huviere

vacante en el Govierno, haſta tanto que ſu Mageſtad la provea en propriedad, ſin que la Audiencia, ni el Preſidente de Santo Domingo puedan nombrar Governador interino en ningun caſo, ni con ningun pretexto: ſu Cabildo ſe compone de doce Regimientos, fuera de los quatro Oficios principales de Alferez Mayor, Alguacil Mayor, Provincial de la Hermandad, y Depoſitario General: empleos, que ſiempre ocupan los Cavalleros mas iluſtres de la Republica, autorizando con ſu nobleza, y reſpeto los actos publicos, que ſon proprios de Ciudad. Eſta tiene por Armas en campo de plata vn Leon, de color pardo, pueſto en pie, teniendo entre los brazos vna venera de oro con la Cruz roxa de Santiago, y por timbre vn Corònèl de cinco puntas de oro; concediòſelas el ſeñor Don Felipe Segundo por ſu Real Cedula, deſpachada en San Lorenço à quatro de Septiembre de el año de quinientos y y noventa y vno, à pedimento de Simon de Volivar, Procurador General de eſta Ciudad en Corte, y el primero Regidor perpetuo de ella.

Su comarca fertil, y abundante de quanto ſe puede apetecer para el regalo: produce excelentes verduras de quantas eſpecies ay con abundancia, y todo el año frutas, quantas conoce por naturales ſuyas la America, y muchas que ha traſplantado la curioſidad deſde la Europa, granadas excelentes, ſazonados membrillos, manzanas, higos, vbas, limas, limones, melones, y zandias, tan perfectas todas en el guſto, como ſi no tuvieran nada de Eſtrangeras, pues las faze na el terreno como ſi fueran proprias: labraſe azucar mucha, y de buen temple, de que ſe hacen exquiſitas, y regaladas conſervas; ſus coſechas rinden à centenares por fanegas; ſus paſtos multiplican à millares los ganados; y añadiendo à las excelencias referidas la frequencia de ſu trato, la continuacion de ſu comercio con la Nueva Eſpaña, Islas de Canaria, y de Barlovento, y otras partes, para donde ſe trafican porciones conſiderables de cacao, tabaco cotambre, brafilete, y otras mercaderias; ſon partes que conſtituyen vn todo para hacer celebrada eſta Ciudad, y vna de las mejor entre las que componen el dilatado Imperio de la America.

Pocos dias deſpues de aver poblado Loſada llegò de la Isla Margarita el Capitan Juan de Salas, en cumplimiento de lo que avian capitulado los dos en el Tocuyo, pues aunque por algunos accidentes que lo retardaron no pudo concurrir al tiempo determinado para hallarſe en la primera entrada, no quiſo dexar de cumplir lo prometido, conociendo que ſu venida ſeria en qualquiera ocaſion muy eſtimada: fineza, que agradeciò Loſada, aſsi

por

por vèr la buena correſpondencia del amigo, como por la importancia de el ſocorro, que conſtaba de quatro Pyraguas cargadas de baſtimentos, (bien neceſſarios, por la falta que de ellos padecian) quince hombres Eſpañoles, entre quienes venian Andrès Machado, Melchor Lopez, y Lazaro Vazquez, Soldado antiguo de eſtas Conquiſtas, por aver ſido vno de los que acompañaron à Faxardo, y cinquenta Indios Guayqueries, que ſirvieron con gran valor, y lealtad en quanto ſe ofreciò deſpues.

Al venir Salas de la Margarita ſucediò, que Melchor Lopez, que governaba como Cabo vna Pyragua, tuvo maña, y diſpoſicion para aprisionar à vno de los Caciques de la Coſta, llamado Guaypata, fingiendoſe Mercader, que venia à buſcar reſcates; y aunque deſpues de conocido el engaño ofrecia por ſu libertad quanto tenia, no quiſo Melchor Lopez aceptar el interès, por hacer el cotejo de entregarlo à Loſada, por ſi acaſo pudieſſe ſervir de algo à ſus intentos: galanteria, que ſaliò tan acertada, que de ella ſe originaron los primeros movimientos de la pacificacion; pues llegado el Cacique à la preſencia de Loſada, valiendoſe de aquel agrado, que era natural en ſus acciones, deſpues de averlo puesto en libertad le pidiò ſolicitaſſe con los demàs Caciques lo admitieſſen por amigo, ſin dàr lugar à que proſiguiendo con la guerra les obligaſſe à conceder à las armas, lo que negaban al ruego; de que agradecido el Guaypata, bolviò al cabo de ocho dias con otros dos Caciques de la Coſta, à quienes conmoviò ſu perſuaſion, para que dando guſtoſos la obediencia, juraſſen paz con Loſada, que mantuvieron deſpues firmes, ſin viſos de deſlealtad.

Al tiempo que paſſaba lo referido en la Conquiſta de Caracas ſe hallaban en la Ciudad de Coro el Governador Don Pedro Ponce de Leon, y el ſeñor Obiſpo Don Fray Pedro de Agreda, y llegada la noche de el dia ſiete de Septiembre ſurgiò, ſin ſer ſentido, en el Puerto vn Navio de Corſarios Ingleſes, y echando la gente en tierra, al romper el Alva el dia ſiguiente acometiò à la Ciudad, que hallandoſe deſprevenida entre las confuſiones de vn aſſalto repentino, no pudieron ſus vecinos valerſe de otra defenſa, que la que permitiò el ſuſto, afiançando con la fuga ſu ſeguridad, y aun eſta fuè neceſſario executarla con tal prieſſa, que obligò à ſacar cargado al ſeñor Obiſpo, y eſconderlo en el retiro de vn monte, porque no quedaſſe expueſta ſu perſona, y dignidad à los deſacatos de aquella canalla infiel, que apoderada de la miſera Ciudad, no ſatisfecha ſu rabia con las hoſtilidades de el ſaco, cometiò ſu barbara inſolencia

cia

cia en los Vaſos Sagrados, è Imagenes de la Cathedral los ſacrilegios que acoſtumbra la hereticа perfidia; y queriendo poner fuego à los edificios, para que las cenizas de el incendio fueſſen los mejores teſtigos de ſu impiedad, redimieron los miſerables vecinos la vejacion de ſu ruìna à coſta de tres mil peſos, que pudieron juntar entre todos de lo que avian eſcapado al retirarſe; con que ſatisfecha en parte la codicia de los Corſarios, deſpues de aver eſtado en tierra quatro dias ſe hicieron à la vela, dexando tan deſtruida la Ciudad, que en muchos años deſpues no pudo bolver à lo que era antes.

CAPITULO IX.

ACOMETEN LOS Indios à la Ciudad de Caracas: ſale Loſada al encuentro, y con facilidad los desbarata.

DEſconfiado Guaycaypuro de lo mal que le avia terciado la ſuerte con Loſada, ſe mãtenia retirado eſperando la ocaſion para valerſe de los auxilios del tiempo, à cuya ſombra ſe prometia poder lograr la vengança que maquinaba en ſu pecho; pero viendo que Loſada, con la poblacion que avia diſpueſto, llevaba ſu aſsiſtencia muy de eſpacio, y que aquello era tirar à ſujetar la Provincia con el fuego lento de vna guerra dilatada, fue tan eficàz en aquel barbaro la conſideracion de eſte recelo, que apurando la eſpera al ſufrimiento aquel animo indomable, acoſtumbrado à mantener la libertad con los rieſgos de ſu ſangre, culpaba la tibieza con que haſta alli avia procedido ſu deſcuido; y determinado à ſacudir el yugo, que temia, antes que apretaſſen las coyundas que eſperaba, empezò à conmover los Caciques, y concitar las Naciones, para que como intereſſados en la comun defenſa, acudieſſen con ſus armas à reſtaurar la libertad, que imaginaban perdida, por aver llegado el caſo en que era neceſſario que obraſſe la reſolucion, ayudada de el poder; mas como la determinacion avia de ſer entre muchos, aunque fue grande la eficacia con que inſtaba Guaycaypuro, no fue poſsible el conveniſe tan breve, que no huvieſſe llegado antes el año de ſeſenta y ocho, en 1568
cuyos principios, ajuſtado yà entre todos el llevar la materia à fuerça de armas, determinaron, que para cierto dia, con el mayor numero de Tropas que pudieſſe aliſtar cada Cacique, concurrieſſen todos los intereſſados en el ſitio de Maracapana, (que es vna ſabana alta al pie de la Serranìa inmediata à la Ciudad) y echando el reſto à la deſeſperacion, acometer à Loſada, fiando à el lance de vna batalla los buenos ſucceſſos que eſperaban de ſu valor, y fortuna.

Llegado, pues, el dia determina-

minado, vinieron de la Costa, y serranìas intermedias, segun lo capitulado, los Caciques Nayguatà, Uripatà, Guaycamacuto, Anarigua, Mamacuri, (que fue el primero que despues diò la obediencia à Losada) Querequenare, Señor de Torre-quemada, Prepocunare, Araguayre, y Guarauguta, el que matò en Catia à Diego Garcia de Paredes, con siete mil Indios de pelea, que llevaron entre todos; de los Mariches concurrieron Aricabacuto, y Aramaypuro con tres mil Flecheros de su Nacion, incorporados en sus vanderas los Caciques Chacao, y Baruta con la gente de sus Pueblos. Guaycaypuro, que como Capitan General avia de governar todo el Exercito, conducia dos mil Guerreros, escogidos entre los mas valientes de sus Teques, à quienes en el camino se agregaron otros dos mil Gandules de los Tarmas, que acaudillaban los Caciques Paramaconi, Vrimaure, y Parnamacay; pero estas dos Naciones no pudieron llegar à el sitio señalado à vnirse con las demàs por vna casualidad bien impensada, en que consistiò librarse la Ciudad de tempestad tan horrible, como la que amenazaba en conjuracion tan formidable.

Ignorante Losada de todo esto, por no aver tenido noticia alguna de lo que maquinaba Guaycaypuro, avia despachado aquella madrugada à Pedro Alonso Galeas con sesenta hombres, para que corriendo las lomas, y quebradas de los Tarmas, juntasse la mayor porcion de bastimentos que pudiesse, y los traxesse à la Ciudad. Caminaba Pedro Alonso con su gente à executar puntual su diligencia, quando à las ocho de la mañana encontraron con èl los Indios Teques, que vnidos ya con los Tarmas, marchaban presurosos para hallarse en el assalto; pero al ver los Españoles en parte que no esperaban, discurriendo que su coligacion estaba ya descubierta, pues les salian armados al encuentro, quando pensaban hallarlos en la Ciudad desprevenidos, algo atemorizados se empezaron à dividir en Mangas por los cerros.

Pedro Alonso por su parte, ignorando tambien el fin, à que se encaminaba aquel formado Exercito de barbaros, se hallò confuso sin acertar en buen rato à resolverse entre acometerlos anticipado, ò esperarlos prevenido, hasta que aprovechandose de aquella antigua experiencia que tenia adquirida en las Conquistas de el Perù, se portò con tal destreza, que sin quererse empeñar en batalla declarada, con diferentes acometimientos, y surtidas, logrando las ocasiones en que reconocia poderlas executar con ventaja, (como si supiera lo que importaba por entonces divertir aquellas Tropas) las detuvo entretenidas todo el dia, sin permitirles

tirles dàr passo adelante, hasta que llegada la noche, con el susto de lo que avia sucedido à los demàs Conjurados, se retiraron confusos à el abrigo de sus Pueblos.

Las demàs Naciones convocadas, que juntas en Maracapana aguardaban la venida de los Teques, y Tarmas para dar el assalto à la Ciudad, viendo que era passado el medio dia, y no llegaban, sin acertar à discurrir la causa de su tardança, empezaron à desmayar, desconfiando de el sucesso, por faltarles Guaycayputo, quien, por lo acreditado de su valor, y opinoin adquirida de Soldado, avia en todo de dar la disposicion para lograr el acierto; y teniendo su falta por presagio de alguna fatalidad, empezaron à desvnirse los Caciques, retirandose algunos con sus Tropas, sin atreverse à proseguir en la empressa, que miraban ya con desconfiança; pero los otros, teniendo por descredito el desistir de aquel lance en que tenian empeñada la opinion, moviendo sus Esquadrones se fueron acercando à la Ciudad.

Hallabase Losada à la ocasion en cama algo indispuesto, y dandole noticia de la multitud de barbaros que venian marchando à la Ciudad, con aquel sossiego natural que siempre tuvo, sin alterarse en nada, se empezò à vestir, mandando que le ensillassen vn cavallo, y quando le pareciò tiempo acomodado saliò de la Ciudad, llevando en su compañia de los ginetes à Gabriel d Avila, Francisco Maldonado, Antonio Perez, (Soldado antigu de las guerras de Africa, y que s avia hallado con el Emperado en la expugnaciò de Tunez) Francisco Sanchez de Cordova, Sebastian Diaz, Alonso Andrea, Juan de Gamez; y de los Infant à Miguèl de Santa Cruz, Jua Gallego, Juan de San Juan, Alonso Ruiz Vallejo, Gaspar Pinto, otros, hasta el numero de treinta dexando à los demàs en guard de las casas, para que los Indic con la confusion no las quemal sen, y apellidando à Santiag acometiò al enemigo en la saba na, abriendose camino con l lanças, que en aquella confu muchedumbre, ni erraban gol pe, ni perdonaban vida, quand losInfantes por su parte, embra zando las rodelas, y esgrimiend los azeros, empezaron à dividi aquellos cuerpos desnudos, qu embarazados con su misma multitud, poniendose en desorden se fueron retirando, atropellando se vnos à otros por assegurar la vidas, de suerte, que en breve es pacio solo quedò en la campaña para vender bien la suya, vn Indiò, llamado Tiuna, natural d Curucuti, quien con vna medi espada, enhastada en vna guayca desafiaba con repetidas voces Losada.

Batalla de Maracapana.

Hallabase cerca de èl Fra cis

ciſco Maldonado, y no pudiendo ſufrir ſu atrevimiento, hizo piernas al cavallo, llevando la lança baxa al embeſtirle; pero al executar el golpe le huyò el Indio el cuerpo con tal arte, que paſsò la carrera de largo ſin tocarle, y ſin darle tiempo à rebolver el cavallo le tirò con la media eſpada vn bote tan violento, que paſſandole las armas, y atraveſandole vn muslo, lo derribò de el cavallo, y aſſegundandole con otro antes que ſe levantaſſe, le diò otra herida en vn brazo; Juan Gallegos, Gaſpar Pinto, y Juan de San Juan, viendo el aprieto en que eſtaba Maldonado, y recelando no lo mataſſe aquel barbaro, llegaron con preſteza à ſocorrerlo; pero el Tiuna, ſin deſmayar en ſu aliento, antes mas ſobervio en ſu oſſadìa, ſe moſtrò tan valeroſo, que haciendo cara à los tres, empezò à jugar la guayca con tan linda ligereza, compaſes, y movimientos, que ſin que le pudieran ofender, hiriò en la frente à Juan Gallegos, privandolo de ſentido; y haciendo demoſtracion de acometer à Gaſpar Pinto, deſcargò el golpe en Juan de San Juan, atraveſandole vn brazo, que le hizo ſoltar la eſpada; y paſsàra mas adelante en maltratarlos (ſegun la traza llevaba) ſi no llegàra por detràs, ſin que el Tiuna lo advirtieſſe, vn Indio de los amigos, criado de Franciſco de Madrid, quien le diſparò vna flecha, que entrandole por la eſpalda, le atravesò el corazon, de que cayò luego muerto, dexandoles à los tres, en parte de recompenſa de las heridas recibidas, vn idolillo de oro de el largor de vn geme, que traìa pendiente al cuello, y vnos brazaletes de lo miſmo, y llevando que contar de el arreſto de aquel barbaro, dieron la buelta à la Ciudad acompañando à Loſada, que ſin ſeguir el alcance de aquel deshecho Eſquadron, tuvo por mejor el retiraſe à dar deſcanſo à ſu gente, contentandoſe con la facilidad que avia tenido en deſhacer aquella conjuracion tan poderoſa, ſin ponerſe à contingencia de algun adverſo accidente.

CAPITULO X.

DESPUEBLASE LA CIUdad de Borburata; funda Loſada la de Caravalleda, y ſale deſpues à reconocer la tierra.

LAs deſcomodidades que experimentaban los vecinos de la Borburata con lo poco ſaludable de el Paìs, y los continuos ſuſtos que padecian de las invaſiones de Corſarios, por la poca defenſa de ſu Puerto, los tenia tan deſcontentos, y deſeoſos de mudar ſu vecindad, que aunque el Governador Don Pedro Ponce, teniendo noticia de la intencion

cion con que ſe hallaban les avia prohibido con penas, y amenazas el que la executaſſen; mediado el año de ſeſenta y ocho ſe determinaron à deſamparar la Ciudad, y dexandola deſpoblada ſe paſſaron vnos à vivir à Valencia, y otros, que fueron los mas, en Pyraguas, y Canoas ſe vinieron à Caracas à incorporar con Loſada; quien hallandoſe con el aumento de fuerças que le causò eſte ſocorro, y el que de la Margarita le avia conducido Juan de Salas, conociendo que para la conſervacion, y crecimiento de ſu nueva Ciudad de Santiago era preciſo, y conveniente hazer otra Poblacion en las orillas de el Mar, que ſirviendo de Puerto, y abrigo à las Embarcaciones del Comercio, facilitaſſe las conveniencias de el Trato, de que avian de reſultar los intereſſes para ſu mayor aumento, ſe determinò à ponerla en planta, y buſcando el ſitio mas acomodado para ſu fundacion, baxò perſonalmente à la Coſta, llevando conſigo ſeſenta hombres; yaviẽdo aſſentado pazes con los Cáciqũes Mamacuri, Guaycamacuto, y los demàs circunvecinos, (que eſcarmentados de la rota recibida ſe la ofrecieron voluntarios) pareciendole el lugar mas apropoſito el miſmo donde Faxardo tuvo fundado el Collado, diſtante ſiete leguas de la Ciudad de Santiago, el dia ocho de Septiembre del año de quinientos y ſeſenta y ocho poblò en èl vna Ciudad, que intitulò nueſtra Señora de Caravalleda, y ſeñalando treinta vecinos que avian de quedar en ella, nombrò por Regidores à Gaſpar Pinto, Duarte de Acoſta, Alonſo de Valençuela, y Lazaro Vazquez, que juntos en Cabildo, eligieron por primeros Alcaldes Ordinarios à Andrès Machado, y à Aguſtin de Ancona; pero eſta Ciudad, que con tan buenos principios prometiò grandes aumentos, con firmes eſperanças de vna ſegura conſiſtencia, fue baſtante para que ſe deſpoblaſſe vna violenta ſinrazon con que el Governador Don Luis de Roxas quiſo mortificar à ſus vecinos, malogrando los buenos fundamentos con que avia empezado Poblacion tan neceſſaria, pues huyendo ſus moradores de el rigor de vn abſoluto poder, tomaron por partido abandonarla, retirandoſe con ſus familias, como verèmos deſpues. Ciudad de Caravalleda.

Poblada la Ciudad de Caravalleda, y diſpueſtas por Loſada aquellas coſas preciſas para ſu conſervacion, diò la buelta à la Ciudad de Santiago, donde conſiderando ſer ya tiempo de que tuvieſſen alguna remuneracion de ſus trabajos los que con tanto afan, y peligro le avian acompañado en ſu Conquiſta, determinò repartir las Encomiendas, vſando de los poderes que tenia del Governador Don Pedro Ponce; pero como quiera que para diſpo-

poner materia de tan grande consequencia era preciso tener conocimiento, y noticia individual de todas las parcialidades, y Caciques que las governaban, con el numero de gente de que se componian, para que la aplicacion de los repartimientos fuesse correspondiente à los meritos de cada vno, quiso primero reconocer toda la tierra, haciendo los apuntamientos de ella en la mejor forma que le permitiesse el tiempo, y para ello saliò con setenta hombres, empezando por la Provincia de los Teques, en cuyo distrito hizo alto en la loma, que llamò de los Cavallos, por los muchos que los Indios le mataron en ella, valiendose de vna traza que les dictò su perfidia.

Vivia en aquel contorno el Cacique Anequemocane, y fingiendose ostigado de las incomodidades de la guerra, y deseoso de las conveniencias de la paz, embiaba todos los dias algunos de sus vassallos con diferentes regalos comestibles à Losada, y con este pretexto entraban en el alojamiento sin reparo, dexando las armas escondidas; pero en saliendo, si hallaban ocasion de que los Espanoles no los viessen, flechaban quantos cavallos encontraban passeando por el campo, executandolo con tan diestro disimulo, que se passaron seis dias sin que llegasse à maliciarse su traycion, hasta que cayendo en ella, no quiso Losada dexar sin castigo esta maldad, y para poder lograrlo dispuso vna emboscada en la parte mas cercana al lugar de los forrages.

El dia siguiente vino en trage disfrazado el mismo Cacique Anequemocane, acompañado de otros ocho, cargados de gallinas, aguacates, y batatas, y avjendo cumplido con las ceremonias de el regalo, sin que Losada se diesse por entendido de la traycion de su obrar, salieron de el alojamiento muy confiados, y al llegar al sitio donde estàban los cavallos, viendo que no parecia persona alguna por alli, empezaron à flecharlos; pero los de la emboscada, que estaban à la mira prevenidos, apenas conocieron la intencion de su mal animo salieron acometiendolos, y confuso Anequemocane al ver descubierta su maldad, no hallò otro remedio que la fuga, con velocidad tan presurosa, que aunque corriendo tràs de èl, Juan Catalàn le diò vna cuchillada que le partiò el casco, sacandole vn pedazo: no fue bastante embarazo para que dexasse de escaparse, si bien se le quedò toda la vida muy en la cabeza este suceso, pues con la señal, y casco menos sirviò despues muchos años à Lazaro Bazquez, à quien se lo repartiò Losada en Encomienda.

Los otros ocho compañeros, siguiendo el exemplar de su Cacique, se metieron por el monte, tan cortados de su misma turba-

tion, que ſin acertar à huir penſaron ocultarſe, ſubiendoſe en los arboles; pero deſcubiertos por los nueſtros fue tal ſu obſtinacion, que ſin quererſe rendir, aunque les aſſeguraban las vidas, ſe valieron de las flechas, diſparando deſde arriba quantas traìan en la aljaba, con animo tan ſobervio, y corazon tan protervo, que aviendoſeles acabado todas las que tenian, ſe arrancaban del cuerpo con deſeſperacion las ſaetas que los Indios de el ſervicio les tiraban deſde abaxo, y armandolas en los arcos, con los pedazos de carne aſydos en los harpones, las bolvian à diſparar contra ſus dueños, haſta que indignados los Eſpañoles al vèr barbaridad tan temeraria, los derribaron muertos à balazos, y empalandolos deſpues, los dexaron pueſtos en la loma para eſcarmiento, y terror de los demàs.

CAPITULO XI.

PROSIGUE LOSADA ſu reconocimiento: llega al ſitio de Salamanca: atravieſa la Provincia de los Mariches, y dà la buelta à la Ciudad.

DEſpues de aver eſtado Loſada ocho dias en la loma de los Cavallos, levantò ſu campo con animo de reconocer toda la Provincia de los Teques, y aviendo caminado todo el dia, llegò à hacer noche à otra loma alta, y limpia de montañas, poblada de diferentes caſerìas, que hallò deſamparadas de ſus dueños, de vna de las quales era natural aquel Indio Guayauta, que (como referimos en el Capitulo quarto de eſte Libro) aprisionaron los Eſpañoles en la refriega en que muriò Diego de Paredes, quien aviendo eſtado en compañia de Loſada mas de vn año, con licencia ſuya avia dado buelta à ſus Paìſes, llevando tan arraigado à el corazon el odio contra los nueſtros, que ſin aver ſido poderoſa la comunicacion, con los agaſſajos, y buen trato que avia experimentado en ellos, para apagar el incendio de ſu vengativo pecho, luego que tuvo la noticia de que Loſada ſe encaminaba à ſu Pueblo, valiendoſe de ardides Militares, que como ladron de caſa avia obſervado en los nueſtros, ſabiendo que lo primero avia de buſcar el agua, retirò todos los Indios al ſecreto de vna emboſcada, que diſpuſo en las margenes de vn arroyo, que corria por la falda de vna loma; y como nueſtra gente con el canſancio, y calor avia llegado ſedienta, Alonſo Quintano, Pedro Serrato, y Diego Mendez, que iban de los delanteros, ſin eſperar à los otros, llevados de la fatiga que padecian con la ſed, ocurrieron al arroyo, deſcuidados de el mal que les eſperaba, y experi-

perimentaron luego, pues atravesados, Serrato con vna flecha por los pechos, y Mendez por las entrañas con otra, cayeron muertos, rabiando con la fuerça de el veneno; Alonso Quintano viendose en aquel peligro, aconsejado de la necesidad en que se hallaba, hincò la rodilla en tierra, y encogiendo el cuerpo quanto pudo, se abroquelo de vna rodela que llevabà, ofreciendola por blanco à aquel diluvio de flechas, que disparaban sobre èl, hasta que llegando los demàs à socorrerlo, se retiraron los Indios, dexando libre el arroyo.

Sentidissimo quedò Losada con la desgracia sucedida en la muerte de sus Soldados, y para tomar alguna satisfaccion de su vengança, mandò aquella misma noche à Geronimo de Tobar, que con quarenta hombres se emboscasse en la encrucijada que formaban dos caminos que baxaban de la loma, disponiendo la gente con tal arte, que cogiendo la frente de todas quatro veredas, ocupasse el passo de qualquiera de ellos por donde los Indios intentassen hacer su acometimiento; executò Tobar su diligencia, y al romper el Alva al dia siguiente se empezaron à descubrir como quinientos Gandules, que baxaban por vno de los caminos que venian à parar en la emboscada; de que gozossos los nuestros (ocultandose quanto les fue possible para no ser descubiertos) los dexaron empeñar para asseguralos bien; y viendo que hasta cinquenta de ellos estaban yà metidos en parte que no podian escapar, dando Tobar la señal de acometer, los salieron embistiendo con tesolucion tan repentina, que solo librò la vida, por su mucha ligereza, vn Caoique, llamado Popuere, llevando para memoria de el sucesso partido vn hombro de vna cuchillada que le diò Miguèl de Santa Cruz, quedando los quarenta y nueve hechos pedazos, para assombro de los otros; que absortos con el fatal destrozo de los compañeros, aunque al principio intentaron defenderse con ossadìa, despues se retiraron con temor.

Satisfecho Losada con esta demostracion para el castigo, no quiso detenerse mas en aquel sitio, por no perder el tiempo, de que necesitaba para proseguir el reconocimiento que tenia entre manos; y assi, atravesando el parage, à quien Juan Rodriguez puso por nombre Salamanca, y el Valle de los Locos, salìo à vnos Pueblos, que llamò los Estaqueros, (por las muchas estacas, y puas envenenadas de que estaban sembrados los caminos) y aunque todos los hallò desamparados, avia sido tan atropellado, y reciente el retiro de sus vecinos, que sin tener lugar para poner en cobro lo corto de sus alhajas, avian dexado las casas al arbitrio

de

de los hueſpedes; y como en vna de ellas entraſſen ocho de los nueſtros al pillage, y encontraſſen vna olla, que llena de batatas, y pedazos de carne eſtaba puesta al fuego, por no malograr la conveniencia de el banquete que hallaban prevenido, ſe ſentaron con gran brio à ſatisfacer ſus buenas ganas, ſaboreandoſe en la olla, como pudieran en el manjar mas bien guiſado, haſta que metiendo vno la mano ſacò vnos dedos con vñas, y vn pellejo, con vna oreja pendiente, y conociendo por las ſeñas que era lo que avian comido carne humana, fue tal el aſco, y horror que concibieron, que con mil anſias, y traſudores bolvian à lançar con fatiga, lo que avian guſtado con ganas.

Llevaba Loſada entre ſus Soldados vno, llamado Franciſco Guerrero, natural de Baeza, en la Andalucia, de mas de ſeſenta años de edad, hombre cèlebre en los acaecimientos raros de ſu varia fortuna: avia eſtado cautivo en Conſtantinòpla veinte y tres años, donde oprimido con los trabajos de ſu eſclavitud, penſando hallar remedio à ſu deſdicha, renegò de la Fè, y deſpues arrepentido, buſcando alivio à los deſconſuelos con que lo martyrizaba la conciencia, en compañia de otros Chriſtianos en las Playas de Calcedonia ſe levantò con vna Galeota de Turcos, y valiendoſe de la perfeccion con que hablaba la lengua Arabiga, y fingiendo iba de viage à Navarino; paſsò ſin ſer conocido por los Dardanelos, ſaliendo à navegar al Archipielago, y encaminando ſu derrota à Italia, ſe reconciliò en Roma con la Igleſia, llorando arrepentido ſu pecado: aviaſe hallado en la expugnacion de Rodas, y en el formidable ſitio de Viena, ganando ſueldo en los Exercitos del Turco Soliman, como Soldado ſuyo, hombre tan afortunado, que ſiendo aſsi que jamàs vsò de arma defenſiva, ni de mas prevencion para el reſguardo de ſu perſona, que vn ſayo de raja viejo, aviendo aſsiſtido en diferentes batallas, y reencuentros en el Aſia, en la Europa, y en la America, nunca fue herido, ſino fue en vna ocaſion, que andando en eſtas Conquiſtas le hizo veſtir Diego de Montes por fuerça vn ſayo de armas, y eſſe dia le dieron vn flechazo en vna pierna, de que quedò valdado para ſiempre.

Eſte Franciſco Guerrero, aviendo Loſada dexado el Païs de los Eſtaqueros para entrar en la Provincia de los Mariches, à el paſſar por el Pueblo de el Cacique Tapiaracay, que eſtaba como los demàs deſpoblado, viendo en vna caſa algunas gallinas, (ſin que lo echaſſen menos los compañeros) con animo de cogerlas, acompañado ſolamente de vn Indio Ladino que le ſervia, ſe quedò en ella rancheando muy de eſpacio, paſſando los demàs

ſin

ſin detenerſe al Valle de Noroguto.

Los Indios que retirados en el monte eſtaban à la mira, advirtiendo que aquel Eſpañol quedaba ſolo en el Pueblo, tuvieron luego la preſa por ſegura, y para lograrla ſin recelo, ſalieron mas de docientos, con animo determinado de aprisionarlo vivo; el Franciſco Guerrero llevaba vna eſcopeta, y vn fino piſtolete, y ſin perder el animo empezò à retirarſe, haciendo cara à los Indios con las dos armas de fuego, diſparando la vna, mientras el Indio le cargaba la otra, y de eſta ſuerte, ſin dexar que los barbaros ſe le puſieſſen cerca, aviendo muerto à cinco de ellos, tuvo lugar para ponerſe en ſalvo, llegando aquella noche à Noroguto, con admiracion de todos los Soldados, que aviendo conocido que faltaba en el alojamiento, lo juzgaban muerto; y ſaliendo Loſada de eſte Valle ſin que le ſucedieſſe otro accidente, atraveſando la Provincia de la Nacion de Mariche, diò la buelta à la Ciudad, deſpues de treinta y dos dias gaſtados en la jornada.

*** *** ***

*** ***

***

CAPITULO XII.

DETERMINA LOSADA prender à Guaycaypuro: embia à Franciſco Infante para que lo execute: retiraſe el barbaro, y pierde la vida peleando.

BIen deſconſolado ſe hallaba Loſada deſpues que diò la buelta à la Ciudad, por aver reconocido (ſegun la dureza, y rebeldìa que experimentò en los Indios en la entrada que avia hecho) quan en los principios ſe hallaba ſu Conquiſta, deſpues de año y medio que avia trabajado en ella, ſin que en los eſpacios de ſu conſideracion ſe le ofrecieſſen medios de que poderſe valer para conſeguirla, pues ſi intentaba los de la amiſtad, ſolicitando paz con los Caciques, le avian enſeñado los accidentes preteritos, que no tenia mas conſiſtencia ſu firmeza, que la que trae conſigo la variedad de vna naturaleza inconſtante; y ſi proſeguia los de la guerra, hallaba por experiencia ſer tan impracticables ſus operaciones, que hacian muy dilatados, y contingentes ſus [illegible], pues ayudandoſe [illegible] las fragoſidades de [illegible] imposible reducirlos [illegible] por la facilidad con q[illegible] el cuerpo à los encuentros [illegible]raban à los mon-

CA-

montes cautelosos, quando en sus Pueblos los buscaban los nuestros prevenidos, haciendo solo caso en la ocasiõn que conocian poder lograrla con ventaja.

Era la vnica causa de su obstinacion el Cacique Guaycaypuro: gloriabase este barbaro de aver sido bastante su valor para lançar de la Provincia à Francisco Faxardo, obligandolo à despoblar las dos Ciudades que tenia en ellas fundadas: contaba entre sus triunfos por mas cèlebre el teson con que mantuvo la guerra, resistiendo vn Capitan de tanto nombre como Juan Rodriguez Suarez, hasta hacerle perder la vida en la demanda: jactabase sobervio de la rota que diò à Luis de Narbaez, y el lamentable estrago que executò en su gente quando en la loma de Terepayma quedò toda por despojo del filo de su macana; y aunque con Losada le avia corrido adversa la fortuña, esperaba en los acasos de el tiempo, que le ofreciesse su inclena la ocasion para quedar victorioso; y como el continuado curso de sus hazañas avia elevado à este Cacique à aquel grado de estimacion tan superior, que à su arbitrio se movian obedientes todas las Naciones vecinas, teniales encargada la perseverancia en la defensa, ofreciendoles su amparo para mantener la libertad contra el dominio Español, asseguran[illegible] no faltaria coyuntura en que pudiesse su esfuerço (como lo avia hecho otras vezes) acreditarse de invencible.

No ignoraba Losada estos designios, y considerando que en tanto que viviesse Guaycaypuro tenia mil dificultades la Conquista, se determinò à quitar de por medio este embarazo, procurãdo (aunque lo aventurasse todo) averlo à las manos muerto, ò vivo; pero para justificar mejor su accion, procediò contra èl por via juridica, haciendole processo de todos sus delitos, muertes, y rebeldias, (si se puede dar tal nõbre à los efectos de vna natural defensa) y despachando mandamiento de prision, encomendò la diligencia à Francisco Infante, (que por releccion de el Cabildo proseguia en este año siendo Alcalde) quien con guias fieles, y seguras, que lo conduxessen al parage en que se ocultaba Guaycaypuro, saliò de la Ciudad con ochenta hombres vna tarde al ponerse el Sol, y caminando hasta la media noche, por aver cinco leguas de distancia, llegò à ocupar el alto de vna Sierra, à cuya falda estaba el Pueblo que buscaba, y servia de retiro à Guaycaypuro, en la qual, pareciendole preciso assegurar la retirada para qualquier accidente, se quedò Francisco Infante con veinte y cinco hombres de reserva, entregando los demàs à Sancho de el Villar, Soldado experimentado,

y

y de valor, para que baxaſſe al Pueblo à executar la priſion antes que fueſſen ſentidos.

Era grande la fama que corria de las muchas riquezas que ocultaba Guaycaypuro, y, ò fueſſe por el anſia de no ſer los poſtreros al pillage, ò porque ſiendo lance de tanto empeño en el que eſtaban deſeaba cada vno manifeſtar las veras de ſu aliento, empezaron à baxar con tal porfia, que procuraba cada qual ſer el primero; pero adelantandoſe Hernando de la Cerda, Franciſco Sanchez de Cordova, Melchor Gallegos, Bartholomè Rodriguez, y Juan de Gamez, conducidos de las guias llegaron à la puerta de la caſa donde eſtaba Guaycaypuro; mas oyendo dentro ruido, y alboroto, ſeñal de què eran ſentidos, ſin atreverſe à entrar, eſperaron à que llegaſſen los demàs, y juntos, por aſſegurar la preſa, vnos cercaron la caſa, y otros acometieron à ocuparla; pero Guaycaypuro con aquella ferocidad de animo que ſiempre tuvo para menoſpreciar los peligros, jugando vn eſtoque de ſiete quartas, que avia ſido de Juan Rodriguez, y ayudado de veinte y dos Flecheros, que tenia conſigo, defendiò la entrada de tal ſuerte, que quantos intentaron emprenderla bolvieron para atràs muy mal heridos.

Ya à eſte tiempo, à las vozes, y rumor de la pelèa alborotado todo el Pueblo, ocurrian los Indios à ſocorrer à ſu Cacique, menoſpreciando las vidas, pues eſgrimiendo ſus macanas ſe entraban por las eſpadas, donde los mas perecian: todo era lamentos, bramidos, y confuſion; eſta originada de las tinieblas, y horrores de la noche; y aquellos cauſados de las mugeres que huìan, y los hombres que peleaban, haſta que canſados los nueſtros de ver la defenſa de aquel barbaro, echaron vna bomba de fuego ſobre la caſa, con que ſe empezò à abraſar por todas partes; y viendo Guaycaypuro, que de mantenerſe dentro era preciſo perecer entre las voracidades de el incendio, tuvo por mejor morir entre ſus enemigos; y llegandoſe à la puerta con el eſtoque en las manos, embiſtiò con Juan de Gamez, à quien atravesò vn brazo, ſacandole el eſtoque por el hombro; y echando llamas de enojo aquel corazon altivo, dixo: Hà, Eſpañoles cobardes! porque os falta el valor para rendirme os valeis de el fuego para vencerme; yo ſoy Guaycaypuro à quien buſcais, y quien nunca tuvo miedo à vueſtra Nacion ſobervia; pero pues ya la fortuna me ha puеſto en lance en que no me aprovecha el eſfuerço para defenderme, aqui me teneis, matadme, para que con mi muerte os veais libres de el temor, que ſiempre os ha cauſado Guaycaypuro; y ſaliendo para afuera, tirando con el eſtoque à todas partes, ſe arrojò de-

ſeſ-

ſeſperado en medio de las eſpadas que manejaban los nueſtros, donde perdiò la vida temerario, con repetidas eſtocadas que le dieron, acompañandole en la miſma infelicidad de ſu fortuna los veinte y dos Gandules que le avian aſsiſtido à ſu defenſa.

Eſte fue el paradero de el Cacique Guaycaypuro, à quien la dicha de ſus continuadas victorias ſubiò à la cumbre de ſus mayores aplauſos para deſamparatlo al mejor tiempo, pues le previno el fin de vna muerte laſtimoſa, quando penſaba tener à ſu diſpoſicion la rueda de ſu fortuna: barbaro verdaderamente de eſpiritu guerrero, y en quien concurrieron à porfia las calidades de vn Capitan famoſo, tan afortunado en ſus acciones, que parece tenia à ſu advitrio la felicidad de los ſuceſſos: ſu nombre fue ſiempre tan formidable à ſus contrarios, que aun deſpues de muerto parecia infundia temores ſu preſencia, pues poſſeìdos los nueſtros de vna ſombra repentina, al vèr ſu elado cadaver, (con aver conſeguido la victoria) ſe puſieron en deſorden, retirandoſe atropellados, haſta llegar à incorporarſe con Franciſco Infante en lo alto de la loma, de donde recobrados de el ſuſto, dieron la buelta à la Ciudad.

CAPITULO XIII.

INTENTAN LOS Mariches, con el pretexto de vna paz fingida, aſſaltar la Ciudad de Santiago: deſcubreſe ſu traycion, y mueren empalados los complices de el delito.

PAſſados algunos dias deſpues de la muerte de el Cacique Guaycaypuro, ſin que en todos ellos, ni de paz, ni de guerra ſe huvieſſe dexado vèr algun Indio en la Ciudad, entrado ya el año de ſeſenta y nueve, ſabiendo los Mariches que Loſada avia hecho el repartimiento de los Pueblos, ſeñalando à cada parcialidad ſu Encomendero, à quien acudieſſen con los ſervicios, y demoras, parecìoles buena ocaſion para dàr algun deſahogo à ſu vengança, valiendoſe de el pretexto de dàr la obediencia, y reconocer vaſſallaje à ſus nuevos dueños, y con eſte motivo poder con mas conveniencia, y diſsimulo lograr ſu intento depravado à la ſombra de vna ſumiſsion afectada, y à bueltas de vna paz fingida; para lo qual, juntandoſe haſta quinientos Gandules, los mas eſforçados de ſu Nacion, ſe vinieron à la Ciudad ſeparados en quadrillas, (por no hacerſe ſoſpechoſos) y entrandoſe por las caſas con aquellos rendimientos que vſa

Año de 1569.

vn animo alevoso, para paliar su traycion manifestaron à los Españoles el deseo que tenian de verse libres de las hostilidades de la guerra, y gozar los beneficios de la paz, que tanto amaban: motivo, que obligaba à cada vno à solicitar el conocer la persona à quien avia de servir, para empezar desde luego à tratarla como à dueño.

Era el animo de aquellos barbaros (segun constò del processo que se fulminò contra ellos) assegurar à los nuestros con la familiaridad de su asistencia, y en viendolos descuidados, procurar esconderles vna noche las armas, y frenos de los cavallos, para que cogiendolos desprevenidos, no hallassen resistencia en el acometimiento que avian de intentar; pero, ò fuesse porque estando la determinacion entre muchos no pudo durar oculta, ò porque en realidad nunca tuvo esta conjura mas fundamento, que el que le diò la sospecha, ayudada de los recelos que causaba en los vecinos el vèr tanta gente junta, empezò à correr la voz de el riesgo que amenazaba; y como en semejantes ocasiones aun las conjeturas imaginadas passan plaza de evidencias innegables, cogiò tal cuerpo la noticia, que en las acciones mas casuales de los Indios hallaban circunstancias para confirmarla por muy cierta; y deseando atajar el daño antes que llegasse à efecto lo que temian, ocurrieron à Losada para que aplicasse el remedio, castigando la traycion, que juzgaban evidente; mas Losada que no ignoraba la emulacion que padecian sus acciones entre algunos de los suyos, conociendo la poca justificacion que tenia la materia, pues solo se fundaba en las debiles apariencias que avia formado el temor, governandose con aquella prudencia, nacida de su experiencia, no quiso meterse en ella, y huyendo por todos lados el cuerpo à la censura, diò comission à los Alcaldes Ordinarios, para que procediessen à la averiguacion por via juridica.

Eranlo en aquel año Don Pedro Ponce de Leon, y Martin Fernandez de Antequera, y examinados testigos, tomadas las declaraciones, y ajustada la Sumaria (con verdad, ò sin ella, porque esto quedò siempre en opiniones) resultò justificarse el delito, y passar à poner en prision veinte y tres Caciques, y Capitanes, que parecieron ser los mas culpados, los quales, sin mas terminos, defensas, ni descargos, fueron condenados luego à muerte, cuya execucion corriò tan por quenta de la crueldad, que parece que en este caso se olvidaron nuestros Españoles de las obligaciones de Catholicos, y de los sentimientos de humanos, pues faltando à los respetos de la piedad, entregaron aquellos miserables à los Indios amigos, y de el servi-

cio, para que los quitaſſen las vidas à ſu arbitrio; y ellos, como barbaros vengativos, y crueles, intentaron vn genero de muerte tan atroz, que ſolo pudiera ſu brutalidad averla diſcurrido, pues metiendoles por las partes inferiores maderos grueſſos, con puntas muy agudas, partiendoles los inteſtinos, y atraveſandoles las entrañas, ſe los ſacaban por el cerebro: martyrio, que ſin moſtrar flaqueza alguna en el animo, ſufrieron con gran valor, y tolerancia, clamando al Cielo bolvieſſe por la inocencia de ſu cauſa, pues no avia dado motivo la ſinceridad de ſu proceder para paſſar por el tormento de ſuplicio tan horrible.

Sucediò en eſta ocaſion vn caſo, digno por cierto de que gravandoſe en marmoles ſe eternizaſſe ſu memoria en los Archivos de el tiempo, para norma de la lealtad, y exemplo de lo que puede el amor en el pecho de vn vaſſallo: era vno de los veinte y tres deſtinados à la muerte vn Cacique, llamado Chicuramay, y ſabiendo Quaricurian, vn Indio vaſſallo ſuyo, que lo llevaban yà al patibulo, con intrepidèz bizarra, y reſolucion mas que magnanima, quiſo hacer demoſtracion de los limites: haſta donde puede llegar la fuerça de la fineza, pues ſaliendoles al encuentro à los Verdugos, les dixo: Deteneos, y no por yerro vueſtro quiteis la vida à vn inocente; à voſotros os han mandado matar à Chicuramay, y como no teneis conocimiento de las perſonas, engañados aveis aprifionado à quien no tiene culpa alguna, ni ſe llama de eſſa ſuerte: Yo ſoy Chicuramay, quien cometiò el delito que decis, y pues à voces lo confieſſo, dadme à mi la muerte que merezco, y poned en libertad à quien no ha dado motivo para que en èl ſe execute; y de eſta ſuerte, ſacrificando ſu vida por librar la de ſu Principe, ſe ofreciò guſtoſo al ſuplicio, poniendoſe en manos de los que lo avian de executar, que ignorantes de el engaño, penſando que era verdad lo que decia, lo empalaron como à los otros, dexando libre à Chicuramay, para que con los demàs Indios de ſu Nacion, que avian venido à la Ciudad, huyendo de ſu deſdicha, ſe retiraſſe à las montañas, donde las conſideraciones de ſu pena fueſſen mas tolerables, teniendo por conſuelo vivir en parte en que no oyeſſen, ni aun mentar el nombre de Eſpañoles, contra cuya opreſion, ni armados hallaban defenſa, ni rendidos encontraban alivio.

(*?✠?*) (*?✠?*)

(?o?) *** (?o?)

(✠) (✠)

CA-

CAPITULO XIV.

REVOCA EL GOVERnador, por quexas de Francisco Infante, los poderes que tenia dados à Losada: desampara este la Conquista de Caracas, y muere en el Tocuyo.

Siempre ha sido reputado por muy dificil entre los Politicos el Arte de governar; y quando no tuvieramos tantas experiencias que acreditassen por evidente esta verdad, nos ofrece nuestra Historia vn exemplar en Diego de Losada para comprobacion de su certeza, pues aunque sus acciones, governadas con las reglas de su natural prudencia, jamàs excedieron los limites de vna moderacion justificada, no pudieron ser tan agradables à todos, que se librassen de la emulacion de algunos, principalmente de la de Francisco Infante, con quien desde los principios de la Conquista empezò à tener algunos desabrimientos, que empezando por quexas particulares, y secretas, interviniendo despues chismes, y cuentos, se fueron aumentando de suerte, que llegaron à parar en sentimientos declarados; y como en el repartimiento de las Encomiendas cada qual de los Conquistadores esperasse la mas pingue, por parecerle que sus meritos eran acreedores de justicia à la mejor conveniencia, no pudo ser el tantèo, y regulacion que hizo Losada tan à satisfaccion de todos, que no quedassen muchos quexosos, sintiendose agraviados en la graduacion de el premio: sinsabor, que hallando apoyo en el fomento de Francisco Infante, cobrò tal cuerpo, que prorrumpiendo en publicas demostraciones de sentimiento, divididos los vecinos en parcialidades, se convirtiò la Ciudad en enemistades, y discordias.

Bien conocia Francisco Infante que su sèquito no podia prevalecer mientras Losada se hallasse con el caràcter de Superior, pues el quererle hacer oposicion declarada era exponerse èl, y los suyos à la contingencia de padecer la vejacion de vn continuado desayre; y assi, para quitar este embarazo, consultada la materia con los amigos de su mayor confiança, tomò vna resolucion bien temeraria, pues determinado à capitular ante el Governador las operaciones de Losada, sin reparar en los inconvenientes, y riesgos tan manifiestos de aver de atravesar la loma de Terepayma, poblada de tanto barbaro, acompañado solo de el Cura Balthasar Garcia, de Domingo Giral, y Francisco Romàn Coscorrillo, Soldados de resolucion, y de valor, al anochecer de cierto dia saliò de la Ciudad, y caminando con el secreto posible para no ser

ſer ſentido de los Indios, llegò à entrar por la montaña, que llaman las Lagunillas, donde con la obſcuridad de la noche, aumentada de las tinieblas que formaban las ſombras de los arboles, perdiendo el tino en la ſenda que ſeguian, ſe hallò metido en vn laberinto, cercado de confuſiones, ſin poder acertar con el camino por quantas partes buſcaba; y viendoſe afligido, por el peligro evidente de ſu vida, ſi llegaba à amanecer antes de paſſar la loma, pidiò favor à los Cielos, encomendandoſe à la Virgen Santiſsima, (de quien ſe confeſſaba devoto) à tiempo, que, ò ſocorrido de el milagro, ò ayudado de la caſualidad, ſe le puſo por delante, como à diſtancia de quince paſſos, vn ave de la hechura, y ſimilitud de vn pato grande, que eſparciendo de sì vna luz reſplandeciente como vna hacha, le manifeſtò la vereda que ignoraba, guiandolo haſta ſacarlo fuera de el rieſgo de la montaña.

Prodigio, que no obſtante hallarſe acreditado con la antigua tradicion de eſte ſuceſſo, y comprobado con la relacion que daban los Indios de aver en aquel ſitio vna eſpecie de paxaros nocturnos, à quien adornò Naturaleza con la propriedad de deſpedir de sì rayos de luces, como quiera que ſiendo el dia de oy aquel parage camino tan traginado, y paſſagero, no ha avido en eſtos tiempos perſona alguna que los aya viſto: cumplo con la obligacion de Hiſtoriador en referirlo, dexando libre el juicio de el Lector para el aſſenſo, aunque à mi no me hace dificultad alguna el creerlo, pues vemos la miſma propriedad en las lucernas, ò cucuyes, (como llamamos en las Indias) y avrà veinte años vide en eſta Ciudad vn madero, que con vna creciente arrojò el rio Guayre à ſus orillas, que de noche, ò puеſto de dia en parte obſcura, como ſi eſtuviera ardiendo en llamas, deſpedia de sì los reſplandores; y poniendo la providencia eſta virtud en lo vejetable, por què no la podrà aver puеſto en lo ſenſitivo?

Hallandoſe Franciſco Infante, y ſus compañeros fuera de la montaña, y libres de la congoxa que les cauſaba ſu detencion, ſe dieron tanta prieſſa à caminar, huyendo de el peligro que les amenazaba en la tardança, que al empezar à rayar las primeras luces de el dia ſe hallaron en las orillas de el rio Tuy, donde ſiendo ſentidos de los Indios Arbacos, baxaron en ſu alcance de la loma haſta ſeſenta Gandules, pareciendoles, que ſiendo quatro los Eſpañoles, podrian con facilidad cogerlos vivos; pero Infante, por no moſtrar aſſomos de flaqueza en ocaſion tan vrgente, bolviendo el roſtro al Eſquadron, èl, y Franciſco Romàn paraton los cavallos, aguardando à que llegaſſen cerca para poder embeſtir-

tirles; Domingo Giral, queriendo hallarse mas desahogado, y dueño de sus acciones, se desmontò de el suyo para pelear à pie sin embarazo, y en esta disposicion, quando les pareciò tiempo oportuno rompieron por los Arbacos, ayudandose los tres vnos à otros, con tal destreza, y promptitud, que en breve rato, dexando muertos diez y siete, hicieron retirar à los demàs por los cañaverales de los margenes de el rio; y aunque Domingo Giral, como se hallaba à pie, quiso seguirlos, desistiò de su intento al primer passo, assi por aver dado en vn atolladero donde por salir dexò los alpargates, como porque llamado de los compañeros le fue preciso ocurrir à socorrerlos, pues se hallaban atajados de otra porcion de barbaros, que les acometian por las espaldas.

Conociendo entonces Francisco Infante, por las demostraciones de vn Gandul que sobresalia entre todos, adornada la cabeza de vna corona de plumas, que era el que los acaudillaba, puso toda su diligencia en buscar ocasion para matarlo, por considerar que en aquel lance era el vnico medio para salvar las vidas: discurso, que le saliò bien acertado, pues aviendo tenido fortuna de encontrarlo, y darle con la lança por los pechos, apenas cayò muerto en el suelo quando formando los Indios vna confusa vozeria cargaron con el cuerpo, y se pusieron en huìda, dexando el campo libre à nuestros caminantes, para que pudiessen salir à las sabanas de Guaracarima, de donde sin embarazo passaron à Barquisimeto à dar sus quexas al Governador Don Pedro Ponce, y como estas las dictaba la passion, y enemistad concebida en Francisco Infante contra Losada, subieron tan de punto las calumnias, que las acciones mas prudentes, y justificadas passaron plaza de delitos muy enormes, que ponderados con eficacia de Francisco Infante, y apoyados con desafecto del Cura Balthasar Garcia, obligaron al Governador à tomar vna resolucion tan intempestiva, y arrojada, que puso las cosas de Caracas en contingencia de perderse, pues sin mas motivo que dar credito à vna relacion apassionada, revocò los poderes que tenia dados à Losada, y privandolo de el puesto de su Lugar-Theniente, despachò nuevo titulo, para que governasse en su lugar, y prosiguiesse la Conquista, à su hijo Don Francisco Ponce, que se hallaba en la Ciudad de Santiago.

Muy de susto cogiò à Losada semejante novedad, porque jamàs se persuadiò à que la continuacion de sus servicios, ni la claridad de su ilustre sangre avian de ser tan poco atendidas del Governador, que permitiesse llegasse à efecto la intencion con que sus emulos tiraban à infamarle en lo

ſenſible de el credito, y vivo de el pundonor; pero experimentando el golpe de ſu adverſa fortuna quando menos lo eſperaba, dando quantas enſanchas pudo al ſufrimiento, obedeciò el deſpacho, y entregado el Baſtòn à Don Franciſco Ponce, ſaliò de la Provincia deCaracas acompañado de todos los mas Conquiſtadores de ſu ſequito,que por no militar debaxo de otra mano; ni aprobar con ſu conſentimiento el agravio hecho à ſu General, deſampararon la Conquiſta, retirandoſe à vivir à las demàs Ciudades de la Governacion: accidente, que dexò tan debilitadas las fuerças de las dos nuevas Ciudades de Santiago, yCaravalleda, que eſtuvieron à punto de deſpoblarſe, como huviera ſucedido à no introducirles el ſocorro,que referirèmos deſpues.

No quiſo Loſada por entonces verſe con el Governador, por no ponerſe en contingécia de que el ardimiento de ſu juſta quexa propaſſaſſe los terminos de el reſpeto,que ſe debe à vn Superior; y aſsi, ſin entrar en Barquiſimeto paſsò de largo à ſu antigua aſsiſtencia de el Tocuyo, donde penſaba, retirado, templar el ſinſabor de ſu diſguſto; pero como à la lima ſorda de vn ſentimiento no ay corazon, por grande que ſea, que no desfallezca,pudo tanto la conſideracion de ſu deſayre, ſobre la mala correſpondencia de ſus muchos ſervicios, que poſtradas las fuerças de el animo, conſumido de melancolias, y triſtezas, perdiò en breve tiempo la vida,con general deſconſuelo haſta de ſus enemigos, pues jamàs pudo la ciega emulacion de ſus contrarios negar aquel conjunto de prendas que lo hicieron ſiempre amable.

Fue natural del Reyno de Galicia, Cavallero muy iluſtre, hijo ſegundo de el Señor de Rio-Negro, de gallarda diſpoſicion, y amable trato, muy reportado, y medido en ſus acciones, de vna converſacion muy agradable, y naturalmente corteſano: propriedades, que le grangearon ſiempre la dicha de bien quiſto. Quando paſsò à la America diò las primeras mueſtras de ſu valor en las Conquiſtas de Paria, y Maracapana, donde fue Maeſtre de Campo del Governador Antonio Cedeño; y muerto eſte à las violencias de vn veneno en aquella jornada que emprendiò para el deſcubrimiento de el rio Meta, por eleccion de todos los Soldados de el Exercito fue nombrado en compañia de Pedro de Reynoſo, hijo de el Señor de Autillo, para que los governaſſe, fiando de ſu prudencia los aciertos de que neceſsitaban en empeño de aquel porte; y buelto deſpues àMaracapana paſsò à eſta Provincia, donde tuvo la eſtimacion,que merecieron ſus ſeñalados ſervicios, pues no huvo funcion en ſu tiempo à

que

que no aſsiſtieſſe, manifeſtando en todas ſu ſinguiar talento; con Alonſo Perez de Toloſa entrò por Maeſtre de Campo al deſcubrimiento de las Sierras Nevadas, y lomas de el Viento; contra la rebelion de el Negro Miguèl fue nombrado por General de los Cabildos, y ſe debiò à ſu valor la rota de ſu Exercito, y muerte de aquel tyrano; en la Conquiſta de Caracas, y poblacion de ſus Ciudades, no sè ſi debiò mas à ſu fortuna, ò à ſu infelicidad, pues ſi aquella le diò la gloria de conſeguir lo que no pudieron otros Capitanes de gran nombre, eſta le diſpuſo de ſus miſmos triunfos la emulacion, que diò motivo à ſu muerte, con la violenta reſolucion de vn Superior imprudente.

Quaſi al miſmo tiempo que falleciò Loſada en el Tocuyo muriò tambien en Barquiſimeto el Governador Don Pedro Ponce de Leon de vna diſenteria, dexando el govierno à los Alcaldes Ordinarios, à cada vno en ſu diſtrito, en el interin que la Audiencia de Santo Domingo daba otra diſpoſicion mas conveniente.

***

LIBRO

J. M. J.

LIBRO SEXTO
DE LA CONQUISTA, Y POBLACION
DE LA PROVINCIA
DE VENEZUELA.
CAPITULO PRIMERO.

CAPITULA DON PEDRO DE SILVA LA CONquiſta de el Dorado: llega con ſu Armada al Puerto de la Borburata, y intenta ſu deſcubrimiento por los Llanos.

PARA INTEligencia, y claridad de los ſuceſſos que ſe ſiguen al hilo de nueſtra Hiſtoria es neceſſario advertir, que el año de quinientos y ſeſenta y ſeis, aviendo ſalido de las Chachapoyas en el Reyno de el Perù el Capitan Martin de Proveda con alguna gente armada al deſcubrimiento de nuevas Conquiſtas, paſſada la cordillera de los Andes, y entrado en el pielago immenſo de los Llanos, llevando ſu derrota ſiempre al Norte, fueron tantos los infortunios, y contratiempos que padeciò de hambres, enfermedades, y trabajos, que muerta la mayor parte de ſus Soldados, por no perecer en aquellos deſiertos intratables, mudando el rumbo à el Poniente para buſcar las Serranìas, vino à ſalir por San Juan de los Llanos à la Ciudad de Santa Fè, ſin mas fruto de ſu jornada, que aver adquirido noticias de algunos Indios que encontrò, de que caminando mas al Norte por el miſmo viage que llevaba, hallarìa Provincias muy pobladas, y tan ricas, que todo el omenage de las caſas era labrado de oro, con otras mil grandezas,

y mentiras, que aquellos salvages de los Llanos, por echarlos quanto antes de sus tierras, les supieron fingir para engañarlos.

Llegado Proveda à Santa Fè, y esparcidas por èl, y sus Soldados las voces de estas Provincias, con aquellas circunstancias que suele la ponderacion en tales casos, fue tal el movimiento que causaron, teniendo todos por fixo aver llegado la hora de descubrirse el Dorado, que desde luego, ambicioso de mas fama de la que avia adquirido en los descubrimientos de el nuevo Reyno el Adelantado Don Gonçalo Ximenez de Quesada, capitulò con la Audiencia de Santa Fè la Conquista, y Poblacion de tierras tan opulentas como exagerabin todos, cuya empressa, y los imponderables trabajos que en ella padeciò el Adelantado (sin otro fruto, que quedar destruìdo) dexamos de referir, por no ser materia perteneciente al assumpto de esta Historia.

Era vno de los Soldados que acompañaron à Poveda en este descubrimiento Don Pedro Malaver de Silva, Cavallero Estremeño, natural de Xerèz, y casado en Chachapoyas, hombre rico de caudal, de corazon altivo, y espiritus elevados; y pareciendole (con las noticias adquiridas en los Llanos) que tenia ya en possession aquellas grandes riquezas, que para ruina de la Nacion Española fingiò la desventura con este apetecido nombre de el Dorado; con deseo de eternizar su fama se determinò el año de quinientos y sesenta y ocho à passar à Castilla, y solicitar de el Rey, le hiciesse merced de esta Conquista à que le inclinò su maligna estrella, para que perdiendo la vida en manos de su infelicidad, dexasse exemplo en sus desdichas de lo poco que aprovecha el valor à vn corazon por grande que sea, quando lo han cogido por su quenta las desgracias.

Puesto Don Pedro en la Corte, patrocinado de el favor de Don Diego de Cordova consiguiò con facilidad su pretension, dandole el Rey en adelantamiento la Conquista de los Omeguas, Omaguas, y Quinaco, en distancia de trecientas leguas, con nombre de la nueva Estremadura; el Govierno por dos vidas de todo lo que poblasse, veinte y cinco leguas en quadro, con los Indios que comprehendiessen dentro, en la parte que escogiesse de su Govierno: la Vara de Alguacil Mayor de la Chancilleria (si en algun tiempo se fundasse) perpetua en su casa; y otras muchas mercedes honorificas, y de conveniencia, de que se le despacharon titulos en Aranjuez à quince de Mayo del mismo año de sesenta y ocho.

Y porque el mismo dia se avian dado despachos à Don Diego Fernandez de Cerpa para

la Conquiſta de la Guayana, y Guara, con otras trecientas leguas de juriſdiccion, que avian de correr con nombre de la nueva Andalucia, por quitar las diferencias, y diſturbios que podian originarſe entre eſtos dos Generales ſobre los terminos de ſus Governaciones, hizo declaracion el Conſejo, para que las trecientas leguas concedidas à Don Diego de Cerpa empezaſſen deſde la Boca de los Dragos, ſubiendo por el rio Orinoco para el Sur, y donde eſtas acabaſſen tuvieſſen ſu principio las de Don Pedro de Silva.

Compueſta de eſta ſuerte la diferencia que pudiera moverſe entre los dos, trataron de hazer levas, y levantar gente para ſus deſcubrimientos, Cerpa en Caſtilla, y Don Pedro de Silva en la Eſtremadura, y en la Mancha, con tan buen ſuceſſo, que dentro de pocos dias ſe hallò Don Pedro con ſeiſcientos hombres eſcogidos, muchos de gente noble, y principal, y entre ellos dos hermanos, naturales de Alcantara, el vno llamado Alonſo Brabo Hidalgo, que avia ſido criado del Principe Rui-Gomez, à quien hizo Don Pedro ſu Maeſtre de Campo; y el otro Diego Brabo Hidalgo, hombres ricos, y acomodados, que viendo à Don Pedro falto de medios para los preciſos gaſtos de ſu avìo, le preſtaron mil ducados, à pagar en mejor fortuna, con los quales, y otras cantidades que recogiò entre los Soldados, pudo diſponer lo neceſſario para el mejor expediente de ſu apreſto.

Previnimos, y yà de partida, ſe hallaban en Sevilla los dos Generales quando llegò à aquella Ciudad la primera noticia de el levantamiento de los Moriſcos de Granada, y Don Pedro, ſin eſperar à la ſegunda, recelando no le quitaſſen la gente para neceſsidad tan apretada, la hizo embarcar con brevedad, y con ella ſe baxò para San Lucar: diligencia, que por no averla Cerpa prevenido, ſe le ſiguiò la moleſtia de que le embargaſſen la ſuya, obligandole à paſſar à la Corte, en que ſe retardò mas de tres meſes, ſolicitando deſpacho para que ſe la bolvieſſen; y Don Pedro, ſin embarazo alguno, en dos Navios que tenia prevenidos en San Lucar ſe diò à la vela el dia diez y nueve de Março de eſte año en que vamos de ſeſenta y nueve, y llegando con buen tiempo à la Isla de Teneriſe, ſe hallò preciſſado à comprar otro Navio en el Puerto de Santa Cruz para deſahogar ſu gente, por lo eſtrecha, y mal acomodada que venia en las dos Embarcaciones, y poder con mas conveniencia proſeguir ſu derrota, como lo executò ya à mediado de el mes de Abril, ſurgiendo con felicidad por fines de Mayo en la Isla Margarita, donde en vno de los dias que ſe detuvo juntò los Capitanes, y Cabos principales de ſu Armada

mada à Conſejo de Guerra à la ſombra de vnas ceibas, que eſtaban en la plaza, cõcurriendo tambien (llamados por Don Pedro) los vecinos mas autorizados de la Isla; y aviendoles propueſto el fin à que ſe encaminaba ſu armamento, y pedidoles, que como hombres practicos, y experimentados le aconſejaſſen la parte por donde con mas conveniencia podria dàr principio à ſu Conquiſta, fueron todos de parecer lo hicieſſe por Maracapana, donde à la ſazon avia vn Pueblezuelo de Eſpañoles, que le podria ſervir de abrigo para dexar en èl ſin rieſgo las mugeres que traìa conſigo, y proveerſe à poca coſta de ganados, y beſtias para la conduccion de ſu bagage.

Era Don Pedro ſobradamente tenàz en el dictamen que llegaba à concebir, (defecto que le coſtò la vida) y aviendo ſiempre hecho el animo à empezar ſu deſcubrimiento entrando por la Borburata, y llanos de eſta Provincia, no le agradò el conſejo de los de la Margarita, y aſsi, poniendoſe en pie al oìrlo, manifeſtando ſu diſplicencia en el ſemblante, dixo: Vueſſas mercedes me aconſejan eſſo, no porque ſea lo que me conviene, ſino por lograr la ocaſion de venderme ſus ganados, y baſtimentos; à que reſpondiò vno de los vecinos, llamado Salas, hombre anciano de mas de ſetenta años: Noſotros ſolo buſcamos la comodidad de vueſſas mercedes, que la nueſtra no nos ha de venir de aì, pues ſin eſſa hemos ſuſtentado nueſtras familias honradamente deſde que conquiſtamos eſtas tierras; y ſi no nos cree, el tiempo le harà experimentar eſta verdad muy à ſu coſta; y bolviendo la cara à los Capitanes de Don Pedro, que eſtaban alli preſentes, echando mano de vna venerable barba que tenia, les dixo: Para eſtas canas que ſe han de perder todos vueſſas mercedes ſi ſiguen el parecer de ſu General; y ſaliendoſe de la Junta todos los de la Margarita, dexaron ſolo à Don Pedro con ſu Maeſtre de Campo, y Capitanes, que empeñados à reducirlo, le empezaron à perſuadir, tomaſſe el conſejo que le daban aquellos hombres cargados de experiencia en ſemejantes materias; y mas quando ſe conocia ſer fundado en razon, y conveniencia, pues dexando en Maracapana las mugeres, y los niños, podria ſin eſtos embarazos empezar mas à guſto ſu Conquiſta; pero eſtuvo Don Pedro tan inflexible en la reſolucion de hazer ſu entrada por la Borburata, que exaſperado el Maeſtre de Campo, le dixo: No sè yo ſi eſtos ſeñores Capitanes, y Soldados querran poner ſus vidas, y perſonas en tan evidente rieſgo, ſolo por dar guſto à Vſeñoria; à que reſpondiò Don Pedro colerico, y alterado: Si vueſſa merced lo teme tanto, yo le doy licencia para que ſe

que-

quede, y à todos los demàs que no quiſieren ſeguirme, que eſpiritus cobardes, mas embarazan, que acompañan.

Aceptada por el Maeſtre de Campo la licencia, y por otros ciento y cinquenta Soldados, que adivinando los fatales fines que prometia terquedad tan invencible ſe quedaron tambien en la Margarita, Don Pedro ſe hizo à la vela el dia ſiguiente, y con tiempo favorable llegò à la Borburata, de donde deſpachò los Navios para Eſpaña, paſſando èl con ſu gente à la Valencia, en cuyo breve tranſito de ſiete leguas conocierò todos, por las incomodidades preſentes, las adverſidades futuras; y tan deſcontentos de la jornada, como mal ſatisfechos de la aſpera condicion de Don Pedro, empezaron à desvnirſe, tirando vnos para Barquiſimeto, y el Tocuyo, y eſcondiendoſe otros en las eſtancias de los vecinos de Valencia, principalmente los que ſe hallaban con carga de muger, y chuſma de hijos, que con voluntad los admitian, y ocultaban los vecinos, movidos de compaſſion, al vèr aquellas inocentes criaturas ſacrificadas al cuchillo de el hambre, y neceſsidad.

El Maeſtre de Campo Alonſo Brabo, y ſu hermano Diego Brabo, que como diximos ſe avian quedado en la Margarita, à los ſeis dias deſpues que ſaliò de ella Don Pedro, acompañados de algunos de los Soldados que los quiſieron ſeguir, ſe embarcaron en vn Navio que iba para Cartagena, y tocando de camino en la Borburata, hallaron gran cantidad de ropa de Caſtilla, y botijas de vino, que avia dexado alli Don Pedro, con treinta Soldados en ſu guarda, y por no perder ocaſion tan oportuna, para hacerſe pago de los mil ducados que le preſtaron en Eſpaña cogieron las botijas de vino, que les pareciò ſerìan baſtantes para la ſatisfaccion del importe de ſu deuda, y llevandoſe tambien algunos de los Soldados que avian quedado de guarda, proſiguieron ſu viage à Cartagena.

Los que permanecieron en el Puerto aviſaron luego à Don Pedro de el extravìo de ſu hacienda; quien ſentido de la burla que le avia armado Alonſo Brabo, baxò à la Borburata, y haciendo informacion juridica de el caſo, ſentenciò à los dos hermanos à muerte en rebeldìa, deſahogando con eſta demoſtracion mas que aparante los bochornos que avia encendido ſu colera; y haciendo tranſportar à la Valencia las mercaderias que le avian quedado alli, tratò de abreviar quanto antes ſu partida, viendo que por momentos ſe le diſminuìa el numero de ſu gente, pues aviendo ſacado de Eſpaña ſeiſcientos hombres, ſe hallaba ya con ciento y quarenta ſolamente, con los quales ſaliò de la Valencia à dos de Julio de el año de ſeſenta y

nueve

nueve; entrandose por los Llanos, donde lo buscarèmos despues.

CAPITULO II.

ENTRA GARCI-GONçalez con ochenta hombres de socorro à la Ciudad de Santiago: vienen los Carives sobre Caravalleda, y hallando resistencia se retiran con perdida.

HAllavanse las dos Ciudades de Santiago de Leon, y Caravalleda recien fundadas en la Provincia de Caracas quando Don Pedro de Silva llegò à la Borburata con su Armada en los vltimos lances de el peligro à que las avia expuesto la discordia originada entre sus vecinos, pues como referimos en el Libro antecedente, sentidos todos los de la parcialidad de Diego de Losada de el agravio que le avia hecho el Governador en revocarle los poderes por las quexas de Francisco Infante, se salieron con el de la Provincia, desamparando su Conquista; y como estos eran los mas, fueron tan pocos los que quedaron en ella, que en continuado trabajo, sin dexar las armas de las manos, apenas se podian mantener dentro de el recinto de sus Poblaciones, por el teson con que los molestaban los Indios; y teniendo noticia los Alcaldes Ordinarios de las dos Ciudades (à cuyo cargo estaba el govierno de ellas por la muerte de el Governador Don Pedro Ponce) de la mucha gente que de la Armada de Don Pedro de Silva avia quedado esparcida por la Valencia, y sus contornos, y que entre ella estaba el Capitan Garci-Gonçalez de Silva, sobrino de Don Pedro, persona noble, de valor, y de mucha autoridad para con todos, que disgustado con el tio, por la aspereza de su natural insufrible, no avia querido seguirle, aunque venia por su Alferez, le escrivieron con Juan Serrano, (à quien despacharon para esta diligencia) representandole la necesidad extrema en que se hallaban, y el gran servicio que haria à Dios, y al Rey, si juntando la mas gente que pudiesse de la que avia venido con su tio, entrasse à socorrerlos, por estàr ya en terminos tan apretados, que les seria preciso abandonar lo conquistado, por no poder mantenerse.

Deseaba Garci-Gonçalez que su suerte le ofreciesse ocasion en que poder manifestar su bizarria, y hazer alarde de aquel espiritu invencible, que mantenia en el pecho; y como la fortuna le tenia destinada esta Provincia para teatro en que representasse las mayores hazañas su valor, desde luego se determinò à la empressa, tomando el socorro por su quenta, fiado en el respeto, y amor

con que ſabia por experiencia le miraban todos los que avian ſido Soldados de ſu tio: concepto en que no padeciò engaño ſu confiança, pues publicada ſu intencion, ſe le ofrecieron à ſeguirle ochenta hombres, todos Eſtremeños, y los mas hijos de la Ciudad de Merida, ſu Patria, con los quales marchò luego para el Valle de Mariara, donde le eſtaba eſperando Gabriel de Avila, que de orden de los Alcaldes de la Ciudad de Santiago avia ſalido con quince hombres de à cavallo para venirle acompañando, y proſiguiendo juntos deſde alli, ſin novedad que dè materia à nueſtra Hiſtoria entraron en Caracas, donde los dexarèmos por aora.

En el intermedio de la ſalida de Gabriel de Avila à comboyar eſte ſocorro, recalaron ſobre la Coſta de Barlovento de Caravalleda catorce Pyraguas de Indios Carives de la Isla de Granada, que con ſu acoſtumbrada fiereza, hija de ſu miſma barbaridad, venian deſtruyendo à ſangre, y fuego quanto encontraban delante, ſaciando ſu beſtial apetito con la carne de los miſerables Indios, que pudieron aprisionar en los Puertos: era ſu principal intencion dàr aſſalto à la Ciudad de Caravalleda, y aunque los pocos Eſpañoles de que ſe componia en aquel tiempo, por medio de algunos Indios amigos, tuvieron noticia de el mal que les amenazaba con la inmediacion de los Carives, no quiſieron dàr credito al aviſo, y ſolo ſe contentaron con poner aquella noche vna Centinela, algo apartada de el Pueblo, para que obſervaſſe ſi avia alguna novedad en los contornos, en cuya prevencion, aunque tan leve, conſiſtiò por entonces ſu remedio.

Avian los Carives echado en tierra aquella noche trecientos Gandules, para que al romper el Alva dieſſen el aſſalto à la Ciudad, al miſmo tiempo que las Pyraguas hicieſſen el acometimiento por el Puerto, y viniendo marchando à executar ſu intento les huvo de ſentir la Centinela, pero yà tan inmediatos, que ſin tener otro remedio, valiendoſe de las vozes que le pudo permitir el ſuſto, entrò por la Ciudad tocando al arma à tiempo que yà por todas partes reſonaba el rumor de la guaſſabara, à cuyo eſtruendo los Eſpañoles, conociendo (aunque tarde) ſu deſcuido, echaron mano à las armas para hacer roſtro al peligro, y aprovechandoſe de la confuſion con que los barbaros ſe divertian al pillage, y hacer priſionera alguna gente de el ſervicio, tuvieron lugar para juntarſe en Eſquadron haſta veinte hombres, que eran quantos avia en la Ciudad, y echando el reſto al valor, embiſtieron con los Carives, llevandoſe al filo de las eſpadas quantas vidas encontraba

ſu reſolucion, à que ayudò con mas que varonil esfuerço vna muger, llamada Leonor de Caceres, que renovando la memoria de Thomiris, y Cenovia, embrazando vna rodela, y esgrimiendo vna macana, que quitò de las manos à vn Carive, hacia en la comun defenſa maravillas.

Dieronſe por perdidos los Indios à viſta de opoſicion tan temeraria, y reconociendo muertos yà ſus mas valientes guerreros, empezaron à retirarſe àzia la playa al abrigo de ſus Pyraguas, à tiempo que entre la confuſion de los que huian alcançò Gaſpar Thomàs à conocer vna ſeñora, muger de Duarte de Acoſta, que cautiva entre los brazos de vn barbaro, pedia favor à los Cielos, y calando al pecho vn arcabuz, ſin mas punteria que la que governò el acaſo, diſparò con tal fortuna, que partiendole la cabeza al barbaro, le hizo ſoltar con la vida la inocente preſa que llevaba: era eſte Indio vno de ſus Caciques principales, y ſu muerte acabò de declarar por entero la victoria, pues acogiendoſe con accelerada fuga à las Pyraguas, ſe hicieron à toda boga el mar à fuera, deſquitando ſu brabeza en los miſerables Indios que avian apriſionado en la Coſta, pues matandolos para celebridad de ſus feſtines, y borracheras, ſe los fueron comiendo por aquellas playas, con la brutalidad que acoſtumbra aquella Nacion extolida, dando lugar en vna de ellas la embriaguèz con que ſe hallaban, para que ſe les pudieſſe eſcapar, y venirſe à la Ciudad (donde deſpues viviò avecindado algunos años) vn Eſpañol, llamado Benito Calvo, que tenian cautivo avia ſiete años, aviendolo apriſionado en la Isla Dominica de vna Sactìa de vn Pedro Mendez, que avia bazado en ſus Coſtas.

CAPITULO III.

LLEGA DON DIEGO de Cerpa à los Cumanagotos: puebla la Ciudad de los Cavalleros: intenta dàr principio à ſu Conquiſta, y muere à manos de los Indios con la mayor parte de ſu gente.

DExamos à Don Diego Fernandez de Cerpa detenido en Madrid ſolicitando la reſtitucion de la gente que le avian embargado en Sevilla, para ocurrir al levantamiento de los Moriſcos de Granada; y aunque à coſta de tres meſes de dilacion, que gaſtò en la ſolicitud de eſte negocio, aviendo conſeguido deſpacho para que ſe la bolvieſſen, baxò à la Andalucia, y recogidos con preſteza ſus Soldados, ſe diò à la vela en tres Embarcaciones, que tenia prevenidas en el Puerto de San Lucar, con las quales por

fines

fines de el año de ſeſenta y nueve llegò à dàr fondo en la Coſta de los Cumanagotos, Nacion en aquel tiempo tan guerrera, como numeroſa, y que ſiendo comprehendida en los terminos de ſu capitulacion la avia eſcogido por primer aſſumpto de ſus armas, para dàr principio por ella à ſus Conquiſtas, huyendo de los rieſgos à que exponia ſu Armada, ſi entrando por la Boca de los Dragos las huvieſſe de emprender por el Orinoco arriba.

Traìa Don Diego conſigo quatrocientos hombres eſcogidos, y entre ellos muchos Cavalleros, y Soldados de los que avian militado en la Europa en las famoſas ocaſiones de aquel tiempo, y como le acompañaba alguna chuſma de mugeres, y muchachos, aſsi por deſahogarſe de eſte embarazo en la ineſcuſable fatiga de las marchas, como por dexar en la Coſta aſſegurada la puerta à los ſocorros, por comun parecer de todo el Campo poblò luego en la boca de el rio Salado vna Ciudad, à quien intitulò Santiago de los Cavalleros, y dexando en ella las mugeres, y niños, con los vezinos neceſſarios para ſu manutencion, y ſu defenſa, ſaliò à campaña con el reſto de ſu gente, con animo de atraveſar la Provincia ſiempre al Sur, haſta deſcubrir por aquel rumbo las aguas de el Orinoco.

Avian eſtado los Indios à la mira deſde que Don Diego mojò las anclas en ſu playa, obſervando los movimientos de los nueſtros para deſcubrir los fines à que ſe encaminaban todas aquellas diſpoſiciones de ſu Armada; y advirtiendo la poblacion que tenian hecha, y que dividida la gente trataban de penetrar la tierra à dentro, dieron por ſegura la ocaſion para derrotar los foraſteros, y dexar libre el Paìs de la opreſsion violenta de ſus hueſpedes. A eſte fin llamaron en ſu ayuda con preſteza à la Nacion Chacotapa, ſu confinante, y amiga, y juntos de vnos, y de otros mas de diez mil Combatientes, dexaron empeñar à Don Diego por lo cerrado de vna montaña baxa, haſta ſalir al ſitio, que llaman Comoroquao, (tres jornadas diſtante de la Coſta) donde cogiendolo fatigado con la moleſtia de la marcha, lo ardiente de el terreno, y la rabioſa ſed que padecian los Soldados, por no aver agua en todo aquel diſtrito, lo atacaron con valeroſa reſolucion por todas partes; y aunque Don Diego, acordandoſe de ſu ſangre, y de el empeño en que lo avia metido ſu fortuna, procurò acreditar ſu valor en ocaſion tan vrgente, anduvo tan deſgraciado, que tropezando à los primeros lances el cavallo, lo derribò en el ſuelo; y aunque ſu Sargento Mayor Martin de Ayala (que con el miſmo empleo avia ſervido en las guerras de Lombardia, y de el Piamonte) acu-

acudiò luego à ſocorrerlo, ſolo ſirviò ſu diligencia para que fueſſe mayor ſu deſventura, pues muertos ambos à manos de los Indios, y turbados los demàs con la inopinada confuſion de tal deſgracia, quedaron todos expueſtos al golpe de las macanas, ſin que hallaſſe defenſa el deſconcierto para poderſe librar de la barbara crueldad de aquel gentìo, que embrabecido al vèr el desbarato de los nueſtros, ni conocia à la piedad, ni daba lugar à la clemencia, pues en menos de media hora quedaron por deſpojo de ſus manos ciento y ochenta y ſeis Eſpañoles, que tendidos en el campo, acompañaron à ſu General en la deſgracia, para dexar con ſu ſangre à lo futuro rubricada la memoria infelìz de eſte ſuceſſo.

Quatro dias deſpues de la muerte de Don Diego, y de la lamentable rota de ſu Campo llegaron con la noticia à la nueva Ciudad de Santiago de los Cavalleros los pocos que pudieron eſcapar de la refriega, pero tan heridos, y poſtrados, que murieron en breve los mas de ellos: governaba la Ciudad Guillermo Loreto, à quien ſe la avia dexado Don Diego encomendadà; y diſcurriendo como Soldado, que los Indios en proſecucion de la victoria avian tambien de atacarla, tratò de prevenirſe para ſufrir el aſſedio, ò reſiſtir el aſſalto, à que no diò mucho lugar la prieſſa acelerada de los Indios, porque el dia ſiguiente amanecieron ſobre la Poblacion ſus Eſquadrones.

Hallavaſe Loreto falto de baſtimentos, y de vn todo; pero empeñado el valor en la defenſa, acreditò con las obras, lo que puede en tales ocaſiones la conſtancia, pues no contento con reſiſtir catorce dias el ardimiento con que peleaban los barbaros, facò ſu gente fuera de las palizadas para buſcar al Enemigo en la campaña, à tiempo que llegò de la Margarita el Capitan Franciſco de Caceres con algunas Pyraguas, y gente de ſocorro, con cuya ayuda conſiguiò atemorizar algo à los Indios, para que afloxaſſen vn poco en el combate; pero reconociendo que con la muerte de Don Diego era imposſible, ni mantener la Ciudad, ni llevar adelante la Conquiſta, ſe reſolviò à deſamparala voluntario, antes que la neceſsidad le obligaſſe à abandonarla con deſcredito; y embarcando en las Pyraguas las mugeres, niños, y gente de ſervicio, haciendoles eſcolta con los Soldados por la playa, ſe retirò, marchando à Cumana.

Eſte fue el paradero que tuvo Don Diego Fernandez de Cerpa en ſu jornada à que lo empeñò la vanagloria, y el deſeo de hazer ſu nombre eterno, y memorable con las acciones que penſò executar en ſus Conquiſtas, pues hallandoſe vecino rico en

Cartagena, trocò las conveniencias que gozaba en la quietud de ſu retiro por los afanes, gaſtos, y cuidados con que deſtruyò ſu caſa para cõprar con ellos la muerte laſtimoſa que hemos viſto, dexandole à ſu hijo DonGarcia vinculada por herencia ſu deſgracia, pues queriendo llevar adelante las capitulaciones de ſu padre, conſumiò, ſin provecho, en diferentes entradas, y armamentos las quantioſas rentas, y tributos, que como à ſu Encomendero le rendìan las grandesPoblaciones deTuruaco, y Cipacua, haſta que perſeguido de los contratiempos de ſu fortuna, perdiò tambien la vida en la demanda.

CAPITULO IV.

SALE GARCI-GONZALEZ en buſca de Paramaconi: nombra la Audiencia por Governador interino à Juan de Chaves, y los Indios de Mamo matan à Don Julian de Mendoza.

LIbre la Ciudad de Santiago de los temores en que la tenian los Indios, y animados ſus vecinos con el ſocorro que introduxo Garci-Gonçalez de Silva, trataron luego de ſalir à tomar ſatisfaccion de los aprietos que avian padecido en aquel tiempo; y ſiendo Paramaconi Cacique de los Taramaynas, de quien tenian recibidas mas ofenſas, por ſer quien con mas hoſtilidades ſe avia eſmerado en moleſtarlos, determinaron fueſſe el primero que experimentaſſe en el caſtigo los efectos de ſu deſpique, à cuyo fin, cometida la expedicion por los AlcaldesOrdinarios al miſmo Garci-Gonçalez, (para que à la fineza del ſocorro ſe agregaſſe el deberle tambien el deſquite à los agravios) ſaliò con treinta hombres de la Ciudad al ponerſe el Sol, por no ſer viſto, ni ſentido de los Indios, y llevando por guia à vn muchacho de onçe à doze años de edad, Taramayna de Nacion, caminaron haſta llegar poco deſpues de media noche à los Pueblos de Guaremayſen, Parnamacay, y Propocunate, que eſtaban inmediatos vnos à otros, en ocaſion que los Indios, entretenidos con bayles, y regocijos, en Junta general de los Caciques conſultaban al demonio por mano de ſus Mohanes, pidiendole conſejo ſobre là forma que debian obſervar para portarſe con los Eſpañoles; pero advertido Garci-Gonçalez por el muchacho que lo guiava de que Paramaconi, con el recelo de que los nueſtros lo avian de buſcar de noche, (ſin querer concurrir à aquellas juntas) dormia retirado en el centro de vna montaña, que ſe miraba alli en frente, deſeando ſolo aſſegurar la perſona de el Cacique, cogiendolo muerto,

to, ò vivo, mandò marchar adelante, sin detenerse à hazer hostilidad alguna en aquellos Pueblos, aunque pudiera lograrla facilmente, aprovechando la ocasion de sus divertimientos, y descuido.

Tenia el barbaro formado su retiro en lo mas fragoso de aquella montaña inculta, con disposicion tan prevenida, que fabricada la casa en vn llano sobre lo pendiente de vna ladera, se mandaba à vn tiempo por dos puertas, vna que miraba àzia la cumbre de el monte, y otra, que con vnos despeñaderos de por medio caìa à lo profundo de vn Valle, para tener siempre por vna parte, ò por otra assegurado el escape, en caso que lo buscassen; y llegados Garci-Gonçalez, y su genre al centro de la montaña, aunque con mucho trabajo por lo aspero de los riscos, y cerrado de los arboles, descubrieron la casa; à tiempo que Paramaconi, sintiendo el ruido, con vna macana en la mano ocurriò à la puerta de el despeñadero para poner en salvo por alli quatro mugeres que tenia consigo, mientras otros seis Gandules, armados de arcos, y flechas, hacian cara por la otra puerta para divertir los nuestros.

Pero Garci-Gonçalez advertido, dexando sus Soldados batallando con los Gandules, cogiò la buelta à la casa para cerrar el passo à la ladera; y siendo en ocasion que iba saliendo el Cacique, al encontrarse con èl le tirò vn tajo con la espada; mas reparandolo el barbaro en los tercios vltimos de la macana, tuvo lugar para meterse le dentro, y darle con las manos tan fuerte golpe en los pechos, que falseando toda la fortaleza de Garci-Gonçalez, fue dando tras pies, hasta caer de espaldas en el suelo; entonces Paramaconi, sin atender à otra cosa, que à poner en seguro sus mugeres, aprovechandose de aquel accidente favorable, las escondiò por el monte, y sin esperar à que pudiesse ponerse en pie su contrario, con resolucion desesperada se dexò caer por el despeñadero al Valle; pero levantandose Garci-Gõçalez con presteza, ò ignorante de la profundidad de el precipicio, ò arrevatado de el incendio de su colera, sin reparar en la incõsiderada temeridad que executaba el valor, se arrojò de la ladera con la espada en la mano tras el barbaro; y aunque bastantemente atormentado con los golpes que recibiò rodando por las peñas, como al llegar abaxo hallasse à Paramaconi, que armado con la macana le esperaba prevenido, sin tener lugar, ni aun para tomar aliento en su fatiga, le fue preciso entrar desde luego en el combate, donde echando cada qual el resto por quedar superior à su enemigo, vnas veces vsando de las armas, y otras valiendose de los brazos, hicie-

hicieron bien trabajoſa la porfia, haſta que Garci-Gonçalez, logrando como dieſtro los movimientos de el Cacique, pudo llegar à herirlo, metiendole la eſpada por el vazìo derecho; Paramaconi entonces, bramando con el ſentimiento de la herida, ſoltò en el ſuelo la macana, y abrazandoſe con Garci-Gonçalez intentò oprimirlo para quitarle la vida entre los brazos; pero conociendo que aunque le ſobraba el corage para emprenderlo, le faltaban las fuerças para conſeguirlo, por la mucha ſangre que vertia de la herida, ſe deſviò luego, procurando retirarſe à la montaña, por no morir à viſta de ſu contrario; mas no lo pudo hazer tan à ſu ſalvo, que no le alcançaſſe antes vn tajo, que le tirò Garci-Gonçalez con tal fuerça, que partiendole el hombro izquierdo, y corriendo la eſpada por la eſpalda, ſe la abriò haſta la cintura, à cuyo golpe deſmayado el Cacique, cayò en el ſuelo como muerto, y juzgandolo por tal Garci-Gonçalez, ſin hazer mas caſo de èl lo dexò alli, procurando ſolo buſcar forma para bolver à ſubir à la ladera.

Pero era tan pendiente el precipicio por donde ſe avia arrojado, que le huviera ſido caſi impoſsible el aſſenſo, à no favorecerlo ſus Soldados, que echandolo menos deſpues de muertos los ſeis Gandules que defendian la entrada de la caſa, y conociendolo por las vozes con que pedia ſocorro deſde el Valle, dieron diſpoſicion para ſacarlo de aquella profundidad en que ſe hallaba metido; y como el fin de ſu jornada ſolo ſe avia dirigido à caſtigar los atrevimientos de Paramaconi, teniendolo ya por muerto, trataron ſin dilacion de bolverſe à la Ciudad, donde reforçando el engaño la voz comun de los Indios, y el recato que tuvo el Cacique en ocultarſe mientras convalecia de las heridas, corriò ſu muerte por tan fixa, que nadie llegò à dudarla, haſta que paſſado poco mas de vn año, acompañado de alguna gente principal de ſu Nacion Taramayna, ſe entrò vna mañana en la Ciudad pidiendo paz, y ofreciendo la obediencia, que mantuvo deſpues con gran fidelidad haſta ſu muerte, y tanto amor, y amiſtad para con Garci-Gonçalez, (aficionado al valor con que ſe portò con èl) que quantas vezes ſe le ofrecia venir à la Ciudad era fixo en ſu caſa el hoſpedage, conſervándo ſiempre la memoria de ſu campal deſafio, al paſſo que le duraron las ſeñales de ſus heridas, pues le podia caber vn brazo en el hueco que le quedò de la que recibiò en las eſpaldas.

A eſte miſmo tiempo con poca diferencia llegò à la Provincia Juan de Chaves, natural de la Ciudad de Truxillo en la Eſtremadura, y vecino de la de Santo Domingo en la Isla Eſpañola,

ñola, à quien la Real Audiencia proveyò por Governador interino en lugar de Don Pedro Ponce de Leon ; y reſignado à tener en Coro ſu aſsiſtencia, nombrò por ſu Lugar-Theniente en la Ciudad de Santiago à Bartholomè Garcia, ſuegro de el Capitan Juan de Guevara, y hierno de Juan Quareſma de Melo, primer Regidor que fue de Coro, por particular merced de el Emperador Carlos Quinto, y à pocos dias de aver entrado eſte Cavallero en el exercicio de ſu pueſto ſucediò la muerte deſgraciada de Don Julian de Mendoza, cuya execucion tuvo principio en el ſentimiento que formaron los Caciques Parnamacay, Prepocunate, y los demàs de el Valle de Mamo, (llamado por otro nombre el Valle de las Huayabas) por averles embiado à decir Don Julian tratàſſen de venir à trabajarle en ſus labranças, porque era ſu Encomendero.

Advertencia, que recibieron tan mal los que por ſu naturaleza eſtaban acoſtumbrados à mandar, y no à ſervir, que deſde luego, ſintiendoſe ofendidos de la propueſta, determinaron quitarle la vida para ſatisfaccion de ſu agravio: A eſte fin, ſimulando ſu intencion con los obſequios de vn rendimiento ſervil, embiaron à la Ciudad algunos Indios, para que en nombre de todos dieſſen la obediencia à Don Julian; preſentandole por primer reconocimiento de tributo, y vaſſallage vnas hamacas, curioſamente tegidas, con otros frutos, y regalos comeſtibles de la tierra: demoſtracion, que teniendola Don Julian por indicio evidente de vna voluntad ſincera, ſin recelar el engaño ſe dexò llevar (por ſu deſdicha) de ſu afectada apariencia, pues pareciendole avia conſeguido ya quanto podian deſear ſus intereſſes para lograr ſus aumentos, pidiò licencia à Bartholomè Garcia para paſſar à reconocer los Pueblos, y tomar poſſeſsion de ſu Encomienda.

A eſte efecto ſaliò de la Ciudad, tan confiado en la amiſtad de los Indios, que ſolo llevò conſigo dos Soldados, mas para ſu aſsiſtencia, que para ſu compañia; y llegando à la boca por donde deſagua al Mar el rio de Mamo hallò todos los Caciques, y principales de el Valle, que le eſtaban eſperando con grandes mueſtras de alegria, y fingimientos de paz; pero como la intencion era diſtinta de lo que moſtraba el exterior, ſolo duraron los regocijos con que tiraron à divertirlo mientras Prepocunate tuvo lugar de cogerle à Don Julian las eſpaldas, y darle por detras con vn machete tan fuerte golpe en la cabeza, que ſe la partiò por la mitad haſta los ojos, dexandolo ſin vida à fuerça de inhumanidad tan alevoſa.

Los dos compañeros viendo muerto à Don Julian, y cono-

ciendo, aunque tarde, el fementido trato de los Indios, no hallaron otro remedio, que apoderarſe de vna caſa, que eſtaba à las orillas de el rio, para procurar à ſu abrigo defenderſe, ſiquiera por entretener por algun tiempo la vida, y dilatar con valor algun rato mas la muerte; pero ſolo les ſirviò la diligencia para experimentar vn fin mas laſtimoſo, porque los Indios, no pudiendo toletar la reſolucion de ſu defenſa, pegaron fuego à la caſa, donde miſerablemente perecieron entre la actividad de las llamas, y las moleſtias de el humo.

El dia ſiguiente, por boca de los miſmos Indios, ſe tuvo noticia en la Ciudad de eſta deſgracia, y no pareciendo conveniente dexar aquel atrevimiento ſin caſtigo, embiò luego Bartholomè Garcia à Sancho de el Villar con quarenta hombres para que lo executaſſe; pero los Indios, recelando lo miſmo que ſucediò, ſe avian retirado à vna montaña, llamada Anaocopon, en las cabeceras de el Valle, y fortalecidoſe en ella de tal ſuerte, que aunque Sancho de el Villar procurò con empeño el expugnarla, fue impoſſible contraſtar lo impenetrable de el ſitio; y como à la ſombra de ſu aſpereza lograban los barbaros ſus acometimientos con ventaja, muertos cinco Eſpañoles, y heridos de peligro Pablo Bernaldes, Pedro Vazquez, y Diego Vizcayno, ſe hallò obligado Villar à bolverſe à la Ciudad, ſin mas fruto de ſu entrada, que aver dado ſepultura al cuerpo de Don Julian, que hallò en las orillas de el rio, con las partes genitales cortadas, y metidas en la boca; de que quedaron los Indios tan altivos, que deſpreciando ya el abrigo de los montes, tuvieron oſſadìa para ſalir al Valle de San Franciſco, y matar alguna gente de ſervicio, que hallaron por el Campo deſcuidada: daño à que deſeando Bartholomè Garcia aplicar remedio antes que paſſaſſe à mas ſu atrevimiento, bolviò à diſponer ſegunda entrada, nombrando por Cabo de ella à Franciſco de Vides; pero experimentando eſte los miſmos contratiempos que Sancho de el Villar, ſe viò tambien preciſado à retirarſe à la Ciudad, con pèrdida de el bagage, que le ganò Parnamacay en vn encuentro; quedandoſe los Indios, con la gloria de mantenerſe libres de la ſujecion Eſpañola, quaſi à las miſmas puertas de la Ciudad de Santiago, haſta que llegado el año de ſetenta confeſſaron rendidos, no ſer baſtantes ſus fuerças para oponerſe à la fortuna, ò valor de Garci-Gonçalez de Silva; porque como aquel hombre jamàs empuñò la eſpada, que no fueſſe para quedar vencedor, cometida à ſu diſpoſicion por el Governador Juan de Chaves la pacificacion de aquel Valle, que ſe juzgaba ya por impoſsible, lo miſmo fue entrar en 1570

èl

èl con gente armada, que ſujetar los Indios la cerviz(con admiracion, y paſmo) al yugo de la obediencia, eſcarmentados de el daño que recibieron à la primer reſiſtencia que intentaron, pues muerto en la batalla Prepocunate, y mas de trecientos Gandules, no les quedò otro remedio, que valerſe de el rendimiento para conſeguir la paz, que antes avia menoſpreciado ſu perfidia.

CAPITULO V.

PROSIGUE DON PEDRO de Silva en ſu deſcubrimiento; y deſamparado de ſus Soldados ſe retira à Barquiſimeto: paſſa al Perù, y deſpues à Eſpaña; y finalmente muere à manos de los Indios Carives.

EMpeñado Don Pedro Malaver de Silva en ſu deſcubrimiento por los Llanos, fue encaminando ſu derrota deſde que ſaliò de la Valencia ſiempre al Sur, ſin apartarſe de la cordillera que llevaba ſobre la mano derecha, por gozar la conveniencia de ſer las tierras inmediatas à ſu falda mas enjutas, y libres de atolladeros; pero como por aquel rumbo eran muy ſingulares las Poblaciones que encontraban, y eſſas de muy corta vecindad, deſde luego empezò à experimentar, à buelta de otros trabajos, la falta de baſtimentos, para comun deſconſuelo de ſu gente; ſi bien à los principios, con las eſperanças de hallar mas adelante las mejoras q̃ ſe prometian à ſu fortuna, toleraban con algun ſufrimiento ſus fatigas; pero advirtiendo deſpues, que mientras mas ſe iban remontando por aquel pielago ſin fondo de los Llanos, ſe multiplicaban con exceſſo las incomodidades, y miſerias, ſe fueron deſmayando, faltandoles à todos el aliento, pues ademàs de ſer la tierra inhabitable, llena de tremedales, y anegadizos, de cuyas aguas detenidas, corruptas con el demaſiado calor, era imponderable la cantidad de moſquitos, y ſabandijas ponçoñoſas que los atormentaban, padecian tambien el deſabrigo de vna total deſnudèz; porque ſiendoles preciſo el caminar ſin vereda por aquellas ſabanas dilatadas, era tanta la aſpereza de los pajonales, que como ſi fueran cuchillos de dos filos, les hacian pedazos los veſtidos; de ſuerte, que ſe vieron obligados, para reſguardar las carnes, à hazer vnos zamarros de pellejos de Benado, que les cubrian los cuerpos haſta abaxo de las rodillas, pues no era ſuficiente otro remedio para poder defenderſe.

Eſtas penalidades, y trabajos, juntas con el ſeco natural, y condicion agria de Don Pedro, tenia tan deſabridos los Soldados, que no avia vno que de buena

gana

gana le ſiguieſſe, recelando todos el poco fruto, que con tan malos principios podian prometerſe en la jornada. No ignoraba Don Pedro eſtos diſguſtos, pero en lugar de ſoſſegarlos con agrado, los aumentaba cada dia mas con ſu aſpereza; pues dexandoſe llevar de las melancolias que le cauſaba la experiencia de ſus malos ſuceſſos, diò en negarſe à la comunicacion haſta de ſus mas amigos, obſervando vn retiro tan eſtraño, que llegò à hazerſe para con todos intratable.

Cinco meſes avia que caminaban de eſta ſuerte, quando, por buſcar algun conſuelo que ſirvieſſe de alivio à ſu afliccion, deſpachò Don Pedro al Capitan Ceſpedes con treinta hombres, para que adelantandoſe quarenta, ò cinquenta leguas, reconocieſſe ſi por las mueſtras prometia la tierra alguna eſpetança en que pudieſſen afiançar las mejoras de ſu deſcubrimiento; pero aviendo Ceſpedes rebuelto todos aquellos contornos, ſin encontrar otra coſa, que mayor diſpoſicion para nuevas calamidades, y deſdichas, deſpues de veinte y ſeis dias de trabajos ſe hallò atajado de vn lago, que dilatandoſe con prolongada circunferencia, le embarazaba por todas partes el paſſo; pero aviendo reconocido que ſu profundidad no era tanta que eſtorvaſſe el que ſe le pudieſſe buſcar vado, atravesò por ella, llevando en partes el agua à la garganta; y puesto de la otra vanda, advirtieron algunos de los Soldados, que rompiendo la Laguna por vna abra que hacia la cordillera, deſaguaba para la parte de el Poniente: circunſtancia, que obſervada con mas cuidado por vn Meſtizo, gran Baquiano de la tierra, que iba en la tropa, y ſe les avia agregado en la Valencia, les diò motivo para afirmar (haciẽdo ſu demarcaciõ) que aquellas aguas ibã à ſalir muy cerca de la Ciudad de Barquiſimeto; y como entre todos era comun el deſeo de deſamparar aquella Conquiſta tan penoſa, ofreciendoſe el Meſtizo à conducirlos por alli haſta ponerlos en ſalvo, no fue meneſter mas para que todos clamaſſen, perſuadiendo à Ceſpedes ſe lograſſe ocaſion tan oportuna para aſſegurar las vidas, que en tan manifieſto peligro tenian pueſtas; ſin eſperar otro provecho de tantas calamidades, que dar guſto, à coſta de ſu ſangre, à las terquedades de Don Pedro.

No deſeaba Ceſpedes otra coſa, que executar lo miſmo que le pedian ſus Soldados; y aſsi, conviniendo deſde luego ſin repugnancia alguna en la propueſta, empezaron à caminar, cortando la Serranìa por el rumbo que governaba el Meſtizo; ſi bien antes de emprenderlo les pareciò neceſſario aviſar à Don Pedro de ſu determinacion, porque no gaſtaſſe el tiempo en eſperarlos, para cuya diligencia, en la corteza de

vn

vn arbol, que llaman Mahagua, le escrivieron vna carta, que contenia estas razones: Señor Governador, cansados yà de andar perdidos tanto tiempo, sin esperança de hallar mejor tierra, ni ventura de la que hasta aqui hemos visto, determinamos salir à morir entre Christianos; V. S. puede hacer lo mismo, siguiendo nuestros passos, pues le vamos sirviendo en abrirle el camino.

Escrita esta carta, se la embiaron con vn Indio Ladino, criado de Cespedes, que por aver quedado su muger sirviendo à Don Pedro, acepto con gusto la embaxada, y con mucho mayor prosiguieron ellos su derrota, aunque con la penalidad de ir faltos de bastimentos, pues caminaban atenidos, para poder sustentarse, à las frutas silvestres qne encontraban, y el Mestizo, como practico, conocia por seguras, para comerlas sin riesgo, hasta que encumbrada la Serranìa, empezaron à baxar por vnas lomas limpias à vnos profundos Valles, en vno de los quales se ranchearon de espacio, por aver hallado en vn arroyo, que lo atravesaba por medio, tanta abundancia de pescado, que lo cogian sin trabajo con las manos.

Notable fue el sentimiento de Don Pedro quando recibiò la carta que le escrivieron sus Soldados; y reventando de enojo, con el deseo de castigar su desacato, embiò luego tras de ellos con treinta hombres à Don Luis de Leyva, vno de sus Capitanes, mancebo de pocos años, pero de mucha prudencia, con orden, para que donde quiera que encontrasse à Cespedes lo ahorcasse, y procurando reducir à los demàs à su obediencia, se los traxesse consigo: mas como yà estaba declarada contra Don Pedro la fortuna, el medio que pretendiò aplicar para el reparo solo sirviò para acelerar su perdicion; porque Don Luis, pareciendole mas acertado el dictamen de Cespedes, que el de su Governador, luego que se viò en franquia se determinò à seguirlo, y con otro Indiò que despachò para el efecto avisò de su resolucion à Don Pedro, previniendole no se detuviesse en esperarlo, porque no llevaba pensamiento de bolver à verlo.

Bien descuidado de semejante novedad se hallaba Cespedes, gozando la conveniencia de el pescado de las orillas de el arroyo, quando vna tarde alcançò à vèr à Don Luis, que siguiendose por el rastro de sus trochas, venia baxando por las lomas àzia el mismo Valle en que èl estaba rancheado; y como à la primera vista no era facil distinguir, què gente fuesse, ni los motivos que podria traer en su venida, asseguràndose con la prevencion anticipada para qualquier accidente, puso luego en arma sus Soldados, resuelto à no consentir la mas mi-

nima moleſtia que ſe le intentaſſe hacer; pero como la intencion de Don Luis era muy diferente de lo que Ceſpedes temia, quedò en breve deſengañado de lo vano que avia ſido ſu recelo, pues ſin hacer caſo Don Luis de aquel aparato militar con que lo eſtaba eſperando, luego que entrò al Valle ſe metiò por los quarteles de Ceſpedes con ſu gente deſarmada, para que con aquella demoſtracion tan de confiança conocieſſe eran vnos miſmos los intentos que governaban à entrambos; de que quedaron tan alegres vnos, y otros, celebrando la dicha de verſe juntos, que olvidados yà de los trabajos paſſados, ſolo trataban de congratularſe en los regocijos preſentes, teniendoſe por felices en aver tomado la reſolucion de deſamparar à Don Pedro, pues ſe hallaban libres de las riſpideces de ſu natural azedo, y de las moleſtias de ſu Conquiſta deſgraciada.

Cinco dias avia que deſcanſaba la gente de Don Luis en el arroyo, gozando tambien de la abundancia del peſcado, quando, por no perder tiempo, trataron los dos Capitanes de proſeguir ſu viage en buena compañia, governandoſe en todo por la derrota que avia formado el Meſtizo; pero confuſo eſte en la demarcacion, por aver torcido vn poco à mano izquierda, debiendo caminar ſiempre al Poniente, perdiò el tino de calidad, que aviendo encumbrado vna alta Serrania, y baxado à vnas llanuras dilatadas, confeſsò eſtaba perdido, ſin ſaber la parte en que ſe hallaba; ſi bien, por las ſeñales que conocia en la tierra, ſe afirmaba en que no podia diſtar mucho de alli Barquiſimeto; y decia bien, pues à caminar dos leguas mas por aquel rumbo huvieran ſalido al miſmo camino Real, que và de aquella Ciudad para Valencia; pero como yà el Meſtizo avia empezado à titubear en la baquia, receloſo con ſu miſma deſconfiança, no ſe atreviò à proſeguir por donde iba, y torciendo vn poco mas ſobre la mano izquierda, vino à ſalir deſpues de algunos dias à las orillas de vn pequeño rio, por cuya margen continuaron caminando, ſin tener otro alimento para ſuſtentar las vidas, que raizes, y cogollos de viſao del que hallaban en las riveras; haſta que vna tarde, quando mas deſconſolados los tenia el ſentimiento de verſe perecer en aquellos deſpoblados ſin remedio, ſubiendo à peſcar por el rio arriba vn Soldado Italiano, llamado Juan Bautiſta, encontrò detenidas en vn palo que atraveſaba la corriente vnas hojas de rabano, y lechugas; y ſiendo aquellas verduras vn genero que jamàs ſe avia hallado entre los Indios, congeturò luego, que ſin duda avia por alli cerca alguna Poblacion Eſpañola, de donde veniá por el rio abaxo aquellas hojas.

Con

Con eſta buena nueva bolviò al inſtante en buſca de los compañeros, que incredulos de tan no eſperado acontecimiento, juzgaron à los principios era burla con que queria divertirlos (como ſolia otras vezes) el alegre genio de Juan Bautiſta, haſta que viendo las hojas, que llevaba en las manos, quedaron deſengañados, conociendo por ellas la evidencia de ſu dicha; y por no dilatar el deſcubrirla, divididos vnos por vna vanda, y otros por otra, en aquella miſma hora empezaron à marchar por el rio arriba, ſin dexar coſa que no fueſſen eſcudriñando en ſus orillas. Poco mas de dos leguas avrian caminado de eſta ſuerte, quando los que iban por el lado de la mano derecha dieron con vna vereda ancha, y trillada, y entrandoſe por ella, à breve rato vinieron à ſalir à vna ſabana, en que eſtaba poblado vn hato de ganado bacuno de Pedro Velazquez, vecino de Barquiſimeto, donde hallando caritativo hoſpedage en la piedad de ſu dueño, pudieron reformarſe de las calamidades contraìdas en peregrinacion tan trabajoſa para dividirſe deſpuès, como lo hicieron, tirando cada qual por ſu camino, ſin acordarſe del deſamparo en que quedaba Don Pedro; quien conociendo (aunque tarde) el mal eſtado à que lo avian reducido las ſequedades de ſu trato, luego que recibiò el aviſo que le embiò Don Luis de Leyva, participandole la intencion que llevaba de incorporarſe con Ceſpedes; viendoſe yà abandonado haſta de aquellos en cuya amiſtad le parecia tener aſſegurada la confiança, y que el numero de gente que le avia quedado era muy corto para empeñarſe mas en ſu Conquiſta, tratò tambien de retirarſe, antes que impoſsibilitado de remedio perdieſſe la eſperança en la ſalida; y ſiguiendo las huellas de Ceſpedes, y Don Luis, aunque con algun eſpacio, por los muchos enfermos que tenia, entrò en Barquiſimeto por el mes de Março de el año de ſetenta.

Eſte fue el paradero que tuvo la jornada de Don Pedro Malaver de Silva para el deſcubrimiento de el Dorado; eſte el fin de tantos gaſtos, empeños, y diligencias como empleò aquel Cavallero en pretender ſu Conquiſta; y ſi eſcarmentado con el conocimiento de lo mal que le corria la ſuerte huviera tomado el partido de retirarſe, pudiera tenerſe por felìz, pues eſcusàra padecer las deſdichas que le acarreò ſu deſtino, y no huviera dexado motivo al ſentimiento para llorar las circunſtancias de ſu laſtimoſa muerte; pero tenia tan arraygada al corazon la vanagloria de eternizar ſu fama con la Conquiſta de el Dorado, y que ſu nombre igualaſſe al de Cortès, y Pizarro en los aplauſos que los tributaba

el

el mundo, que no baſtando à deſengañarlo las pèrdidas, y contratiempos de eſta primera jornada, paſſados pocos dias deſpues que llegò à Barquiſimeto partiò para Chachapoyas, donde eſtaba avecindado, y vendiendo quanto tenia para juntar dineros, bolviò ſegunda vez à Eſpaña, pareciendole que con la experiencia de lo ſucedido podria lograr el acierto, encaminando por otra parte mas acomodada ſu Conquiſta; pero engañòle en todo ſu deſgracia, pues armado nuevamente en San Lucar con vn Navio bien pertrechado, y ciento y ſetenta hombres, intentò ſu deſcubrimiento el año de ſetenta y quatro por la Coſta que corre entre el Marañon, y el Orinoco, donde con lamentable eſtrago perecieron todos, vnos al rigor de las enfermedades, que les causò la deſtemplança de la tierra, y otros à manos de los Indios Carives, entrando en eſtos Don Pedro, y dos hijas doncellas, que llevaba conſigo, que ſin duda ſacrificarian guſtoſas la vida en las aras de el honor, por eſcuſar la contingencia de vèr ajada ſu hermoſura en la deſatencion groſſera de aquella Nacion tan barbara, de cuya fiereza ſolo quedò libre entonces vn Soldado, llamado Juan Martin de Albujar, à quien reſervò la Providencia, para que deſpues ſe ſupieſſen por ſu relacion las circunſtancias de eſte caſo, pues aviendo quedado cautivo entre aquellos Infieles, à coſta de inexplicables peligros, y trabajos, por varios accidentes de ſu fortuna, huvo de ſalir al cabo de diez años à la boca de el rio Eſquino, en la Provincia de los Arbacos, Indios pacificos, y que en aquel tiempo tenian trato, y comunicacion con los Eſpañoles de la Margarita, por cuyo medio logrò el paſſar à aquella Isla, y deſpues à eſta Provincia, donde viviò avecindado algunos años, dexando en la Ciudad de Carora ramas de ſu deſcendencia, que haſta oy conſervan ſu memoria.

CAPITULO VI.

FUNDA ALONSO Pacheco la Ciudad de Maracaybo: entran Chriſtobal Cobos, y Gaſpar Pinto à pacificar los Chagaragatos: muere el vno; y el otro, ſin hacer efecto, ſe retira.

TErminando el año de ſetenta con los acaecimientos referidos en los Capitulos antecedentes, tuvo principio el de ſetenta y vno con la fundacion de la Ciudad de la nueva Zamora en la Laguna de Maracaybo: expedicion, que deſde el año de ſeſenta y ocho avia encomendado el Governador Don Pedro Ponce de Leon à el Capitan Alonſo Pacheco, vezino de la 1571.

Ciu-

Ciudad de Truxillo; y aunque desde entonces, armando dos Bergantines que fabricò en el sitio de Moporo, empezò à correr las Costas de la Laguna, fue tanta la oposicion que hallò en los Indios Saparas, Quiriquires, Aliles, y Toas, que sin poder ganar palmo de tierra para sujetarlos, necesitò de vna guerra continuada en los tres años que passaron de por medio para averlos de reducir à que diessen la obediencia à fuerça de armas; pero conseguida al fin su pretension el dia veinte de Enero de el año de quinientos y setenta y vno, en el mismo sitio donde Ambrosio de Alfinger tuvo su rancheria à orillas de la Laguna, y seis leguas distante de la Barra, por donde comunica sus aguas con el Mar, poblò la nueva Zamora, à quien comunmente, por el antiguo nombre de todo aquel Pais, llaman la Ciudad de Maracaybo: està situada en onze grados escasos de altura Septentrional; su temperamento sumamente calido, pero en extremo sano, por ser tan seco, que en veinte leguas de distancia, tirando àzia la Serrania, no se halla mas agua, que la que recoge la industria quando llueve en xahueyes hechos à mano, para mantener con ella los ganados que pastan por aquellas sabanas, de donde se origina ser su comarca muy estèril, y solo acomodada para criar ganados, assi bacuno, como cabrìo, de que es notable el multiplico; si bien, como la conveniencia de la Laguna es tanta para traginar su costo, abunda de todo quanto necessita, sin que experimente falta, adquiriendo de otras partes en las Embarcaciones de el Trato los frutos que le niega su terreno, pues ocurren à su Puerto quantos producen las Ciudades de Gibraltar, Merida, Truxillo, Barinas, la Grita, y otras circunvecinas.

Ciudad de Maracaybo.

El Lugar es rico por el mucho Comercio que mantiene con la Nueva-España, Santo Domingo, Cartagena, Islas de Canaria, y otras Provincias vltramarinas; el Puerto es muy seguro, y acomodado para fabricar Embarcaciones, por la abundancia que se goza de excelentes maderas, y assi continuamente estàn embarazados sus Astilleros; y si los Españoles supieramos aprovechar las vtilidades que encierra la hermosura de su Laguna, fueran continuados jardines sus margenes, y se huviera poblado vn Reyno en sus orillas; las repetidas invasiones con que la han molestado los Pyratas han sido causa bastante para embarazar su crecimiento, pues à no aver padecido los estragos que con esta ocasion han executado en ella el cuchillo, y el fuego, fuera vna de las buenas Ciudades que tuviera la America; pero sin embargo mantiene oy mas de quinientos vecinos que la habitan; sus edificios, todos de piedra, son alegres, capazes, y

bien diſpueſtos; la Igleſia Parroquial, de obra moderna, es gallarda en ſu fabrica, y bien proporcionada en ſu planta; venèraſe en ella vna devota Imagẽ de vn Milagroſo Crucifixo, à quien los Indios Quitiquires, aviendoſe levãtado contra los Eſpañoles el año de mil y ſeiſcientos, y ſaqueado, y quemado la Ciudad de Gibraltar, en cuya Igleſia eſtaba entõces eſta Hechura, con ſacrilega impiedad hicieron blanco de ſus harpones, dandole ſeis flechazos, cuyas ſeñales ſe conſervan todavia en el Santiſſimo Bulto; y es tradicion aſſentada, y muy corriente, que teniendo antes eſta Imagen la cara levantada, (por ſer de la Eſpiracion) como lo comprueba el no tener Llaga en el Coſtado, al clavarle vna de las flechas que le tiraron ſobre la Ceja de vn Ojo, inclinò la Cabeza ſobre el Pecho, dexandola en aquella poſtura haſta el dia de oy.

Suſtenta aquella Ciudad para ſu luſtre vn Convento de Religioſos del Orden de San Franciſco, vn Hoſpital debaxo de la proteccion de Santa Ana, y vna Ermita, dedicada à San Juan de Dios, que fabricò el año de ſeiſcientos y ochenta y ſeis la piadoſa devocion del Capitan Juan de Andrade; en lo temporal eſtuvo ſujeta al Governador de eſta Provincia haſta el año de ſeiſcientos y ſetenta y ocho, en que à pedimento de ſus vecinos ſe mandò agregar à la Governacion de Merida de la Grita; y como el ſer Puerto de Mar franquea mas vtilidad para las conveniencias, y mas autoridad para la graduacion, traſladaron à ella los Governadores ſu aſsiſtencia deſde entonces; quedando por eſta cauſa conſtituìda en Cabeza de Govierno, y como tal reſide tambien en ella el Tribunal de la Contaduria, compueſto de dos Oficiales Reales, proveìdos por el Rey; la facilidad con que los Pyratas la ſaqueaban cada dia, por tener las Barras de la Laguna ſin defenſa, hizo aplicar remedio para ſu ſeguridad, fabricando en ellas tres Caſtillos, que guarnecidos de Artilleria, y preſidiados de Milicia, han ſido baſtante reparo para librarla de vejacion tan continua; quedando con eſta diligencia aſſegurada, y graduado ſu Govierno entre los de mas eſtimacion, y vtilidad de las Indias.

Entre tanto que Alonſo Pacheco ſe entretenia en poblar la nueva Zamora no deſcanſaban los vecinos de la Ciudad de Santiago, atentos ſiempre à perfeccionar de el todo ſu Conquiſta, en que hallaban cada dia mas dificultad, por la obſtinada reſiſtencia de los Indios; pero alentados con el buen principio de tener ya reducidas, y ſujetas las dos Naciones de Tarmas, y Taramaynas, mediante el valor con que Garci-Gonçalez obligò à los Caciques Paramaconi, y Parnamacay à que dieſſen la obediencia, de-

determinaron poner todo su esfuerço en sujetar tambien à los Chagaragatos, y Caracas, que habitaban la Serranìa, que mèdia entre la Ciudad, y el Mar, para que sin embarazo quedasse obediente, y reducida toda la parte de la Provincia, que mira àzia la Costa; à este fin se vnieron los Cabildos de Caravalleda, y de Santiago, como interessados ambos en la conveniencia de quitar aquel estorvo de por medio para la total seguridad de su Comercio, y tragin; y ajustado el que à vn mismo tiempo saliessen de las dos Ciudades, acometiendo cada vna por su parte, à penetrar la Serranìa, que era habitacion de aquellos barbaros, para que divididas las fuerças enemigas en la defensa, facilitasse su misma diversion el vencimiento.

Entrò con la gente de Caravalleda Gaspar Pinto, y Christobal Cobos con la de Santiago, logrando à los primeros passos algunos buenos sucessos, que permitiò el descuido con que se hallaban los Indios; pero recobrados estos de el susto de aquella invasion primera, dieron tantoen que entender à los nuestros, que desesperados de poder conseguir la pacificacion divididos, tuvieron por mejor juntarse, haciendo vn cuerpo de los dos Campos, y con las fuerças vnidas acometer al Cacique Guaymaquare, que retirado de la Costa con quatrocientos Gandules à lò mas aspero, y fragoso de la Serranìa, era quien fomentaba desde alli la obstinacion con que peleaban los Indios.

No se le ocultò al Cacique esta determinacion de los nuestros, ò porque le avisaron de ella los Indios amigos que assistian en nuestro Campo, ò porque acertò à prevenirla su discurso con la promptitud de su viveza; y assi, aunque los dos Capitanes, fiados en el silencio de la noche, pensaron disponer el abance de suerte, que caminando con la obscuridad pudiessen llegar à tiempo que cogiessen à el barbaro desprevenido, lo hallaron tan cuidadoso, que aun no avian pisado los nuestros lo interior de la montaña, quando haciendo señal las Centinelas que tenia por los caminos, empezò à resonar el estruendo de los caracoles con que tocaban por todas partes al arma; entonces Gaspar Pinto, que governaba aquella noche la Banguardia, viẽdo malogrado el lãce, por la mucha vigilancia de Guaymaquare, sin esperar à q̃ aclarasse el dia apresurò el passo con su gente, siguiendole Cobos con la suya; y governandose por el mismo mormullo de los Indios, se fueron metiendo por la montaña hasta salir à las casas, que servian al Cacique de retiro, donde apellidando à Santiago, y disparando los arcabuzes, se encendiò entre vnos, y otros la refriega, sin que la obscuridad de la noche, los gritos,

gritos, y confuſion de la pelèa dieſſen lugar à que ſe pudieſſe reconocer à quien ſe inclinaba la victoria, haſta que al rayar el Alva ſe fueron los Indios retirando; ſi bien con ventajas tan conocidas, que pudieron aclamar por ſuyo el vencimiento, pues aunque los nueſtros quedaron apoderados de las caſas, fue con pèrdida de diez Soldados que ſe encontraron muertos, y con la deſgracia de aver recibido Gaſpar Pinto vna herida en vna pierna, que aunque pareciò leve, y de poco cuidado à los principios, debiò de ſer tan eficàz la actividad de el veneno con que eſtaba la flecha preparada, que aumentandoſele por inſtantes las fatigas, y recreciendoſele por momentos las congoxas, muriò dentro de ſeis horas, cayendoſele las carnes à pedazos, y rabiando de dolores: fatalidad, que cortò el hilo à la Conquiſta, porque Cobos, amedrentado con la muerte del compañero, ſin eſperar à mas ſe bolviò para Santiago, y la gente de Caravalleda, à quien tocaba con mas empeño la vengança, viendoſe ſola, y ſin Cabo que la governaſſe, tomò la miſma reſolucion de retirarſe, quedandoſe aquellas Naciones con la miſma rebeldìa que eſtaban antes, haſta que deſpues el trato, y comunicacion las fue domeſticando, y el tiempo conſumiendo, pues ſe aniquilaron de ſuerte, que ha muchos años que ſolo quedò de ellas la memoria, ſin que ſe reſervaſſe vn individuo.

CAPITULO VII.

LLEGA A CORO EL GOvernador Don Diego de Mazariego: puebla el Capitan Salamanca la Ciudad de Carora; y Pedro Alonſo Galeas entra en los Mariches.

SAbida en la Corte la muerte de Don Pedro Ponce de Leon, proveyò el Rey en ſu lugar para el Govierno de eſta Provincia à Diego de Mazariego, Cavallero, aunque de muy buenas prendas, mas apropoſito, por ſu crecida edad, para gozar el deſcanſo de ſu caſa, que para hacerſe cargo del exercicio de ſemejante empleo; pero ſin embargo, aviendoſe reſignado à aceptarlo, ſe embarcò en el Puerto de San Lucar, y por el mes de Febrero de el año de quinientos y ſetenta y dos llegò à Coro, donde tomada la poſſeſsion de ſu Govierno, no pudiendo, por el embarazo de ſus muchos años, dar expediente por sì ſolo à la ocurrencia de negocios que ſe ofrecian en la Provincia, nombrò por ſu Theniente General à Diego de Montes, vecino de el Tocuyo; quien vſando de la amplia juriſdiccion que le comunicò el Governador para quanto pudieſſe ocurrir la tierra aden- 1572.

adentro; diò comiſsion el miſmo año de ſetenta y dos al Capitan Juan de Salamanca, para que entraſſe à poblar las Provincias de Curarigua, y Carora, que demòran àzia el Norte, entre la Ciudad de el Tocuyo, y la Laguna de Maracaybo; y como por aquel tiempo avia en la Governacion baſtante gente deſcarriada, y ſin conveniencia alguna, aſsi de la que ſaliò de los Llanos con Don Pedro de Silva, como de la que avia venido à la Conquiſta de los Cumanagotos con Don Diego Fernandez de Cerpa, con facilidad, publicada la jornada, aliſtò Salamanca ſetenta hombres, entre quienes fueron Alonſo Gordon, Juan de Gamez, Benito Dominguez, Alonſo Marquez, Diego Muñoz, Pedro Franciſco, Hernando Martin, Garci-Lopez, Juan Perez, Juan Gonçalez Franco, Juan Eſtevan, y otros, con los quales ſaliò de el Tocuyo, y atraveſada parte de la Provincia de Curarigua, llegò al ſitio de Baraquigua, donde en diez y nueve de Junio de el año de ſetenta y dos poblò vna Ciudad, que intitulò San Juan Bautiſta del Portillo de Carora, en vnas ſabanas de temperamento calido, y muy ſano, pero faltas de agua, porque el rio Merèrè, que las riega, ſuele flaquear algunas veces, llegandoſe à ſecar de el todo, ſi el Verano es dilatado.

Carora.

Crianſe en ſu comarca todas eſpecies de ganado, pero con mas abundancia el cabrìo, porque los muchos eſpinos, y cardones que producen las ſabanas hacen mas apropoſito el terreno para ſu multiplico: daſe en ſu juriſdiccion grana tan fina como lo puede ſer la de Miſteca; balſamos tan odoriferos, que no les hacen ventaja los de Arabia, y otras reſinas aromaticas, que tiene aprobadas la experiencia por antideto admirable para curar heridas, y excelente preſervativo para paſmes: ſu vezindad es corta, mas ſin embargo mantiene vna Igleſia Parroquial con dos Curas-Rectores, y vn Sacriſtan Mayor; vn Convento del Orden de San Franciſco con dos, ò tres Religioſos, y vna Ermita, dedicada à San Dioniſio Areopagita, que fundaron las mugeres, dotandola de ſuficiente renta, y grueſſas Capellanias. El Provincial Fr. Pedro Simon pone la poblacion de eſta Ciudad en el año de ſetenta, ſiendo Governador Juan de Chaves; pero conſtando por los Autos, que proveyò Salamanca para poblarla, lo que tenemos referido, con la vènia debida à la autoridad de Autor tan clafico, no podemos menos que aſſegurar errò en eſto, como en otras muchas coſas: defecto inevitable, en quien para eſcrivir ſe ha de governar por relaciones.

Fr. Pedro Sim. not. 7. cap. 8.

La que tuvo el Governador Mazariego, luego que llegò à Coro, del eſtado en que ſe hallaba la

Conquiſta de Caracas, fue motivo para que deſeando con brevedad verla concluìda, nombraſſe por ſu Theniente en la Ciudad de Santiago à Franciſco Calderon, vezino de la de Santo Domingo, que avia dias aſsiſtia en eſta Governacion; quien, con el conocimiento de lo que tenia experimentado, tratò luego de poner la fuerça à ſujetar la Nacion de los Mariches, que retirados en los montes de ſu diſtrito, aborrecian la comunicacion Eſpañola deſde que Don Pedro Ponce, y Martin Fernandez de Antequera (con razon, ò ſin ella, porque ſiempre quedò en duda la juſtificacion de ſu cauſa) cometieron la atrocidad de mandar empalar à ſus Caciques, adquiriendo con aquel atropellamiento tan enorme deſcredito à ſu Nacion, y deslucimientos à ſu fama.

Para eſta expedicion nombrò por Cabo à Pedro Alonſo Galeas, Soldado practico, y Capitan experimentado en las guerras de las Indias, (como lo ha moſtrado en parte el contexto de eſta Hiſtoria) à quien el año de ſetenta tuvo el Theniente Bartholomè Garcia encomendada la miſma diligencia; pero ofreciendoſe la entrada que hizo Garci-Gonçalez aquel año al Valle de las Huayabas, no pudo tener efecto por entonces, retardandoſe la execucion, haſta que animado con el nuevo nombramiento, ſaliò de la Ciudad de Santiago por fines de el año de ſetenta y dos con ochenta hombres, de la gente mas granada, llevando en ſu compañia al Cacique Aricabacuto, con algunos Indios de ſus vaſſallos, que como mas intereſſado en la ſujecion de los Mariches, deſeaba verlos reducidos à la obediencia Eſpañola; porque ſiendo eſte Cacique amigo nueſtro, y teniendo ſu Poblacion inmediata al terreno de aquella Nacion ofendida, experimentaba, como mas cercano, en las moleſtias que recibia, los deſpiques de ſu agravio, cuya ſatisfaccion procuraba conſeguir en aquella coyuntura al abrigo de las armas Eſpañolas.

A eſte fin, aviendoſe ofrecido voluntario, no ſolo à ſeguir à Pedro Alonſo, ſino à ſervirle de guia, lo fue conduciendo haſta introducirlo al centro de la Provincia; pero como à los Indios los tenia aterrorizados el horror, no ſe encontraba Poblacion que no eſtuvieſſe deſierta, ſin hallar con quien poder tratar medios de paz, ni en quien executar hoſtilidades de guerra, haſta que aviendo ſalido vna noche Garci-Gonçalez de Silva con treinta hombres, y orden de Pedro Alonſo à reconocer vna quebrada, donde por algunas ſeñales, obſervadas de la curioſidad, ſe avia llegado à ſoſpechar podria aver alguna chuſma recogida, hallò en lo interior de vna montañuela, que formaban vnos matorrales en

lo

lo profundo de vn Valle, hasta docientas cabezas, entre mugeres, y niños, que los Indios del Pueblo de Guayana, por parecerles parte mas segura, tenian alli retiradas; y procurando aprisionarlas, no pudo ser la diligencia tan prompta, que con la confusion, y el alboroto no se escapassen algunas, y dando aviso à los Indios (que atentos siempre, con el cuidado de lo que podia suceder, assistian no lexos de la quebrada) antes que los nuestros tuviessen tiempo de assegurar la presa, se hallaron acometidos en el Valle de mas de trecientos Gandules, que acaudillados de el Cacique Tamanaco, con el sentimiento de vèr cautivas sus mugeres, menospreciando las vidas à la vista de su ofensa, pretendian, à costa de su sangre, estorvar la ocasion de su deshonra.

Era la noche obscura; el sitio, por la profundidad, y matorrales que lo cercaban, de todas suertes incomodo; la desesperacion en los Indios tanta, como el valor en los nuestros; y empeñada la reputacion en vnos, y otros, hicieron tan reñida la refriega, que echando el resto à la porfia, se mantuvieron peleando por espacio de tres horas, hasta que al amanecer, aviendo restaurado los Indios algunas de sus mugeres, sin poderlo estorvar, aunque à costa de noventa y seis Gandules, que quedaron tendidos en el Campo al corte de las espadas, se fueron retirando por vna ladera arriba, sin que el cansancio, y fatiga con que se hallaban los nuestros diessen lugar para poderlos seguir, pues aunque lo intentò Garci-Gonçalez con aquel esfuerço, hijo de su mismo aliento, que lo hacia siempre infatigable, contradiciendoselo los demàs, por estàr muchos heridos, resolviò tambien el retirarse, dando la buelta con el resto que le quedò de la presa al sitio en que avian dexado à Pedro Alonso, donde agravados de las heridas, murieron el mismo dia Juan Rodriguez, Martin Sanchez, Juan de Viedma, Alonso Palomeque, y Luis Martinez, naturales todos de la Estremadura, y de los que entraron con Garci-Gonçalez à el socorro.

Grande fue el sentimiento de Pedro Alonso por la muerte de sus Soldados, y deseando bolver à encontrar à Tamanaco, para templar con su castigo la pena que le afligia, prosiguiò marchando con todo el Campo hasta llegar à dàr vista al Pueblo del principal Tapiaracay, donde los Indios, ofendidos de la lealtad con que el Cacique Aricabacuto favorecia con su assistencia nuestra parte, quisieron, para darle muerte, fingir con disimulo vna traycion; à cuyo fin, aviendose alojado Pedro Alonso al pie de vna ensillada, por donde, con la interposicion de vn arroyo, que corria de por medio, se subia à la

Po-

Poblacion, ſe dexò vèr en lo alto de la lometa el Cacique Tapiaracay, acompañado de otros ſeis, ò ocho Gandules, y ſimulando con humildes palabras el veneno que ocultaba el corazon, empezò à manifeſtar los deſeos que tenia de ſujetarſe à la obediencia Eſpañola, y librarſe de los daños ineſcuſables de la guerra: motivo, que le obligaba à venir perſonalmente à ſolicitar los amables repoſos de la paz; pero que temeroſo de el eſtruendo de nueſtras armas no ſe atrevia à paſſar à nueſtro Campo ſin que lo apadrinaſſe la confiança de alguna perſona conocida, y aſsi pedia le embiaſſen al Cacique Aricabacuto, para poder à ſu ſombra executar, ſin recelo, lo que anhelaba con anſia.

Creyò Pedro Alonſo con facilidad las palabras de aquel barbaro: yerro ſin diſculpa en Capitan tan practico! y no hallandoſe à la ſazon Aricabacuto en el alojamiento, por averſe quedado divertido en el camino con algunos de ſus vaſſallos en el entretenimiento de cazar Paugies, (accidente en que conſiſtiò por entonces ſu fortuna) mandò, que vn hijo, vn yerno, y dos cuñados ſuyos paſſaſſen en ſu lugar, para que aſſegurado en ſu compañia, pudieſſe venir ſin temor Tapiaracay; pero como la intencion del barbaro no tiraba à otro fin, que à lograr ſin eſtorvo ſu vengança, apenas los viò de la otra parte del arroyo, ſeparados de el abrigo de los nueſtros, quando haciendo ſeñal à las Tropas, que tenia prevenidas ſu traycion, ocultas entre los matorrales, diſpararon ſobre ellos tantas flechas, con tal brevedad, y ligereza, que antes que los nueſtros pudieſſen ocurrir à ſu ſocorro, atraveſados por mil partes, miſerablemente avian perdido las vidas, ſin dexar à Pedro Alonſo otro deſquite, que conocer, aunque tarde, las malas conſequencias de ſu yerro.

Quando Aricabacuto llegò al Real, y ſupo la laſtimoſa muerte de ſus hijos, hizo tales extremos de ſentimiento, que ni avia conſuelo que mitigaſſe ſu pena, ni conſejo, que aplacaſſe ſu furor; y arrevatado de colera, por dàr algun deſahogo à la fatiga, que le oprimia el corazon, intentò, como barbaro, con vn montante en la mano, dàr muerte à las inocentes mugeres, y criaturas, que avia aprißionado Garci-Gonçalez del Pueblo de Tamanaco: crueldad, que huviera executado ſu fiereza ſi Thomè de Ledeſma, puеſto à cavallo, y con la lança en la mano, no huviera embarazado reſolucion tan iniqua; ſobre que llegò à travarſe vna contienda, que pudo poner en confuſion à todo el Campo, porque el Cacique al vèr que le eſtorvaban ſu vengança, ayudado de ſus vaſſallos, embrazò el montante para tirarle à Ledeſma; y eſte, terciando la lança ſobre el bra-

brazo hizo piernas al cavallo para matarlo con ella, à tiempo que llegò Garci-Gonçalez de Silva, y con ſu autoridad ſoſſegò la colera de entrambos, para q̃ no paſſaſſe adelante el rompimiento; pero quedò tan alterado Ledeſma con el atrevimiento de el Cacique, que bolviendo la cara à los demàs Soldados, les dixo: Cavalleros, ya eſta jornada no puede parar en bien, y aſsi lo mejor es, que dexandola de la mano nos vamos à deſcanſar à nueſtras caſas: propoſicion, que eſcandalizò de ſuerte à Pedro Alonſo, que metiendo mano à la eſpada, y encarando la viſta àzia Ledeſma, le dixo: El que tuviere oſſadìa para intentar bolverſe à la Ciudad ſin mi licencia ſabrè quitarle la vida con los filos de eſta eſpada, ò à violencias de vn garrote; y huviera paſſado la fuerça de ſu enojo à demoſtracion mas agria, ſi la prudencia de Garci-Gonçalez no huviera metido la mano à componer la materia de ſuerte, que ſoſſegado aquel eſcandalo que iba empezando à brotar, pudieron proſeguir ſu marcha en buena paz haſta los Aſsientos de Patima, de donde, governandoſe por las corrientes de el Guayre, ſalieron ſin embarazo à las orillas de el Tuy, cuyas aguas, ſirviendo de lindero à los Mariches, partian juriſdiccion en aquel tiempo con los Indios Quiriquires, que dueños de la contraria rivera, habitaban en dilatado terreno las eſpeſas montañas de ſus margenes; ſin que en todo aquel eſpacio encontraſſe otra coſa Pedro Alonſo, que continuadas ſeñales de los recientes incendios, con que convertidas en cenizas todas las Poblaciones, manifeſtaban la rebelde obſtinacion de aquellos barbaros, que determinados, à inſtancias de Tamanaco, à defender con las armas la libertad que gozaban, (aſſegurádas en ocultos retiros ſus familias) ſeguian à la deshilada los paſſos de Pedro Alonſo, eſperando ſu confiança los beneficios de el tiempo, y favor de la fortuna, para lograr la ocaſion de acometerlo de ſuerte, que ſiendo conocida la ventaja, reſultaſſe ſeguro el vencimiento.

Bien recelaba Pedro Alonſo alguna novedad del general retiro de los Indios; pero reſuelto à bolverſe à la Ciudad, por hallarſe deſconfiado de conſeguir por entonces la pacificacion que pretendia, tratò de coger la marcha por las miſmas riveras de el rio Guayre para ſalir otra vez à los Aſsientos de Patima; y caminando por ſus playas vn Soldado, llamado Tapia, que iba de los delanteros, encontrò tendida ſobre la arena vna criatura de ocho à diez meſes de edad, à quien ſin duda dexò en aquella ſoledad deſamparada la madre, ò porque le ſervia de eſtorvo para huir, ò porque violentada la naturaleza en aquel lance, pudo mas el miedo,

que el amor, y la turbacion, que el cariño; y barbaramente cruel, olvidado de las piedades de humano, y de las obligaciones de Catholico, cogiendola por vn pie, y diciendo: Yo te bautizo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Eſpiritu Santo, la arrojò enmedio del rio, donde ſumergida entre las hondas, le firvieron de ſepulcro los criſtales; y aunque Pedro Alonſo, queriendo aplicar caſtigo à ſemejante impiedad, le mandò cortar la mano, interviniendo deſpues la interpoſicion de algunos, ſe ſuſpendiò la execucion, quedando ſolo en amenazas la aplicacion de el remedio; pero como eſte corria por quenta de la Juſticia Divina, no paſſaron veinte y quatro horas ſin que pagaſſe con la vida ſu delito, porque al atraveſar el dia ſiguiente los nueſtros por los cañaverales de el rio; Tamanaco, que oculto entre ſus matas con los mas eſforçados Gandules de ſu ſequito eſperaba ſolo la ocaſion de manifeſtar ſu bizarria à impulſos de ſu valor, ſaliò de repente con ſus Tropas à embarazarle el paſſo à Pedro Alonſo, y travada con eſfuerço de ambas partes la batalla, entre el acometer de las eſpadas, y ſilvar de las ſaetas, encendido el corage en vnos, y otros, no avia tiro que no anunciaſſe vna muerte, ni golpe, que no cauſaſſe vn eſtrago, quedando muerto Tapia à los primeros enriſtres, partido el corazon con vna flecha: fatalidad, que atribuìda por todos los compañeros à pena de ſu delito, no dexò de acobardarlos, temiendo no llegaſſe à ſer de participantes el caſtigo; pero animados de Pedro Alonſo, à tiempo que Tamanaco hacia lo miſmo con los ſuyos, ſin deſcaecer en el aliento trocaron en deſeſperacion la valentìa; ſi bien como à los Indios ayudaba el abrigo de los cañaverales, para pelear à ſu ſombra defendidos, era tanta la diferencia, que los hacia la ventaja incontraſtables: circunſtancia, que atendida bien por Pedro Alonſo, le obligò à buſcar remedio para ſacar mejora en ſu partido; para eſto mandò à Garci-Gonçalez, que con Hernando de la Cerda, Andrès Dominguez, Chriſtoval Rodriguez Chanizo, Sandoval, y otros ſeis Soldados eſcogidos, ſe adelantaſſe ſin que los Indios lo ſintieran, y entre los cañaverales formaſſe vna emboſcada; y quando le pareciò, ſegun el tiempo, que ya Garci-Gonçalez avria cumplido con el orden, tocando à recoger empezò à marchar apreſurado, con apariencias de retirarſe medroſo.

Batalla del Guayre.

Los Indios entonces, perſuadidos con el engaño de ſu ignorancia à que era verdadera aquella ſimulacion fingida, aclamando la victoria al ſon de ſus caracoles, cargaron ſobre los nueſtros con mas fuerça para ſeguir el alcance; pero quando Pedro Alon-

ſo

ſo los vido ya empeñados ſobre la oculta emboſcada, bolviendo de repente à hacerles roſtro, diò lugar para que Garci-Gonçalez con los ſuyos les ſalieſſe embiſtiendo por vn lado: accidente à que no pudiendo reſiſtir la turbacion de verſe acometidos, quando ſe juzgaban victorioſos, les cortò el animo de fuerte, que trocando en deſmayo el ardimiento, hechos blanco de las cuchillas Eſpañolas, ſin tener valor, ni aun para huir, moſtraron ſu confuſion en ſu miſmo deſaliento; ſolo Tamanaco, cobrando nuevo brio del inopinado deſorden de los ſuyos, con gallarda reſolucion ſoſtituìa por todos, pues con vna macana en la mano, manteniendo el combate contra tantos à fuerça de vna temeridad deſpechada, daba mueſtras de vn corazon invencible; pero como los contrarios eran muchos, no pudo correſponder la perſeverancia à lo que queria el eſpiritu, y rendido el esfuerço con la ſobrada fatiga, aviendo muerto por ſus manos à Hernando de la Cerda, y à otros dos Soldados, cayò poſtrado en el ſuelo, donde aprisionado de los nueſtros perdiò la libertad por deſgracia, para perder deſpues, con laſtima, la vida, pues ſentenciado à muerte por Pedro Alonſo, quiſieron para la execucion hazer prueba por entretenimiento de el grado à que podia llegar el valor de aquel Cacique; y diſpueſto con palizadas vn aparente anfiteatro, lo metieron en èl, para que lidiaſſe cuerpo à cuerpo con vn perro de armas de ſingular braveza, (llamado amigo) que llevaba en ſu compañia Garci-Gonçalez de Silva, ofreciendole la libertad, y la vida, ſi con la muerte de el perro conſeguia ſalir de la paleſtra con victoria.

Guſtoſo aceptò el barbaro el partido, pareciendole corto triunfo para el eſfuerço que alimentaba ſu brazo; y puesto dentro de el circo con ſu macana en la mano, eſperò con gentil reſolucion à que le echaſſen el perro, teniendo por tan ſeguro en aquella ocaſion el vencimiento, que al verlo venir à acometerle, enarbolando la macana, dixo en ſu lengua Maricha: Oy moriràs à mis manos, y ſabràn los Eſpañoles, que no ay peligro en el mundo que acobarde à Tamanaco; pero engañòle la vana preſumpcion de ſu confiança, pues huyendo el cuerpo el perro al golpe que le deſcargò con la macana, ſin darle lugar à que pudieſſe componerſe para aſſegundarle con otro, rebolviò ſobre èl con tal ferocidad, que haciendole preſa de los pechos, le derrivò en el ſuelo, y encarnizado con el corage que le engendrò ſu braveza, ſin que baſtaſſen para eſtorvarlo las diligencias con que el barbaro procuraba defenderſe, le ſeparò de el cuerpo la cabeza, ſirviendole las garras de cuchillo para fatal inſtru-

trumento de el deguello; cauſando horror tan laſtimoſo eſpectaculo aun à los miſmos que advitriaron la diſpoſicion de ſemejante ſuplicio, cuya noticia divulgada con brevedad entre los Indios los atemorizò de ſuerte, que abſortos entre el aſſombro, y el miedo, por no exponerſe à la contingencia de padecer otro tanto, ocurrieron à dar la obediencia à Pedro Alonſo; quedando por eſte medio ſujeta la rebeldìa de aquella Nacion obſtinada.

CAPITULO VIII.

ENTRA GABRIEL DE Avila en los Teques, y puebla el Real de Minas de nueſtra Señora: haze Garci-Gonçalez diferentes correrias, y ſujeta con ellas los Indios de aquel Partido.

CONſeguida por Pedro Alonſo la pacificacion de los Mariches, reſtaba para la quietud, y aumento de la Ciudad de Santiago ſujetar la Provincia de los Teques, cuya Nacion altiva, conſervando todavia las antiguas maximas de ſu Cacique Guaycayapuro, no ſolo ſe mantenia rebelde à la obediencia Eſpañola, pero fomentaba à las demàs con ſus advitrios, para dificultar por todos lados ſu Conquiſta, y aſsi por quitar eſte embarazo, como por el provecho que eſperaban con el beneficio de las Minas de oro, que deſcubriò en aquel Partido Franciſco Faxardo, y tuvo pobladas Juan Rodriguez, ſe determinaron los vecinos el año de ſetenta y tres à procurar ſu pacificacion à fuerça de armas; y cometida la diligencia à Gabriel de Avila, actual Alcalde Ordinario de aquel año, ſaliò con ſetenta hombres de la gente mas lucida, porque como el interès era comun, ſe aliſtaron los mas principales à porfia, y ſin hallar opoſicion en los Indios llegò à la antigua caſa de las Minas, y Real de nueſtra Señora, donde probados los metales, hallando que correſpondian en el rendimiento à la fineza de ſus vetas, poblò ſu rancheria para dedicarſe de aſsiento al beneficio; pero cuidadoſo por el retiro, y ſuſpenſion que experimentaba en los Indios, deſeando enterarſe bien de la diſpoſicion en que ſe hallaban, y vèr la forma que mejor podia tener para portarſe con ellos, encomendò à Garci-Gonçalez de Silva (cuyo valor era en todas ocaſiones el primero) ſalieſſe con treinta hombres à dar vna buelta por las Poblaciones inmediatas; y encaminandoſe de noche à la del Cacique Conopoyma, que eſtaba ſituada en la profundidad que forma el pie de vna eminente roca, à quien llaman el Peñon de los Teques, dexò en lo alto de la loma à Martin Fernandez de Antequera,

1573.

y

y à Aguſtin de Ancona, hombres de à cavallo, con ſeis Soldados de à pie, para que le guardaſſen las eſpaldas, aſſegurando con aquella prevencion la retirada, y con el reſto de la gente baxò à la Poblacion, que hallò deſierta, porque aviſados ſus moradores de los Indios que trabajaban en las minas de que iban los Eſpañoles à buſcarlos, mudaron las mugeres, y chuſma de muchachos à otras Poblaciones mas diſtantes, y todos los varones, capaces de tomar armas, ſe avian retirado à vnas caſerias ſeparadas el Valle abaxo, como tres tiros de eſcopeta, dexando en la Poblacion dos Indios eſcondidos, para que les aviſaſſen en ſintiendo venir los Eſpañoles.

A eſtos alcançò à vèr Garci-Gonçalez al ſalir por la puerta falſa de vn bugio, y corriendo tras ellos, acompañado de vn Meſtizo de el Tocuyo, llamado Araujo, le diò à vno vna eſtocada, de que cayò luego muerto, y proſiguiendo tras de el otro, que à grandes vozes iba llamando à los Indios, lo alcançò en vna ſementera de yuca, que eſtaba en vna ladera, y tirandole vna cuchillada à la cabeza, ſe la llevò tan de lleno, que le partiò la mitad de el caſco, y le echò los ſeſſos fuera; à eſta ocaſion llegò Franciſco Sanchez de Cordova, y juntandoſe à Garci-Gonçalez, cogieron los dos vna vereda, que corria de la miſma ladera para abaxo, por la qual al miſmo tiempo iban ſubiendo los Indios, que aviendo oìdo las voces que les diò ſu Centinela, bolvian à procurar con las armas la defenſa de ſu Pueblo; pero como la noche era algo obſcura, y el pajonal eſtaba baſtantemente crecido, no pudieron deſcubrirſe vnos à otros haſta que llegaron à encontrarſe cara à cara.

Entonces Garci Gonçalez, y Cordova, aunque los Indios eran muchos, y ellos ſolos, valiendoſe de la conveniencia que les ofrecia la diſpoſicion de el ſitio, pues lo eſtrecho de la vereda no permitia capacidad ſino para que peleaſſen dos à dos, remitieron el deſempeño al corte de las eſpadas, y embiſtiendo con los Indios, aviendo muerto luego à los primeros, los demàs ſe fueron atropellando vnos à otros; y como entonces, à las vozes que diò Garci Gonçalez, y al ruìdo de la pelèa, ocurrieſſe el reſto de nueſtra gente, que avia quedado en el Pueblo divertida, hallando à los Indios yà deſordenados tuvieron poco que hacer para ponerlos en huìda, con muerte de quarenta y dos, que perdieron la vida en la ladera; y ſiguiendo el alcance haſta las caſas que les avian ſervido de retiro, apoderados de ellas los nueſtros, hallaron dentro algunas cotas de maya, eſpadas, barras de hierro, diferentes piezas de plata labrada, ſortijas, y otras alhajas de las que avian robado

quando matarón à Luis de Narbaez, entre las quales conociò luego por ſuyos Pedro GarciaCamacho vnos botones de oro, guarnecidos de diamantes, que perdiò quando, por favor particular de ſu fortuna, eſcapò con la vida de aquella rota miſerable en que perecieron todos.

Recogidos con brevedad eſtos deſpojos, y quatro Indios priſioneros, que ſe hallaron eſcondidos en las caſas, antes de amanecer bolviò Garci-Gonçalez con ſu gente à ſubir à lo alto de la loma, donde avia dexado à Martin Fernandez de Antequera con Aguſtin de Ancona; pero ſeguido de el Cacique Conopoyma, (que recogidas ſus deſcompueſtas Eſquadras pretendia tomar ſatisfacion de el desbarato que padeciò aquella noche) antes de llegar à la cumbre de la loma ſe hallò acometido por la Retaguardia con denſa nube de flechas, que diſparaban los indios; y aunque el daño que cauſaron fue muy leve, ſin embargo mandò Garci Gonçalez à vno de los Indios que llevaba priſioneros, llamado Sorocayma, dixeſſe à los demàs, que no tiraſſen, porque ſi le herian algun Soldado manifeſtaria ſu enojo, haciendoles empalar à todos quatro; pero pudiendo mas en el barbaro la gloria de ſu Nacion, y el rendor de ſu vengança, que el aprecio de la vida, burlando de la amenaza, en lugar de executar aquello que le mandaban levantò la voz, animando al Cacique Conopoyma, para que con mas reſolucion apretaſſe la batalla, aſſegurandole, que eran los nueſtros tan pocos, que podia tener por cierto el triunfo, ſi proſeguia con teſon en el empeño.

Eſto irritò à Garci Gonçalez tanto, que mandò le cortaſſen vna mano, y lo ſoltaſſen, para que de aquella ſuerte fuelle à aconſejar de mas cerca à Conopoyma; pero el barbaro, ſin inmutarſe en nada al oìr la pronunciacion de ſu ſentencia, eſtendiò el brazo con tan gallarda entereza, que aficionado Garci-Gonçalez à ſu garvo, y deſenfado, lo mandò poner en libertad, ſuſpendiendo la execucion, y remitiendo el caſtigo; pero eſta generoſidad, tan propria de ſu nobleza, no tuvo, al juicio de ſus Soldados, la general aceptacion que mereciа, pues no faltaron dos de ellos, y de los mas principales, (cuyos nombres remitimos al ſilencio por eſcuſar à ſus deſcendientes el rubor, que podrà cauſarles la memoria de accion tan indigna, y ſea en quien tenia ſangre noble) que llevando à mal la moderacion piadoſa de ſu Cabo, no contentos con la civilidad de murmurarla, ſin que Garci-Gonçalez lo ſupiera cogieron à Sorocayma, y le cortaron la mano, ſin que les moviеſſe à compaſsion el ſufrimiento con que tolerò el prolongado rigor de aquel martyrio, pues como ſi lo practicàran

en

en vn bruto (ſolo con el fin de atormentarlo) le cortaron el pellejo en redondo à la muñeca, y deſpues, buſcandole la coyuntura, con la punta de vn cuchillo le dividieron la mano, ſeparandola de el brazo: tormento en que moſtrò tal conſtancia, que en el dilatado eſpacio de ſufrirlo, manteniendoſe inmoble al padecer, ni ſe le oyò vn ay, ni ſe le eſcuchò vn ſuſpiro; antes con ſingular deſembarazo pidiò le dieſſen ſu mano, deſpues que ſe la cortaron, y cogiendola en la otra que le avia quedado entera, ſin pronunciar mas palabra ſe fue muy paſſo entre paſſo para donde eſtaba Conopoyma, à quien manifeſtò ſu deſventura, y repreſentò ſu agravio, para que vengaſſe con las armas la ofenſa que avia padecido ſu lealtad, por cumplir como debia con la obligacion de buen vaſſallo; pero aterrorizò de ſuerte al Cacique la inhumanidad de aquel caſtigo, que ſin atreverſe à demoſtracion alguna, deſpues de aver eſtado vn rato ſuſpenſo, como abſorto en la conſideracion de aquel ſuceſſo; levantandoſe entre los Indios vna confuſa vocerìa de halaridos, ſe fueron retirando por el Valle, haciendo Garci-Gonçalez lo miſmo, para el Aſſiento de Minas, donde avia quedado Gàbriel de Avila aſsiſtiendo con el reſto de ſu Campo al beneficio de los metales, en cuya faca ſe experimentaba cada dia mas abundante el rendimiento.

Eſto obligaba à los Eſpañoles à deſear con mas ahinco la total ſujecion de aquellos Indios, aſsi por aprovecharſe de ellos para el trabajo, como por gozar ſin ſuſto la preciſa aſsiſtencia en las labores, pues aguardando por inſtantes las invaſiones con que los moleſtaban los barbaros, era forçoſo eſtàr ſiempre prevenidos, ſin dexar las armas de las manos: à eſte fin, corriendo la tierra con frequencia deſde el Aſsiento de Minas, procuraban oſtigarlos, por vèr ſi los daños que recibian en ſus Poblaciones, y labranças podia ſer medio para obligarlos à que aceptaſſen la paz con que les rogaban; pero tenian tan arraygado à el corazon el odio contra los nueſtros, que ſin ſer baſtantes à mitigarlo los incendios que experimentaban, y muertes que padecian, ſe oſtentaban cada vez mas obſtinados; haſta que aviendo ſalido vna noche Garci-Gonçalez con treinta hombres, y dado de repente ſobre el Pueblo de el Cacique Acaprapocon, no obſtante la valeroſa reſiſtencia que interpuſieron los Indios para buſcar ſu defenſa, configuiò apoderarſe de las caſas, con preſa conſiderable de mugeres, y muchachos, aunque no à tan poca coſta, que no ſe vieſſe en evidente peligro de la vida; porque aviendo oìdo rumor en vn bugio de la Poblacion, entrando à reconocerlo, por vèr ſi avia en èl algunos Indios eſcondidos, le ſaliò al

en-

encuentro vn barbaro de preſencia agigantada, y fuerças correſpondientes à lo que prometia ſu disforme corpulencia, y enarbolando vna macana le tirò tan fiero golpe à la cabeza, que no obſtante aver aplicado por reparo la interpoſicion de vna rodela de acero, le hizo pedazos la celada que llevaba pueſta, dexandolo ſin ſentido con la violencia de el golpe; pero ſocorrido à tiempo de Juan Riveros, Ambroſio Hernandez, Andrès Dominguez y Malpartida, tuvo lugar de recobrarſe, mientras el barbaro procuraba defenderſe de los quatro, que haciendo empeño en caſtigar ſu atrevimiento, intentaban pagaſſe con la vida ſu oſſadìa; pero burlando de todos la deſpejada deſtreza con que el gentil eſgrimia contra vnos, y otros la macana, ſin que pudieſſen ofenderle conſiguiò la ſeguridad de retiraſſe, dexando à Garci-Gonçalez baſtantemente picado con el eſcozor de el golpe recibido; pero recogido al Real de Minas con la preſa que avia adquirido aquella noche, hallò en breve motivo ſuficiente para poder templar ſu ſentimiento, pues reconociendo las Indias que avia llevado cautivas, pareciò entre ellas la muger principal de Conopoyma, y dos hijas de el Cacique Acaprapocon, tan queridas de ſu padre, que eran el objeto total de ſus amores: accidente de tan favorables conſequencias, que en èl conſiſtiò el fin de aquella guerra, y la abſoluta ſujecion de aquel partido, pues rendidos al amor los dos Caciques, pudiendo mas en ellos el cariño, que el rebelde teſon de ſu porfia, ocurrieron luego al Real de Minas pidiendo la paz con rendimiento; y experimentando cada dia las conveniencias que gozaban con el buen tratamiento que tenian, la mantuvieron deſpues con gran fidelidad, haſta que conſumidos los mas con el rigor de vna cruel peſte de viruelas, las pocas familias que quedaron en sèr, paſſado el contratiempo de aquella calamidad, deſamparando la poſſeſsion de ſu nativo ſuelo, vnas ſe agregaron à la Poblacion de el Valle de la Paſcua, y las mas ſe retiraron à vivir à los Valles de Aragua, donde governando eſta Provincia Don Franciſco de la Hoz Berrio el año de ſetecientos y diez y ſiete, el Theniente General Pedro Gutierrez de Lugo las recogiò al ſitio de la Victoria, en cuyo parage ſe conſervan haſta oy con vna Poblacion muy razonable.

*** *** ***

*** ***

***

CAPITULO IX.

PACIFICA FRANCISCO Infante los Pueblos de Salamanca: entra Franciſco Calderon al Valle de Tacata, y diſguſtandoſe con ſus Soldados lo priva el Governador de el Tenientazgo.

GRande fue ſin duda el trabajo que tuvieron aquellos primeros Conquiſtadores en la pacificacion de eſta Provincia de Caracas, pues ſiendo habitada de diferentes Naciones, ſujetas cada qual à particulares Caciques, independientes vnos de otros en el dominio de ſus Pueblos, fue preciſo irlos conquiſtando ſeparados, ganando à fuerça de armas la tierra palmo à palmo. Eſta fue la cauſa porque manteniendoſe ocho años en vna guerra continuada neceſsitaron de todo aquel eſpacio de tiempo para llegar à el fin de ſus afanes, y vèr perfeccionada ſu Conquiſta, pues ſin permitir lugar para el deſcanſo, ni quietud para el repoſo, anduvieron mudando ſiempre la guerra de vnas Naciones à otras, haſta lograr la ſujecion de todas.

Conſeguida, pues, la de los Teques, reſtaba por aquel lado la de los Quiriquires, ſus vecinos, que confinando con ellos por la vanda del Sueſte, eſtendian ſus Poblaciones por las orillas de el Tuy mas de veinte y cinco leguas, haſta lindar por el Oriente con la Nacion Tumuſa, à cuya pacificacion por principios de el año de ſetenta y quatro entrò Franciſco Infante con ſeſenta Eſpañoles, y mil Indios de las Naciones amigas, que anſioſos, por militar à la ſombra de nueſtras Armas, quiſieron voluntarios acompañar nueſtras Vanderas; y vencida alguna opoſicion con que los Naturales quiſieron embarazar la entrada en ſus confines, conſiguiò à poca coſta apoderarſe de diferentes Pueblos, que ſeparados en corta diſtancia vnos de otros, formaban vn Partido, à quien Juan Rodriguez llamò en ſu tiempo Provincia de Salamanca, donde admitidos de paz los principales Caciques, quãdo penſò con tan favorables principios dar con brevedad glorioſo fin à ſu Conquiſta, ſe hallò obligado à deſamparla, y expueſto à la contingencia de malograrlo todo, porque aviendo adolecido Franciſco Infante de vna calentura maligna, ſe fue comunicando el achaque à ſus Soldados de ſuerte, que muertos ſiete de ellos en tres dias, y multiplicandoſe por inſtantes los enfermos, paſsò à ſer contagioſo el accidente, ſiendo general en todos la dolencia; por cuya razon, no atreviendoſe à fiar de la reciente amiſtad de aquellos barbaros en ocaſion 1574.

tan apretada, pues la confiança de verlo impoſsibilitado para el manejo de las armas pudiera darles motivo para intentar algun atrevimiento, dexando en el mejor modo que pudo aſſegurada la paz de aquellos Pueblos, ſe retirò con ſu gente à la Ciudad, cuyo ſaludable temperamento, à influxo de ſu benigno clima, fue el mas eficàz antidoto para que luego reſtauraſſen todos la ſalud perdida; ſi bien Franciſco Infante quedò tan debilitado con el peſtifero rigor de el accidente, que neceſsitò de muchos meſes de convalecencia para poder recobrarſe.

Eſta fue la cauſa porque no pudo perfeccionar la pacificacion de aquel partido, que con tan buenos principios avia empezado à conſeguir ſu diligencia, pues aunque inmediatamente ſe tratò de bolver à proſeguirla, hallandoſe impoſsibilitado con las referidas ſubſequencias de ſu achaque, la huvo de tomar à ſu cuidado el Theniente Franciſco Calderon, quien con ochenta Soldados Eſpañoles, y mas de ſeiſcientos Indios de las Naciones amigas el miſmo año de ſetenta y quatro bolviò à entrar por los Pueblos de Salamanca, y hallandolos en aquella paz, y obediencia que los dexò Franciſco Infante, atraveſò al Valle de Tacata, corriendo por las orillas de el Tuy haſta ſalir à Sucuta, ſin que en todo aquel diſtrito encontraſſe quien le hicieſſe opoſicion, porque los Indios, aprovechandoſe de lo fragoſo de la tierra, avian deſamparado ſus Pueblos, retirandoſe à los montes mientras paſſaba la inundacion de aquella entrada: maxima, que conſiderada por Franciſco Calderon, con maduràz advertida le hizo perſuadir à que mientras no ſe poblaſſe vna Ciudad en el centro de aquel Païs, de donde eſtando à la mano pudieſſen con mas facilidad repetirſe las ſalidas, ſeria ocioſa qualquiera diligencia que ſe intentaſſe para conſeguir la ſujecion de aquella Nacion cobarde, pues aviendoſe de executar deſde la Ciudad de Sãtiago, manifeſtaba la experiencia la facilidad con que al abrigo de las montañas burlaba la cauteloſa aſtucia de los Indios quantas diſpoſiciones formaba la mas prudente prevencion para el efecto.

Llevado, pues, Franciſco Calderon de la fuerça de eſte dictamen, tratò de poner por obra en la ſabana que llaman de Ocumare, à orillas del miſmo Tuy, la fundacion de la Ciudad que diſcurria, por parecerle el ſitio mas acomodado para el caſo; (como en realidad lo era, por las grandes conveniencias que ofrecia) pero comunicada con ſus Soldados la materia, hallò fuerte contradicion en los mas de ellos, no porque les pareciеſſe mal la reſolucion, pues ſiempre la tuvieron por preciſa, alabando el acerta-

do

do diſcurſo de ſu Cabo; pero conſiderando las circunſtancias de la ocaſion, y de el tiempo, repreſentaban los inconvenientes que podian originarſe de quedar las fuerças divididas, ſin poder ſocorrerſe vnos à otros, pues ſiendo tan corto el numero de Eſpañoles que ſe hallaba en la Provincia, quedarian con la nueva Poblacion debilitadas las Ciudades de Santiago, y Caravalleda, faltandoles la gente de que neceſsitaban para poder conſervarſe, en cuya conſideracion era politica mas prudente atender por entonces à la manutencion de lo poblado, que no exponerſe al rieſgo de abandonar lo adquirido, por la vana preſumpcion de querer aſſegurar nuevas Conquiſtas, quando eſtas podian dexarſe para otra ocaſion mas oportuna.

Bien conociò Calderon lo que peſaban las razones de aquella repreſentacion tan bien fundada; pero como la propueſta eſtaba ya reveſtida de los viſos de el empeño, quiſo llevarla adelante, atropellando la opinion de los que la contradecian; ſobre que ſe empezaron à mover algunos ſinſabores, baſtantes para que deſpues paraſſe todo en diſguſtos, porque los Soldados, fixos en la reſolucion de no conſentir que ſe poblaſſe en Ocumare, preſentaron à Calderon vna proteſta juridica, para que deſiſtieſſe de ſu intento; y aunque mediante ella ſuſpendiò la diligencia, ſin bolver à tratar mas de la materia llevò tan agriamente la repulſa, que deſtemplado con el eſcozor de el ſentimiento, empezò à deſcomponerſe de palabras con algunos hombres principales de los que traìa en ſu Campo, y faltando à la prudencia con que debia governar ſu diſsimulo, paſsò à poner en priſion à Juan Riveros, Sebaſtian Diaz, Juan de Gamez, y à otros quatro; pretendiendo hacerles cauſa por cabezas de motin; que tan antiguo como todo eſto es en las Indias paſſar plaza de delito aun la mas rendida ſuplica de vn ſubdito! pues en no condeſcendiendo ciegamente al antojo irregular de vn ſuperior, no ay reparo que no ſe atribuya à atrevimiento, ni recurſo, que no ſe gradùe por deſacato.

Eran nobles todos los agraviados, y ſentidos de la ofenſa ſupieron ſacar la cara à la ſatiſfaccion de ſu vltraje, pues luego que dieron la buelta à la Ciudad, fenecida la jornada, deſpacharon à Coro perſona de ſu confiança, para que en nombre de todos expreſſaſſe al Governador la razon con que ſe hallaban ofendidos, y capitulaſſe à Calderon ſobre los procedimientos de ſu oficio. Era el Governador hombre prudente, aſsi por la experiencia adquirida con ſus años, como por la madurèz que le dictaba ſu juizio, y pareciendole mal lo obrado por ſu Theniente, para ſatisfacer à los vecinos, y ſoſſegar con tiempo la de-

demanda antes que tomaſſe cuerpo, luego que tuvo la noticia lo privò de el Thenientazgo, embiando poder à los Alcaldes de la Ciudad de Santiago, que lo eran aquel año FranciſcoMaldonado de Almendariz, y Franciſco Carrizo, para que governaſſen en ſu nombre; ſi bien poco deſpues, antes que acabaſſe el año, mudò la forma à eſta planta, deſpachando titulo à Carrizo, para q̃ por ſu perſona, y no por razon del exercicio, proſiguieſſe ſolo en el empleo, ſin neceſsitar de la copulativa juriſdiccion de el compañero: mudança, que diò à conocer à Calderon las diferencia de el tiempo, pues empezò à experimentar deſde luego, en repetidos deſayres, la deſgracia de mal quiſto, que le causò el deſordenado obrar, dictado de ſu imprudencia.

CAPITULO X.

MATAN LOS INDIOS de Tacata à Juan Paſqual, y à Diego Sanchez: entra el Theniente Carrizo en aquel Valle; y obrando con rigor, lo dexa mas alterado.

ENtre tanto que corrian los ſinſabores, y diſguſtos que llevamos referidos entre Calderon, y los vecinos, diſpuſo la deſgracia, para comun deſaſſoſſiego de todos, por las malas conſequencias, y reſultas que ſe ſiguieron de el caſo, que dos Soldados, llamados Juan Paſqual, y Diego Sanchez, llevados de el interés, que pudieran adquirir por medio de algun reſcate, ſin recelar el peligro en que los empeñaba ſu codicia inadverrida, ſalieron de la Ciudad de Santiago, y ſin otra compañia, que la de quatro Indios Teques, que les ſirvieſſen de Interpretes, ſe entraron por los Pueblos de Salamanca à ſalir al Valle de Tacata, donde, aunque en los principios fueron bien recibidos de los Indios, deſpues, ò por la fuerça de ſu natural inconſtancia, ò porque empezaron à experimentar quizà algunas violencias en ſu trato, determinaron matarlos, valiendoſe de el ſeguro con que los tenia divertidos el deſcuido; pero aunque acometidos de improviſo, fue tan gallarda ſu reſolucion al defenderſe, que haziendo cara los dos à toda la multitud de aquellos barbaros, huvieran eſcapado con las vidas, à no averlos oprimido mas la muchedumbre, que el valor de los contrarios, pues apelando à la deſeſperacion, no huvo diligencia que no intentaſſe la temeridad, para morir matando, haſta que poſtrados à la fatiga, y rendidos de el canſancio, ſin tener parte en ſus cuerpos, que no ocupaſſe vna flecha,

cha, cayeron muertos en tierra, bañados mas en la sangre enemiga, que aun en la suya propria.

No se descuidaron entre tanto los quatro Indios Teques, que los avian ido acompañando, pues discurriendo que tambien avian de tener parte en la desgracia, lograron la ocasion mientras duraba el empeño de los otros para ponerse en salvo, y venidos à la Ciudad, dieron noticia de lo sucedido en Tacata, à tiempo que ya Francisco Carrizo exercìa solo el Thenientazgo; quien resuelto à que para el escarmiento en los demàs convenìa no passar aquella maldad en dissimulo, llevò luego noventa hombres, y con ellos, y algunos Indios amigos entrò en Tacata por principios de el año de setenta y cinco; pero aunque por entonces llegò à ponerse sobre el Valle, haciendo la desecha de que su expedicion se encaminaba à otra parte, para coger despues à los Indios descuidados, torciò la marcha sobre la mano derecha, y dexando à Tacata (como si no fuera el blanco à que miraba su empressa) se entrò por el Valle de el Pao, hasta salir à las orillas de el Guarico, de donde bolviendo con presteza para acometer por las espaldas à Tacata, hallò tan prevenidos à los Indios, que governando la Banguardia vna mañana Garci-Gonçalez de Silva, alcançò à descubrir vn Esquadron de hasta quinientos Flecheros, que saliendo de vn pajenal, donde estaban en zelada, se iban retirando à vna montaña, para formar mas à lo seguro la emboscada.

1575.

Y aunque, con el deseo de acometerlos en lo raso, tocando al arma hizo piernas al cavallo para alcançarlos antes que se abrigassen de el monte, ya no pudo conseguirlo, por averse amparado con tiempo de la espesura que formaba el arcabuco, y solo hallò en la campaña à vn Indio, llamado Yoraco, que engañado de su esfuerço le esperaba calada la flecha al arco, presumiendo ser bastante su valor para oponerse le solo; pero embistiendo con èl Garci-Gonçalez à todo el correr de su cavallo, le diò tan fiero bote con la lança, que suspendiendolo de el suelo, lo llevò vn breve rato por el ayre; y passando de largo en la carrera, quando pensò que lo dexaba muerto, al bolver despues la cara lo hallò, que puesto en pie se mantenìa peleando con Juan de la Parra, y Diego Mendez, hasta que passado à estocadas todo el cuerpo perdiò el aliento, y la vida, cayendo muerto en el suelo, sin que de alguna de las heridas (con ser las mas que tenia bien penetrantes) le huviesse salido sangre; y procurando inquirir la causa de aquel secreto, como acaso le quitassen vna sarta de piedras coloradas, que tenia puestas al cuello, al instante em-

pezò à brotar à caños quanta ſangre mantenia comprimida en aquel yerto cadaver; manifeſtando con aquella experiencia la natural virtud de aquellas piedras para reſtañar la ſangre, de cuya propriedad ſimpatica hizo deſpues diferentes pruebas en varias ocaſiones Garci-Gonçalez de Silva, hallandola ſiempre verdadera à la mas minima aplicacion de ſu contacto, de que reſultò el aprecio que grangeò en ſu eſtimacion aquella alhaja, pues la conſervò en ſu poder como teſoro, haſta que el Governador Don Diego deOſſorio, algunos años deſpues, teniendo noticia de la rara virtud de aquellas piedras, ſe las quitò, cõ el pretexto de emblarſelas por coſa ſingular al Rey Phelipe II.

Quando el invencible Alfonſo de Alburquerque expugnò el emporio de Malaca, haze mencion Juan Barrios en ſus Decadas de el Aſia, y Damian de Gois en las Chronicas de el Rey Don Manuel de otro collar ſemejante, compueſto del hueſſo de vn animal, que ſe cria en la Isla de Java, que ſe hallò en el cuerpo de vn Malayo, tan conforme en el todo con el nueſtro, que ſi los igualò la naturaleza en la virtud, los acompañò la fortuna en la deſgracia, pues ſi el vno ſe anegò en el eſtrecho deSincapura, embiandolo à Portugal, eſte otro pareciò ſumergido à viſta de Puerto-Rico, remitiendolo à Caſtilla.

Barr.Dec. 2. lib. 6. cap. 2. Gois p. 3. cap. 17.

Muerto Yoraco, ſin que los Indios por entonces intentaſſen otra coſa, paſsò Carrizo à aquartelarſe aquella noche entre las barrancas que formaba vna quebrada, donde las Centinelas, eſtando con cuidado, aprifionaron cinco Indios, que pueſtos à tormento, confeſſaron venìan à explorar la forma en que eſtaba diſpueſto el alojamiento de los nueſtros, para poder atacarlos con ſeguro antes que amaneciеſſe el dia ſiguiente; y hallando Carrizo en eſta declaracion cuerpo baſtante para executar vn caſtigo, que ſirvieſſe de terror à los demas, mandò luego dar garrote à quatro de ellos, dexando libre al quinto, que llamaban Manarcima, por ſer hermano de vno de los Caciques principales de aquel Valle, y vèr ſi por ſu interpoſicion podia aſſegurar el ſoſſiego de aquellas Naciones alteradas; aunque deſpues manifeſtò la experiencia la traycion (indigna de vn Eſpañol) que ſe encerraba en eſta piedad fingida, pues aviendo deſpachado à el Manarcima con embaxada, para que de ſu parte aſſeguraſſe à los Caciques, q̃ como le entregaſſen los culpados en la muerte de Juan Paſqual, y Diego Sanchez, à cuyo caſtigo ſolo tiraba ſu enojo, podian ſalir ſin recelo à hablar con èl, para que interviniendo nuevos pactos ſe bolvieſſe à eſtablecer la paz, turbada por la deſgracia de aquel accidente no penſado.

Creyeron los Caciques la pro-

propuesta, y sin recelar podia caber engaño en la sinceridad que prometia, salieron à encontrarse con Carrizo Camaco, y Araguare, que eran los mas principales, acompañados de cien Indios cargados de aquellos bastimentos que producia su Pais, y exagerando las ansias con que deseaban la paz, y el aborrecimiento con que miraban la guerra, passaron à disculparse sobre la muerte de los dos Españoles, alegando no avian tenido parte en el delito, por averlo cometido vnos Indios particulares, sin intervencion de los Caciques, los quales, temerosos de el castigo que merecia su maldad, andaban fugitivos por los montes, por cuya causa no podian, aunque quisieran, cumplir con el mandato de entregarlos; pero que en qualquier tiempo que pudiessen averlos à las manos estaban promptos à llevarlos à la Ciudad, para que en la legalidad de aquella demostracion quedasse acreditada su inocencia.

Bien pudiera Carrizo aver admitido estas disculpas, aunque no las tuviera en su sentir por verdaderas, pues bastaba la confiança con que aquellos miserables se pusieron en sus manos, para que obrando la piedad diesse lugar en su pecho al disimulo; pero dexandose llevar de la vengança, y atropellando el salvo conducto en que tenia empeñado el pundonor, puso luego en prision à los Caciques, y procediendo à la averiguacion por via juridica, aviendo resultado de la sumaria que formò con ellos mismos el que los mas de aquellos Indios que estaban presentes, aunque no avian cooperado en la muerte de los Españoles, avian sido participantes de el combite que dispuso la brutalidad de aquellos barbaros para comerse los cuerpos, mandò cortar las orejas, y narizes al CaciqueCamaco, y dar garrote à treinta y seis, los que parecieron mas culpados, entrando tambien à la parte en la infelicidad de esta desgracia el Cacique Araguare, que maldiciendo su fortuna, y blasfemando de la infidelidad de el trato doble con que avia obrado Carrizo, rindiò la vida al dogal, passando por las angustias de el suplicio; y porque Manarcima, ya que avia sido el interlocutor para las vistas, no quedasse sin el premio que merecia su trabajo, le hizo cortar la mano derecha, pagandole con aquella inhumanidad no merecida la buena intencion, que debia ser estimada.

Esta crueldad de Carrizo, executada mas à impulsos de la violencia, que à leyes de la razon, exasperò de suerte à los Indios, que conociendo en la fuerça de su desventura, que ni armados hallaban remedio, ni rendidos encontraban descanso, determinaron por alivio, antes morir con valor en la guerra, que pere-

perecer con engaños en la paz; y tomando las armas con reſolucion deſeſperada, dieron à entender à Carrizo con las obras los terminos à que llega el deſpecho de vna Nacion ofendida, pues ſin dexarlo ſoſſegar en parte alguna fue tan repetida la moleſtia de emboſcadas, aſſaltos, y acometimientos con que lo perſiguieron, que hallandoſe deſeſperado con el teſon de la hoſtilidad tan continuada, tomò por acuerdo deſamparar el Valle, y bolverſe à la Ciudad, ſin aver conſeguido otro fruto de ſu temeridad inadvertida, que dexar amancillada ſu opinion con el deſcredito que ſe ſiguiò en ſu fama, è impoſsibilitada por entonces la pacificacion de aquellos Pueblos rebeldes, que obſtinò mas ſu crueldad.

CAPITULO XI.

ENTRA GARCI-GONçalez al Valle de Tacata; trata con generoſidad à los Indios, y conſigue por eſte medio el reducirlos.

MAlograda la reduccion de los Indios de Tacata con las temeridades de Carrizo, como quiera que aquellos Pueblos eſtaban encomendados en el repartimiento general à Garci-Gonçalez de Silva, para que los gozaſſe en feudo, ſiendo el mas intereſſado en los atraſſos de ſu pèrdida tratò de aplicar el hombro con empeño à ſolicitar los medios mas convenientes para poder pacificarlos, à cuyo fin el año ſiguiente de ſetenta y 1576
ſeis, aviendo llevado ſeſenta hombres, entrò con ellos al Valle, determinado con la experiencia adquirida à que enmendaſſe la clemencia lo que avia errado el rigor; pero como los Indios, eſcarmentados de lo paſſado, no ſe atrevian à fiar de ofrecimientos, aunque procurò ſatisfacerlos con buen modo, ofreciendoles la paz, jamàs quiſieron hacer cara para admitir la propueſta; antes, reſueltos à llevar adelante los progreſſos de la guerra, nombraron por General de ſus Armas al Cacique Parayauta, que era el mas empeñado en la defenſa, por aver ſido el principal motor para las muertes de Juan Paſqual, y Diego Sanchez; quien reclutadas ſus Tropas, y diſpueſtas quantas prevenciones le parecieron neceſſarias para ſalir con lucimiento de la obligacion en que lo tenia puèſto ſu empeño, haciendo menoſprecio de los nueſtros, y oſtentacion de ſu delito diò en ponerſe todas las mañanas ſobre vn peñaſco à viſta de el alojamiento donde eſtaba Garci-Gonçalez con ſu gente, y moſtrando deſde alli la eſpada que le avia quitado à Diego Sanchez, decia: Yo ſoy Parayauta el que matò à vueſtros com-

compañeros, y si no os bolveis presto à la Ciudad tengo de hacer lo mismo con vosotros: bolveos, pobres mal aventurados, que engañados de vuestra sobervia venis buscando la muerte, que os està prevenida en mi macana.

Bien quisiera Garci-Gonçalez desde luego castigar la barbara arrogancia de el Cacique, pero avia de por medio vna quebrada, que estaba al pie de el peñasco, cuya profundidad, no dando lugar para poder passar à la otra vanda, sirviò los primeros dias de embarazo à sus deseos, hasta que viendo el desahogo con que aquel Indio continuaba en publicar sus amenazas, determinò buscar forma para armarle con secreto vna emboscada; à este fin saliò vna noche de su alojamiento con treinta hombres, y aunque à costa de grandissimo trabajo, por aver sido necessario caminar mas de dos leguas, y romper vn pedazo considerable de montaña para descabezar la quebrada, que le servia de embarazo, consiguiò antes de el amanecer poner su gente de la otra vanda, casi à espaldas del mismo peñasco, en parte donde no podia ser vista, y mandando subir en vn arbol à vn Indio Tarma de los que llevò consigo, para que sirviesse de atalaya, y avisasse quando viniesse el Cacique, se estuvo quedo esperando la ocasion para lograr su emboscada, en que no tuvo lugar de consumir mucho tiempo, pues à poco rato despues de aver amanecido hizo seña la Vigia de que venìa Parayauta con mas de cien Indios que le seguian armados; pero caminaba el barbaro tan sobervio, y orgulloso, que adelantandose de los suyos divertido, se metiò solo en la emboscada, sin reparar en Garci-Gonçalez, que con la espada en la mano le iba saliendo al encuentro, hasta que bolviendo con cautelidad la cara à tiempo que le descargaba el golpe, con gentil desembarazo diò dos, ò tres passos atràs para tener lugar de dispasarle vna flecha; pero antes que pudiesse llegar à batir la cuerda al arco se la tenia cortada Garci-Gonçalez con vn tajo, y assegundandole con otro, le diò vna razonable herida en la cabeza, de que atormentado el Cacique empezò à dar traspies, pidiendo amparo à los suyos.

Entonces los demàs Espaòles, que estaban en la emboscada, salieron acometiendo à los Indios, que presurosos, al vèr herido à su Cacique, ocurrian à la defensa; pero puestos con brevedad en confusion, y desorden, quedaron desbaratados por el valor de los nuestros, passando Parayauta por la fortuna infeliz de prisionero; si bien como encontrò con el magnanimo corazon de Garci-Gonçalez no tuvo lugar de experimentar los efectos de semejante desgracia, pues vsando de la generosidad de aquel espiritu noble, que

le alimentaba el pecho, contra el dictamen de todos ſus Soldados, lo puſo luego en libertad, haciendole curar primero la herida de la cabeza: accion, que fue baſtante à conſeguir el mejor exito que ſe pudiera eſperar de aquella guerra, pues agradecido el Cacique à bizarria tan hidalga, combocò à los demàs principales de aquel Valle, y perſuadiendolos con razones à que dexaſſen las armas, les obligò ſu reſpeto à que rendidos ſolicitaſſen la paz, ſaliendo voluntarios à dàr à Garci-Gonçalez la obediencia; quedando por eſte medio reducidos con tanta facilidad aquellos Pueblos, cuya pacificacion ſe avia tenido poco antes por muy dudoſa: para que ſe reconozca, que no ay Nacion, por barbara que ſea, à quien no obligue la ſuavidad, al paſſo que deſeſpera el rigor.

CAPITULO XII.

INTENTAN LOS Indios de Salamanca matar à Franciſco Infante, y à Garci-Gonçalez: defiendeſe eſte con valor, y libra de la muerte al compañero.

COnfieſſo, que temeroſo (y aun puedo decir que deſconfiado) entro à tratar de la materia, que ha de ſervir de aſſumpto à eſte Capitulo; por ſer punto muy ſenſible, para quien ſe precia de verdadero, verſe obligado, por la puntualidad que pide la Hiſtoria, à referir algunos ſuceſſos, que por lo raro de ſus circunſtancias pueda quedar en duda ſu certidumbre, neceſsitando de el piadoſo conſentimiento de el Lector para ſu aſcenſo; pero hallando el preſente acreditado con diferentes inſtrumentos autenticos, que con la antiguedad de mas de vn ſiglo aſſeguran ſu relacion por evidente, y la aſſentada tradicion con que de padres à hijos ſe ha conſervado haſta oy en eſta Provincia por coſa particular la memoria de eſte ſuceſſo, fuera paſſarlo en ſilencio defraudar injuſtamente à ſu dueño de los aplauſos que merece accion tan grande, ſolo por la vana deſconfiança que pudiera originar la temida contingencia de vn recelo; pues ſi las hazañas de Fernando Cortès, y las de Duarte Pacheco las huviera dexado el temor de la incredulidad en el olvido, no huvieran llegado à eternizarſe ſus nombres con la general aclamacion que los celebra la fama, ni el vno huviera conſeguido ſer aſſombro de las Naciones de Oriente, ni el otro la gloria de que ſus arreſtos ayan ſido la admiracion de el mundo; y aſsi, menoſpreciando los reparos, que pudieran dàr motivo para acobardar la pluma, digo: Que aviendo Garci-Gonçalez de Silva retiradoſe à la Ciudad, deſpues de pacificado el Valle de Tacata, (como queda referido en el Capitu-

tu-

tulo antecedente) no teniendo por entonces en que exercitar su valor, por hallarse yà sujetas, y reducidas todas las Naciones que componian la Provincia de Caracas, determinò, con la seguridad que prometia la paz de que gozaban, dàr vna buelta, por modo de passeo, el año subsequente de setenta y siete à los Pueblos, que llamaban del Partido de Salamanca, los quales tenia en repartimiento de Encomienda à mèdias con su cuñado Francisco Infante, à cuyo efecto combidado este, y otros dos Soldados Españoles, executaron el viage todos quatro, sin recelar los movimientos que podian originarse en la mudable condicion de aquellos barbaros. 1577.

Llegados à Salamanca fueron recibidos de los Indios con muestras singulares de amistad muy verdadera, porque en realidad el buen tratamiento, y afable condicion que siempre avian experimentado en sus dos Encomenderos no merecian otra cosa, que vna correspondencia muy segura, y vna voluntad muy firme; pero como no ay servidumbre tolerable para quien tiene en la memoria que en otro tiempo fue libre, bastò el considerarlos como dueños, para que su communicacion les fuesse fastidiando poco à poco; y como en algunas ocasiones se juntassen los Caciques à divertir su desventura con el alivio de comunicar vnos con otros los desconsuelos de su pena, fueron de las mismas conversaciones tomando animo para resolverse à solicitar como pudiessen la restauracion de su libertad perdida.

Y aunque para negocio tan arduo no dexaba de acobardarlos la consideracion de las dificultades que traìa consigo la materia que emprendian, fueron tan eficaces las persuasiones, y consejos con que los animaba al rompimiento vna vieja, llamada Apacuane, madre del Cacique Guasema, grande hechicera, y arbolatia, que atropellando por los riesgos que prevenia su temor, quedò determinada entre todos la sublevacion, à que avian de dàr principio con la muerte de aquellos quatro Españoles; pero para conseguirla con mas seguridad, y menos susto, les pareciò conveniente suspender la execucion, disimulando su intento hasta que llegasse el tiempo en que estuviessen de proximo para bolverse à la Ciudad.

Vivia Garci-Gonçalez con los otros compañeros en vna casa, que avia hecho fabricar para el efecto en el alto de vn repecho, que formaba la Serranìa à distancia moderada de los Pueblos, y llegada la ocasion que deseaba la barbara perfidia de los Indios para lograr su maldad, la noche antecedente al dìa en que avian de hacer su viage subieron à la casa hasta docientos Gandules, escogidos entre los que tenian por

mas

mas valientes, dexando prompтos à la mira otros dos mil, que avian combocado de toda la comarca, para que ocurrieſſen à la ſeña que les dieſſe el alboroto; y ocultando la traycion premeditada con los ſerviles rendimientos de vna voluntad fingida, dixeron à Garci-Gonçalez iban à dormir allà, para irle por la mañana acompañando haſta dexarlo en la Ciudad: atencion, que teniendola ſu confiança por ſegura, la aceptò deſde luego, ſin recelo de el daño que podia encubrir la anticipada prevencion de aquel cortejo.

Iban los Indios, al parecer, ſin armas, porque no las llevaban manifieſtas, pero todos prevenidos de haces de paja, y de leña para hacer camas, y fuego con que poder calentarſe aquella noche, y entre ellos, con gran recato, llevaban eſcondidas las macanas, para valerſe de ellas à ſu tiempo, ſin que alguno de los quatro Eſpañoles llegaſſe à penetrar lo que tenia forjado la cautelosa malicia de ſus hueſpedes, antes con gran ſeguridad ſe echaron à dormir en ſus hamacas; pero los Indios, que con cuidado obſervaban los movimientos para aprovechar las ocaſiones, luego que los ſintieron dormidos ſe apoderaron de las eſpadas, y demàs armas que tenian en la caſa, para quitar la eſperança à la defenſa, y embiſtiendo con Franciſco Infante, y los otros dos Soldados, que eſtaban mas à la mano, les dieron crueles heridas, à tiempo que Garci-Gonçalez, deſpertando con el ruido que formò la barbara confuſion de aquel gentìo, corriò à buſcar ſu eſpada, llevando al brazo rebuelta vna frazada, que le avia ſervido de abrigo aquella noche para dormir en la hamaca; pero como no la hallaſſe en parte alguna, apelò la neceſsidad al remedio mas prompto que le permitiò el aprieto, y echando mano de vn leño de los que ardian en el fuego, encendido mas en colera de lo que eſtaba en llamas el madero, embiſtiò con ſus contrarios, aſſegurando la vida en la reſolucion de aquel arreſto, pues convertida en furor ſu valentia, no daba golpe en que no fueſſe vna muerte, ni hacia amenaza, que no cauſaſſe vna herida; de ſuerte, que no pudiendo los Indios tolerar la repetida execucion de tanta ofenſa, tuvieron por mejor cogerlo à manos, pareciendoles mas facil ſujetarlo por medio de la multitud à vna priſion, que quitarle la vida à fuerça de armas; pero engañòles la cobarde preſumpcion de ſu confiança, porque ſi haſta alli avia obrado en Garci-Gonçalez el valor, al vèr que ſe multiplicaba con mayores peligros el aprieto, paſsò à ſer deſeſperacion, lo que avia ſido defenſa, pues aviendolo cogido en peſo los Indios, y llevandolo cargado, acertò à alcançar con la mano vn aci-

azicate, que el dia antecedente avia èl miſmo colgado de vn clavo en la pared, y cobrando nuevo brio con la ayuda de aquel inſtrumento dèbil, fueron tales los golpes, y heridas con que maltratò à los Indios, jugando el azicate à vn lado, y à otro, que ſe vieron obligados à ſoltarlo, ſaliendoſe de la caſa apreſurados con atropellamiento tan violento, que no pudiendo caber todos por la puerta, derrivaron con el tropel vn lienço de el baxareque, que ſervia à la caſa de pared.

Entonces Garci-Gonçalez, no contento con aver hecho retirar à ſus contrarios, acudiò à deſatar vn perro de armas, que aquella noche, porque no hiciеſſe daño à los Indios (teniendolos por amigos) lo avia mandado amarrar con vna cadena à vn poſte; y como ſi con aquella diligencia huvieſſe adquirido eſfuerço para ſujetar vn mundo, armado con la frezada, el azicate, y el perro, ſaliò à buſcar à los Indios, que à poca diſtancia de la caſa ſe avian quedado parados, y rompiendo por medio de el Eſquadron con mas braveza que vn toro, ſin que le acobardaſſen los golpes de las macanas con que le tiraban todos, iba hiriendo con deſeſperacion à vnos, mientras el perro con corage deſpedazaba à otros, atraveſando de eſta fuerte ya por vna parte, y ya por otra, dexando en todas las ſeñales de ſu rabia rubricadas con ſangre de ſus contrarios en los deſtrozos que hacia, haſta que aviendole dado vn macanazo en las eſpaldas, que le obligò à hincar en tierra ambas rodillas, viendoſe ya poſtrado, y ſin la ayuda de el perro, porque ya ſe lo avian muerto, apelò à la prompta viveza de ſu ingenio, y como ſi tuviera algunos Soldados prevenidos para que pudieran ſocorrerle en aquel lance, levantò el grito, diciendo: Ea, amigos, y compañeros, aora es tiempo de acometer à eſtos perros, para que no ſe queden ſin caſtigo, à cuyas vozes, poſſeidos los Indios de vn panico terror, ſin ſaber de quien huian, dando confuſos halaridos, con precipitada fuga ſe echaron por vna ladera abaxo.

Libre Garci-Gonçalez de aquel empeño en que lo avia metido ſu temeridad, bolviò para la caſa à buſcar à ſus tres compañeros, à quienes haſta entonces no avia viſto, ni le avia dado lugar la preciſion del aprieto para ſaber ſi eſtaban muertos, ò vivos, y hallandolos tendidos en el ſuelo, aunque con vida, reconociò eſtaban mortales, por las muchas heridas que tenian, pues ſolo Franciſco Infante tenia doze, que ſiendo algunas de rieſgo, cauſaban todas cuidado, por la abundancia de ſangre que vertian; y aunque Garci-Gonçalez, no menos laſtimado que los otros, ſe hallaba tambien con cinco heridas, vna mano hecha pedazos, y

el cuerpo todo acardenalado, y molido de los muchos golpes que le avian dado los Indios, ſin embargo, no deſmayando ſu aliento enmedio de tãtos rieſgos, ſe quitò la camiſa, y los calçones blancos que traìa pueſtos, y partiendolos en tiras, fue ligando con ellas como pudo las heridas de Franciſco Infante, y los demàs compañeros, para vèr ſi contenida la ſangre con aquella aplicacion cobraban algun vigor para poder caminar, pues en aquel conjunto de peligros, de que ſe hallaban cercados, no avia otra eſperança en que afiançar el remedio, que intentar la retirada, dexando à la contingencia de el ſuceſſo la fortuna de lograrla; à cuya reſolucion determinados todos quatro, ſalieron de la caſa aquella miſma noche, con animo de caminar quanto pudieſſen, fiados en la conveniencia que les ofrecia la obſcuridad para hacerlo con recato; pero como Franciſco Infante ſe hallaba tan desflaquecido con la falta de la ſangre, y poſtrado al vehemente dolor que le cauſaban las heridas, apenas avian caminado media legua, quando conociendo era impoſsible el paſſar mas adelante, pues ſentia que por inſtantes ſe le acababa la vida, les pidiò à los compañeros procuraſſen aſſegurar las ſuyas, proſiguiendo en ſu camino ſin detenerſe à eſperarlo, pues aviendo èl de morir en breve de vna manera, ù de otra, no ſe remediaba nada con que pereciеſſen todos, ſolo por acompañarlo, quando valiendoſe de el vigor con que ſe hallaban, apreſurando el paſſo podian conſeguir la retirada antes que los Indios los ſiguieſſen.

CAPITULO XIII.

CARGA GARCI-GONçalez ſobre ſus hombros à Franciſco Infante: camina con èl toda la noche haſta llegar à los Teques, donde amparados de los Indios aſſeguran las vidas.

ERa Franciſco Infante cuñado de Garci-Gonçalez, por eſtàr caſados el vno con Beatriz, y el otro con Franciſca de Roxas, ambas hijas de Pedro Gomez de Ampuero, y de Ana de Roxas, (à quien por paſſatiempo mandò ahorcar el tyrano Aguirre en la Margarita) y aſsi por eſte motivo, como por parecerle à Garci-Gonçalez era deſcredito de ſu valor, y deſayre de ſu punto el dexar deſamparado el compañero en el rigor de aquel lance, ſe determinò à la mas bizarra accion, que pudo caber en pecho noble, pues reſuelto à perder la vida antes que dexarlo ſolo, viendo que era impoſsible el caminar por los repetidos deſmayos que le daban, ſe lo echò ſobre los hombros, y atraveſando con èl

por

por aquellas Serranìas, con ſer el camino bien fragoſo ſe portò con tan ſingular aliento, que aviendo muerto fatigados de el canſancio, y las heridas los otros dos compañeros, caminando èl mas de tres leguas con Franciſco Infante à cueſtas, llegò al ir amaneciendo à la quebrada de los Paracotos, vltimo termino de la Nacion Quiriquire, y principio de la habitacion de los Teques.

No bien avian deſamparado la caſa de Salamanca los quatro afligidos Eſpañoles, quando determinados los Indios à acabarlos de matar, bolvieron à buſcarlos otra vez; pero encontrando acaſo con el cuerpo del Cacique Guaciquana, à quien Garci-Gonçalez avia quitado la vida à golpes de el azicate, concibieron tal aſſombro al vèr de aquella fuerte muerto à ſu Caudillo, que ſuſpenſos, mientras el eſpanto permitiò lugar para el conſejo, y el ſentimiento daba tiempo al deſahogo, lo tuvieron aquellos pobres heridos para llegar primero à Paracotos, pues aunque irritados deſpues determinaron ſeguirlos para vengar la muerte de el Cacique, aprovechò tanto la ventaja que avian ganado con el tiempo que les dieron para la retirada, que quando los Indios llegaron à aſſomar por lo alto de la loma, que cae ſobre la quebrada, ya eſtaba Garci-Gonçalez aſſegurado en la orilla de la otra vanda; y como los Indios Teques, acerrimos enemigos de los Quiriquires, alcançaron à deſcubrir los numeroſos Eſquadrones de ſus contrarios, que venian baxando por la loma, diſcurriendo (porque ignoraban la cauſa) que era invaſion contra ellos, originada de ſu enemiſtad antigua, ſe diſpuſieron con preſteza à la defenſa, y juntos al eſtruendo con que tocaron à rebato ſus fotutos, ocurrieron à la quebrada, para embarazarles el paſſo con las armas, donde encontrando heridos, deſangrados, y mortales aquellos dos Eſpañoles, è informados de la traycion que avia dado motivo à ſus deſdichas, tuvo tal lugar la clemencia, aun en la agreſte condicion de aquellos barbaros, que movidos à piedad, è irritados de el trato doble, y aleve proceder de ſus vecinos, tomaron por ſu quenta el amparar-los, haciendo honroſo empeño de favorecer con bizarria à los que avian maltratado ſus contrarios con infamia; y deſpues que con gallarda opoſicion, y ventaja conocida obligaron à los Quiriquires à que ſe retiraſſen corridos, aplicando ſus arbolarios la virtud mas activa de los ſimples que conocia ſu experiencia, y los antidotos mas eficàces que vſaba ſu medicina à la curacion de las heridas de Franciſco Infante, y Garci-Gonçalez, que con la agitacion, humedades de la noche, y accidentes de el camino, ſobre

aver

aver ſido ſiempre de peligro, ſe hallaban apoſtemadas, vlceradas, y corruptas, conſiguieron aſſegurarlos de el rieſgo, dando lugar la mejoria, para que paſſados quatro dias, que fueron meneſter para el deſcanſo, y tomar algun aliento, los pudieſſen en hamacas tranſportar à la Ciudad, donde fueron recibidos con el aſſombro que requerian las circunſtancias de el caſo; y eſte fue el ſuceſſo memorable de el azicate, que haſta oy dura, celebrado en la comun admiracion de eſta Provincia por vna de las hazañas mas glorioſas, que executò Garci-Gonçalez entre las muchas que eternizaron ſu memoria, para aplauſo perpetuo de los triunfos, que conſiguiò en ſus Conquiſtas.

LIBRO

LIBRO SEPTIMO
DE LA CONQUISTA, Y POBLACION
DE LA PROVINCIA
DE VENEZUELA.
CAPITULO PRIMERO.

SUJETA SANCHO GARCIA CON EL CASTIGO los Pueblos de Salamanca: ſale Garci-Gonçalez de Silva en buſca de los Carives, que amenazaban à Valencia; y viene Don Juan Pimentèl à governar la Provincia.

AL PASSO QUE fue celebrada en la Ciudad la accion de Garci-Gonçalez, aſsi por las circunſtancias que la acreditaron grande entre las reſoluciones de ſu brio, como por aver ſido motivo para aſſegurar las vidas de dos vecinos tan amados como fueron en ſu tiempo èl, y Franciſco Infante; causò notable deſconſuelo la inopinada ſublevacion de aquellos Pueblos, pues quando ſe conſideraba vençido ya el trabajo, y conſeguido el deſcanſo con la general pacificacion de las Naciones, manifeſtaba aquella novedad el deſamor, que vivia oculto en los corazones de los Indios, para brotar en rompimientos ſiempre que la ocaſion les ofrecieſſe à las manos ſu melena.

Governaban por aquel tiempo la Ciudad Juan de Guevara, y Franciſco Maldonado, Alcaldes Ordinarios de aquel año, por aver paſſado à Coro el Theniente Franciſco Carrizo, y determinados à caſtigar con brevedad el atrevimiento de los Indios, an-

tes que con ſu exemplar intentaſſen lo miſmo otras Naciones, aunque Garci-Gonçalez de Silva, no bien ſano de las heridas, pretendiò ſe le cometieſſe, como ofendido, la expedicion de aquella entrada, para tomar por ſu mano ſatisfaccion de ſu agravio, no quiſieron los Alcaldes convenir en ſu demanda, por no poner en rieſgo conocido ſu perſona, que mal convalecida todavia de los trabajos paſſados, aun ſe hallaba con mucha parte de la ſalud perdida; y nombrando à Sancho Garcia, vecino principal, y de experiencia, ſaliò de la Ciudad con cinquenta Soldados Eſpañoles, y algunos Indios Teques, procurando ocultar ſu marcha con recato, para no ſer ſentidos de los Indios; pero ellos prevenidos, teniendo por cierto que ſu delito avia de provocar la colera Eſpañola à procurar el caſtigo, avian cerrado los caminos con grueſſos maderos, y deſmontes para embarazar el paſſo; de ſuerte, que atajado por todas partes Sancho Garcia, no intentaba buſcar vereda para ſu entrada en que no hallaſſe vn eſtorvo, haſta que vencidas las dificultades con trabajo, huvo de llegar al miſmo Pueblo donde ſe fraguò la traycion contra Garci-Gonçalez, el qual hallò deſamparado, por averſe retirado los Indios à lo mas oculto de las montañas, para eſperar aſſegurados los beneficios que les ofrecieſſe el tiempo: cauſa, que moviò à Sancho Garcia à executar el caſtigo en lo inſenſible, talando las ſementeras, y poniendo fuego à quantas Poblaciones encontraba, haſta que vna mañana huvo de aver à las manos vn Indio, que los Batidores de ſu Campo hallaron eſcondido ſembrando puas envenenadas en el camino, para que al piſarlas los nueſtros quedaſſen heridos de la oculta traycion de aquel engaño, el qual puеſto à tormento declarò, como los Indios, animados con la noticia de que era corto el numero de Eſpañoles que andaban deſtruyendo aquel Partido, ſe hallaban determinados à probar fortuna con las armas, buſcando oportuna ocaſion de acometerlos, para cuya reſolucion ſe avian de juntar aquella noche los Caciques, y Cabos principales en vna quebrada, que à quatro leguas de diſtancia de aquel ſitio ocultaba en ſu centro vna montaña.

Alegre con eſta relacion Sancho Garcia, marchò con ſu gente luego que anocheciò para el parage donde ſe hacia la junta, llevando al Indio por guia, con promeſſa de darle libertad, y regalarlo como lo encaminaſſe de ſuerte que pudieſſe llegar ſin ſer ſentido à la quebrada, para coger à los Caciques deſcuidados: oferta, que obligò de calidad al corazon de aquel barbaro, que dexando las veredas principales, lo guiò con tanto acierto por algunos atajos, y rodèos, que poco

co deſpues de media noche, penetrando la montaña, llegaron à dar viſta à la quebrada, donde juntos para la citada conferencia ſe hallaban ya algunos Caciques, è Indios particulares, que harian por todos numero de quinientas perſonas; y Sancho Garcia, aprovechando el tiempo, y la ocaſion, ſin detenerſe à mas que apellidar à Santiago acometiò por todas partes à los Indios, que turbados con la confuſion de abance tan repentino, no hallaron otro remedio, que poner en la fuga ſu eſperança, retirandoſe atropellados à el abrigo, que por entonces pudo ofrecerles vna ceja de montaña, que guarnecia la quebrada, donde recobrados de el primer ſuſto intentaron defenderſe; pero perſeguidos de las repetidas cargas de flecheria con que los moleſtaban los Teques, nueſtros amigos, deſampararon el ſitio, proſiguiendo con deſorden precipitado en la fuga começada, ſin que fueſſen baſtantes à detenerlos las vozes, y amenazas con que el Cacique Aquareyapa procuraba animarlos à que murieſſen peleando; quien viendo lo poco que aprovechaba ſu diligencia para confortar el deſmayo de ſu gente, quiſo dar à entender con arrogancia baſtaba ſolo ſu valor para oponerſe à los nueſtros, y haciendo cara con vna macana en la mano à los Soldados, (que ya con la luz de el dia iban ſiguiendo el alcance) encontrò con Antonio de Villegas, à quien acometiò con furia infernal para matarlo; pero reparando el golpe de la macana en el eſcudo, tuvo lugar para correſponderle con la eſpada, dandole vn tajo en la cabeza, de que cayò en el ſuelo atolondrado; mas bolviendo à levantarſe ſin deſmayar, buſcò ſegunda vez à ſu contrario, travandoſe entre los dos vna porfiada batalla, haſta que otro Soldado, llamado Figueredo, viẽdo apurado à Villegas, le diò por detràs al Cacique vna eſtocada, que le quitò la vida, partiendole el corazon.

Canſado Sancho Garcia de ſeguir el alcance de los Indios ſe bolviò à recoger con ſu gente à la quebrada, donde entre algunos priſioneros que ſe avian cogido aquella noche, fue luego conocida de todos la India Apaquana, madre de el Cacique Guacima, motora principal de aquel levantamiento, pues à la fuerça de ſus conſejos, y à la eficàz perſuaſion de ſus razones ſe reſolvieron los Indios à la alevoſa traycion que executaron: delito, que no ignoraban los nueſtros, y aſsi, para ſu caſtigo la mandò luego ahorcar Sancho Garcia, dexandola colgada donde la vieſſen todos, para que ſu cadaver movieſſe con el horror al eſcarmiento, ya que ſu voz perſuadiò à la maldad con la eficacia: accion en que conſiſtiò el ſoſsiego total de aquella Nacion rebelde, pues atemorizados

dos

dos los Indios con el ſuplicio de Apaquana, y quebrantados con la pèrdida de mas de docientos Gandules, que perecieron aquella noche en la quebrada, aunque à los principios con el temor ſe retiraron todos à las Serranìas que eſtàn de la otra parte de el Tuy, bolvieron poco deſpues à ſolicitar con rendimiento la paz, que avian menoſpreciado con arrojo.

Al tiempo que ſucedia en la Ciudad de Santiago lo que llevamos referido, ſe hallaban los vecinos de la Valencia baſtantemente apurados con las continuas invaſiones que padecian ſus contornos de la barbara crueldad de los Carives, que anſioſos por ſaciar el brutal apetito de comer carne humana, à que es naturalmente inclinada la fiereza de aquella Nacion extolida, avian ſalido de las orillas de el Orinoco, donde tienen ſu habitacion, y atraveſando por los Llanos haſta los partidos inmediatos à Valencia, no quedò Pueblo, ni rancheria en ſu juriſdiccion que no experimentaſſe los laſtimoſos efectos de ſu furia, padeciendo la Ciudad por inſtantes los ſuſtos de entrar tambien à la parte en eſtos daños; y no teniendo fuerças, por ſu poca vecindad, para oponerſe al poder de tan crueles enemigos, ocurriò à dar quenta de ſus trabajos al Governador Mazariego, que à la ſazon aſsiſtia en Coro, para que dieſſe providencia à ſu remedio; quien conſiderando ſer la Ciudad de Santiago la que con mas promptitud podia aſsiſtir al ſocorrò, embiò orden à Garci-Gonçalez de Silva, para que con la brevedad que requeria aquel aprieto trataſſe perſonalmente de aplicarlo.

Luego que Garci-Gonçalez recibiò el deſpacho del Governador, deſeando deſempeñar con el acierto la obligacion en que lo tenia pueſto la confiança que ſe hacia de ſu perſona, levò treinta Cavallos, y algunos Indios amigos de los que le avia dado à conocer por mas valeroſos la experiencia, y ſaliò de la Ciudad en buſca de los Carives, con la noticia que tuvo de que ſe hallaban rancheados à eſpaldas de la Laguna, que llaman de Tacarigua; y llegando à las orillas de el rio Tiznaos, (donde por las ſeñales q̃ dexaron ſe conocia aver eſtado poco antes alojados) ſe ofreciò à la viſta vn eſpectaculo, que moviendo à compaſsion, irritò los animos Eſpañoles à ſolicitar con mas empeño el caſtigo que merecia la bruta atrocidad de aquellos barbaros, pues encontraron pueſtas ſobre vnas barbacoas con mucha orden cerca de docientas cabezas, que avian dexado alli los Carives de los Indios que llevaban priſioneros, y en ſus borracherias, y feſtines iban ſacrificando, para ſaciar con ſus cuerpos la beſtial inclinacion de harrarſe de carne humana, cuyo laſtimoſo ob-

objeto encendiò tanto la colera de Garci-Gonçalez, que sin querer detenerse marchò à largas jornadas en su alcance, siguiendolos ocho dias por el rastro, hasta que en las orillas de el Guarico huvo de encontrar con ellos, à tiempo que acababan de destruir, y convertir en cenizas vna hermosa Poblacion que adornaba sus riveras, de cuyos vecinos infelices tenian vnos divididos en quartos, otros asados ya para comerlos, y finalmente hecha de todos vna carniceria formidable; pero por mucha priessa que se diò Garci-Gonçalez à embestirlos, la tuvieron mayor ellos para acogerse à sus Canoas, echandose por el rio abaxo à salir guiados de su corriente al Orinoco, dexando burlada con la prevencion prompta de su fuga toda la diligencia anticipada de los nuestros; si bien para desahogo de la colera, y que no fuesse en valde la jornada, todavia lograron la fortuna de poder aprisionar veinte y seis Indios entre la confusion que tuvieron con la priessa de embarcarse, à los quales mandò luego empalar Garci-Gonçalez; y perdida la esperança de conseguir por entonces otro fruto en aquella expedicion, se retirò con su gente à la Ciudad.

Avia el Rey ya por este tiempo proveìdo por Governador, y Capitan General de la Provincia (para que succedieſſe à Diego de Mazariego) à Don Juan Pimentèl, rama à quien el iluſtre tronco de los Condes de Benavente comunicò los esplendores de nobleza, que vermejeaban en la roxa Insignia de Santiago con que adornaba el pecho, y embarcandose en Cadiz en vn Navio que iba para Cartagena, tomò Puerto en Caravalleda por fines de el año de setenta y siete; fue este Cavallero el primer Governador que tomò possession, y tuvo su assistencia en la Ciudad de Santiago, à cuya imitacion todos sus successores, ò llevados de el benigno temperamento de su clima, ò movidos de las conveniencias que ofrece la frequencia de su trato, han residido en ella, adquiriendo por este medio las prerrogativas de Cabeza de la Provincia, con harto sentimiento de la Ciudad de Coro, que despojada de este honor, que le diò su antiguedad, llora entre las cortedades que padece los vltrajes con que la ha tratado el tiempo, y los desprecios con que se ha burlado de ella la fortuna.

***

*** *** ***

*** ***

***

CAPITULO II.

EMBIA EL GOVERnador à Garci-Gonçalez à la Conquiſta de los Cumanagotos : pelèa con ellos en Chacotapa , y Vnare : rompelos en ambas ocaſiones, pero no quedan rendidos.

TOmada la poſſeſsion de ſu Govierno por Don Juan Pimentèl , empezò deſde luego à aplicar todo ſu cuidado à las diſpoſiciones politicas, y civiles de que neceſsitaba , como planta nueva , la Ciudad de Santiago para ſu perfeccion, en que gaſtò
1578. todo el año de ſetenta y ocho, ſin atender por entonces à otra coſa;
1579. y entrado el de ſetenta y nueve, para aſſegurar por todos lados la comunicacion, y afiançar la conveniencia comun de los vecinos, tratò de poblar vna Ciudad en parte que ſujetaſſe à los Indios Quiriquires: diligencia, que encomendò à Garci-Gonçalez , y embarazaron ſu efecto los accidentes de el tiempo , pues hallandoſe ya prompto para ſalir à executarla con cien hombres Eſpañoles, mas de quatrocientos Indios, y las demàs prevenciones neceſſarias, fue preciſo aplicar eſte armamento à otra expedicion mas vrgente, porque los Indios Cumanagotos , altivos con la rota lamentable que dieron al General Don Diego Fernandez de Cerpa , en que pereciò aquel Cavallero con lo mas florido de la gente que traxò de Eſpaña à ſu Conquiſta , no contentos con defender ſu libertad , y hazer con el valor ſu reduccion impracticable , (como lo experimentò Don Garcia de Cerpa , que queriendo proſeguir en las capitulaciones de ſu padre, conociò, bien à ſu coſta, ſer tan hijo de Don Diego en las deſgracias, como lo fue en la ſangre) dieron en ſalir al Mar à infeſtar la Navegacion con ſus Pyraguas , y encontrando algunos Barcos, que iban de Caravalleda à reſcatar perlas à la Margarita(en cuyo trato conſiſtia por entonces el caudal de los vecinos de Santiago) los robaron , matando con inhumana crueldad toda la gente.

Pertenecia aquella Provincia en aquel tiempo à eſta Governacion de Venezuela , mediante à eſtàr comprehendida en el diſtrito que ay entre Maracapana , y el Cabo de la Vela , que fueron los terminos, y lindes que le ſeñalò el Emperador Carlos Quinto quando la arrendò à los Belçares, y aſsi por eſta razon , como por aſſegurar el Comercio con la Margarita , que tanto importaba à los intereſſes publicos , ſabido por Don Juan Pimentèl el desbarato de los Barcos, tuvo por mas conveniente acudir con tiempo al remedio de aquel daño , que divertir

tir las fuerças en operacion menos preciſa, y aſsi mando à Garci-Gonçalez, que con la gente que tenia prevenida para poblar en los Quiriquires paſſaſſe luego à la Conquiſta de los Cumanagotos.

Era la empreſſa arriesgada, por los deſaſtres que la avian hecho temida; pero como aquel eſpiritu guerrero de Garci-Gonçalez aſpiraba ſiempre à lo mas dificultoſo, tuvo aquella ocaſion por galantèo, en que le brindaba lucimientos ſu fortuna, y aceptandola guſtoſo, reclutados otros treinta Soldados Eſpañoles, ſobre los ciento que tenia prevenidos, diò principio à ſu jornada el dia ſeis de Abril de el año de ſetenta y nueve, governando ſu derrota por caminos que diſcurriò mas ſeguros, aunque los conſiderò mas dilatados, pues huyendo de que los Cumanagotos tuvieſſen noticia de ſu entrada, dexò la vereda de la Coſta, que era la mas conocida, y formando vn medio circulo para los Valles de Aragua, atravesò por los Llanos à entrar por el camino que oy traginan los que van de San Sebaſtian à la nueva Barcelona, por donde al cabo de veinte dias ſaliò à los Pueblos de el Cacique Querecrepe, à cuya viſta aquartelò ſu Campo à orillas de vna laguna.

Avia pocos dias que era muerto aquel Cacique, (en cuya amiſtad hallaron ſiempre gran favor los Eſpañoles) y teniendo noticia ſus hijos (que eran tres) de la llegada de Garci-Gonçalez, ſalieron el dia ſiguiente à viſitarlo, cargados de vn abundante regalo de las coſas comeſtibles que producia ſu Païs: obſequio à que concurrieron tambien poco deſpues el Cacique de los Palenques, el de Barutayma, los de la Laguna de Cariamanà, y Don Juan Cavallo, Señor de los Partidos de Piritu, antiguo amartelado de la Nacion Eſpañola, y confirmada entre todos la amiſtad, para aſſegurar mejor con aquella aliança la Conquiſta, proſiguiò Garci-Gonçalez en demanda de la Coſta, con animo de poblar en el miſmo ſitio que Don Diego de Cerpa tuvo fundada la Ciudad de Santiago de los Cavalleros, que era à orillas de el rio de Guatapanare, por otro nombre, el Salado; pero aviendo ſalido à las riveras de el Mar muy à Sotavento, le fue preciſo caminar algunas leguas por la Coſta en demanda de el parage que buſcaba para hazer ſu Poblacion; y eſtando alojado vna tarde en el ſitio que llaman las Juntas de Chacopata, llegaron à tomar Puerto alli bien cerca diez y ocho Pyraguas de los Cumanagotos, que en proſecucion de ſus inſultos avian ſalido à pyratear al Mar, y aunque al verlas venir para tierra ſe creyò fueſſen vnas Canoas del Cacique Don Juan Cavallo, en que ſe conducia parte de nueſtro vagage, y ſe avian quedado atràs,

reco-

reconocidas deſpues con evidencia porEmbarcaciones Enemigas, mandò Garci-Gonçalez ocupar vna ſalina, y reſtinga de monte, que ſe formaba cerca de la playa de eſpeſos tunales, y guazabaras, para que los Cumanagotos no pudieſſen eſcaparſe, y con el reſto de la gente acometiò à las Pyraguas, de que ſe apoderò con brevedad, porque las deſampararon los Indios, determinados à ſuſtentar en tierra la batalla, que travada de vna, y otra parte con empeño, ſe enſangrentò con el rigor de Marte la campaña, durando el combate con teſon, haſta que poſtrados los Indios, mas con el canſancio, que con el deſaliento, favorecidos de la noche tuvieron lugar de retirarſe al amparo de los tunales, y guazabaras, con pèrdida de ochenta y tres Gandules, que quedaron muertos en la playa.

Quemadas las Pyraguas de los Cumanagotos, paſsò Garci-Gonçalez adelante haſta llegar al Salado; pero no hallando en todo aquel driſtrito ſitio que le pareciesſe acomodado para hazer ſu Poblacion, determinò, con parecer de los mas principales de ſu Campo, dar la buelta à fundarla en Querecrepe, para aſſegurar alli ſu Plaza de Armas, y poder con mas conveniencia proſeguir en la Conquiſta; pero los Indios, que ofendidos de la rota antecedente buſcaban ocaſion para el deſpique, hallandolo aquartelado vna mañana en las riveras de Vnare, diſpararon de repente ſobre el Real innumerable multitud de flechas, rompiendo el ayre al miſmo tiempo las vozes, atambores, y vocinas, con que en eſtruendo confuſo hacian oſtentacion de el rompimiento, provocando à los nueſtros à batalla.

Eſtaba à la ſazon Garci-Gonçalez oyendo Miſſa en ſu tienda de Campaña, y ſin que lo alteraſſe aquella novedad no prevenida, proſiguiò ſin movimiento en la aſsiſtencia de tan devoto exercicio, haſta que acabando el Sacerdote, montò à cavallo, y acompañado de Lazaro Vazquez, Martin Alfonſo, Duarte Fernandez, y otros, ocurriò à las orillas de el rio donde ſonaba el rumor, por eſtàr los Indios de la otra parte, quedando de por medio entre vnos, y otros todo el cuerpo de ſus aguas, que baſtantemente crecidas por entonces, no daban vado para poderſe eſguazar, por cuyo inconveniente eſtuvieron vn breve rato ſin hazer otra coſa, que reſponder con los arcabuzes al diſparo que hacian los Indios con las flechas, haſta que vn lebrel de nueſtro Campo, embravecido con el militar eſtrepito, ſe arrojò al rio para embeſtir con los Indios: circunſtancia, que advertida por Garci-Gonçalez con reparo, le diò motivo para animar ſus Soldados, y diciendoles: Ea, amigos, eſte animal nos enſeña lo

que

que debemos hazer en eſte caſo, hizo piernas al cavallo, y con gallarda reſolucion ſe entregò à la corriente para paſſarla à nado, à cuyo exemplo hicieron lo miſmo los demàs, ſaliendo todos con felicidad à la rivera contraria, donde jugando las lanças, y los Indios eſgrimiendo las macanas, ſe encendiò entre vnos, y otros la batalla, que durò por eſpacio de tres horas, ſin que manifeſtaſſe Marte à quien moſtraba favorable ſu ſemblante.

Batalla de Vnare.

Eran quarenta y ſiete los hombres de à cavallo que avian ſeguido à Garci-Gonçalez en el eſguazo de el rio, y los que mantenian el combate contra las Tropas de mas de tres mil Cumanagotos, porque el reſto de la Infanteria, detenido con el embarazo de la creciente de el rio, no avia podido paſſar à la otra vanda; pero inflamados los Soldados con la emulacion de vèr pelear à los otros, y empeñado à ſu Capitan en aquel rieſgo, dieron tantas bueltas à las orillas de el rio, que huvieron de hallar parte por donde eſplayandoſe ſus aguas (aunque con algun trabajo) permitian comodidad para vadearlo; y llegando con deſeo de reſtaurar el tiempo que avian perdido, enſangrentaron las eſpadas con deſeſperacion en aquellos cuerpos deſnudos, que no pudiendo tolerar el eſtrago que padecian, empezaron à deſmayar en el aliento que avian tenido haſta entonces, à tiempo que los de à cavallo, animados con el ſocorro que les diò la Infanteria, bueltas las lanças en rayos, acabaron de deſordenar las Eſquadras Enemigas, pues deſcompueſtas de el todo, confeſſaron ſu vencimiento con la fuga, dexando à los nueſtros dueños de la victoria, y de el Campo.

CAPITULO III.

FUNDA GARCI-GONçalez la Ciudad del Eſpiritu Santo en Querecrepe: buelve en buſca de los Cumanagotos: pelèa con ellos diferentes vezes, y ſin conſeguir ſu Conquiſta ſe retira.

SIn mas dilacion que la que fùe neceſſaria para curar algunos Soldados, que quedarõ heridos en la batalla; levantò Garci-Gonçalez ſu Campo de las riveras de Vnare; y llegado à Querecrepe, en conformidad de lo que tenia determinado, poblò luego vna Ciudad, que intitulò de el Eſpiritu Santo, por aver hecho los Autos para ſu fundacion en la Octava de Pentecoſtes; y como ſu animo ſolo era, que le ſirvieſſe de Plaza de Armas aquella nueva Poblacion, aunque para la formalidad de ſu govierno nombrò en ella Alcaldes, y Regidores, quedò mas con las cir-

conſtancias de Preſidio, que con las apariencias de Republica, pues fabricado con brevedad vn fuerte de maderos para defenſa, y abrigo de los vecinos, dexò en èl treinta Soldados, à cargo de Juan Fernandez de Leon, à quien nombrò por Cabo, y con todo el reſto de la gente bolviò à ſalir à campaña à ſolicitar el fin que deſeaba ſu Conquiſta.

No ignoraban los Cumanagotos el anſia con que los avia de bolver à buſcar Garci-Gonçalez; y como las dos rotas anteriores, que avian padecido de ſus armas, mas los avia dexado enfurecidos, que amedrentados, obſervaban ſus movimientos con cuidado, eſperandolo por todas partes prevenidos; de ſuerte, que aviendo buelto los nueſtros al rio de Vnare, por la parte que llaman los Palenques, al entrar en la montaña hallaron el camino abierto à mano, tan limpio, y deſpejado, que ſe conocia averlo hecho los Indios de propoſito, para dar à entender con aquella demoſtracion el poco temor con que ſe hallaban: Bien penetrò Garci-Gonçalez, como practico, el fin de aquel artificio, y que prevencion tan bien penſada no podia menos que ocultar algun engaño prevenido, y aſsi, advirtiendo à ſus Soldados caminaſſen con cuidado, marcharon con las armas en la mano haſta ſalir à vna ſabana pequeña, que encerraba en ſu centro la montaña, y apenas ocuparon ſu terreno quando por todas partes los Indios, que al abrigo de los arboles eſperaban la ocaſion, empezaron à deſcargar nubes de flechas, à que correſpondieron los nueſtros con repetidas cargas de arcabuzeria; y ſin detenerſe alli, por ſer el ſitio peligroſo, proſiguieron la marcha por el monte, peleando ſiempre con los Indios, aunque con algun trabajo, porq̃ como el animo de los barbaros ſolo avia ſido encaminarlos al recinto de aquella corta ſabana para cogerlos cercados, de alli para adelante tenian cerradas las veredas, y tapados los caminos de ſuerte, que fue meneſter irlos abriendo al paſſo que iban peleando; pero vencida la penalidad con la conſtancia que les infundia el valor, huvieron de llegar ya ſobre tarde al Pueblo de Vtuguane, que hallaron ardiendo en llamas, porque los Indios le avian pegado fuego, para privar à los nueſtros de la comodidad que podian tener en èl para alojarſe.

Era el ſitio de aquella Poblacion muy deſahogado, por eſtàr plantada en vn terreno limpio, y aunque falto de agua, por averſe apoderado los Indios de vn jaguey, que ſervia para el abaſto de el Pueblo, ſin embargo determinò Garci-Gonçalez aquartelarſe en èl aquella noche, por tener ſu gente fatiga con el calor, y canſancio de aquel dia: hallabanſe los

los Soldados impacientes con el tormento de la ſed que padecian, y no pudiendo tolerar martyrio tan inſufrible, quando eſtaba en ſus manos el remedio, apelaron à las armas para buſcar con ellas el alivio, y ſin recelar los contratiempos que podia ocaſionar la obſcuridad, al primer tercio de la noche dieron ſobre los Indios que guardaban el jaguey, conſiguiendo (aunque con baſtante reſiſtencia) hacerſe dueños de el agua, que adquirieron à coſta de alguna ſangre, y juntamente cogieron algunos priſioneros, de los quales ſupieron como los Cumanagotos, fomentados de las armas auxiliares de los Chacotapas, Cores, y Chaymas, Naciones confinantes, que avian llamado en ſu ayuda, ſe hallaban à poca diſtancia de aquel Pueblo con Exercito compueſto de doze mil Combatientes, determinados à mantener con las armas la libertad heredada, y ſuſtentar con ſu ſangre la eſtimacion adquirida.

Deſeaba Garci-Gonçalez reducir la ſuma de aquella guerra al lance de vna batalla, donde quebrantado el orgullo de aquella Nacion ſobervia, perdieſſe los brios que le infundia ſu altivèz; y viendo que ſe le venia à las manos la ocaſion para conſeguir el fin que avia formado en ſu idèa, marchò el dia ſiguiente por la mañana, guiado de los priſioneros, en buſca de los Cumanagotos, à quienes à poco mas de legua y media de camino encontrò alojados en vna hermoſa llanada, que ſervia de aſsiento à la Poblacion de el Cacique Cayaurima: Eran (ſegun ſe demoſtraban à la viſta) bien numeroſas las Tropas Enemigas, y reſuelto Garci-Gonçalez à embeſtirlas, dividiò ſu gente en dos Eſquadras; la vna, en que entraban Juan de Gamez, Geronimo Baquedaño, Rodrigo de Leon, Alonſo Camacho, Antonio de Lima, Juan Garcia Carraſco, y otros, reſervò à la diſpoſicion de ſu govierno eſta; y la otra, que ſe componia de Martin Alfonſo, Thomàs Diaz, Juan Sanchez, Hernando Marcelo, Hernando Gutierrez, y el reſto de ſus Soldados, encomendò à Lazaro Vaſquez, afiançando en el valor que experimentaba en ſus compañeros el deſempeño de aquella reſolucion, en que conſiſtia el credito de la Conquiſta à que aſpiraban todos.

Eran las diez de el dia quando Garci-Gonçalez, antes que los Indios tuvieſſen tiempo de formar ſus Eſquadrones, atacò la batalla por dos partes, cogiendo enmedio el grueſſo de el Exercito contrario; pero ellos con la mejor forma que pudieron prevenir al vſo de ſu Milicia, formaron dos frentes à ſu Campo, para recibir con igualdad el acometimiento de los nueſtros, y poblando vnos el ayre de ſaetas, mientras otros

Batalla de Cayaurima.

otros,con el reſtallar de las hondas al diſparo de las piedras, llenaban de eſtruendo la campaña, hicieron rigoroſa la defenſa, ſin que el tropel de los cavallos, el golpe formidable de las lanças, ni la continua deſcarga de los arcabuzes, les obligaſſe à deſcomponer la planta en que ſe avian formado, haſta que paſſadas ya mas de dos horas ſe fueron deſfilando poco à poco, retirandoſe à el abrigo de la Poblacion de Cayaurima: eſtratagema, que con toda ſu experiencia Militar no penetrò Garci-Gonçalez, pues empeñado en ſeguir el alcance, ſe metiò ſin reparo dentro de elPueblo; mas como la retirada de los Indios encubria vna ſimulacion muy prevenida, apenas lo vieron dentro pegaron fuego por todas partes à las caſas, y ſaliendoſe otra vez à la ſabana,lo dexaron cercado entre la confuſion, y el incendio,donde ſe quemaron ſeis Soldados, y alguna gente de ſervicio, ſiendo neceſſaria toda la actividad de Garci-Gonçalez,para que con miſerable eſtrago no pereciеſſen todos.

Eſte contratiempo, nacido de el poco reparo de los nueſtros, empezò à engendrar alguna deſconfiança de el exito favorable que ſe avian prometido en la Conquiſta; pero no obſtante, reſuelto Garci-Gonçalez à proſeguir en ella, aunque contra la voluntad de ſus Soldados, ſiguiò la marcha haſta llegar à lasCabañas de Piritu, perſeguido ſiempre de los Cumanagotos, que vſanos con el buen ſucceſſo antecedente, no perdian ocaſion de moleſtarle, acometiendole emboſcados en quantos paſſos podian tener conmodidad para lograrlo; agregandoſe à eſta moleſtia continuada la fatiga de la ardiente ſed que abraſaba à los Soldados, porque ſiendo el temperamento en extremo caluroſo, el terreno arido, y ſeco, y por conſequente eſcaſo de aguas, los Indios, con malicia anticipada, avian cegado algunos pozos donde pudieran hallarla.

Eſto obligò à Garci-Gonçalez à paſſar ſin detenerſe àChacotapa en buſca de vn jaguey, que llamaban de Ararà, ò Macoran; y aunque tuvo la fortuna de hallar el agua deſcubierta para refrigerio de ſu gente, que perecia con la ſed, fue à coſta de vna deſgracia, pues al atraveſar vn matorral eſpeſo de mayales, que avia cerca de la playa, le mataron los Indios de vn flechazo à Juan Fernandez Morillo, vno de los mejores Soldados què llevaba, à quien el corazon con preſagios parece avia anticipadamente prevenido ſu deſdicha, pues al ſalir de Querecrepe dixo à todos ſus amigos, que fixamente ſabia no avia de bolver con vida de aquella entrada, porque diferentes vezes ſe le avia puеſto en la imaginacion, que lo avian de matar en Chacorapa; è inſtandole

dole ſus camaradas à que pidieſſe licencia al Capitan para quedarſe, pues avia de andar ſiempre contriſtado con la deſconfiança de el aguero, les reſpondiò: No permita Dios que por temor de la muerte deſampare yo à mis compañeros, ni falte à lo que es de mi obligacion; y la ſupo cumplir tan bien, que atropellando los anuncios de ſu muerte, ſacrificò por victima la vida en las aras de el valor.

Puesto el Campo Eſpañol en Chacotapa, llamò Garci-Gonçalez à Conſejo, ſobre la determinacion que debia tomar ſegun el eſtado en que ſe hallaban ſus armas; y aunque premeditadas las circunſtancias de la falta de baſtimentos que padecian, la eſterilidad de el terreno que piſaban, y lo fatigado de aquel Campo, con la moleſtia de marchas tan trabajoſas, ſobre ſer tan corto el numero de gente de que ſe componia para querer contraſtar las fuerças de vn enemigo poderoſo, fueron todos de parecerer, era lo mas conveniente deſiſtir de aquella Conquiſta por entonces, retirandoſe à Querecrepe, haſta que el tiempo ofrecieſſe ocaſion mas oportuna para poder proſeguirla; ſin embargo Garci-Gonçalez, oponiendoſe al dictamen de ſus Soldados, eſtrañò la propoſicion de retirarſe, à que no eſtaba acoſtumbrado ſu valor, ſin vèr el fin de las eſperanças, en que empeñaba ſu opinion; y deſpreciando los reparos que alegaban para dar fundamento à la propueſta, ſe determinò à llevar adelante la Conquiſta: reſolucion, que diſguſtò mucho à los que intervinieron en la Junta, y no faltò quien con alguna alteracion en la voz, y en las acciones le dixeſſe, que ſi ſe hallaba en animo de anteponer ſu guſto à lo que dictaba la razon, pudiera aver eſcuſado el pedirles parecer, y juntarlos à Conſejo; pero quando mas empeñado en ſu opinion procuraba perſuadir à ſus Soldados las congruencias de ſeguirla, vn nuevo accidente le obligò à deſiſtir de ella, y convenir deſde luego en lo que mas repugnaba, porque todos los Indios, que como antigos le aſsiſtian por auxiliares, y los que le acompañaban para el ſervicio de el Campo, ò canſados de las ineſcuſables moleſtias de la guerra, ò llevados de el temor que avian concebido de los Cumanagotos, ſe le huyeron vna noche, dexandolo ſin guias; y tan impoſsibilitado para mantenerſe en la Conquiſta, que à impulſos de la neceſsidad ſe viò preciſado à abandonarla, y bolverſe à Querecrepe.

(*?✠?*) (*?✠?*)

(?o?) **** (?o?)

(✠) (✠)

CAPITULO IV.

DESPUEBLA GARCI-Gonçalez la Ciudad de el Eſpiritu Santo: entra en los Quiriquires, donde, aunque la funda de nuevo, no permanece: retiraſe à Santiago, y padece la Provincia vna gran peſte de viruelas.

QUando Garci-Gonçalez llegò de retirada à ſu nueva Ciudad de el Eſpiritu Santo, hallò en ella vn deſpacho del Governador Don Juan Pimentèl, en que le prevenia, que ſi la pacificacion de los Cumanagotos no eſtuvieſſe en eſtado de poderſe fenecer con brevedad, la deſamparaſſe luego, y deſpoblando la Ciudad que avia fundado, paſſaſſe à conquiſtar los Quiriquires, aplicando aquel armamento al fin que ſe deſtinò primero, porque atendidas las reſultas de vna, y otra expedicion, eran mas apreciables las que prometia la facil ſujecion de eſtos, que las que ſe podian eſperar de la dilatada Conquiſta de los otros; y como en la obſervancia de eſte precepto venia inſerto lo miſmo que apetecian, por el deſabrimiento con que miraban ya aquella jornada, à quien avia hecho deſagradable la conſtante reſiſtencia de los Cumanagotos, executaron ſin repugnancia alguna el mandato de el Governador, y deſpoblando la Ciudad, (aunque debaxo de aquellas proteſtas que ſuele vſar el pundonor en eſtos caſos para quedar con ayre) atraveſaron por los Tumuſas, y Valle de Caucagua à ſalir à la Provincia de los Quiriquires, en cuya docilidad hallò tan buen recibimiento Garci-Gonçalez, que ſin neceſsitar valerſe de las armas bolviò à reſtablecer ſu deſgraciada Ciudad de el Eſpiritu-Santo, poblandola nuevamente en el aſſiento de vna loma, que cae à las vertientes de el rio Irequao; pero conociendo deſpues los Indios, que la intencion de los Eſpañoles, ſegun la Poblacion que avian trazado, era de permanecer en aquel ſitio, quedandoſe à vivir entre ellos, pareciendoles mala ſu vecindad para perpetua, y haciendo ſu operacion la deſconfiança, convirtieron toda la amiſtad en rebeldìa, con odio tan implacable, que la buena correſpondencia, que avian tenido haſta alli, parò en vna guerra declarada, pues à cara deſcubierta empezaron à practicar quantas hoſtilidades pudieron diſcurrir por eficaces para librarſe de la peſada carga de los hueſpedes, ſin perdonar aſſaltos, ni emboſcadas, haſta aſſaltar ſus ſementeras ellos miſmos, porque no ſe aprovechaſſen los Eſpañoles de ſus frutos para el ſuſtento.

Eſta ſublevacion tan general obli-

obligò à Garci-Gonçalez à ſacar ſus armas à campaña, y correr todas las quebradas, yretiros donde ſe acogian los Indios, para darles à entender con el caſtigo la indignacion à que le avia provocado ſu perfidia, y reſtaurar con el rigor, lo que avia malogrado la blandura: diligencia, que practicò con teſon, y conſiguiò con fortuna, pues conſternados los Quiriquires à viſta de los ſuplicios, que executò en los mas culpados, paſſando à vnos por los tormentos de el dogal, y à otros por la violencia de el cuchillo, pidieron rendidos el perdon, ofreciendo para ſatisfaccion de ſu culpa, perpetua ſujecion al vaſſallage, y ſegura conſtancia en la obediencia; de cuya promeſſa ſatisfecho Garci-Gonçalez, no teniendo por entonces mas que hacer para el ſeguro de la Ciudad recien fundada, electos Alcaldes, y Regidores, que atendieſſen à la conſervacion de ſu govierno, nombrò por ſu Theniente à ſu Alferez Mayor Pedro Gonçalez, y con mas celeridad de la que pedia la ocaſion, acompañado ſolo de ſus criados, diò buelta à la Ciudad de Santiago, aſsi por hacer relacion al Governador Don Juan Pimentèl de lo que aviaobrado en laConquiſta, como por pedirle facultad para repartir los Indios entre los Pobladores, pareciendole mas conforme à la razon ordenaſſe la diſtribucion de las Encomiendas, quien avia ſido teſtigo de los ſervicios de todos, para que correſpondiendo à los meritos el premio, ni tuvieſſe lugar el agravio, ni cabimiento la quexa.

Eſta abſencia intempeſtiva de Garci-Gonçalez fue la ruina total de la nueva Ciudad de el Eſpiritu Santo, porque faltando ſu aſsiſtencia al mejor tiempo, faltò con ella el reſpeto, y veneracion, que mantenia en paz, y correſpondencia à los vecinos; pues no ſiendo baſtante la autoridad de Pedro Gonçalez para atajar en ſus principios algunos movimientos de diſcordia, diò lugar, para que cobrando cuerpo los diſguſtos, ſe fueſſen convirtiendo en diſenſiones; de ſuerte, que deſavenidos, y mal ſatisfechos vnos de otros, llevados de el ardor de ſus paſsiones, fueron deſamparando laCiudad, mudandoſe vnos à vivir à la Valencia, y retirandoſe otros à Santiago; de calidad, que no atrevien doſe los pocos que quedaban à ſuſtentar la Poblacion por miedo de los Indios, la abandonaron de vna vez, dexandola deſierta: contratiempo, que ſintieron con extremo, aſſi el Governador, como Garci-Gonçalez, viendo malogrado en vn inſtante el fruto de ſus fatigas, y deſvanecida la planta, en que fundaban la gloria de ſus aplauſos; y aunque, determinados à reſtaurar lo perdido, trataron de bolver à dar forma para reſtablecer con mas fundamento la fundacion de ſu Ciudad deſgraciada,

quan-

quando mas empeñados ſe hallaban en aplicar los medios para el logro eficàz de ſus intentos, vn nuevo accidente, acaecido en la Provincia por entóces, los embarazò de ſuerte, que perdida la eſperãça, les obligò à dexar de la mano la materia, ſuſpendiendo la execucion para ocaſion mas oportuna: Y fue el caſo, que llegò por eſte tiempo, que ya era el año de
1580. ochenta, al Puerto de Caravalleda vn Navio Portuguès, que venia de arribada de las Coſtas de Guinea; y no aviendoſe hecho reparo à los principios de que venia infeſtado de viruelas, quando ſe advirtiò en el daño fue quando no tuvo remedio, pues ſiendo achaque que nunca ſe avia padecido en eſtas partes, cundiò con tal violencia, que encendido el contagio entre los Indios, hizo tan general eſtrago, que deſpoblò la Provincia, conſumiendo algunas Naciones enteras, ſin que de ellas quedaſſe mas que el nombre, que acordaſſe deſpues la memoria de ſu ruina: fatalidad de las mayores que ha padecido eſta Governacion deſde ſu deſcubrimiento, pues convertida toda en laſtimas, y horrores, haſta por los caminos, y quebradas ſe encontraban los cuerpos muertos à docenas, ſin que por todas partes ſe ofrecieſſe à la viſta otra coſa, que objetos para la compaſsion, y motivos para el ſentimiento; y porque eſte fueſſe mas grande, y llegaſſe à ſu mayor aumento el deſconſuelo, ſucediò al miſmo tiempo la deſgracia de morir en Coro el ſeñor Obiſpo Don Fray Pedro de Agreda, Prelado à todas luces Venerable, y que en veinte años que governò eſta Dioceſi ſupo con ſu integridad, ſu manſedumbre, y prudencia conſervar la general benevolencia de ſus ſubditos, ſiendo ſu natural agrado el imàn con que atraìa los corazones de todos: cauſa, para que fueſſe ſu falta mas llorada, por ſer en ocaſion que mas neceſsitaba la Provincia de ſu vida para alivio de el rigoroſo mal que la afligia, pues creciendo eſte por inſtantes, ſin que la diligencia hallaſſe en las medicinas humanas el remedio, era cada dia con mas violencia ſu aumento; haſta que entrado el año de ochenta y vno, 1581.
ſin que ceſſaſſe la mortandad, ni minoraſſe el contagio, ocurriò la Ciudad de Santiago à buſcar recurſo à ſu trabajo en los ſocorros Divinos, y votando por ſu Patron, y Tutelar à San Pablo Primer Ermitaño, fue tan eficàz ſu proteccion, que milagroſamente deſde luego ſe empezò à experimentar la ſanidad; en cuyo agradecimiento, para recuerdo perpetuo de el beneficio recibido, fabricò la Ciudad vn Templo à ſu memoria, conſervando haſta oy la piadoſa coſtumbre de aſsiſtir capitularmente todos los años el dia quince de Enero à celebrarle fieſta, y rendirle las gracias en ſu Igleſia.

CAPI-

CAPITULO V.

AMENAZAN LOS CArives à la Ciudad de Valencia: ſale Garci-Gonçalez en ſu buſca, y hallandolos en el Guarico los derrota.

SOſſegada la tempeſtad en que ſe viò ſumergida la Provincia con el violento rigor de la epidemia, empezò à reſpirar de ſu fatiga; ſi bien quedò tan quebrantada, y conſumida con la falta de los Indios, que ſin poder bolver en sì, haſta el dia de oy ſe conocen los efectos de aquel daño, à que procuraron ocurrir los vecinos por entonces, aplicando los remedios que tuvo por convenientes la providencia Politica, en cuyas diſpoſiciones paſ-
1582. ſado el año de ochenta y dos, y
1583. entrado el de ochenta y tres, los hallò Don Luis de Roxas, Cavallero Madrileño, que nombrado para ſucceder à Don Juan Pimentèl en los cargos de Governador, y Capitan General de la Provincia, llegò por el mes de Octubre al Puerto de Caravalleda, y en ſu compañia el ſeñor Don Fray Juan de Mançanillo, Religioſo Dominico, à quien ſu Mageſtad deſde el año antecedente avia preſentado por Obiſpo en lugar de el ſeñor Don Fray Pedro de Agreda, y fue el primer Prelado que aſſentando ſu reſidencia en la Ciudad de Santiago, dexò exemplar à los demàs para que hicieſſen lo proprio, empezandoſe à fraguar deſde aquel tiempo la maquina que ſe executò deſpues, y conſiguiò à los cinquenta y cinco años el ſeñor Don Juan Aburto de la Mata, trasladando la Cathedral de Coro à la Ciudad de Santiago.

Gil Gonç. The. Eccleſiaſt.

Puesto Don Luis de Roxas en la poſſeſsion de ſu Govierno, bolvieron à reverdecer en Garci-Gonçalez los deſeos de reſtaurar con nueva planta ſu Poblacion perdida; pero aunque el Governador, enterado de la importancia de ſu pretenſion, ſe hallaba determinado à fomentarla, las ocurrencias de el tiempo mudaron las coſas de ſuerte, que huvieron de tomar otro temperamento muy diſtinto; porque aviendo los Carives de el Orinoco buelto à ſalir à los Llanos à caza de hombres, como pudieran de fieras, deſtruìdas algunas Poblaciones de Indios, que encontraron en los eſteros, y caños de los rios, llegaron con ſus incendios, y crueldades à infeſtar las cercanias de la Ciudad de Valencia, que temeroſa con la vecindad de tan inhumano enemigo, ocurriò à pedir ſocorro al Governador, repreſentando ſu peligro; y como la preciſion de eſta vrgencia requeria prompto el remedio, ſe hallò preciſado Don Luis de Roxas à valerſe de la ex-

periencia, y valor de Garci-Gonçalez, para que tomaſſe por ſu quenta el aplicarlo : confiança, que apreciada con eſtimacion de aquel corazon bizarro, le obligò à deponer ſus intereſſes, ſin tratar mas de la Poblacion que pretendia reedificar en los Quiriquires, para aſſegurar en ella el premio de los afanes que padeciò en ſu Conquiſta.

Determinado, pues, Garci-Gonçalez à la expedicion contra los Indios Carives, en lo que avia empeñado ſu miſma reputacion, ſaliò de la Ciudad con ſeſenta Infantes, veinte Cavallos, y cien Indios Arbacos, que conducia à ſus ordenes el Cacique Querepana, y encaminandoſe à los Llanos, tomò la marcha en buſca de el rio Guatico, cuyas riveras ſervian de alojamiento à los Carives, para formar de alli ſus invaſiones; pero como no ſabia la parte fixa donde podria encontrarlos, deſeando tener alguna luz anticipada para poder governarſe, cogiò la delantera con diez y ſeis Cavallos, y ſeſenta Indios Arbacos, dexando orden à Pedro Alvarez Franco, para que con el reſto de la gente le fueſſe ſiguiendo por el raſtro; y aviendo caminado de eſta ſuerte, llegò el dia ſiguiente à media noche à las orillas de el Guatico, en ocaſion tan oportuna, que à la luz de vna candelada, que ardia en la playa pudo deſcubrir quatro Carives, que dormian bien deſcuidados : accidente, que le franqueò ſin trabajo la noticia que deſeaba, pues apriſionados los Indios declararon ſin apremio, que à quatro leguas de alli, amparados de las barrancas de el rio, tenian ſu principal alojamiento los Carives, cuyo numero llegaba à ſeiſcientos hombres de armas.

No faltò entre los Soldados quien con eſta relacion inſtaſſe à que ſin dar tiempo à que los Carives los ſinticſſen paſſaſſen aquella miſma noche à acometerlos; pero Garci-Gonçalez, que deſeaba aſſegurar el lance, ſin que lo malograſſe el arrojo de vna reſolucion imprudente, deſpreciando la propueſta, como dictada de vna inconſideracion temeraria, determinò hazer alto en aquel ſitio haſta que llegaſſe el reſto de ſu Campo, que avia quedado atràs; y aviendoſe incorporado al otro dia, por la diligencia con que Pedro Alvarez Franco aceleròla marcha, luego que entrò la noche, guiados de los Indios priſioneros, partieron todos juntos en buſca de los Carives, que ignorantes de que pudieſſe aver Eſpañoles por alli, vivian tan deſcuidados, que el Cacique, y principal Caudillo que governaba ſus Tropas avia ſalido aquella madrugada por las orillas de el rio à divertirſe cazando; y encontrando de repente con los nueſtros, aunque la novedad de aquel accidente no pẽſado lo dexò algo ſuſpenſo por vn rato, echando deſ-

pues

pues mano à las armas, diſparò con gran preſteza tres, ò quatro flechas contra Garci-Gonçalez, que caminaba delante, y paſſandole con vna el ſayo de armas, le atravesò (aunque al ſoslayo) por vn muslo, à cuyo golpe enfurecido, batiò los azicates al cavallo, y paſſandole el pecho con la lança, lo derribò muerto en tierra.

Eſte principio favorable fue anuncio de la felicidad que coronò el ſuceſſo, porque llegando los nueſtros à deſcubrir poco deſpues la rancheria donde ſe alojaban los Carives, al vèr la cabeza de el Cacique, que pueſta en vna lança llevaba vn Soldado enarbolada por trofeo, faltandoles el animo, empezaron à defenderſe con tibieza; y aunque las perſuaſiones con que procuraba alentarlos vn hijo de el difunto à que vengaſſen la muerte de ſu padre fueron eſtimulo, para que acordandoſe de el valor ſe fueſſen empeñando con mas brio, ſucediò, para ruina total de ſus Eſquadras, que corriendo Garci-Gonçalez tras de vn Indio, que ſobreſalia entre todos, aſsi en la robuſtèz deſmeſurada de ſu cuerpo, como en la deſtreza con que jugaban las armas, metiò el cavallo las manos en vn hoyo, y con la violencia que llevaba, al tropezar deſpidiò al ginete de la ſilla, quedando tan furioſo con el eſpanto que recibiò al caer Garci-Gonçalez, que faltandole la ſujecion de el freno, no fue poſſible detenerlo, y rompiendo por el Eſquadron de los Carives, con los relinchos, y corcobos los deſordenò de ſuerte, que tuvieron lugar Damian de el Barrio, Alonſo Camacho, Alonſo Ruiz, Juan Garcia Carraſco, Andrès Gonçalez, Alonſo Perez de Valençuela, Thomàs Gonçalez, Franciſco de Nava, Flores Rondon, y los demàs Soldados de à cavallo de exercitar bien las lanças, cauſando eſtrago miſerable en el deſcòpueſto Eſquadron de aquellos barbaros, que divididos en piezas al corte de las eſpadas con que los Infantes por ſu parte los perſeguian, tambien encarnizados, dexaron ſembrada la campaña de horrores, y de cadaveres, pagando con la libertad, ò con la vida los inſultos, y crueldades que en las Naciones vecinas tenia executadas ſu impiedad, pues quitando algunos pocos que tuvieron la fortuna de acogerſe à las Canoas, que tenian ancoradas en el rio, los demas, ò paſſaron por el amargo trance de la muerte, ò experimentaron el trabajo de vna triſte eſclavitud, à que quedaron condenados para ſiempre.

Batalla de el Guarico

*** *** ***

*** ***

***

CAPITULO VI.

PUEBLA SEBASTIAN Diaz en los Quiriquires la Ciudad de San Juan de la Paz: atravieſa deſpues la Serranìa, y funda en los Llanos la de San Sebaſtian de los Reyes.

GLorioſo Garci-Gonçalez con la rota de losCarives, diò la buelta à la Ciudad de Santiago à desfrutar en aplauſos el premio que merecian ſus fatigas; y aunque el Governador Don Luis de Roxas, deſeando perfeccionar la Conquiſta de losQuiriquires, le franqueò deſde luego con generoſidad el permiſſo, para que bolvieſſe à reſtaurar ſuPoblacion perdida, ò canſado de tan repetidas jornadas, ò porque à la verdad miraba ya con deſconfiança aquella expedicion en que tan mal le avia corrido la fortuna, no quiſo meterſe en ella, pretextando algunos motivos razonables, que acreditaſſen por legitima ſu eſcuſa; y como ſu reſpeto avia ſido el embarazo para que ninguno ſe atrevieſſe à ſacar la cara à pretenderla, viendo que èl ſe deſiſtia empezaron muchos à ſolicitarla con empeño, ſiendo el principal de todos Sebaſtian Diaz de Alfaro, natural de San Lucar de Barrameda, à quien ſe la concediò el Governador, prefiriendolo à los demàs, por la conocida ventaja de ſus meritos, y aver ſido de los Capitanes que acompañaron al General Diego de Loſada en ſuConquiſta.

Ya era el año de ochenta y quatro quando Sebaſtian Diaz, 1584
acompañado de Matheo Diaz de Alfaro, ſu hijo, Melchor de San Juan, Juan Fernandez Truxillo, Matheo de Laya, Melchor de Leon, Hernando Gomez, Alonſo Garcia Pineda, Diego de Ledeſma, Juan Rodriguez Eſpejo, BartholomèSanchez, FrutosDiaz, Gaſpar Hernandez, Chriſtobal Suarez, Vicente Galeas, Chriſtobal Quintero, y otras perſonas conocidas, haſta el numero de ochenta, y llevando por Capellan à vn Clerigo, natural de Badajoz, llamado Alonſo Lopez de San Martin, entrò en los Quiriquires, cuya Provincia hallò tan ſoſſegada, manteniendo la ſujecion en que la dexò Garci-Gonçalez, que ſin experimentar operacion que deſdixeſſe de vna obediencia rendida, fue recibido de los Caciques con demoſtraciones, y agaſſajos, que manifeſtaban ſin doblez la ſinceridad de ſu buen animo; y como el fin principal de ſu jornada era ſolo à poblar, no aviendo encontrado en los Indios embarazo que pudieſſe retardar la execucion, fundò en las orillas de el rio Tuy (quatro leguas mas abajo

jo de donde junta ſus aguas con el Guayre) la Ciudad de San Juan de la Paz, queriendo dexar vinculada en eſte nombre la memoria de aver logrado ſu intento ſin deſembaynar la eſpada.

Ciudad de San Juan de la Paz.

Fue cèlebre eſta Ciudad en ſus principios, prometiendo la proſperidad con que empezò à florecer muy diſtinto paradero de el que experimentò deſpues en los deſvìos con que la tratò inconſtante ſu fortuna, pues aviéndoſe deſcubierto en ſu juriſdicion las Minas de Apa, y Carapa de tan opulenta riqueza, que en los dos meſes primeros de ſu beneficio ſe ſacaron quarenta mil caſtellanos de oro de veinte y tres quintales, ſe tuvo por ſin duda, que el cebo de el interès fueſſe atractivo para que ſe aumentaſſe ſu vecindad, y creciеſſe ſu grandeza; pero aquella felicidad fue vn relampago que ſe apagò quando empezaba à lucir, porque reconociendoſe deſpues ſer el temperamento muy enfermo, por las muchas humedades de el terreno, y embarazar las montañas que la rodeaban à que la bañaſſe el ayre, à que ſe añadia ſer tan frequentes las aguas, que ſolia paſſarſe vn mes entero ſin vèr el Sol, en vn continuo llover, ſe fueron deſabriendo los vecinos; y anteponiendo la ſalud (que ya lloraban perdida) à las conveniencias que pudieran adquirir en la labor de las Minas, la fueron deſamparando con tal prieſſa, que antes de los dos años quedò de el todo deſpoblada, perdiendoſe con el tranſcurſo de el tiempo haſta la memoria de el parage donde ſe ſacaba el oro; porque aunque el Governador Sancho de Alquiza el año de mil ſeiſcientos y ſeis, teniendo noticia de aquella riqueza malograda, tratò de ſu beneficio, experimentandoſe los miſmos inconvenientes que antes, no ſe pudo lograr ſu permanencia, y ſe dexò de el todo abandonada; dando motivo à muchos, para que algunos años deſpues conſumieſſen el tiempo, y el dinero en procurar deſcubrirla, pero ſiempre ſin provecho, porque nunca pudieron encontrarla, haſta que el año de mil ſeiſcientos y noventa y ocho, governando la Provincia Don Franciſco de Berrotaràn (Marquès que fue deſpues de el Valle de Santiago) ſe dedicò à buſcarla con empeño, y guiandoſe por el derrotero de algunos nombres, y ſeñales que ſe hallaron en inſtrumentos antiguos, huvo de dar con las caſas, y otros veſtigios de el tiempo en que ſe ſacaba el oro; pero recreciendoſele à eſte Cavallero contradiciones, y pleytos muy reñidos ſobre la poſſeſsion de aquellas tierras donde intentaba poblarſe, para entablar con toda formalidad el beneficio, quedò tan diſguſtado, que ſin proſeguir mas adelante dexò ſuſpenſa la materia, y malogrado el trabajo, pri-

vandose la Provincia de la vtilidad comun à que avia tirado su buen zelo.

Poblada la Ciudad de San Juan de la Paz con tanta felicidad como hemos dicho, dexò Sebastian Diaz para su manutencion los vecinos que le parecieron necessarios, y con el resto de su gente atravesò la Serranìa, que cae à la parte de el Sur, y saliò al pielago inmenso de los Llanos, (cuya longitud, corriendo por mas de quatrocientas leguas, llega à confinar con las opulentas Provincias de el Perù) tierra muy propria, y adequada para criazones de ganados, por la substancia de sus pastos, y qualidades de sus aguas, como lo ha mostrado la experiencia en los increibles multiplicos que se logran: Esta conveniencia, sobre las muchas que ofrecia la fertilidad, y hermosura de aquel Paìs, obligò à Sebastian Diaz à tratar de poblarse en èl para gozarlas de assiento; y siendo la determinacion no repugnante al gusto de los Soldados, que aficionados al terreno solicitaban lo proprio, con aprobacion de todos fundò el año de ochenta y quatro la Ciudad de San Sebastian de los Reyes, cuyos primeros Regidores fueron Bartholomè Sanchez, Frutos Diaz, Gaspar Fernandez, y Matheo de Laya; Escrivano de Cabildo, Christobal Suarez; y sus primeros Alcaldes Ordinarios Hernando Gamez, y Diego de Ledesma.

Ciudad de S. Sebastiã de los Reyes.

Demòra esta Ciudad à la parte de el Sur, distante cinquenta leguas de la Ciudad de Santiago; y aunque assistida de muy corta vecindad, por no averla dado lugar al crecimiento la facilidad con que sus habitadores la han mudado à diferentes partes, huyendo de algunas inconveniencias que embarazaban su aumento, sin embargo mantiene su Poblacion, conservando en la expression de su nombre el recuerdo de lo mucho que debiò à su noble Fundador: cogesse en su distrito el cacao celebrado de Orituco, que tanto apetecen para su regalo los hombres de buen gusto, cuyo trato con el de algun tabaco que se siembra, y las crias de ganado bacuno à que se han aplicado sus vecinos, son las fianças en que asseguran (aunque con escasèz) los medios para su manutencion.

CAPITULO VII.

ENTRA CHRISTOBAL Cobos à la Conquista de los Cumanagotos: puebla la Ciudad de San Christobal; y sentido de Don Luis de Roxas dà la obediencia al Governador de Cumana.

SObervios los Indios Cumanagotos de aver obligado à Garci-Gonçalez à despoblar la Ciu-

Ciudad de el Eſpiritu Santo, y retiraſſe de toda la juriſdiccion de ſu Provincia, fueron multiplicando los inſultos à que los provocaba ſu altivèz, fiados en que la continuada felicidad de ſus victorias los avia elevado ya (en la comun eſtimacion) al grado ſupremo de invencibles; y experimentandoſe cada dia, con lamentables tragedias, los efectos de eſta preſumpcion deſvanecida, fue preciſo que el Governador Don Luis de Roxas aplicaſſe todo el conato à ſu remedio.

Avia la Audiencia de Santo Domingo condenado à Chriſtobal Cobos en que ſirvieſſe à ſu coſta en las Conquiſtas que pudieſſen ofrecerſe en la Provincia, para ſatisfacer con eſte merito las reſultas de el delito que cometiò ſu padre en la muerte tan injuſta, como atroz, que diò à Franciſco Faxardo; y ſiendo perſona à quien la experiencia de ſus hechos tenia acreditado por hombre de valor, y buen Soldado, hallò el Governador quanto avia meneſter en eſte caſo para conſeguir ſu intento; y valiendoſe de el pretexto de lo determinado por la Audiencia, le mandò tomaſſe por ſu quenta la ſujecion, y caſtigo de los Cumanagotos, ofreciendole ayudarlo con quanto huvieſſe meneſter para los preciſos gaſtos de ſu empeño.

Aceptò luego Cobos la propueſta, y levando ciento y ſetenta hombres Eſpañoles, y trecientos Indios de la Coſta, entrò por el mes de Marzo de el año de ochenta y cinco à piſar los vmbrales de aquella Nacion rebelde, y llegando à el rio Salado, cuyas margenes tantas vezes fueron teatro en que à coſta de la ſangre Eſpañola repreſentò ſus mas laſtimoſos ſucceſſos la deſdicha, le ſaliò al encuentro el Cacique Cayaurima con dos mil Gandules de pelèa, que militaban voluntarios à la ſombra feliz de ſus Vanderas, y rompiendo deſde luego la batalla, ſin dar tiempo à que los nueſtros pudieſſen aprovecharſe de los pueſtos ventajoſos de el terreno, huviera conſeguido el derrotarlos, ſi Cobos, reconociendo el aprieto en que ſe hallaba, no huviera obrado aquel dia, diſponiendo como Capitan, y peleando como Soldado, pues de eſta ſuerte, aunque à coſta de la muerte de Juan Ortiz, y otros cinco, ò ſeis Infantes, logrò el que ſe retiraſſen los Indios deſpues de mas de tres horas de combate, dexandole el paſſo libre para poder proſeguir ſin embarazo haſta el jaguey de Macaron. 1585.

No deſmayò Cayaurima con lo poco favorable de el ſucceſſo; antes, teniendo à deſayre de ſu valor la conſtancia con que pelearon los nueſtros, llamò en ſu ayuda otros Caciques, y reclutando ſus Tropas con ocho mil Combatientes que le llegaron de ſocorro, bolviò otra vez à probar el

ſem-

ſemblante con que lo recibia la fortuna: hallò à Cobos atrincherado en ſu alojamiento, y prevenido con quatro verſos de bronce, que cargados de valas menudas tenia aſſeſtados para la parte por donde ſe temia le podria acometer el enemigo, y dandoles fuego à tiempo que reſueltos los Indios abançaron por alli con animo de apoderarſe del quartèl, hicieron tal deſtrozo, que deſordenada la muchedumbre, ſu miſma confuſion ofrecia blanco ſeguro para lograr nuevos tiros, haſta que reconociendo Cayaurima el menoſcabo que padecian ſus Eſquadras, empezò à retirarſe à parte donde la diſtancia malograſſe el alcance de los verſos; y provocando deſde alli à los Eſpañoles, los inſtaba à que dexados los reparos que le ſervian de defenſa, ſalieſſen à moſtrar el valor en la campaña.

No reusò Cobos aceptar el deſafio, y dividiendo ſu gente en dos Eſquadras, echò la Infanteria por vn lado, y èl con quarenta Cavallos que tenia acometiò por otro, para obligar à los Indios à que acudiendo à dos partes diferentes, formaſſen dos frentes encontradas: Iban los delanteros junto à Cobos Chriſtobal Mexia de Avila, y Hernando Tello; y como en la deſtreza con que jugaban las lanças reconocieron los Indios los más evidentes anuncios de ſu ruina, bueltos à vna contra ellos, los marcaron por blanco fixo al tiro de ſus ſaetas de ſuerte, que no pudiendo reſiſtir los ſayos de armas el agudo penetrar de tanta flecha como deſcargaron ſobre los dos ginetes, à los primeros encuentros de el combate cayeron muertos en tierra, acompañando los cavallos en la deſgracia la infeliz fortuna de ſus dueños: acontecimiento, que reputado por los Indios como premiſa cierta de la victoria que eſperaban, les diò aliento para empeñarſe mas en la pelèa, renovando con mayor eſtruendo el militar rumor de la guazabara.

Batalla de Macaron.

Cobos entonces, animando à los ſuyos mas con el exemplo, que con las palabras, rompiò por el barbaro Eſquadron, atraveſando con la lança à quantos procuraban eſtorvarlo; pero como la multitud que acaudillaba Cayaurima era tanta, que contrapeſando el eſfuerço invencible de los nueſtros, no daba lugar à que ſe conociеſſe el menoſcabo que padecian ſus derrotadas Eſquadras, llegò à recelar Cobos de el ſuceſſo, viendo el deſprecio de la vida con que peleaban los barbaros, y la intrepidèz con que ofrecian los deſnudos cuerpos à los ardientes cortes de el azero.

No con menos confuſion ſe hallaban por ſu parte los Infantes, pues oprimidos de la muchedumbre de los Indios, aun no tenian deſahogo para jugar las eſpadas; pero como el valor en los

aprie-

aprietos ſuele valerſe de vna temeridad para lograr vn remedio, viendoſe ya quaſi perdidos, y que los Indios aclamaban con repetidas voces la victoria, fiados Juan de Campos, y Alonſo de Grados en las fuerças corporales con que adornò ſu robuſtèz naturaleza, atraveſaron por medio de el Exercito Enemigo en buſca de Cayaurima, y encontrandolo en la frente que hacia oposicion à los Ginetes, ſe abrazaron con èl, cargandolo entre los dos para llevarlo priſionero: accion, que advertida por Cobos, conociò luego conſiſtia en el buen ſuceſſo de ella la felicidad de aquel empeño en que ſe hallaban todos, y para que no la malograſſe algun deſcuido, haciendoles eſpaldas con parte de los Cavallos, los fue comboyando, haſta que amparado de el abrigo de el alojamiento quedò aſſegurado en èl el priſionero.

Con eſta novedad mudò ſu teatro de repente la fortuna, pues temeroſos los Indios de el rieſgo que corria la vida de ſu Cacique ſi proſeguian con las armas, deſampararon el Campo apreſurados, dexando con la fuga malograda la victoria que tenian entre las manos; y deſeando aprovecharſe de los auxilios de el tiempo para lograr ocaſion de poder poner en libertad à Cayaurima, vinieron al alojamiento el diaſiguiente ofreciendola obediẽcia con aquellos rendimiẽtos que ſuele afectar cauteloſo vn diſsimulo: Bien conociò Cobos la intencion que governaba aquel movimiento repentino, y que la paz à que tiraban ſolo miraba por fin la libertad de el Cacique; pero dexandoſe llevar de la apariencia, ſin dar à entender que penetraba el alma que llevaban ſus intentos, quiſo tambien fiar al beneficio de el tiempo las mejoras de ſu partido, y por medio de la amiſtad (aunque fingida) vèr ſi podia domeſticar con la comunicacion, y con el trato la indomable condicion de aquel gentìo, à cuyo efecto, poniendo mas cuidado en la guardia, y priſion de Cayaurima, aſſentò las pazes deſde luego, y mudando ſu alojamiento al rio Salado, à poca diſtancia de la boca por donde deſagua al Mar, poblò la Ciudad de San Chriſtobal.

A eſte tiempo llegò à Cumanà por Governador, y Capitan General de la Provincia Rodrigo Nuñez Lobo, y teniendo noticia de la Poblacion que avia hecho Cobos, y el buen eſtado en que ſe hallaban los progreſſos de ſu Conquiſta, tomada la poſſeſsion de ſu exercicio paſsò à verſe con èl à San Chriſtobal, y comunicandoſe los dos muy en ſecreto, reſultò de eſta diligencia, que Cobos, ò movido de las promeſſas, y ventajoſos partidos que le ofreciò Rodrigo Nuñez, ò porque en realidad (como èl decia) quiſo, hallando la ocaſion, deſpicarſe de los ſentimientos que

conſervaba de Don Luis de Roxas, por averle faltado con los ſocorros que le prometiò al tiempo que lo empeñò en ſu Conquiſta, negando la fidelidad que debia à ſu legitimo Governador, diò la obediencia à Rodrigo Nuñez, ſometiendo ſu nueva Poblacion, y todo aquel partido à la juriſdiccion de Cumana: accion, que atendida con deſprecio, por no aver hecho caſo de ella Don Luis de Roxas, fue el vnico fundamento para que aquella Provincia ſe quedaſſe deſde entonces deſmembrada de eſta Governacion, y ſujeta à Cumana; por cuya cauſa, no perteneciendo deſde aqui al aſſumpto de nueſtra Hiſtoria los ſucceſſos de ſu Conquiſta, omitirèmos referir los varios acontecimientos que ſobrevinieron deſpues.

CAPITULO VIII.

DESPUEBLASE LA CIUdad de Caravalleda: capitùlan los vecinos de Santiago à Don Luis de Roxas; y viene Don Diego Oſſorio à governar la Provincia.

ENtramos ya en el año de ochenta y ſeis, en que fenecidas todas las expediciones Militares que fueron neceſſarias para la total Conquiſta, y pacificacion de la Provincia, quando los vecinos debian gozar en las conveniencias de el repoſo los apetecibles frutos de la paz, que à coſta de los deſperdicios de ſu ſangre avia llegado à conſeguir el infatigable teſon de ſu conſtancia, empezaron à experimentar por premio de ſus fatigas vltrajes, y atropellamientos, hijos de la violencia que produxo vna ſinrazon apaſsionada, dando principio los enconos de vn tema mal fundado à los diſguſtos, y diſcordias, que duraron deſpues por muchos años, con general perturbacion de la Republica. 1586.

Governavanſe en aquel tiempo las Ciudades de la Provincia por la direccion de quatro Regidores Cadañeros, à quienes por coſtumbre, ò privilegio tocaba la eleccion de los Alcaldes para la adminiſtracion de la Juſticia Ordinaria, y llegando el año de ochenta y ſeis mandò el Governador Don Luis de Roxas à los de Caravalleda, que no hicieſſen la eleccion como ſolian, porque queria èl ponerlos de ſu mano: Los Regidores viendoſe deſpojados ſin razon de aquella preeminencia, que tocaba à ſus Oficios, y en que los debia mantener la poſſeſsion en que ſe hallaban deſde que ſe poblò aquella Ciudad, ſuplicaron con palabras reverentes, y modeſtas de el mandato de el Governador, y ſin querer admitir al exercicio los que mandò nominados, juntandoſe à Cabildo el dia primero de Enero eligie-

ron

ron sus Alcaldes como acostumbraban siempre; y como en las Indias no ay accion, por justificada que sea, que no se califique por delito, y gradùe por desacato, si se opone, aunque sea en sombras, à la mas minima insinuacion de vn Superior, bastò lo executado en este lance para que Don Luis de Roxas, sintiendose agraviado, los declarasse por incursos en las indignaciones de su enojo; y tratando de passar luego al castigo, para desahogar con la vengança los ardimientos de su colera, mandò llevar presos à Santiago à los quatro Regidores que avian hecho oposicion à su dictamen.

Sentidos de esta demostracion los demàs vecinos de Caravalleda, reputando por agravio comun el desayre que se hazia à sus Regidores, desampararon la Ciudad, mudandose los mas à vivir à la Valencia: transmigraciones, que con facilidad se hacian en aquel tiempo, porque siendo las casas de vivienda vnos bugios de paja, no reparaban los dueños en el poco costo de perderlas: Esta resolucion de los vecinos encendiò mas la colera que ardia en el Governador, y dando nombre de motin declarado à la mudança, procediò à la justificacion de aquel delito, insertando como complices en èl à algunos vecinos de Santiago, atribuyendoles la culpa de que avian tenido parte en el Consejo: fue el principal à quien formò este cargo el Capitan Juan de Guevara, persona de autoridad, y que por su nobleza, meritos, y caudal era de los que hacian Cabeza en la Republica; quien viendose calumniado injustamente, padeciendo los vltrajes de vna prision rigurosa en que lo tenia el Governador, tratò de buscar recurso que aliviasse su trabajo, y despicasse su ofensa: mas como para solicitarlo era preciso ocurrir à Tribunal Superior, valiòse de vn Mestizo, llamado Juan de Vrquijo, de quien tenia satisfaccion, por ser de mucha actividad, è inteligencia, à quien despachò con sus poderes à la Corte à representar su quexa, y que en su nombre capitulasse al Governador Don Luis de Roxas, llevàndo afiançada la calumnia de los cargos que se obligaba à probarle.

Llegò Vrquijo con felicidad à España; pero siendo en ocasion, que por estàr ya Don Luis de Roxas para cumplir el tiempo de su Govierno, tenia el Rey proveìdo en su lugar à Don Diego de Ossorio, General de las Galeras, que entonces se mantenià para guardar la Costa de Santo Domingo, no pudo tener lugar la capitulacion que pretendia; pero admitidos los cargos en el Consejo, se remitiò su averiguacion al Juicio de Residencia, cometiendo esta, y el desagravio de los presos al mismo Don Diego de Ossorio, que ignorante de su pro-

mo-

mocion, ſe hallaba en la Isla Eſpañola governando ſus Galeras, haſta que llegando en ſu buſca à Santo Domingo el miſmo Vrquijo, le entregò los deſpachos de ſu mano, para que paſſaſſe luego à ſu Govierno, como lo executò, tomando la poſſeſsion por fines
1587. de el año de ochenta y ſiete, en que empezò Don Luis de Roxas à experimentar las mudanças de ſu fortuna, pues cercado de los ſobreſaltos de reo, entre los deſconſuelos de mal quiſto, conociò, aunque tarde, la diferencia que ay de recibir adoraciones como Superior, ò afectar rendimientos como ſubdito, pues publicada la reſidencia, como los agraviados eran muchos, y poderoſos los emulos, fueron creciendo las demandas, y tomando cuerpo los capitulos; de ſuerte, que embargados todos los bienes, y puesto en vna priſion, padeciò aquel Cavallero las mortificaciones, y deſayres, que no merecia ſu ſangre, pues paſsò à tanto extremo ſu deſdicha, que llegò à pedir limoſna para poder ſuſtentarſe; de ſuerte, que movido de compaſsion el miſmo Juan de Guevara, que lo avia capitulado, tomò por ſu quenta el defenderlo, aſsiſtiendole con quanto huvo meneſter para ſu manutencion; y deſpues de fenecido todo el pleyto, con generoſidad mas que piadoſa, le diò quinientos doblones, para que ſe fueſſe à Eſpaña; accion por cierto propria de vn corazon hidalgo, pues ſiendo el mas agraviado no le embarazaron ſus ſentimientos para que obraſſe como Noble, y perdonaſſe como Chriſtiano.

Eſtas dependencias de Don Luis de Roxas dexaron en la vecindad aquellas reſultas, que traen ſiempre conſigo las peſquiſas, porque ſiendo varios los juicios de los hombres, no es facil hallar conformidad en los dictamenes; y como no ay operacion, por mal fundada que ſea, que no tenga algun padrino que la apoye, no fueron las de Don Luis de Roxas tan deſcaminadas, que no lograſſen la fortuna de gozar la aprobacion de muchos, que empeñados en defender ſu opinion, dieron motivo à que ſe dividieſſe en vandos la Republica, originandoſe parcialidades, y diſcordias, que la perturbaron toda; à que ſe añadiò deſpues, para comun diſguſto, y mayor daño, la venida de el Licenciado Diego de Leguiſamon, à quien la Audiencia de Santo Domingo embiò el año de ochenta y ocho à diferentes comiſsiones, ſiendo la principal de todas, ſobre el mal tratamiento de los Indios, y averiguar el modo con que ſe procediò en ſu Conquiſta: materia en que hallandoſe comprehendidos todos los mas de los vecinos, fue conſequente paſſar por la nota de culpados, entrando à la parte en el exceſsivo importe de condenaciones, coſtas, y ſalarios con que
1588.

pro-

procurò aquel Juez aprovechar el tiempo, para que no falieſſe inutil el trabajo, eſtendiendo los terminos de la comiſsion de ſuerte, que no huviera llegado el plazo de acabarſe, ſi la Ciudad, temiendo ſu deſtruicion, no huviera tomado el expediente de embiar à Santo Domingo à JuanRiveros, hombre de ſupoſicion, y que avia ſido Theniente General de la Provincia, à que repreſentaſſe los exceſſos de Leguiſamon, y los perjuicios que padecia la vecindad, conſumiendoſe los caudales en los crecidos ſalarios de comiſsion tan dilatada; à que atendiendo la Real Audiencia de Santo Domingo, en viſta de los inſtrumentos que preſentò Riveros para juſtificar las razones que motivaban ſu quexa, lo mandò ſuſpender de el exercicio, y que taſſados los ſalarios en la competente cantidad que correſpondia à lo actuado, reſtituyeſſe à las Partes lo demàs que avia cobrado injuſtamente: beneficio, que eſtimò tanto la Ciudad, por verſe libre de las vejaciones con que ſe hallaba oprimida, que para manifeſtar ſu agradecimiento à la ſolicitud, y diligencia de Riveros, le hizo donacion en ſus exidos de las tierras que llaman de el rincon.

*** *** ***
*** ***
***

CAPITULO IX.

EMBIA LA PROVINcia à Simon de Bolivar por ſu Procurador à Eſpaña: aplicaſe Don Diego Oſſorio à poner en forma las coſas de el Govierno; y Juan Fernandez de Leon puebla la Ciudad de Guanare.

DEſembarazado Don Diego Oſſorio de la reſidencia de Don Luis de Roxas, (entretenimiento q̃ le diò baſtantemente en que entender, por las agrias conſequencias de ſu reſulta) tratò de renovar la deſpoblada Ciudad de Caravalleda, por la conveniencia que ſe ſeguia à la Provincia de tener aquel Puerto aſſegurado en la Marina para la carga, y deſcarga de las Naos, y mas facil expediente en las negociaciones preciſas de el Comercio; pero quedaron tan deſabridos los vecinos con los diſguſtos anteriores, que no fueron baſtantes todas las diligencias de Oſſorio para reducirlos à que bolvieſſen à poblarſe, dando por eſcuſa la poca ſeguridad con que vivian expueſtos à la continua hoſtilidad de los Pyratas, por no tener reparo alguno en aquel ſitio para poder defenderſe.

Pero ſiendo preciſo mantener Puerto en la Coſta para la con-

conſervaciõ de el Trato Vltramarino, en que conſiſte todo el sèr de la Provincia, abandonado el de Caravalleda eſcogiò Don Diego de Oſſorio el de la Guayra (poco mas de vna legua à ſotavento) por la conveniencia de eſtar mas inmediato para el tragin, y comunicacion con la Ciudad de Santiago, de quien diſta cinco leguas; y aunque por entonces ſolo ſe fabricaron en èl vnas bodegas, que ſirvieſſen para aſſegurar la carga de las Naos, deſpues poco à poco ſe fueron levantando algunas caſas, y agregandoſe alli algunos vecinos; de ſuerte, que con el tiempo ha venido à ſer vn razonable Lugar, que coronado de Artilleria, y guarnecido de ciento y treinta Plazas de Preſidio, ſe govierna por la direccion de vn Caſtellano, que ſiendo Cabo Militar de ſus fuerças, exercita juntamente la juriſdiccion Ordinaria, como Juſticia Mayor que es de aquel Puerto, nombrado por el Governador, y recibido por el Cabildo de la Ciudad de Santiago: aumentos, que debe aquel Lugar à las primeras lineas que tirò para ſu formacion Don Diego de Oſſorio, à cuyo gran talento, y dòn particular de governar, ſe confieſſa obligada eſta Provincia, pues atendiendo à ſu luſtre, y à ſu mayor decoro, la perfeccionò por todos lados haſta dexarla entablada en aquella economia politica que oy goza, corrigiendo los abuſos, y enmendando los defectos, que por deſcuido de ſus Pobladores adquirieron las Ciudades con la mal formada planta que ſe les diò en ſus principios.

Puerto de laGuayra.

Para eſta reformacion que executò Don Diego de Oſſorio era preciſo conſeguir primero particulares ordenes de el Rey, por lo que miraba à algunos puntos en que no podia advitriar como Governador, por ſer materias, que para proceder en ellas neceſsitaba de facultad eſpecial, y juriſdiccion delegada; pero como el Cabildo de Santiago ſe hallaba enterado de los buenos deſeos de ſu Governador, fue facil hallar ſalida para aquel inconveniente, pues deſeãdo por ſu parte coadiuvar à lo que tanto importaba, nombrò el año de ochenta nueve à Simon de Bolivar, para que como Procurador General de la Provincia paſſaſſe à Eſpaña, y repreſentando al Rey las coſas que neceſsitaban de remedio, ſolicitaſſe los deſpachos que pedia Don Diego de Oſſorio: en que anduvo tan diligente, ò por mejor decir afortunado, que llegado à la Corte (ya por el año de noventa) conſiguiò ſin dificultad, no ſolo los principales puntos de ſu encargo, pero otras muchas gracias, y mercedes, que fueron de grande conſequencia à la Provincia, entre las quales debemos contar por las primeras el Encabezamiẽto de Alcavalas hecho à favor de las Ciudades, por vna corta cantidad

1589.

1590.

dad que avian de contribuir al Rey por tiempo de diez años; la facultad de poder introducir cien toneladas de Negros sin pagar Derechos Reales; la prorrogacion de la merced concedida anteriormente à instancia de Sancho Brizeño, para que la Ciudad de Santiago nombrasse todos los años persona que traxesse de su quenta vn Navio de registro para el Puerto de la Guayra; y otras, que aunque no de tanta consideracion para el provecho, fuerõ de igual estimacio para el aprecio.

Aviendo consumido Simon de Bolivar en estas pretensiones
1591. todo el año de noventa y vno, bolviò à la Provincia mediado ya
1592. el año de noventa y dos, y hallandose Don Diego de Ossorio habilitado para poder obrar lo que deseaba, empezò à poner en planta los acertados dictamenes que tenia premeditados, pues aplicando su desvelo à poner forma en la Provincia, repartiò tierras, señalò exidos, assignò propios, entablò archivos, formò ordenanças, congregò los Indios en Pueblos, y partidos, y finalmente podemos con verdad asseguar, que de vn Embrion informe en que se hallaba todo, lo reduxo su actividad à las formalidades de vn sèr politico; y porque no quedasse materia en que no pusiesse atencion su providencia, considerando que desde las Ciudades del Tocuyo, y Barquisimeto, tirando para el Sur hasta los terminos donde se divide la jurisdiccion de esta Provincia de la de el nuevo Reyno, avia mucha distancia sin Poblacion alguna que assegurasse la possession de aquel partido, diò orden à Juan Fernandez de Leon, para que levando la gente que le pareciesse necessaria, entrasse por los Llanos, y poblasse vna Ciudad en la parte que tuviesse por mas acomodada; en cuya execucion el año de noventa y tres poblò la de el Espiritu Santo à orillas de el rio Guanare (de quien ha tomado el nombre para ser comunmente conocida;) su temperamento es sano, aunque en extremo calido; abunda de ganado bacuno, por la conveniencia que ofrecen para criarlo los dilatados llanos, y sabanas en que està fundada; y de pescado, por la facilidad con que lo cogen en los caudalosos rios que la circundan: su vecindad es poca, pero feliz, pues goza la fortuna de tener en su Iglesia colocada la Milagrosissima Imagen de N. Señora de Coromoto, Portento de Maravillas, y Prodigio de Milagros, à cuya piedad ocurren en devotas Romerias de todas las Provincias circunvecinas, vnos à buscar remedio necesitados, y otros à cumplir promessas agradecidos: su Milagrosa Aparicion referirèmos con el favor de Dios en el segundo Tomo, entre los sucessos de el año de seiscientos y cinquẽta y dos, en q̃ tuvo su principio, para gloria de aquella Ciudad dichosa.

1593. Ciudad de Guanare.

Resta-

Reſtabale à Don Diego de Oſſorio para el cumplimiento de ſu planta ſuprimir en los Cabildos los Regimientos Cadañeros, y eſtablecerlos perpetuos para luſtre mayor de las Ciudades, y obviar algunos inconvenientes, que traìa conſigo la eleccion: Avia ya dos de eſta calidad en el Cabildo de Santiago, por aver ſu Mag. hecho merced à Garci-Gonçalez de Sylva de el Oficio de Depoſitario General por los dias de ſu vida, y aver traìdo Simon de Bolivar para sì el de Oficial Real de la Provincia, con preeminencias de Regidor, y Voz, y Voto en Cabildo; à cuya imitacion, conſeguida Cedula de el Rey para que fueſſen perpetuos, y vendibles, ſacò Don Diego de Oſſorio los demas Oficios à pregones el
1594. año de noventa y quatro, y hechas las poſturas, y corridos los terminos, ſe rematò el de Alferez Mayor en Diego de los Rios; la Vara de Alguacil Mayor en Don Juan Toſtado de la Peña; y los Regimientos Ordinarios en Nicolàs de Peñaloſa, Antonio Rodriguez, Martin de Gamez, Diego Diaz-Bezerril, Matheo Diaz de Alfaro, Bartholomè de Maſabel, y Rodrigo de Leon, de que hemos querido hazer expreſsion, por la memoria de aver ſido los primeros que obtuvieron eſtos Oficios en propriedad, y perpetuos.

***

CAPITULO X.

SAQUEA EL DRAQUE la Ciudad de Santiago; y refiereſe todo lo ſucedido en la Provincia haſta el año de mil y ſeiſcientos.

GUſtoſa ſe hallaba la Provincia desfrutando las felicidades en que la tenia pueſta el juſtificado govierno de Don Diego de Oſſorio; pero como no ay proſperidad en eſta vida à quien no ſiga como ſombra vn infortunio, quando ſe conſideraba mas ſegura en las poſſeſsiones de ſu dicha empezò à padecer los contratiempos con que la perſiguieron las deſgracias, ſiendo la primera vna cruel hambre, que ſe introduxo el año de noventa y quatro, originada de vna plaga de guſanos tan voràz, que aſſolando las ſementeras, convirtiò en cenizas los ſembrados, ſin que pudieſſe reſervar la providencia, ni aun granos, que ſirvieſſen de ſemilla para bolver à ſembrar: trabajo, que moleſtò mucho la Provincia, porque entrando todos à la parte en padecer, fue general el clamor, y comun el deſconſuelo, creciendo mas la afliccion al paſſo que ſe multiplicaba la plaga por inſtantes, ſin hallar remedio humano para poder extinguirla, haſta que ocurriendo à la piedad Divina, por interceſsion del Glorioſo Martyr San Jorge, à quien eſcogie-

ron

ron por Patron, se consiguiò el consumirla, en cuyo agradecimiento se obligaron por Voto los Labradores de la Ciudad de Santiago à fabricarle vna Capilla, y contribuir todos los años cada vno con vna fanega de qualquier semilla q̃ sembrasse, como llegasse à cinquẽta fanegas la cosecha, para que su importe se distribuyesse en los precisos gastos de su adorno; pero entiviado el fervor despues que cessò el trabajo, tuvo lugar el descuido para olvidar las circunstancias de el Voto, contentandose solo con celebrarle su fiesta en la Iglesia Cathedral el dia veinte y tres de Abril: devocion, que ha conservado la costumbre hasta los tiempos presentes.

Con estas penalidades, y miserias corriò el año de novẽta y quatro, y para que en todo tuviesse los requisitos de aciago, cerrò los dias de su curso con la muerte del señor Obispo Don Fray Juan de Mançanillo, Prelado de gran piedad, à quien venerò esta Provincia, mas que como à Obispo, como à Padre: en su lugar presentò su Mag. para esta Sede al señor Don Fray Diego de Salinas, Religioso Dominico, natural de Medina del Campo, hijo del Convento de San Andrès de su Patria, y Procurador General, que era en la Corte para las dependencias de su Orden; y aunque su venida à este Obispado no fue hasta el año de noventa y ocho, por averlo detenido en España la conclusion de algunos negocios que estaban à su cuidado, hemos querido anticipar la noticia de su presentacion por si acaso no huviere oportunidad de referirla à su tiempo; y dexando esto anticipado para entonces, passarèmos à los acaecimientos de el año de noventa y cinco, en que Don Diego de Ossorio, con el deseo de visitar la Provincia, para que en todas las Ciudades, al respeto de su presencia, quedassen mas bien establecidas, y corrientes las providencias que avia aplicado su zelo, passò à la Ciudad de Maracaybo: determinacion en que consistiò en parte la calamidad que sobrevino poco despues à la Ciudad de Santiago, porque faltando de ella su vigilancia, y su fortuna, quedò expuesta à la desdicha que le trazò su desgracia. 1595

Gil. Gonz. p. 1. Thea. Ecclesiast.

Recalò à principios de el mes de Junio sobre el Puerto de Guaycamacuto (media legua à Barlovento de el de la Guayra) aquel cèlebre Corsario Francisco Draque, à quien hicieron tan memorable en el Orbe sus Navegaciones, como temido en la America sus hostilidades, y echando en tierra quinientos hombres de su Armada, ocupò sin resistencia la Marina, porque los Indios que pudieran aver hecho alguna opugnacion para estorvarlo, desampararò su Pueblo antes de tiempo, y buscaron seguridad en la montaña: governaban la Ciudad por la ausencia de D. Diego de Ossorio, Garci-Gonçalez de Silva, y Francisco Rebolledo, como Alcaldes Ordinarios de aquel año; y teniendo la noticia de el desembarque de el Corsario, recogida toda la gente de armas que pudo juntar la priessa, salieron à encontrarlo en el camino que và de el Puerto à la Ciu-

dad, reſueltos à embarazarle la entrada con la fuerça, en caſo que pretendieſſe paſſar para Santiago: prevencion bien diſcurrida, ſi no la huviera malogrado la malicia de vna intencion dañada, pues ocupados con tiempo los paſſos eſtrechos de la Serranìa, y prevenidas emboſcadas en las partes que permitia la montaña (como lo tenian diſpueſto con gran orden) era impoſsible que al intentar el Corſario ſu tranſporte dexaſſe de padecer la lamentable derrota en ſus Eſquadras; pero el animo traydor de vn hombre infame fue baſtante para fruſtrarlo todo, por que aviendo el Draque apoderadoſe de la Poblacion de los Indios de Guaycamacuto, hallò en ella à vn Eſpañol, llamado Villalpando, que por eſtàr enfermo no pudo, ò no quiſo retirarſe, como lo hicieron los Indios, y procurando hacerſe capàz de el eſtado de la tierra por la informacion de eſte hombre, para que obligado del temor le dixeſſe la verdad, le hizo poner vna ſoga à la garganta, amenazandole con la muerte, ſi no ledaba razon de quanto le preguntaſſe: demoſtracion, que conturvò de ſuerte à Villalpando, que, ò ſufocado de el ſuſto, ò llevado de ſu mala inclinacion, ſe ofreciò à conducir al Pyrata por vna ſenda tan ſecreta, que podria ocupar por interpreſſa la Ciudad de Santiago antes que fueſſe ſentido.

Eſta era vna vereda oculta, ò por mejor decir, vna trocha mal formada, que ſubia deſde la miſma Poblacion de Guaycamacuto haſta encumbrar la Serranìa, y de alli baxaba por la montaña al Valle de San Franciſco, camino tan fragoſo, è intratable, que parecia impoſsible lo pudieſſe traginar humana huella: por aqui, guiado de Villalpando, y ſeguido de mil dificultades, y embarazos, emprendiò el Draque ſu marcha con tanto ſecreto, y precaucion, que antes que lo ſoſpechaſſen, ni ſintieſſen ſaliò con ſus quinientos hombres à viſta de la Ciudad por el alto de vna loma, donde irritado con la maldad que avia cometido Villalpando de ſer traydor à ſu Patria, lo dexò ahorcado de vn arbol, para que ſupieſſe el mundo, que aun hà quedado ſaucos en los montes para caſtigo digno de el Eſcariotiſmo.

Hallabaſe la Ciudad deſamparada, por aver ocutrido los mas de los vecinos con los Alcaldes al camino real de la Marina para defender la entrada, penſando que el Enemigo intentaſſe ſu marcha por alli; y viendoſe acometidos de repente los pocos que avian quedado, no tuvieron mas remedio, que aſſegurar las perſonas con la fuga, retirando al aſylo de los montes el caudal que pudo permitir la turvacion, dexando expueſto lo demàs al advitrio de el Corſario, y hoſtilidades de el ſaco.

Solo Alonſo Andrea de Ledeſma, aunque de edad crecida, teniendo à menoſcabo de ſu reputacion el bolver la eſpalda al enemigo ſin hazer demoſtracion de ſu valor, aconſejado, mas de la temeridad, que de el eſfuerço, montò à cavallo, y con ſu lança, y adarga ſaliò à encontrar al

Cor-

Corſario, que marchando con las Vanderas tendidas, iba abançando la Ciudad, y aunque aficionado el Draque à la bizarria de aquella accion tan honroſa diò orden expreſso à ſus Soldados para que no lo mataſſen, ſin embargo ellos, al vèr que haciendo piernas al cavallo procuraba con repetidos golpes de la lança acreditar, à coſta de ſu vida, el aliento que lo metiò en el empeño, le diſpararon algunos arcabuzes, de que cayò luego muerto, con laſtima, y ſentimiento aun de los miſmos Corſarios, que por honrar el cadaver, lo llevaron conſigo à la Ciudad para darle ſepultura, como lo hicieron, vsádo de todas aquellas ceremonias, que ſuele acoſtumbrar la Milicia para engrandecer con la oſtentacion las Exequias de ſus Cabos.

Bien agenos de todo eſto ſe hallaban Garci-Gonçalez de Silva, y Franciſco Revolledo eſperando al Enemigo en el camino real de la Marina, quando tuvieron la noticia, de que burlada ſu prevencion, eſtaba ya en la Ciudad; y viendo desbaratada ſu planta con la no imaginada execuciõ de la interpreſſa, echando el reſto à la reſolucion bolvieron la mira à otro remedio, que fue baxar al Valle con la gente que tenìan, determinados à aventurarlo todo al ançe de vna batalla, y procurar à todo rieſgo deſalojar de la Ciudad al Enemigo; pero recelandoſe èl de lo miſmo que prevenian los Alcaldes, ſe avia fortalecido de ſuerte en la Igleſia Parrochial, y Caſas Reales, que aviendo reconocido por Eſpias la forma en que tenia ſu alojamiento, ſe diſcurriò temeridad el intentarlo, porq̃ pareciò impoſsible conſeguirlo.

Pero ya que no pudieron lograr por eſte inconveniente el deſalojo, dividieron la gente en emboſcadas, para embarazar al enemigo q̃ ſalieſſe de la Ciudad à robar las eſtancias, y cortijos de el contorno; aſſegurando con eſta diligencia las familias, y caudales que eſtaban en el campo retirados, en que ſe portaron con diſpoſicion tan admirable, que acobardado el Corſario con las muertes, y daños que recibian ſus Soldados al mas leve movimiento q̃ pretendian hazer de la Ciudad, ſe reduxo à mantenerſe como ſitiado, ſin atreverſe à ſalir vn paſſo fuera de la circumbalacion de ſu recinto, haſta que al cabo de ocho dias, dexando derrivadas algunas caſas, y pueſto fuego à las demàs, con el ſaco que pudo recoger en aquel tiempo, ſe bolviò à buſcar ſus Embarcaciones, que avia dexado en la Coſta, ſin que la buena diſpoſicion con que formò ſu retirada dieſſe lugar para picarle en la marcha, ni poder embarazarle el embarque.

Eſtaba ya el Governador Don Diego de Oſſorio en la Ciudad de Truxillo en proſecucion de ſu Viſita, quando tuvo la noticia de la invaſion executada por el Draque, y deſeando acudir quanto antes à lo que pudieſſe remediar con ſu preſencia, dando el mas breve expediente que pudo à los negocios mas vrgentes que tenia entre manos, bolviò à principios de el año de noventa y ſeis à la Ciudad de Santiago à tiempo que hallò en ella, recié llegado de Eſpaña, al Licenciado Pedro de Liaño, 1596.

ño, que con comiſsiones muy apretadas de el Rey avia venido à la averiguacion de algunos fraudes, cometidos en reſcates, y arribadas de Navios ſin regiſtro; y como quiera que ſemejantes diligencias, y peſquiſas traen ſiempre conſigo la inquietud general de vna Republica, y los preciſos coſtos de condenaciones, y ſalarios, aunque los procedimientos de Liaño fueron tan arreglados, que no excedieron los limites de vna moderacion juſtificada, no dexò la Ciudad de padecer baſtantes vejaciones, y moleſtias, que cogiendo à los vecinos laſtimados con el trabajo tan reciente de la invaſion de el Pyrata, fueron por ocaſion de aquel accidente mas ſenſibles; para cuyo repero, y que conſtandole al Rey las cortedades en q̃ ſe hallaba la Provincia, mandaſſe ſuſpender el curſo de la peſquiſa, embiaron à Eſpaña por ſu Procurador general à Nicolàs de Peñaloſa: diligencia, que aprovechò poco al remedio, porque ſiendo el recurſo dilatado, quando vino la reſolucion de el Conſejo ya Liaño, fenecida ſu comiſsion, y llevado por delante las condenaciones, y ſalarios, ſe avia buelto para Eſpaña.

En eſte eſtado eſtaba la Provin-
1597. cia quando el año de noventa y ſiete, para deſconſuelo general de ſus habitadores, ceſsò Don Diego de Oſſorio en la adminiſtracion de ſu Govierno, porque atendiendo el Rey al cumulo de ſus meritos, y à dar alguna recompenſa à ſus ſervicios, lo promoviò à la Preſidencia de Santo Domingo, y nombrò por Governador en ſu lugar à Gonçalo Piña Lidueña, que deſpues de aver poblado la Ciudad de Gibraltar à las orillas de la Laguna de Maracaybo, vivia retirado en la Ciudad de Merida, donde teniendo noticia de ſu aſcenſo, paſsò luego à tomar la poſſeſsion de ſu Govierno, que exerciò con mucha paz, y aceptacion de los vecinos haſta el dia quince de Abril de el año de ſeiſ- Año de
cientos, en que acometido de vna violenta Apoplegia, murìo en la Ciudad de Santiago: Eran Alcaldes Ordinarios aquel año Diego Vazquez de Eſcobedo, y Juan Martinez de Videla, y en virtud de lo determinado por la Real Cedula que conſiguiò Sancho Brizeño el año de ſetenta, ſe declararon el miſmo dia Alcaldes Governadores, haciendo deſpues lo miſmo los de las demàs Ciudades, cada qual en ſu diſtrito: exercicio en que duraron muy poco, porque teniendo noticia la Real Audiencia de la muerte de Gonçalo Piña Lidueña, nombrò por ſu Governador interino à Alonſo Arias Baca, vecino de la Ciudad de Coro, hijo de el Licenciado Bernaldes, aquel cèlebre Letrado, que por nombramiento de la miſma Audiencia tuvo dos vezes en eſta Provincia el miſmo empleo, como dexamos referido en el contexto de eſta Hiſtoria; con lo qual, añadiendo ſolo la muerte de el ſeñor Obiſpo Don Fray Pedro de Salinas, que ſuccediò el miſmo año de ſeiſcientos en la Ciudad de el Tocuyo, darèmos fin à eſta Primera Parte, dexando, con el favor de Dios, para materia de el Segundo Tomo los acontecimientos, y ſucceſſos de todo el ſiglo ſubſequente.

O. S. C. S. M. E. C.

INDICE

INDICE DE LOS CAPITULOS

QUE CONTIENE ESTA HISTORIA.

LIBRO PRIMERO.

CAp. I. De el ſitio, y calidades de la Provincia. fol. 1.

Cap. II. Deſcubre Alonſo de Ojeda la Provincia de Venezuela: ſiguele en la derrota deſpues Chriſtobal Guerra, que la coſtea toda. fol. 5.

Cap. III. Embia la Audiencia de Santo Domingo al Factor Juan de Ampues à la Provincia de Coriana: aſsienta amiſtad con ſu Cacique, y dà principio à la fundacion de Coro. fol. 8.

Cap. IV. Capitùlan los Belçares la Conquiſta, y Poblacion de eſta Provincia, y viene por primer Governador Ambroſio de Alfinger. fol. 11.

Cap. V. Perfecciona Alfinger la fundacion de Coro, y ſale con ſu gente al deſcubrimiento de la Laguna de Maracaybo. fol. 13.

Cap. VI. Embia Alfinger à buſcar gente de ſocorro à Coro: atravieſa la Serranìa de el Valle de Vpar, y llega haſta la Provincia de Tamalameque. fol. 16.

Cap. VII. Deſpacha Alfinger al Capitan Baſcona con veinte y cinco hombres à buſcar mas gente à Coro, y mueren todos de hambre en el camino. fol. 19.

Cap. VIII. Sale Alfinger de Tamalameque, y perſeguido de trabajos llega al Valle de Chinacota, donde lo matan los Indios. fol. 22.

Cap. IX. Govierna el Exercito Pedro de San Martin haſta llegar à Coro: govierna la Provincia Juan Aleman por muerte de Alfinger: ſale Venegas à buſcar el dinero que enterrò Baſcona, y buelve ſin hallarlo. fol. 25.

Cap. X. Erigeſe la Igleſia de Coro en Cathedral; y viene por Governador de la Provincia Jorge Spira. fol. 29.

Cap XI. Determina Spira hacer entrada para las partes de el Sur: embia parte de ſu gente por las Sierras de Carora: paſſa èl con el reſto à la Borburata, y juntanſe deſpues en el deſembocadero de Barquiſimeto. fol. 32.

Cap. XII. Embarcaſe Fedreman para la Eſpañola, embiando antes ſu gente al Cabo de la Vela: prende el Capitan Chaves al Capitan Rivera: buelve Fedreman à Tierra-Firme, y dà principio à la peſqueria de perlas. fol. 35.

Cap. XIII. Sale Spira de Arcagua, y llega à la Provincia de Barinas: tiene vn diſguſto con ſu Theniente, y remitelo preſo à Coro: paſſa el rio de Opia, y padece grandes trabajos. fol. 39.

Cap. XIV. Tiene noticia Spira de las Provincias de el nuevo Reyno, y la deſprecia: ſigue ſu jornada al Sur, y llega à la Provincia de Mal-Pais. fol. 43.

LIBRO SEGUNDO.

Cap. I. Sale Fedreman de el Cabo de la Vela, y entra en el Valle de Upar: buelve à encontrar con el Capitan Rivera, y dan juntos la buelta àMaracaybo, de donde despacha al Capitan Martinez à la cordillera de Carora, con orden para que le espere en Tacarigua. fol. 49.

Cap. II. Pelèa Martinez con los Indios Giraharas: entra en la Provincia de Carora, y passa à la de el Tocuyo, donde se le juntan algunos Soldados de el Governador Hortal. fol. 53.

Cap. III. Pelèa el Governador Spira con los Indios de Mal-Pais: tiene otros encuentros con diversas Naciones, y llega à la Provincia de Papamene. fol. 57.

Cap. IV. Engañan los Indios à Spira, y con malicia lo condueen à la Provincia de los Choques: embia à Estevan Martin à reconocer la tierra, y tiene mal sucesso en la jornada. fol. 61.

Cap. V. Buelve Estevan Martin à pelear con los Indios, y queda desbaratado: retirase de noche por no ser sentido, y aunque con muchos trabajos, llega donde estaba Spira, y muere de siete heridas, que sacò de la refriega. fol. 64.

Cap. VI. Entra Fedreman en los Llanos, y huyendo de el Invierno se retira à la Serranìa: llega al Pueblo de la Poca-Verguença, y sale de los Choques Jorge Spira. fol. 68.

Cap. VII. Spira llega al rio Zarare, y Fedreman à el de Apure: tiene noticias de su Governador, y por no encontrarse con èl se entra en los Llanos: prosigue Spira su jornada, y llega à Coro. fol. 71.

Cap. VIII. Buelve Fedreman à buscar la Serranìa: atravieza la cordillera, y entra en el nuevo Reyno: passa despues à España con los Generales Quesada, y Benalcazar, y muere en Madrid. fol. 74.

Cap. IX. Sale de Coro Lope Montalvo: prende en Barquisimeto al Capitan Reynoso, y siguiendo à Fedreman entra en el nuevo Reyno: alborotanse los Zaparas, y sobre su pacificacion se originan discordias. fol. 78.

Cap. X. Conseguido el castigo de los Zaparas, tira Navas con los Soldados la buelta de Cubagua: và el Doctor Navarro à detenerlos, prendenlo los Soldados, y se lo llevan consigo à Cumana: muere Jorge Spira, y govierna Villegas la Provincia. fol. 81.

Cap. XI. Nombra la Audiencia por Governador al señor Obispo Bastidas: entra Pedro de Limpias à la Laguna de Maracaybo, y sale Phelipe de Utre à descubrir el Dorado. fol. 85.

Cap. XII. Prosigue Utre en su descubrimiento: govierna la Provincia Diego de Boyza, y Enrique Remboit: passa Villegas à Maracapana; y nombra la Audiencia por Governador al Licenciado Frias. fol. 89.

Cap. XIII. Llega Juan de Caravajal à Coro: falsea las Provisiones de la

la Audiencia, è introduceſe à Governador: ſale Phelipe de Utre de el Pueblo de nueſtra Señora, y llega à dar viſta à Macatoa. fol.94.

LIBRO TERCERO.

Cap.I. Entra Phelipe de Utre en Macatoa, y con el favor de ſu Cacique deſcubre los Omeguas: queda herido en el primer encuentro, y con vn modo eſtraño lo cura Diego de Montes. fol.99.

Cap. II. Siguen los Omeguas con poderoſo Exercito à Phelipe de Utre; y Pedro de Limpias los vence en batalla: retiranſe los nueſtros al Pueblo de nueſtra Señora, y toman de alli la buelta de el Tocuyo. fol.105.

Cap. III. Altercan ſobre el Govierno Utre, y Carvajal: prende eſte al otro con engaño: cortale alevoſamente la cabeza; y funda deſpues la Ciudad de el Tocuyo. fol.110.

Cap. IV. Llega el Licenciado Frias à Coro: quita el Emperador à los Belçares la adminiſtracion de la Provincia, y viene à governarla el Licenciado Toloſa: prende à Carvajal, y por ſentencia ſuya muere ahorcado. fol.117.

Cap. V. Sale Alonſo Perez à deſcubrir las Sierras Nevadas: atravieſa el rio de Apure, y llega à las lomas de el Viento, y Valle de Cucuta. fol.120.

Cap. VI. Entra Juan de Villegas al deſcubrimiento de Tacarigua: toma la poſſeſsion de ſu Laguna, y dà la buelta al Tocuyo: muere el Governador Toloſa, y Alonſo Perez porſigue ſu jornada. fol.124.

Cap. VII. Funda Pedro Alvarez la Ciudad de Borburata de orden de Villegas; y Alonſo Perez proſigue ſu jornada, haſta dar buelta al Tocuyo. fol.129.

Cap. VIII. Deſcubrenſe las Minas de San Phelipe: funda Villegas la Ciudad de Barquiſimeto: levantaſe el Negro Miguèl, y ſe corona: ſale en ſu buſca Diego de Loſada, y lo vence, y mata en vna batalla. fol.132.

Cap. IX. Levantanſe los Indios Giraharas: viene por Governador el Licenciado Villacinda, y aunque procura ſujetarlos, no lo conſigue: entra Alonſo Diaz à Tacarigua, y funda la Ciudad de Valencia. fol.137.

Cap. X. Tiene noticia Franciſco Faxardo de la Provincia de Caracas, è intenta ſu deſcubrimiento; entra en los Cuicas Diego Garcia de Paredes, y puebla la Ciudad de Truxillo. fol.140.

Cap. XI. Nombra la Audiencia por Governador à Gutierre de la Peña: entra Diego Romero à los Giraharas: buelve Faxardo à los Caracas: funda el Pueblo de el Roſario, y deſpues lo deſampara. fol.145.

Cap. XII. Puebla Franciſco Ruiz en los Cuicas à Mitavèl: viene por Governador Pablo Collado: reſtituye la Conquiſta à Diego de Pa-

Paredes, quien reedifica la Ciudad de Truxillo. fol. 151.
Cap. XIII. Buelve Faxardo à la Costa de Caracas, y con ayuda de el Governador funda el Collado: descubre las Minas de los Teques: prendelo Pedro de Miranda, y buelve despues dado por libre. fol. 156.
Cap. XIV. Entra Juan Rodriguez en Caracas de orden de el Governador: rompe la guerra Guaycaypuro, y mata toda la gente de las Minas: vence Don Julian de Mendoza à los Taramaynas en batalla, y Juan Rodriguez puebla la Villa de San Francisco. fol. 161.

LIBRO QUARTO.

Cap. I. Llega à Coro el señor Obispo Don Fray Pedro de Agreda: và Sancho Brizeño à España por Procurador de la Provincia; y el tyrano Lope de Aguirre llega à la Margarita. fol. 169.
Cap. II. Prende Aguirre al Governador de la Margarita: roba las Caxas Reales: saquea la Ciudad; y quita la vida con crueldad à algunos de sus Soldados. fol. 176.
Cap. III. Manda matar Aguirre al Capitan Turriaga, y dà garrote al Governador: quita la vida à su Maestre de Campo: llega à la Margarita el Provincial con su Navio, y sin hacer efecto se retira. fol. 181.
Cap. IV. Sale Pedro Alonso Galeas huyendo de la Margarita: ahorca el tyrano à Ana de Roxas, y executadas otras crueldades, desampara la Isla. fol. 188.
Cap. V. Llega Aguirre à la Borburata: saquea la Ciudad, y passa à la Valencia: pide el Governador socorro à Merida, y previenese para la defensa. fol. 193.
Cap. VI. Sale Juan Rodriguez de la Villa de San Francisco para oponerse al tyrano, y muere peleando con los Indios: mata Aguirre algunos de sus Soldados, y se previene para salir de Valencia. fol. 200.
Cap. VII. Refierese la carta que escriviò Aguirre para el Rey: sale de la Valencia el tyrano, y llega à Barquisimeto. fol. 205.
Cap. VIII. Llega Pedro Bravo con alguna gente de Merida al socorro: escrive Aguirre al Governador vna carta: danse vista los dos Campos, y despues de algunas escaramuzas se retiran. fol. 213.
Cap. IX. Intenta Aguirre bolverse à la Borburata: desamparanlo sus Marañones, passandose al Campo Real; y muerto por orden de Paredes, le cortan la cabeza, y hacen quartos. fol. 219.
Cap. X. Pide Faxardo socorro al Governador: embia este à Luis de Narvaez con cien hombres, y mueren todos en el camino à manos de los Arbacos. fol. 224.
Cap. XI. Embia la Audiencia al Licenciado Bernaldes à averiguar los excessos de Collado: remitelo preso à España, y queda governando en su lugar: sitia Guaycaypuro el Collado, y Faxardo lo desampara. fol. 228.

Cap.

Cap. XII. Matan los Indios de Caracas à Diego Garcia de Paredes: viene por Governador Don Alonso Mançanedo, y por su muerte buelve à governar el Licenciado Bernaldes. fol. 231.
Cap. XIII. Buelve Faxardo à intentar la Conquista de Caracas: prendelo con engaño Alonso Cobos, y alevosamente le quita la vida: entra el Governador Bernaldes hasta Guaracarima, y sin passar adelante se retira. fol. 234.

LIBRO QUINTO.

Cap. I. Govierna la Provincia D. Pedro Ponce de Leō: determina executar la Conquista de Caracas, y nombra por General de ella à Diego de Losada: sale este de el Tocuyo, y llega con su Exercito al Valle de Mariara. fol. 240.
Cap. II. Arriba à la Costa de Caracas vn Navio de España, y los Indios matan la gente que venia en èl: prosigue Losada su marcha, y llega al sitio de Marquez. fol. 244.
Cap. III. Prosigue Losada con su marcha: desbarata en batalla à Guaycaypuro, y llega con su Campo al Valle de la Pasqua. fol. 247.
Cap. IV. Matan los Indios à Diego de Paradas: llega Losada al Valle de San Francisco: procura escusar la guerra, buscando por todos medios la paz, pero no la consigue. fol. 252.
Cap. V. Entra Losada à la Provincia de los Mariches, y antes de sujetarla dà la buelta al Valle de San Francisco à socorrer à los suyos. fol. 256.
Cap. VI. Embia Losada à Don Rodrigo Ponce à buscar bastimentos à los Tarmas: vence la batalla de la Quebrada, y se retira. fol. 259.
Cap. VII. Funda Losada la Ciudad de Caracas, y dase cuenta de el estado à que ha llegado su crecimiento. fol. 262.
Cap. VIII. Continùase la materia de el passado: viene Juan de Sálas de la Margarita en ayuda de Losada; y saquean los Ingleses la Ciudad de Coro. fol. 269.
Cap. IX. Acometen los Indios à la Ciudad de Caracas: sale Losada al encuentro, y con facilidad los desbarata. fol. 272.
Cap. X. Despueblase la Ciudad de Borburata: funda Losada la de Caravalleda, y sale despues à recorrer la tierra. fol. 275.
Cap. XI. Prosigue Losada su reconocimiento: llega al sitio de Salamanca: atraviesa la Provincia de los Mariches, y dà la buelta à la Ciudad. fol. 278.
Cap. XII. Determina Losada prender à Guaycaypuro: embia à Francisco Infante para que lo execute: resistese el barbaro, y pierde la vida peleando. fol. 281.
Cap. XIII. Intentan los Mariches, con el pretexto de vna paz fingida, assaltar la Ciudad de Santiago: descubrese su traycion, y mueren empalados los complices de el delito. fol. 284.
Cap. XIV. Revoca el Governador, por quexas de Francisco Infante,

los poderes que tenia dados à Lofada: deſampara eſte la Conquiſta de Caracas, y muere en el Tocuyo. fol. 287.

LIBRO SEXTO.

Cap. I. Capitùla Don Pedro de Silva la Conquiſta de el Dorado: llega con ſu Armada al Puerto de la Borburata, è intenta ſu deſcubrimiento por los Llanos. fol. 292.

Cap. II. Entra Garci-Gonçalez de ſocorro con ochenta hombres à la Ciudad de Santiago: vienen los Carives ſobre Caravalleda, y hallando reſiſtencia, ſe retiran con pèrdida. fol. 297.

Cap. III. Llega Don Diego de Zerpa à los Cumanagotos: puebla la Ciudad de los Cavalleros: intenta dar principio à ſu Conquiſta, y muere à manos de los Indios, con la mayor parte de ſu gente. fol. 299.

Cap. IV. Sale Garci Gonçalez en buſca de Paramaconi: nombra la Audiencia por Governador interino à Juan de Chaves; y los Indios de Mamo matan à Don Julian de Mendoza. fol. 302.

Cap. V. Proſigue Don Pedro de Silva en ſu deſcubrimiento, y deſamparado de ſus Soldados ſe retira à Barquiſimeto: paſſa al Perù, y deſpues à Eſpaña; y finalmente muere à manos de los Indios Carives. fol. 307.

Cap. VI. Funda Alonſo Pacheco la Ciudad de Maracaybo: entran Chriſtobal Cobos, y Gaſpar Pinto à pacificar los Chagaragatos: muere el vno; y el otro, ſin hazer fruto, ſe retira. fol. 312.

Cap. VII. Llega à Coro el Governador Diego de Mazariego: puebla el Capitan Salamanca la Ciudad de Carora; y Pedro Alonſo Galeas entra en los Mariches. fol. 316.

Cap. VIII. Entra Gabriel de Avila en los Teques, y puebla el Real de Minas de nueſtra Señora: haze Garci Gonçalez diferentes correrias, y ſujeta con ellas los Indios de aquel Partido. fol. 324.

Cap. IX. Pacifica Franciſco Infante los Pueblos de Salamanca: entra Franciſco Calderon al Valle de Tacata, y diſguſtandoſe con ſus Soldados, lo priva el Governador de el Thenientazgo. fol. 329.

Cap. X. Matan los Indios de Tacata à Juan Paſqual, y à Diego Sanchez: entra el Theniente Carrizo en aquel Valle, y obrando con rigor lo dexa mas alterado. fol. 332.

Cap. XI. Entra Garci-Gonçalez à el Valle de Tacata: trata con generoſidad à los Indios, y conſigue por eſte medio el reducirlos. fol. 336.

Cap. XII. Intentan los Indios de Salamanca matar à Franciſco Infante, y à Garci-Gonçalez: defiendeſe eſte con valor, y libra de la muerte al compañero. fol. 338.

Cap. XIII. Carga Garci-Gonçalez ſobre ſus hombros à Franciſco Infante: camina con èl toda la noche haſta llegar à los Teques, don-

donde, amparados de los Indios, aſſeguran las vidas. fol. 342.

LIBRO SEPTIMO.

Cap. I. Sujeta Sancho Garcia con el caſtigo los Pueblos de Salamanca: ſale Garci-Gonçalez de Silva en buſca de los Carives, que amenazaban à Valencia; y viene Don Juan Pimentèl à governar la Provincia. fol. 345.

Cap. II. Embia el Governador à Garci-Gonçalez à la Conquiſta de los Cumanagotos: pelèa con ellos en Chacotapa, y Unare: rompelos en ambas ocaſiones, pero no quedan rendidos. fol. 350.

Cap. III. Funda Garci-Gonçalez la Ciudad de el Eſpiritu Santo en Quererepe: buelve en buſca de los Cumanagotos: pelèa con ellos diferentes vezes, y ſin conſeguir ſu Conquiſta ſe retira. fol. 353.

Cap. IV. Deſpuebla Garci-Gonçalez la Ciudad de el Eſpiritu Santo: entra en los Quiriquires, donde, aunque la funda, no permanece: retiraſe à Santiago; y padece la Provincia vna gran peſte de viruelas. fol. 358.

Cap. V. Amenazan los Carives à la Ciudad de Valencia: ſale Garci-Gonçalez en ſu buſca, y hallandolos en el Orico los derrota. fol. 361.

Cap. VI. Puebla Sebaſtian Diaz en los Quiriquires la Ciudad de San Juan de la Paz: atravieſa deſpues la Serrania, y funda en los Llanos la de San Sebaſtian de los Reyes. fol. 364.

Cap. VII. Entra Chriſtobal Cobos à la Conquiſta de los Cumanagotos: puebla la Ciudad de San Chriſtobal; y ſentido de Don Luis de Roxas, dà la obediencia al Governador de Cumana. fol. 367.

Cap. VIII. Deſpueblaſe la Ciudad de Caravaleda: capitùlan los vecinos de Santiago à Don Luis de Roxas; y viene D. Diego Oſſorio à governar la Provincia. fol. 370.

Cap. IX. Embia la Provincia à Simon de Bolivar por ſu Procurador à Eſpaña: aplicaſe Don Diego Oſſorio à poner en forma las coſas de el Govierno; y Juan Fernandez de Leon puebla la Ciudad de Guanare. fol. 373.

Cap. X. Saquea el Draque a Ciudad de Santiago; y refiere todo lo ſucedido en la Provincia haſta el año de mil y ſeiſcientos. fol. 376.

37 28 19: 6/23 30.

LAUS DEO.

55 56 24